Libros del Asteroide

Fabrizia Ramondino

Guerra de infancia y de España

Prólogo de Daniel Capó

Traducción de Celia Filipetto



Fabrizia Ramondino

Guerra de infancia y de España

Prólogo de Daniel Capó

Traducción de Celia Filipetto



Libros del Asteroide

Índice

Primera edición, 2023
Título original: *Guerra di infanzia e di Spagna*

Fotografía de cubierta: Fabrizia Ramondino de niña. Cortesía de la familia de la autora.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló 11-13, 3.º-1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-10178-25-0
Composición digital: www.acatia.es
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Centro per il libro e la lettura del Ministero della Cultura italiano.

Prólogo

El jardín de la memoria: Fabrizia Ramondino y la casa de Son Batle

Al llegar a la montaña, aparqué el coche y cogí mi mochila. Llevaba conmigo unos cuantos libros y una muda. El calor era denso y húmedo, el primer aliento del verano. Había conducido durante horas por carreteras secundarias sin otro rumbo que el horizonte. A lo lejos, en la fina línea del firmamento, un buitre escrutaba sin éxito las huellas de los aviones. El contraste entre aquella imagen diáfana del cielo y la penumbra del bosque en el que me adentraba me hizo pensar en el misterio de cualquier viaje, que no radica en el camino —como creía Kavafis— sino en el retorno al hogar. ¿Qué te vas a encontrar al volver a casa?, me preguntaba. Penélope permaneció a la espera de Ulises durante veinte años en su palacio de Ítaca. Su fidelidad refleja una moral y también un sentido del tiempo: nuestra palabra resiste el paso de los siglos. Sin embargo, no todos los héroes griegos fueron tan afortunados. Esquilo cuenta que, tras la guerra de Troya, Clitemnestra aguardaba a su marido Agamenón para asesinarlo. La Antigüedad clásica no oculta el lecho de cadáveres sobre el que se erige la Historia, ni deja de documentar la barbarie. En cambio, en la parábola del hijo pródigo, la casa adquiere los rasgos propios del anhelo: el del padre que confía en el regreso del hijo y el del hijo que, avergonzado, desea reencontrarse con su progenitor. Según el evangelista, es en el hogar donde convergen la memoria con la esperanza y el pasado con el futuro. De un modo más preciso, diría que el espacio crea el tiempo y no a la inversa.

Para la escritora italiana Fabrizia Ramondino, el temprano descubrimiento de ese nexo supuso un acontecimiento sin el cual no se puede entender ninguna de sus obsesiones posteriores: la infancia y el recuerdo, la marginación y el exilio, las mujeres y la familia. «La intuición del vínculo indisoluble entre el espacio y el tiempo —leemos en su ensayo *In viaggio*— fue la vivencia más radical de mi niñez; la

que mientras me descubría el Yo me iniciaba en la muerte. Solo que la percepción espacial resulta más externa y la del tiempo más íntima.» En aquel momento, la autora, con apenas seis años, había sido ya expulsada de su paraíso particular: la legendaria casa de Son Batle, en las afueras de Palma, alrededor de la cual gira su novela *Guerra de infancia y de España*. Su padre, Ferruccio Ramondino, había asumido el cargo de cónsul en Mallorca a principios de 1937. Era un diplomático culto y elegante, graduado en chino mandarín por L'Orientale de Nápoles, que llegaba a la isla tras una larga década en Pekín. Nuestra guerra civil acababa de empezar y Mussolini pretendía convertir el archipiélago en una base permanente desde la que sus aviadores pudieran bombardear la costa peninsular y asentar su control sobre el Mediterráneo. Unos pocos meses antes, un falso aristócrata boloñés que se hacía llamar conde Rossi había dirigido la represión paramilitar en Mallorca después del fallido desembarco republicano del capitán Bayo en las playas de Porto Cristo y Sa Coma. Sus «dragones de la muerte», de nítida inspiración fascista, sembraron el terror hasta que las autoridades españolas se hartaron de sus excesos y exigieron su salida. Roma decidió entonces enviar a Palma a un funcionario de primer nivel y abrir un consulado permanente. Cabe preguntarse qué impacto causó la llegada del nuevo representante italiano: un políglota que leía a Chuang Tse y que intentó sin éxito publicar la traducción catalana de los versos de Pascoli firmada por Maria Antònia Salvà. Entre sus amigos se contaban historiadores como el jesuita Miquel Batllori o el padre Gaspar Munar, a quien dedicó su opúsculo *La peste di Messina del 1743*. Su círculo intelectual debió de ser aún más amplio, como hace suponer la referencia solapada al escritor Llorenç Villalonga que aparece en *Guerra de infancia y de España*.

Junto al cónsul, se trasladaron su mujer, Pia Mosca, y la pequeña Fabrizia. Pia —otro de los personajes clave de esta novela— descendía de una antigua familia de Umbría emparentada con santa Clara de Asís. Mujer brillante y elitista, amaba la literatura y la modernidad aún más que su marido. En *Guerra de infancia y de España*, la autora la imagina conversando con Dolores Franco, la esposa de Julián Marías,

velada en el texto bajo el pseudónimo de señora de Pynia. Sin embargo, los Marías nunca vivieron en Mallorca; así que este encuentro, si no es fruto de la ficción, ocurrió en Madrid a finales de 1943 o a principios de 1944, cuando los Ramondino se instalaron en la capital. También nos la muestra leyendo *Los grandes cementerios bajo la luna*, el feroz alegato contra los crímenes nacionales que escribió Bernanos y que Mosca se hizo enviar desde Italia por valija diplomática. Convenía guardar silencio sobre aquellas lecturas, nos recuerda Fabrizia en el libro. Ya desde niña, comprendió que hay temas sobre los que se puede hablar y otros sobre los que conviene callar. La auténtica literatura se sitúa en este intersticio. No es el único.

Al llegar al refugio que me iba a servir de alojamiento durante aquellos días, pensé que sus viejas paredes de piedra anunciaban un silencio que pertenece al pasado. A sus pies se abría un valle frondoso, poblado de encinas, pinos y acebuches. El Mediterráneo quedaba en la lejanía. Seguramente desde la cima de las montañas que rodeaban el valle se divisaba aquel mar de mi niñez, sus veranos perdidos. Evoqué por un momento la cabaña de madera de mi abuela en el Báltico, que llamábamos «la casa del tesoro» porque en aquel lugar un antepasado nuestro había encontrado un cofre repleto de monedas de oro. O eso contaba mi abuela y yo me lo creía; a pesar de que, hace unos años, mi tío me dijo que no sabía nada de aquella historia, pero sí de otra similar acaecida en el faro y que tal vez las dos fueran una sola. ¿Qué importan la verdad o la mentira si sirven al verdadero relato de la vida? Recordé que en la *Areopagítica*, John Milton dejó escrito: «El bien y el mal, según sabemos, en el campo de este mundo crecen juntos, casi inseparablemente». Y pensé que se podía decir lo mismo de la verdad y de la mentira, exceptuando que, tanto en la realidad como en la fantasía, hay una exigencia de redención: la del hombre que necesita ser salvado y acogerse a un sentido.

Cuando Fabrizia Ramondino regresó a Mallorca en las Navidades de 1979, había olvidado ya su primera lengua, el catalán insular, idioma

que le resultaba dulce y picante «como el sabor de un plato de caracoles». Buscaba ansiosa volver a Son Batle, aquel paisaje iniciático donde había descubierto el bien y el mal antes de que el Ángel de la Historia decretara su expulsión. Solo la localizó al final, junto al cementerio. Se mantenía en pie como un fósil hermoso y desafiante. Ya anciano, el antiguo jardinero recordó su nombre y el de sus padres y hermanos. Le abrió las puertas de la villa. Ella deambuló por el huerto y por las vetustas estancias, acarició los cipreses, se asomó al pozo. «Al igual que los sueños son más visuales que auditivos —anotaría después—, así sucede con la memoria. De no haber sido por el jardinero, aquel paseo se hubiera asemejado a un sueño. Él estaba allí para testimoniar no solo la concreción de lo real, sino también la relatividad del tiempo: mientras el mío en Son Batle se situaba en una época lejana y fabulosa, el suyo se encontraba ligado al paso de los días y a los trabajos que allí había hecho. Mi tiempo era el de Ulises cuando retorna a Ítaca, el suyo el de Laertes que permanece en el lugar. La dialéctica entre quien se queda y quien se marcha transforma nuestro concepto de tiempo.» No solo lo transforma, pienso ahora, sino que reorienta nuestra mirada, nos hace otros.

Novela de madurez, *Guerra de infancia y de España* es la labor de una vida. La resume, la culmina; también la explica. Con mínimas revisiones, algunos de sus capítulos habían sido publicados veinte años antes en la colección de relatos *Historias de patio*. Dos décadas, quizás tres, trabajando sin cesar con el mismo material. «No creo en la literatura realista —dijo—, sino en la escritura que va de la mano del pensamiento y en ausencia de ideología.» No es solo eso, aunque también: en Ramondino no hay escritura realista porque construye de modo obsesivo sobre la textura fantasmagórica de las imágenes que perduran en la memoria. Así lo hace en *Guerra de infancia y de España* y así lo hará en *Althénopis*, sus dos obras maestras, autobiográficas ambas. Como una arqueóloga, la autora excava buscando un tesoro que se ha extraviado entre los sedimentos arenosos de la conciencia. Su identidad se moldea con las visiones que le proporciona el recuerdo; pero también con el olvido que corroe la memoria, la altera y la ilumina antes de precipitarla de nuevo en la oscuridad. Sabe que

la *palabra* nos redime. Y por eso escribe. Porque la literatura es el último asidero que niega a la destrucción el crédito de la victoria.

Libro también femenino y, sobre todo, de mujeres, junto a la niña y la madre sobresalen las figuras de la abuela napolitana y de la nodriza mallorquina, Dida. Las dos alcanzan una dimensión numinosa. De la abuela, Ramondino nos cuenta en *Althénopis* que «vestía siempre de negro, pero cuando pasaba por la plaza de Santa Maria del Mare, los colores acechaban a su alrededor como las llamas del infierno amarillos, violetas; a veces hasta rojos y verdes. No llevaba pulseras y, sin embargo, parecían emanar resplandores dorados de sus muñecas. Caminaba erguida y rápida, oscilante la gran cabellera alzada». A ella le debe el amor por los débiles, a los que percibe como depositarios de la auténtica santidad. «En realidad, si no hubiera pobres —leemos en *Althénopis*— el mundo sería mucho más pobre, porque significaría que habrían vencido los poderosos y los grandes de la tierra y que el mundo estaba en manos de la arbitrariedad. ¿Quién sería entonces, hermana, nuestro hermano?» Dida, por su parte, ejemplifica un tipo de amor maternal, el dialecto secreto de sus primeros años —el mallorquín— y una incipiente conciencia de clase por contraste con los usos y maneras de la servidumbre. Y la guerra siempre al fondo, filtrándose entre las rendijas de la realidad, reclamando el precio de la sangre, que es el del horror. Dos guerras —al inicio la española, a continuación la europea— cuyo eco lejano determina el destino de los protagonistas.

Novela de mujeres, además, porque su mirada central es la de una niña, Titita —*alter ego* de la escritora—, y porque empieza con un relato inolvidable que delimita un territorio mítico, Son Batle, y nos presenta a su propietaria, que amadrinará a la hija del cónsul. ¿Existió la señora de Son Batle? Por supuesto, aunque el personaje de la obra es en gran medida fruto de la imaginación. Su verdadero nombre era Mary Cabot Wheelwright, una bostoniana de alta cuna que había adquirido la propiedad en 1928 por ciento siete mil pesetas. Wheelwright era ya una antropóloga de prestigio, especializada en la cultura de los indios navajos. Amiga de poetas, músicos y pintores —Georgia O’Keeffe, por ejemplo—, Wheelwright se marchó de Mallorca

en 1936 y jamás regresó. Prefirió seguir vagando por los océanos hasta establecerse definitivamente en Santa Fe, donde se preserva su legado en un museo dedicado a las tribus nativas de los Estados Unidos. ¿Qué sabían los Ramondino de aquella misteriosa dama que les alquiló su vivienda? ¿Se conocieron acaso en el barco que los conducía de Nápoles a Palma, como se sugiere en el libro? A saber, pero es con la presencia imponente de la señora de Son Batle como se inician dos de los textos mayores de Fabrizia —*Historias de patio* y *Guerra de infancia y de España*— y en ambos aparecerá como su ahijada. ¿Le fascinaba acaso su independencia de carácter, el hecho de que cabalgara en solitario por las llanuras del Oeste o de que surcase los mares una y otra vez tras la muerte del padre? No lo sabemos. En la correspondencia mallorquina de Wheelwright (cuya lectura debo a la amabilidad de su biógrafa, Leatrice Armstrong), hay referencias no solo a los criados —Dida, el jardinero, la cocinera— sino también al esplendor de la finca y de sus campos. «Los almendros están en flor —puede leerse en una carta de 1932—, y, ¡oh!, cómo desearía que pudieras verlos. A la luz temprana y tardía, los árboles son tan etéreos que parecen a punto de elevarse al cielo.»

En verano no se ven almendros en flor, pero he bajado hasta el mar, que es el mar de Son Batle y de los Ramondino y de Mary Cabot Wheelwright y de Dida, y que es también el mío. He aparcado el coche en el cementerio y luego he seguido andando en pos de un territorio que pertenece a la ficción. Esta noche volveré a casa y dormiré con mi mujer y mis hijos. Es el final de cualquier viaje, incluso de los más felices. *Guerra de infancia y de España* es una novela misteriosa, llena de meandros, a veces excesiva, de una finura sutil que nos habla de la memoria y de la identidad. Es una obra que solo podemos juzgar desde su radiante y perturbadora belleza. Y que nos permite asomarnos al jardín del Edén y también a sus sombras, a la Caída.

DANIEL CAPÓ

Gracias a Amparo Alemany por su revisión del mallorquín.

A Elia, Anita, Carlito, Laurita

Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo.

MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*,
segunda parte, cap. XXXII

PRIMERA PARTE

Cola de mono

Era el 13 de febrero de 1937. El cónsul Luigi Ferdinando Baldaro se disponía a partir hacia España para tomar posesión de su cargo en Mallorca.

En el puerto de Nápoles, pintada de azul y blanco, una corbeta soñolienta se fingía barco de crucero; pero en realidad, con poderosos motores trucados conducía a Mallorca a la familia del cónsul y a un grupo de asesores y espías.

Calzada con elegantes zapatitos verdes y marrones de altísimo tacón, ya en la escalerilla, la esposa del cónsul se inclinó para recuperar a la niña de los brazos de la nodriza, quien seguía pasmada de pie en el muelle y no se la entregaba. La pequeña dormía ajena a todo. La nodriza vestía de negro por varios lutos y, cuando le quitaron a la niña de los brazos, miró con ojos ardientes la corbeta como había mirado los féretros que se habían llevado a su marido y a uno de sus hijos. Resplandecía en su cuello un collar de granates, emblema mercenario de aquel último amor. Se quedó con los brazos levantados. Después, como enloquecida, se abalanzó hacia la escalerilla y depositó en el pecho de la niña un rebujo minúsculo. Era una imagen de la Virgen Negra, la milagrosa Virgen del Arco, metida en una bolsita de tela roja doblada en ocho. «¡Que Ella te proteja!», exclamó, y el ardor de los ojos se le transformó en llanto.

Se acostumbraba entonces, en aquella parte del mundo, a besar la mano a las señoras al saludarse o despedirse. Infinitos eran los matices del besamanos para expresar los distintos grados del sentir, de la indiferencia a la pasión. Pero eran tres en especial los tipos de besamanos de los que podía deducirse con certeza la clase social de quien lo realizaba.

Algunos cumplían aquel rito con una mesura, una elegancia, una distancia tales, que enseguida se veía que desde la infancia les habían inculcado todas aquellas reglas de las que el besamanos era, por así

decirlo, el examen último. De hecho, en su vida jamás habían estrechado la mano a una señora; del besamanos solo podían pasar a la caricia. Así, cuando se difundió la moda de estrechar la mano a las señoras, como al final de un partido de tenis, la desdeñaron, ni quisieron ni supieron aprenderla; y cuando ese saludo de moda pasó a ser costumbre, en el besamanos de aquellos señores se fue insinuando una especie de mesurada rigidez y solemne determinación, como si no se tratase ya de un acto ritual de cortesía, sino de una profesión de fe.

Estaba además el besamanos de los advenedizos: o demasiado alto, o demasiado profundo, o demasiado torpe o, por el contrario, circunvolutorio y blando; entonces podía deducirse que habían aprendido los buenos modales hacía poco y que en la juventud sus cuerpos no se habían dedicado a la gimnasia de salón ni al tenis, y tampoco sus almas a engatusar a las hermosas mujeres en las tertulias, rozando —ahora a la altura de la muñeca, ahora entre la punta de los dedos, ahora en las cavidades entre los nudillos— la frontera entre el alma y el cuerpo.

Por último estaba el besamanos del cónsul, que no se correspondía ni al del nacido señor ni al del advenedizo, sino más bien al del actor. El ojo sonreía irónico, y con él todo el cuerpo en la curva de la reverencia. En efecto, por sus experiencias vitales y su profesión, el cónsul había tenido ocasión de aprender al mismo tiempo el refinamiento de los buenos modales y la arrogancia de los privilegios que estos encubren.

El cónsul partió con su familia rumbo a la isla a bordo de aquella pequeña corbeta azul y blanca aparejada como barco de crucero, y allí, en sus salones, conoció a la señora de Son Batle.

A la señora le gustó el besamanos del cónsul.

Era entonces tan corpulenta que un criado debía ayudarla a levantarse del sillón. Iba toda vestida de blanco y su cabello gris, tupido como un nido de paloma, seguía salpicado de rubio; surcaba su cara gorda y ambarina una telaraña de arrugas que hablaban de lágrimas y dolores, como hacen en otros rostros las marcas de la viruela o en los de los viejos marineros los surcos grabados por el sol y el mar; sus ojos, de un azul celeste reluciente, parecían dos porcelanas

antiguas conservadas quién sabe cómo en una edad de hierro. No parecían, sin embargo, ojos humanos sino de muñeca, y no de esas muñecas con las que se juega, sino de las olvidadas. Sus brazos, desnudos por el calor, y su cuello estaban adornados con preciosas joyas en filigrana de oro, casi un destello de los países orientales de los que procedían, y con perlas, que sugerían el recuerdo de una belleza virginal o de bodas fúnebres. Parecía que en la señora de Son Batle conviviesen dos mujeres: la muchacha que había sido y la mujerona que era. Tal vez del mismo modo se le presentan al arqueólogo algunas antiguas estatuas de diosas, mientras emergen del subsuelo cubiertas de tierra y musgo.

El cónsul percibió de un vistazo —de hecho, era buen conocedor del mundo— a esas dos mujeres; debajo del vestido de algodón blanco y el malsano temblor de la gordura, notó esa virginal belleza. Ahora bien, como a la señora de Son Batle ya no la miraba ningún otro hombre y aquellos que le hablaban jamás, ni siquiera por un instante, parecían dirigirse a ella, la atención de aquel conocido ocasional le gustó.

Estaban sentados en las *chaises longues* uno al lado del otro. La esposa del cónsul acunaba a la niña en el camarote. La señora de Son Batle parecía fascinada por el deslizarse del mar detrás del barco. El cónsul, en cambio, se mostraba impaciente ante esa vista. Se levantaba con frecuencia y escrutaba el horizonte con los prismáticos, como si la meta se encontrara cerca. El cónsul tomaba café y la señora, licor. Suscitadas por el ocio forzoso y la contemplación del mar, monótono y variado, afloraban de vez en cuando mil anécdotas y relatos.

La señora se había dado cuenta de que el cónsul era un hombre histérico e hipócrita. Dirigiéndose a su hija de pecho como si fuese una adulta lo había oído decir: «Ocupas todo mi camarote; si sigues así ¡tendré que irme!». Además, durante una de sus conversaciones, había notado que de pronto, mientras miraba fijamente el puente, las manos se le habían contraído sobre las rodillas, y cuando ella también dirigió la mirada hacia ese lado vio a un pasajero que, indiferente a la presencia de ambos, acariciaba las piernas de una mujer. Pero sus reservas con respecto al cónsul desaparecieron, tras muchos whiskies y

con la ayuda del novilunio, una noche en que, al terminar una larga pausa después de recordar su estancia en Pekín, apagado en él todo eco de afectación e ironía, le musitó desconsolado: «Ya me ha ocurrido todo. No sé por qué la vida es tan obstinada conmigo. ¡Hágase la voluntad de Dios!». Fue entonces cuando la señora de Son Batle decidió abrirse plenamente con él y ofrecerle un verdadero relato (en los viajes por mar el ocio suscita más relatos que la pasión en una mujer enamorada deseosa de cautivar a su amante).

Permítaseme contarlo tal como, treinta años después, en una tarde sofocante e interminable que anunciaba un temporal nocturno, yo también tuve ocasión de oírlo de la boca de la hija del cónsul.

El viejo señor de Son Batle, que era hermano del arzobispo de Mallorca, vivía con su hija en una residencia campestre llamada «Casa del Alcalde» (el bisabuelo, en efecto, había sido alcalde). Su hija, la señora de Son Batle, era entonces una muchacha bella y apacible cuyo aspecto tenía algo imponente, no tanto por sus formas, que se mantenían esbeltas, sino por la firmeza de la mirada y su porte erguido, como si hubiese sido su costumbre transportar sobre la cabeza, al modo de las campesinas, ánforas y canastos. Miraba a los ojos a todos, hombres y mujeres, ancianos o coetáneos, humildes y poderosos, como si no temiera conocer o revelar secreto alguno, suyo o de los demás.

Tenía el pelo rubio, de reflejos leonados, largo y ondulado, y según la costumbre de la isla lo llevó en una trenza enroscada sobre la nuca hasta los quince años, cuando de repente, nadie supo por qué, se lo recogió en un moño. Por entonces, las mujeres de la isla que estaban prometidas acostumbraban a abandonar la trenza por el moño, pero ella no estaba prometida ni quería novio. Ni siquiera su nodriza logró convencerla de que cambiara el tipo de peinado; tampoco su padre se atrevió a insistir.

En verano, a la hora del crepúsculo, se la podía ver en la era de los campesinos contando cuentos a los más pequeños; o por la mañana, en el frescor del patio, bordando historias en tapetes y manteles. Durante

las tardes sofocantes, en la penumbra de su alcoba, no dormía la siesta, sino que se quedaba envuelta en una sábana mojada, sentada ante una mesita, absorta, escribiendo relatos o ideando tramas y motivos para sus bordados. De hecho desdeñaba vivir siguiendo las costumbres.

Hacía apenas unos días que su nodriza le había peinado las dos largas trenzas infantiles en aquella única trenza de mozuela, cuando una noche su padre fue a visitarla a su alcoba, y no como un padre visita a una hija, sino como lo hace un chimpancé con su compañera. Desde entonces se le metió en la cabeza que todo ser humano tiene dos caras. Contribuyó a reforzar esta idea, por una jugada de la suerte, un vergonzoso secreto de su cuerpo. En ocasiones algunos niños nacen con una protuberancia al final de la espalda, a la altura del hueso sacro, que la voz popular denomina «cola de mono». Ella también había nacido así. Unos años antes la habían operado en una clínica de Madrid, y el único rastro de aquella cola era ahora una diminuta cicatriz: también habían sido destruidas las raíces de los pelos. Aquel secreto de su cuerpo y la infame revelación de aquella noche se esparcieron en ella como una cosmogonía y no como triste complejo. La mozuela empezó a pensar que la naturaleza humana era doble y que detrás de cada hombre se ocultaba o acechaba un mono; o incluso que los pobres monos se veían obligados a adoptar rasgos humanos, a veces apolíneos, para gustar a su Creador.

Los ricos y poderosos se obstinaban en querer ocultar esta verdad y, así, las recepciones a las que la invitaban le parecían mascaradas; las ceremonias de la iglesia, parodias; los uniformes de los oficiales, disfraces; los discursos de sus maestros, mentiras. Se le antojaba que solo los artistas habían intentado revelar esa verdad, pero era sobre todo en las fábulas donde la veía bosquejada. Así, bordaba centauros, asnos de cuya piel se desprendían muchachitos, hombres con pies de cabra, damas que al mirarse en el espejo descubrían rostros simiescos. No le guardó rencor al padre; siguió tratándolo con la deferencia habitual, aunque más distante. Sin embargo, nunca dejaba de cerrar con llave la puerta de su alcoba. Atraídos por su belleza y su dote, jóvenes y señores de edad madura trataban en vano de engatusarla, y

hasta hubo uno que, disgustado, hizo correr la voz entre la cuadrilla de amigos de que tenía cola de mono. El padre no se atrevía a oponerse a la decisión de su hija, y a muchos eso les extrañó. Sombrío, daba vueltas por la casa y el jardín, apoyado en un bastón; o, sentado debajo de una glorieta lejana, leía libros sagrados. En su lecho de muerte, apenas unos años después, cuando quedaron solos en la estancia, le pidió perdón por haberle arruinado la vida, pero la muchacha le contestó que debía darle las gracias por revelarle el secreto de la naturaleza humana. Y el padre, pese a haber comprendido la condena que suponían aquellas palabras de perdón, para no ofrecerle un espectáculo indecoroso, no encontró otra cosa que decirle que: «Tú eres una santa». Después del funeral, el tío arzobispo la llevó aparte a un salón. La mozuela aprovechó para pedirle que se ocupara de la administración de sus bienes; pero no era eso lo que le interesaba a su tío, que encontró el valor de decirle que era hora de que se buscara un marido. La muchacha le contestó que no era esa su intención. Y para mitigar el rechazo de todo argumento pidió a su tío que apartara el diez por ciento de sus rentas y lo destinara a los pobres. «Será —dijo— mi tributo al mundo.» Y con un destello de cruel malicia, que el arzobispo no logró comprender, la sobrina le pidió que dedicara el diezmo a la memoria de su padre, pero que para enaltecer su modestia solo debían figurar las iniciales de sus cuatro nombres de pila: S(imeó) I(gnasi) M(artí) I(vet). Ahora bien, en lengua mallorquina *simi* significa «simio». El arzobispo dio las gracias a la muchacha y, entristecido en el fondo de su alma, se despidió de ella.

Tras haber rechazado sin altivez, pero con corteses mensajes de agradecimiento y excusas, cincuenta invitaciones durante dos años seguidos —una a un baile, otra a un banquete, otra a la botadura de un barco, otra a una boda—, a la señorita de Son Batle la dejaron en paz. En la alta sociedad se habría perdido su recuerdo si de vez en cuando no se hubiese mantenido vivo gracias a las noticias de las cosas extravagantes que ocurrían en la villa, murmuradas en los salones de boca a oreja. No llevaba una vida monacal, como su tío había temido, sino que había comenzado a frecuentar a los artistas. Y

no tanto a los artistas ricos y famosos, nativos o extranjeros de paso, invitados a los salones de la ciudad, sino a aquellos más oscuros y extravagantes. Y a los más pobres llegaba a hospedarlos en su villa, incluso durante meses. Si algún aprovechado, haciéndose pasar por artista pobre, intentaba colarse en aquella casa, donde creía que se podía llevar una vida alegre y depravada, huía poco después; allí reinaba, en efecto, un orden casi monástico. Ni siquiera los verdaderos artistas resistían más de unos meses —el tiempo necesario para terminar algún trabajo—, atraídos como solía ser el caso por el multiforme mundo exterior. Entre los artistas, además, había circulado la voz de que nada debía turbar el orden de aquella casa y que la joven propietaria parecía ocultar un doloroso secreto sobre el que no hacía falta indagar. Hubo incluso alguno que, fascinado por la belleza de la señora, cavilaba en torno a ese secreto e intentaba hacerle preguntas, pero, sonriente y plácida, ella cambiaba de tema.

Un día, el tío arzobispo, que no se atrevía a aparecer por la villa, invitó a su sobrina a una reunión privada. En cuanto leyó el mensaje, la joven decidió asignar otro diez por ciento de su renta a los pobres para evitar un encuentro que preveía molesto. Pero no era eso lo que deseaba su tío, quien dejó enseguida a un lado la oferta, rechazando también el acto de donación a favor de sus pobres de una parte de las tierras. Mediante prudentes averiguaciones realizadas en esos dos años supo que su sobrina no llevaba una vida disoluta y que el curso de su jornada se parecía más al de una santa que al de una artista, al menos en la concepción común que se tenía entonces de las artistas en Mallorca; pero además de esta investigación secreta, el arzobispo, que era un hombre sensible, tras observar detenidamente los bordados que por Navidad o Pascua le enviaba su sobrina, se dio cuenta de que ese poderoso mundo fantástico suyo revelaba una sorprendente y casi maliciosa ciencia del mundo. El arzobispo no entendía nada de arte, pero había visitado muchísimos conventos e iglesias y sabía bien —por los bajorrelieves, las esculturas, las pinturas que había visto, no solo en las capillas más apartadas, sino incluso en obras que adornaban el altar mayor, por los frisos de piedra de los portales y los púlpitos— hasta dónde habían llevado su complicidad muchos artistas

al describir las tentaciones del diablo, y cómo en la representación de santos y santas la comunidad de los creyentes había hallado con frecuencia la manera de aludir a lo profano. Ninguna iglesia y ningún palacio sagrado le habían parecido más llenos de escándalo que las estancias de Paolo Farnese en el Castel Sant'Angelo y que la capilla Sansevero en la ciudad de Nápoles, donde se exponía la estatua de la Modestia, apenas cubierta por un velo e inspirada en la madre del comitente. En su aldea natal, en el interior de la isla, había nada menos que un bajorrelieve esculpido en la parte más en sombra del púlpito donde, en un friso con hojas y frutas, se ocultaban en el verdor unos amantes abrazados, y durante la misa él y los otros niños de la aldea se acuclillaban debajo del púlpito señalándoselos; solo los niños, como él entonces, quizás por su estatura, por su curiosidad e irreverencia, parecían haberlos descubierto, y se transmitían ese saber de generación en generación.

Un trabajo de su sobrina le había llamado particularmente la atención, un bordado en punto de cruz que representaba a unos creyentes arrodillados frente al Cristo resucitado; y entre todos ellos —alguno vestido de general, otro de sacerdote, otro de príncipe— él había identificado a un mono que también se inclinaba. Otro bordado reproducía, según un modelo iconográfico bastante difundido en la isla, al creyente en la encrucijada de dos caminos: uno en dirección a la puerta del paraíso y el otro, a la del infierno; pero mientras que en la tradición las dos puertas eran diferentes —una por lo general pintada de negro y la otra de blanco, o bien una pintada de rojo y la otra de azul, o incluso una pintada de varios colores y decorada de varias maneras según el estilo morisco, la otra en cambio ornamentada con la imagen del santo sudario—, en el bordado de su sobrina las dos puertas eran iguales. En particular, el arzobispo identificó en esos bordados algo más que una festiva e ingenua ignorancia: en ellos percibió más bien una malicia teológica. Cuando convocó a su sobrina, sin embargo, no lo hizo impulsado tanto por el celo de la pureza de un alma como por un afectuoso interés. De modo que enseguida quitó de en medio el argumento de la donación y le dijo: «Debo contarte una historia que nadie ha oído nunca. Para que

comprendas que, además de ser tu tío y el arzobispo de Mallorca, soy un ser humano como los demás. Que valga esto para abrirme tu corazón.

»Como sabrás, tu padre y yo crecimos sin progenitores, nos crio un tío que nos hizo de tutor y de padre afectuoso en su casa de Andratx. Un verano, tenía yo diecisiete años, en el mes de vacaciones escolares, el tío me mandó a Son Mas a cobrar unas rentas a uno de sus aparceros. Entonces no había una carretera como hoy, solo un camino de herradura. Desdeñando la mula, que yo consideraba cabalgadura de labriegos, y no pudiendo usar un caballo porque el sendero era impracticable, preferí ir hasta allí a pie y me puse en marcha al amanecer. A la vuelta, poco después de las cascadas, donde el camino de herradura era más estrecho y más hondo el barranco, me crucé con alguien. En dirección contraria a la mía venía una mujer a lomos de una mula, y debo decirte que se me apareció como la Virgen de aquel cuento popular titulado “La Virgen, san José, el niño y el asno”. La mujer, sin embargo, iba sola, y la mula, inmóvil al borde del precipicio —así suelen caminar o plantarse esas bestias—, pese a las incitaciones, fueran duras o amorosas, se negaba a continuar. “Señor —dijo la mujer dirigiéndose a mí—, quizás usted es más experto en estas cabalgaduras. Convenza a mi mula de que siga, dentro de poco caerá la noche y yo debo llegar a Son Mas.” Si bien yo desdeñaba asnos y mulas, era muy experto en manejarlos —de hecho había cabalgado en ellos toda mi infancia—, pero ni con argumentos, incitaciones, amenazas o varazos conseguí persuadirla. Entonces, de repente, la pobre bestia cayó de rodillas y bajó la cabeza, como queriendo decir: “Hagan de mí lo que quieran, pero ya no puedo seguir”. Le dije a la mujer que no quedaba otro remedio que volver atrás. Cosa que, sin embargo, suponía serias dificultades, pues el camino de herradura era estrecho y en ese punto la mula no podía girar. Pero la mujer se negó a abandonar al animal, habría tenido que pagar su precio a su arrendador. Tuve que emplear toda mi habilidad para que la mula retrocediera hasta una pequeña gruta donde pudo dar la vuelta. Me ofrecí entonces a acompañar a la mujer hasta donde deseaba. Pero ella comenzó a quejarse diciendo que no sabía adónde

ir y que era demasiado tarde para regresar a su casa de Ciutat,* de donde había salido por la mañana. Y me preguntó si conocía una posada o una parroquia donde acompañarla. Al no conocer yo posadas, y presa de la angustia de perder tan pronto su compañía, en un arrebato le ofrecí que pernoctase en casa de mi tío.

»Debo ahora adelantar dos acontecimientos que, en ese punto del suceso, aún desconocía.

»El primero es que la mujer se dirigía a Son Mas para ver a su niño de pecho, que tras un pago había confiado a una campesina de la que era pariente lejana. El otro es que, dos días después de la terca negativa de la mula a ir más allá de las cascadas, la montaña se derrumbó sobre el puentecito; aquella mula milagrosa había advertido el peligro.

»No te referiré los miles de detalles de aquel suceso. Viví en esos pocos meses lo que muchos no conseguirían vivir ni en cien vidas. Con frecuencia tuve la impresión de que no podría soportar siquiera los cinco minutos siguientes; otras veces, en cambio, pasaban días enteros como un sueño o como un soplo. En efecto, me enamoré de aquella mujer y la amé. Era la primera mujer que conocía, no solo en el amor sino también en el afecto, porque no había tenido ni madre ni hermanas ni compañeras de juegos. E incluso en nuestra primera infancia se ocupó de nosotros un criado. Mi vida se vio trastocada. En cuanto podía, corría a Ciutat, donde pasaba días enteros en su casa, e incluso noches. Y así, al llegar el otoño, me negué a volver al internado.

»La hermosa mujer afirmaba ser una viuda obligada por la miseria a servir en la posada de una vieja tía. En una ocasión, al solicitarle yo ir a ver a esa tía suya, me rogó que no lo intentara siquiera y sostuvo que la habría echado, ya que no toleraba visitas masculinas; únicamente habría podido presentarme allí con mi tío para pedirla en matrimonio. Pero yo sabía que él jamás habría accedido a que me casara con una pobre. En realidad era una prostituta; pero yo, ingenuo y ardiente, poco experto en el mundo y cegado de amor, no veía o quizás no quería ver. Mi tío, preocupado por aquella relación de la

que se había enterado por casualidad, reunió cierta información y me dijo brutalmente la verdad. No quise creerle. Me hizo llegar además unas cartas anónimas. Pero, tras leer la primera, ni siquiera quise abrir las demás. Finalmente decidió ponerme ante una prueba irrefutable. Me pidió que lo acompañara a Ciutat con el pretexto de atender unos asuntos y después me llevó a un hotelito del puerto donde pernoctamos. Llegaban de la habitación contigua las voces alegres de hombres y mujeres, el tintineo de copas. "¡Ahí dentro está la mujer que amas!", me dijo. Incrédulo, como desafiándolo, acepté mirar por el ojo de la cerradura. Como en un caleidoscopio, los distintos fragmentos de ropas y rostros fueron encajando poco a poco en una imagen completa. Había ahí dos parejas: nuestro aparcero con una mujer más vieja y la mujer que yo amaba con mi hermano. Ya no conseguí apartar el ojo. Y cuando la pareja mayor salió de la habitación, vi junto a la cara de mi hermano —una cara lozana de muchachote criado en el campo, los bigotes apenas esbozados mojados de vino— la de mi amada abierta al beso; era dulce la mirada y la boca, implorante.

»Mi tío, cuya única intención había sido curarme de una locura pasajera, se arrepintió mucho al percatarse de que me había curado para siempre de las tentaciones del mundo. Y así, para no acabar con mi hermano, con ella o conmigo mismo, o con los tres —mi maraña interior de amor desengañado y de ira me venía a menudo a la mente bajo las apariencias monstruosas de nuestros tres cuerpos enlazados—, me retiré a los bosques, a una casa de labranza abandonada. Volví más delgado y pálido pero tranquilo: dejaría a mi hermano los bienes mundanos, conservaría para mí los del espíritu. Este fue el origen de mi vocación.

Cuando el arzobispo calló, la joven quedó un rato pensativa. Después se decidió a hablar y dijo: «Jamás habría imaginado contarle a alguien, y mucho menos a ti, mi historia. Y será doblemente dolorosa porque no me afecta solo a mí, sino también a tu hermano, mi padre. A él le dejaste los bienes del mundo y lo trastocaron. Pero que se cumpla todo el destino de nuestra familia». Y le refirió su triste experiencia. Al finalizar el relato añadió: «Creo que ahora puedes

darte cuenta de por qué, dejando de lado las distintas épocas en que vivimos y los designios inescrutables de todo destino, después de esa revelación decidí reparar el mal eligiendo un camino distinto del tuyo; tú tuviste la revelación de la bestia en la mujer, a la que con frecuencia se considera más parecida a las bestias que a los hombres, de modo que pudiste encontrar consuelo en el reino del espíritu; en cambio yo descubrí a la bestia en el hombre, que para colmo era mi padre. Desde entonces todo lo humano y paterno se ha convertido para mí en sospechoso. Si alguna vez», añadió con una ligera exaltación mirándolo fijamente a los ojos, «osara imaginarme a Dios, me resultaría imposible no ver asomar detrás de su ojo divino, encerrado en el triángulo, una cola animalesca, indecorosa y anhelante». De la boca del arzobispo no salió una sola palabra de consuelo y, cuando la joven se levantó para despedirse y cayeron de su regazo las escrituras notariales, él no se dio cuenta. Al día siguiente, al criado que le llevó esas escrituras le ordenó que reenviara sin demora el expediente a Son Batle. Su sobrina, sin embargo, se lo remitió de nuevo y él comprendió entonces que debía aceptarlo. No volvieron a verse durante muchos años.

En la vida de muchos hombres ocurre que el consuelo hallado al liberarse de un secreto penoso se parece al efecto de la lluvia sobre la tierra árida. Al poco tiempo de aquella conversación, por primera vez en su vida, la señora de Son Batle se enamoró. Christian, así se llamaba el elegido, era un artista norteamericano que apareció por casualidad una noche cuando en la villa se había reunido un grupo de músicos; la acústica del salón de la planta baja era, en efecto, mejor que la de todos los palacios de la isla. Christian le pidió regresar al día siguiente y, atraído por la extraordinaria acústica de la estancia, y quizás en aquel momento por algo más, se estableció en casa de la señora.

Christian tenía una rara peculiaridad: era compositor y bailarín a la vez. Aunque de hecho la gente vincule estas dos artes, resulta difícil encontrarlas reunidas en una misma persona. La inteligencia del

cuerpo, que se manifiesta en la danza, es de una naturaleza por completo distinta a como suele entenderse la inteligencia. En la danza, más que en cualquier otro campo, la distancia entre el artista tal como es en la vida corriente y como es en el ejercicio de su trabajo parece inconmensurable. Pero, siendo además ese joven compositor de música, en él dicha doble identidad se notaba menos.

Christian tenía además otra peculiaridad: guardaba cierta similitud con los simios. No con el mono obsceno y feroz que se le había revelado a ella una vez, sino con los simios del Edén. Como ellos, se alimentaba de fruta, verdura cruda, avellanas y nueces, semillas de girasol y plátanos; solo bebía leche; poseía una agilidad extraordinaria y en el jardín caminaba a menudo sobre las manos.

Tenía la nariz ligeramente achatada, parecida a la de algunos anglosajones, pecas, un vello leonado en la cara, suavísimo al tacto, y fino cabello castaño. Mas los ojos, de un azul intenso, profundos y hundidos, contrastaban con los rasgos agraciados; no expresaban alegría ni calma, sino cansancio y tormento. La boca se le estremecía a menudo, como si el joven desvariase para sus adentros; la sonrisa era dulce, como si buscara el perdón por su mirada.

Algunas mañanas le temblaban las manos, que se agitaban nerviosas, como si con su continuo movimiento tuviesen que sostener la voz, que parecía siempre alterada en relación con cuanto exigía un discurso corriente. Con frecuencia prefería el silencio a las palabras. El bonito movimiento con el que echaba hacia atrás el pelo, apartándolo de la frente, acentuaba su juventud; entonces parecía más un muchacho que un hombre.

Pero había además otro aspecto de Christian que impresionaba a la señora de Son Batle. Ella, que tenía una aversión instintiva aunque disimulada respecto a todas las manifestaciones animales en el hombre, no experimentaba incomodidad alguna al observarlo. Incluso cuando Christian se rascaba las partes más íntimas, ocultas por un pantalón de lino desteñido —por las noches abundaban en Son Batle los mosquitos—, parecía evocar no las fastidiosas erupciones de la piel, sino más bien sugerir los círculos concéntricos del zumbido nocturno.

La justicia del mundo, sin embargo, es inexorable. El joven no resistía a los dos Christian que era, ahora mono, ahora ángel. Su sonrisa no conseguía reunir esas dos naturalezas. De vez en cuando, como respondiendo a una llamada secreta, desaparecía de la casa y de la isla y regresaba al cabo de un tiempo lleno de dolores en la espalda y las piernas. Viajaba al continente a conseguir morfina y otros opiáceos. En cierta ocasión, llamada para socorrerlo, la señora de Son Batle lo vio temblar como una hoja y estrujarse las manos en la salita de una clínica donde se había internado voluntariamente. Así, la señora de Son Batle se vio en la tesitura de seguir todas las estaciones del calvario de Christian. Ante aquellos miembros doloridos que se sobresaltaban de repente, el tormento de los ojos más y más hundidos, los hermosos rasgos recubiertos de pústulas, la señora de Son Batle ya no consiguió ver en el joven a su amante, sino solo a un hijo. Además, tras el descubrimiento de ese secreto hubo de compartir con él otro secreto inconfesable. El muchacho no solo amaba a las mujeres, sino también a los hombres. Se lo podía ver a veces bailando en los locales más sórdidos para atraer a un amante. La señora de Son Batle envejeció de golpe, se hinchó toda, y para ocultar el dolor y la afrenta empezó a cubrirse con mantillas oscuras, pañuelos y chales; antes solía llevar prendas sencillas, y entre los colores prefería el blanco. Ya no miraba a las personas a los ojos; prefería llevar gafas oscuras, de día y de noche. Se sentaba muda en las salas de espera de lujosas clínicas o bien a una mesita apartada en ínfimos locales, e incluso se la podía ver vagar por el Barrio Chino de Barcelona, frecuentado por peristas y proxenetas.

Una noche se perdió en las callejuelas alrededor de la catedral, y tomara la dirección que tomara, al poco volvía a encontrarse en el mismo punto. Al final, exhausta, turbada por los insultos y las propuestas inconexas recibidas a cada paso, casi ebria —llevaba por entonces siempre consigo en el bolso una petaca de plata llena de whisky—, se sentó en las escaleras de la iglesia, con la cabeza gacha, envuelta en el chal. Y de repente oyó tintinear a sus pies una moneda. Por instinto levantó la cabeza. Volvió a bajarla avergonzada. Pero aquel instante en que había alzado el rostro —a ella la iluminaba una

farola, al viandante nocturno lo protegía la sombra— bastó para que la reconociesen. «¡Inés!», exclamó el hombre.

Era uno de los pretendientes que ella había rechazado. Había insistido más tiempo que ninguno. Pero hay amores obstinados que se parecen a los berrinches. En efecto, como les ocurre a los niños mimados, a ese hombre el rechazo lo había colmado de despecho. Había sido él precisamente quien había difundido en los salones de la isla anécdotas escabrosas sobre ella, y fue él quien propagó por ahí que ella había nacido con una cola de mono.

Con galantería levantó a la señora de los escalones. Le preguntó adónde debía llevarla. Ella propuso el Papalló, un local de la zona. Se sentaron a una mesa en penumbra. Pese a su estado de confusión, la señora de Son Batle se dio cuenta de que las atenciones que le dispensaba el hombre no lograban ocultar un placer maligno: el de ver la destrucción en el rostro y en el alma de la mujer objeto de su antiguo amor o capricho. Con curiosidad febril y morbosa le pedía noticias del joven que ella perseguía. Pero el amor por Christian se impuso al orgullo. Aceptó que aquel hombre detestable la acompañara toda la noche de local en local hasta que, habiendo resultado infructuosa la búsqueda, sostenida por él porque estaba completamente borracha, fue entregada al conserje del hotel.

Al final, cuando Christian llegó a parecer más larva que hombre, la señora de Son Batle lo llevó a una clínica suiza. Veló su agonía durante tres días y tres noches.

El dueño de la funeraria, enterado de sus riquezas, se inclinó servil ante ella, pero la señora encargó uno de los funerales más sencillos y, cuando el hombre le ofreció una hoja de papel para que escribiese el texto del epitafio, se limitó a dictar un nombre. Y quiso que sobre la tumba creciera una mata de margaritas, flores que atraen el llanto.

Pero eso no lo sabía el joven norteamericano aquel día lejano en que conoció a la señora, cuando en el sendero que conducía a su villa —llevaba los pies alegres calzados con sandalias— había tropezado y, para no caer, se había aferrado a una mata de margaritas. Le gustaba su perfume amargo y cortó un ramo. Llegó a la casa con aquellas flores debajo del brazo, como un fardo, como si las hubiese olvidado,

y se las ofreció con una sonrisa.

Tras la muerte de Christian, la señora abandonó la isla, a la que regresaba cada tres o cuatro años, y se puso a vagar sin sosiego por los grandes hoteles de todo el mundo. Estaba hinchada por el abuso constante del alcohol, vivía como mantenida a flote por una vaga efervescencia. Ya no escribía ni bordaba cuentos. Aun así, en su comportamiento manifestaba una gracia y una urbanidad que no era fruto de buenos y vacíos modales, sino de una disciplina del espíritu propia de otras épocas.

Al día siguiente de haberle referido la señora de Son Batle su historia, el cónsul la llevó al camarote donde se alojaban su esposa y su hija. Su esposa la estaba amamantando y callaba, concentrada, mientras ellos conversaban. Cuando la pequeña terminó de chupar, su madre se dispuso a cambiarla. «¡Límpiala bien!», dijo bromeando el cónsul. «¡Ponla también de espaldas!» Su mujer obedeció avergonzada, y al final de la espalda de la niña apareció la pequeña cola. «Al nacer estaba cubierta de vello», añadió el cónsul. «¡No parecía una niña sino una mona!»

Cuando la pequeña estuvo vestida, la señora quiso tenerla en brazos y besarla. Acto seguido se quitó una cadenita de oro y se la colgó del cuello a la niña con tres vueltas. «Permítanme que me considere su segunda madrina», les dijo al cónsul y a su mujer.

La mañana en que el barco llegó a Mallorca, subió a bordo en el primer transbordador una vieja decrépita a la que los marineros izaron por la escalerilla, pero que en el puente no quiso ayuda. Andaba con lentitud, pero su paso era firme. Vestía de campesina según la antigua usanza de la isla. Un delantal negro con pliegues rígidos le cubría la falda amplia de áspero paño violeta. Al verla, la señora de Son Batle levantó los brazos. «¡Anyeta, Anyeta!», exclamó. Y con gritos infantiles de asombro y fiesta la estrechó contra ella y se puso a besarla, con los ojos húmedos de llanto. La vieja tenía los ojos secos, la expresión

severa. Aferrándose con fuerza a los brazos de la señora, dijo sin resollar: «*Són tots morts… tots morts…, Jordi, Delfí, Joanet… Creu, Caterina, Jaume…*». Y así, la señora de Son Batle se enteró por su vieja nodriza de la matanza de agosto ocurrida en la isla.

Se negó entonces a desembarcar. Recibió a bordo a su aparcero y a su tío arzobispo. Al día siguiente partió de nuevo, como una reina ultrajada.

En el momento de la despedida, con rígida cortesía aceptó el besamanos del cónsul. Su mano estaba fría.

Pero mantuvo el compromiso respecto a su ahijada. Siempre, mientras vivió, desde cualquier parte del mundo donde se encontrara, le envió regalos y pidió noticias de ella.

La isla encantada

Cuando llegamos a la isla, a finales de febrero, los almendros ya estaban en flor y el blanco de las corolas se mezclaba con el de los huesos pelados en los campos. En previsión de nuestra llegada, en efecto, habían matado a todos nuestros enemigos.

Hay islas con forma de peces, de delfín, por ejemplo, o de torpedo, otras tienen forma de coral, otras, de sirena. Hoy se encuentran conectadas a los continentes por múltiples canales: los cables eléctricos y de teléfono, las tuberías de gas, incluso los conductos de agua. Sin embargo, mi isla, según la leyenda, la unió el Creador al continente con lazos de agua, a través de profundas venas subterráneas que discurrían debajo del mar, de modo que la isla trataba en vano de navegar a la deriva. Como para consolarla, en sus llanuras brotaban por doquier fuentes que la hacían fértil y verde, pero la isla se torcía hacia un lado, adoptando la forma de un dragón, como si quisiese liberarse de la materia fluida a la que se hallaba ceñida y navegar en dirección al océano a través de las Columnas de Hércules. Y precisamente se decía que de un ojo del dragón había partido el gran navegante a descubrir las Indias.

Nadaban alrededor de la isla gambas, langostas, peces espada, bancos de boquerones, caballitos de mar, torpedos, rayas, agujas paladar, pulpos y calamares. A su alrededor navegaban barcas pintadas de suntuosos colores que, cuando los vientos provenientes del Atlántico soplaban por encima de la cordillera y se abrían paso en la atmósfera tibia y baja que se cernía sobre la isla como una esfera de cristal, eran rápidamente remolcadas a los cobertizos de los que estaban dotados los pueblos costeros.

Bajo la forma de estatuas partidas o de imágenes aún triunfantes, de dioses de la guerra, honderos, capitanes de fortuna, guerreros y califas, observaban, tras despertar de su sueño secular, a los aviones que sobrevolaban la isla y los grandes buques de guerra atracados en

el puerto. Los cañones de las cincuenta torres erigidas contra los piratas a orillas del mar habían sido girados hacia tierra y a los centinelas vestidos de azul se les ordenó vigilar a los bandoleros anidados en el pueblo.

En las ciudades de la isla se alzaban catedrales góticas, cárceles, castillos, palacios renacentistas con interiores barrocos. Los encajes moriscos ornaban el ayuntamiento y los arcos catalanes sostenían los muros que rodeaban el secreto de los patios. Las colonias de extranjeros, artistas y viejas excéntricas preferían sin embargo la tranquilidad de las villas.

En los pueblos, tanto campesinos como pescadores pintaban sus casas con los mismos colores suntuosos que las barcas, mientras que en el campo, tanto por dentro como por fuera, las casas eran blancas; varias veces al año las mujeres las repintaban con cal, y las muchachas barrían con escobas de retama el agua echada a cubos en los suelos de piedra.

Rodeaban la isla playas de arena blanca y pinares, mientras que en la llanura interior, sembrada de pozos profundos y molinos de viento, crecían exuberantes trigo, maíz, cebada, pimientos, judías, habas, garbanzos, ajo, tomates, cebollas. Sobre estos cultivos bajos se alzaban albaricoqueros, cerezos, higueras, viñas, nísperos, melocotoneros, olivos, granados, algarrobos.

Los poetas han comparado a veces los bosques con los ejércitos. La isla también poseía su propio ejército de manos desnudas, un ejército de almendros; con su conmovedora belleza parecían, cual humildes soldados, querer defenderla en vano de la guerra.

No había palacio, ni patio, ni monasterio, ni casa pobre, ni villa que no estuviese rodeado y habitado por flores incluso en su interior: rosas, geranios, orquídeas, calas, capuchinas, fucsias, buganvillas, jazmines. Y de los muros bajaban mantos de uñas de gato y en los tejados florecían las bocas de león y los alhelíes.

Variados y domésticos eran los animales de la isla: ovejas, gallos, gorriones, palomas, faisanes, cisnes, cabras, gatos, conejos, cerdos, pavos reales. En las noches de junio, miríadas de luciérnagas constelaban jardines y campos, para compensar la molestia causada

por sus hermanas, las moscas y los mosquitos.

Asnos y mulos recorrían los senderos, y en vano parecían invitar a los hombres a que imitasen su paciencia y mansedumbre.

Traídos por el viento o quizás solo por la nostalgia de sus habitantes, crecían en la isla plataneros y palmeras, y los monos, los papagayos y los canarios, huidos de los jardines de los ricos, se multiplicaban libres en los campos.

Las mujeres de aquí no llevaban en las orejas miniaturas de orlas, torres y frutas, sino de la luna creciente.

Mis padres me depositaron en una cuna en el frescor de un cuarto.

El sol se filtraba por las tablillas de los postigos y el perfume de los almendros en flor envolvía la isla con sus ráfagas, pero en el cielo se oía el rugido de los aviones que alzaban vuelo para bombardear castillos o cuarteles.

Mi padre salía por la mañana para ir a su oficina y mamá vagaba por la casa sobre sus tacones y preparaba recepciones, porque había que darse a conocer y congraciarse con las familias de los influyentes.

Un avión pequeño nos traía de Italia, además de expedientes y documentos, pan y harina blanca; pero en los tiempos más duros, durante las recepciones aquellos panecillos blancos quedaban ocultos y se servían en cambio pequeños panes de maíz, para dar a entender que los señores recién llegados no querían mostrarse superiores a los de la isla.

Y también las señoras de la isla tendían a disimular su abundancia para no diferenciarse de las mujeres del pueblo. Llegaban a nuestra casa sin sombrero, pero precedidas por sus criadas con las sombrereras, que depositaban en la antesala. Tras llegar, cada una de las señoras tomaba su sombrerera y, frente al gran espejo moderno del cuarto de baño, tan largo como la pared, ayudándose unas a otras, se colocaban en la cabeza los sombreritos y se despojaban de los modestos sobretodos debajo de los cuales resplandecían trajes de seda tornasolada. Después, tras abandonar la lengua mallorquina, se congratulaban con mamita en castellano, dispersándose alegres por el jardín. «¡*Qué maravilla*!»,* exclamaban los viejos criados, y alguno se secaba una lágrima, confundiendo su propia juventud con el risueño

esplendor de las invitadas.

Entretanto, a la luz del candil o de la vela, los maestros, que antes habían enseñado en catalán, se esforzaban por aprender mejor la lengua castellana, velando sobre diccionarios y gramáticas, y por la mañana trazaban en letra grande en las pizarras «*Dios, España y familia*». Aunque a ellos les pareciera que, entre tantos lutos fratricidas, aquel «Dios» semejaba más una blasfemia que una invocación.

El duque de Villalonga, por su parte, invitaba a las señoras a visitar el museo en que, temiendo los desórdenes de la época y la envidia de los pobres, había transformado el palacio de la ciudad donde había vivido antes de retirarse a una villa apartada de la sierra. Y por propia voluntad había colocado en el portón de la antigua morada una placa: «*Museo Municipal*». Después había acudido ante la municipalidad para obtener un reconocimiento oficial, pero los funcionarios y empleados aún seguían demasiado ocupados tratando de entender por dónde soplaba el viento para satisfacer su petición. Iba a aquel museo suyo varias veces por semana y, si había algún otro visitante, fingía también pagar la entrada. Mandó confeccionar para sus criados unas casacas grises similares a las de los carceleros, al no conseguir decantarse por los uniformes de paño azul de los ujieres municipales, pues no tenía claro cuál de los bandos en guerra saldría vencedor. Sin embargo, sabía con certeza una cosa: las cárceles seguirían existiendo. El duque había aprovechado la oportunidad de la guerra civil para colmar un antiguo deseo, albergado durante sus treinta años de matrimonio. De hecho se había casado con una mujer sumamente rica, hija de un converso que comerciaba con perlas, para dar sustancia al título y poder reparar sus villas y sus palacios, pero en las salas recién restauradas el severo esplendor de su familia se había visto sustituido por el ostentoso lujo de su mujer y sus hijas —fonógrafos, objetos de plata, mesas de cristal, modernos sofás— en lugar del mobiliario antiguo arrumbado en los desvanes. Ahora que gracias a la guerra había podido confinar en el campo a su mujer y a sus hijas, desempolvó por fin todas las reliquias, poniendo a su lado un cartelito impreso. Los maestros de provincias, las panaderas e incluso las

pescaderas pagaban la entrada para visitar su museo y ver con sus propios ojos cómo vivía un duque, y la tenebrosa atmósfera de aquellas estancias contribuía a apagar todo espíritu revolucionario quizás más que las descargas de los fusiles. El duque, entretanto, oculto en una caseta del jardín donde, a imitación de la Alhambra, abundaban los juegos de agua, se divertía como un niño pulsando las teclas que regulaban los chorros de las distintas fuentes y rociando por sorpresa a los visitantes, sobre todo a las mujeres gordas, obligadas a subirse las faldas para secarse.

En la isla había además un poeta que se escondía y reaparecía según la marcha de los acontecimientos políticos. Pero no podía esconder ni hacer reaparecer a su antojo los problemas que lo acuciaban, sino que lo acompañaban en todo momento de su existencia, tanto cuando estaba oculto en el pajar de sus abuelos como cuando discutía con sus amigos por las noches en los bodegones del puerto. Uno de sus interrogantes se refería al problema de la existencia de Dios. No pensaba que Dios se hubiese creado a sí mismo, más bien que habían sido los hombres quienes lo habían creado. «Pero si a Dios lo crearon los hombres», se decía, «eso significa que Dios existe. Si no lo hubiesen creado los hombres, no se plantearía la cuestión». Además, lo acuciaba otro problema más: si debía escribir sus poemas en lengua castellana, catalana o mallorquina. «Es verdad que el castellano es la lengua de los dominadores», se decía, «pero el propio mallorquín nació en su momento de un cruce entre la lengua de los dominadores romanos y la hablada por los campesinos y los pescadores. En cuanto al catalán, Barcelona, que reivindica su uso respecto a Madrid, querría por su parte imponerlo en nuestras islas».

Estas eran las cuestiones sobre las que cavilaba. Pero cuando las dejaba de lado y se abandonaba a la inspiración, escribía tanto poemas filosóficos en lengua castellana como poesía lírica en mallorquín. Y mediante un telégrafo secreto mandaba mensajes en lengua castellana a sus compañeros de lucha del continente.

Pese a los resquemores del poeta y pese a la guerra y las bombas, en nuestra casa y en muchas otras continuaban las fiestas y recepciones.

En las guías turísticas, entre los platos típicos de la isla se cita en

primer lugar la mayonesa. Se cuenta que al desembarcar en Mahón durante una guerra el cardenal Richelieu degustó en una humilde fonda una mayonesa con caracoles y que, entusiasmado con esa salsa, la hizo introducir en las cocinas de los Luises de Francia, que la difundieron en las mesas aristocráticas hasta que, poco a poco, llegó a los restaurantes de lujo y después nuevamente, como delicioso trofeo, a las tabernas de Mallorca, donde el campesino que iba a la ciudad a vender su mercancía la probaba y exclamaba: «Entonces, ¿ la famosa mayonesa no es más que lo que nosotros comemos habitualmente?».

Ahora bien, poco después de nuestra llegada, se produjo la «burla de la mayonesa», sobre la que todavía se fabula en Mallorca y que tuvo por teatro nuestra casa, con ocasión de una de las recepciones.

Incluso las familias más frívolas de la isla, las más ajenas al partidismo político —que ni siquiera sabían cuántas armas ponía nuestro país a disposición para su guerra—, acudían en tropel a las recepciones del cónsul, incluso aquellas que presumían de santas en proceso de canonización; sin embargo, a la persuasiva conquista de la isla que se tramaba en nuestra casa le faltaba aún la presencia del arzobispo. No es que tuviese dudas sobre la facción por la que tomar partido, pero vacilaba en alinearse abiertamente, temiendo la derrota de quienes eran sus verdaderos amigos, de modo que a nuestras recepciones prefería enviar en su lugar al brillante jesuita don Luis de Cacaredo, eminente estudioso de mística y poesía medieval.

No obstante, llegó el día en que el arzobispo se decidió a honrar nuestra casa con su presencia. Sirvió para convencerlo, por una parte, una misiva arrancada al nuncio apostólico y despachada solícitamente en un avión italiano, y por otra, el argumento aducido por un exponente de las grandes estirpes de la isla: no se trataba de una recepción oficial sino privada; y quizás, el motivo no menos importante de su decisión fue, además, el recuerdo de la señora de Son Batle, su sobrina, a la que en su exilio en el Hotel Nacional de La Habana enviaba regularmente un cheque correspondiente al importe del alquiler de nuestra villa.

Llegó, pues, el anuncio de que el arzobispo asistiría a la recepción.

Con motivo de esa velada se preparó una comida para cincuenta

cubiertos. Por orden de la señora de Son Batle —era esta una condición impuesta al alquilar la casa—, las mesas de las comidas oficiales debían prepararse siempre con dos cubiertos de más, para recordar a los dos fantasmas desdeñosos que no asistían a la fiesta.

Después de un consomé de tortuga siguieron varios platos, todo servido por siete camareros de un restaurante de la ciudad contratados para que trabajaran esa noche en la villa. Además, se había mandado traer con un pequeño avión botellas de Lacryma Christi y de vino de los Castelli Romani.

Nuestro padre explicó con gracia al arzobispo que en nuestra tierra se denominaba «bocado de cardenal» a cierta parte del pollo y, tras haber alzado la copa en gesto de buenos deseos, le depositó la pieza en el plato acompañado de un muslo, por temor a que no resultase de su agrado.

Pero el momento clave de aquella comida debía ser una ensaladilla rusa dispuesta sobre un pescado de cinco metros y recubierta con un manto de mayonesa donde debía destacar en rojo la leyenda «*Amistad ítalo-española*» compuesta con tiritas de remolacha. Debido a su tamaño, la bandeja en la que se servía se había mandado realizar expresamente en una fábrica de mayólicas, e hizo su entrada en el salón de la recepción encima de un carrito. Su aparición fue recibida entre sonrisas y aplausos, que se congelaron cuando los convidados más próximos alcanzaron a leer la leyenda: «¡*Viva la República*!».

Mi padre se puso de pie. Se le cayó la servilleta. Algunas señoras, espantadas, se levantaron lanzando grititos, y en medio del alboroto se derribó alguna silla. Alguien insinuó que estaba a punto de estallar una bomba, como se había visto recientemente en una película sobre la Revolución rusa.

«¿Quién ha sido?», preguntó mi padre, como solía hacer con nosotros, los niños. Acudieron todos los criados. Parecían no comprender lo ocurrido y miraban a su alrededor. «¿*Qué pasa*?», preguntaban. Cuando, tras varios intentos de explicarse, lo comprendieron, o fingieron comprenderlo, contestaron a coro:

—¡Nosotros no sabemos leer, señores!

—¡Te he visto escribir la comanda en una libreta en el Casino

Palmesano! —le dijo don Manuel Vargas, el notario, a uno de los camareros.

—Lo lamento, señor —contestó el camarero—, pero finjo escribir y me aprendo la comanda de memoria. De veras lo lamento mucho, señor, pero mi padre era cabrero, tuvo diez hijos y yo era el mayor.

—Que se lleven la bandeja —pidió mi padre. Y se disculpó con el arzobispo y los presentes—. Se abrirá una investigación —declaró.

Y mandó llamar a Pedrón, el más autorizado de los criados. Pero Pedrón, justamente un cuarto de hora antes de que se llevara a la mesa el plato de agasajo, tras haber comprobado que en el carrito estaba todo en perfecto orden y de haber leído la leyenda: «*Amistad ítalo-española*», o al menos eso declaró, se había dirigido al salón a preparar los licores. Preguntó entonces si una vez eliminada aquella leyenda infame la mayonesa podía llevarse de nuevo a la mesa. Añadió también que, entretanto, uno de los siete camareros había desaparecido. El cónsul reflexionó un instante antes de sentarse. Luego, con un golpe de genial intuición que revelaba en él más bien a un capitán que a un diplomático, transmitió una orden al oído del mayordomo. La ensaladilla rusa reapareció poco después, pero en vez de la leyenda: «*Amistad ítalo-española*», destacaba en ella nada menos que un «¡*Arriba España*!», inicialmente descartado por él mismo para no incomodar al arzobispo, que quizás aún no deseaba pronunciarse. Cuando el carrito se encontró cerca de la mesa, el cónsul se levantó y con una reverencia presentó el plato a los invitados.

—Ahora, os lo podéis llevar —ordenó a los camareros. Y dirigiéndose otra vez a los invitados añadió—: Porque, a estas alturas, resulta poco higiénico comerlo.

Mientras el plato de cortesía se alejaba como una primera actriz tras la escena principal, nuestro padre permaneció inmóvil, de pie, expectante. Se elevó de la mesa un aplauso. Él hizo una reverencia de empresario teatral y volvió a su sitio. El banquete se reanudó como si nada hubiese ocurrido. Desde hacía muchos meses todos aquellos señores habían tenido que amoldarse a vivir así.

La luna, que desde hacía tres noches brillaba dulce y redonda, apareció en ese momento ensombrecida por nubes rojizas, mientras el

joven Andreu, que por Carnaval preparaba máscaras de papel maché y el resto del año, turrones, se escabullía por los campos, sin correr, para evitar que lo persiguieran los perros, pero con paso ligero.

Los jardines

La fachada de la casa tenía forma de iglesia rural. La coronaba una cruz. En su interior, en cambio, la planta recordaba la de un convento, con sus cuartos que daban al patio. Y aquella casa en forma de iglesia y convento, de la que me llegaban normas y cuidados, se oponía al mundo del jardín, donde yo crecía como las plantas y las flores.

El jardín no disponía de una verdadera tapia. Su vegetación exuberante, seguida por las pequeñas terrazas recubiertas de palmeras enanas, uñas de gato y chumberas, lo separaba de los campos calcinados, donde la tierra estaba tan seca que al caminar por ella se levantaba el polvo, y del mar, que asomaba a lo lejos, como si un círculo mágico y subterráneo de aguas lo hubiese elegido como Edén.

Muchas otras señales distinguían a los jardines del campo. Los pozos, siempre llenos, tenían tapas de hierro y no de madera y estaban coronados de guirnaldas de hierro forjado de las que colgaban cubos tintineantes. En ellos el agua parecía deseosa de salir del fondo de la tierra. Por el contrario, los pozos de campo se mostraban avaros y todo era un continuo tirar de cuerdas, girar de cabrestantes, penar con cubos atados a cadenas que pasaban de mano en mano.

Los niños tenían prohibido asomarse a los pozos, pero yo no hacía caso; jugaba al juego del espejo y la muerte. Y mientras que en los pozos de campo me daba la impresión de que se agazapaban brujas, gnomos y enanos dispuestos a agarrarme, en los de mi jardín me parecía que, con el pelo suelto y las hermosas manos alzadas, flotaban engatusadoras ondinas. La voz que volvía a mí en un eco desde el fondo del pozo la llamaba yo «voz del alma»; y también llamaba «voz del alma» a los ruidos que, cuando había bebido demasiada agua, borboteaban en mis vísceras. Pero el alma del pozo era distinta de la de mis vísceras; a esta última la trataba con condescendencia, me sentía su dueña; mientras que el alma del pozo era más grande que yo y me daba miedo.

Tiraba piedras dentro del pozo y cada vez que este se las tragaba el corazón me daba un vuelco, me parecía oír un «¡Ñam!» y ver de repente frente a mí un dragón ávido al que yo calmaba dándole trocitos de pan para que me perdonara. Me asomaba por encima del borde y el pozo me robaba la cara; volvía la vista atrás para ver si el árbol que el fondo del pozo había robado junto con mi cara seguía estando ahí, y pensaba: «Si el árbol sigue ahí, yo también sigo aquí». Pero no estaba del todo segura de mi razonamiento.

Había además otra diferencia más inquietante entre los pozos de mi jardín y los del campo: frente a los primeros me sentía con las espaldas cubiertas, mientras que frente a los segundos, no; en cualquier momento alguien habría podido tirarme dentro de un empujón. Porque donde terminaba el jardín se encontraban nuestros enemigos.

Debajo de las buganvillas, en el límite del jardín, avanzaban procesiones de orugas y babosas, negándose a abandonar esa húmeda sombra por el campo desnudo y soleado. Esas orugas y esas babosas tan gordas suscitaban en mí la idea de que nuestro jardín era como una rica despensa.

Pero estas representaciones comestibles de hojas y flores me consternaban. En efecto, si en el jardín, como yo sabía, todo era comestible para cualquier otra cosa, entonces yo también lo era; y cuantas más hierbas y bayas masticaba, más me convencía de que si yo era comedora, podía a mi vez ser comida. Enlazaba este miedo al cuento de la abuela sobre los muertos que eran depositados bajo tierra, y lo que yo más temía era la voracidad de la tierra; de manera que cuando me contaron cuentos de ogros me tranquilicé. Atribuí así aquella temida voracidad a un ogro oculto en los bosques detrás de la casa. Y cuando aprendí a rezar el rosario empecé a apaciguar la consternación que me suscitaba ver las procesiones de orugas imaginándomelas como cuentas del rosario: por cada oruga rezaba un avemaría, pero al decir «Santa María» pensaba «Santa tierra», exorcizando así la amenaza de su presencia.

A veces las gigantescas chumberas que crecían al fondo del jardín me daban la impresión de velar por él, como las torres sarracenas a lo

largo del litoral de la isla. Imaginaba que el ogro de los bosques habría tenido que luchar contra ellas antes de poder penetrar en mi dominio; y los frutos espinosos, que ocultaban una pulpa tan exquisita, se me antojaban el emblema de su guerrera presencia, que vigilaba las bellezas de mi reino. Pero un día, mientras estaba sentada en los márgenes del jardín, me asaltó el temor de que la suprema dulzura de una caja de caramelos masticables de fresa, albaricoque y limón envuelta en perfumado papel de seda de color celeste o rosa que me había regalado el arzobispo con ocasión del bautismo de no sé cuál de mis hermanitos constituyese una amenaza para mí y la casa. Tuve la sensación de estar por completo rodeada del perfume de aquella caja —que olía a la vez a galleta, canela y al arzobispo, y era suave y delicado como la trama del papel—, y me convencí de que el ogro no podría resistir aquel reclamo. Corrí a mi cuarto, donde había escondido los caramelos, pero no supe encontrar una solución. «¿Y si me los como todos?», pensé. Pero tenía la impresión de que su dulzura no brotaba tanto del azúcar como del papel cuyos extremos formaban dos hermosos abanicos. «¿Y si la quemo?», me dije. Pero no encontré el valor de hacerlo. Entonces, con la caja apretada entre mis manos, me refugié debajo de la cama, me envolví con cabeza y todo en una manta y así me quedé dormida, chupándome el dedo de puro miedo. Y pensé: «Porque si en casa hay tanta dulzura, ¿dónde están las espinas que la protegen? ¿Y sabrán ellas defenderme del ogro escondido quizás en el armario?».

En los senderos que separaban el jardín de los cultivos, junto a las acequias, en las tierras roturadas y aún por sembrar, crecían unas florecillas que hombres y mulas pisoteaban sin cesar. Las llamaba «las flores pobres», y cuando en un juego en el que los personajes estaban representados por flores, hojas o bayas yo necesitaba «pobres», iba a recoger esas flores tristes. A veces, al parecerme demasiado seco el terreno donde vivían las regaba con la esperanza de que llegaran a ser turgentes y brillasen como las demás plantas.

Mientras que en el jardín toda flor nueva que asomaba era saludada

alegremente por mamá, en los campos, en cambio, para los campesinos las amapolas y los acianos eran una presencia molesta, de ahí que las arrancaran y las abandonasen en grandes manojos al borde del sendero. Los montones de amapolas cortadas representaban para mí la matanza de los inocentes; de hecho al lado de cada flor había unas yemas que me encantaba desgranar de su vaina verde: le quitaba a las madres muertas esas flores recién nacidas, mientras los pétalos de las corolas abiertas se iban ennegreciendo y ablandando para secarse después. En verdad aquellas hermosas flores palpitantes se pudrían enseguida; la vida no fingía persistir en ellas por mucho tiempo como ocurría en el geranio tenaz.

A cuatro patas en el suelo o a veces de pie, al mirar más de cerca se me presentaba poco definida la diferencia entre vegetales e insectos; y las plantas, en especial, no se diferenciaban demasiado del reino animal y mineral.

En efecto, había plantas que se movían como animalillos: algunas mimosas por ejemplo, si las tocaba, bajaban sus hojitas desflecadas hasta juntarlas por completo. Una noche mamita me llevó en brazos a ver las mimosas púdicas. Las rozó levemente: las hojitas se reclinaron; hacían como mis pestañas, me dijo mamita, que bajaban cuando me entraba sueño, como en ese mismo momento, y me llevó a la cama. Los dondiegos de noche, por su parte, abrían sus pétalos al oscurecer. Se iban de fiesta, pero yo no podía porque debía dormir. ¡Qué envidia! En el invernadero mamita cultivaba piedras vivas, unos cactus que parecían piedras. Cuando corría a lo largo de los setos me agarraban manos de buganvillas. E incontables eran las fechorías de las prímulas peludas y las ortigas. Estaba claro, además, que las hortensias bebían tan ávidamente como el asno de Pedrón cuando llegaba detrás de la casa; y si las veía mustias en el patio me ponía a gritar y llamaba a alguien para que fuese a regarlas, porque con mi regaderita nunca habría conseguido apagar su sed. Regresaba después a comprobar si habían bebido; y al verlas otra vez vigorosas yo decía: «Muy bien, así se hace». Como Pedrón cuando hablaba con el asno.

Las plantas y los insectos se cortejaban todo el día. Los insectos, me habían dicho, libaban dentro de las flores y las mordían. Pero ese

alimento del que se nutrían también parecía vivo. Razonando, me sorprendí al recordar que había visto al cerdo menear alegre el rabo antes de que se lo llevasen a matarlo; ese día a los niños nos habían prohibido salir al patio, pero nosotros espiamos por las rendijas de la cerca y oímos largo rato su chillido desgarrador. El cerdo estaba vivo antes de convertirse en sobrasada. Luego, en una ocasión tuve la confirmación de que la flor también estaba viva y hacía algo sórdido: encontré un insecto sumergido en la mucosidad del tubo de un zapatito de dama. Y en el invernadero mamá me enseñó las nepentes, que atrapaban insectos, y me habló de unas orquídeas que directamente se los comían. ¿Cómo podía ocurrir algo tan monstruoso? Y me atormentaba de nuevo la idea de que yo a mi vez pudiese ser comida. Tras reflexionar una vez más sobre el asunto, tuve la impresión de que la relación entre las flores y los insectos no podía ser del todo similar a la que había entre quien comía y era comido. Demasiado festiva parecía aquella comida, como un baile. Yo cavilaba sobre estos razonamientos y no encontraba respuesta. Y un buen día, sentada en el suelo, perezosa, cansada de juegos, con los ojos perdidos en el encaje de luces y sombras de un túnel de trepadoras, reconocí de golpe en ese mismo encaje unas facciones, como de caras unidas, y me dije: «¡No comen, se besan!».

Besar y comer, de hecho, no estaban entonces para mí muy alejados entre sí.

Además eran muchas las cosas que me diferenciaban de vegetales y animales. En primer lugar, veía nacer a las plantas y los insectos, mientras que no sabía de dónde venía yo. Mamita me había enseñado que plantando esquejes de geranios y fucsias estos en vez de secarse crecían y se desarrollaban convirtiéndose en nuevas plantas, de manera que imaginaba que mi mamá había plantado un trozo de sí misma para que yo creciera en un bonito jardín de Nápoles; sin embargo, cuando la miraba, no veía en ella las partes que faltaban. Alguien me dijo entonces que los niños se compraban. Le pregunté a Dida, la nodriza:*

—¿Por qué no te compras un niño para ti?

Dida me estaba vistiendo y me dijo riendo:

—No tengo dinero.

Cuando después me anunciaron que iba a tener un hermano, le pedí a mamá que me llevase al mercado de niños para elegirlo. Mamá contestó que solo los mayores podían ir a comprarlos.

También me llamaban la atención muchas contradicciones. Había mujeres de las que mamá decía que eran muy pobres y que, cuando les regalaba nuestra ropa en desuso, venían a buscarla con niños en brazos o de la mano. Y entonces yo le preguntaba:

—Si son tan pobres, ¿cómo es que compran tantos niños?

Mamá reía sin contestarme y yo salía del cuarto ofendida.

Me horroricé al formular el pensamiento de que si los niños se podían comprar también se podían vender. Y mi horror quedó reforzado por el hecho de que con frecuencia me amenazaban con venderme. Incluso la nana que me cantaban para dormirme:

No ni no, no ni noi,
esta niña a quién la doy.
Si la doy a la Befana,*
se la queda una semana.

No ni no, no ni noi,
esta niña a quién la doy.
Si la doy al hombre negro,
se la queda un año entero.

No ni no, no ni noi,
esta niña a quién la doy.
Si la doy a ese morgaño,
se la queda por cien años

aunque venía de una voz amorosa, no resultaba demasiado tranquilizadora. Y esta, creo, junto con muchos otros motivos, era la razón por la que tardaba tanto en dormirme. Pensaba: «En cuanto me duerma me llevan al mercado». Mientras que ser vendida a la Befana tenía algo pavoroso y tentador a la vez, me parecía increíble que

pudieran venderme al hombre negro, un gran malvado, y confiaba en que mis padres, tan buenos, hubiesen dudado en hacerlo. Ser vendida al morgaño era lo que me asustaba más, pero al mismo tiempo me resultaba lo más verosímil. De hecho al morgaño me lo imaginaba idéntico a un sirviente que venía una vez por semana a fregar los suelos. Se llamaba Joan, tenía una tupida barba negra y al marcharse llevaba siempre debajo del brazo un hatillo con una botella de vino, una pieza de queso o un jersey viejo de papito. Yo sabía que este Joan, al que para mis adentros llamaba «Morgaño», tenía muchos hijos, más de diez, y una vez lo oí pelearse con Dida; desde el salón casi anegado de agua llegaban insultos, chillidos, blasfemias. Mamita, impasible, se asomó al umbral y dijo: «¡Que no estamos en el mercado!». Y se marchó. La palabra «mercado», unida al ajetreo de Joan, al mercado de niños y a toda aquella agua en el suelo —en una ocasión Dida me había llevado al mercado de pescados casi a la hora del cierre y yo había visto cómo lo lavaban echando cubos de agua en el suelo—, me alarmó, y se reforzó en mí la idea de que debía desconfiar de Joan, de modo que todos los jueves por la mañana me escondía en una cabaña del jardín, y si iban a buscarme para almorzar decía que quería comer debajo de la higuera y no en el patio o en la cocina.

Aumentaba mi tendencia a confundir los distintos reinos el hecho de que muchas flores y plantas llevasen nombres de animales o de seres antropomorfos. En realidad eran incontables las crestas de gallo, los dientes de perro, las bocas de león, las cabezas de serpientes, los lirios atigrados, los lupinos; abundaban, además, los pies, los zapatos, los besos de Jesús y de la Virgen.

La pasiflora, por ejemplo, o flor de la pasión de Cristo, tenía representados en la corola la corona, las espinas, los estigmas y los clavos de la cruz. Y el jueves santo, la abuela le enviaba un ramo al arzobispo para la catedral. Aquellas cuatro pasifloras en las cuatro esquinas del cojín de flores y espigas que reproducía la tumba de nuestro Señor, unidas al fervor religioso de la abuela, me hacían imaginar que, una vez resucitado, entre todas las casas de Ciutat, Jesús habría elegido la nuestra para reunirse con los apóstoles el día de Pentecostés. E imaginaba que para ese día mamita prepararía una

gran recepción y que yo me quedaría despierta y espiaría por el ojo de la cerradura.

Los pétalos de las zinias y las siemprevivas, pese a sus vivos colores, parecían secos, muertos y vivos a un tiempo, y me acordaba del cuerpecito de santa Teresa de Lisieux en su féretro de cristal, donde ella también parecía viva y muerta.

Dos árboles solitarios del jardín representaban para mí, además, dos categorías del mundo adulto del que poseía una idea muy imprecisa. Se trataba del alcornoque, al que yo llamaba «árbol del trabajo», y del árbol de Judas, al que llamaba «árbol del delito». Me sorprendía que el alcornoque produjera algo ya acabado que los hombres utilizaban tal cual, mientras que los trozos de los demás árboles conservaban, pese a estar secos y cortados, un aspecto vegetal. «Melcior Dureta», le decía al carpintero que venía a casa a reparar los muebles, «¡con lo que trabajas tú para hacer algo y el alcornoque construye enseguida barcas y flotadores!». Melcior Dureta se reía y con los trozos de corcho que yo tenía en la mano me hacía barcas bien perfiladas, tapones bien redondos, flotadores con un agujero en el centro y bordes bien alisados, y después decía: «¿Ves que soy mejor que el alcornoque?». El árbol de Judas crecía solitario en un campo. Judas se había ahorcado en él después de traicionar a Jesucristo. Y ese árbol, me decían, estaba solo a causa de la vergüenza. O bien me decían: «Quien ha pecado debe expiar después en soledad». Aun así todos los años el árbol florecía como los demás. Sin embargo, aquellas hermosas flores rojas no me parecían alegres, sino tristes y terribles. Si las hubiera arrancado, habría temido que de ellas brotasen gotas de sangre. «¿Por qué lo plantaron en nuestro jardín?», preguntaba yo. Me contestaban: «Porque en todo jardín no debe faltar el árbol de Judas para recordar a los hombres su delito. No todos los jardines tienen sitio para él. Pero esta fue en tiempos la casa del *batle**».

Invitaban a nuestra casa a viajeros provenientes de distintos países,

que hablaban de mundos extraños y fabulosos y tenían inflexiones de la voz, del acento, formas de vestir y modales que no me resultaban familiares. En nuestro jardín también había «flores viajeras», como aquellos señores que venían a visitarnos.

Los crisantemos provenían del Japón; las rosas, de Babilonia; las lilas, de Asia; la planta del café, el árbol de la pimienta, los bananos y las palmeras, numerosos en el jardín, llegaban de África; y muchas otras eran las flores venidas de lejos: las zinias, las dalias, los claveles de moro, los tulipanes, con la forma de la cofia de la mujer retratada en las cajas de cacao Droste con una taza humeante en la mano. Las «flores viajeras» se parecían a las postales que en ocasiones nos mandaba la señora de Son Batle, a veces de Asia, a veces de las Américas, a veces de África. Me las enviaba también a mí; en ellas se veían figuras de bailarinas con trajes bordados en la cartulina con hilo de verdad, o palacios dorados con purpurina o abanicos de auténticas plumas de colores. Al comentar con papito aquellas postales dirigidas a mí, mamita decía: «¡Qué pésimo gusto!».

Pero más que todas las plantas despertaban mi curiosidad las setas, ya fuera porque asomaban de repente, ya fuera por sus formas. Las llamaba los «enanos de las plantas», y eran tal como las veía ilustradas en un libro: pequeñas, de color marrón o blanco sucio, deformes, verrugosas. Los retículos de la parte inferior del sombrero eran arrugados como su piel. El falo hediondo, en particular, remataba en un sombrerete; y cuando mi amigo Paco me dijo que de mayor sería papa y que solo los varones podían serlo, a ese papa me lo imaginé completamente similar al falo hediondo. Después, a través de otros niños, descubrí el carácter impúdico de aquella seta y lo relacioné con aquel papa monstruoso y con Paco, que con tanta soberbia se jactaba de ser varón.

Como ocurre en muchas infancias, como si dudara entre seguir creciendo y dejar de hacerlo, padecí varias y, en ocasiones, graves enfermedades, de manera que el jardín, que en esas circunstancias me estaba prohibido, representaba la salud y el peligro. Su aire, que durante las crisis agudas de mis dolencias no me estaba permitido, se me concedía en cambio, con moderación, durante la convalecencia.

Entonces Dida me depositaba junto a un arbusto de espino albar en flor y me mandaba que respirase con fuerza, porque aquel perfume hacía bien. Además, durante aquellos siete años en la isla, el polen o cualquier otra causa jamás descubierta desencadenaba periódicamente en mí una urticaria; y así, al estilo de los médicos, que con repetidos cortecitos comprobaban en mi brazo qué sustancia me causaba alergia, yo buscaba entre los perfumes, los pétalos, los pelitos, las bayas y los fragmentos de insecto cuál podía ser mi enemigo. Descarté enseguida las plantas que sabía que eran dañinas para todos, como las ortigas, el áloe —con tintura de áloe me untaban los pulgares para que no me los chupase y después todos los dedos para que no me mordiera las uñas—, las setas venenosas, las matacabras, las hojas de culebra. Me empeciné en que mi enemigo estaba en la planta de fresas, por una parte porque las fresas maduras se asemejaban a mi piel cuando se llenaba de erupciones; por otra, porque me habían enseñado que a toda dulzura se asocia un principio de amargura. Del mismo modo que la amargura del áloe impedía la dulzura de chuparme el dedo. Ahora bien, la fresa era la fruta que más me gustaba, y por ello era la fruta que más daño me hacía. Esta convicción se veía reforzada por el hecho de que yo sabía que las plantas nocivas para algunas especies no lo eran para otras. Me decían que las bayas rojas de las hojas de culebra eran venenosas para todos, pero no para las culebras, que por el contrario las encontraban apetitosas. En mis fantasías en las que alimentaba el odio hacia los demás, imaginaba que cuantos me rodeaban eran como culebras, porque podían comer fresas, y que solo yo, que no podía comerlas, era buena; mejor aún: hecha de la misma naturaleza que los ángeles. Eso pensaba, quizás, porque cuando tenía urticaria me cubrían con un camisón especial para impedir que me rascase, rematado en una falda pantalón y ceñido con lazos en los tobillos y las muñecas; y alguien me decía entonces en broma: «¡Ahí viene el ángel!». Sin embargo, en estas imaginaciones mías había algo contradictorio. Durante los accesos de urticaria, de hecho, tenía la impresión de que mi cuerpo estaba como envenenado, y además de esa experimentaba otra sensación más intensa, la de ser envenenada por mi propio odio a los demás. De modo que la sensación confusa e

inefable que sentía no era, en realidad, la de ser un ángel, sino la de tener más posibilidades de convertirme en uno en comparación con los demás. Si hubiese conocido entonces la filosofía, habría podido decir que era un ángel en potencia. Esta idea de ser especialmente sensible a los venenos del jardín y del mundo me hacía sentir más próxima no solo a la esfera de los ángeles, sino a la de las culebras; y a veces, por la noche, mientras apretaba los puños para no rascarme el cuerpo que ardía, deseaba con desesperación un mundo sin ángeles ni culebras. Hasta que un día la abuela acudió en mi auxilio al hablarme del limbo, donde los seres vagaban suspendidos entre el paraíso y el infierno. Imaginé entonces que podía darme acceso a ese mundo una planta del jardín que yo llamaba la «mamita buena»: la manzanilla.

Por las noches, antes de dejarme sola, cuando mamita me daba a beber una manzanilla, yo tenía la impresión de que una mamá mala y resplandeciente había salido del cuarto y que en el humo de la taza cobraba forma una mamá buena. Cerraba los ojos e intentaba evocar la imagen a través del aroma de los vapores y el sabor, que perduraba en la boca, de la cucharilla llena de manzanilla que mamita, tras soplarla, me había dado antes de salir con la recomendación de que me la bebiera toda: se me aparecía a veces una mamá-nodriza vestida con un traje blanco de florecitas amarillas que me fajaba y me espolvoreaba con talco, me envolvía en franelas y me acunaba; a veces una alegre mamá-mariposa que, en aquel limbo anacarado, se posaba sobre mí y me besaba; hasta que, tal vez al desaparecer del cuarto el olor de la manzanilla, o al agotarse la fuerza de mi fantasía, que me hacía imaginar que aún seguía a mi lado aquella mamá buena, yo abría los ojos desmesuradamente y gritaba.

«Señora Manzanilla, haz que mi mamá sea buena como tú», decía yo en el jardín a las plantitas. Y las plantitas susurraban como dándome esperanza.

Por Navidad mis padres dieron una fiesta. Siguiendo una moda del norte de Italia que empezaba a difundirse entre nosotros, prepararon en el salón un gran árbol y colgaron de él mandarinas y adornos luminosos. Medio dormida en brazos de la abuela, con el calor de aquellas luces todavía en los ojos, le pregunté:

—¿En el limbo hay árboles de Navidad? ¿Hay bolas rojas y mandarinas?

—En el limbo hay de todo como en el mundo, pero blanco — me contestó la abuela.

Así fue como me aburrí del limbo. Y de ese modo, sin demasiado pesar, retomé mis fantasías sobre los ángeles y las culebras.

A veces me dejaban en un rincón del jardín rodeada de juguetes: una muñeca, una pelota de colores, un caballo balancín, un osito, una regadera, una palita y un rastrillo. Regañaba a la muñeca porque su vestido blanco de encaje se había manchado de tierra. De todos los juguetes, mis preferidos eran el rastrillo y la regadera, porque me parecían miniaturas de los utensilios de los mayores. Pero el jardín estaba demasiado lleno de aventuras para que yo me quedase quieta mucho rato. Así, a menudo solía dejar a la muñeca en mi sitio y cuando, interrumpiendo un juego con plantas, flores o animales, miraba aquella muñeca y los demás juguetes, me quedaba espantada de verlos tan inmóviles en el banco de piedra. Parecían algo remoto, muerto, similares a los objetos de la iglesia y del culto pero más molestos, porque no conseguía definir su naturaleza. Igual de extraños se me antojaban los distintos juegos desperdigados en el suelo del cuarto cuando me mandaban ordenarlos. Nunca experimenté un espanto similar frente a las flores, las plantas, los insectos: terminado el juego, volvían a ser las mismas flores, plantas e insectos de antes.

A menudo jugaba a la familia e imaginaba que las flores de arveja eran lactantes, tan parecidos a mis hermanos, a los que había visto recién nacidos vestidos de rosa y celeste. Alineaba decenas de estos recién nacidos, a los que imaginaba de edades crecientes del rosa pálido al violeta, del azul claro al añil, en cáscaras vacías de nueces y les daba a beber gotitas de leche extraídas de una planta silvestre y venenosa que me dejaba los dedos pegajosos toda la mañana. Las vainas de las judías eran, en cambio, canoas y barcas. Las cápsulas de las lágrimas de Job, en cuyo interior rebotaban las semillas, eran

sonajeros para distraer a los niños de pecho.

Otras veces, en cambio, simulaba dar recepciones como mamita. Las convidadas eran entonces las fucsias, que balanceaban sus cabecitas y sus voces hacia mí.

Fumaba raíces de regaliz, bebía en cálices de flores, metía el dedo en las bocas de león, desafiándolas como si fuesen animales feroces, pero me olvidaba enseguida del juego y chupaba su néctar dulce. Cavaba hoyos en la tierra y metía dentro insectos vivos y muertos, las flores de arveja-lactantes, las ramitas espinosas que imaginaba como soldados; jugaba a las tumbas. Quizás inspirasen aquel juego los celos que les tenía a mis hermanos y el ensañamiento de la guerra a nuestro alrededor.

Trenzaba esteras y techos con forraje, pero sobre todo jugaba al mercado con los bulbos, el cebollino, los pimientos ornamentales, las pequeñas granadas, las bayas de los cipreses y las cápsulas de los castaños de Indias.

Jugaba a soplar el diente de león y el deseo no formulado se parecía al vuelo ligero de aquellos pelitos. Creía entonces que «deseo» no significaba desear una cosa determinada, sino que formaba una unidad con aquel soplar y esfumarse. Me quedaba pasmada cuando mamita o Dida, curiosas, me preguntaban qué había pensado; en el formular deseos encontraba la misma dificultad que sentí años después delante del cura al enumerar mis pecados.

Con las margaritas jugaba a «me quiere, no me quiere». Pero solo mucho más tarde comprendí el sentido del juego. Entonces me figuraba que era como una especie de columpio, y que «me quiere, no me quiere» solo indicaba un ritmo misterioso.

En el jardín había erizos, tortugas, una pava real y gatos con los que mantenía relaciones difíciles. Los puercoespines y las tortugas se encerraban en sí mismos a cada intento de caricia, el erizo se transformaba en pelota espinosa y solo observándolo en silencio se lo podía ver andar de nuevo y convertirse otra vez en animalillo. Con la pava real y los gatos las relaciones eran, en cambio, de respeto mutuo. Los gatos, que preferentemente merodeaban en torno a la puerta de la cocina y se me sentaban delante mientras comía una galleta, se

alejaban desdeñosos cuando les ofrecía un trocito, acostumbrados a los restos de pescado y carne. Sin embargo, parecían atraídos por el culebreo de una cuerda o de una varita que yo tenía en la mano, y mientras me daba la impresión de ser respecto a ellos una especie de gigante o titiritero que los hacía mover a su antojo mediante el hilo, a la vez me sentía como un ratón amenazado por sus garras. De hecho, pensaba que del mismo modo en que crecías y te hacías mayor, también era posible lo contrario, hacerse cada vez más pequeña. Por otra parte, cuando los gatos jugaban con un ratón de verdad, me sentía ahora gato, ahora ratón; las veces en que era ratón, el juego, demasiado cruel, dejaba de ser un juego; y yo era siempre ratón cuando el animalillo sangraba y no se parecía en nada al topo mecánico que tenía Carlito. Los gatos, además, suspendidos en un tiempo impreciso, fabuloso y doméstico a la vez —«Érase una vez un gato con botas…»— o inmersos en un presente estremecedor y crudo —los alumbramientos y amamantamientos múltiples en la cesta debajo del porche del patio o algunas guerras de amoríos—, me parecían dotados de una doble naturaleza: compartían tanto la invulnerabilidad y la impasibilidad de las figuras de héroes y caballeros como la ternura y el sufrimiento propios de una sangre más frágil que la de los hombres. Con la patita herida, el gato parecía reunir en sí mismo estas dos naturalezas, vulnerable una, invulnerable la otra, y yo me dirigía a él diciendo: «Don Felipe, tu patita acaba de nacer. Ya se te curará y se hará más fuerte. Te pones una bota y vuelves a la corte». Al oír su nombre Don Felipe erguía las orejas y seguía lamiéndose la pata. El pelo le brillaba, reluciente y compacto, en la mancha de sol donde estaba tendido y yo me estremecía de dicha al ver aquel destello, mientras con un baldecito en la cabeza, que hacía las veces de yelmo, me disponía a seguirlo a la corte del rey cuando se curase.

Cada vez que la pava real empezaba a hacer la rueda, volvía a tener la sensación que experimentaba por la mañana en el jardín, a mi llegada después del desayuno, cuando el día entero se desplegaba ante mí como un abanico. Era el mismo embrujo del «érase una vez» pronunciado por la abuela, por Dida o Ignasi, que abría las puertas del

mundo ritual de la fábula. Los ojos de la cola de la pava real me miraban fijamente como los de los ogros y las princesas, mientras la pava caminaba tiesa y entrometida o se disponía a cruzar un punto del sendero demasiado estrecho para su cola y yo me acercaba para cerrársela. Enseguida se volvía rauda para picarme. La soltaba. «¡Tonta, ya verás lo que te pasa ahora!», le gritaba. Y pedía ayuda. La estúpida pava real, que antes caminaba por la explanada como una actriz dramática o un matamoros sin público, se transformaba a su pesar en actor cómico, rodeado de espectadores que se mofaban de él. Alguien le libraba la cola de las espinas y yo, con una de sus plumas irisadas en la mano, le decía para consolarla: «Qué bonita eres». Tras regresar poco después a la explanada, la pava hacía la rueda. Y para burlarse, todos la aplaudían y la azuzaban: «¡Olé, baila!». Pero la pava se alejaba con altivez y los ojos de su cola brillaban ya detrás del enrejado de luces y sombras de un sendero, hasta que, como los momentos felices que yo había pasado, el abanico se cerraba.

—*Senyora* Isabel —le decía a la pava cuando volvía a salir después del almuerzo—. ¡*Senyora*, haz de nuevo la rueda, abre otra vez el abanico!

Pero ya me estaban agarrando de la manga. Además, mamita se burlaba de mí:

—La llamas Isabel, pero las hembras de los pavos reales no hacen la rueda.

—Papito es un hombre y tampoco la hace, pero tú siempre la haces con tu falda frente al espejo.

Tras salir de la sombra del jardín, la reverberación de la luz sobre la grava de la explanada hería mis ojos, cruel e irritante, como las voces adultas que me decían: «¡Ya basta!». Y me llevaban a la sombra doméstica del patio, que se me presentaba como la antesala del cuarto en penumbra donde no tardarían en meterme en la cama para la siesta.

En el tejado de nuestra casa-iglesia, la cruz, que en los días de tormenta hacía las veces de pararrayos, batallaba con el sol.

A veces, en el duermevela lograban aferrarse al sueño las tramas de luces y sombras de aquel jardín, pero con más frecuencia se

presentaban cruces y ogros en guerra, o se abría de par en par el fondo de un pozo o el patio de una cárcel inundada de luz, similar a la explanada frente a la casa que me habían obligado a cruzar poco antes.

Mamita, la reina emplumada

El interior de la casa era una maravilla. Como en un tapiz persa, cada línea y cada forma continuaba en otra, de modo que era imposible saber dónde estaban el principio y el fin. Los muros eran blancos, los techos, abovedados. Además, había hornacinas excavadas en las paredes, que en algunos puntos parecían invadir el suelo en forma de asientos y muretes.

Los platos de colores colgados de las paredes en las salas de recepción, o las antiguas herramientas campesinas apoyadas en los arquibancos hacían pensar que en la casa había una continuidad entre las estancias de fiesta y las cocinas; y por doquier cojines de colores, bordados o pintados, alfombras, tapices, los bordados de la señora de Son Batle prolongaban en los salones las alcobas. Las hierbas y los animales representados en aquellas telas evocaban el jardín de la villa, los jardines de África y los de los cuentos. Los interruptores eléctricos y los telefonillos, los montaplatos y los pozos interiores creaban reclamos de una estancia a la siguiente y ponían la casa en comunicación con el mundo subterráneo. Monjes, signos del zodiaco, santos y cruces, taraceados en arquibancos y *arquillas*,* situaban la casa en relatos solemnes. El aire y el sol que todas las mañanas entraban por las ventanas y los balcones abiertos de par en par, junto con los aromas externos que flotaban a través de ellos, parecían elevarla al cielo en un aura de polvillo luminoso, mientras la superficie de almendros en flor, que desde finales de febrero se extendía hasta el mar, semejaba una alfombra de nubes sobre la que la casa pudiera alzar el vuelo.

«Y vivieron felices y comieron perdices», así terminaban casi todos los cuentos. Dida o la abuela, que me los contaban, añadían a veces: «Como tus padres». Entonces yo pataleaba, chillaba, arañaba. Ofendida y en silencio, me alejaba luego. La primera vez que la pronunciaron, la frase me dejó helada y tuve la impresión de oír el

rechinar de la uña de mamita, todavía sin pintar, contra la lima de papel de lija —cada uno de los cuidados de su cuerpo preludiaba, de hecho, una partida—, o el ruido metálico provocado por mí misma aquella vez que con unas tijeras enormes me había puesto a cortar uno de sus vestidos para impedir que saliera. El ruido definitivo y resuelto, como el de las tijeras, o regular e irritante, como el de la uña que mamita se iba limando, me parecieron el contrapunto y no el mero opuesto de la sensación que me producía la fórmula del comienzo —casi una secreta anunciación— «érase una vez».

Desde entonces, Dida y la abuela, crueles e inconscientes, se empeñaban en pronunciar en broma aquella frase al final de cada cuento, como si disfrutasen con mi disgusto. Y en el ritual de arañazos y chillidos que seguía yo encontraba el modo de calmar mi pesadumbre. O tal vez aquella solo era la manera que tenían de eludir mi insaciable sed de cuentos: en cuanto terminaba uno pedía otro, y quería que, como en las alfombras persas, el relato no se interrumpiera nunca y que la curva descendente, cuyo punto más bajo era precisamente aquel «y vivieron felices y comieron perdices», pudiera ascender otra vez y desplegarse en otro cuento y, a continuación, en otro más. Precisamente lo que ocurría en los días de grandes limpiezas, cuando se enrollaban las alfombras y yo esperaba acongojada que sus maravillas se prolongasen en las de las mayólicas, temiendo cada vez que las coloridas representaciones de las baldosas no estuviesen ahí debajo, como por el contrario invariablemente estaban, sino que en su lugar se encontraran el vacío o el barro. Entretanto, en los cuentos de la abuela y de Dida, el añadido de «como tus padres» cercenaba puntual el mundo de la fábula y cortaba el doble vínculo con las vísceras y los sueños.

Yo tenía, además, otros motivos para no querer que el cuento se asimilara a la vida que llevaban mis padres. El primero era que la princesa protagonista de los cuentos no era en absoluto mamita, sino yo. Me parecía, además, que la existencia que llevábamos estaba muy alejada de ese epílogo feliz y en ella operaban a diario tales hechizos y maleficios que impedían cualquier desenlace.

Se me había metido en la cabeza, por ejemplo, que papito deseaba que mamita fuese igual que la señora de Son Batle; y como mamita no se le parecía en nada, para vengarse y castigarla él trataba de transformarla en una mona. De hecho, papito unas veces le tocaba las nalgas, otras le pellizcaba las mejillas o la atraía hacia sí, otras la apartaba de él, como hacía el señor Facchi cuando jugaba con su monita. Y a veces daba la impresión de que le disgustase que mamita no tuviese cola para poder tironeársela. Para huir de él y no dejarse transformar en mona, mamita adoptaba la apariencia de otros animales. A veces se presentaba con un flequillo negro, un sombrero de plumas y un traje reluciente que reproducía la cola de un pavo real; o bien se echaba al cuello una cabeza de zorro que se mordía la cola; o bien aparecía vestida toda de blanco, con una capa blanca, a punto de echar a volar como una paloma sobre sus tacones altos. Siempre llevaba en el dedo un anillo de diamantes que era mágico, porque le impedía transformarse en monita. Y cuando yo la veía con el anillo de diamantes y la pluma en la cabeza, lista para salir, pensaba: «Mamita es una reina emplumada, no puede convertirse en mona», y miraba a papito con aire desafiante. Este pensamiento me consolaba ante su partida.

Cuando me quedaba sola, como entre dos espejos puestos frente a frente, dirigía el pensamiento hacia las imágenes de la reina y de la mona y me preguntaba: «¿Dónde estará mamita?». Y seguía repitiendo ese nombre sin rostro, con la única calidez del aliento que yo exhalaba, y luego soplaba, soplaba entre mis manos y formaba con ellas un cuenco, como queriendo encerrar dentro de él su esencia tierna, a veces con forma de polluelo, a veces de llamita.

En aquella casa, ¿mamita tenía o no una alcoba? La que ella llamaba, de hecho, «su alcoba» parecía un guardarropa donde rondaba un maniquí vestido de punta en blanco que guardaba o sacaba trajes de los armarios, se perfumaba, se depilaba las cejas, se empolvaba frente al tocador y elegía pendientes y anillos de un joyero. En la habitación contigua, la de papito se escondía, en cambio, su cuerpo

despojado de ropa, e incluso de sombra, similar a ese dedo depositado en un cofre de terciopelo azul y oro que un mago malvado había enviado a un rey como prueba de que tenía al príncipe en su poder.

Los muebles de la habitación de papito eran azules y marrones, relucientes; en uno de aquellos cajones azules suyos, debajo de las camisas, escondía el revólver. Papito se reía al enseñármelo, me hacía oír el clic, me decía que no debía tocarlo. Mamita alzaba los brazos al cielo, alarmada y susurrante; se vestía entonces de temblores como una falena.

Cierta vez estaba yo sentada detrás de la cortina de gasa y, para hacer que mamita se vistiese de temblores de miedo, como la había visto hacer en esas ocasiones, prendí un fósforo y quemé la cortina. La llama, al principio titubeante como un animal que olfatea cauto en busca de la presa, se elevó después brusca y alta. «He sido yo», dije. «No ha sido Titita.» Y en ese instante tuve por primera vez la plena conciencia de que «yo» y «Titita» éramos la misma persona, así que a la forma puntiaguda del fósforo se asimilaron el sonido del pronombre personal de primera persona y el de mi nombre.

Entre todos los hipocorísticos y diminutivos con los que los adultos solían deformar mi nombre yo había elegido ese con el que Dida solía llamarme a menudo. La petulancia y la insistencia de las consonantes dentales y la repetición de la primera sílaba tal vez indicaban que no había sido fácil que mi nombre original se afirmara. Sugerían, además, algo puntiagudo, un dedo levantado en señal de adiestramiento, o la punta de un lápiz dispuesto a subrayar errores. Dada la conocida dificultad de los niños para pronunciar la efe y la zeta, habría podido transformar de un modo más verosímil mi nombre, o los apodos que lo ocultaban, en Tabita, o cambiar las dos consonantes dentales, por asimilación y simpatía con la labial central, también en labiales, por ejemplo, en Babiba; o incluso adoptar formas similares a Titita, como Titilla, Titina o Titipa. Me vi así evocando con ese nombre algo aguzado, resuelto y emergente, integrándome sin darme cuenta en esa corriente filosófica que concibe de ese modo la conciencia. Para colmo ese nombre tuvo que asociarse enseguida a un adjetivo, del que se subrayaban las consonantes dentales que con énfasis solían

pronunciar, a veces en serio y a veces en broma, con respecto a mí: «*cattiva*».

«*Cattiva*», pronunciado casi con despecho voluntario y consciente, como había sido, precisamente, mi acto de prender fuego a la cortina.

«*Cattiva*», trasto, contrapuesto a «*mala*» y a «*dolenta*», como me decía Dida, que significaban algo consustancial conmigo y mi sentimiento de la naturaleza del mundo, algo que me absolvía y me condenaba a la vez; mientras que «trasto» solo me condenaba y al mismo tiempo me distinguía.

Pero a todos los hechizos y maleficios de la casa se sumaba otro: la transformación continua de las palabras, y con ellas del mundo, al pasar de una lengua a otra. Así, la naturaleza casi mecánica propia de ciertos juguetes que notaba en mí cuando oía que me llamaban «*bambina*», tal vez por su asonancia con la palabra «*bambola*», muñeca, se transformaba en una sustancia fabulosa y casi comestible cuando oía que me definían como «*niña*» a causa de ese trazo embrujado que es la virgulilla de la lengua castellana, presente también en el adjetivo «*cariñosa*» que a menudo me dedicaban. Mientras que, cuando la señora Facchi le decía a mi mamá que yo era «*carina*», linda, tenía la sensación de que me comparaban con el paquetito de bombones que llevaba en la mano colgado del dedo.

Mis padres creían que me daban dos nombres para cada cosa, sin saber que en realidad me daban dos cosas por cada cosa. Así, el «*cuscino*» era sombrío y la «*almohada*» era luminosa; en el «*cuscino*» hundía la cara para llorar, morder o ver la oscuridad, mientras que en la «*almohada*» me apoyaba para ver colores y visiones. Y dado que, a causa de sus distintos nombres, cada cosa no era una sino dos, pudo después cada cosa convertirse en muchas a la vez. De modo que el bilingüismo fue un instrumento y un vehículo para mi fantasía, pero al mismo tiempo contribuyó a alimentar la manía de sentirme siempre ofendida y robada, casi como si continuamente me arrancaran las cosas más íntimas y queridas. De hecho, el nombre de una cosa en una lengua a menudo empobrecía el sentido que le había dado en la otra. El ímpetu y la audacia de la abuela de ojos relucientes como el azabache, su fuerza de árbol antiguo, que me parecían expresados

plenamente por las palabras «*abuela*» y «*vieja*», se me antojaron desvalorizadas frente a la expresión —para mí una auténtica revelación— guardada en una página del silabario italiano que a veces alguien me leía: «*la vecchia nonna*», incluso porque sobre aquellas palabras se veía la imagen de una viejecita decrépita y arrugada apoyada en un bastón. Me negué pues a aceptar que el orgullo de la jota pudiera transformarse en un sonido que se lanza, a modo de trapo o de escupitajo, como el de la i dentro de la palabra «*vecchia*»; y si alguien me decía que la abuela era «vecchia», yo contestaba: «*Vecchia sei tu*», *vecchia* lo serás tú; mientras que aceptaba como un cumplido el atributo «*vieja*». Además del castellano y el italiano, que tenía en común con mis padres, había otra lengua secreta que ellos ignoraban pero que yo compartía con el servicio de la casa, con mi amigo Paco, con la gente del patio de Dida y a veces también con mis hermanos menores: el mallorquín.

Esa lengua representaba mi riqueza y mi poder respecto a mis padres, pero marcaba también, además de una distancia insalvable con ellos, una comunión con el mundo de los pobres, que me parecía que mis padres ignoraban. Todo esto era para mí una clara fuente de contradicciones, pero me revelaba al mismo tiempo la dinámica de las relaciones entre clases sociales, descubrimiento que desde entonces creo que ha condicionado mi vida.

La metamorfosis de una palabra en otra y de una cosa en otra, como se había manifestado en el bilingüismo, formaba parte de una cadena de metamorfosis mucho más larga y compleja. Tenía la sensación de que la esencia de estas transformaciones estaba encerrada en el conocido juego de la rima infantil que se recita o se canta teniendo a un niño en el regazo y haciéndolo saltar rítmicamente o meciéndolo hacia adelante y atrás mientras se lo sujeta de las manos. El ritmo oscilante de la rima y del movimiento del adulto que da un sentido de eterna duración se convierte de pronto en brusca caída.

El anuncio de este brusco final variaba de una rima a otra. Por ejemplo, en

Entre las matas, entre las flores
hay un niñito de cien colores.
¿Cómo está usted? Muy bien, ¿y usted?
¿Cómo está usted? Muy bien, ¿y usted?

donde el ritmo más lento de los primeros dos versos hasta «colores», que daba la sensación de duración ilimitada, se transformaba luego con ese «¿Cómo está usted?» en movimiento más agitado, que también habría podido seguir hasta el infinito, pero cuyo brusco final, librado al arbitrio del adulto, era siempre una sorpresa. El «niñito de cien colores», además, por las características de infinito que tiene el número cien y porque yo tendía a asociarlo a la imagen de uno de mis libros en los que estaban representados en fila, y con distintos colores, los niños de las distintas razas de la tierra, se multiplicaba a su vez en los saludos que le dirigían un grupo de niños que iban a visitarlo y lo encontraban escondido entre las plantas y las flores. De manera que yo casi deseaba aquel final repentino no solo por el placer sutil del escalofrío, sino también para sustraerme a la repetición insistente, como de mecanismo atascado, de todos aquellos «¿Cómo está usted? Muy bien, ¿y usted?».

En cambio en la rima

¡*Pin pin zarramacatín*!
Debajo la cama está Martín
tocando la gaita y el violín.
¡*Pin pin*!

el momento del final estaba marcado por las propias palabras, todo estaba predeterminado y se sabía que al segundo «pin» caeríamos al suelo. Martín asumía las facciones del niño Paco, mi compañero de juegos, hijo de campesinos al que yo imaginaba —hasta tal punto deseaba su presencia en mi casa, donde no era admitido— escondido debajo de mi cama, abstraído en cantar y tocar; y «zarramacatín» era una especie de fórmula mágica, similar al «ábrete sésamo», dotada de tales poderes que Martín, en vez de estar en la era de su casa, se encontraba debajo de mi cama. El apogeo del juego no consistía solo en el brusco final, que me lanzaba al suelo, sostenida no obstante por

dos brazos, sino en la interrupción de aquella mágica proximidad de Martín, antes tan lejano.

En otra rima:

Quien nísperos come
espárragos chupa
y besa a una vieja
ni come, ni bebe, ni besa.

el final no era brusco, sino gradual; se comenzaba a bajar poco después de «ni come» y tocabas el suelo con el «ni besa». Este lento descenso del ritmo hacia el final tenía que ver, sin duda, con la presencia inquietante de la vieja besada, cuya imagen, acompañada por aquel movimiento, debía ser tan poderosa que a partir de entonces los nísperos y los espárragos se convirtieron para mí en frutos viejos, debido también, sin duda, al jugo avaro y áspero del níspero y a las fibras irreductibles del espárrago.

De la cadena de metamorfosis formaban parte, además, algunos juegos que no eran de palabras. El del rompecabezas, por ejemplo —hecho con cubos de madera forrados de papel de colores y tan parecido al actual juego de reconstruir los recuerdos—, era el juego de la transformación del caos en forma. Insinuada por un trozo de rama, el borde de una tela roja, un botón o el guiño aislado de un ojo, la forma parecía buscar completarse más allá del vacío y la sombra a partir de ese fragmento, y ese fantasma de forma intentaba luego encarnarse en los otros lados de los cubos. A veces la pereza me impulsaba a lanzar esos dados, pero incluso si la suerte me ofrecía el lado correcto habría sido imposible reconocerlo como tal sin que interviniese la elección y ciertas facultades de selección.

Esa sensación de perfección inmejorable que experimentaba al final del juego, cuando la figura quedaba reconstruida en su totalidad y resultaba idéntica a la página guía, rara vez la tengo hoy al reconstruir las cosas de mi infancia. Al enfrentarme a esta búsqueda, advierto más bien la misma inadecuación que sentía al tratar de resolver los

rompecabezas más difíciles, frente a los cuales me retiraba a veces derrotada o, con tranquila manía, despegaba del cubo de madera trocitos de papel de colores para descubrir debajo una superficie gris y porosa, semejante a ese vacío mental que a veces me asalta casi como una sensación física, hasta tal punto que incluso llego a tener la impresión de tocarlo, tan poroso, y de verlo, tan gris. Sin embargo, cuando resolvía el rompecabezas también esa perfección inmejorable me transmitía una sensación de vacío y rabia, dado que por una parte ya no había nada más que hacer y, por la otra, esa reconstrucción correspondía exactamente a un modelo predeterminado concebido por terceros, de modo que ese juego, fuera cual fuese su resultado, terminaba siempre por hacerme sentir atrapada. Y para quebrantar su ley, para salir de la trampa, volvías a encontrarte en el caos o en el vacío: una trampa distinta.

Las birlas tricolores y Pinocho —«el juguete de todos los niños italianos», me dijeron— llegaron, precisamente, en avión desde Italia. Quizás por esa manera de llegar en avión llevaban incorporado algo mecánico y mineral cuyo sabor notaba yo masticando los fragmentos de barniz de los colores vivos que se desprendían de vez en cuando. En el paquete que los contenía había también dos mapas de Italia, uno físico y el otro político, que me revelaban su forma, similar a la de una bota. Aquella bota, sobre el papel físico donde dominaban los marrones, parecía bastante destalonada, y como me decían que Italia era pobre, se me presentaba tal y como imaginaba la bota del Lazarillo. Sin embargo, no conseguía explicarme cómo era posible que de un país tan maltrecho me llegaran regalos tan pulidos, barnizados en colores encendidos y estridentes, de la misma naturaleza que los de su bandera, en cuyo centro destacaba, como una avispa en un lirio, la corona saboyana. Por esta combinación de motivos, Italia se convirtió para mí en algo que reunía pobreza y perversidad y que me recordaba en especial a una ilustración de mi libro en la que la bota del Lazarillo asomaba por la ventana de una casa a la que el joven había entrado a robar queso y cebollas. Ese país, que a veces en familia llamaban con

cariño «Italieta», a causa de ese diminutivo yo lo asociaba aún más a aquellos juguetes y a todos los juguetes concebidos según el principio de la miniatura. Las birlas, Pinocho e Italia, angostos y alargados como las íes de la primera sílaba de los tres nombres, llevaban consigo algo irresistiblemente cómico, como de quien quiere imponerse a toda costa pero es demasiado delgado para conseguirlo, no muy distinto de lo que ocurría con las birlas tiesas y firmes a los que la pelota derribaba enseguida, o con Pinocho, que se emperraba en no ser un niño de carne y hueso y le acaecían cosas malas.

Pinocho, además, no se prestaba en absoluto a ser una parte de mí misma, blanca y cálida, como los perros de trapo o los mismos animales vivos, recién nacidos, ni otra yo, como las muñecas; todo lo contrario, me resultaba irreductiblemente enemigo y ajeno. Por la madera muy dura con la que lo habían fabricado no se prestaba, además, a ninguna forma de intimidad, mientras que los lápices, entre su corazón mineral y el frío traje amargo del barniz, permitían presagiar una madera cálida y quebradiza que casi se disolvía en la boca al masticarla, dejando un sabor a bosque. De modo que Pinocho me parecía como Carlito, que por dondequiera que lo tocase era duro y anguloso, y por esa dureza suya me vencía en la lucha, hasta que yo perdía el juicio y lo mordía y lo arañaba. Y de esa dureza angulosa y mecánica se jactaba Carlito, tensando los músculos del antebrazo. Pero, del mismo modo que el títere me resultaba poco creíble cuando se convertía en humano, otro tanto me ocurría con Carlito, hasta tal punto que la sangre que le brotaba a veces de los codos y las rodillas o el lamento con el que se dirigía a Dida se me antojaban falsos.

Además, al escuchar el cuento de Collodi tenía la sensación de que la esencia del títere era la maldad, y cuando a mí me decían que era mala temía transformarme en Pinocho y en varón. De hecho, si a Anita seguían diciéndole «pareces una muñeca y llegarás a ser una mujercita», a mí nadie me lo había dicho nunca, como si ya fuese una mujer, y las mujeres, ya lo sabía yo, estaban siempre en lucha con los hombres.

Una ley secreta convertía en fascinantes y perturbadores la mayoría de los juegos: la que rige las metamorfosis. La pelota, por ejemplo,

transformaba lo lejano en cercano —con ella tocaba la bóveda de la alcoba, y en ocasiones hasta su centro, que parecía caer en mi mano junto con la pelota misma—, en un instante llegaba donde a mí me hubiera gustado estar, desaparecía en mi lugar en la espesura de los arbustos o en el fondo de los pozos, impulsada a velocidad increíble por una superficie lisa, suelo o empedrado del patio, en cuanto tocaba la meta regresaba y caía en mis manos, y entonces yo tenía la impresión de haber aferrado no una pelota, sino un ovillo de pura velocidad sibilante.

Por el contrario, los colores y los contornos de la peonza desaparecían, transformados en vértigos estriados o en remolinos de aire, al alcanzar el punto máximo de su velocidad. Y el aro, que yo hacía girar cada vez más deprisa alrededor del bastón, salía disparado justo cuando había perdido su forma, como si no soportase esa mutación. Con ese juego yo notaba una sensación de vértigo, pero era un vértigo frío, como el de mi sueño recurrente, en el que caía a un precipicio sin fondo.

Tenía también cajas de cartón forradas en papel de colores y de medidas decrecientes que encajaban una dentro de otra. La transformación de lo múltiple en unidad, y viceversa, me consternaba, porque la dicha que sentía al sacar de una en una las cajas y alinearlas en el suelo desaparecía al llegar el momento de volver a meterlas una dentro de la otra. De hecho, aunque al volver a colocarlas dentro experimentaba un sentimiento de protección —imaginando que cuidaba de unos seres frágiles en un nido o una cuna—, al final, cuando me quedaba frente a aquella única caja grande que se había tragado a las otras, tenía la impresión de encontrarme frente a un monstruo frío y despiadado. Tal vez por eso, de todas aquellas cajas, la más grande, a la que llamaba «número diez», se me hacía aborrecible. En cambio, trataba con mimo a las más pequeñas, y solo me disgustaba el límite de lo pequeño, que parecía deberse a la pereza del juguetero.

Junto a aquellas transformaciones que tenían que ver con la

velocidad y los números, como en el juego de la pelota, la peonza, el aro, el bastón, o las cajas, o también con el caos y la forma, como en el juego del rompecabezas o en el de las construcciones —estas últimas no estaban barnizadas y su madera estaba impregnada de tintes acuosos verde oscuro, amarillo o violeta (como manchones de mermelada y jarabe), o bien eran blancas con rayas rojas y azules, para imitar ladrillos o presuponer un orden arquitectónico, subrayado por piezas en forma de dinteles, arcos, tímpanos, según el estilo del arquitecto Piacentini—, se encontraban las transformaciones de los cuentos.

El que más me gustaba era el de Hansel y Gretel, no solo por la transformación de árboles, tejados y ventanas en sustancias azucaradas y luego en engaño, sino porque Hansel, es decir, Carlito, dado que había sido guía de su hermanita en el bosque se convertía en prisionero, y Gretel, antes seguidora y discípula, se revela como salvadora; de manera que la imagen de Gretel inclinada sobre el caldero con las faldas levantadas (¿para echar a la bruja al agua hirviendo? ¿Para lavar la ropa? ¿Para revolver la sopa?) se convirtió para mí en emblema de la fuerza tranquila y oculta.

Junto a las transformaciones puras y repentinas, por así decirlo —la del inicio en el final, como había experimentado en las rimas, y por desgracia no solo en ellas (de hecho me enseñaban que era una ley de vida: «Todo juego bonito dura poco»), la de una lengua en otra y de una cosa en otra—, había algunas más lentas y de naturaleza distinta: las transformaciones de la descomposición y recomposición, como las vivía en sueños, durante la digestión o en las épocas de enfermedad. Y todos estos múltiples procesos de transformación, cual maga o hada, los presidía mamita.

Mamita se desvestía, se convertía en mona, se vestía para salir, se convertía en reina emplumada o en paloma. Me acariciaba dulce, era dura al impartir órdenes a Dida. Compraba un niño, amenazaba con venderme. Se volvía redonda como una gallina, delgada como el alce, se deshacía en besos, se endurecía en órdenes.

En la pared, delante de mi cama, apoyado en la cómoda, había un teatrito. Por las noches, vestida de reina, antes de salir, mamita

pasaba a despedirse. Cuando se disponía a cruzar el umbral y desaparecer, yo la llamaba, y esta vez no para implorar un último beso, no. Le decía, imperiosa: «Cierra el telón». Y mamita tiraba del cordón rojo, que no funcionaba bien. Entorpecida por los guantes, intentaba entonces correr las cortinas con los dedos. Yo oía el tintineo de las anillas de latón. «Listo», y desaparecía dejándome con la vista clavada en aquel telón cerrado.

Levántate y anda

—¿Almendras o pistachos?

—¿Té con leche o con limón?

—¿Prefiere un café?

—Sí, si es muy cargado.

—¡Qué preciosas estas cucharitas! Mire el mango en forma de ostra y la perla dorada en el centro.

—¡Violetas confitadas! ¡Qué maravilla! Me recuerdan el primer regalo de mi novio.

—¿Estos turrones vienen de Italia?

—¡Virgen santísima! Y solo por una cuestión de préséance?

—El marqués de Sollera sigue en Tenerife.

—¿Tiene miedo del capitán Bayo? ¡Qué viejo ridículo!

—El domingo hacemos un pícnic en la finca Rosada. Vamos a festejar el bautismo de fuego de mi hijo y de otros jóvenes aviadores de Pollensa.

—No se lo diga a nadie, es una información muy reservada. El general Cervera quiere que la flota y la aviación se trasladen a Cartagena. Nos quedaremos sin defensa.

—¿Almendras o pistachos?

Estos fragmentos de conversaciones me llegaban mientras me quedaba sentada, medio oculta por un seto. Cuando en el jardín se celebraba una recepción solo de señoras, se me permitía, de hecho, estar cerca.

«¿Almendras o pistachos?», me repetía yo también, conociendo uno de los términos de la alternativa pero no el otro, desplazando la alternativa completa, independientemente de sus significados literales, a esa otra que entonces me atormentaba: irme o quedarme. ¿Ir a dónde? Quedarme, ¿por qué? De hecho, me aburría. Encontrarme cerca de mamita no me bastaba. Y sabía por experiencia que si las señoras llegaban a descubrirme por unos instantes me habrían rodeado fragmentos de conversación nuevos y más comprensibles, una

ronda de rimas sobre mis ojos, mis rizos, los volantes del vestido, que habría culminado en un: «¿*Caramelos o bombones*?», alternativa poco tentadora porque, al haber tanta abundancia en la casa, con frecuencia me negaba a comer, y el exceso de alternativas a la leche materna, destinada a mi hermano, me daban un asco casi rayano en el horror, sensación que siempre he experimentado en los grandes almacenes y que todo el mundo, aunque sea amante de las palomas y las hormigas, siente frente a su entrometida multitud.

Mientras me asaltaba la apatía —y la perra me lamía, amorosa, imitando socarrona a las damas—, me vino a la cabeza la orden que me habían dado hacía mucho tiempo, pero que nunca se me olvidó, porque era la esencia misma de todas las órdenes que me daban cotidianamente, del mismo modo que mi respuesta particular a esa orden era la esencia de todas las otras respuestas cotidianas.

«¡Levántate y anda!», me había conminado mamita aquella vez en que, tendida en el suelo, le imploraba que me cogiera en brazos. La alternativa a levantarme habría sido una inútil sucesión de llantos, escándalos, patadas, chillidos, desgarrones, un cuerpo a cuerpo con ella. Y a eso habría seguido el mutismo. Había ocurrido ya en muchas ocasiones, y habría ocurrido de nuevo cada vez que se me hubiese olvidado la elección radical de ese día. Ese día me levanté de inmediato. «¡Qué milagro!», exclamó mamita. Me levanté y anduve ceñuda, no para encarecer el precio de mi rendición, como quizás interpretó ella la cosa, sino porque sabía hasta el fondo, y tan claramente no lo he sabido nunca más, el significado oculto de mi decisión. ¿Debía andar? Pues bien, andaría. Es decir, viviría. Rechacé la mano de mamita. No por fastidiarla, como tal vez creyó ella. Si debía andar, andaría sola.

Entonces, las mujeres reunidas para el refrigerio que yo entreveía desde el seto, pese a que por los trajes y el parloteo se asemejasen a las mariposas y los pájaros del país de los gigantes, tenían un no sé qué rígido y frígido, tétrico y mudo, que muchos años después volví a encontrar en los museos de cera; y aunque se movían y hablaban, era como si un mecanismo accionara sus gestos y sus voces. Mucho más espantosos o inquietantes resultaban ciertos detalles vivos y aislados:

un lóbulo demasiado colgante, fatigado por un dije de fantasía; la filigrana del vello a través de la seda de las medias; un callo triangular engarzado entre dos tiras de la sandalia de piel de cocodrilo de altos tacones ortopédicos; las encías descubiertas en una sonrisa equina y el brillo del oro que obturaba la caries; un brazo cuya desbordante parte posterior adornaba la celulitis con un motivo en nido de abeja; y sobre todo el misterioso suspiro que de vez en cuando acompañaba como fondo, cual obsesivo leitmotiv, ese parloteo, y que, a causa quizás de su misma repetición con efecto de trampantojo, se dilataba en lamento, se retorcía en jadeo.

Por obra de un encantamiento, mamita era en esas circunstancias como sus invitadas, y por eso yo vacilaba incluso en echarle un vistazo, porque no habría tolerado la revelación de un detalle similar a los de las demás.

La fascinación que ejercía una posible revelación y la renuncia a recibirla me mantenían quieta e indecisa, como una aguja entre dos imanes. Pero una providencial tercera fuerza, encerrada en el encantamiento de la frase «¡Levántate y anda!», me arrancó de los dos imanes. Me levanté sin hacer ruido, fui hacia los campos y enfilé el sendero prohibido que conducía a una pobre *finca* abarrotada de niños y animales, a la que alguna vez me había acompañado Dida, a escondidas de mamita.

La campesina me ofreció un huevo recién puesto para que lo sorbiera. Los nietecitos me miraban fijamente, maravillados; una niña de mi edad, con envidia. Le di el lazo rosa que llevaba en el pelo y nos quedamos frente a frente —yo sopesando la cáscara del huevo vacío que seguía intacta, ella, el lazo—, cada cual perdida en el secreto de la existencia de la otra, ahora mirándonos a los ojos sin sonreír pero sin hostilidad, ahora observando el objeto que teníamos en la mano, emblemas delicados y ligeros de nuestra diversidad, pero unidos por su nueva naturaleza de juguetes.

Me marché llevándome la cáscara, cuidando de no apretarla demasiado y fantaseando largo rato sobre los dones que contenía, una maravilla tras otra, que la niña y yo podríamos intercambiar porque ella a su vez, imaginaba yo, crearía sus maravillas enrollando y

desenrollando el lazo. Y como en casa aquella cáscara no habría estado a salvo, la escondí en el seto.

Volví luego a sentarme donde estaba antes. Noté sin emoción que la barriga de mamita era redonda como mi huevo. «De ahí no saldrán maravillas», me dije, ignorando que semejantes barrigas contienen un nuevo niño, no ignorando en cambio que del huevo puede nacer un pollito.

—¡Levántate y anda! —me dijo mamita, cautivadora, cuando reparó en mí, que entretanto me había puesto delante del seto.

Las damas iniciaron enseguida el previsible rito que tenía mi persona como ocasional objeto de culto.

Me metí hasta tal punto en el papel que, después de aferrar dos tarrinas de plata, me fui de una *chaise longue* a otra diciendo: «*¿Almendras o pistachos*?».

Los criados

Los criados de la casa eran cinco y su jefe era Pedrón, el jardinero. En su juventud había sido ladrón de caballos en Andalucía. Entre las familias de la isla existía, de hecho, la costumbre de tomar a su servicio personas comprometidas con la ley para permitirles cambiar de vida y redimirse. A Pedrón lo contratamos por recomendación del arzobispo y trajo a la casa a su esposa Dida, la nodriza, y a otras tres mujeres: Antònia, Inés y Francesca.

Antònia era la jefa de las criadas. Antes de servir en nuestra casa había trabajado durante muchos años para un médico judío hasta la muerte de este. Sus tareas consistían en servir la mesa, recibir a los invitados —como en otros tiempos recibía a los clientes del médico—, hacer las camas, ordenar la habitación y quitar el polvo. Los trabajos pesados de limpieza, como fregar suelos, limpiar cristales, quitar telarañas y sacar brillo a la plata y a los picaportes de latón, le correspondían, en cambio, a la pequeña Inés. Antònia era de mediana edad, lucía siempre un encantador delantalito blanco adornado con encajes, llevaba el pelo rizado con permanente y un collar de perlas artificiales. Cada dos meses iba a la ciudad, a ver al peluquero, cuyo aprendiz le pellizcaba los brazos, le metía la mano enjabonada por la nuca hasta el final de la espalda y dejaba caer su anillo por el escote de su blusa. Estremeciéndose toda, Antònia reía, fingía altanería y lo echaba. Mientras que en su mesilla de noche Dida tenía una colección de imágenes de la Virgen, en la de Antònia había fotografías de mocetones, toreros y actores que, según ella, habían sido sus antiguos novios. De los criados era la única que, al terminar el servicio, se iba siempre a dormir a su casa.

Los domingos por la tarde ocurría a menudo que Antònia y yo nos quedábamos solas en la villa. Las dos teníamos miedo. Antònia prefería encerrarse en su cuarto; yo, que por el contrario tenía más miedo dentro de casa, me quedaba en el jardín.

Una vez que llovía y relampagueaba me refugié en su cuarto. Había un hombre de visita. Tenía bigote, patillas, rizos oscuros; la piel reluciente y grasienta de color aceituna. Se quitó el sombrero, la chaqueta, los zapatos, se tendió en la cama y me dio dos caramelos. En aquel cuartito oscuro había una litera. Antònia y el hombre daban saltos y volteretas en la cama de abajo y yo los imitaba en la de arriba. De vez en cuando desde lo alto les tiraba el pelo a Antònia y al hombre, y ellos reían. En un momento dado, sin embargo, yo también quise ir abajo. El hombre me riñó; subí y volví a bajar. El hombre me agarró, me dio la vuelta, me tumbó en la cama, me quitó las bragas y me metió el dedo en el ano. De pronto tuve la sensación de estar ahí clavada al colchón; aquel clavo de carne me parecía mucho peor a como imaginaba un clavo de verdad —en las manos y los pies de Cristo, por ejemplo—, o que los pinchazos profundos de broches, espinas, puercoespines y erizos de mar que había experimentado a veces. Su naturaleza ni mineral ni ígnea, de hecho, su penetrar en una cavidad por así decirlo adecuada, su propia intencionalidad era como si exigiesen una complicidad y una respuesta. Así, desde aquel día, todas las sensaciones que experimenté en esa ocasión se concretaron en la palabra «tortura», oída a menudo en varios cuentos —la abuela prefería otra palabra, «tormentos»—, o la historia de san Lorenzo en la parrilla, o la de san Sebastián muerto a flechazos, o las de las vírgenes mártires cristianas y las monjas de Barcelona; y la abjuración exigida a aquellos nobles santos durante los tormentos que se les infligía era en todo similar a esa complicidad sórdida y total, hasta lo más íntimo de la carne, a la que habían querido someterme.

—*Deixa-la estar! Deixa-la estar*! —gritó Antònia conmocionada. Un rojo febril le subió a las mejillas, le brillaban los ojos casi al borde del llanto.

El hombre me soltó y Antònia me arregló la ropa.

—*Fora d'aquí*! —ordenó el hombre—. *I no ho diguis a ningú o t'ho faré una altra vegada*!*

La pobre Antònia me acompañó a la puerta y me puso en la mano un puñado de caramelos; entretanto, el hombre la llamaba tirándole del vestido con impaciencia. Antònia desapareció al cerrar la puerta

con una sonrisa tímida y ardiente. Esperé un rato ahí fuera a que me llamaran. No lo hicieron. Fui a la cocina. Los relámpagos fustigaban los cristales. Abrí la puerta para tener como compañeros los olores del patio; las ráfagas de lluvia mojaban el suelo, llegaban casi hasta la mesa. Me detuve en el umbral, me gustaba sentirme mojada. El viento cesó y la lluvia empezó a caer serena y ligera. Aquel murmullo era similar al que parecía provenir de la masa puesta a leudar cubierta con un paño; y yo tenía la sensación de que conmigo debían de oírlo unos seres misteriosos y extraños agazapados en las ollas de cobre o en el fondo de los cucharones. Apretados entre el orgullo enfurecido y el temor, condenados a la impotencia, como en una celda, mis pensamientos, igual que el cielo henchido y la masa del pan, comenzaron a fermentar en tranquilo rencor. Que concluyó con esta frase, pronunciada en voz bien alta y clara: «*Mala gent*!».

Además de Pedrón, Dida y Antònia, como ya he dicho, en la casa vivían dos sombras: Inés, la criada enana, y Francesca, la cocinera. Por qué eran parientes de Pedrón, dónde vivían, qué colores y formas desempeñaban en el mundo, yo no lo sabía. Inés, la enana, era tan diminuta, flaca, humilde y silenciosa que parecía confundirse con los objetos que limpiaba. Agazapada en el suelo reluciente de agua, formaba una unidad con el reflejo de la lámpara de techo o con la mancha del paño; concentrada en eliminar el polvo de una silla, parecía la sombra de esta en la estancia invadida por el sol; junto a la Virgen del Toro, torreada y truculenta, cuyo cristal protector limpiaba con rebujos de periódicos humedecidos con agua y vinagre, parecía uno de esos ángeles serviciales que apartan las cortinas o sujetan el manto a las Vírgenes y que se ven solo después de habernos hartado de indagar en la inquietante figura central. Como ocurre con algunas lagartijas o con los lagartos verdes, que se mimetizan entre piedras y cortezas o entre la hierba, solo el azar o una atenta observación habrían permitido reparar en ella. En mi caso vino en mi auxilio el azar.

Un día yo jugaba al mundo al revés y, cabeza abajo entre las piernas separadas, miraba de abajo arriba. Inés desempolvaba los bibelots

encima del arquibanco colocado frente al espejo, donde, reflejada, vislumbré su sonrisa. Como la expresión insegura de una madre niña, o la maravilla de la luna en el primer cortejo, así era la sonrisa de Inés sonsacada al espejo. Desde entonces, veneré a los enanos entre todos los seres humanos.

Pero también le tenía miedo. Una vez que tuve que guardar cama a raíz de una larga enfermedad, Inés vino a mi cabecera a sustituir a Dida. Debí de haberme adormecido. Al despertar, o tal vez todavía en el duermevela, en la penumbra crepuscular que ya devoraba el cuarto, la vi vuelta hacia la ventana mientras se cepillaba los largos cabellos. Parecían ondas piafantes, crepitaban y desprendían chispas. Inés, a saber por qué, cantaba en falsete; su voz rechinaba como la sierra de los Siete Enanitos. Una frase me infundió miedo: «*Si jo fos ocell / els ulls com blat et menjaria*».*

Cerré los ojos enseguida para que Inés no me los devorase. Y esperé, no obstante, que ocurriera algo pequeño y terrible. Pero Inés calló. Y después de ese día volvió a ser una sombra.

Algo sombrío pesaba sobre la vida de Francesca, la cocinera. A veces oía a Pedrón y a Dida echándole reprimendas: a veces jocosas, otras atroces. Francesca tenía diez hijos, y Pedrón y Dida amenazaban con echarla de casa si llegaba a comprar otros. Mamita también se sumaba, en ocasiones, a la broma cruel. Por ejemplo, le tendía un hatillo de ropa en desuso para sus hijos diciéndole: «¡Por favor, no vuelvas a quedarte embarazada!». Francesca agachaba la cabeza avergonzada, pero dada mi baja estatura podía ver que en sus ojos brillaba cierta malicia. Luego se agazapaba cerca del fregadero o desaparecía entre los vapores de la caldera.

Yo le tenía una envidia inenarrable a los hijos de Francesca, a los que no había visto nunca; me hubiera gustado ser uno de ellos. Así, un día me peleé con Dida y con mamita y dije: «¡No os quiero más! ¡Francesca ha comprado otra hija y soy yo!», y me pasé el día entero agarrada a su falda. Dida venía de vez en cuando a provocarme, a fingir que quería arrancarme de ahí.

Las faldas de Francesca olían a humo de leña, su cara y sus manos estaban, en cambio, blanqueados por los vapores de la cocina y la sosa del fregadero. Cuando llevaba uno tras otro los cubos llenos hasta el borde del patio, en la superficie del agua se reflejaban formas y colores imprecisos en los que me parecía ver las caras de sus hijos; y en el tintineo de los mangos oía sus voces. «*Tos fills et criden*!»,* le susurraba a Francesca.

Un día, según me contaron, un coágulo desprendido de su ingle se le fue al cerebro y la dejó paralizada. Mamita le mandó una mecedora y contrató en su lugar a la hija mayor, que era igual en todo a su madre y durante mucho tiempo había trabajado de pinche en las cocinas del Casino Palmesano. En el cubo tintineante ya no me pareció oír las voces de los diez hijos, sino el lamento de Francesca, de modo que le decía a la hija: «*Ho sents! Ta mare et crida*!».* Y en las formas imprecisas de la superficie del agua vislumbraba como el balanceo de su mecedora.

Pedrón, según mamita, se ocupaba de las flores como si fuesen caballos. Echaba el abono y el agua en los hoyos cavados para colocar las plantas como si se tratase de pesebres y se dirigía a ellas diciendo: «Camina». O bien: «*Endavant*!». Y a las trepadoras les gritaba: «*Arri! Arri*!», cuando las separaba de la pared. «*Quin pèl més preciós que tens*!»,* exclamaba dirigiéndose a las begonias. Y seguía almohazando y sacándole brillo a las hojas de los magnolios cuando el siroco las cubría de polvo.

Pedrón era flaco, muy flaco y moreno, y su pelo ondulado y tupido, en otros tiempos negro azabache, con los años se le llenó todo de canas; pero el bigote seguía siendo negro y le bajaba rizado por la barbilla. De la nariz y las orejas le salían unos pelos indómitos y caprichosos. Tenía, además, dos largas patillas desordenadas, que continuamente intentaba ordenar, lamentándose del hecho de que las canas estuvieran locas.

Pedrón parecía mandar sobre todos los criados, incluida Dida, su mujer, e incluso sobre mamita, al menos en el jardín. Pero no tardé en

darme cuenta de que quien mandaba realmente y sobre todos era Dida.

Cuando Pedrón, por ejemplo, debía servir durante una recepción —en el jardín, en el salón o en la mesa— y salía del vestidor todo acicalado, con el pelo reluciente de brillantina, el frac — debajo del cual llevaba, en lugar de su pañuelo rojo de siempre, una pajarita blanca—, los escarpines puntiagudos lustrados con esmero, un falso anillo de oro y rubíes en el meñique —que lucía además una uña larguísima—, una inmaculada servilleta doblada sobre el brazo, tan bien planchada y almidonada que parecía de papel… «*Mirau el gall! Mirau el gall dindi*!»,[*] se mofaba Dida señalándoselo a todos, con la otra mano en la cadera. O cuando veía la uña de su meñique le gritaba: «*Amaga-la almanco, sinó la madona dirà que mai fas feina*!».[*] Pedrón agachaba la cabeza y salía muy avergonzado, caminaba callandito, y entretanto doblaba el meñique para no enseñar la uña.

A veces el asno de Pedrón, que venía a traer el abono, se plantaba y se negaba a seguir caminando, y entonces Dida reía con las manos en las caderas y decía: «*I bravejava que sabia colcar i domar els cavalls salvatges! Quan ni tant sols l'ase l'obeeix*!».[*] Por otra parte, si mientras Ignasi, el guardián, se adormilaba tras el almuerzo de mediodía, Pedrón ponía en el viejo fonógrafo algo de flamenco y bailaba, y si Dida llegaba a sorprenderlo le gritaba «*Marieta*!».[*] El pobre Pedrón cambiaba el disco, ponía la música habitual que le gustaba a Ignasi y despacito abandonaba la estancia, pasando en silencio delante de Dida. Pero en cuanto Dida se daba media vuelta, él hacía una pirueta como continuando el baile, o bien levantaba una mano y se alejaba contoneándose de puntillas, como calzado con tacones, y me dirigía a mí, escondida detrás de la puerta para no ser vista, un saludo con las manos como si agitara unas castañuelas. ¡Cuidadito con que Dida se diera cuenta! Siseaba a su espalda: «*No t'escup a la cara per no malgastar la meva saliva*!».

A la casa, además, venía para hacer trabajos de costura Maria, que vivía en un convento y era prima de Dida y Pedrón. Unos años antes le habían matado al marido y a cuatro hijos, y las monjas misericordiosas la habían acogido. Se negaba a cultivar la tierra para mantenerse y rondaba por el cementerio hasta avanzada la noche, tendiendo los brazos amorosos o levantándolos colérica. En el convento le habían dado de comer como a una niña, le habían enseñado de nuevo a rezar y a bordar. Al recobrar la cordura, dijo que ya no quería bordar, tenía la sensación de confeccionar encajes de lágrimas, y se había puesto a coser vestidos, chaquetas y pantalones, uniformes para los criados de las casas de los señores y para las monjas cocineras de los conventos. Venía a nuestra casa por recomendación de las monjas y de Dida. La acomodaban en la buhardilla donde estaba la máquina de coser, y detrás de pilas de paño negro yo veía asomar a veces, como alas recortadas de paloma, sus brazos flacos y blancos. Con el pretexto de que le cosieran el botón de una chaqueta o una camisa, en algunas ocasiones papito subía a la buhardilla y depositaba en su mano un billete, para que se comprara turrones, decía. En casa la llamaban «*la desgraciada*» y la veneraban, quizás debido a los hijos que le habían matado, o quizás por su condición de loca, o incluso porque vivía en un convento. Yo me quedaba acuclillada en el suelo, más allá de las piezas de paño, atraída por el aura de misterio que la rodeaba. Me balanceaba al son de la máquina de coser, o jugaba a la guerra con el ruido metálico de las tijeras, o incluso me contaba cuentos suscitados por el repiqueteo regular de la aguja en el dedal. «*Vine aquí, que t'ensenyaré a cosir*», me invitaba Maria al reparar en mí, me cortaba un trozo de paño para hacerle una chaqueta a la muñeca y lo hilvanaba, me indicaba luego cómo meter la aguja y hacer unas puntadas bien apretadas y por último me daba un hilo de color, amarillo o celeste, para que viera mejor las puntadas.

Un día me regaló un dedalito. Yo adoraba aquel dedal, lo llevaba siempre en el bolsillo, metía el dedo en él para que me hiciera compañía. Cuando estaba en el jardín, lo llenaba de agua y me la tomaba con la sensación de beber un dulcísimo elixir. A veces

golpeteaba la mesa con el dedal, y se me antojaba que aquel ruido evocaba un destino de esmero y sabiduría y, como si me hubiese saltado todas las etapas de mi existencia, imaginaba ser una abuela de cuento de hadas. O bien me lo acercaba a los labios y absorbía el aire: el dedal se pegaba con fuerza y no se caía. Y pensaba: «Mientras el dedal se quede así, no me puede pasar nada malo».

En la buhardilla se concentraba un olor a paño quemado, porque Maria solía olvidarse la plancha encima de la tela blanca que recubría la tabla de planchar. Me gustaba ese olor, especialmente cuando afuera llovía y se volvía más intenso. Tenía la sensación de que me protegía del mal tiempo más que las paredes, como un tufo de casas milenarias, acre y sofocado a la vez, que lo impregnaba todo imperceptiblemente, desde las telarañas en la madera carcomida a los cristales amarillentos y recubiertos de polvo.

Un día, mientras Maria cosía ajena a todo, me saqué del bolsillo el pañuelito que me había puesto Dida, todavía doblado en cuatro, lo extendí sobre la tabla de planchar y coloqué sobre él la plancha caliente; la marca de la quemadura dejada por la plancha parecía la proa de un barco yéndose a pique. Entretanto, Maria cantaba una nana en voz baja. «Es un barco de guerra», pensé. Dida me había dicho una vez que yo había llegado a la isla, apenas recién nacida, en un barco de guerra. Arrebujé el pañuelo y lo escondí debajo de los recortes de paño. «El barco se ha hundido», pensé, me tendí en el suelo e hice el muerto, esforzándome por contener la respiración.

Me atrajeron después los agujeros del enchufe de porcelana. Metí los dedos, me dio una descarga eléctrica. Me puse a gritar. Maria levantó la cabeza de su labor. Volví a jugar en el suelo, a hacer otra vez el muerto. Al cabo de un rato, detrás de la ropa se elevó débil y dulcísima la voz de Maria: «*Si claves les tisores, no et faràs res*».[*] Metí las puntas de la enorme tijera negra en el enchufe.

Grité otra vez. «*Mentidera*!», le chillé llorando. Detrás de la ropa, Maria reía por lo bajo, yo veía sacudirse los pliegues de tela. No se lo conté a nadie, pero a partir de entonces ya no volví a la buhardilla. Y tiré al pozo el dedal que Maria me había regalado.

Dida, la reina de todos, criados y patrones, plantas y animales, cuartos y patios, estrellas y planetas, era gorda y vigorosa. A su lado, mamita parecía una niña. Tenía el pelo largo y pesado, rubio y canoso a la vez, peinado en una trenza bien apretada y anudada en un moño en lo alto de la cabeza en cuyo centro llevaba clavada una peineta alta, con adornos de pequeños diamantes falsos. Para eliminar la caspa y la grasa se frotaba el pelo con limón. Una señora me había dicho una vez: «*Tens uns cabells que semblen de seda*».* Y por eso le dije a Dida: «*Els teus cabells no són de seda, sinó de vellut*».* Llevaba al cuello una cadena de oro y pendientes en forma de medialuna. Algo de celeste en el blanco de sus ojos recordaba el manto de la Virgen, a la que invocaba siempre. Sus dientes eran blanquísimos y rectos; este detalle, unido al hecho de que sus pequeñas manos redondas y rojas parecían dos manzanas, me llevaba a pensar que Dida era comestible y sabrosa, hasta tal punto que incluso a ella misma se le debía despertar el apetito. De modo que me explicaba las iras de Dida considerándolas su manera de defenderse de todos para no ser comida. La camiseta de lana desteñida, que tal vez había sido azul, apelmazada y encogida por los lavados frecuentes, le moldeaba los codos, el pecho y los hombros, de forma que una mayor tibieza emanaba de esas zonas redondas que a mí me encantaba encerrar en mis manos, como esas palomas gordas que de vez en cuando, en su patio, Dida depositaba en mi regazo.

Apretujados en un puño, anudados en el pañuelo, ocultos en la faja del pecho, Dida llevaba siempre unos billetes arrugados en cilindros de distintas medidas; esos billetes arrebujados, calientes al contacto de su cuerpo, fueron para mí la primera imagen concreta, casi comestible, del dinero; de hecho, parecían cucuruchos de castañas, de higos secos, de avellanas. Sin embargo, los billetes que veía cuidadosamente doblados o desplegados en la billetera de mi padre y de los otros señores se me antojaban papeles sin importancia. Cuando enrollaba o desenrollaba billetes, a Dida le brillaban los ojos; y cuando debía pagarle a alguien, se los ofrecía con gesto franco poniéndoselos en la palma abierta, como me tendía a mí la sopa de judías las veces que iba a visitarla a su patio. Los señores, en cambio, era como si

diesen esos billetes a escondidas, casi como avergonzados. Luego Dida se los volvía a meter en el pecho con un tranquilo sentido de posesión; los señores, por su parte, deslizaban la cartera en el bolsillo interior de sus rígidas chaquetas con indiferencia, casi como si se tratase de nimiedades.

Cuando Dida se sacaba los billetes de la camiseta en mi presencia le pedía que me los pusiera en la mano: estaban calientes, perfumados como castañas asadas. Puestos encima de la mesa se desenrollaban, despacio, ellos solos, casi resollando ligeramente, y tenías la impresión de que en ellos se había instalado el jadeo continuo que acompañaba la respiración de Dida a causa de su corpulencia y de una extraña anemia. «*Tenc la sang blava*»,* bromeaba; y de nuevo yo veía a su alrededor el manto de la Virgen y le besaba la punta de los dedos con reverencia. «De no haber tenido la sangre celeste», pensaba, «no sentiría por mí tanto afecto». Solo yo sabía que Dida era frágil, tierna, celestial; y como siempre me apoyaba en ella, solo yo conocía su ligero jadeo. «*Em falta l'alè*»,* me decía. Y yo le soplaba en la boca para darle aliento.

La bata blanca de piqué, que debía ponerse en cuanto entraba en casa, me robaba todas esas tibiezas de carne y lana. Las manitas redondas y rojas de Dida, desproporcionadamente pequeñas, parecían posarse sobre todo aquel blanco como si fuese un plato, dos manzanitas apenas desprendidas del árbol. En la espalda, los grandes botones blancos se me antojaban las marcas de los decilitros en la botella con la que le daba la leche a mi hermana Anita; Dida toda era un enorme biberón. Los tres imperdibles que llevaba siempre prendidos al pecho, de tanto mirarlos, también se agigantaban ante mis ojos y se convertían en extrañas armas de una poderosa guerrera o cirujana. Cuando el biberón se le salía de la boca, Anita aullaba.

Y yo decía: «*Dida, cus-li la boca amb l'agulla*!».* Ella me contestaba: «*Quina nina més dolenta*!».*

Mientras Anita seguía chupando, me ponía a espaldas de Dida y trataba de desabrocharle los últimos botones; la tela alrededor del ojal estaba tan tensa que me costaba. «*Ara et descord*»,* decía yo. «*Deixa'm, deixa'm, que em fas pessigolles*!»,* me decía Dida. Y añadía riendo:

«*Aquests dits tan freds em semblen ous d'ocell sense mare*».* Entonces yo me metía los dedos en las mangas y cuando estaban calientes se los apoyaba de nuevo en la nuca. «*Davant tothom ets de n'Anita*», le decía a Dida, «*però darrera ets tota meva*!».*

Carlito, entretanto, jugaba solo en un rincón del cuarto; nos desdeñaba a Dida y a nosotras, sus hermanas.

En las villas y las recepciones

Me pavoneaba desnuda con un trapo en la cabeza. Acababan de secarme y empolvarme. El cuarto estaba lleno de vapores húmedos que se disolvían sobre los cristales o salían por la puerta atraídos por el aire fresco, a mí también me habría gustado hacer lo mismo. Me ardía la piel, pero me sentía bien, como recorrida por nuevas energías. Hui de las manos de Dida, que quería vestirme. Era verano y me dejó ir. A través de los postigos todavía entornados, pese a que eran las nueve, se filtraba la luz ya caliente, y el canto de las cigarras se mezclaba con aquellas luminosas intermitencias.

¿Y por qué con un trapo en la cabeza? Tal vez porque el sombrero era para mí la esencia de la indumentaria. De hecho, cuando mamita decía «Me voy a vestir», después salía de su cuarto llevando en la cabeza alguno de sus sombreros con plumas; y cuando le decía a Dida «Vístete», Dida se ponía la cofia.

La abuela entró en el cuarto. La vi venir en el espejo. Sin darme la vuelta le dije:

—¡Mira a tu princesa!

—¡Sinvergüenza! —me gritó; yo no entendía si iba en serio o en broma—. ¡Vístala! —le ordenó a Dida que, inclinada, limpiaba la bañera. Entretanto, la abuela se había sentado en su sillón de mimbre y yo quería que me cogiera en brazos—. Vístete —me repetía.

—Cógeme en brazos, soy tu princesa —insistía yo. Y me restregaba contra ella, le llenaba de talco la falda negra. La abuela me agarró—. Yo sola, yo sola —dije mintiendo.

Hui de sus brazos, levanté del suelo el trapo que se me había caído de la cabeza y volví a pavonearme frente al espejo. La abuela golpeó dos veces el suelo con la punta del zapatito. Dida se demoró limpiando la bañera. Insidioso, el berrinche se notaba en el aire. La abuela fue a la cómoda, cogió el cepillo, se cepilló el talco del traje, luego se miró al espejo, se pasó el peine por el pelo, se acomodó mejor las horquillas

en lo alto de la cabeza y con una borla se empolvó la nariz. De pronto, como impulsada por una decisión repentina, se volvió, me miró a los ojos descarados, como esforzándose por no fijarse en mi cuerpo, quitó de la cómoda un tapete bordado, se lo puso en la cabeza y dijo:

—Yo también soy una princesa.

Me aferró de la mano y empezó a pasearse conmigo por el cuarto. Se inclinó y me hizo inclinar tres veces delante del espejo. En el umbral del cuarto de baño, toda sudada, con las mejillas rojas, Dida se secaba las manos extasiada y exclamaba, «*Que bonica*!». Dócil, me dejé poner el pelele de colores y los zapatos. Salí del cuarto, mi abuela me llevaba de la mano. Fuimos al jardín.

Cuando me ponían el pelele de colores yo ya sabía, de hecho, que me llevarían al jardín. Pero cuando me ponían el blanco, con el gorro de tela blanca y ala ancha, estaba segura de que me llevaban a la playa. Todas las mañanas me preguntaba, «¿Qué me pondrán hoy? ¿Qué debo ser hoy?».

Tenía, de hecho, infinidad de vestidos. Peleles, trajes de piqué blanco, de organdí, con volantes, con punto nido de abeja, con distintos estampados que representaban conejos amarillos y celestes, tulipanes muy apretados, peonzas rojas y verdes, perritos azules que aullaban alegres con la boca abierta de par en par. A veces abría el armario y pensaba, «¿De qué quieren consolarme con todos estos vestidos?». Otras veces, «Si de veras fuese una princesa, serían largos hasta los pies». Y en otras ocasiones me preguntaba, «Pero ¿de quién son?». «Son tuyos», me contestaba, y añadía, «Tuyos significa yo».

Cada uno de los vestidos más bonitos estaba vinculado a una ocasión, a una fiesta, a una villa.

A la villa de los Pavos Reales me llevaron con el vestido de volantes. La villa pertenecía al marqués de Albuquerque. Papito y el marqués de Albuquerque se habían hecho amigos gracias a los incunables. Estaban haciendo juntos un estudio sobre un incunable que se titulaba *Fiore di Terra Santa*.

El marqués de Albuquerque carecía de herederos —su única hija

había muerto asfixiada después de que una avispa la picara en la garganta—, y cuando nació Anita quiso regalarle el traje de cristianar de las mujeres de su familia. Papito le correspondió obsequiándole un incunable. La marquesa de Albuquerque estaba paralítica y no podía venir a nuestra casa. Un día expresó el deseo de conocernos a los niños; hablaba en voz tan baja que mamita confundió la expresión de ese deseo con el murmullo del lilo debajo del cual estaba sentada la marquesa, de manera que esta tuvo que repetirlo dos veces, porque los dos abanicos hacían de barrera a su voz.

Mamita y papito nos precedieron en el coche y nosotros los seguimos en otro de alquiler. Conducía Pedrón, a su lado iba Dida con Anita en brazos, detrás íbamos Carlito y yo. Dida puso dos cojines entre nosotros para que nuestros brazos y piernas no se tocaran, porque, sino, habríamos peleado. En la avenida se levantaba el polvo, el coche quedó todo blanco.

Cuando Pedrón veía un asno ir a su encuentro, aminoraba la marcha para no asustar al animal. Si se le cruzaban unas gallinas, despotricaba contra ellas con apodos jocosos. Si se le cruzaban los niños de los campesinos que saludaban bastones en alto, le decía a Dida: «*Tira'ls les monedes*». Y Dida se las tiraba sacándoselas del bolsillo, mientras Carlito y yo le pedíamos que nos diese algunas para lanzárselas al grupo siguiente.

En una curva había una cruz de hierro forjado. Pedrón paró el coche, bajó, se persignó y arrancamos otra vez.

Más adelante, Carlito y yo vimos un espantapájaros en medio del trigo.

—¡Qué hombre raro! —exclamamos al unísono.

Dida se rio. Pedrón se dilató en explicaciones.

—¿Por qué los hombres espantan a los pájaros? —quiso saber Carlito.

—*Quina calor*! —dijo Dida para cambiar de tema—. *La falda se l'hi ferra al cul, la nena está tota ella suada*!*

Anita dormía con la cara arrebolada, las gotitas de sudor le perlaban la frente

—*Em sembla una rosa amb la rosada** —le dije a Dida, porque hacía

poco había aprendido aquella palabra, *rosada*, y siempre quería usarla.

Dida le suplicó a Pedrón que se detuviera un momento, pero él le pidió que esperase, porque estaba seguro de que más adelante había una fuente.

Llegamos a la fuente, al comienzo de la maquia: doña Pérez de Aluna había mandado construir allí un abrevadero, compadecida del esfuerzo de los asnos. Carlito y yo estábamos muy sudados. Era tan grande nuestra somnolencia que ni siquiera teníamos fuerzas para beber.

Después de haber bebido, Dida hizo sentar a Pedrón en una piedra y le puso en brazos a Anita. Pedrón se quedó rígido, con los brazos como los de un sillón.

—*Mira com li penja el cap*[*] —le reprochaba Dida, e inclinada sobre Pedrón se esforzaba por ablandarle los brazos y colocar en el hueco del codo la cabeza de la niña.

Después se ocupó de nosotros. Me quitó el vestido de volantes, lo puso a secar colgado de un árbol, le quitó la camisa a Carlito.

—*És una llàstima*![*] —se lamentaba—. La ropa toda mojada. Fijaos qué sucios y sudados estáis, venid que os limpio. Y con el pañuelo empapado de agua nos limpiaba las piernas, los brazos y la cara; con el peine nos arreglaba el pelo—. ¡Fíjate cómo se te ha arrugado el vestido! —decía, y con los dedos intentaba alisar los volantes—. ¡Pobre de mí, qué dirán, qué dirán de nosotros las naciones extranjeras! —No conseguía desabrochar el botón de la bolsa de tela donde guardaba el pan y el salchichón—. Es porque se me han hinchado los dedos con el calor —decía—. *Vine a ajudarme-me, nina, amb els teus dits*![*] —Y yo pasaba el dedo debajo del botón y empujaba —. Qué dedos de maga — suspiraba—. ¡Verás tú la de bordados que harás!

—¡Bordaré tu cara y bordaré a Pedrón que lleva a Anita en brazos como en bandeja! —le contestaba yo. Y me gustaba imaginar a Pedrón llevando a Anita en brazos como en bandeja, así todos se la habrían comido.

—Átame el zapato —le pedía Pedrón a Carlito.

—Todavía no sé hacer nudos —murmuraba Carlito, mortificado.

—Dida, yo también quiero pan y salchichón, no quiero las galletas de Francesca —decía yo.

—¡Luego no tendrás hambre, te dolerá la barriga! Vamos a casa del marqués de Albuquerque, y en lo del marqués no se come pan y salchichón, se come pastel de riñones, helado de albaricoque, tarta de fresas. —Pero yo insistía—. ¡Ay, Dios mío, la boca te olerá a salchichón! —exclamaba Dida—. ¿Qué dirá el marqués de Albuquerque?

—Solo un poquito, Dida.

Y Dida me daba un trocito, mientras Pedrón le daba otro a Carlito.

—¡Anita se porta mejor que vosotros! —decía luego Dida.

—Cuando Anita sea mayor, comerá montañas de pan y salchichón para hacerte rabiar. ¡No se contentará con una sola lonchita! —apuntaba yo.

—¡Dios mío! ¡Que no se diga que hago pasar hambre a los niños! —exclamaba Dida.

Abría la bolsa y sacaba más pan, lo embutía de salchichón, nos lo daba a mí y a Carlito. Y Carlito lo aceptaba, pero yo le decía:

—No lo quiero para no darte un disgusto, comeré el pastel de riñones del marqués de Albuquerque. Pero Dida, ¿qué son los riñones?

Volvimos a subirnos al coche. Faltaba poco para llegar a la villa. Por el camino el polvo estaba húmedo, ya no se elevaba festivo. Las ramas de los árboles a lo largo del trayecto bajaban sobre nosotros en forma de arco y cabaña. Anita se despertó, pero no lloró. Yo quería que Anita llorase para enfadar a Dida, así ella habría dicho, «¡Mala!». Y al mismo tiempo quería que Anita no llorara para no enfadar a Dida. Me distrajo de estos intensos deseos opuestos la verja de la villa de los Pavos Reales.

Carlito y yo nos pusimos de pie, entusiasmados. Nos dimos la mano por encima del cojín para sostenernos.

—Pedrón, ¿dónde están los pavos reales? —pregunté.

—Tienen miedo del coche —me contestó—. Se han escondido, más tarde iremos a buscarlos. Pero creo que si camináis con paciencia entre los senderos los encontraréis.

Nos llevaron al cuarto de las criadas, porque Dida tenía que cambiar

a Anita y darle la leche. Nos limpió de nuevo la cara, las piernas y los brazos con el pañuelo mojado, nos arregló el pelo, después me rehízo el lazo de la cinta y me estiró la enagua almidonada. Abandonada encima de la cama, hambrienta, Anita gritaba.

—Ponte delante del espejo y mírate bien —dijo Dida, y fue a quitarle la faja a Anita.

Conocía bien el poder que el espejo ejercía sobre mí. Me miré en él con sorpresa, como cuando te cruzas con un conocido al cabo de mucho tiempo. Como me sucedía a menudo, me sentí obligada a ser alguien o algo. Me hice muecas, sonreí, caminé, me detuve, pasmada, hasta que el espejo, saciado, terminó de tragarse todas aquellas imágenes y ante mis ojos solo quedó una niña compuesta: yo. Estaba lista para pasar al salón. Pero en el espejo vi entrar a mamita. En cuanto su imagen quedó allí reflejada ya no fui esa niña compuesta, era como otra yo; recuperé todos los humores, las muecas, los berrinches de antes. Fue un instante.

—Ven —dijo mamita—, que te llevo a saludar a la marquesa.

Se quitó los guantes de hilo blanco que le llegaban al codo y empezó a arreglarme los tirantes, los volantes de organdí.

Con Dida habíamos subido una escalera negra; mamita y yo, en cambio, bajamos por una escalera blanca. Oía crujir cerca de mi mejilla su traje de *shantung*; para mí era como si crujiesen los mármoles barrocos. La marquesa se había adormecido debajo de los lilos. Una sonrisa caía de sus labios. El marqués de Albuquerque se paseaba por la villa al lado de papito, con las manos a la espalda. Era como transparente. Entre sus cabellos blancos se filtraban los rayos de sol y a través de la piel diáfana se le veían las venas de las sienes. Solo a través de sus ojos no lograba penetrar la luz, es más, sus pupilas la frenaban, la concentraban y la refractaban.

Me dirigí a él y le pregunté:

—¿Dónde están los pavos reales?

—Pasea por estos senderos y los encontrarás —me contestó.

La misma respuesta que me había dado Pedrón. Así, el encuentro con los pavos reales sería el encuentro de la paciencia con el azar, saldría del burdo ámbito del querer y el entender.

Mientras Carlito y yo nos alejábamos por el sendero, oí a papito preguntarle al marqués:

—¿A qué está destinado, según usted, mi hijo Carlito?

—Tiene unos ojos tan bonitos que le harán muy difícil ser varón —le contestó el marqués.

—Te cambio mis ojos por los tuyos —le propuse a Carlito.

—No quiero, los míos son más bonitos —contestó.

Al final del sendero, entretanto, tres pavos reales venían hacia nosotros, y por otro avanzaban en nuestra dirección unos cuantos más. Sus colas eran verdes e irisadas, pero había uno de cola negra con círculos rojos.

—Comparada con estos, nuestra pava real parece una gallina —le dije a Carlitos.

Encontramos la casa de los pavos reales. El guardián, que cuando nosotros llegamos charlaba con Pedrón, nos enseñó los estantes donde guardaban las cajas de cartón con las plumas más hermosas.

—¿Qué hacéis con tantas plumas? —preguntamos.

—Se las vendemos a las bailarinas de la ópera de Madrid y a las modistas.

—Regálame una —pedí.

—Yo también quiero una —dijo Carlito.

Nos marchamos orgullosos con las plumas en la mano. Las sujetábamos rectas frente a nosotros como cirios. Tuve la sensación de no haber poseído nunca algo tan preciado. Miraba mi pluma a contraluz y la soplaba. Me la pasaba por los ojos, por las mejillas. Cuando nos cruzábamos con los pavos reales, se las agitábamos en la cara, triunfantes.

—Nosotros también somos pavos reales —gritamos. Pero ellos, solemnes, nos ignoraron—. A ver si nos reconocéis—. E hicimos la rueda. Con una punzada en el corazón, pensé, «Tienen tantos bienes preciados y parecen no saberlo. ¿Qué soy yo que solo tengo un bien preciado y sé que lo tengo?».

Pero Carlito se lamentaba:

—¿Por qué los pavos reales no nos reconocen como uno de ellos?

—Vámonos, que es mejor. ¡Anda! —le dije. Me había entrado como una inquietud de que los pavos reales nos confundiesen con uno de ellos—. Marchémonos —añadí.

Huimos con las plumas rectas frente a nosotros, transformadas en banderas y en lanzas.

Para Carlito y para mí habían preparado una mesa debajo de la pérgola. Nos hicieron sentar frente a frente. Una muchachita muy sonriente nos sirvió en los platos un pastelillo calentísimo y crocante.

—¿Qué son? —pregunté.

—*Vol-au-vent.*

En la cima asomaban unos guisantes recubiertos por un sombrerito de pasta fragante puesto de través. Hacía calor, tenía sueño, esperé a que los *vol-au-vent* se enfriasen. Me enderecé en la silla y con una mano me acomodé el tirante. Había que sentarse bien compuestos delante de un vol-au-vent. De vez en cuando lo tocaba con la punta del dedo, seguía quemando y manchaba de grasa.

—Se come con cuchillo y tenedor —me señaló la muchachita.

Cuando hizo ademán de marcharse, Carlito me susurró:

—¿Qué llevará dentro?

Pero la muchachita lo oyó.

—Setas, bechamel, pastel de carne y guisantes —dijo.

A mí no me gustaban las setas, sabían a las hojas podridas del bosque. Pero a la vez algo me atormentaba, un pastel que se llamaba «*vol-au-vent*» tenía que ser algo especial. Y así, con aire compungido, le dije a la muchachita:

—Yo en mi vestido llevo volantes.

—Son palabras francesas —me explicó—. Los *vol-au-vent* vienen de Francia y los volantes también.

El sonido de las nasales se mezclaba con el aroma grasoso del *vol-au-vent*, que se estaba enfriando; el hojaldre ya no era crocante, sino grasoso y blando.

—¿Viven en cuevas los franceses para hablar de ese modo? —le

pregunté a la muchachita.

—No —dijo ella—. Los franceses son unos señores y viven en palacios; hablan no solo con la boca sino también con la nariz.

Con el tenedor pesqué tres guisantes de la cima del *vol-auvent*. Me comí el sombrerito, rasqué el hojaldre de alrededor. Frente a mí, Carlito me imitaba. Pero había que comer también el relleno; entrecerré los ojos, tragué, volví a abrirlos. Hacía calor, ante mí el jardín se balanceaba como si fuese un barco.

—Señorita —dije levantándome de la mesa—, tengo que vomitar.

Llamaron a Dida. Después me acostaron en una camita, en un cuarto fresco. A mi lado, Dida acunaba a Anita.

—¿Cómo se llamaba esa cosa rara que querían hacerte comer? —me susurró.

—*Vol-au-vent* —respondí altanera—. Es una comida francesa.

Dida depositó a Anita en otra cama y cogió mi vestido de organdí todo manchado.

—Dios mío, te lo voy a lavar —dijo—. Al sol se secará enseguida. Ahora duérmete.

Cuando Dida me ordenaba que durmiera era difícil resistirse; era como si su mano roja y áspera, después de posarse en mí, encerrara en su puño todas mis ansiedades e inquietudes, se las guardara en el pecho y me dejara después fluctuando en la penumbra del cuarto. ¡Qué bonita era aquella penumbra de primera hora de la tarde! No estaba amenazada por la oscuridad nocturna. Me parecía un oasis en el fervor de la luz y de las cigarras.

Todavía notaba una sensación de náusea, pero tan leve que en vez de atormentarme me acunaba, casi como una señal misteriosa del cuerpo. Imaginaba el jardín detrás de los postigos como un gigantesco *vol-au-vent* relleno de pavos reales, en cuya cima descollaba mi hermosa pluma. Comprobé si mi pluma seguía junto a la almohada.

—Qué felicidad —dije, y me dormí.

Al despertarme, el vestido de organdí estaba desplegado sobre la silla, lavado y planchado, una transparencia celeste. Tuve la sensación de percibir en la piel la ligera irritación provocada por aquella tela punzante.

—Vístete, te esperan abajo para el té —me dijo Dida.

Se reanudaba el tormento de las ceremonias, agudizado por la irritación debida al contacto de la tela con la piel. Y recomenzaba también el fervor del teatro.

La villa de los Monos pertenecía a los señores Facchi. Los señores Facchi eran italianos, pero de una Italia tan remota que la señora Facchi hablaba italiano con acento español. Los monos, que correteaban libres por el jardín, me metían los dedos en el pelo, en los ojos, en la boca, en el bordado de nido de abeja del vestido.

La señora Facchi tenía una hija imponente y hermosa, que en las recepciones de mamita vestía a la última moda, y un hijo alto y grueso, que nos llevaba a Carlito y a mí al jardín a buscar a los monos y de vez en cuando se sacaba del pantalón un grueso apéndice carnoso y meaba. «¿Qué estás haciendo?», le preguntábamos. «Meo», contestaba; no decía «hago pis» como Carlito y yo. Cuando se era mayor, y varón, evidentemente se meaba. Sacudía con suavidad durante largo rato aquel trozo de carne hasta que caía la última gota, lo miraba con sus ojos mansos y perdidos en la cabezota grande con el pelo corto cortado a cepillo, luego se lo guardaba en los pantalones y se abrochaba con esmero. Nos precedía, se detenía debajo de las pérgolas, tieso, y emitía extraños gritos estridentes llenos de erres y de íes para llamar a los monos.

A la señora Facchi le encantaban los bordados, pero no tenía niños para hacérselos. Linda, su hija, ni siquiera quería que le bordase el ajuar, le gustaban más las toallas de rizo. Así que la señora Facchi bordaba para nosotros, y sobre todo para sus grandes muñecas. Había guardado las muñecas de Linda y otras que había comprado. Las tenía todas en un cuarto repartidas por sofás y sillones. Cuando iba a visitarla me dejaba jugar con ellas, y me recomendaba que con las muñecas de porcelana no fuera más allá de los bordes de la alfombra porque temía que las rompiera. Así pues, la señora Facchi se pasaba el tiempo bordando ajuares para sus muñecas y las mías, y buscaba modelos para mí y para mamita en una revista italiana que se llamaba

Mani di fata.

En cualquier caso, en casa de la señora Facchi mamita se aburría; y yo también me aburría entre aquellas muñecas, que me parecían efigies de niñas muertas pese a que tenían nombres de personas vivas: una se llamaba Linda; otra, Ermenegilda, como la señora Facchi; otra, Ersilia, como la hermana de la señora Facchi; y otra más Eugenia, como la madre de la señora Facchi, que había muerto en Italia. Y una vez la señora Facchi compró una muñeca de rizos negros: «Quiero ponerle tu nombre», me decía. «No lo haga», le imploraba. No quería verme muerta.

El señor Facchi vestía siempre de lino blanco, tenía las manos grandes y bronceadas, y en uno de los dedos de la derecha llevaba un anillo de oro con dos serpientes enroscadas. «Menos mal que tiene las manos tan grandes», pensaba yo cada vez que la metía en una caja y sacaba un puñado de caramelos para regalármelos. «Son caramelos especiales», decía, «vienen de Italia».

Eran unos caramelos rectangulares envueltos en papel blanco y opaco; cada uno llevaba la ilustración de la fruta correspondiente al sabor. Mamita utilizaba aquellos envoltorios para que yo repasara los nombres de las frutas en italiano. «El italiano es una lengua muy dulce», me decía Antònia, y yo asentía pensando en aquellos caramelos. Y «*pera*», «*mela*», «*cotogna*», «*lampone*»* se me disolvían en la boca como gelatinas. Había también caramelos brillantes cuyo envoltorio llevaba la ilustración de un negrito sonriente: eran de café. Y los había arrogantes, a rayas rojas y amarillas, con dibujos de figuras que parecían bailarinas de la ópera.

El señor Facchi, que tenía negocios con el puerto de Génova, también recibía de Italia embutidos, vinos, quesos. Cuando llegaba su caja, le regalaba a mamita una pieza de parmesano y otra de Bel Paese. Así como Pinocho en el ámbito de los juguetes, en el de los quesos el Bel Paese era para mí la imagen de Italia. Y cada vez que me decían que Italia era un «*bel paese*», un hermoso país, no podía evitar representármelo justamente como esa pieza de queso con etiqueta azul mar adornada de medallas con imágenes de reyes y caballeros, y que se untaba en el pan con densa suavidad. Sin embargo, por los cuentos

de la abuela me parecía que de esa Italia hecha de Bel Paese y Pinochos y caramelos de fruta no podía formar parte Nápoles, mi ciudad natal, a la que imaginaba a veces como una flecha dorada apuntada hacia el sol por una divinidad rubia, que era mi tío —el hijo de mi abuela—, a veces como una fiesta de luciérnagas sobre el mar, y otras en cambio como una randa similar a las que adornaban el cuello de la abuela y su voz cuando me contaba cuentos.

Cada vez que regresábamos de la casa de la señora Facchi, mamita se quejaba con papito en el salón del hecho de que ninguna de las señoras se interesara por la literatura y que solo se pudiera hablar de cosas fútiles.

Cogía la revista *Mani di Fata* del bolso y la tiraba con desprecio sobre la mesita, pero luego sacaba con gran cautela de un cucurucho de papel de periódico una rara plantita crasa que la señora Facchi le había regalado, diciéndole a papito: «Acompáñame al jardín, que voy a plantarla». Papito sonreía feliz y la seguía. Cuando sonreía así, su cara bien rasurada, de piel lisa, se asemejaba a la del Buda de jade que se había traído de la China y tenía encima del mármol de su cómoda, pese a que mamita dijese que era de pésimo gusto.

Yo buscaba mi rastrillo y mi palita para ayudar a mamita, pero nunca los encontraba. «¿Qué dirán de mí las “naciones extranjeras”?», pensaba. Cuando llegaba, mamita ya había metido en la tierra la plantita. «Riégala un poco», me pedía. Yo le echaba agua despacio con mi regadera para quedarme lo más posible con la plantita y con mamita.

Yo me decía que mamita debería ocuparse solo de eso: de las flores y de las plantas conmigo a su lado. Sin embargo, se iba enseguida al salón. Sentados frente a frente, papito y ella fumaban y leían periódicos. Hablaban de la guerra. Hablaban de la guerra y sonreían; y todas las veces que yo presenciaba estas conversaciones suyas huía de la habitación. Solo con mi abuela podía hablar de la guerra, escondiendo la cara entre sus faldas.

La villa de las Adelfas pertenecía al doctor Pynia. Para ir allí

siempre tenía que ponerme una chaquetita de lana porque la villa estaba como enterrada en la vegetación y enseguida se notaba la humedad. Se accedía recorriendo un sendero estrecho flanqueado de apretadas adelfas. Y justamente las adelfas, de las que me advertían que tuviese cuidado porque eran venenosas, me parecían de veras adecuadas para adornar el sendero de la casa de un médico. Pero aquel sendero tenía otra peculiaridad: no era recto, como todos los demás senderos que conducen directamente a la puerta de entrada. Partía de la verja en la carretera nacional polvorienta y rodeaba en espiral toda la casa, cuya fachada, por motivos de orientación, daba a la parte opuesta de la carretera. Aquel sendero en forma de espiral, sumado a la tupida sombra y a las grutas excavadas en las rocas que se cernían sobre la villa, habitadas en tiempos antiguos por ermitaños, me daban la impresión de estar entrando en el caparazón de un caracol. Y el interior de aquella vivienda era tal como yo imaginaba que debía ser la casa de un caracol, animal reflexivo y sedentario. Allí nada recordaba a los cuartos blancos y soleados de Son Batle. La casa exhibía por fuera un estilo gótico-árabe y los cristales de hexágonos en colores amarillos, rojos y azules llenaban las habitaciones de una penumbra irisada. Se dividía en muchas pequeñas estancias llenas de sofacitos con flecos, pesados cortinajes en las puertas, cojines y telas de cachemira, mesas y sillitas de patas enroscadas, bandejas repujadas de latón sumergidas debajo de jícaras raras; además, había tramos enteros de pared tapizados de libros.

Las flores, las hierbas, las plantas de los jarrones no eran frescas, sino secas; en su interior era como si soplase el ruido del otoño.

El doctor no estaba nunca, yo ya lo sabía antes de salir, de lo contrario no habría ido, por miedo a que se tratase de una visita impuesta mediante engaños. Pero él solo me visitaba en mi cuarto o en su consulta amarillenta de Ciutat.

La esposa del doctor era muy muy gorda y saltarina. Tenía la piel morena y reluciente y los ojos dóciles y tan salidos que era como si quisiese obsequiárselos a las visitas. De modo que cuando me tendía una cucharilla colmada de una de sus confituras, me daba una ligera repugnancia, porque tenía la impresión de ver en la cucharilla uno de

sus ojos. Aunque la señora perteneciera a una clase inferior a la de las personas que mis padres solían frecuentar, mamita la veía de muy buena gana, porque con ella podía hablar de literatura. De hecho, cuando era joven la señora había estudiado filosofía e incluso había escrito algunos *ensayos*.

En cierta ocasión oí a la señora Pynia decirle a mamita, «Acabo de terminar un ensayo que la censura no me permite publicar porque lleva por título *España como preocupación*».

En otra ocasión oí a mamita decirle a la señora Pynia, «Mi primo me ha mandado un paquete desde Nápoles a través del correo diplomático con un libro francés que acaba de publicarse: *Les Grands Cimetières sous la lune*…».

«Calle, calle», la interrumpió la señora Pynia, «que es un libro prohibido…», y lanzó una mirada en mi dirección.

Hice como si nada. Porque ya sabía que en casa de la señora Pynia mamita siempre hablaba de cosas prohibidas. Tal vez precisamente por eso me gustaba tanto ir a visitarla. En cualquier caso, durante mucho tiempo estos *ensayos* se confundieron en mi percepción con los raros dulces secos pero suntuosos —repletos de trocitos de almendra, higo, pasas de Corinto, pistachos—, las confituras aromáticas, los turrones blandos y duros, y los empalagosos caramelos envueltos en oblea que ella preparaba.

La señora Pynia decretó un día que el blanco de mi vestido hacía que me asemejara a «una hija de Raquel recién salida de la Biblia»; y para complacerla, a partir de ese momento mamita siempre me llevó a su casa vestida de piqué blanco.

Luego, una vez, me regaló un brazalete de latón con forma de serpiente enroscada y, como me bailaba en la muñeca, me lo subió casi hasta la axila y me dijo: «Cuando ya no se te caiga y se detenga en el codo, serás una muchacha. Y cuando solo puedas llevarlo en la muñeca, serás una mujer con muchos hijos».

Atentaban contra la blancura de mi vestido sus gelatinas y sus almíbares; pero más que otra cosa amenazaba el candor de mi ropa el huerto de árboles frutales que había detrás de la casa, adonde ella me mandaba a recoger melocotones y cerezas. Me manchaba. La más

perversa de todas era la mancha del melocotón; la más inquietante, la de la cereza; la más inocente, la de la hierba. Dando saltitos, la señora Pynia me llevaba a su cocina, que parecía un laboratorio de tan abarrotada que estaba de estantes con botes de conservas, de fruta en aguardiente, de polvos y sales, y frotaba la tela con un trapito embebido en agua. Para cada tipo de mancha tenía un remedio distinto cuya receta le pasaba después a mamita, así que me parecía que, si bien de modo diferente, ejercía el mismo oficio que su marido, y yo la llamaba «la médica de los vestidos».

El hijo de los señores Pynia, que trabajaba de médico en Barcelona, desempeñaba allí una actividad secreta y execrable, como había oído a papito susurrarle a mamita, que se llamaba «propaganda subversiva». Así, el arte de la medicina, la propaganda subversiva y el desmanchar las prendas, además de la confección de dulces extraños y la composición de *ensayos de filosofía*, eran para mí un único y viscoso secreto, similar al que se ocultaba en los caracoles y en aquella casa.

A la villa Van Loo nos llevaban, en cambio, con peleles y sombreros blancos. En el coche, entre Carlito y yo viajaban siempre dos bolsas enormes repletas de toallas, albornoces, trajes de baño, ropa de recambio y jerséis. A los pies del asiento, entre nuestras piernas, llevábamos pequeños cubos y rastrillos, pelotas y flotadores. Partíamos por la mañana temprano porque la villa se encontraba en la otra punta de la isla, en una parte tan extrema que ni siquiera había pinos, solo rocas; de hecho, la villa estaba situada a plomo sobre el mar.

Los Van Loo, decía mamita, eran unos «señores modernos». Casi todas las paredes de su casa eran de cristal; grandes cortinas de tela amarilla protegían las habitaciones del sol. Los chicos de los Van Loo se hacían la cama solos y barrían su dormitorio con unas escobas de sorgo; cada uno tenía un pequeño cubo, un pequeño paño para fregar el suelo y un pequeño plumero para quitar el polvo. En su casa no se comía en el comedor sino en la amplia cocina, uno de cuyos extremos se convertía nada menos que en sala de estar. No ponían la mesa con

mantel, sino que cada uno colocaba un rectángulo de fibra debajo del plato. «Esta sí que es una familia moderna. Holandeses», decía mamita. Los chicos de los Van Loo eran rubios y pecosos; llevaban calcetines verdes o amarillos y sandalias de goma. Allí todo parecía de otra especie, de otra raza, hecho con materiales distintos. En un fragmento grande de arcilla crecían tres girasoles que llegaban casi hasta el techo. A la bodega se bajaba con una linterna eléctrica. El señor Van Loo tenía un traje de goma para sumergirse en el agua.

La primera vez que fui a casa de los Van Loo, la señora Van Loo nos sirvió a los niños una sopa de tapioca. Tuve la impresión de estar comiendo sus pecas disueltas en agua; y el caldo, un tanto gomoso, se parecía a todos aquellos objetos nuevos, eléctricos, de cristal o de goma desperdigados por la casa. Luego nos dio un bocadillo de jamón y queso y una zanahoria.

Después de comer nos puso en literas azules, uno encima del otro. Bajó la persiana veneciana, que descendió como un velo de agua verde, sin ruido. Cerró la puerta. Todo en aquel cuarto se cerró tan herméticamente que parecía plena noche.

—Carlito —bisbiseé.

—¡Chsss! —dijo uno de los chicos de los Van Loo—. ¡Ahora debemos descansar!

Y aquel «debemos» perentorio quebró la complicidad que me parecía haber notado en el dulce frufrú del «chsss».

Me pasé la lengua por el brazo, por saborear algo. Pero la piel no estaba salada. Se me había olvidado que después de meternos en el mar nos habían duchado. Ni siquiera sabía a agua de pozo, con aquel olor profundo, ligeramente a podrido. No sabía a nada.

—¡Carlito! —susurré otra vez.

Nadie me contestó. Fuera comenzó a ronronear un motor. «Ahora le pondrán una hélice a la casa y se la llevarán», pensé. Todo el mar y el cielo de la mañana se agitaban y espumaban alrededor de la hélice. Aquel azul celeste y aquella espuma blanca eran peores que la oscuridad, no eran la nada voraz, sino una estúpida y engreída inconsistencia. Me deslicé como un mono por la barra de la litera, me quedé de pie, cauta, y la finísima franja de luz debajo de la puerta me

guio. Giré el picaporte.

—*Mi niña es un poco nerviosa* —le dijo mamita a la señora Van Loo al verme—. Échate en la alfombra y duerme —me ordenó luego.

Para no hacerme notar, me pegué a la alfombra anaranjada hasta confundirme con ella. Me hice la dormida largo rato. La luz intensa hería mis ojos. «Aquí todo es amarillo o negro, quiero mi cuarto, que es de encaje», pensé.

A las cinco nos vistieron, a Anita y a mí nos pusieron unos vestiditos de algodón estampado; el de Anita llevaba unos perritos y el mío, tulipanes. Nos hicieron sentar a la mesa de la cocina y nos ofrecieron zumo de naranja y pastel de manzana. Estábamos todos quemados por el sol.

—No salgáis al jardín —nos dijeron—, iréis cuando haya bajado el sol.

Y pusieron en el centro de la mesa un juego con unas reglas complicadas, que uno de los chicos de los Van Loo nos explicó. Delante de Anita dejaron en cambio unos anillos de madera coloreados que se ensartaban en un perno. La señora Van Loo tricotaba con unas agujas gordas y lana gruesa. Mamita fumaba. Hablaban del museo del Prado. «*¡Extraordinario*!», decía mamita. «*¡Qué maravilla*!», decía la señora Van Loo. La luz, aunque velada por las cortinas amarillas, seguía siendo intensa, me ardía la piel, me irritaba aquel juego complicado, notaba escalofríos en las piernas, pensaba en aquel «prado» del que hablaban, fresco y verde, en la lejana Madrid, y me deslizaba sobre él como una pluma transportada por la brisa al otro lado del mar. Salí del juego; a la espera de mi turno apoyé un momento la cabeza en la mesa. Me despertó mamita sacudiéndome ligeramente por el brazo mientras le decía a la señora Van Loo:

—Como ve, la niña es un tanto caprichosa.

Al concluir la visita, la señora Van Loo le regaló a mamita unas plantas especiales que crecían en las rocas cerca del mar. El señor Van Loo subió delante de nuestro coche un palo pintado con rayas blancas y rojas que señalaba el extremo del sendero. Sonreía tranquilo con la pipa en la mano.

—El señor Van Loo es un hombre moderno —dijo mamita en el

coche—; pone la mesa y por la mañana les prepara sándwiches tostados a los niños.

Las cosas eran más o menos siempre así, como aquella primera vez. Después, un buen día, en cuanto papito dejó atrás la curva, se puso a hacer payasadas en la recta con el volante; el polvo entraba por todas las ventanillas. Mamita chillaba asustada.

—¡Basta, basta ya, que hay niños! —gritaba.

Sin embargo, Carlito y yo nos divertíamos animándolo. El sueño, que me entraba siempre en casa de los Van Loo, se me había pasado. Mamita se agarraba de donde podía, pero ella también reía. Después papá volvió a ponerse serio.

—Ahora que Italia ha entrado en guerra, debemos romper relaciones con los Van Loo —le dijo a mamita

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque su país no es uno de nuestros aliados.

—¿Entonces me comprarás un fusil? —intervino Carlito.

De repente me sentí excluida de la conversación. Vi a los chicos de los Van Loo vestidos con cascos que les cubrían las mejillas pecosas.

—Ve olvidándote de que me haga enfermera —le dije a papito.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó él.

—Me esconderé en la oscuridad debajo de la cama de la abuela.

Después, papito y mamita siguieron hablando de la guerra. Carlito fingía disparar con un fusil. Con cada sacudida del coche yo notaba como un ala de ángel, fría y metálica, golpeando la

chapa del techo.

—Tengo frío —le dije a mamita, y me dio un jersey.

Con un vestidito de lana celeste de falda acampanada, con la que estuve un buen rato en el vestíbulo haciendo la rueda para calentarme y volar porque mamita todavía no estaba lista, y un abrigo, el 24 de diciembre me llevaron a la fiesta de los italianos.

—¡Quién sabe qué bonitos regalos habrá! —le decía en el coche a

Carlito.

—Solo habrá caramelos y mandarinas —aclaró mamita—. Tendréis los otros regalos en casa mañana por la mañana.

—¿Por qué solo caramelos y mandarinas? —pregunté.

—Porque asistirán también los soldados, que son pobres — dijo mamita—. No podemos dejar que vean que recibís muchos regalos.

Yo tenía los pies helados. En Ciutat nunca había hecho un invierno tan frío. La gente llevaba días hablando de nevadas, que yo nunca había visto y que esperaba con afán.

—¿La guerra nos traerá nieve por lo menos? —le pregunté a mamita con lágrimas en los ojos.

Pero ella me dijo:

—Tú calladita y compuesta. Y en la fiesta pórtate de un modo digno de tu padre.

Unas luces cubiertas de papel encerado rojo iluminaban las estancias de la fiesta llena de gente y de humo. La señora Facchi y Linda sonreían a los oficiales y a los soldados. Estaba también, muy muy pequeñita, la maestra de italiano, con una pluma verde en el sombrerito y los labios pintados de violeta; llevaba el bolso apretado debajo del brazo, parecía no saber dónde meterlo.

—Mi querida niña —me dijo, y del billetero sacó un broche en forma de lazo que me prendió al pecho; a Carlito le dio un elefantito de estaño.

Aferrados de la mano, Carlito y yo nos deslizamos entre un bosque de piernas, bajo una nube de humo resplandeciente.

—Acerquémonos al árbol —insistía yo.

El árbol de Navidad estaba todo iluminado en un rincón del cuarto más oscuro; de él colgaban caramelos con envoltorios de colores, bombones, mandarinas y luces; las bolas de vidrio multicolores parecían frutas heladas. Cuando nos encontramos debajo del árbol, me acerqué a Carlito y le di un beso. Él se volvió y me dio otro en la nariz.

—Carlito, prométeme que no serás soldado —le pedí. Carlito sonreía con una cara muy muy boba. Cogí una bola de vidrio blanca—. Si no me lo prometes, la rompo —amenacé.

—Yo quiero ser soldado —dijo Carlito.

Apreté los dedos, la bola se hizo añicos, la mano se me manchó de sangre. Cogí otra bola.

—Carlito, prométeme que no serás soldado —repetí.

Carlito miró alrededor, asustado, no había nadie, estábamos solos en el cuarto.

—Te lo prometo —mascculló, y se echó a llorar. Sollozando corrió a llamar a alguien, le dijo a la maestra de italiano que para fastidiarlo yo había roto una bola. Llegó al cuarto mamita, quiso abofetearme, pero se contuvo por miedo a que yo chillara.

—Vaya, señora, vaya, que ya me ocupo yo —le dijo la maestra. Y me llevó al baño para lavarme; con la punta de las uñas aferraba y extraía las astillas de vidrio clavadas en la carne—. ¡Qué niña descarada! —susurraba.

—Creía que eran bolas de chocolate —aventuré.

—¡Qué golosa! —dijo.

Los soldados se pasaron toda la fiesta cogiéndonos en brazos. El paño de sus uniformes me daba escozor en las piernas.

—Yo también tengo tres niños en casa, en Sicilia —dijo un soldado. El aliento le olía a dentífrico. Pero el sonido de su voz sabía a tierra y a cosas lejanas, guardadas celosamente.

El señor Facchi no paraba de dar palmadas en los hombros a los soldados, los acompañaba al bufé, ponía en sus manos copitas de vermú.

—¿Y tú a quién tienes en Italia? —me preguntó de repente un soldado.

—A mi abuela —contesté.

—¿Qué hace tu abuela?

—Reza —contesté.

—En mi pueblo todas las mujeres rezan —dijo él.

—¿Venceremos al enemigo? —intervino Carlito.

—Por supuesto —le contestó un aviador—. Y cuando seas mayor haremos una guerra todavía más grande.

Yo oía la carcajada de Linda Facchi, parecía un vaso de vermú haciéndose añicos. Se volvía loca por los oficiales, según mamita. Yo

imaginaba a Linda corriendo como loca con un oficial en dirección a un avión estruendoso; el oficial agitaba la bandera italiana, Linda, en cambio, una toalla de rizo.

—Es una muchacha demasiado ligera —le comentaba mamita a papito. Y yo me imaginaba a Linda corriendo más ligera que el oficial y llamándolo con grandes gestos desde la escalerilla del avión; la falda le llegaba a la rodilla y las largas piernas suaves y bronceadas parecían dos extraños e inquietos seres marinos sobre el fondo metálico azul y reluciente.

Después nos embutieron en los abrigos, nos pusieron guantes, gorros y zapatos.

—Dame un beso —me pidió un soldado.

—Haz el saludo romano —le dijo un oficial a Carlito.

—¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad! —gritaron todos.

Vestido de paño negro, papito se había quedado en el cuarto del árbol. Con su sonrisa de Buda decía:

—¡Pónganse cómodos, por favor!

Entretanto, la Navidad, con su saco repleto de nieve, a la espera de que anocheciese para esparcirla sobre el mundo, repartía caramelos de colores y mandarinas entre el humo.

En la calle, esperando que llegase el coche, Carlito y yo nos apretábamos el uno contra el otro para calentarnos. Yo miraba alrededor apenada. La nieve no había venido.

La llegada de la abuela

¿Qué tipo de almas eran los botones? Me lo pregunté durante mucho tiempo, porque no cabía ninguna duda de que los botones eran almas, sobre todo los redondos, con su pequeño esplendor. Los cuadrados, los de colores que formaban dameros, o los hexagonales o triangulares eran almas irrelevantes y mutiladas, como imaginaba yo las de las señoras que atestaban el salón de mamita. Si eran de madera, con forma de elefantitos celestes, por ejemplo, eran almas en miniatura parecidas a las de los niños de la edad de Anita. Los había con círculos blancos y rojos: almas de niños que jugaban a los toreros. Y rojos con forma de corazoncitos: almas de niñas de cuento de hadas. Algunos llevaban en el centro dos simples agujeros dentro de un círculo y parecían almas de margaritas nacidas en los campos tras la lluvia. Había botoncitos muy muy pequeños y muy muy apretados, cosidos uno al lado del otro desde la nuca hasta el final de la espalda, botoncitos en forma de perlitas, que parecían escolares dirigidos por una vieja maestra que iba directa a misa. Y esas eran las almas de las cinco hermanas de las que la abuela me hablaba siempre.

Las hermanas, a decir verdad, eran cuatro, pero cuando la abuela se refería a sí misma de joven era como si hablase de otra y, pese a estar presente y viva a mi lado, se transformaba en una de aquellas hermanas lejanas. La abuela, según las demás hermanas, estaba «loca»; provocaba tormentas en un vaso de agua. «Eso dicen de mí», se quejaba la abuela. La tía Egle, la más hermosa de todas, la más elegante, había decidido ofrecerse a los demás como espectáculo, como en un escenario. «Debemos ocultar el sufrimiento; debemos sonreír, sonreír siempre. Al entrar en una habitación debemos fingir que llevamos siempre una cesta de flores, de rosas», decía. La tía Celeste, por el contrario, era una randa, una de esas randas complicadas a las que una mujer dedica toda la vida, de modo que una vez finalizado el trabajo la randa ya no es blanca y reluciente,

sino que amarillea aquí y allá. La tía Ada era un hermoso cisne que, de joven, se deslizaba sobre el agua; pero el agua se había congelado y ella había quedado atrapada. Yo tenía la impresión de que estas mujeres, que en los cuentos de mi abuela tomaban forma de vasos capaces de contener tormentas, cestas de rosas, randas y cisnes, habían hecho volar sus almas hasta mí a través del Mediterráneo para conocerme, configurándose como botoncitos de hueso historiados que, si se caían del vestido, se me aconsejaba no perder.

«¿Tienen niños todas estas tías?», le preguntaba a la abuela. «Se han hecho mayores, mayores como tu madre», me contestaba. Por ello, pensaba yo, esas almas de las tías eran nobles, porque aunque llevasen mucho tiempo separadas de sus niños seguían enviándoles besos y caricias.

Dida también tenía una madre, que vivía en un cuarto de su patio. Pero su alma no podía haber alzado el vuelo en un botón, porque una vez que traté de coger con los dedos el que le cerraba el suéter, creyendo que yo quería arrancárselo me sopló en la cara como una bruja y, cuando me aparté de ella, se envolvió toda aún más en sus lanas; de hecho siempre tenía frío y ponía los pies cerca de un brasero incluso en agosto. Me regalaba unos bollitos muy muy secos, hechos con un poco de azúcar y muchas almendras. También me convidaba a albaricoques de un árbol que crecía detrás del patio, pequeños y dulcísimos; yo alineaba los huesos en un escalón y los partía con una piedra. De vez en cuando daba con una semilla que no era amarga. Aquel hueso contenía el alma de la viejecita. Las semillas amargas, en cambio, contenían el alma de tres viejecitas de Ciutat, muertas hacía mucho tiempo, en cuya casa había servido la mamá de Dida durante casi «un rosario de años» y de donde la echaron sin darle siquiera un pañuelo.

Los ojales o los corchetes de cordoncillo que servían para abrochar las filas de botoncitos de mis vestidos, en cambio, me recordaban y advertían continuamente quién era yo, quiénes eran mi abuela y mis tías, cómo había que aprender a distinguirse para no hacer mal papel ante las «naciones extranjeras». Sentada en el sofá, mamita jugueteaba siempre con mis botones mientras yo, de pie delante de ella, le

contaba algo. Y tenía la sensación de que el repiqueteo de sus uñas en los botones era como el de una campanilla. Me daba media vuelta, se abría la puerta, entraba un señor, decía, «Buenos días, ¿cómo está?». «Y usted, señora, ¿cómo está?» Aquellas conversaciones mías con mamita se transformaban siempre en esta canción infantil de cumplidos.

Cuando faltaba un botón me ponía muy contenta. «Por esta rendija siempre podré huir. Huiré e iré al jardín a ensuciarme de tierra y jugaré con Carlito a salpicarnos con agua», pensaba.

Una vez la abuela me trajo de Nápoles un bonito vestido. Era tan bonito que no quiso apretujarlo en la maleta, sino que lo estiró bien en una larga caja de cartón atada con cordel. Para transportarlo mejor, en el centro le había sujetado un asa de cordel trenzado. La abuela llegó de noche a Son Batle. Yo la esperaba asomada al balcón. No había querido irme a la cama. Era febrero. Había luna llena. Debajo de Son Batle toda la campiña estaba blanca; la luna transformaba los almendros en flor en una mantilla echada sobre los campos. Las lechuzas posadas en los árboles montaban guardia a lo largo del camino para avisarme de su llegada. El coche asomó detrás de los cipreses con los faros encendidos y trazó delante de la explanada uno de esos signos de interrogación invertidos que se usan en la lengua castellana. «Si bajo corriendo no me da tiempo a ver a la abuela salir del coche», pensé. Seguí asomada un rato más. Vi a Pedrón que se acercaba al coche y sacaba la maleta del maletero. Papito llevaba otra más pequeña. La abuela se apeó. Iba tan de negro que se confundía con la sombra de los cipreses, pero en su mano resplandecía el cartón blanco, que en la noche parecía navegar solo hacia mí. Después, la abuela salió de la sombra de los cipreses, al llamarla levantó la cara, oculta por el velete, y creí ver brillar sus ojos como dos pescados en la red del pescador. Bajé las escaleras volando. Me detuvieron en el portón del patio. No debía coger frío. «¡Abuela!», grité, alguien me tiraba con fuerza del brazo. «¡Abuela!» Las aes y las úes se deshilacharon en el eco ligero del patio, como los dientes de león al

soplarlos.

La alcancé y subí las escaleras triunfante, aferrada de su mano. Tenía la sensación de caminar en sueños y de que las escaleras no terminarían nunca.

En el dormitorio nos esperaba Antònia. Mamita le había pedido que ayudase a la abuela a quitarse el abrigo, a subirse el velete. La abuela la rechazaba, parecía un pájaro grande y feroz posado en una rama. «Ni hablar, sé arreglarme sola», decía. Abrió un bolso, de un papel crujiente cogió un puñado de confites, se los dio a Antònia y dijo, «¡Vete, vete! ¡Vete a descansar!».

Después la abuela se puso a confabular con mamá. Yo oía a mamita decir, «No, no, esta noche no». No quería que la abuela abriese la caja, temía que yo me excitara aún más. Pero al entrar en casa la abuela había cometido un error; antes de que empezáramos a subir las escaleras me había señalado la caja con el dedo y me había sonreído. Mamita insistía en decir que no. «Dale un beso a la abuela y acuéstate.» Pero yo pedí, «Quiero dormir con la abuela». Sabía que cuando nos quedáramos solas en su dormitorio la abuela abriría la caja. Sabía que solo me calmaría el charloteo febril de la abuela. Mamita se resignó. Bajé con ellas al comedor.

Antònia había mandado preparar para la abuela un caldo concentrado de pollo. Como siempre, mamita se sintió muy incómoda con aquella cena. Por la noche la abuela tomaba sopa de pan, pero a mi madre le parecía inadecuado recibirla con un plato tan humilde. ¿Y si entretanto había renunciado a su deseo? ¿O si, con lo caprichosa que era, había cambiado de gustos? Pero la abuela era una mujer de genio. Tomó una rebanada de pan, la desmenuzó y la echó al caldo; no quiso el pollo, la ensalada, el queso. «Basta, sabes que solo como sopa de pan», dijo.

Después de cenar, mamita y ella hablaron sobre la guerra. Mamita hablaba de sacrificios y la abuela de barbarie. Con las piernas cruzadas, papito sonreía, fumaba, me tenía en brazos y me hacía cosquillas debajo del mentón, no se tomaba muy en serio aquella charla. «¡Qué barbarie!», seguía exclamando la abuela, levantaba la cabeza y con ojos feroces miraba fijamente al frente, como desafiando

a los culpables. De pronto, para consolarla, mamita le dijo que habían nombrado a papá comendador de Italia. La abuela se volvió hacia papito con coquetería; aunque estaba en contra de la guerra le gustaban los uniformes, las condecoraciones y las medallas, le gustaba el teatro. Papito sonrió impenetrable. Pero lanzaba al aire redondeles de humo. Me hacía trotar sobre las rodillas y decía:

Panza, pancita
papá tiene una niñita
que habla el día entero
su boca es un agujero.

—Haz un poema también para la abuela —le pedí.

—Déjame pensar —contestó.

Y mientras pensaba, volvía a hacer redondeles con el cigarrillo y yo los atravesaba con el dedo. Después, de repente, me lanzó el humo a la cara y dijo:

Ya no va más a la escuela.
?Quién será? Será la…

—¡Abuela! —contesté yo.

Y él prosiguió:

Trae regalos.
No es Navidad.
¿Es la Befana?
No, es la abuela…

—…Luciana —contesté.

Y señalando con el dedo a mamita y a la abuela que charlaban, papito añadió:

No se entiende nada absolutamente, hablan…

—…precipitadísimamente.

Era un juego habitual entre nosotros, papito se divertía al ver que me equivocaba con aquella palabra difícil. Pero mientras bromeaba así

conmigo, sacó del bolsillo un papelito y garabateó, borró, escribió. Después, levantando el papelito, se dirigió a la abuela y a mamita y dijo:

Tan soñolienta y cansada parece
nuestra abuela tras tanto viajar
que menester es irnos a descansar
y dejar que duerma como merece.

—¡Bravo! —exclamó la abuela. Mamita mientras tanto sonreía con aire indulgente pero desdeñoso.

Por fin la abuela y yo nos quedamos solas en el dormitorio. Para no cansarla me desvestí sin su ayuda, y ella para tentarme a que me acostara había dejado la caja encima de la cama. Me senté debajo de las mantas, a la espera. La abuela, en bata, con una mañanita blanca sobre los hombros, se quitaba las horquillas. Después comenzó a cepillarse el cabello blanco y electrizado, que se alzaba como humo.

—¿Qué has hecho en todo este tiempo? —me preguntó—. ¿Comes? ¿Rezas tus oraciones? Mañana te haré una muñeca y también te preparé croquetas de patata. —Me metió en la boca un confite estrecho y largo y dijo—: Dentro lleva canela, no la escupas. Los hacen en Nápoles.

Mientras tanto había cogido unas tijeras de plata, rechonchas, redondeadas, historiadas; me recordaban la música que, según me habían contado, se oía en el dormitorio del novio de la señora de Son Batle. Cortó el cordel, levantó la tapa, se oyó el frufrú del papel de seda, apareció el vestido.

—Pero ¡es un vestido de novia! —exclamé.

—Es corto —dijo—, no es de novia. —Después sonrió y añadió—: ¡Es de baile! ¡Todo escotado!

Era un vestido de encaje blanco, con un forro finísimo; lo había hecho una viejecita a la que la abuela había ayudado.

—¡Mira, mira! —exclamó—. ¡Esto no es obra del sudor ni del reconocimiento únicamente, sino del amor!

Y para ilustrarme ese concepto me mostraba los puntos muy muy apretados, en hilo de seda invisible, con los que estaban cosidos los lados del forro, y las orillas tan bien acabadas, con unas puntadas tan

tupidas y cruzadas que por ahí no se habría podido escapar ni una sola hilacha, y también la cinta que pasaba alrededor del dobladillo del vestido y ataba con un lazo el uno al otro, por los bordes, los tirantes.

—Fíjate —dijo—, no es de tafetán, no es de terciopelo de algodón, no es de damasco, es de una seda que parece un soplo. Nunca había visto algo igual, no sé dónde la habrá encontrado en todo Nápoles. Pero tal vez —puntualizó— es porque yo nunca he buscado una cinta así para nadie… nunca he sentido tanto amor. Solo los pobres son capaces de un amor semejante, quizá porque conocen el sufrimiento. ¡Y fíjate qué seda la del forro! ¡Fíjate qué calidad!

Y para demostrármelo subió todo de un lado el encaje, cogió en la mano la enagua, la apelotonó en el puño, la apretó con fuerza y dijo:

—¿Ves? Me cabe toda en el puño. ¿Y ves? —añadió tras haberla soltado de nuevo—, vuelve a estar como antes, no se arruga. Solo la seda pura tiene esta propiedad.

—¿Cuándo podré ponérmelo? —pregunté—. Todavía soy muy pequeña, yo no voy a bailes.

La abuela sonrió y dijo:

—Mañana es domingo, te lo pondrás por la mañana para acompañarme a misa.

—¿No es pecado? —pregunté.

—Recaerá todo sobre mí —dijo la abuela.

Después se puso a contarme muchas cosas, incesantemente, para que me durmiera. Inalterada, su voz pasaba de los cuentos de hadas a la lectura de las oraciones. Pulgarcito y santamaríamadrededios ascendían juntos a lo largo de la rama fresca de guisante.

Al día siguiente me desperté temprano. La abuela ya estaba vestida y caminaba de puntillas por el dormitorio.

—Abuela —dije—, puedes dejar de volar, estoy despierta. ¿Vamos a misa?

—Ahora no —me contestó—. Te llevaré a la de doce. No por vanidad, Dios nos libre, sino porque en esa hay más regocijo y hoy yo estoy contenta. —Sacó un libro de la maleta—. Te he traído un silabario. —Después, pensando que ese obsequio me entristecía, añadió—: No es lo único, hay más.

No sabía que cualquier regalo que viniese de ella me resultaba grato y era para mí una maravilla. Me puso en la mano un paquetito envuelto en papel de seda blanco. Era un misal; la cubierta era de nácar, llevaba un grabado de la Virgen sentada de perfil, y el manto que la cubría le daba un aspecto elegante de pájaro. Abrí el broche dorado.

—Pero yo no sé leer —dije.

—Así aprendes, por eso te lo he comprado —y me dio otro paquetito donde había un rosario; los dos extremos de las cuentas de nácar iban encapsulados en cálices de filigrana de oro.

»No solo debes rezar con él —puntualizó—. Si quieres, de vez en cuando también puedes jugar; es un pecado venial y recaerá todo sobre mí. ¡Que Dios me perdone! —añadió—, pero nunca hay que forzar las vocaciones. A mi pobre tía, la última hermana de mi padre, la metieron a monja a la fuerza con trece años. Estos —dijo señalando sus obsequios—, los he comprado en via Duomo, un poco antes del cruce con el barrio de Foria. De niña pasaba siempre por ahí delante porque vivíamos en esa zona y admiraba estos bonitos misales y rosarios, pero sabía que mamá nunca me los compraría. ¡Era muy severa! Solo nos compraba rosarios y misales negros. ¡Una vez nos trajo de Asís unos rosarios horribles! Estaban hechos con huesos de aceitunas. "¡Así aprenderéis humildad!", sentenció. Y yo no podía decir que eran feos, porque eran sagrados y eran un regalo, y también porque temía la mirada de fuego de mamá. No te puedes imaginar cómo era su mirada. Lanzaba llamaradas azules. Mamá tenía los ojos azules y profundos. Parecía el ángel vengador, y el traje gris y reluciente que llevaba era como de metal. Aquellas cuentas no brillaban, no se deslizaban entre los dedos, hacían que se te pasaran las ganas de rezar, pero mamá aseguraba, "Si rezáis mucho durante diez años los huesos se volverán brillantes". Y yo, pensando en aquellos largos diez años que nos esperaban, me decía, "Mamá no quiere que lleguemos a jóvenes, nos quiere viejas enseguida". De hecho no paraba de repetirnos, "Las rosas de la vida no son más que un engaño"… Te lo digo al oído… imagínate, tengo setenta años y debo decirlo en voz baja, como si ella todavía estuviese aquí

escuchando… Pues bien, si supieras qué rosas éramos, nosotras las cinco hermanas. Todo el barrio de Foria hablaba de nosotras, así de guapas éramos. ¡Hasta nos dedicaban canciones! En fin, que cuando fui a comprarte estos regalos lucía un sol precioso, pero en cuanto salí de la tienda el cielo se oscureció, se oían truenos que venían del mar y poco después cayó un chaparrón. Así es el tiempo en Nápoles en la segunda mitad de febrero y en marzo. La primavera lucha con el invierno, el calor con el frío, y gana el agua. No llevaba paraguas. “¡Llévate el paraguas, que pasará como ayer!”, me había dicho tu tío antes de salir. “De acuerdo”, le contesté, para no ponerlo nervioso. Sabes, tu tío, el marido de mi hija, es un meticuloso y un cenizo, un piamontés, y los piamonteses, como sabrás, arruinaron Italia; ¡querrían que todos los italianos llevasen reloj y paraguas! ¡Si hubiesen dejado hacer a Garibaldi habría sido una fiesta!

»En cuanto salió del recibidor yo volví a dejar el paraguas en el paragüero. Odio los paraguas. Y si hace sol, ¿por qué llamar al mal tiempo? Es de mal agüero pasearse con paraguas cuando hace sol. ¡De desgracias ya estamos bien servidos!

Así charlaba la abuela y yo la escuchaba embelesada. Tenía la sensación de que era la primera vez que alguien me hablaba; porque la abuela no me hablaba con monosílabos, no deformaba para mí las palabras puerilmente, no me daba órdenes, no me mimaba, sino que se dirigía a mí como si fuera una amiga. Tal vez porque ya no podía conversar con nadie más.

Después, mientras caminábamos por el sendero del campo que llevaba a la iglesia le dije:

—¡Mira cuántas bolitas de chocolate!

—Pero ¡si es caca de oveja! —contestó.

Yo me incliné, como si fuese a recogerla, entre juego y simulación.

La abuela se enfadó y me conminó:

—Camina. No las pises, salta de piedra en piedra.

Pero yo insistía. Y la abuela de golpe gritó:

—¡Basta! Se me ha ocurrido una idea; la próxima vez que venga te traeré de Nápoles unos bombones con forma de caca. Los encargaré en Gay-Odin. Pero ¿cómo voy a hacer para pedirlos? Sé que me dará

vergüenza. Le pediré al tío Chinchino, que es un descarado, que los encargue. O te los prepararé yo misma con castañas. ¿Sabías que en Nápoles hacen también unos caramelos con forma de piedrecitas, y carbón de azúcar y casitas con tejado de bizcocho?

Así, para mí, Nápoles se convertía cada vez más en la séptima maravilla del mundo.

—¡Háblame de la fuente! —imploraba yo.

—En Nápoles, en piazza della Borsa, hay una fuente redonda —comenzaba la abuela— dividida en muchas partes. De niña, cuando pasaba por ahí pensaba, «Esta es mi casa, aquí está el dormitorio, aquí la cocina, aquí la despensa», y todavía me sobraban habitaciones, y pensaba en dárselas a mis hermanas, menos a aquella con la que me había peleado ese día. A mamá no le reservaba nunca ni una. En cuanto a mi padre y a mi hermano, imaginaba que vivían en el Palacio Real y que venían a visitarnos en carroza. Los caballos corrían veloces, pero, alzando apenas la voz, mi padre los detenía justo delante de la fuente; y yo imaginaba que echaban espuma y humo por la boca.

—Abuela, ¿por qué esa plaza se llama «*piazza della Borsa*»?

—Porque en las bolsas se lleva el dinero. Y hay allí un palacio enorme donde se trafica con dinero. Verás, en otros tiempos los hombres construían iglesias, ahora construyen estas Bolsas, estos palacios para el dinero, porque su dios es el dinero. O los bancos. Por cierto, mañana tengo que ir al banco de Ciutat a cambiar dinero. Como sabes, en el banco de Ciutat guardan todo el dinero metido en unas cajas que están en el sótano. Si entran los ladrones se acciona un artefacto y el sótano entero se llena de arena. Y después hacen falta días y días para desenterrar las cajas de la arena.

Luego, en la iglesia, yo fingía leer mi misal, me acomodaba la mantilla en la cabeza, me enroscaba el rosario en las muñecas, prestaba atención a cuanto hacía mi abuela para imitarla, me ponía de pie, me arrodillaba. La abuela se quedaba mucho rato de rodillas.

—Siéntate —me decía—. Tú no tienes que hacer penitencia.

Pero yo no me sentaba. Me preguntaba, «¿Conseguiré quedarme quieta hasta el final?». Unos pensamientos extraños, incontrolables, me daban vueltas en la cabeza. De vez en cuando trataba de alejarlos

cerrando los ojos, agachando la cabeza, bajándome el velo sobre la cara. Pensaba, «Si la caca de las ovejas tiene forma de bolitas de chocolate, ¿cómo será la caca del Cordero de Dios?». Lo veía todo blanco en brazos de un muchacho y me decía, «Serán bolitas de azúcar».

«¿Y cómo será la caca de la Virgen del Pilar?», me preguntaba. Y me la imaginaba con la misma forma que los carámbanos que chorreaban de la nevera. «¿Y cómo será la de la Moreneta?» Y me la imaginaba en forma de monedas de oro. «¿Y la de Dios?» Y me apretaba a la abuela por temor a que Dios reparase en mí. No lograba imaginarla de ningún otro modo que no fuera en forma de nubecita. «Pero entonces no es caca. ¡Son pedos!», pensaba. Y me reía al imaginar a aquel dios tan grande que no era capaz de hacer otra cosa que tirarse pedos. «Si se lo contara a la abuela golpearía el suelo con su bastón», pensaba. O me diría, "¡Cállate! ¡Charlatana!"».

La abuela no se había confesado antes de misa para no dejarme sola en el banco. Me dijo que lo había hecho tres días antes en Nápoles. Al final de la ceremonia, sin embargo, le pidió cita al cura para confesarse.

—¿Por qué mamá no se confiesa nunca? —le pregunté mientras volvíamos a casa.

—¡Tu padre y tu madre son unos descreídos! —dijo, golpeando el suelo con el bastón—. ¡Todos mis hijos lo son! Pero ¡antes de que acabe el siglo Sodoma y Gomorra serán destruidas! ¡Habrá una guerra terrible y todos serán castigados! Oh, Dios —añadió—, ¿por qué no te conformas con mis plegarias!

—¡Cuidado, abuela, que te caerás al barranco!

Con tanta vehemencia la abuela parecía haber perdido el sentido de la orientación.

—¿Cómo hace el cura para entender tus pecados si no sabes hablar castellano? —le pregunté después.

—Se los escribo y se los leo —me contestó, y me enseñó un papelito cubierto con una letra ligera y adornada que se asemejaba a su paso.

—¿Qué pone? —pregunté, y al ver su renuencia insistí—: ¡Dímelo!

La abuela se puso colorada y, llena de vergüenza, eludió la

pregunta. Después, de sopetón, me leyó el papelito.

—Total, tú no lo entiendes —murmuró con cara de pícara y silabeó —: *Iracundia… concupiscencia… charlatanería… vanidad…* —Y al terminar cada palabra levantaba la cabeza y la mano.

—Pero ¡esos son pecados grandes, son pecados de mármol! —exclamé—. El cura te pondrá tal cantidad de penitencias para que reces que ya no te podrás marchar.

Me puse a observar el papelito. Y le pregunté:

—Abuela, ¿qué representa esta rosa tan bonita que está dibujada aquí, con ojos, boca y nariz, y que parece una muchacha, y este caballero al lado que corta la flor?

—Debes saber que desde que cumplí los quince años me persigue un sueño. Y todas las veces al despertar, lloro, porque es solo un sueño. Hice el dibujo para explicárselo mejor al cura. Pero ¡tú todavía no puedes entender semejante sueño, luciérnaga mía! —dijo la abuela, enfatizando aquel mote, «luciérnaga», con el que adoraba llamarme, quizás porque lo había acuñado a partir de Luciana, mi segundo nombre, que además era también el suyo, o quizás porque, como decía ella, yo era pequeña y tenía los ojos relucientes; y en cierta ocasión también me había dicho, «Cuando me muera me convertiré en estatua y por las noches tú bailarás a mi alrededor con tus luciérnagas. ¡Y tus hijos y los hijos de tus hijos siempre tendrán forma de luciérnagas!».

—Abuela, no es cierto que no entienda tu sueño —dije—. Yo también soñé con una flor bonita y venía un insecto terrible y se la comía. ¡Y me despertaba muerta de miedo!

La abuela sonrió, adoptó una expresión llena de deseo y cada palabra que pronunciaba era como si saborease un caramelo:

—Pero ¡mi rosa y mi caballero son otra cosa! ¡Otra cosa! —dijo.

Y aquellas palabras, «otra» y «cosa», a medida que las repetía se iban haciendo más y más misteriosas y dulces, pero de una dulzura en modo alguno similar a la de los caramelos, sino de una naturaleza extraña, desconocida. La abuela se quedó un momento pensativa, guardó el papelito en el bolso y dijo:

—Vamos, que el camino es largo. —Y añadió—: ¡Estrecha es la hoja, largo el sendero, cuenta tu cuento, que ya he contado el mío! —

Después me miró y murmuró como para sus adentros—: A ti tampoco irá a verte el caballero. ¡Será solo un sueño!

—Pero ¡yo seré el caballero! —exclamé. La abuela me miró asustada —. ¡Iré a caballo y cortaré todas las rosas que encuentre en mi camino! ¡Y te las llevaré a tu casa!

La abuela aceleró el paso, me costó seguirle el ritmo. Guardó silencio todo el tiempo.

Disfraces

En los días lluviosos Carlito y yo jugábamos en la habitación. Jugábamos a la familia; yo era la mamá y Carlito era la hija. Primero hacíamos el juego «del derecho» y después el «del revés». Cuando jugábamos «del derecho» yo decía, «Carlito, suénate la nariz que tienes mocos», y le daba bien doblado y planchado un pañuelito en punto de Asís, pero mientras se disponía a desplegarlo yo se lo quitaba de la mano y le decía, «No te suenes con este, mejor lo guardamos; toma este otro», y le daba uno de vainicas. «Ese otro pañuelito lo llevamos cuando visitamos a las señoras y hacemos como que nos sonamos la nariz»», le decía a Carlito.

«Vístete, que tenemos que salir», le decía a Carlito. Carlito se ponía en la cabeza un gorro de lana. «¡Tonto!», le decía yo. «Ya eres mayor, ponte el sombrero de paja de Florencia y coge también el bolso de paja a juego. Tenemos que ir todos a juego. ¿Ves este bolso?», añadía. «¡Es mágico! Si guardas dentro la manteca de cacao se transforma en pintalabios. Si guardas dentro un trocito de tiza se transforma en turrón. Si te miras al espejo te transformas en mamita.» Carlito se quedaba quieto, tieso, frente a mí, con el bolso colgado de la mano, como si fuese el hilo de un trenecito. «Así no», le decía. «Ponte el bolso debajo del brazo.» Me sentaba, cruzaba las piernas y con un trocito de papel liaba un cigarrillo y simulaba fumar. «Espera, que termino el cigarrillo», le pedía. Después cambiaba de idea. «Siéntate», le ordenaba a Carlito, «dame el bolso, quítate el sombrero y quédatelo en la mano». Yo hacía crujir la paja del bolso y le pedía a Carlito, «Tú restriega el sombrero».

Fuera, mientras tanto, la lluvia tamborileaba despacio contra los cristales, era como si los dedos del jardín llamasen a la ventana. Y mezclado con el ruido de la lluvia se oía el frufrú de la paja trenzada.

—¿Lo oyes? —le preguntaba a Carlito—. Este es el ruido de Italia.

Y señalando las decoraciones del ala del sombrero le preguntaba a

Carlito:

—¿Con qué crees que están bordadas estas flores?

—Con hilo —contestaba Carlito.

—No —lo corregía con orgullo—, con rafia. Y ahora presta atención, «rafia» es una palabra mágica. El que la pronuncia se transforma en la abuela. Yo ya no soy mamita, soy la abuela.

—¿Y yo quién soy? —quería saber Carlito.

—¿Quién quieres ser? —le preguntaba, condescendiente.

—El primo Cola, el sobrino de la abuela. Soy un soldado que se va a la guerra.

—No. Aquí mando yo, que soy la abuela —decía—. Tú eres el primo Cola, métete debajo de la cama y espera a que termine la guerra. Cuando los generales vengan a llevarte diré que no estás.

—No quiero quedarme debajo de la cama —protestaba Carlito.

—Entonces cambiemos de juego —zanjaba yo.

Nos mirábamos enfurruñados. Conciliador, Carlito decía:

—Juguemos como antes. Tú eras mamita y yo era la hija.

—Ahora te pongo una cinta —decía yo.

Abría el primer cajón de la cómoda. Dispuestas en varias filas, dobladas y planchadas, había cintas de todos los colores y tamaños. Le ataba a Carlito una cinta al pelo, lo miraba y le decía:

—Este lazo no parece una mariposa, sino una avispa enfurecida. Ahora te lo ajusto y te pongo otro.

Y le ataba uno al cuello. Después le colocaba uno alrededor de la cintura, uno en las muñecas, uno en los tobillos y uno debajo de la barbilla como si fuese la cinta de un sombrero.

Con todos aquellos lazos puestos Carlito se extasiaba. Se pavoneaba por la habitación. Y a mí me entraba la envidia:

—Quítate los lazos —le ordenaba—, si no Dida nos chilla.

—Ahora juguemos a los soldados —imploraba entonces Carlito.

—Si haces de Anita un rato después jugamos a los soldados —le decía yo.

Carlito nunca quería hacer de Anita, porque entonces yo lo reñía, le abría la boca para que comiese, le metía los dedos en los ojos.

—No quiero hacer de Anita —protestaba, obstinado.

—Hoy —lo tentaba—, Anita será buena.

Pero de todos modos Carlito se negaba. Y entonces un día tuve una idea y le propuse:

—Haz de Anita mayor.

En el armario había un vestidito de tul blanco conjuntado con un pequeño chal que se ponía doble, como los que llevan en invierno las campesinas. Vestí a Carlito y lo conduje al baño. Mientras él se miraba al espejo le dije:

—Voy a vestirme de mamita.

Me puse una bufanda en la cabeza, me colgué del brazo una toalla como si fuese una capa, en una mano sostenía una jabonera a modo de bolso de noche, levanté la otra en el aire, y entre los dedos asomaba el papel enrollado que simulaba el cigarrillo.

—Dida, Dida —llamaba yo con voz airada—, ¿está lista la niña?

Y caminaba de puntillas como si calzara zapatos de tacón.

—¡Qué horror! —exclamé, entrando en el baño—. Pero ¡qué horror! ¿Cómo la ha vestido? ¡Este traje es vulgar! ¡Este chal es de mal gusto!

Carlito me miraba alarmado y preguntaba:

—¿Qué quiere decir vulgar?

—Una cosa vulgar es vulgar —le explicaba yo—. Ahora te lo digo mejor. ¿Te gusta tocarte la pililа?

—Sí —contestó Carlito.

—Bueno, eso es vulgar. ¿Comes pan y salchichón cuando vas por la calle?

—Sí —contestó Carlito.

—Pues bien, eso es vulgar. Y ahora enséñame las manos. No son vulgares —dije observándolas—. Las manos vulgares están sucias y tienen la uña del meñique muy muy larga. Dida —fingí ordenar—, desvista ahora mismo a la niña.

El vestido de tul cayó a los pies de Carlito, que estaba a punto de llorar de pena.

—Esta ropa —le dije—, era de la sobrinita de Antònia que se murió. Antònia me la regaló, pero mamita no quiere que me la ponga.

—Es tan bonita —dijo Carlito.

—Anda —le contesté—, juguemos al revés.

Porque cuando jugábamos al revés hacíamos lo contrario de lo que nos enseñaba mamita.

Carlito se puso de nuevo el vestido y, sentado delante de mí, fingía tomar una taza de chocolate.

—No te preocupes si el chocolate se te cae en el vestido —le decía yo—, mejor dicho, ¡échate un poco encima, límpiate la boca con el vestido y come con las manos!

—Llévame al parque de atracciones —decía Carlito.

—No —contestaba yo con aire severo, pero Carlito se reía porque sabía que era verdad lo contrario.

—Antes te voy a comprar un helado —añadía yo—. Mejor dicho, come helado directamente de la tarrina grande, todo el que quieras, de cualquier sabor.

—Pero me dolerá la barriga —decía Carlito.

—El dolor de barriga no existe —sentenciaba yo.

Cuando nos poníamos a jugar al revés no terminábamos nunca. Nos disfrazábamos de todas las formas posibles e imaginables. Sacaba de un baulito turco, recubierto de hojalata y damasco rojo, trajes en desuso y retales de tela, tendíamos una cuerda en medio de la habitación y de ella colgábamos las marionetas y las muñecas para que hicieran de espectadores. Y había ocasiones en las que yo llegaba incluso a disfrazarme de soldado y a jugar a la guerra; una almohada debajo de la cama representaba a la abuela que tenía miedo, y yo disparaba, mataba enemigos.

En cierta ocasión nuestros padres se habían ido de viaje. En la cocina, con Anita en brazos, Dida charlaba con Pedrón, Antònia e Inés. Bebían limonada, comían aceitunas, se habían olvidado de nosotros que jugábamos al revés en nuestra habitación. Ya había anochecido. Todavía no nos habíamos dado cuenta. De repente Carlito miró por la ventana, vio la oscuridad y dijo, «Tengo miedo». Yo también tuve miedo. Un miedo que resbalaba por la espalda y las piernas como cosquillas de fantasmas. Pero todavía estaba demasiado acelerada para dejar de jugar. Quité las sábanas de la cama, las arrastré por el suelo,

las agité en el aire.

—¡Vistámonos de fantasmas! —dije—. Y bajemos a la cocina.

—¡Dios mío, fíjate la que han montado con las sábanas! — exclamó Antònia al vernos.

Pedrón, en cambio, fingía tener miedo, se tapaba la cara con las manos, se ocultaba en un rincón, se dejaba perseguir por la habitación. Mientras tanto, Dida bajaba toda ruborizada de la lavandería y gritaba:

—*Que dolents! Que dolents!** Han desparramado por el cuarto todas las cintas que había planchado. Inés, ven a ayudarme.

Entretanto, seguíamos persiguiendo a Pedrón por la cocina, derribando las sillas, y Pedrón, por su parte, empuñó la tapadera de una cacerola y un cucharón y simuló ser un guerrero. El juego no tenía fin. Pero de repente Dida dio un puñetazo encima de la mesa y dirigiéndose a Pedrón gritó:

—Basta. Ya tenemos suficiente con dos niños maleducados, no hace falta que tú también participes, payaso.

Dida siempre se enojaba cuando veía jugar a Pedrón, era algo que no soportaba. Anita se había despertado, lloraba.

—Pobre niña —le susurraba Dida—, tú no tienes nada que ver. Y tú sube a ayudar a esas dos pobres mujeres —le ordenó a Pedrón—. ¡Vosotros dos, a sentarse! ¡Y las manos quietas sobre la mesa!

Después, mientras Pedrón recogía las sábanas tiradas por la habitación y se disponía a subir las escaleras, su mujer le gritó:

—Eres un inútil, nunca piensas en nada. Anda, sírveles un poco de limonada a estos maleducados, y échales mucho azúcar, así se les endulza la lengua y no dicen blasfemias.

Nosotros no nos atrevíamos a rechistar, no sabíamos si debíamos protestar o llorar. Ni siquiera sabíamos si debíamos tomar limonada.

—¡Bebed! —ordenó Dida—. Y después haced castillos de cartas. Y quedaos callados, que tengo que dormir a Anita.

Entretanto, se paseaba por la habitación acunando a la niña. Carlito hacía bonitos castillos de cartas, los míos se caían siempre. La lluvia seguía golpeando los cristales. Era como una bruja soplando sobre la casa.

—Tengo frío —dije de pronto.

—*Pobra nina* —murmuró Dida, y sin dejar de acunar a Anita me echó un chal sobre los hombros.

Me ovillé en la silla y me envolví entera en el chal, piernas incluidas. Mientras tanto, encima de la mesa, una al lado de la otra, iban creciendo los castillos de Carlito.

—¿Puedo soplar? —pregunté.

—No —dijo Carlito.

—Déjame soplar, te lo ruego.

—No —repitió Carlito.

—Hazme un favor —intervino Dida para distraerme—, enciende la luz.

Dida solo me pedía favores a mí; nunca se los habría pedido a Carlito. Fui a encender la luz.

—¡Ven aquí! —me susurró después.

Me ovillé en otra silla, junto a ella. Con una mano Dida limpiaba la saliva que Anita echaba por la boca y con la otra me acariciaba las rodillas.

—A Anita le están saliendo los dientes. Hazme un favor —dijo de pronto—, trae un pedazo de pan, quítale la miga y dame la corteza.

Cuando le tendí el pan, le metió la corteza en la boca a Anita; yo me quedé con la miga y me puse a chuparla.

Entonces Dida empezó a balancearse en la silla. Su codo, que iba y venía, me hacía cosquillas en la oreja. Carlito sopló sobre el castillo de cartas. Los naipes, que un momento antes habían sido ciudades y castillos, cayeron planos sobre la mesa, convirtiéndose otra vez en unas cartas cualquiera.

—¿Por qué yo no sé construir castillos de cartas y Carlito sí? —le pregunté entonces a Dida.

—Tú sabes hacer castillos de cháchara —dijo Dida—, tan altos que agujerean el techo y llegan al cielo. Y el que sabe hacer castillos de cháchara no sabe hacer castillos con las manos. Eres como Pedrón —añadió—. ¡Él construiría ciudades y países de cháchara! Anda —dijo como para consolarme—, coge el jersey de Antònia y échamelo sobre los hombros.

Entretanto, Carlito se había apoyado sobre la mesa y dormía. Anita también se había quedado dormida, la corteza de pan colgaba del borde del babero, el pan y la saliva le ensuciaban el mentón. Dida le limpió la boca y la acomodó en la cuna.

—Y ahora —dijo, incorporándose de la cuna—, ¡freiremos patatas y pescadito!

La alegría entró en la cocina. Ahuyentó el sueño. Del fogón subieron el humo y los vapores del aceite. Las patatas chisporroteaban en una sartén y el pescadito en otra.

—Voy arriba a llamarlos —le dije a Dida, servicial.

—No hace falta, lo hará el aroma que sube por las escaleras.

En un rincón de la cocina estaban las manzanas dispuestas sobre la paja. Dida colocó todas las manzanas a un lado, tendió un mantel sobre la paja, cogió a Carlito en brazos, lo tumbó encima y luego lo tapó con un jersey.

«No comerá patatas fritas», pensé, y eso me llenó de tristeza.

—Le guardaré unas pocas —le dije entonces a Dida, y las envolví en un pedazo de papel.

Bajaron Pedrón, Antònia e Inés. Pedrón sacó una garrafa de vino y unos vasos, Antònia una vasija llena de aceitunas aliñadas con guindilla y piel de naranja, Dida amontonó los platos y cubiertos en el centro de la mesa. Pero cada cual se servía con las manos, y yo con un pedazo de papel para no quemarme. Inés le quitaba la cabeza y la cola a los boquerones, no se las comía, le daban asco, decía.

—Pues yo me lo como todo —alardeaba Dida.

Y yo también me lo comía todo, como ella.

—Ahora te llevo a la cama —me dijo Dida de repente.

—Yo quiero dormir contigo —protesté—, ¡y me quiero ir a la cama cuando haya terminado la fiesta! ¡Y si me duermo no me hagas la traición de llevarme a mi cama!

Tenía tanto miedo a la traición que hice lo imposible para no dormirme.

Se fue la luz. Subimos las escaleras con una vela. Dida me hizo tumbar a un lado de la cama, Pedrón se puso del otro lado y ella se acomodó en el medio.

—*Verge de Déu*! —exclamó Dida—. ¡Quién sabe cuántas luces se habrán quedado encendidas! ¡Ve a apagarlas! —le dijo a Pedrón, pero Pedrón ya roncaba—. Paciencia —suspiró Dida.

Yo era feliz; si volvía la luz la casa estaría toda iluminada. Dida siguió suspirando un rato, después giró sobre un costado hacia Pedrón y me dijo:

—No puedo girarme de tu lado, se me parte el corazón.

—No pasa nada —contesté.

Yo también le di la espalda, para ver si por debajo de la puerta asomaba un hilo de luz. Me arrebujé más con las mantas, busqué sus pies y acerqué la planta de los míos a los suyos.

Carlito y yo jugábamos, pues, a disfrazarnos. Papito y mamita, en cambio, jugaban con nosotros al fotógrafo. Y si nuestro juego era desordenado —nunca quedaba claro cuál era el comienzo y cuál el final—, el de ellos tenía unas reglas fijas.

El fotógrafo se llamaba don José Arabol. A veces venía a nuestra casa, a veces nosotros íbamos a su estudio. Cuando íbamos a su estudio nos hacía retratos. En la parte inferior del retrato, donde el traje desaparecía en el blanco, se veía en una esquina la rúbrica de su firma, parecido al jarrón modernista de la única consola de su austero recibidor. En los primeros tiempos, lo cierto era que don José tenía un recibidor por completo distinto. Había dos sofás de terciopelo rojo fuego, desgarrados y grasientos, cuyo color viraba a un tono pardo indefinido en varios lugares de los respaldos o los apoyabrazos, y ahí el terciopelo no era suave sino áspero y estaba nivelado. En las paredes, una encima de la otra, una al lado de la otra, sin interrupción, en grandes marcos de madera adornados con orlas geométricas que simbolizaban teorías de círculos y triángulos, se abarrotaban las fotografías. Daba la impresión de que todos los novios, todas las muchachas, todos los jóvenes militares y marineros, todos los niños de Mallorca se hubiesen dado cita en su estudio. En lo alto, dominando aquella multitud de figuras aisladas, sonrientes o embobadas, en una pared se veía la imagen de la Virgen del Pilar; en

otra, la fotografía en formato más grande del padre de don José: «*Don Pedro Antonio Arabol, varón ejemplar*», se leía en la leyenda; y para indicar que se trataba de un difunto tenía delante dos lamparillas rojas en forma de velas enroscadas.

Pero desde que habían ido a retratarse a su estudio el intérprete de la misión alemana con su mujer y sus tres hijos, mamita y papito, los oficiales de la Aeronáutica Italiana y, siguiendo su ejemplo, algunos señores del lugar, don José se había convertido en un fotógrafo de moda, y así, por consejo de la señora Schneider —la esposa del intérprete de la misión alemana—, que le había dicho, en confianza, que aquel recibidor era muy kitsch, él decidió cambiar la decoración.

«El estudio de un fotógrafo», le había dicho la señora Schneider, «debe parecerse al de un radiólogo. El radiólogo fotografía el interior del cuerpo, usted, en cambio, fotografía el exterior».

Así, don José mandó pintar el cuarto hasta una altura de dos metros con pintura al aceite de un tono blanco amarillento, y el resto de las paredes con pintura al agua de color blanco; solo la consola lustrada había quedado donde estaba, mientras que dos sofás en piel verde oscuro, uno frente al otro, pasaron a sustituir a los de color rojo fuego. El único capricho entre tanta austeridad era aquel jarrón modernista.

—Pero ¿no puedo dejar algún retrato, alguna muestra de mi trabajo? —le había preguntado a la señora Schneider el pobre don José, consternado por tanta sobriedad.

—No —le había contestado ella, seca—. Usted está obligado, además, al secreto profesional. Al señor Schneider, por ejemplo, no le agradaría que una servidora quedase aquí expuesta como en un mercado.

Pero se rumoreaba que, a la chita callando, don José había trasladado al barrio del puerto su antiguo estudio: los sofás rojos, el retrato de su padre, la imagen de la Virgen y todas sus fotografías colgadas en las paredes; y que algunos días de la semana fotografiaba allí a otro tipo de clientes.

Cuando don José venía a nuestra casa, la mañana entera estaba dedicada a varias ceremonias. Se sacaba brillo a la plata de modo que en las fotos brillase más. De hecho, sobre la mesa del comedor se

disponían grandes fuentes de plata con copas y platos de plata, vasos de cristal y, a un lado, servilletas bordadas. A mí me hacían ponerme el vestido de encaje que la abuela había traído de Nápoles y a Carlito, un pantalón blanco, largo, y una camisa también blanca; así ataviado, tieso, parecía el soldado de un ejército celestial.

Así se lo decía. Luego le preguntaba:

—¿Y yo a quién me parezco?

—No lo sé —contestaba Carlito.

—No me has mirado bien —le insistía—. Antes de bajar me he mirado al espejo y me he dado cuenta de que me parezco a un confite. Al primer confite que estás a punto de servirte con dos dedos de la bombonera.

—¿Y quién se sirve el confite? —preguntaba.

—El fotógrafo —contestaba yo—. ¿No lo ves?

Entretanto, don José se metía el confite en la boca y mojaba un melindro en una copita de vino Marsala. Vestía un traje azul y corbata a rayas diagonales blancas y azules brillantes; alrededor de las patillas negras se le veían pequeñas heridas de la navaja de afeitar y en el cuello, marcas de mordiscos.

A Carlito y a mí nos hacían sentar, cada uno delante de su propia bandeja. Antònia disponía un bocadillo en un plato de postre, en otro un poco de jamón, fruta en una copa; pero nosotros solo debíamos simular que comíamos. «Límpiate la boca», decía mamita; con la servilleta doblada me restregaba la barbilla, procurando que el encaje quedase por el lado exterior, y miraba al fotógrafo con aire malicioso; sabía que, si me movía, la foto no saldría bien, igual que una peonza me transformaría en niebla y vértigo.

Después don José se trasladaba con su máquina fotográfica al jardín. A Carlito y a mí nos llevaban arriba, nos desvestían, nos ponían los peleles almidonados y nos acompañaban al jardín. «Jugad con la regadera y el cubo», nos ordenaba mamita. O bien, «Jugad con el caballo balancín». O me decía, «Coge esa flor». Y aunque de nuevo debíamos hacerlo todo de mentira, era bonito. Me sentía ligera, sin cuerpo, una marioneta movida por otros. ¡Clic! Yo ya era la foto. Y como la foto era yo, yo ya no estaba, y luego no habría podido, por

ejemplo, fantasear frente a esa imagen, como solía hacer en general frente a las de los demás. Pero también me invadía una vaga sensación de angustia: me asemejaba a una larva, a un ser intermedio entre los vivos y los muertos. ¡Y qué cosa terrible! ¡Me volvía plana!

En cuanto don José se marchaba, a Carlito y a mí nos entraba de pronto mucha hambre. Y cuando nos quedábamos hartos yo le decía a Carlito, «¡Ahora estamos otra vez vivos, ya no somos planos!».

Un día mamita se dejó en la bandeja del salón el sobre con fotografías. Me apoderé de él y me lo escondí en las bragas. Le dije a Carlito:

—Vamos a jugar detrás del invernadero. —Esparcí las fotos en el suelo y le ordené—: Ahora jugaremos al cementerio.

Había que sacar los ladrillos abandonados en el invernadero y colorearlos con tiza blanca; buscar por ahí ramitas y maderitas, juntarlas con alambre y hacer cruces; subir a mi cuarto, reunir copas, tacitas, jarrones de las muñecas, llenarlos de agua y flores; y después apoyar en cada piedra una foto.

—Yo me hago una corona de jazmines —le dije a Carlito.

—Yo también —dijo Carlito.

Acuclillados en el suelo metíamos las copitas una dentro de la otra.

—A mamita le haré una corona de geranios —decía yo—, y a papito una de hiedra.

—Va, lloremos —sugería Carlito, que tenía prisa por terminar aquel juego, e iba a buscar una cebolla para que se nos saltaran las lágrimas.

Yo miraba mi retrato y decía:

—¿Ves como estás muerta? ¡Así aprendes! ¿Qué te pensabas que ibas a hacer ahí con ese vestido? Ahora desvístete y métete bajo tierra. Pero ¡antes ve a hacer pipí, que si no luego te orinas en la cama!

De repente le dije a Carlito:

—Ahora vamos a la cocina a llevarle las cebollas a Francesca.

Recogimos las fotografías y las guardamos en el sobre, que me metí en las bragas.

En la cocina volví a sacarlas. Las manos me olían a cebolla; mis

mejillas estaban saladas; las fotografías conservaban un ligero aroma ácido, como cuando estaban frescas. Tuve como un sentimiento de culpa por haberlas sustraído y ocultado; el mármol de la mesa, donde las había apoyado, estaba húmedo; ¿húmedo o grasiento? Fuera hacía bochorno. Tal vez se acercaba una tormenta. Los olores y los humores persistían más cuando hacía bochorno. ¡Todo estaba tan mezclado! Yo me sentía pegajosa. El bochorno se había transformado en tedio. Pero me vino un pensamiento luminoso, como si por error hubiese entrado una golondrina en la habitación, como si se hubiese confundido de tiempo y de lugar. «Para hacer las fotografías se deben mezclar las tinieblas y la luz. Como para hacernos a nosotros», me dije, recordando las palabras de la abuela. «Todo es exactamente igual.»

Entró Antònia con una bandeja y exclamó:

—¡Dios mío! ¿De dónde habéis sacado estas fotos?

—Del huerto.

—No mientas.

—¿No sabías que don José viene por las noches al huerto a plantar fotografías? —dije—. Huele, apestan a cebolla, las plantó al lado de las cebollas. ¿Y sabes por qué? Porque tú eres mala y no me quieres. Cuando me haya muerto y mires mi fotografía no te saldrán las lágrimas, y para hacer como que lloras y que mamita no te despida ¡te restregarás los ojos con cebollas!

—*Que folla*![*] —decía Antónia—. Dime de dónde las has sacado que voy a ponerlas en su sitio. Así nadie se dará cuenta —añadió. Después se secó las manos en el delantal y se sentó—. Pero antes déjame verlas. ¡No te puedes imaginar lo que me gustan las fotografías! ¡Me gustan más las fotografías que las personas de carne y hueso!

—Total todo es lo mismo —dije—. ¡Nosotros también somos fotografías!

Llegaron, además, Inés, Pedrón y Francesca.

—*Que bonics*![*] —decían.

—Mira esta —le dijo Antònia a Inés—. Se la ha hecho contra el muro de hiedra. Quién sabe si don José pintará la hiedra de verde y las mejillas de rosa… y el vestido, aunque era blanco, yo lo pintaría de azul, y aquí arriba le vendría bien un poco de amarillo, por el sol…

fíjate aquí abajo, está todo mojado de agua, a lo mejor se han dejado el grifo abierto, parece un laguito, habría que pintarlo de azul…

—Solo son pruebas —aclaró Inés.

—¿Has visto a la desvergonzada de Teresa? —siguió diciendo Antònia, ajena ya a la foto—. ¡Fue al estudio de don José y se hizo retratar al lado de la estatua de una mujer desnuda! Pero yo, cuando vaya a ver a don José para el día de mi santo, le pediré que me haga una foto al lado del espejo y frente al biombo japonés…

—Vosotras no entendéis nada de fotografías —intervino Pedrón—, aunque sirváis en casa de señores. Esta es la nueva moda de las fotos… son fotografías modernas al natural.

Inés se echó a reír y dijo:

—Entonces, según tú, ¿debería hacerme una foto como estoy ahora, toda despeinada y sucia, con el delantal puesto y las mangas arremangadas? Si ya me veo así todos los días, ¿para qué iba a hacérmela?

—¿Y tú —le preguntó Antònia a Pedrón— te la harías así como estás, todo sudado? ¿A qué muchacha tendrías luego el valor de enviársela? Di.

—Yo salgo bien incluso al natural —dijo Pedrón, y se puso en pose, con la cabeza erguida, una mano en la cadera.

—¡No eres más que un payaso! —gritó Dida, que bajaba las escaleras con una brazada de camisas para planchar—. Si llevara en la mano un pañal sucio de caca de Anita, te lo tiraría a la cara.

Antònia e Inés rieron, Pedrón le pidió a Francesca que le sirviera un poco de limonada, se la bebió de golpe y salió de la cocina.

—¡Qué payaso! —rezongaba Dida entrando en la despensa—. ¡Mira que bebérsela así, de golpe, como si tuviese veinte años! Un día se le cortará la respiración.

—¿Por qué no te han hecho una foto a ti también? —le pregunté a Dida.

—¿A santo de qué iban a hacerme a mí una foto?

—Me alegro de que no te la hayan hecho —le dije—, así no has ido a parar al cementerio.

—¿Y qué tiene que ver el cementerio con las fotos? —soltó Dida,

que mientras tanto se había puesto a planchar—. Déjame trabajar, casi quemo la camisita. ¡Que me distraes con tu charla! ¡Anda, vete a jugar!

Siguió una semana de comidas oficiales y recepciones. De Italia llegaron, uno tras otro, varios aviones. Los oía a veces sobrevolar la casa. Papito levantaba la vista y saludaba. Mamita se asomaba al balcón, fumaba un cigarrillo. En el puerto atracaron los barcos de guerra. Mamita nos llevó a verlos desde la terraza del Café de la Unión. En cada uno de nuestros helados iba enrollada una galleta de pistacho en forma de espiral, como si fuese una hélice que hubiese servido para transportar la nieve de la *sierra* hasta aquella tarrina. Los barcos brillaban fríos en el puerto. En el sabor del helado me pareció notar un regusto como a hierro, todo disimulado con azúcar y esencia de albaricoque. La galleta de pistacho tenía el color de los trajes de camuflaje de los paracaidistas.

—*Quiero agua* —le pedía a mamita.

—Ya sabes que conmigo debes hablar italiano —me reprochaba, sacudiendo la ceniza del cigarrillo.

Me quedaba muda. Dejaba que el helado se derritiera. Mascaba la galleta. Aquellas migas secas y dulces en la boca me tranquilizaban. Pensaba, «Ahora se disuelven también los barcos, se convierten en una mancha gris en el agua».

En casa, durante aquella semana, contrataron más camareros. A esas recepciones importantes, organizadas para los oficiales de la Marina y la Aviación, iba a asistir, según decían, nada menos que el hijo del Duce. «¿Un duque?», pregunté. «No», contestó mi padre, «el Duce es el jefe de Italia».

A las cinco Pedrón fue en coche a Ciutat a buscar a dos camareros, que llegaron ya de uniforme. Salieron de la polvareda levantada por los neumáticos del coche y entonces, de repente, fue como si el jardín y la casa se convirtiesen en un desmedido Café de la Unión o Casino Palmesano.

Para los demás trabajos en la villa contrataron a algunas mujeres del patio de Dida, entre ellas unas sobrinas suyas, dos muchachitas de catorce años. A diario Dida tenía decenas de servilletas por planchar,

centenares de tapetitos que servían de posavasos. Así que sus dos sobrinas, Consol y Serafina, se encargaban de vestirnos y desvestirnos a Carlito y a mí. Eran morenas, de pelo rizado, gordas y aterciopeladas. Las habían vestido de blanco. Parecían magnolias. Cuando se encontraban delante de mamita se quedaban inmóviles: contestaban con monosílabos. Pero cuando estaban a solas o con nosotros, los niños, no paraban de cotorrear. Me resultaba raro que de aquellos cuerpos tan exuberantes salieran voces así, de pajarillo.

En aquellos días nos habían enviado por avión desde Italia un juguete que acababa de ponerse de moda, dos teléfonos en miniatura, uno blanco y el otro negro. Consol cogía el teléfono negro y Serafina, el blanco; fingían hablarse. A veces eran dos amigas que intercambiaban confidencias, a veces una pareja de novios. Yo no entendía casi nada de lo que decían: la lengua de ellas se me antojaba compuesta únicamente de sufijos, diminutivos, suspiros, grititos, risas breves, exclamaciones que eran como reproches contenidos o que caían, como piedras en el agua, en una continua estupefacción, o bien resonaban semejantes a llamadas en un bosque o a silbidos perentorios y ahogados de enojo. A través de los teléfonos se enviaban besitos, simulaban el ruido de bofetadas golpeándose la mejilla, fingían soplar una flor de fárfara y bebían ruidosamente para hacerse oír al otro lado del hilo (ambas tenían a su lado un vaso de agua con una pajita, una de las muchas novedades que tuvieron ocasión de conocer en nuestra casa).

Yo me quedaba sentada en el centro del dormitorio, como un dios omnipotente que oye y ve más allá de las paredes y las distancias. Los juguetes que me rodeaban y en los que me fingía absorta eran como esos angelillos alados que en las imágenes populares rodean a Dios, los amables guardianes de mi omnipotencia. Aparentemente impasible, yo oía las voces que corrían por el cable del teléfono a través del cuarto transformado por Consol y Serafina en el campo soleado que separaba Pantanet de Ses Salines, las ciudades donde fingían residir las dos muchachas, sin llegar a concebir otras, más lejanas y más grandes.

—*Malfeneres, vagues*!—, gritaba Dida irrumpiendo en el dormitorio —. *Encara heu de fer els llits i no heu netejat la cambra*!*

Y ese *netejar* era como un viento fuerte que hubiese barrido el campo, cortado los cables del teléfono, roto el tierno encanto de aquel lenguaje amoroso que, de modo tan extraño, había reunido en sí las tentaciones de la vida del bosque y las de la civilización urbana. Las muchachas se levantaban raudas, los auriculares del teléfono caían al suelo y ellas, de flores de magnolia se transformaban en mariposas. Volaban por el cuarto: barrían, fregaban el suelo, colocaban los juguetes en los estantes pintados de blanco, estiraban las sábanas aferrando una punta cada una y se reprobaban por turnos cuando no estaban en sincronía.

Después, cuando terminaban de ordenar el dormitorio, me aferraban cada una de un lado y empezaban a jugar conmigo casi como si fuese una muñeca. Consol le preguntaba a Serafina:

—Cuando te cases, ¿quieres tener un niño o una niña?

Serafina quería un niño y Consol, una niña. Así que abría el armario y decía:

—¡Cuántos vestidos! —Los sacaba de uno en uno, los admiraba. —*Senyoreta, filla meva* —decía—, *se trïi un vestit.**

Yo elegía uno.

—*Ai no*! —exclamaba—. No te quedan bien ni el verde ni el amarillo. Te quedan bien el rojo y el blanco. Con el verde pareces una aceituna, una enfermita; con el amarillo pareces una enana que no quiso crecer; tal vez cuando seas grande y gorda como yo podrás vestirte de amarillo. Mira, Serafina, lo bien que le queda el blanco, parece una novia de Jesús… ¡Ah, si en vez de morir se hubiese casado! ¡Qué hombre habría sido! ¿Tú que prefieres, un novio joven o uno de treinta y tres años?

—No lo sé —contestaba Serafina—. Pero si no es un muchacho, ¿cómo hago para hablar con él? ¿Cómo hago para hablar con un hombre? A un hombre solo se lo puede escuchar en la sombra.

—Yo —decía Consol— prefiero un hombre.

Consol me quitaba el vestido blanco y me ponía uno rojo, fruncido y abultado, que mamita había mandado coser para mí una vez en que, enferma y delirando de fiebre, yo le había dicho que para Carnaval quería disfrazarme de dalia.

—Mira —decía Serafina—, ¡vestida de rojo parece la novia de un príncipe!

Después me llevaban al cuarto de mamita con el pretexto de que me mirase en el espejo grande del armario.

—¡Mira qué seda, mira qué *shantung*! —exclamaban al unísono.

—¿Por qué a mí no me hacen también un vestido de seda? —preguntaba yo.

—La seda —sentenciaban Serafina y Consol—, el damasco, el *shantung*, el crepé, el chiffon son telas para mujeres, no para niñas.

Un día en que Carlito y yo estábamos con las sobrinas de Dida echando un vistazo a los trajes de mamita, se oyó de pronto un soplo de aire.

—¡Viene alguien, cuidado! —susurró Serafina.

Cerró el armario. Mamita entró con un señor que llevaba un bolso de piel. Era un barbero. Debía cortarle el pelo a Carlito, que parecía muy contento por ello. Se sentó en el taburete del baño y se dejó colocar una toalla alrededor del cuello. Sonreía atónito y esperaba.

—Córtele los rizos y el flequillo —dijo mamita—, debe parecer un hombrecito. —Y dirigiéndose a Carlito añadió—: De ahora en adelante eres un hombrecito. Esta noche, en el salón, te presentaré a los aviadores.

—¡Qué pena! —susurraron al unísono Serafina y Consol.

En cuanto mamita salió, se pusieron a acariciarle los rizos a Carlito. El barbero intentaba apartar sus manos, pero ellas insistían, como moscardones.

De todos modos, al final el barbero se los cortó todos, le hizo raya a un lado y la fijó con brillantina.

Tras marcharse el barbero, Serafina le dijo a Carlito:

—Ahora ya no podrás pedirme que te ponga un lazo en el pelo como a tu hermana.

Y Carlito estalló en llanto. Serafina le secó los ojos, fue a ver a mamita y le dijo:

—*Senyora*, no hay jerséis de hombre. No le puedo poner los jerséis de lana calados.

—Me ocuparé de ello más tarde en la ciudad —contestó mamita.

Carlito esperaba, entretanto, su jersey de hombre. Temblaba de frío, pero no quería chales ni suéteres calados.

Yo le veía las orejas sobresaliendo del cuello, como si fueran de soplillo; eran muy feas, no estaba acostumbrada.

—¡Tú mismo! —dije con malicia—. Ahora tienes las orejas al aire. No tienes derecho a cambiarte la cara —añadí— sin antes pedir permiso a los demás.

Carlito se echó a llorar y dijo:

—Pero yo no he hecho nada, ellos lo decidieron todo.

—Cuando seamos mayores y decidamos las cosas, no nos olvidemos de que antes de cambiar de cara también debemos pedir permiso a quien nos quiere bien.

—Pero ¿tú me quieres bien? —preguntó Carlito.

—Sí —le dije acariciándole la cabeza mientras pensaba: «Vete a saber, a lo mejor no te quiero bien sino mal».

Me miró triste.

Después, quizás para que me perdonara por aquel pensamiento, decidí mantenerme a su lado dondequiera que fuese. Incluso lo acompañé al baño.

—Vete —me pidió—. Las niñas no deben mirar a los niños.

Yo también quería hacer pipí y ya me había sentado en el otro váter.

—Vete tú —repliqué—. Los niños no deben mirar a las niñas.

Meamos juntos, mirándonos de un váter al otro, con cara de pocos amigos.

Pero, de repente, al otro lado de la puerta del baño oímos el estruendo de carcajadas. Y al salir vimos a Serafina y Consol que, tumbadas en la cama, se sostenían la barriga de tanto reír. Luego comenzaron a hacerse cosquillas. Nosotros también nos lanzamos al ruedo. La mañana se fue en un periquete, entre cosquillas y risotadas.

Por la tarde Serafina y Consol nos llevaron a dar un paseo a un prado más allá del jardín junto con dos niñas que habían venido de visita. ¡Qué fresco era aquel prado con florecillas, de cuento de hadas! Nos encontrábamos en las lindes de la maquia que ascendía hacia las rocas. Las dos niñas lucían vestidos de encaje.Anita y yo, en cambio,

llevábamos unos vestiditos de piqué con un estampado de barquitos de vela. Las dos niñas calzaban zapatos cerrados, de charol negro con medias blancas; nosotras, unas sandalias. Serafina y Consol se sentaron debajo de un roble. Las dos niñas se pusieron a recoger flores; Anita intentaba imitarlas, pero de vez en cuando se caía: entre la hierba asomaban piedras traidoras. Carlito nos observaba.

—Los niños no recogen flores —dijo.

«¿Qué hacen los niños?», parecía preguntarse ahora, mientras se frotaba la pierna con una ramita. Yo observaba a las dos niñas y pensaba, «Es como si recogieran flores de imitación». Me acerqué a Serafina, le tapé los ojos con las manos, le tiré del pelo a Consol y acabé sentándome con ellas.

—Mira a tus amigas —dijo Consol—. ¡Esas sí que son auténticas mujercitas! ¡Recogen flores y hablan castellano!

Se oía a una de las niñas decirle a la otra:

—Este no es un narciso, se llama «zapatito de dama».

En ese momento supe con certeza que jamás me convertiría en una mujercita.

—*Mira quins bracets més bonics té la nina!*[*] —le comentó entonces Serafina a Consol, ajustándole un tirante a Anita.

Apreté los labios y pensé, «A mí nunca me ha dicho nadie que tengo unos *bracets* bonitos».

—Dan ganas de morderlos —añadió Serafina, y le dio un beso a Anita en el hoyuelo del codo.

Yo también le di un beso. Pero Anita me rechazó diciéndome:

—Déjame, me haces daño.

Le di otro. Tenía un sabor amargo. Anita me miró, pasmada. Estuvo un momento como pensativa, después se alejó con gran dignidad, en silencio. Me mordí los nudillos de las manos. «Ahora hago monadas», pensé. Y me mordí el codo. Era la única que sabía morderse el codo.

Papito y mamita tenían amigos repartidos por todo el mundo. Esa noche vinieron a visitarnos un señor y una señora de América del Sur. A papito le trajeron tabaco, a mamita una tela estampada, a mí, a Carlito y a Anita una bolsita con semillas de girasol, otras semillas desconocidas, nueces de Brasil y cacahuetes.

En el estampado de la tela, sobre fondo blanco se representaban monos, plataneros, palmeras y cabañas. Mamita, tal vez enamorada de su exotismo o tal vez por consejo de esos amigos suyos, decidió hacerse confeccionar con aquella tela un vestido escotado que remataba en falda pantalón, acompañado de un bolero. Un vestido de playa. Pero había mucha tela; según mamita, sobraba para una tribu entera. Y así, por diversión, decidió mandar que le confeccionasen dos vestidos iguales al suyo para Anita y para mí. ¿Carlito también quería algo? Así que mamita, como continuando con aquella locura suya americana, le mandó hacer una camisa amplia para llevar encima de los pantalones. Ataviados de esta forma partimos todos a la playa. Mamita estaba alegre. Por la calle parecía retozar, en un momento dado llegó incluso a perseguirnos. Al llegar a la playa, me dije, «Con la falda pantalón no se ven las braguitas». Carlito corría en la arena con su camisa. «Somos todos iguales, mayores y pequeños, hombres y mujeres», pensé. Y tenía la sensación de que pertenecíamos a una especie distinta de la especie normal de los hombres; más parecidos a saltimbanquis o a monos.

Al regresar, mamita tenía jaqueca. Había tomado demasiado sol. Se fue a la cama.

—Mamita, deja que me acueste a tu lado —le pedí.

Estaba demasiado cansada para negarse. Me tendí junto a ella. No dijo nada. Me daba la espalda. Yo miraba el algodón estampado de su vestido como si tuviera un mapa ante mis ojos. Y así, viajando, me dormí. Soñé que estaba en un barco con rumbo al país de los monos y los plátanos. Pero en vez de avanzar, el barco navegaba hacia atrás a gran velocidad. Yo iba corriendo a ver al capitán para avisarle y la voz no me salía de la boca. Se lo indicaba mediante gestos, pero él no parecía entender, reía, me daba capirotazos. Me desperté toda sudada, me levanté despacio, fui a mi cuarto, donde Anita y Carlito jugaban. Dócil, me dejé cambiar.

—Lo llevas todo manchado de alquitrán —observó Dida, quitándome el vestido.

—Se me ha manchado en el barco —le dije.

Cuando inventaba historias Dida fingía no oírme. Cierta vez le había

dicho a Inés que se comportaba así para no «hacerme ver las luciérnagas de día».

«¡Mete el brazo! ¡Mete la pierna! ¡Mete el pie!», me ordenaba cada vez que me vestía. Y yo imaginaba mi cuerpo en piezas. Y esas piezas del cuerpo correspondían a piezas de las prendas: la manga, el pantalón, el zapato, el triangulito de las bragas.

En una ocasión vi a un hombre con un brazo mutilado. Apareció en el sendero que llevaba a la parte de atrás de la casa, a la que daba una de las puertas de la cocina, y que nosotros llamábamos «el sendero de Judas» porque cruzaba el campo donde se alzaba aquel árbol solitario. El hombre, según supe después, recorría los campos pidiendo limosna. Era un día sin viento e Inés y Antònia habían aprovechado para deshacer las almohadas de plumas y ponerlas a ventilar. Cuando estuvo cerca de nuestra casa alguna pluma más ligera voló alrededor de él como para honrarlo. Enseguida noté algo raro, pero me fijé en la manga que le colgaba vacía solo cuando le tendió a Antònia la mano izquierda. Me quedé horrorizada. Y al mismo tiempo me indigné. «Siempre regañan a Carlito cuando usa la mano izquierda en vez de la derecha, ¡y ahí está ese hombre que ni siquiera tiene mano derecha!», pensé. Desde entonces, cuando iba a ponerme una prenda y veía la manga vacía, antes de llenarla con mi brazo me acordaba del mutilado. Y ocurría también que me empecinaba en no dejar que me metieran el brazo en la manga. Me pasaba mañanas enteras con la manga colgando y el brazo tan apretado al cuerpo que a veces se me quedaba como anquilosado y me dolía.

El vestido planchado desplegado en la cama o colocado en una silla era, además, lo que más me inquietaba. Se me aparecía de repente, cuando entraba en el cuarto o levantaba la mirada de los juguetes. Le faltaban las piernas de la rodilla para abajo, los brazos y las manos, el cuello y la cabeza, para que fuese yo. Miraba mi cuerpo, pero veía unas piezas, y sobre todo los pies, plantados en el suelo. Entonces me subía la falda y la enagua y me ponía las manos en la barriga. Cuando las manos estaban calientes como la barriga me volvía realmente yo. Solo las manos en el vientre me daban realmente la percepción de mi cuerpo entero; o bien el calor que notaba por la noche bajo las

mantas, después de que las manos y los pies, e incluso la punta de la nariz, se hubiesen calentado. Y si me tocaba el pelo, entonces también lo sentía mío y no una molestia, una sorpresa, un ornamento o un estorbo.

La ropa, por otra parte, además de dividir el cuerpo en muchos miembros, aludía a veces a partes que faltaban: los pechos, las caderas, la barriga redonda, que las pinzas señalaban maliciosas.

En cierta ocasión en que tuve urticaria y que todos mis pijamas se habían ensuciado con manchitas de sangre de tanto rascarme, me pusieron uno de Carlito. Aquella abertura delantera me pareció vergonzosa.

Por otra parte, en el salón de mamita todo daba la impresión de indicar que el cuerpo no estaba entero, sino conformado por muchas piezas individuales como en un mercado. «¡Qué bonitos brazos!», le decía mamita a una señora, por ejemplo. «¡Y qué hombros!», decían de Linda, la hija de los señores Facchi. Y la señora Facchi le decía a otra señora, «¡Qué hermosos pechos!». «¡Qué bonitas piernas!», le decían, en fin, las señoras a mamita. Y hasta de la abuela decía mamita que de joven tenía un cuello precioso. De hecho, la abuela semejaba un pájaro.

Además había telas que te provocaban picores en la piel. Otras que acariciaban. Algunas telas, como la seda, acariciaban pero eran frías. Otras, como la lana, eran calientes pero irritaban.

Cuando yo regresaba del jardín me reprendían por las manchas en la ropa. «Pero no son manchas», contestaba. Y en secreto me alegraba de llevarlas encima. Poco antes yo había sido agua, fruta, hierba, tierra. Y tras separarme de ellas, el agua, la fruta, la tierra, la hierba se habían convertido en manchas.

Solo las manchas de sangre me causaban desconcierto. Mi cuerpo se me antojaba entonces como aquellos lugares secretos de los cuentos de hadas donde estaba completamente prohibido entrar, y en particular me recordaba la habitación terrible del cuento de Barba Azul. Azul era el color de la sangre en las venas que surcaban la piel, y azul era el filo de los cuchillos con los que Barba Azul degollaba a sus esposas, azul el hierro de las cadenas y el de las trampillas del castillo.

Husmeaba a escondidas las manchas de sangre todavía frescas y tenía la sensación de percibir un olor dulzón y podrido, como de hierro oxidado, que me daba náuseas y vértigos. Los llamaba «vértigos calientes», en contraposición a los «fríos» que me entraban al asomarme al balcón de la última planta o en los tiovivos. Tenía la sensación de precipitarme dentro de mi cuerpo, como si en él se hubiese abierto en algún punto una trampilla. Me ocurría también que, después de haber observado unas manchas de sangre, al mirar a mi alrededor, el mundo circundante —hasta el jardín precioso— se me aparecía como un gran hospital; entonces me entraba un sentimiento de pena por todo, unas ganas de curar las cosas —de curarme yo misma—, semejante a una necesidad de marcharse.

Había vestidos a través de los cuales, mediante un procedimiento distinto al de las manchas de sangre —que me hacía viajar por el cuerpo y otros horrores—, me separaba de mi cuerpo y me iba lejos: eran las prendas con dibujos estampados en vivos colores, como el que se había hecho mamá con la tela americana. A veces se trataba de dibujos geométricos o de simples colores que estimulaban mi fantasía sin imponer vínculos, otras veces, en cambio, de representaciones figurativas. Las formas y los colores, sueltos o amontonados en el mundo jaspeado —siempre recorrido de estremecimientos y tensiones, siempre a punto de aparecer, mutar o desaparecer, de transformarse en mezclas híbridas—, en la tela se veían fijos, puros e inmóviles. Se parecían al sonido coloreado de una cucharilla en el borde de una copa de cristal.

¡Y qué tranquilizadora era la eterna repetición de los motivos estampados! Había uno, por ejemplo, de fondo azul con cuadritos blancos, rojos y verde esmeralda reproducidos a distancias regulares, como los vidrios de colores que se encuentran en la playa o los pedacitos de mar transparente vislumbrados desde la espesura de los pinos. Y en otras telas ese mismo verde esmeralda se repetía con una magnética constancia en peonzas, ositos de peluche, baldes, muñecas, bolos. Los tejidos escoceses, en cambio, sugerían un orden militar o monástico o utópico, pero los colores parecían desmentir ese orden. En el universo que evocaban las telas escocesas —tal vez precisamente

porque para mi cumpleaños me habían regalado una falda escocesa y un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas*, y las ilustraciones del libro se me antojaban remilgadas comparadas con las de la falda—todo parecía compuesto de cuartos, sin campos ni árboles ni animales ni cielo: los cuartos de un mágico mundo subterráneo.

Bambole y muñecas

Con las *bambole* repetía el mismo juego que los adultos hacían conmigo.

Tenía infinidad de muñecas y muñecos, con sus vestiditos, sus camisitas, sus zapatitos, sus cabellos y sus baberos, sus bufanditas y sus guantes. Querían que tuviese una muñeca preferida. Elegí una. Pero cuando no había nadie presente la trataba con desprecio. «Vete. Eres como ellos», le decía. En secreto prefería un muñeco. Jugando con las sílabas de mi apodo lo había llamado «Titi-tito». Con él nunca jugaba a la mamá y al hijo, a vestirlo, desvestirlo, lavarlo, darle de comer. Titi-tito y yo vivíamos en un árbol. Nos repugnaba la comida de los hombres; comíamos avellanas y plátanos. Lo tuve durante mucho tiempo, hasta el día en que dejé los juguetes al lado de la única pared del jardín y los gitanos me lo robaron junto con los demás. No sentí dolor. Solo pensé, «De ahora en adelante ya no tendré nada con lo que me haya encariñado. Nadie podrá robarme nada». Era como si siempre hubiese sabido que tarde o temprano acabaría separándome de él. Cogí una piedrecita negra, parecida a Tititito —Titi-tito era un muñeco negro—, la envolví en un papel y me la metí en el bolsillo.

Cada vez que perdía una de aquellas piedrecitas pensaba, «No debo tener nada con lo que me haya encariñado». Pero después encontraba otra y volvía a metérmela en el bolsillo. Aquel juego duró quizás un año entero, hasta que en el internado del Sagrado Corazón me enseñaron lo que era el alma. Recuerdo que la monja sujetó la piedrecita entre dos dedos, la observó para ver que no se tratara de una joya de la familia y, una vez hubo comprobado que era una piedra común y corriente, se la metió en el bolsillo y me recomendó que no me comportase como una pagana. A continuación me explicó lo que era el alma.

En ocasiones juntaba todas las muñecas y los muñecos, los ponía en una caja de madera, me metía yo también y con dos palos empezaba a remar; a veces tiraba de ella con una cuerda. Era un barco que iba a Italia, el país del «qué harás cuando seas mayor». Escoltada por todas aquellas muñecas me dirigía allí para ser mayor. Pero puntualmente a medio camino, en un naufragio, la caja volcaba; las muñecas y los muñecos caían al mar, los tapaba con un paño: estaban todos muertos. Solo yo me salvaba y regresaba a nado.

Yo nunca sería mayor ni perecería miserablemente; más bien me convertiría en enana. Resulta que mamita guardaba en su cómoda doce prendas de cada tipo de ropa blanca: doce bragas, doce pañuelos, doce camisas, doce toallas, doce compresas, doce combinaciones; y procuraba que en mi cajón hubiese seis prendas de todo porque, decía, para una niña que crece doce prendas son demasiadas, con seis basta. Pero yo pensaba, «Yo nunca tendré doce prendas sino siete como los enanos».

Me refería a mis muñecas con dos nombres. Cuando jugaba con ellas las llamaba «*bambole*», pero cuando no jugaba con ellas y las veía de pronto ante mí alineadas en el arquibanco o bien desperdigadas por el suelo, o incluso amontonadas en la cesta, las llamaba «*muñecas*», en castellano. Esta palabra me parecía mágica, embrujada, fúnebre y quejumbrosa, apropiada para describir unos seres que, como ya he dicho, parecían representar a personas difuntas o larvas, situadas en otro tiempo y lugar. Y en ocasiones, en vez de pasar desdeñosa y perpleja, sino con una ligera y sofocada sensación de alarma delante de aquellos simulacros mudos y lejanos, yo jugaba, pero no como si fuesen *bambole*, sino precisamente como si fuesen *muñecas*.

Entre ellas había una muñeca de trapo que me había hecho la abuela. Y justamente porque era de trapo me parecía más vieja que las demás, confeccionadas con fieltro o celuloide. Cuando la abuela se marchaba, en cierto modo para mí aquella muñeca se convertía casi en su reencarnación. Era la única muñeca viva, a las demás las imaginaba como sus antecesoras y parientes.

—Abuela —le decía yo— cuéntame un cuento. —Y la muñeca-abuela, sentada en medio de sus antecesoras, contestaba.

Y como la abuela sabía un montón de cuentos, yo le pedía:

—Cuéntame el de santa Teresa.

—Como sabrás —decía ella—, sobre santa Teresa pesaba la sospecha de que no era hija de cristianos, sino de judíos conversos. Por eso, al principio, cuando tuvo sus primeras visiones, nadie la creía, pensaban que no eran obra de Dios sino del demonio. Se le aparecía un ángel y le atravesaba el corazón con un puñal. Pero lo que ella sentía no era dolor… tú no puedes entender… era una dicha y un dolor al mismo tiempo…

—Y ahora cuéntame el de santa Genoveva.

—Oh —decía la abuela—, Genoveva era una santa, ¡sin embargo, al parecer, provocaba el escándalo! Vivía salvaje en los bosques con su hijito. No tenía casa, no tenía fogón, no tenía rosario, no tenía vestidos, no tenía zapatos. Iba por ahí desnuda y, para cubrirse, a modo de capa utilizaba los largos cabellos que le llegaban a los pies y le servían de casa, de iglesia y de hábito.

—Abuela, cuéntame sobre mi bisabuela que jugaba a las cartas.

—Mi abuela —empezaba ella—, la madre de mi padre, era una mujer tremenda, rígida y severa, orgullosa de su linaje. Pero tenía un vicio, sentía una afición desmedida por los juegos de baraja. Una noche, en una partida perdió tres bolsas de dinero. Se puso de pie y sentenció, «¡Juro que no volveré a tocar las cartas en mi vida!». Al día siguiente, sus amigos habituales, con los que pasaba las veladas jugando, no fueron a su casa. La abuela mandó a un criado a llamarlos. Acudieron jadeantes y confusos. El más intrépido, porque ante ella todos se echaban a temblar, dijo, «¡Pero había usted jurado que no volvería a tocar las cartas!». Y la abuela contestó, «Así es, ya no las tocaré. Giuseppe», ordenó al criado, «baraje las cartas y prepare la mesa». Y desde entonces…

—Abuela, cuéntame sobre cuando tú y tus hermanas fuisteis a la playa.

—Debes saber que la familia de mi padre era umbra, de Asís, y papista. De joven mi padre se apasionó por el destino de la Unidad de

Italia, y así, cuando Garibaldi reunió al selecto grupo de los Mil, él fue uno de ellos. Una noche se marchó en secreto de su casa y fue a Génova, y allí, antes de partir para Sicilia, conoció a su futura esposa, una muchacha de catorce años hija de un comerciante. Su madre lo maldijo por aquella decisión de unirse a los rebeldes. Concluida la Unidad de Italia, él, con inmutable afecto, ignorante de aquella maldición, una noche regresó a su casa. Tomó por sorpresa a su madre que, de haber sabido de su llegada, habría mandado a los criados que lo echasen. Pero aquella noche los criados habían salido para ir a Gubbio, donde se celebraba la fiesta de los Cirios. Al verlo, su madre se puso de pie y le dijo, «Señor, salga de esta casa, donde su presencia no es grata». No lo llamó por su nombre, no le pidió noticias, no se apiadó al verlo tan delgado, ni siquiera lo llamó por su título de conde, con el fin de destacar que lo habían repudiado, además de desheredarlo.

»Transcurrieron quince años. Mi padre se casó con su novia jovencita, se instaló en Nápoles, nacimos nosotras, las cinco hermanas y mi hermano. Y un buen día, con ocasión de la fiesta de san Francisco, las dos familias hicieron las paces. Y yo sé que tu bisabuela aceptó la reconciliación a regañadientes, obligada por su confesor, que le había dicho que si no lo hacía le negaría la absolución. Mi abuela, mi abuelo y algunos de sus hijos y nietos fueron después a visitarnos para admirar nuestra hermosa ciudad y las islas. Grandes fueron los preparativos para aquella visita. A nosotras, las muchachas, nos mandaron a dormir al desván, que habían limpiado previamente, para dejar los dormitorios a los huéspedes. Contrataron dos nuevos criados. Pintaron la casa de arriba abajo, también cambiaron las cortinas, y durante una semana mi madre, con la ayuda de mis hermanas mayores, dirigió los trabajos en la cocina: se prepararon pasteles, confituras, salsas, guisos, pastas, pescados en vinagre y menta, galantinas de pollo, gelatinas de ternera con salsa de atún.

»El domingo siguiente a su llegada, mi padre alquiló incluso una barca grande para enseñarles la costa y las islas. La barca nos esperaba frente a la Villa Reale. Delante iban dos carruajes con mis padres y sus parientes, y detrás iba el nuestro, donde viajaban también los criados

y las vituallas. Éramos dieciocho personas en total. Llegamos al cabo de Posillipo, donde desembarcamos entre las ruinas de una villa romana. Abrieron las sombrillas, montaron una tienda y todos dimos cuenta del almuerzo. Por la tarde, mientras regresábamos, nos seguían los peces en tropel, porque nosotros, los niños, les echábamos trozos de pan. Y sobre los peces se abalanzaban las gaviotas…

—¿Ellas también iban a comerse el pan?

—No, no. Iban a comerse a los peces. La naturaleza es feroz. Pero escucha. A mí me pareció ver unos delfines mar adentro. Nadie me creyó, me dijeron que eran visiones… La ciudad, Nápoles, contemplada desde el mar es muy bonita. Y yo pensaba, «¿Cómo es posible que la ciudad donde vivo, vista desde el mar, parezca de cuento de hadas?». Ahora bien, debes saber que en el momento del desembarco ocurrió un accidente…

Y cuando el relato llegaba aquí yo volvía a interrumpirla puntualmente, porque la palabra «accidente» que ella utilizaba cada vez con más frecuencia no era la misma que la de la primera vez que me había contado aquellos hechos, cuando había dicho, «Ocurrió una desgracia». Aquella era también una manera de entretenerse un poco antes del momento culminante, un hacer durar más tiempo aquella trémula espera.

—En cuanto llegamos al puerto, mi padre y dos criados desembarcaron para darle la mano a las señoras y coger en brazos a los niños —continuaba la abuela—. Y mi padre estaba deseoso de ofrecer ayuda a su madre. Pero justo cuando le tendía el brazo y ella ya se había aferrado de él y al mismo tiempo levantado un pie, vete a saber qué fue lo que pasó, si pisó mal o si la barca se alejó de repente, la cuestión es que cayó al mar y todas sus faldas se inflaron en el agua.

»Hubo quien rio, hubo quien gritó, los hombres se lanzaron al agua para rescatarla. Cuando la llevaron a salvo a la orilla, se puso de pie, con la ropa chorreando, y le dijo a mi padre,“Señor, esto no debía suceder. ¡De tanto codearse con patanes se ha olvidado de los buenos modales!”. Y no quiso volver a nuestra casa, hizo que la llevasen a un hotel. Solo después de la muerte de la abuela las dos familias hicieron

las paces para siempre, hasta tal punto que mi hermano se casó con una prima de Asís.

—Abuela —volvía a pedirle—, cuéntame ahora de cuando yo era pequeña, de cuando caían las bombas.

—Las bombas no caían —aclaraba la abuela.

Aquel también era un rito, una especie de juego, porque yo decía siempre «caían», a pesar de saber que la abuela me corregiría. Y nunca olvidaba hacerlo.

—Las bombas no caían, hija mía —decía—, los hombres malvados las lanzaban desde el cielo. Los rojos de Barcelona llegaban hasta aquí, a esta islita, y nos bombardeaban. Tú eras pequeña. Tu hermano apenas andaba. Venían de noche, como aves rapaces, y bombardeaban aquí cerca, el cementerio. La tierra y el cielo enrojecían. El ruido era tremendo y, todas las veces, aunque lo supiéramos de antemano, era como una sorpresa. Antes del estallido era como si algo en el aire o en las vísceras de la tierra chisporroteara. Era todo un chisporrotear y un sisear, casi como si un diablo, para saciarse, se divirtiera echando criaturas humanas en una gran sartén o como si una serpiente gigantesca se alzara de entre las zarzas. Tu madre y tu padre no daban muestras de angustia, era más bien como si se preparasen para una recepción o un espectáculo: abrían los balcones de par en par, se encendían un cigarrillo y, asomados, se ponían a fumar. Es más, se reían de mis temores. Yo os tenía abrazados, uno a cada lado, os llevaba a mi dormitorio, cerraba puertas y postigos, apagaba la luz, y con vosotros agarrados a mí debajo de la cama, esperaba en la oscuridad. De repente nos envolvía un gran silencio, más profundo que la oscuridad en la que se había sumido el cuarto. Parecía el silencio del universo antes de que se crearan los planetas, el sol y las estrellas, y a nuestro alrededor había como una espera. Carlito y tú llorabais y yo os consolaba. Entonces tu padre abría la puerta de par en par y, haciendo una reverencia irónica hacia la cama, decía, «El espectáculo ha terminado». Pero yo tenía miedo de que continuara, no me atrevía a salir de mi escondite. Entonces él volvía con tu madre. De pie en el umbral reían a carcajadas, el olor de sus cigarrillos llegaba hasta debajo de la cama. Entonces tu madre se acuclillaba en

el suelo, me persuadía para que saliera. Os cogía en brazos. Después me llevaba al balcón y decía, «Ha terminado».

»Pero en el horizonte yo seguía viendo resplandores, era el incendio que se propagaba. Y mientras regresaba al dormitorio oía a mi hija decirle a tu padre, “¡Es la irracionalidad hecha persona!”. Ay, mi niña, ¡creían que estaba loca! Pero, luciérnaga mía, no hay motivo para que te cuente lo que es la guerra.

Y al llegar a ese punto la abuela sacaba el pañuelo del bolsillo y lloraba. Para no llorar yo también, salía del dormitorio y dejaba a mi *bambola*-abuela entre sus antecesoras; de ese modo ella también se convertía en muñeca.

La cicatriz

Mamita y yo nos mirábamos a los ojos como fieras dispuestas a atacarse.

¿Dónde? Delante de todas las paredes, del espejo, del armario abierto, del rayo de sol que, alegre, daba la impresión de querer distraernos, o en el crepúsculo que descendía como un telón, sin aplausos, en un teatro vacío.

¿Cuándo? Siempre, mientras estuvimos en la isla, y después, en otras tierras.

De hecho, de pequeña le había mordido los pechos. Yo se los mordía y ella me amamantaba quejándose; y yo la amaba solo por esa queja, unas veces dulce, otras resentida, que emitía cuando me hablaba de aquel tiempo lejano.

Nadie sabía que mamita y yo nos transformábamos en tigres. Consideraban que lo mío eran berrinches; a veces entre susurros decían que mamita estaba un poco nerviosa. «¡Qué nervios ni qué berrinches!», pensaba yo.

Entonces, cuando me quedaba inmóvil en el suelo —después de aquellas peleas me tiraba al suelo en un rincón del cuarto, porque solo ahí, entre las dos paredes, me sentía protegida—, creían que me estaba calmando. No se daban cuenta de todo mi dolor. Porque cuando me transformaba en tigre yo sentía un gran dolor. Para humillarme y castigarme, el dios de las transformaciones me había metido ahí dentro, en aquella cárcel de carne maciza, pelos y zarpas. A través de los ojos no percibía las cosas tal como eran; cada movimiento era un centelleo, cada ruido, un peligro, las formas bonitas de las cosas dejaban de existir. Sin embargo, en cuanto empezaba a sentir aquel dolor sordo se iniciaba el milagro: poco a poco algo dentro de mí se disolvía, yo dejaba de ser tigre, los ruidos volvían a ser amigos y las formas se reconstruían una tras otra, separadas de ruidos, olores y movimientos, silenciosas y quietas, como

a la espera de que yo le diera a cada una su nombre.

Mientras recobraba mis facciones humanas, en cuanto pensaba en mamita se me aparecía aún como tigre.

Pero ¿quién era esta mamita obtusa y furibunda? Toda lustrosa. ¿Lustrosa o reluciente? Era única y exclusivamente lustrosa; de hecho, no despedía luz propia. Hasta sus ojos brillaban como por la fiebre o la ira, no relucían y, a menudo, aquel brillo carecía de transparencia, como el del raso.

Entonces, cuando yo ya había abandonado por completo la apariencia de tigre y aquel dolor sordo había dado paso a la pena, mamita se me antojaba distinta, ya no lustrosa, vestida con aquel raso peligroso, sino desnuda, cubierta solo de plumas, un ave. Me imaginaba descansando a su lado en un nido, pero ella nunca me dejaba cobijarme bajo sus plumas más suaves, no quería que me apoyara en su vientre; con el pico me ofrecía la comida de lejos, y tenía para mí caricias y picotazos frágiles y cálidos. Pensaba en sus manos. Las imaginaba como un nido, pero en su interior solo habría cabido un pajarillo, yo no. Imaginaba que entrelazaba mis dedos a los suyos, pero entonces notaba una molestia: los anillos. Intentaba besarla en la cara, por error le rozaba la boca, ¡oh, Dios! ¡El carmín! Era igual que aquel raso reluciente apenas olvidado, que tenía un sabor a hormigas aplastadas y a perfumes de su tocador, salvaje y refinado a la vez. Me hubiera gustado lamerlo de todos modos. Pero mamita no quería, apartaba la cara a un lado. «No se dan besos en la boca», decía. Entonces me conformaba con quedarme quieta junto a ella. Era para percibir a corta distancia el calor especial de su mano, que me llegaba con un ardor no de fuego sino atenuado, difuso, como el de algunos dulces crepúsculos que tardan en desvanecerse. Y a veces, por un raro milagro, su mano se detenía en la falda, en un apoyabrazos, cuando en general encendía fósforos, se llevaba cigarrillos a los labios, tamborileaba en todas las superficies. Ella no entendía por qué yo me quedaba tan inmóvil.

—Abuela, cuéntame de cuando mamita era pequeña —imaginaba

entonces que le pedía a la abuela, que no estaba… De hecho, si la abuela hubiese estado no habría permitido que mamita y yo nos convirtiésemos en tigres.

—Cuando nació nos encontrábamos en Santa Maria Capua Vetere —empezaba ella—. Al amanecer soltaban en las calles a los cerdos para que las limpiaran. Tu abuelo era juez, yo me pasaba la mañana echando de la cocina a los postulantes, que venían con garrafas de vino y capones; yo lo rechazaba todo, todo. «No hacen falta capones para que yo interceda», les decía cuando venían a implorarme a mí sin que tu abuelo se enterara. Tu abuelo era un juez intachable, pero no había persona para la que no solicitara clemencia. Él me decía que yo me quedara en mi sitio, que no estaba en condiciones de entender la justicia; se negaba incluso a hablarme de sus sentencias en el tribunal, pero yo me enteraba de todo por los criados. «Solo Dios», le decía, «puede juzgar». Y él contestaba, «¡Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César!». Entonces yo lo llamaba Pilatos. Pero fíjate que él ni siquiera se ofendía, al contrario, en los primeros años sonreía… Ya sabes, yo era joven, era hermosa… Después, contrariado, me echaba como una mosca molesta. Siempre teníamos nuestras discrepancias. Ya sabes, de joven yo estaba enamorada del amor, no me fijé en cómo era el marido que me habían destinado. No conocía el mundo. Además, ¿quién habría sido el adecuado para mí? ¿Acaso existía un hombre que amara como yo imaginaba que se debía amar? Ya ves, era yo la que no se adecuaba al mundo.

»No quise que tu madre naciera en Santa Maria y me fui a Nápoles. No me fiaba de la comadrona de ahí, no me fiaba de nadie de ahí, solo de la gente pobre, que es igual en todas partes.

»Después regresamos a Santa Maria, y no sé por qué fue, quizás por la incomodidad del viaje, pero se me retiró la leche. O tal vez fue por la melancolía que me entró después del parto. Tengo que confesártelo, hija mía, nunca se lo he contado a nadie. Después de aquel parto, cada vez que en mi balcón veía crecer la planta crasa, una especie que tiene forma de rosa y no te puedes imaginar cómo se multiplica, en pocos meses alrededor de aquella planta mía se formaba una corona de no sé cuántas rositas y brotaban otras, unas encima de las otras… En fin,

que me provocaba rechazo, tenía la sensación de parecerme a esa planta, me preguntaba qué sentido tenía toda esa proliferación, y en el corazón, que Dios me perdone, me nacía una rebelión. O tal vez la leche se me retiró porque no me gustaba Santa Maria Capua Vetere, tan triste, tan sombría, con señoras mezquinas en mezquinos salones. En Nápoles, como sabes, estaba el San Carlo. No es que yo fuese mucho al teatro, pero por la noche, cuando me asaltaba la melancolía, me gustaba pensar que no muy lejos de mí había una sala llena de luces resplandecientes; ¡con solo quererlo habría podido ir!

»Como te digo, no sé por cuál de estas razones —o tal vez fue por todas juntas—, se me retiró la leche; algo se me removió por dentro, la leche se transformó en suero. Aquella niña me pareció en peligro, en sueños su imagen se confundía con la de mi pequeño Francesco, mi primer hijo, que se me había muerto. Llevaba el nombre de mi padre, fallecido hacía poco. Enseguida se pusieron a recorrer el campo en busca de una nodriza. Pero, para que lo sepas, yo era celosa de aquella hija mía, no quería nodrizas. Prefería la leche de burra. Una campesina se ofreció a traérmela todas las mañanas, pero yo no me fiaba: ¿y si no era de burra, y si le echaba agua, y si no era fresca, y si estaba sucia…? Esa pobre mujer, que Dios me perdone, olía mal, terriblemente. ¡Hasta los santos del cielo se habrían tapado la nariz! Por eso, todas las mañanas, mandaba que me llevasen la burra al patio y quería que la ordeñasen en mi presencia. Ahí, en el patio, aquel animal manso me daba a veces una sensación de obtusa limitación; otras, la impresión de que cada vez se producía un milagro. ¡No puedes imaginarte lo culpable que me sentía! Juan Jacobo Rousseau, el filósofo, tal como me había enseñado mi padre, había arremetido contra las mujeres que no amamantaban a sus hijos.

»Pero no era yo la responsable de cuanto había ocurrido, sino aquella ciudad fea. Por eso, al comienzo del verano, tu abuelo nos mandó a todos a Francavilla al Mare. Al principio tuve la sensación de haber pasado de la tierra al cielo. ¡Qué aire el de la costa! ¡Y qué paz sin tu abuelo! ¿Sabes que hasta conmigo quería hacer de juez? ¡Analizaba continuamente si yo era justa con los hijos, con los criados e incluso con las cosas! No era avaro, solo parecía convencido de que

había que medirlo todo, en centímetros, en gramos, en decilitros. Te digo más, era generoso a su manera. Pero provenía de una familia en la que imperaba el sentido de la parsimonia; para ellos el dinero no era la bendición o la maldición de Dios, sino fruto del trabajo, incluso de la “virtud”, decían. Si por casualidad entraba en la cocina se dedicaba a criticar hasta cómo se pelaban las patatas, sostenía que las pieles echadas a la palangana eran demasiado gruesas; cuando yo cortaba una tela, cuidadito con que a los lados sobrara demasiada. En aquella época yo escribía poemas… sí, yo de joven escribía poemas. Pues verás, utilizaba una sola cara de la hoja, ¿y no iba él y también en eso me criticaba? Tendría que haber utilizado ambas caras. Pero a mí me molestaba la marca de la página escrita en la otra cara: se transparentaban el largo de los versos, el inicio de los párrafos, las mayúsculas ornamentadas; pero más que nada me incordiaba el rastro de los signos de admiración y de interrogación. Vistos así, en frío, por la otra cara, eran insensatos. “¿A qué viene tanto exclamar, tanto interrogar?”, me preguntaba. Por no hablar de los puntos suspensivos. “Se ponen cuando no se sabe expresar bien el propio pensamiento”, pensaba yo en frío. Y así se me helaba la pluma, ya no escribía nada más. Pero me decía, “¡Al diablo con los tacaños!”, dejaba la página llena de rastros y de sombras y me ponía delante una hoja bien nuevecita.

»Él no entendía estas cosas. No entendía que no es lo mismo escribir un poema que una sentencia… ¡Qué palabra horrible, “sentencia”! Sobre mí también había escrito su sentencia. ¡Cómo podía arrogarse ese derecho! Cuando él hablaba con mi hermana mayor decía que mi hermosura lo había subyugado… sí, era hermosa, pero, sabes, en un matrimonio eso luego no cuenta… y me decía que yo era extravagante; era ese un eufemismo para no herirme. ¡En realidad quería dar a entender que estaba loca!

—¿Y mamá?, la interrumpía yo.

—No debes pelearte con ella, tienes que quererla mucho, más de lo que la he querido yo, porque debes saber que de mis tres hijos fue la menos amada. El mayor, pues bien, ese era mi orgullo; y de la otra hija, la mayor, me había encaprichado. Sin embargo, tal vez solo tu

madre se comportaba realmente como hija mía. Me adoraba, me seguía paso a paso por la casa como un perrito o como una ingenua criada. Por amor a mí recogía la ropa y los juguetes que dejaba tirados Callista, su hermana mayor. Nunca me pedía nada y yo ni me daba cuenta de que estaba creciendo. Imagínate, cuando se convirtió en señorita no me percaté siquiera; y ella tuvo que arreglárselas sola. Un día, al verla tan responsable, tan mayor, me dije, «¡Pero la vida le ha robado años a esta muchacha!». No te puedes imaginar lo terrible que es ese pensamiento concebido por una madre. Porque para un hijo la vida no es otra cosa que su madre. Yo… era yo quien le había robado años.

»Era ordenada, pulcra. Tendrías que haber visto su dormitorio. Ya sabes que yo soy una desordenada… y de Callista mejor no hablemos.

»Cuando cosía, tu madre daba unas puntadas bien apretadas. Adoraba los tejidos de cuadritos y de pata de gallo. Todas las veces que la veía concentrada cosiendo, minuciosa, esmerada, aquellas telas de cuadritos, pensaba, "¡Esta muchacha se encarcela sola!". Y como para obstaculizar esa inclinación suya le regalé un chal de seda floreado, con unos flecos largos que llegaban al suelo. Lo guardó doblado en un cajón, nunca se lo puso.

»Era casta. No le gustaba fantasear sobre amores con sus primas. Después vino la guerra, un tiempo de desórdenes. Una vez sorprendí a un criado lascivo acariciándole una pierna mientras ella dormía en el sofá. Yo había ido al salón por casualidad a buscar las tijeras. Sabía que estaba durmiendo allí, por eso entré de puntillas. En la penumbra no lo vi enseguida. El día anterior el viento había partido dos largos sarmientos de rosas, los habíamos puesto en un ánfora romana junto al sofá, y la sombra inclinada del criado se confundía con las formas del sarmiento y el florero. Cuando noté su presencia no grité. Se me heló la sangre. Aun así me moví con silenciosa determinación. Decidí, en efecto, que no la despertaría. Agarré al criado por un brazo, como una tenaza; él intentó gritar, yo detuve el grito en su garganta con un gesto imperioso, lo llevé fuera, cerré la puerta a mi espalda. Comprendí después por el aire tranquilo de la muchacha que no había ocurrido lo irreparable. "Vete y no vuelvas a poner los pies en esta

casa”, le dije al criado. Desapareció en un santiamén, y te aseguro que al cabo de unos días la mano con la que lo había agarrado todavía me ardía. Así es, no solo la frente, también las manos se sonrojan a veces de vergüenza… ¡Cuánta confusión, cuántas desgracias, cuántos apuros a causa de aquella guerra!

—¿Tanto dura la guerra, abuela?

—No, hija mía. La de hoy es otra guerra. Y las que quedan por venir. Al parecer, en este siglo los hombres no saben más que guerrear. Y Dios los deja hacer, los apoya, a lo mejor para que recobren la razón o para castigarlos. Dios mío, ¿por qué no te conformas con mis plegarias…? Tu abuelo sufrió una parálisis. Tu madre, que tenía quince años, lo cuidaba. Era ella quien le daba de comer en la boca y me reñía todas las veces que, por ejemplo, la comida llevaba demasiado condimento.

»Como si con la guerra no hubiese bastado, hubo un terremoto. ¡Hasta la naturaleza se encolerizaba! Tu abuelo yacía paralizado, no sabíamos qué hacer. Fue ella la que ordenó a su hermano que cogiera en brazos a su padre y a todos nosotros que nos refugiáramos debajo del arco de piedra de la entrada de carruajes.

»¡Y en aquellos años hubo más desgracias! Tuvimos que vender unas tierras, y al poco de venderlas devaluaron la moneda y nos vimos obligados a vender otras más. Tu tío Ninì, desprovisto de guía paterna, se pasaba las noches en la mesa de juego. ¡Cuánto amor sentía por él y cuánta vergüenza! Una Pascua de Resurrección… no, no fue una Pascua cualquiera, fue la última con mi marido… empeoraba de día en día… Yo no sabía cómo manifestarle mi afecto, mi angustia… Una mañana me metí en la cocina a preparar platos para la fiesta, como si fuese una Pascua como tantas otras, no una Pascua de muerte y de guerra. Quería hacer timbales, milhojas, pollos al horno, una tarta *pastiera*. La cocinera y las dos criadas también estaban atareadas siguiendo mis instrucciones. Pero en aquella cocina no reinaba el desorden alegre de aquellas otras ocasiones, en el aire se notaba más bien como una ansiedad, un tormento; parecía una cocina maléfica, de brujas. Y entonces, al freír, se alzó de la sartén una llamarada. Yo tenía el pelo alborotado —unos mechones escaparon de las horquillas

—, la llamarada lo lamió y se incendió todo. Las criadas gritaban y yo también gritaba. Tu madre, sentada en un rincón con aire severo, como vigilando aquel alboroto que desaprobaba, se levantó sin alterarse, rápida y segura, cogió una manta de la tabla de planchar y me la echó sobre la cabeza. La apretó con fuerza. El fuego se apagó. Me salvó la vida.

»Tal como lo quiso Dios, llegó el día de Pascua. Tu abuelo estaba preocupado por mi suerte y la de sus hijos. En mi desorientación, hice algo que no debería haber hecho nunca. Callista tenía entonces dieciocho años y era una flor. No una flor de campo, sino una flor de invernadero, preciosa, un lujo de la naturaleza y también del espíritu. No te puedes imaginar cómo dibujaba y cómo pintaba al óleo guiada por su maestro, el mejor de Nápoles y de aquella época. Pero no sabía nada del mundo y, tal como me pasó a mí de joven, tampoco sabía nada de sí misma. Tal vez incluso menos que yo a su edad, porque yo era, como se decía, “una romántica”, mientras que en los sentimientos, perdóname la expresión, ella parecía una yegua. La convencí de que debía prometerse, pensando que así contentaba a mi marido, que lo tranquilizaba sobre el futuro de al menos su hija mayor. El novio era un buen partido. La quería mucho; los hombres, como sabes, se encaprichan con las mujeres que parecen dormidas, a ellos les agrada la idea de despertarlas. Pero a veces el despertar es amargo. Y así fue. Nunca se han llevado bien. Imagínate, el año pasado ella estuvo a punto de escaparse a Capri con un chiflado, un traductor de poetas. De pura casualidad leí la nota con la que se daban cita. Creía que se trataba del comprobante de la compra de las pinturas. Le pago a menudo las pinturas, ¿sabes?, a su marido no le gusta que ella pinte. A él le parece un derroche gastar dinero en pinturas. Aquella mañana corrí al puerto, la arranqué de los brazos de su enamorado y la llevé de vuelta a casa…

—¿Y mamá?

—Verás, en aquellos años, afectada por la muerte de tu abuelo, la boda de Callista y las deudas de juego de mi hijo, no me ocupé demasiado de tu mamá. Ella sabía muy bien cuidarse sola. En 1920 fue de las primeras en cortarse el pelo. No me dijo nada, se presentó

así en casa; y debo decir que aquel corte parecía una moda ideada expresamente para ella. Empezó a frecuentar un grupo de intelectuales, pero aquello no me causaba preocupación. La acompañaba siempre su primo. Por suerte no le gustaba el tango. En aquellos años, ¿sabes?, muchas se convirtieron en unas desvergonzadas.

»Vivimos juntas, solas en la misma casa, hasta que se casó. Pero éramos como dos mundos aparte. En esos quince años rara vez entré en su universo. Una de ellas fue, por ejemplo, cuando empezó a enfermar cíclicamente. Le daban unas fiebres tremendas. Los médicos que la atendían se marchaban sacudiendo la cabeza, nadie sabía de qué se trataba. Ahora parecía meningitis, ahora tifus. Me pasaba las noches en la cabecera de su cama, le sostenía la bolsa de hielo sobre la frente, la envolvía en sábanas frías y mojadas, como en un sudario. Era verano, en la ventana de su dormitorio había grandes cortinas blancas. Dejábamos abierta una rendija y por la noche, mientras yo velaba, la brisa marina movía un poco aquellas cortinas. Hija mía, tenía la impresión de encontrarme en un teatro donde se representaba una tragedia. ¿Sabes?, la muerte es un empresario teatral; antes del espectáculo monta sus ensayos. Varios médicos acudieron a su cabecera en vano, hasta que llamé al doctor Moscati, que ya por entonces gozaba de fama, no solo de gran taumaturgo sino de santo (a veces realizaba la imposición de manos, pero en general le bastaba con echar una mirada al enfermo; decían también que reconocía la enfermedad por el olor de la habitación, y enseguida estaba en condiciones de decir si la persona viviría, si se salvaría). Aquella noche tu madre tenía cuarenta y un grados de fiebre. Deliraba, pero estaba tan débil que casi no conseguía articular palabra. El doctor Moscati le tocó la frente, ella hizo una mueca que quería ser una sonrisa y la oí decir con un hilo de voz:

“¡Es una tontería!”

“Se curará”, dijo luego el médico en el recibidor. “¡No es más que una fiebre del crecimiento!”

“Pero doctor”, objeté, “¡mi hija cumplió ayer veintinueve años!”

“No crece solo el cuerpo”, contestó, “también el alma”.

»Y cuando hice ademán de pagarle sus honorarios, me dijo que a él no le correspondía nada, que donara su retribución a la Virgen.

»Después de la tercera de esas fiebres conoció a tu padre y mira, aquí nos tienes, todos juntos en esta islita.

Mientras a corta distancia yo percibía el calor especial de la mano de mamita, me repetía párrafos de esta historia que solía contarme la abuela. Pero al día siguiente retomaba mis berrinches. De nuevo me ponía de puntillas: mordía, arañaba, arremetía. Hasta echaba espuma por la boca. Y se me desviaban los ojos. Tenía la sensación de que jamás podría volver a ver el mundo.

En una ocasión, ante la imposibilidad de descargar mi furia en los demás —pues eran tres quienes me contenían—, con las uñas me hice unos arañazos profundos en la mejilla. Sabía que a mamita le importaba mucho la integridad de mi cuerpo. De hecho, cuando tenía una pequeña herida me recomendaba que no me arrancara la costra. «Si no te vuelves fea, te queda la marca», decía.

Mamita tal vez intuyó un intento más adulto en aquel nuevo berrinche, en aquella rabia dirigida a ella y a mí misma. «Es lo bastante mayor para merecer un castigo adecuado», dijo. Y arrastrándome en volandas por los senderos del jardín —a nuestro paso la pava real cerró asustada la rueda—, me llevó a un cuartito, donde me metió de un empujón y cerró la puerta con varias vueltas de llave. Grité hasta que desapareció el sonido de sus pasos. Después me callé. No estaba furiosa ni alarmada. Era como si hubiese sabido siempre que, tarde o temprano, acabaría en un sitio similar. En el suelo había un montón de sacos de cuerda. Me tendí encima. Hacía calor. Me dormí. Me despertó mamita, abrazándome. Quizás se había conmovido al verme dormida encima de los sacos como una pobrecilla. Reaccioné al abrazo, sorprendida de tanto ímpetu, de tantas tiernas palabras de conmiseración. Pero entretanto pensaba, «¡En un lugar así debería quedarme siempre!».

A partir de aquel día a cada berrinche me llevaban al cuartito. Y al año siguiente metían también ahí a Carlito.

Desde que hubo un lugar donde encerrar a alguien, la organización de aquella casa, a la que antes parecía faltarle algo, resultó perfecta. De hecho, cada persona y cada cosa debían estar en su sitio; no había que coger lo que nos diera en gana. ¿Y si alguien no estaba en su sitio? ¿Y si cogía lo que no debía? ¿O hacía lo que no debía hacer? Lo arrojaban o lo metían, precisamente, en el cuartito. ¿Y si hubiese llegado un enemigo, un piloto enemigo, por ejemplo? ¿O un joven subversivo como el hijo del doctor Pérez? ¿O el ogro del bosque? ¿O los fantasmas de los franceses muertos en Cabrera? Todos ahí encerrados.

Incluso si llegaban los hijos de los gitanos había que meterlos en el cuartito: seguramente sería porque habían hecho todo lo contrario a lo que se debía hacer. Y también los hijos de Francesca: de hecho le recomendaban que no los trajera nunca a nuestra casa.

Así, a partir de aquel momento, fuera donde fuera, yo buscaba un cuartito similar. Y una vez, en una villa, puse a mamita en una situación incómoda, porque pregunté a los dueños de la casa dónde estaba el cuartito para los malos. Mamita me riñó. Entonces comprendí que la existencia del cuartito para los malos creaba incomodidad y vergüenza, era algo de lo que no se debía hablar.

Y un día le pregunté a la abuela si en su casa también había un cuartito para los malos. «Pues sí que lo había», me contestó. Pero añadió que cada vez que encerraba en él a uno de sus hijos se sentía tan mal que enseguida lo dejaba salir; y después, en cuanto podía, se encerraba ella: era el único lugar de la casa donde se le permitía estar en paz rezando o haciendo penitencia.

Al cabo de un tiempo Carlito y yo empezamos a decorar el cuartito en secreto. Llevábamos ahora un caramelo, ahora una tiza, ahora una galleta, ahora un cordel, un trocito de espejo —era preciso ver cómo se transformaba la cara de un malo—, un alfiler, trozos de loza que ocultábamos en las grietas de la piedra… en un rincón pusimos incluso una botella, y de vez en cuando, por si acaso, cambiábamos el agua.

Ahí dentro había bichitos que amaban la oscuridad o que, cuando menos, no le tenían miedo: arañas, milpiés, cucarachas, babosas.

Todos ellos llevaban una vida agotadora, que se ganaban centímetro a centímetro. En un platito poníamos agua para que bebieran las lagartijas. Tenían una expresión característica en los ojos, nos miraban con sorpresa. Nosotros nos quedábamos inmóviles para no asustarlas. Y si a través de una ventanita en lo alto se colaba por error una mariposa, entonces entraban unas ganas muy pero muy grandes de salir. De hecho aquella mariposa llevaba hasta ahí dentro el reino del color, en contraste con la que parecía la antesala del mundo subterráneo de la sombra. No es que ese universo fuera monótono. Estaba lleno de matices, bullía de vida. Y parecía comunicarse con el golpetazo lejano del cubo en el pozo.

«Soy una asesina», pensaba yo las veces que me encerraban en el cuartito, tocándome la cicatriz de la mejilla. De hecho, mucho más legítimamente, era una herida que había querido infligir a otros. Y era esa, a mí me lo parecía, la auténtica y única huella de mi presencia en el mundo. A veces la mimaba. La cicatriz se convertía en mi hija monstruosa.

Encerrada ahí dentro en ocasiones también soñaba con fugarme en alfombras o capas voladoras. De hecho Ramon Llull había partido de Mallorca sobre su capa para ir a Arabia. «En el próximo viaje», pensaba yo, «me llevará con él». O bien pensaba, «No me querrá, porque no hablo ni latín ni árabe».

Rumiaba estas cosas y se me ensombrecía la cara. Pero salía el sol y en la pared se proyectaba la sombra de la celosía de la ventanita. La celosía era oscura y los cuadrados, amarillos. Aquel dibujo luminoso y ligero era como el positivo de aquella celosía, que ya no era una celosía. Era un juego, un dibujo de luces y sombras. Me ponía a esperar a que en uno de los recuadros se posara, a su vez, la sombra de una mariposa.

La *sens vergonya*

Durante aquellos berrinches no siempre me arañaba a mí o a los demás. A veces, claro, no podía evitar transformarme en tigre, pero con frecuencia me asaltaba una especie de tedio ante aquella metamorfosis, después de cuyas penas y fatigas todo volvía a ser como antes.

Aquella conciencia contenía un núcleo duro: había que aferrarlo enseguida; de lo contrario, se perdía. Era como un pez resbaladizo: había que meter la mano a toda velocidad y apretar. Todas las veces que conseguía aferrar ese destello de la conciencia estaba a salvo, podía evitar la penosa transformación, sufrir al menos una transformación menos dolorosa.

En cierta ocasión, por ejemplo, me transformé en perro. Gañía a cuatro patas por el cuarto, sin poder parar. Los demás o bien reían, o bien se alarmaban, o bien se me acercaban para tocarme; pero yo gañía con más fuerza o les lamía la mano o incluso se la mordía. Entonces intentaban a toda costa que me pusiera de pie; acuclillada en un rincón, yo gruñía.

¿Era un perro o una perra? «¡Pareces una perra!», era lo que una vez, oculta detrás de la cortina, había oído a papito decirle a mamita, que lloraba y se quejaba en la cama. Mientras yo gañía, las lágrimas que me bajaban por las manos y los brazos transformados en patas me parecían además semejantes al gemido líquido de la perra de Pedrón cuando paría. Los perros, además, eran felices y fuertes, se convertían en perras únicamente cuando sufrían o los echaban. «Pobre perra», decía Dida de un perro herido. «¡Mala perra!», gritaba Pedrón al perro que había robado una salchicha. Las perras soltaban mordiscos de desesperación, parecían más heridas que aquellos a quienes herían. Los perros, en cambio, daban mordiscos insolentes.

Un día en que me transformé en perra decidieron hacer como si nada, no darme cuerda. Se marcharon al salón. Mamita fingía leer el

periódico, fumaba nerviosa un cigarrillo; Antònia fingía arreglar las flores de un jarrón. Yo entré en la habitación en silencio, levanté una pierna contra la puerta y me puse a mear. Mamita me agarró para abofetearme, pero al no encontrar mi cara a la altura habitual, quizás creyendo ella también que era realmente un perro, me dio una patada en la espinilla. Hui gañendo y saltando a cuatro patas. Mamita me persiguió sollozando, con la cara oculta entre las manos. «¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho!», exclamaba. Al verla llorar, me conmoví y dejé de ser perro. Me puse de pie muerta de vergüenza.

En otras ocasiones, en lugar de transformarme en algún animal me quitaba la ropa. Me quedaba desnuda. Me dejaban sola, creían, con mi vergüenza. Pero eran ellos los que sentían vergüenza, por su inutilidad y por sus cosas.

«Yo no soy nada y no tengo nada, como san Francisco», decía para mis adentros.

—Entró en la plaza del mercado —me había contado la abuela— al mediodía, como de costumbre, seguido de sus amigos. Pero al llegar allí, en vez de pavonearse con sus ropajes y dedicarse a sus cotidianos quehaceres, se detuvo en medio de la galería y empezó a desvestirse. Todos corrieron a verlo, creían que había enloquecido, y quienes no lo conocían pensaron que era un juglar o un malabarista. Entretanto su padre lo insultaba. Cuando se quedó desnudo anunció su voluntad de retirarse del mundo y vivir en la pobreza; así, se marchó seguido de algunos de sus amigos, que de compañeros de parranda se convirtieron en discípulos. Por eso a nuestro santo se lo llamó *il poverello* de Asís, el pobrecillo… No quiso llevar nada consigo…

Y la abuela seguía diciendo:

—Aquí, en España, tienen santos distintos. No me corresponde juzgar… Pero verás, a mí nunca me ha gustado san Ignacio. Era despiadado al juzgar a los demás y fundó una orden terrible, la de los Jesuitas. Que Dios me perdone, pero me desagradan. Son unos señores arrogantes, unos hombres de poder… Santa Teresa, en cambio, fue una gran santa, pero distinta de san Francisco… En este caso tampoco me corresponde juzgar, claro está, pero yo prefiero a san Francisco. Santa Teresa no hizo votos de desnudez, de pobreza absoluta, seguía

vestida de orgullo. Este orgullo suyo se rebajaba ante Cristo y ante Dios, pero jamás ante los hombres, jamás ante las criaturas. No amaba a los pobres, ni siquiera sabía lo que eran, no amaba a las plantas, a los animales, no hablaba con los pájaros, solo amaba la luz que emanaba de Dios. Y a Cristo lo amaba no porque se había hecho hombre, sino solo porque también era Dios. Francisco, en cambio, amaba a Cristo precisamente por haberse hecho carne, desnuda y doliente, porque en eso se había distinguido de la luz de Dios…

»Debes saber que Francisco no tenía nada y no era nada. ¿Qué era entonces Francisco? Era los afligidos a los que socorría, era los pájaros con los que hablaba, era incluso el lobo malvado, terror de los eugubinos, era las plantas de la creación, era incluso la más oscura y oculta de las raíces. Verás, él no quería distinguirse de todas las demás criaturas, ni siquiera quería ser él mismo…

»Entiéndeme, no sé explicártelo bien con palabras. He reflexionado mucho sobre ello. Pero creo que hay dos tipos de santos distintos. Los parecidos a santa Teresa, que solo aman la luz de Dios que resplandece, como el profeta Elías, que fue arrebatado a los hombres y al mundo y llevado en un carro de luz. Y después están aquellos que no solo aman a Dios, no solo la luz que brilla, sino también la luz que se oculta, la perdonan cuando se oculta y, verás, hacen penitencia no solo por ellos mismos, que Dios me perdone por lo que digo, sino también por Dios. Y estos son, a mi modo de ver, los más santos. En cualquier caso, hija mía, recuérdalo: no hay que tener nada, y ni siquiera hay que ser nada. Cuando hayamos muerto no seremos más que cenizas.

—Pero abuela, ¡el alma se puede salvar!

—El alma, hija mía, es algo muy distinto de lo que significa ser alguien o algo en este mundo. Aunque seas un santo, Dios puede olvidarse de ti en los momentos en que se esconde. De todas las almas se salvan solo aquellas que comprenden al Dios que se esconde y lo perdonan.

—¿Entonces santa Teresa no se salvó?

—No digas tonterías, hija mía, no blasfemes. ¡Claro que se salvó! ¡Qué razonamientos complicados me haces! De todos modos dichosa

ella: tal vez Dios no se escondía de ella. Sabes, además era mujer; vivía relegada en un monasterio del mismo modo en que hoy a las mujeres las encierran en casa; ¡cómo quieres que conociera las miserias del mundo, que hablara con lobos y pájaros! La metieron ahí dentro cuando era muchacha. Nunca las dejaban salir, a las pobres mujeres, ya fueran casadas o santas. Solo santa Genoveva tuvo suerte, se pasó veinte años en aquel bosque, abandonada. Y tuvo que ingeniárselas.

—Abuela, ¿y hoy Dios se esconde?

—¿No lo ves? En estos tiempos Dios se esconde más que nunca, hija mía. Y a saber si volverá a aparecer. Y lo peor es que a la gente no parece preocuparle. Fíjate en tu casa, desde que yo he llegado no pasa un día sin un banquete, un baile, una recepción. Y yo me noto un nudo en la garganta, un tormento en la cabeza, una serpiente en las entrañas. Hija mía, tengo que irme, debo regresar a Nápoles. Allí la gente sufre, no hay la despreocupación que reina en esta casa, donde todos hablan de la guerra como si se tratase de una mano de póquer, de una diversión.

Días después de esta conversación se marchó. Habían decidido que viajase en avión, el que nos traía el pan fresco de harina blanca. Pero la abuela no quiso.

—No soy ni pájaro ni ángel —dijo—. Además… tengo miedo de vuestras máquinas. Parece que vosotros ridiculizáis la muerte, en cambio yo la temo, no finjo que no existe, como hacéis vosotros, que cuando se habla de ella siempre cambiáis de tema.

Repitiéndome estas palabras de la abuela observaba mi cuerpo desnudo. Y pensaba, «¿Dónde estará la frontera entre la vida y la muerte?». De hecho tenía la impresión de que solo las partes del cuerpo cubiertas por la ropa se libraban de la muerte, mientras que las descubiertas ya eran sus presas. Además, pese a aquellos pensamientos terribles, me empecinaba en no querer llevar nada encima, en no querer jugar con nada. No debía distraerme. Y un día en que tuve la tentación de coger el silabario, porque en algunas páginas me había parecido que se aludía a los problemas que me atormentaban, hice un esfuerzo y traté de recordar de memoria las lecciones del libro. En una

página, por ejemplo, se explicaba el verbo *avere*. *Io ho, tu hai, egli ha** se escribían con hache; y en una ocasión la hache estaba en mayúscula, así, H, semejante a una escalera de un solo peldaño. «Esta escalera», decía la maestra de italiano, «sirve para subir hasta el conocimiento; y la H tiene la forma de esta escalera porque es la letra más difícil del alfabeto italiano». Poco después la h estaba en minúscula, en forma de sillita, y encima se sentaba un osito; un gatito extendía la zarpa hasta la pata posterior de la silla como si también quisiera subirse. «¿Para qué le sirve la silla al osito?», pensaba yo. «Los gitanos, que no tienen nada, no tienen sillas, descansan acuclillados.» Estaba también el trazo caprichoso de la H mayúscula en una caligrafía que recordaba precisamente la de la *rúbrica* de Pedrón, que no sabía escribir bien, pero que estaba en condiciones de hacer una rúbrica tan complicada y ornamentada que dejaba a todos maravillados. *Abbiamo* y *avete** no llevaban hache. «Porque», explicaba la maestra de italiano, «cuando todos tienen algo es como si nadie tuviera nada; una cosa solo se tiene cuando los demás no la tienen. *Hanno** lleva hache solo para diferenciarse de *anno**».

Molesta con todas aquellas haches yo le decía a la maestra, «Pero nosotros no decimos "*io ho*", decimos "*io tiengo*"».

«¡No se dice "*io tiengo*"», exclamaba la maestra, «es de mala educación! ¡No se tienen las cosas como agarradas! ¡Solo los pobres tienen las cosas así, y de hecho dicen "*io tiengo*"».

El verbo ser era otro cantar. No necesitaba esas escaleritas, esas sillitas, esos ringorrangos, esos oropeles. Además, «es» era la palabra más luminosa que existía, hasta tal punto que, en cuanto a su lado se añadía algo, la oscurecía. Intentaba decir: «Es la estrella». Pero «es» a solas tenía más luz.

En el silabario italiano había también unas viñetas divertidas. Una, por ejemplo, representaba un muchachote de campo apoyado en un asno, y el asno llevaba en la cabeza una guirnalda de flores y debajo se leía: «Giovanni tiene un burro». Al lado había otra viñeta que representaba al mismo muchachote sentado detrás de un pupitre en la escuela, luciendo unas orejas de asno en la cabeza; debajo se leía: «Giovanni es un burro». Pero yo buscaba la manera de desmentir

aquellas leyendas al pie y me decía, «Giovanni no es un burro, solo tiene orejas de burro». Y, como me había enseñado la abuela, hacía lo imposible por reducir el verbo «ser» al verbo «tener».

«Pero ¿cómo se hace para no tener y no ser nada?», me preguntaba. Y me imaginaba que para no ser nada, y por lo tanto no tener de veras nada, había que ser gris, revolcarse en cenizas, con el fin de no brillar y distinguirse. Me miraba el cuerpo desnudo, ni siquiera vestido de agua o de talco como en el cuarto de baño. «Parece un gusano», pensaba. Y con frecuencia estallaba después en carcajadas porque, entretanto, en mi dormitorio había entrado Don Felipe, el gato. Se restregaba contra mis piernas, ronroneaba, con la cola me hacía cosquillas en las nalgas. Sentir la cola en el culo no era lo mismo que sentirla en la pierna, como me ocurría habitualmente. Me entraba entonces la tentación de vestirme. Abría el armario, pero me detenía de repente y hablaba con todos aquellos vestidos, «Vosotros creéis que yo, al llevaros puestos, me puedo convertir en una niña respetable y como corresponde, que hoy puedo estar lista para asistir a un baile, mañana para ir a la playa, pasado mañana para pasear por el jardín o incluso para una ceremonia. Pero todo es inútil. ¡Qué estúpidos! El otro día me peleé, tuve berrinches; ayer me convertí en perra; anteayer, en tigre. Pero ¡se acabó!». Y cerraba el armario casi como si se tratara del telón de un teatro de opereta. Después, como queriendo evitar una nueva tentación, me dirigía a la cesta de los juguetes y decía, «Tú, molinillo de café, tan perfecto, tan bonito, tan parecido al de Dida y al de Francesca que hasta una sombra de café en polvo mancha tu fondo. Eres incluso de mi medida. Pero que sepas que es otra la persona a la que tanto le gustabas. ¿Cómo puede una niña desnuda jugar a moler café? Se ofrece café a las señoras de visita. Esperas a otra niña, no a mí. Pero cuando venga no le dirás nada, total no puedes hablar… Y vosotras, *bambole*, ¿no os habéis hartado de mis conversaciones? Venga, a dormir, convertíos en *muñecas*, haced vuestro mohín cansado y harto de todo», decía. Después empezaba el juego del silencio.

En Mallorca había una señora teósofa que dos veces al año organizaba en su villa una merienda para los hijos de sus amigas, entre las que se contaba mamita. De hecho presumía de saber de pedagogía. Mediada la recepción, antes de que empezáramos a desmadrarnos, nos invitaba a hacer el juego del silencio. Al recibir su señal —acercaba hieráticamente un dedo contra la boca o hacía tintinear una cucharita contra una tacita de porcelana— había que guardar silencio; ganaba el juego el que conseguía estar callado más rato. Contaban también para perder el juego las carcajadas y las risitas, los gorgoteos sofocados, los accesos de tos y los suspiros. Al ganador lo hacía sentar en una sillita, le decía «¡muy bien!» y le daba un caramelo. Pero según sus concesiones pedagógicas el premio no debía materializarse en algo, se trataba solo de una satisfacción moral; por eso a los perdedores también los hacía sentar en la sillita para recibir el caramelo. Pero a estos últimos la señora les soltaba un discurso con el que les explicaba por cuál de sus limitaciones no habían respetado el silencio. Así, la señora le decía a uno, «Tu carcajada no era auténtica, solo era la máscara de tu impaciencia. Tú, como muchos, sientes en este mundo una torpe incomodidad de la que huyes aturdiéndote con el ruido. De mayor no tendrás miedo a nada, serás un bravucón; terminarás por tenerle miedo a cosas muy muy pequeñas: por ejemplo, tendrás miedo de dormirte y de que en sueños te devoren millones de hormigas». A otro, que había tosido, le decía, «Si sigues así enfermarás de asma o tisis; tendrás una enfermedad respiratoria. Inspira hondo, espira muy pero muy despacio, aprende a estar en armonía con el universo». Y a uno que, bueno, se había tirado un pedo, le dijo una vez, «¡Eres listo! ¡La puerta estaba cerrada, trataste de escabullirte por la ventana! Pero, para que lo sepas, debajo de la ventana hay un estanque, para salir de él no hay que tener miedo a ensuciarse de cieno».

Mientras yo, encerrada en mi dormitorio, hacía el juego del silencio, me ocurría algo raro. Mi cuerpo se veía sometido a una rápida y descarada metamorfosis: si antes me parecía el de un gusano, al poco

de comenzar el juego tenía la sensación de que, por el contrario, se había convertido en un cuerpo humano perfecto y radiante. Separaba los dedos del pie y mi pie ya no me parecía un inútil apéndice informe, alargado, estrecho, torcido, enclenque, sino una rara joya del trabajo de la naturaleza, similar a la rueda dentada de un engranaje. Imaginaba cómo era mi cuerpo por dentro: ya no contenía trampillas ni horrores, las partes se conectaban entre sí mediante un sistema de palancas y bombas, y todo era indisoluble y cerrado. Pero su aspecto exterior era muy distinto, variaba sin cesar tanto para mí como para los demás. Me tocaba la piel, tenía la impresión de tocarla por primera vez. Cuando estaba vestida, incluso cuando estaba vestida solo con agua o talco, me parecía que mi cuerpo se prolongaba en el de los demás, en el de Dida, en el de mamita; incluso en las plantas. Se hacía pequeño o grande, se ensanchaba, se alargaba, se hinchaba, se deshinchaba. Desaparecía por completo en las raras ocasiones en que podía dormir cerca de mamita. Y una vez en que hicieron volar unas cometas, subió al cielo.

Un día estaba tendida y separaba los dedos de los pies. Luego me levanté. No sé por qué, pero de repente tuve la impresión de que algo así como mi cuerpo debía estar de pie. Y se me antojó que el mundo también estaba de pie. Por primera vez él y yo estábamos frente a frente.

Me puse detrás del cristal de la puertaventana. Mi cuerpo brillaba como un cuerpo celeste; es más, tuve la impresión de que de la unión de algunos de sus puntos más luminosos se formaba una constelación. Y pensé, «Ahora lo enseñaré por ahí. A ver si los demás también se dan cuenta, si los demás también me distinguen de todas las demás cosas».

Era la época de la siega. Las campesinas trabajaban en el campo. Había ido a verlas el día anterior. «Iré con ellas», pensé. En efecto, sus cuerpos, más que otros, me parecían acabados, limitados y cerrados, como el mío. El de Dida, por ejemplo, no era así en modo alguno; parecía continuar en el cuerpo de nosotros, los niños, especialmente en el de Anita, a la que llevaba en brazos. El de mamita, a su vez, era como si continuara en los trajes, incluso en los guardados en el

armario y en los de los álbumes de fotos de cuando era muchacha en Nápoles.

Los cuerpos de las campesinas eran, por el contrario, limitados y estaban modelados por el ritmo del trabajo. Cerca de los pozos, cuando se pasaban los cubos de una a otra, el brazo debía alargarse solo lo justo para llegar a la mano de la compañera. Cuando cavaban, los dos brazos unidos no debían bajar más allá del límite alcanzado por el mango de la azada hundida en las vísceras de la tierra. Además sus cuerpos no se prolongaban en los de sus hijos, que ya de muy muy pequeños se entregaban a sus ocupaciones: desgranaban judías, recogían leña o hierba para los conejos. Además yo tenía la sensación de que no se cubrían con vestidos, en el sentido que se atribuía a esa palabra en nuestra casa. Era como si sus vestidos estuviesen hechos de hojas, de tierra, del mismo cuerpo, casi una segunda piel. Yo no entendía bien, entre otras cosas, si eran cabellos aquellos trapos que se anudaban a la cabeza y con los que parecían haber nacido…

Crucé los cuartos desiertos. Nadie me vio. Los postigos estaban entornados. Y de pronto me acordé de Christian, el rey de los monos, y de papito, que cuando yo nací había dicho, «¡Parece un mono!». Y pensé, «Por eso me ponen todos esos vestidos, para esconderme». Y no lograba entender por qué Christian era un mono bonito y yo uno feo. Al llegar al jardín abrí el grifo de la bomba de riego y me mojé toda. Inventé un gesto nuevo, el de sacudir la cabeza con fuerza para secarme el pelo. Y aquello me dio felicidad y fuerza.

Llegué donde estaban las campesinas empapadas de agua. En ese momento recogían alcachofas al borde del campo. En el centro de las parcelas cultivaban judías, patatas, lechugas, y en los bordes, como adorno, plantaban alcachofas. Quizás porque parecían flores y encerraban en hojas solemnes sus capullos, como de rosas serias, sin vanidad. «Dios no está del todo *foll*[*]», pensé. «No ha cubierto el mundo, a semejanza de las nubes en las que vive, únicamente de copos y de lluvias de flores. ¡Quiere decir que no solo sabe tirarse pedos, sino que caga de verdad!» Y aquella alcachofa era una caca perfecta, en capas ordenadas y ornamentadas, como un pensamiento bien urdido.

Cuando las campesinas advirtieron mi presencia empezaron a observarme. Me miraban fijamente y sus ojos parecían carecer de pestañas, no estaban vestidos como los de mamita y sus amigas. En ese momento pensé, «Las pestañas sirven para ocultar la vergüenza o velar la verdad, como las de papito». De hecho papito tenía las pestañas muy pero muy largas, y siempre tenía alguna verdad que ocultar.

Una campesina dejó de recoger alcachofas —estaba agachada—, puso las manos en jarras, me examinó con aquella mirada desnuda y me dijo con voz firme:

—*Sens vergonya*!*

La dicha que sentía por aquel cuerpo mío como recién nacido, todo mío, entero y limitado, que brillaba por las gotitas de agua, no desapareció, se transformó más bien en un sonriente signo de exclamación.

—*Ni som un poca vergonya ni som res*!* —dije.

Las demás campesinas se echaron a reír. Pero la que me había hablado, con los ojos clavados en los míos añadió severa:

—*No és que no siguis res, tens la teva consciència de cristiana. T'han batejat.**

Las demás seguían riendo en voz baja, apagada; se tapaban la boca con las manos, como si sintiesen pudor por aquella risa y aquellas razones. Era como si viesen en mí a un animal cómico.

Solo la mujer que me había hablado parecía tratarme como una persona.

Volví sobre mis pasos con la cabeza gacha. Ellas creyeron que a causa de la vergüenza. Sin embargo tenía los labios apretados a causa del desdén. «¡Son todos iguales!», pensé. «Cuando me toman el pelo o me miman es como si se dirigieran a un animalito. Solo cuando me riñen me consideran una persona.»

Pero me sentía perpleja por lo que la campesina me había dicho. Me miré los pies. Eran los pies de un bautizado. «¿Cómo serán los pies de un moro?», me pregunté. Estaba angustiada. De hecho ya no tenía los

pies blancos, sino muy muy morenos, justamente como los moros. Cogí una tiza que habíamos dejado cerca de las hortensias cuando jugábamos al cementerio con las fotos y me dibujé una cruz en el pie.

SEGUNDA PARTE

Papito corteja a Titita

En aquellos tiempos la pulmonía se desarrollaba en nueve días, después de los cuales o vivías o te morías. Mamita y yo superamos juntas ese noveno día. Estábamos en la habitación del peligro y del sudor. Mamita no me estrechaba la mano para que el calor no aumentara. Me pasaba los dedos temblorosos por la frente, las mejillas y el pecho. No rezaba, no habría servido de nada. Me susurraba palabras dulcísimas, «Orejas de conejito, luna de plata, barca en el mar, jazmín nocturno, cola de cachorro, gata hechizada…». Yo sudaba y aquellas palabras me refrescaban. Vino el médico. Su voz parecía el rezongo de una olla de barro llena de judías puestas a cocer. «¡La fiebre tiene que bajar!», ordenó. Me pusieron una bolsa de hielo en la cabeza, me envolvieron en una sábana helada. Yo temblaba como una hoja. Mamita se agitaba como una polilla contra los cristales de la ventana. Dida y el médico me inmovilizaban. Me fajaron bien apretada para que no ardiera en llamas. Oía el castañeteo de mis dientes. Era un ruido tremendo pero bonito. El más puro de los ruidos. «Si una se asusta», pensaba, «y no lo produce más, tal vez se muere». Me infundía valor para no asustarme. Toda la vida se me había subido a los dientes, y estos castañeteaban con fuerza para hacerla sonar. El médico deducía buenos presagios de aquel castañeteo decidido.

Me dejaron unos días más en la habitación del peligro y el sudor, en una pequeña cama blanca dispuesta en un rincón. Justo después de la mesilla de noche había una puerta por la que entraban y salían cuantos venían de la vida. Por ahí, a escondidas, entró también Carlito. Lo reconocí por el olor de sus manos. Le olían a excrementos de pájaros. «He limpiado también tu jaula», me dijo. Cuántas palabras dulces me habría gustado dirigirle ante aquella noticia si hubiese podido. Me limité a sonreírle. Debieron de llevárselo de ahí tirándolo de un brazo. Y yo también tuve la impresión de que me tiraban de un brazo. En cierta ocasión por ahí apareció, en brazos de alguien, Anita,

que lloraba asustada por la oscuridad de la habitación. La hicieron salir enseguida. Traté de imitar su llanto, pero me salió demasiado débil y tal vez nadie lo oyó. Por aquella puerta entró también de puntillas la señora Facchi, pero sus zapatos de tacón rechinaban, sus brazaletes tintineaban, su respiración jadeante olía a pastillas de violeta. Dejó un paquete de caramelos en la mesilla de noche. El frufrú del papel fue dulce y estridente, una tímida llamada, y en aquel papel de colores que envolvía el regalo me pareció ver la claridad de una luz al final de un túnel.

Por fin un día me elevaron la cabeza con unas almohadas y abrieron los postigos. Me metieron en la boca una cucharadita de sopa de sémola. El plato humeaba, en el centro la sémola formaba un círculo más oscuro que el de la porcelana, en los bordes espumaba un poco de mantequilla disuelta. «¿Sabré cómo comer otra vez?», pensé. Me harté con solo verlo; pero me di cuenta de que la lengua, un músculo sordo y mecánico, obediente a tanta voluntad distinta de la consciente, la saboreaba. La garganta también la agradecía y en el vientre oí borborigmos de espera y mejora. Comí cuatro o cinco cucharadas. Alrededor oí voces de júbilo, «¡Se ha curado!».

Ahora la habitación tenía una forma estrecha y larga, como suelen ser los cuartos de baño y los trasteros. Al fondo había una ventana siempre cerrada, que abrían con muchas precauciones para ventilar después de haberme sepultado debajo de las mantas. Cuando terminé de tomar la sopa de sémola la abrieron de par en par. El cielo azul estaba vacío, no había ni una nube, ni una rama, ni una paloma. Temí ensuciarlo.

Al día siguiente me trasladaron a otra habitación. Era el dormitorio de mamita. Así, después de la habitación del peligro y el sudor, que era estrecha y larga como un ataúd, llegó la habitación de la felicidad, que era amplia y cuadrada. En la cama había una manta blanca de encaje. Cuando me sentía demasiado débil para hacer nada, fantaseaba metiendo los dedos en los agujeros, recorriendo su dibujo o trazando otros imaginarios; o deslizaba la mano debajo de la almohada de mamita —papito se había ido a dormir a otra habitación y yo estaba tendida en su lado de la cama— y me dejaba acariciar por

su camisón, que era de seda.

Existen varios tipos de caricia. La del camisón de mamita era en espiral y en olas huidizas, a veces crepitantes, cuando la seda no era pura sino artificial, mezclada con fibras de rayón.

La nueva habitación a la que me habían trasladado se parecía a los antiguos y maravillosos mapas que tenía papito. Había como mucha agua y en el medio, tierras que surgían cual frentes pensativas: la cama, un gran continente; la cómoda, cubierta con los distintos juguetes y dulces que me regalaban, una tierra exótica y populosa; islitas, irrisorias y olvidadas, las sillas; un escollo peligroso, con un faro encima, la mesilla de noche, donde aún seguían algunos medicamentos.

En aquellos antiguos mapas de papito el mar parecía inmenso, no se asemejaba a un estanque o a un pilón como en los mapas modernos, y las tierras no se alzaban ampulosas o cansadas, sino ligeras y felices. Todo parecía descubierto recientemente o aún por descubrir. Del mismo modo, durante aquella convalecencia mía redescubrí el mundo, en una radiante y acuosa felicidad en la que las cosas todavía se presentaban sin impedimentos.

Por la noche venía papito y empezaba el teatro.

Siempre se presentaba de forma distinta. A veces entraba de puntillas, descalzo, para que no lo oyera; a veces se pegaba a la pared y se quedaba quieto hasta que yo lo veía; a veces, para gastarme una broma, se disfrazaba. Se echaba encima, sobre la ropa, un amplio mandil de Dida, se ponía en la cabeza un pañuelo anudado debajo de la barbilla y fingía ser una viejecita. «Soy Miseria», mascullaba. «¡Qué gorda estás!», decía yo. A veces hacía que mamita lo empujase dentro y fingía rodar por el suelo quejándose así, «Y yo que había traído un bonito regalo… Seguro que se habrá roto…». En otras ocasiones, oculto detrás de la puerta, lanzaba a mi cama un avión de papel —yo hacía como que no me enteraba y él me lanzaba otro—, o incluso una bola de papel con un caramelo dentro.

Durante un mes entero, mientras duró la convalecencia, me llevó un regalo.

He aquí la lista de los treinta obsequios que, día tras día, marcaron

las etapas de aquel cortejo.

1. *Dos corderitos de mazapán*. Llevaban al cuello un lazo rojo del que colgaba una campanita. Ese lazo y esa campanita, los únicos elementos no comestibles, tendían a forzar la esencia de aquel objeto —que parecía encontrarse a medio camino entre la golosina y el animal vivo—, dándole en algunos sentidos el aspecto de juguete. En el vientre tenían pinceladas de verde, como si acabaran de acostarse en la hierba húmeda y podrida. Yo agitaba la campanita y me parecía que caminaban.

Una noche quité una de las dos campanitas y me la até al tobillo. Me gustaba oírme sonar. Me notaba más a mí misma. Porque de hecho yo tenía a veces la impresión de no existir. Y además Pedrón decía siempre, «¡Cuando hay música nada malo puede ocurrir!». Esa noche mamita estaba ocupada en la cocina dirigiendo los preparativos de una recepción; yo seguía paso a paso a papito mientras se afeitaba y se vestía. «¡Pareces una ovejita!», me dijo de pronto, y yo me alegré, a saber por qué no me dijo que parecía un mono. Entonces me di cuenta de que me había puesto la campanita en el tobillo justamente para que él me dijese aquella frase.

Sin embargo aquellos dos corderitos de mazapán, tal vez por su naturaleza indefinida, resultaban inquietantes. La posibilidad de que pudiesen ser comidos casi hacía de ellos unos seres vivos; de hecho corrían peligro. No estaba segura de si debía jugar con ellos o comérmelos; ante la duda los chupaba un poco; la cobertura era amarga, con un punto azucarado. Cuando llegaba a la golosina, que era un tanto harinosa, dejaba de chupar; era el umbral que me separaba del asesinato. La última noche de convalecencia, la del trigésimo día, me comí uno entero, hasta que me repugnó.

2. *Una oveja de yeso*. Por suerte no fue el segundo regalo. De haber sido el segundo regalo habría denotado un papito de una gran pereza y falta de imaginación: no se regala una oveja de yeso después de dos corderitos de mazapán. En sí mismo era un objeto tonto y desgarbado. Hasta mamita lo dijo, quizás porque la irritaban un poco todos

aquellos obsequios con los que papito parecía querer robarle a su hija. Era de burda factura, como si lo hubiese confeccionado un carnicero, para quien solo cuentan los cuartos de la pierna y no la esencia del animal vivo. Además parecía recién esquilada. No se habían esforzado en modelar sobre su cuerpo ni un solo rizo de lana. Tampoco tenía la mirada típica de las ovejas, que parecen a punto de emitir una sentencia, como viejecitas, sino una expresión descarada y fatua, como de muchachita que guiña el ojo ante el espejo. Y la nariz no era chata sino que apuntaba hacia arriba. Llevaba una cinta atada al cuello en la que habían bordado:

Ya que no me quieres
Una oveja me pareces.

«¡Es realmente un regalo de camarero!», sentenció mamita. «¡Qué mal gusto!». Papito reía. «No entiendes de bromas», se defendía, «es la madre de los dos corderitos de mazapán».

Yo estaba demasiado prendada de papito para prestar atención a las críticas de mamá. De hecho le dije, «Los dos corderitos somos Anita y yo. ¡Así que esta oveja grande y estúpida que no te gusta eres tú!». Mamita se marchó muy ofendida de la habitación. Cuando también papito se fue me puse a husmear a la oveja. El yeso no olía a nada. Pero se podía rascar con la uña. Crispaba los nervios de un modo espasmódico. «Es el ruido de mamita cuando no está», comenté.

3. *Una casa de cartón tan grande que podía meterme dentro*. Estaba muy bien acabada, llegaba a la altura de la cómoda. Pero ya por entonces prefería jugar a huir de casa que a las casitas. «Cuando me haya curado y huya», pensaba mirándola, «antes de marcharme encerraré dentro todas mis muñecas con una botella de agua y otras provisiones para que no se mueran».

4. *Un armario con espejos en las puertas*. No era de madera de descarte ni contrachapada, sino de cerezo. Llevaba goznes auténticos en las puertas y una varilla de hierro para colgar la ropa. Yo tenía una muñeca vestida de valenciana. Aquel fue su armario. Esta valenciana

tenía un marido pastor que, debido a la trashumancia, vivía en los montes. Ella se pasaba los días doblando sábanas y pañuelos y ordenándolos en el armario, y probándose la ropa colgada de las perchas. Estaba deseosa de casarse otra vez y por eso llevaba siempre su vestido de novia. En el armario guardaba también un peinecito celeste y una pastilla de jabón en miniatura, que Inés había modelado para mí con unos restos de jabón de violetas de mamita. Con la valenciana jugaba a la esposa desatendida por su marido.

5. *Cacerolitas de cobre y de lata*. Era un juego frío, un árido ejercicio de imitación. Faltaban el fuego y el agua. Aquellas cazuelas, siempre limpias, estaban perennemente a la espera, como en las tiendas. Con ellas solo se podía jugar a la casa encantada, donde todo permanecía inmóvil durante cien años. Pero les faltaba el impalpable oro en polvo del tiempo de las fábulas. El tiempo en el que estaban inmersas mis cacerolitas era un empalagoso tiempo infantil. Yo tenía muchas ganas de amasar, mezclar y aplastar como hacía en el jardín o en la cocina. Así, aquellas cacerolitas aumentaban mi nostalgia. Cuando las manipulaba mis manos sentían siempre la falta de algo.

6. *Un rompecabezas de Blancanieves*. Pero ya tenía uno. De hecho mamita le dijo a papito, «¿Para qué compras tantos juguetes? ¡Ni siquiera te has dado cuenta de que ya lo tenía!». Aunque en el rompecabezas viejo el papel brillante que cubría los cubos de cartón se había despegado por varios sitios o directamente estaba desgastado. En un intento por disculparse, papito se lo hizo notar a mamita. Yo lo defendí, aunque prefería jugar con el rompecabezas viejo. Porque en ese, a medida que las caras de los cubos quedaban colocadas una al lado de las otras, se creaban zonas sin color y sin forma, superficies ásperas al tacto, unas obstinadas e irreductibles lagunas de espacio y tiempo que se correspondían con mi deseo de huir, como ya he dicho, con la constricción de la historia ordenada de antemano, tan similar a la organización sin sorpresas ni misterios de mi vida cotidiana.

Los cuentos que me contaba mi abuela también tenían profundidad, matices, ausencias, suspensiones; exactamente como ocurría en el

viejo juego.

7. *Muñecas y vestidos de papel*. Había que recortarlo todo. Rápidamente. Había que separar lo útil de lo inútil, las partes coloreadas de las blancas, las formas de la nada, poniendo cuidado de seguir el trazado que separaba una categoría de otra. La integridad de la hoja se dividía en dos: lo bueno y lo malo, lo inteligente y lo estúpido. Vacilaba antes de ponerme a cortar. También en la parte desechada, en el descarte, quedaban grabadas, del revés, las siluetas de la muñeca, de la cofia, del vestido; como si aquellas partes reivindicaran, a su manera, el derecho a existir. Por eso me había gustado tanto, en la historia de Pinocho, el detalle de las mondaduras que primero se tiran y luego se comen. Porque, por analogía, ¿con qué criterio habría podido establecerse si yo misma era útil o inútil, principal o secundaria, forma o vacío?

Por otra parte todo en aquel juego debía ocurrir mediante unas tijeras, que no toleran indecisiones, reflexiones. Una vez terminaba de recortar sostenía las muñecas a contraluz, delante de un rayo de sol o, por la noche, delante de una lámpara. Solo entonces me parecían completas, cosas con las que era posible jugar.

8. *Un álbum para colorear*. Las páginas eran cuadriculadas. En algunas se veía trazado un dibujo y solo había que rellenarlo de colores. ¡Qué relajante era, después de agotadoras fantasías, aquel mundo ordenado, bello y terminado! Listo para ir a la escuela. Y de hecho para allí iban, en fila, pollitos, grullas, niños y casitas.

¡Pobre Carlito! El barbero le había cortado los rizos para que no se salieran de la cuadrícula, me decía yo, mirando el álbum. En efecto, todas las cosas debían estar en su sitio. Y él debía ser un varón.

Algunos dibujos, parecidos a los de los jeroglíficos, eran estúpidos y enigmáticos a la vez. Mientras que los seres vivos, cuando preguntan «¿Por qué estamos en este mundo?, ¿qué hacemos en él?», lo hacen con un grito o un lamento, aquellas formas parecían formular tales preguntas con su mismo desorden, con sus incomprensibles yuxtaposiciones y con su misma estupidez, tan grande que, claro,

encerraba un misterio. Pretendían que las coloreasen, casi como pidiendo una legitimación de su existencia, apremiante como la solución del enigma en los jeroglíficos.

9. *Una muñeca enorme que se podía vestir y desvestir*. Mamita le cosió unos trajes, Inés le confeccionó un chalcito, Antònia le puso un collar y una pulsera, Dida le mandó hacer un par de zapatitos de piel de cordero a un zapatero de su patio. Todas las noches papito hacía el payaso con ella; le besaba la mano como si fuese una dama.

Se llamaba Dulcinea.

Cuando papito me besaba la mano a mí no me parecía que yo era como Dulcinea, sino como él, un mocetón.

10. *Tacitas de porcelana con jarra y azucarero*. La palabra «*bricco*», jarra, era ya frágil y preciosa. A través de ella descubrí la dulce sonoridad de la lengua italiana. Llegaba a tintinear como cuando se le colocaba la tapa y se trataba de encontrar el encaje exacto de modo que las dos partes coincidieran. En ese punto en que la tapa y la jarra se besaban con inocencia se producía una mágica suspensión del tiempo, y el eco de esta gracia se extendía a todo el juego de tazas y platitos.

11. *Cubiertos de hierro y estaño en miniatura*. A mí, que siempre estaba inapetente, me encantaban aquellos cubiertos. Me permitían reducir también la comida a una miniatura. De haber existido filetes del tamaño de los cubiertos habrían sido, al mismo tiempo, similares a caramelos y a píldoras medicinales; me los hubiera comido de buena gana y me habrían hecho bien.

La extraña alquimia entre jocosidad y austeridad de los alimentos era propia del mundo de los gnomos. Y aquellos cubiertos eran las llaves que me abrían las puertas de ese mundo, donde todo era de pequeñas dimensiones porque estaba concentrado de manera muy sabia.

12. *La historia ilustrada de Don Quijote de la Mancha*. Las

ilustraciones tenían esta peculiaridad: en una carilla llevaban una cosa y en la otra la misma cosa transformada. Por ejemplo, en una lámina se representaba a Don Quijote con la lanza alzada contra los terribles gigantes; en la del dorso, en vez de gigantes se veían los molinos de viento. En una se representaba a la princesa Dulcinea del Toboso, en la otra una campesina cribando trigo. El propio Don Quijote en la carilla de una página aparecía como un noble y resplandeciente caballero, en la otra se veía a un pobretón que en la cabeza, en vez de un yelmo, llevaba una bacía de barbero. Solo Sancho Panza era siempre igual a sí mismo.

Aquella versión resumida del gran libro y aquellas ilustraciones estaban destinadas a edificar a los niños y a enseñarles que todas las cosas cuentan con su derecho y su revés, y que la realidad es distinta del sueño y de la imaginación. Pero yo no conseguía aceptar esta separación. Daba vuelta a la página a toda velocidad de manera que las dos imágenes se superpusiesen en el ojo, y de ese modo veía mezclados los gigantes y los molinos de viento, las campesinas y las princesas, los caballeros y los locos.

A veces mamita me leía unas pocas páginas y parecía sumamente satisfecha de hacerme notar que el mundo era muy distinto a como lo veía Don Quijote, al que ella tachaba de pobre hombre. Yo me ofendía. Y después, cuando me enteré de que se había muerto, me propuse resucitarlo.

13. *La historia de Miseria*. Miseria era pobrísima, ni siquiera tenía un cuenco; bebía directamente del jarro y se alimentaba de mendrugos de pan. En su cabaña con eso le bastaba. Pero un día el jarro se le rompió, el viento arrancó el tejado de la cabaña, un perro robó los últimos mendrugos de pan. Entonces se fue a mendigar por el mundo.

En las casas donde le daban limosna entraban la abundancia y la felicidad; en aquellas donde le cerraban la puerta en la cara, el hambre y la desdicha. Una vez, en una casa, suplicó que le dieran al menos una cebolla; acababan de recogerlas, estaban amontonadas en la era. La echaron de ahí diciéndole, «¡Eres un saco de huesos, que te coman los perros!». Todas las cebollas se estropearon: algunas se

secaron, otras echaron brotes antes de tiempo y otras, en fin, se pudrieron. La misma suerte le correspondió también a los poderosos. El rey de Castilla, por ejemplo, mandó que la echasen de sus tierras; poco después su reino fue asolado por la hambruna.

14. *Un perro de cerámica que no sabía hacer nada*. A diferencia de la oveja de yeso era de buena factura: reluciente, blanco y marrón, con la cola enrollada como un capricho impropio. «¿Qué hago con él?», pensaba yo. Lo cierto era que todavía no apreciaba los bibelots. Consideraba los de mis padres como juguetes que me estaban prohibidos. Al no poder comprender la naturaleza de ese objeto, lo tenía en un rincón de la cama, temiendo y deseando que cayera al suelo y se rompiera. De ese modo se habría resuelto de una vez por todas el secreto de su estúpida existencia.

15. *Una Carmen con mantilla*. La abuela me había cantado unas arias de *La traviata,* su ópera preferida. Carmen no era más que Violetta en una fiesta de Carnaval en vez de en un baile de salón. La esencia del descarrío estaba encerrada en su chal de flecos y en el centelleo y el revuelo de su falda roja al bailar. ¿Acaso no había sido un chal de flecos el motivo por el que había huido la hija de Dida? ¿Y acaso no le gustaba demasiado arquearse hacia atrás al bailar? Yo sentía que ni un solo punto de mi cuerpo flaco y de mi alma austera podía servir de soporte a ese chal ni de perno a las circunvoluciones de la falda. Contemplaba largo rato a aquella Carmen mía con una conmovedora nostalgia y pensaba, «¡Solo podré contarle a todos cuán hermosa eres!».

16. *El asno de oro*. Era la fábula más inquietante de cuantas conocía. El asno aparecía dotado de un enorme miembro en erección y no había rosas que valieran para ocultarlo. En el asno de Sancho Panza y en el de Pedrón, que eran bestias de carga, esta característica —su miembro— pasaba a segundo plano. Se me antojaba como un apéndice secundario del esfuerzo y el trabajo. Sin embargo el asno de oro era un animal mágico y ocioso. El hecho de que el libro, una

edición de la Scala d'Oro, viniera de Italia y que la historia fuera de la época romana, situaba la narración en una atmósfera ampulosa, muy distinta a las fábulas que me contaba la abuela.

Además los animales romanos —la loba, el caballo, el asno, el elefante y los gansos— nunca acudían al rescate de las necesidades más profundas del hombre, sino que se encontraban más bien al servicio de sus manías. Yo estaba segura de que el joven Apuleyo se había transformado en asno por envidia de su miembro. Paco también me había dicho un día que de mayor lo iba a tener así de gordo, y yo pensé enseguida en lo que me había dicho la abuela, que los romanos y los italianos querían conquistar el mundo entero.

17. *Un conejo de trapo*. Era muy pero que muy blando, de terciopelo —no lo habían rellenado demasiado con serrín—, las orejas se mantuvieron erguidas al menos los primeros días, y tenía los ojos de vidrio marrón.

Su expresión era la de un conejo, viva y fresca.

Por suerte no era blanco —con aquel terciopelo habría tenido un aspecto enfermizo—, sino beige.

No era un animal mitológico, ni romano, ni un bibelot fallido. Sentía hacia él la misma distancia que ya me separaba del mundo de las fábulas y del chupete. El espacio en el que vivía era el mismo en el que estaban clavados los ojos de Anita cuando chupaba. Pero yo había dejado de hacerlo, ni siquiera me chupaba el pulgar. Me mordía las uñas.

Por eso lo tenía siempre al pie de la cama. Me habría parecido fuera de lugar abrazarlo. Inmóvil, ahí en el fondo, era una presencia tranquilizadora, casi indispensable, no se comprometía con peligrosas partes del alma y del cuerpo.

18. *Un muñeco muy muy pequeño*. Era del tamaño de un dedo, y tenía a su misma medida la cuna, la bañerita, un juguetito para distraerse, su pañalito, su camisita, su imperdible. El muñeco lo tenía todo en este mundo: solo le faltaba su mamá. No había una migaja de mi cuerpo dispuesta a dejarse chupar, ni un soplo de voz dispuesto a

transformarse en nana.

«Te pondré en una cesta en el río, alguien te encontrará y cuidará de ti… No te preocupes, seré yo misma quien te encuentre, tal vez mientras esté pescando un buen lucio. Te llevaré a mi cabaña y cuando seas mayor harás prodigios por todo el mundo», le decía.

19. *Una peonza*. En los bordes, todo alrededor, llevaba representados unos carruseles, y cuando la peonza giraba estos también lo hacían. Pero yo no; quedaba excluida de aquel juego. No me habían diseñado para formar parte de los niños que se subían a los carruseles, no, era como Dios o como el feriante, el motor del juego. Y nunca conseguía olvidarme de eso, ni siquiera cuando observaba a Carlito y a un amigo suyo haciendo girar la peonza, ajenos a todo, perdidos en ella, transformados ellos también en peonza y carruseles. Por eso la peonza era para mí un objeto molesto; además, cuando estaba en la cama, no sabía qué hacer con ella.

Sin embargo me daban ganas de jugar con ella, apiadada de su forma torpe, casi por darle un sentido. Me levantaba de la cama y la ponía en marcha. Me hubiera gustado que la peonza subiese, alzara el vuelo y desapareciera; de hecho ese parecía el máximo deseo de la peonza al culminar el juego. Pero volvía atrás de modo mecánico y ruidoso y quedaba inclinada en el suelo, atontada, pidiendo insensatamente, «¡Más, más!», tal como hacía yo cuando me empujaban en el columpio o me hacían volar levantándome por las manos.

20. *Una caja de galletas surtidas*. Eran de esas galletas de pasta muy fina y quebradiza llamadas *wafers*, con distintos rellenos y envasadas en capas —entre hojas de papel encerado marrón de bordes fruncidos— dentro de una caja de madera barnizada en la que se veían dibujos de convolvuláceas y otras trepadoras. Todo en aquella caja chirriaba y crujía, desde el papel a las galletas. La nata misma crujía, aplastada entre aquella sustancia casi impalpable y seca.

Con todas aquellas gradaciones de marrón era un objeto otoñal, propio de la habitación de un convaleciente.

La sensación hojaldrada de las obleas en la boca asociada a mi deseo de salir lo antes posible de aquella habitación me llevaba a imaginar, recortados contra los cristales de la ventana, cucuruchos metidos unos dentro de otros en pilas tan altas que se curvaban como ramas de palmera, y en todo similares a las que surgían del mostrador de los helados en el Café de la Unión. Los de verano, crujientes cuernos de la abundancia, parecían esperar que la mezcla cremosa atenuara el rigor geométrico con su opulencia y disolviera su esencia árida y casi polvorienta.

Mamita me prometió que en cuanto me curara me llevaría al Café de la Unión, e incluso a la *sierra*, a ver de dónde venía la nieve de los helados. Entretanto, diligentemente pero con infinita nostalgia, yo masticaba las obleas, que llenaban mi cama de migas impalpables y fastidiosas; y cuando al primer mordisco crujían en la boca tenía la sensación de que se producía como una mágica suspensión del tiempo. De hecho vacilaba al masticar y tragar el trocito, pero prevalecía la costumbre, sorda e inerte.

21. *Una mariquita de cerámica repleta de caramelos*. El perro de cerámica era un objeto estúpido; me hubiera gustado que estuviese vivo o fuera al menos de trapo, como el conejo. En cambio una mariquita de cerámica podía estar bien. Ya cuando se encuentra viva y no vuela, la mariquita parece hecha de cerámica esmaltada o de piedras raras. Y cómo llena de asombro comprobar que los caprichos de Dios se parecen tanto a los del hombre. Pero la mariquita que me regaló papito era gigantesca; y hubiera sido realmente monstruosa de no haber estado abierta en dos, como una caja, para contener golosinas. Aquella cavidad repleta de caramelos y confites pretendía arrancar el secreto de fino estilista encerrado en la mariquita viva, mientras que la alegría bulliciosa de los papeles de colores pretendía reemplazar el inquietante regocijo suscitado por su aparición. En los élitros habían representado muchos más de los siete puntos negros, probablemente por ignorar la anatomía del insecto y quizás aún más los números sagrados de la Fortuna.

Aquel gigantesco amuleto de colores tan llamativos, apoyado en la

cómoda, y la siniestra multiplicación de los puntos negros representaban un reclamo tan arrogante que, sin duda, la misteriosa señora de los ojos vendados y de las secretas y sensibles antenas se habría mantenido alejada de la habitación.

De modo que mi mariquita no era un amuleto, sino un recipiente de caramelos.

22. *Una caja mágica con un muñeco que salía por sorpresa*. El más maléfico de los juguetes, el más cercano al descaro y al despecho. Pero a mí me interesaba el mecanismo de resorte. Conseguí desmontar la caja, escudriñar aquellas entrañas mecánicas. Practiqué comprimiéndolas y aflojándolas.

Cuanto más claro me resultaba el mecanismo, más inquietante me parecía. Cuando apretaba, la fuerza de mi mano se me antojaba ciega y monstruosa. Al quitarla luego de golpe, el resorte saltaba; y esto era inevitable, no dependía de mi voluntad. Había puesto en marcha unas fuerzas que ya no eran controlables.

En aquellos días de convalecencia me apasioné por todo tipo de mecanismos. Me dieron un viejo reloj roto para que lo desmontara. Al ofrecérmelo me dijeron que también el organismo de los hombres era una máquina perfecta, con tornillos y engranajes. Pero yo, en lugar de imaginar el funcionamiento del organismo humano similar al del reloj y los distintos órganos parecidos a ruedecillas mecánicas, hacía lo contrario. Por eso, a veces, tocar el reloj me daba asco casi como si palpara unas vísceras; y la mano con la que rozaba los distintos engranajes, en vez de adquirir la frialdad inanimada de estos últimos, transmitía su naturaleza corruptible, como una enfermedad infecciosa, al metal, que con los dedos notaba caliente y sudoroso.

Había roto el juguete, además, porque el pobre muñeco mecánico, que salía de repente y con obstinación, me recordaba algo triste. Al patio de Dida daba el ventanuco de un establo por donde se asomaba de vez en cuando la cabeza de un borrico. Los muchachos del patio, que a menudo eran crueles y malvados, cuando el asno sacaba la cabeza le disparaban con una escopeta de perdigones, de modo que el animal siempre tenía las orejas y la cabeza ensangrentadas. Aun así no

dejaba de asomarse.

23. *Una barquita de vela*. ¡Acaso puede existir para un niño enfermo un juguete más ridículo que una barquita de vela! Me atormentaba el deseo de huir de aquella cama, de aquel cuarto, de aquella casa; y también del mundo que conocía. ¡Y fantaseaba con hacerlo precisamente en una barquita de vela! Imaginaba aquella fuga como un escabullirme. A la barca de mis fugas la llamaba Pinta; en efecto, no quería huir a un mundo abstracto e incoloro, sino al corazón mismo de las cosas, que es multicolor.

Papito, que hacía lo imposible por enseñarme cancioncillas y rimas en la lengua de su ciudad de origen, e incluso versos de grandes poetas, al hacerme el regalo quiso que me aprendiera esta cancioncilla:

> Había una vez un barquito chiquitito
> que no sabía, no sabía navegar.
> Pasaron una, dos, tres, cuatro, cinco, seis semanas,
> y aquel barquito navegó.

El barquito era yo. Y las seis semanas parecían peñascos insuperables de un tiempo petrificado.

24. *Una pulserita en filigrana de plata*. Papito dijo que venía de Ibiza. Allí iban algunos recién casados de luna de miel; otros, en cambio, elegían Valencia. «En los próximos días tráeme más regalos como los que los novios les hacen a sus novias. ¡No quiero más juguetes!», le pedí a papito.

Me pasé el día quitándome y poniéndome la pulsera. La escondía en mi puño, imaginando que ya no estaba y fingiéndome sorprendida cada vez que abría la mano. O bien la depositaba en el hueco de mis manos para oír su tintineo. Experimentaba una felicidad indecible. El sonido débil y argénteo me parecía la promesa de que un día podría salir de la piel de mono en la que me encontraba encerrada y convertirme en princesa. Y cuando contemplaba la pulsera en mi muñeca tenía la impresión de que mi brazo, tan pequeño y flaco, se

iluminaba de gracia.

Esa noche no dormí y estuve nerviosa todo el día siguiente. ¡Quién sabe si papito se olvidaría de mi deseo!

25. No se olvidó. Al día siguiente, por la tarde, me trajo *seis pañuelitos bordados*.

«¡Menuda torpeza!», comentó mamita, a quien papito, traicionando el secreto, había puesto al corriente de nuestro noviazgo. «¡Ni siquiera sabes que no se regalan pañuelos! Porque traen lágrimas.» Pero papito, que no tenía un pelo de tonto, contestó, «¡No son pañuelos para la nariz! Así, tan pequeños, no sirven para sonarse ni para secarse las lágrimas de dolor. ¡Solo van bien para secarse las lagrimitas de alegría y retocarse el pintalabios!».

Esa noche papito y yo jugamos a disfrazarnos, usando también los pintalabios y polvos de mamá. Yo me vestí de dama china y papito, de mandarín. Y antes de dormirme usé uno de los pañuelos para secarme una lagrimita de alegría.

26. *Una caja de dátiles, uvas pasas, piñones, pistachos, albaricoques e higos secos, almendras, cacahuetes, nueces y avellanas*. Un finísimo papel de seda rojo, similar a paja ligera, separaba cada compartimento de los demás. Evidentemente los enamorados no podían comer otra cosa. Los otros alimentos eran para cuando se hubiesen casado. De hecho, aunque parecían encontrarse en el mundo de todos, los novios viajaban a países lejanos; precisamente a los países de aquellos frutos exóticos. Por eso en la caja se leía «*Para la exportación*».

De manera que los enamorados tomaban un alimento similar al que comían los monos. Papito y yo éramos, pues, unos monos, pero monos especiales, como los del paraíso terrenal o como los dos únicos salvados en el arca de Noé.

Acariciaba el brazo de papito a contrapelo. Intenté también desabrocharle la camisa para acariciarle el vello del pecho, pero él no quiso, dijo que tenía frío.

27. *Un mueblecito blanco y rojo, con múltiples cajones de apertura*

escalonada llenos de agujas, botones y carretes. ¡Pobre de mí! ¡Ya no se trataba de un regalo de novios, sino casi de un obsequio de casados!

En el patio de Dida las novias cosían los botones de las camisas de sus novios, y cuando eso ocurría, Dida comentaba, «¡Dentro de poco se casan!». Yo no quería estar casada, no quería parecerme a mamita, solo deseaba ser novia.

El regalo de papito no me gustó.

28. *Una cestita de fruta confitada*, que papito me regaló poco después del mueblecito blanco y rojo. Era un obsequio tan íntimo y dulce que aquel mundo de enamorados de repente se me antojó empalagoso y aburrido.

A través de la transparencia de los colores lograda con el proceso de confitura era como si los frutos revelasen su esencia oculta. Pero tenían algo de fúnebre y embalsamado, casi como si permanecieran confinados en una eterna estación otoñal.

Las blancas escamas de azúcar, que habían quedado pegadas en algunos sitios, constituían el rastro residual de la misteriosa decocción que había transformado aquellos frutos radiantes en frutos subterráneos.

Los mimbres trenzados de la cestita estaban a su vez recubiertos de un barniz amarillo y reluciente que parecía haber apagado el último residuo vital de la madera y retenido el temblor de las briznas de paja sobre las que se apoyaban los frutos. E incluso la cinta verde que cerraba con coquetería el paquete entero era rígida y brillante, de modo que las puntas quedaban tiesas, como diminutas serpientes al acecho.

Toda la composición parecía de cera, una imitación de sí misma.

Procuré recordar los pequeños trofeos que las novias del patio de Dida exponían encima de sus cómodas. Me di cuenta de que nunca habría sabido acoger esos regalos. Me tendí debajo de las mantas, con la fina sábana subida hasta la barbilla, y permanecí inmóvil largo rato, sintiéndome separada de todo y, al mismo tiempo, protegida. Por la ventana abierta entraban oleadas de perfume de jazmín. Era primavera. Me levanté y fui descalza hasta la ventana. El mar

centelleaba bajo la última luz del crepúsculo. Hubiera querido volar para alcanzarlo. Y mientras lo miraba con anhelo, formulé este propósito, «¡Nunca más me prometeré con un hombre! Me prometeré con el mar». Y para no olvidarme de la promesa me até a la muñeca un hilo de bordar azul, me quité la pulsera de filigrana, la guardé cuidadosamente en su estuche y lo puse encima de la cómoda con los demás obsequios.

29. *Una enorme y monstruosa tortuga mecánica*. De no haber roto dentro de mí el noviazgo con papito seguramente este último obsequio habría bastado para convencerme.

Se le daba cuerda y caminaba muy pero que muy despacio, con un ruido similar al de una muela de molino, un jadeo de hierro. Daba la impresión de querer molerlo y triturarlo todo a su paso, pero la tortuga iba tan lenta que solo molía y trituraba el tiempo, que era indestructible y se reponía enseguida.

Estaba barnizada de marrón y verde y tenía los ojos pintados de rojo; era como si a causa de un llanto inconsolable y perpetuo se le hubiesen vuelto de ese color. El pobre animal había llorado «lágrimas de sangre», como decía la abuela.

Me costaba apartar la vista de los ojos de la tortuga. Pero no eran ojos hipnóticos, sino cómplices sórdidos debido a una antigua familiaridad con el vacío. Sin embargo enseguida comprendí que el problema no radicaba tanto en los ojos como en su sombrío jadeo.

La misma noche en que me la regaló, papito entró en mi dormitorio vestido de punta en blanco para saludarme un momento: iba a una cena de trabajo. Mamita se mecía en silencio en una butaca vienesa. La tortuga, que contaba con un mecanismo muy potente, seguía moliendo el tiempo. De repente sentí una gran lástima por mi madre. Me eché en sus brazos y estallé en llanto. Juntas nos mecimos largo rato.

Por aquel entonces ordené o pedí que ordenaran —me impedían levantarme— los juguetes encima de la cómoda. La primera vez yo todavía estaba demasiado débil y pedí a Antònia y a mamita que lo hicieran. Siguieron sus criterios de orden, es decir:

a) juguetes varios de niña como cacerolitas, cubiertos, caja con aguja e hilo, muñecas, muñecos…

b) animales de cualquier tipo;

c) otros juguetes;

d) libros y álbumes;

e) golosinas.

De hecho para cada una de estas categorías había en mi cuarto, además, un estante o un cajón adecuados. Fuera como fuese, en esa ocasión mantuve una larga discusión con mamita sobre los corderitos de mazapán. Mamita quería colocarlos entre las golosinas y yo no estaba de acuerdo.

Uno de mis criterios de orden fue el siguiente:

a) regalos de novios;

b) objetos tontos e insensatos, como la oveja de yeso, el perro de cerámica, la mariquita portacaramelos;

c) objetos inquietantes, como el muñeco de resorte, la tortuga mecánica, el asno de oro;

d) objetos *de mi alma* como la historia de Don Quijote, el barco, la jarra de porcelana.

Otro de los órdenes fue el siguiente:

a) todo amontonado de cualquier manera en la caja grande de muñecas;

b) solo el barquito encima de la cómoda.

Durante estos cambios continuos muchos de los objetos se rompieron. Así que otro orden fue:

a) resortes, mecanismos de la tortuga, del muñeco, de la peonza, tijeras, hilo y aguja, trozos de cerámica, en fin, todos aquellos elementos con los que se podía fabricar o imaginar otras cosas puestos junto a la cama, para poder trabajar con ellos;

b) lo demás de cualquier manera en un canasto.

El último día de mi convalecencia papito me trajo un *mono de trapo*. Tenía las nalgas y las almohadillas de las patas de color rosa confite.

—¡Es igualito a ti! —observó riéndose.

Me enfurruñé. En un arrebato agarré el mono y lo lancé lejos. Más que con violencia lo hice con fría rabia. Papito me miró pasmado, no entendía.

—¡Eres realmente una mona! —exclamó, y esta vez no lo dijo en broma. Luego se marchó ofendido de mi cuarto.

Lo oí cuchichear en el pasillo con mamita.

—Esta niña no me quiere. No hay manera de llegar a su corazón. Tal vez solo te quiera a ti —le decía. Y su voz sonaba cargada de pena y rencor; parecía la de un muchacho. Y tuve la impresión de oír a mamita reír complacida, casi como si llevara tiempo esperando ese momento.

Entretanto, tendida en la cama, yo temblaba de angustia y tormento. ¡El mar jamás aceptaría ser novio de una mona! Miraba con desesperación el hilo azul atado a mi muñeca. «Si lo rompo, no tiene sentido vivir», pensaba. Me dormí llorando —las lágrimas a veces abren paso al sueño—, después de haberme esforzado en no romper el hilo.

Por eso al día siguiente ordené los juguetes por última vez como sigue:

a) todo encima de la cómoda de cualquier manera;

b) la cinta en mi muñeca.

El médico vino a las once para comprobar si me podía levantar.

—A partir de hoy debe llevarla a la playa a diario por lo menos dos horas para que respire el aire de mar —le recomendó a mamita.

Los pájaros de Carlito

Carlito no tenía los ojos como mi amigo Paco. En ellos no se veía rodar una bolita de mercurio; tampoco se le encendía esa llamita ahora burlona, ahora cruel que relampagueaba de vez en cuando para desaparecer enseguida, casi como tragada golosamente o guardada y escondida para otras ocasiones fugaces. Los suyos brillaban dulces y apacibles como pequeños frutos maduros. Cerezas negras, quizás. De modo que esos ojos no penetraban las cosas, no las invadían, ni siquiera parecía que las rozaran; esperaban a que estas se reflejaran en su interior. Y su rara caricia no era más que la del reflejo.

También en todo lo demás Carlito era distinto de Paco. Pero eso no quería decir en absoluto que se me pareciera. Era distinto de mí y era distinto de Paco. ¿Cómo era entonces? Paco era un niño, un niño rudo, hijo de campesinos; yo era una niña, una niña que se parecía a una mona, pero que siempre llevaba ropa bonita y en la cabeza lucía bucles. Carlito no era ni lo uno ni lo otro.

¿Era un gnomo, un duende, el hijo de un mago? Tal vez no fuera hijo de papito. De hecho, papito no era mago, solo ilusionista.

Se vestía, o lo vestían, deprisa. No le daban berrinches. En todas las prendas que se ponía, o que le ponían, surgían enseguida unos cascabeles que lo acompañaban tintineando y, al suprimírsele el sonido, el traje desaparecía. Era como si aquel ruido de cascabeles repitiera, «¡Estamos aquí! ¡Estamos aquí!». Porque era como si Carlito no se anunciara solo a sí mismo, no hablara solo en nombre propio.

Nunca le daban berrinches ni siquiera cuando comía. Mamita sí que podía fiarse de él, a él le gustaba todo lo que le cocinaba o le mandaba cocinar. De hecho a veces era mamita quien le preparaba con sus propias manos la sopa de sémola, por ejemplo —¡tan delicado y difícil era su punto justo de cocción!— o un ala de pollo, que ella hervía con una patata, una zanahoria y un tallo de apio hasta dejarla transparente. Carlito le estrechaba la mano con gratitud y entrelazaba

sus dedos con los de ella. Y sin dejar de estrecharle la mano, esperaba impaciente a que sobre los plátanos humeantes se prendieran llamitas azuladas y luego se apagaran.

Mamita tenía en la piel blanca del brazo, justo a la altura del codo, una mancha azul violácea del mismo color que las llamitas. «¿De qué es este antojo?», le preguntaba Carlito, y ella contestaba, «Un antojo de magia». Al observar a Carlito comerse los plátanos no me daba cuenta de si lamía o mordía los plátanos o más bien el brazo de mamita que, oculto tras las llamitas azules, se había posado quizás un momento en el plato. Todo esto era posible, sin duda; y de hecho la abuela nos había enseñado a Carlito y a mí que en la hostia estaba el cuerpo de Cristo y nos había mostrado una imagen en la que de la hostia, partida como afrenta por un malvado o un descreído, brotaba sangre.

Cierta vez los plátanos llegaron de las islas Canarias en un barco lleno de pájaros. En la cocina colgaban varios racimos. Carlito los miraba con infinita tristeza. No le habían traído también los pájaros variopintos.

Carlito sabía que no estaba bien que se peleara conmigo, que era una niña. Pero las veces en que reñíamos no se convertía, como yo, en una bestia, sino en un manojo de nervios, y soltaba chispas. Se le ponían tiesos los pelos de la cabeza y se le incendiaban; yo le tiraba de los pelos, lo arañaba y lo mordía; él solo soltaba puñetazos, codazos, rodillazos. Era como si se volviera de hierro, y se agitaba como una peonza o una tortuga mecánica enloquecida. Su carne se consumía hasta la última gota de sangre, sus ojos se entornaban con fuerza, eran dos rendijas resplandecientes, mantenía la boca cerrada y tirante. La nuestra parecía una lucha de paladines, toda fragor de hierro y chispazos. Y yo notaba lo ineficaz de mi modo de luchar. Intentaba arañarlo, pero las uñas no encontraban dónde agarrarse, así de rígido y duro era, y lo mismo ocurría si intentaba morderlo; trataba entonces de tirarle del pelo, y era como si me diera una descarga eléctrica. Ni siquiera podía escupirle porque se me secaba la boca; y tenía la

impresión de que, si la pelea continuaba, me quedaría totalmente agostada y, como mi hermano, me transformaría en acero. Por ello me habría gustado seguir hasta bien entrada la noche, para que los dos despidiéramos chispazos y en aquel intrépido embestir se forjara algo nuevo. Con los puños apretados fingía alejarme, pero era solo para tomar carrerilla y abalanzarme sobre él con los ojos centelleantes. ¡Yo también era ya un guerrero! Sin embargo alguien venía siempre a separarnos.

Carlito no se peleaba con nadie salvo conmigo. Yo hacía lo posible por robarle su secreto; y al no conseguir sonsacárselo me empeñaba a fondo en provocarlo para que descendiera a mi nivel. Una vez durante una de esas peleas me pegó un mordisco. Pero una sola vez. «¡Por fin! Ahora se vuelve como yo», pensé. Lágrimas, saliva, sangre, un ser resbaladizo, despellejado, ensangrentado, rastrero. Me regodeaba ante aquella baja complicidad de nuestra carne que se me anunciaba. Pero Carlito no volvió a hacerlo nunca más. Así le sonsaqué su primer secreto: en la lucha había que aprender a soltar chispazos y no a hacer sangrar.

A Carlito le gustaba mucho el caballo balancín. Nos mecíamos uno al lado del otro en el segundo patio, cada cual en su propio caballo.

—¡A mí me gustaría un caballo de verdad! —decía Carlito.

—¡A mí también —repetía yo, y añadía—: ¡Y me gustaría galopar a más no poder por el campo sin parar nunca!

—A mí no —decía Carlito—. A mí me gustaría un caballo de verdad para darle de comer y hablarle.

—¿Cómo que para hablarle? ¡No te entendería! —decía yo.

—No es cierto —decía Carlito—, los animales saben hablar y yo los entiendo.

Y seguíamos meciéndonos.

—¿Qué haces? —le preguntaba a Carlito.

—Le estoy acariciando el pipí a Mowgli —decía. Los dos teníamos un amigo imaginario.

—Yo me acaricio el mío —decía yo—, porque Estel se ha muerto y ya no tengo amigas.

A mí me encantaba estar en la cocina. A Carlito no. Lo que a él le gustaba era seguir a Pedrón. Pero no cuando servía en la mesa o en las recepciones —y disponía las bebidas en el carrito, las pastas en las bandejas del salón, las almendras en las tarrinas, los bombones con su nuez y su pistacho, que mamita empaquetaba en cajas chinas—, sino cuando se ocupaba del asno y de las plantas. Trepaban juntos a los árboles para hacer injertos — Carlito sostenía la cacerolita con la pez hirviendo— o para podarlos. Sin embargo, cuando yo también intentaba trepar, ellos se mofaban de mí desde arriba; Pedrón, en especial, me gritaba, «¡Bájate enseguida! ¡Eres una niña!». Yo me encaramaba igual. «¡Que te bajes o le digo a Carlito que te eche la pez en la cabeza!» ¿Conque era una niña? Pues bien, me vengaría. Buscaba piedras y apuntaba entre las hojas.

Una vez le di a la cacerolita con la pez y Carlito se quemó un pie. Pedrón se bajó del árbol hecho una furia y empezó a perseguirme, pero corriendo, niña o no niña, yo los superaba a todos. No corría, volaba, y con antenas secretas esquivaba los obstáculos. Había aprendido muy bien a escapar, a huir.

Carlito le daba a mamita unos besos muy especiales que a mí nunca me habrían salido. Pero él nunca besaba a Dida. Ni a nadie más. Solo a mamita iban destinados aquellos besos especiales que parecían salidos de un refinado paquete… ¿de caramelos? No, ni de caramelos ni de otras golosinas; ni siquiera de tabaco de Cuba. O tal vez no de estos objetos auténticos, sino más bien de caramelos mágicos hechos, por así decirlo, únicamente de aromas difíciles. Como si al quitar el papel dorado se desprendiera aroma a café, aroma a té, a mayonesa, a tabaco, a fresas, a palisandro y a lapislázuli; solo aroma y nada más.

Cuando yo besaba a mamita o a Dida me mezclaba con ellas. Cuando besaba a Anita, no; más bien la tragaba, o al menos lo intentaba, pero Anita no quería y chillaba. Carlito, por su parte, seguía siendo muy distinto de los demás, bien definido, no era desmesurado como yo ni tenía mi desesperación. Su especificidad llegaba incluso a realzarse en el acto de besar. Carlito se convertía en un actor de

comedia interpretando su papel. Las mejillas se le teñían de rojo, como si estuviesen pintadas; los ojos, más grandes y más profundos, más oscuros y relucientes, parecían maquillados; y los rizos negros, que sacudía ligeramente, una peluca. Hacía mil zalamerías con las manos al acercarlas a mamita o al tocarla, como si ella fuese demasiado frágil y pudiera romperse. De hecho, mientras él le hacía estas zalamerías era como si mamita se transformara en cristal, una estatuilla de la fábrica de vidrio del Casco Antiguo. Después Carlito fruncía los labios y se acercaba poquito a poco a su mejilla, echando un vistazo a su alrededor hasta que encontraba mis ojos; mirándome intensamente estampaba un delicado beso en la mejilla de mamá. De haber sido más sonoro mamita se habría roto y se habría roto todo aquel juego.

«Me mira mientras besa a mamita. Pero ¡entonces no se mezcla! Pero ¡entonces está actuando!», pensaba yo cada vez. Y lo que más me chocaba era la seguridad con la que completaba aquel gesto, casi como si hubiese nacido sabiendo que debía seguir siendo distinto a todo.

Desde que Ignasi, el guardián, le había hecho un truco de magia, Carlito traicionaba cada vez más a Pedrón para irse con él. Al principio, para cautivarlo, Ignasi solo le contaba cuentos. Pero no las *rondaies mallorquines*, sino cuentos de pájaros.

De pájaros lejanos y de pájaros cercanos.

De pájaros lejanos, porque eran de la *sierra*.

Como el buitre leonado, que se lanza sobre el valle con las alas desplegadas —las remeras negras que parecen recortadas por una bruja y la cabeza blanca asomada entre todo el gris y el negro de las plumas—, pero solo bien entrada la noche y de vez en cuando, por miedo a los hombres, mientras que en tiempos remotos sus antepasados eran los reyes indiscutibles de la isla.

Como el quebrantahuesos, que desde hacía diez años nadie había vuelto a ver en la *sierra*, y que Ignasi había vislumbrado una sola vez, cuando era niño y trabajaba en el matadero de Inca. El

quebrantahuesos había bajado de las montañas y robado un hueso grande de vaca que se llevó hasta lo alto, casi como un rehén tomado a la ciudad laboriosa; y de niño, Ignasi pensó en aquel hueso todavía ensangrentado y repleto de tuétano como en un regalo que le había hecho a la rapaz, por el que esperaba una misteriosa recompensa de la suerte. El pájaro era rosa, negro y gris, y una vez, en la *sierra*, él, Ignasi, había encontrado unas plumas rosas y las había guardado, considerándolas una prenda de amor del destino… y le enseñaba a Carlito aquellas dos viejas plumas de un rosa desvaído, envueltas en papel de seda amarillento. «Tenía una barbita negra que le daba un aire de listo…», le contaba. «Y de hecho fue listo, porque se largó a tiempo de nuestra isla. Y a mí me dejó estas plumas en prenda… no sé de qué, porque todavía no se me ha cumplido ninguna promesa. Casi que te las regalo…», decía todas las veces, pero luego volvía a guardarlas en el cajón.

O como el buitre monje, con el plumaje negro y un pico ganchudo, que daba mucho miedo a las mujeres.

—Las mujeres —contaba Ignasi—, lo confunden con el águila y temen por sus hijos recién nacidos y sus conejos, ¡no saben que solo se alimenta de carroña! Precisamente —añadía— porque se alimenta de muertos, como los monjes, está más próximo a la vida que las águilas. Te lo digo yo, que he trabajado en un matadero: es difícil establecer el límite entre una carne fresca y una podrida. He visto caballos sacrificados y mulos que incluso vivos estaban pasados, y ciertas carnes de becerro que, de tan rojas y vivas, parecían correr ruidosamente incluso dos días después del sacrificio. Y eso lo sabían bien los compradores. Y sobre todo los enfermos que hacían cola para beberse la sangre de los animales sacrificados: frente a los recipientes que la contenían vacilaban y la olían largo rato, pese a la impaciencia del último de la cola. De algunas clases de sangre decían, en efecto, que todavía estaban vivas, de otras, en cambio, que ya estaban muertas, y esa sangre se la disputaban. ¿Y vosotros qué decís, mi sangre está viva o muerta? Yo ya no lo sé. No me siento vivo, pero tampoco muerto, la verdad; es como si me sintiera vivo, pero no por la sangre…

—Pero tú no tienes sangre —le decía Carlito—, estás muy flaco, entre piel y hueso no te queda nada. ¡Y tu piel no parece piel, sino cuero seco, papel vitela!

Ignasi se enfadaba. Cogía un cuchillo y fingiendo cortarse preguntaba:

—¿Quieres ver cómo tengo sangre?

—¡Me lo creo, me lo creo! —gritaba Carlito, temiendo en realidad que Ignasi lo hiriese a él además de a sí mismo.

—De modo que —proseguía Ignasi—, la vida y la muerte están mezcladas. Y el buitre negro lo sabe, por eso se alimenta de carroña. El águila, por el contrario, no lo sabe; y nosotros decimos que es más inteligente solo porque se nos parece, pues hace lo que nosotros, que nos fiamos solo de los animales que matamos con nuestras manos. Para nosotros hacer y matar son la misma cosa. Por eso nos da asco el buitre negro… Tiene las plumas alborotadas, que rematan en puntas de espada, y un ojo grande, de mirada casi humana, pero no la de un hombre cualquiera, más bien la de un magistrado, de un inquisidor…

En otras ocasiones Ignasi hablaba de pájaros lejanos, porque eran de la noche. Vivían en lo alto, en los huecos del muro debajo de la parte del tejado de nuestra casa rematada por la cruz: búhos, lechuzas, autillos, mochuelos; y sus grandes ojos, redondos y amarillos, se encendían en cuanto el sol moría en el mar. Estos pájaros llenaban la noche con sus «uh, uh» y sus «urruu» que arañaban los postigos. Estaban como hechizados, se movían poco; acurrucados en las ramas de los árboles, esperaban a que el sol les robase el amarillo de los ojos y, obstinados, se fijaban bien en que no ocurriera antes de lo debido. De hecho ellos habían embelesado al sol, y este se había hundido en el mar, enrojecido de sangre. Pero Carlito y yo sabíamos que todo era puro teatro, que el espectáculo se repetía idéntico cada atardecer. Sin embargo no podíamos ver aquellos pájaros nocturnos; debíamos irnos a la cama temprano. De modo que a veces nos confabulábamos para permanecer despiertos y oírlos. Ante una misteriosa señal de la noche, en parte convenida y en parte no, saltábamos de nuestras camas en el mismo instante y nos reuníamos en el umbral que comunicaba nuestros dormitorios, donde permanecíamos inmóviles escuchando.

De vez en cuando yo echaba un vistazo a Anita que, tendida en la camita junto a la mía, me parecía un huevo en una cesta, incubado por una enorme gallina con abundantes plumas blancas y suaves. Así de plácido era su sueño, mientras que el mío era atormentado.

Carlito y yo estábamos fascinados por los pájaros lejanos de la noche. Su lejanía no era como la de los pájaros de la *sierra*. La *sierra*, situada allá arriba, era helada, inaccesible; había que andar mucho para alcanzarla, casi como para tener dieciocho años. En cambio la noche estaba ahí fuera, muy cerca; bastaba con abrir el postigo para tocarla. O apagar la luz para tenerla toda en el cuarto.

Pero la noche en el cuarto se dilataba de un modo exagerado; los autillos, los búhos, los mochuelos y las lechuzas se agigantaban y llenaban el mundo de amenazas. De vez en cuando unos «urruu» arañaban los postigos. «Por qué se quejan tanto los pájaros nocturnos?», me preguntaba. ¿Quizás porque no era de día? Pero ¿qué era la noche? ¿Era como un párpado enorme que bajaba sobre el día? ¿O era el gran cuerpo del día sin la piel que mantiene unido el organismo entero? Carlito y yo le teníamos miedo a aquel gran cuerpo negro despojado de piel.

Sin embargo, aunque con una angustia inenarrable, en una ocasión decidimos salir de casa. «Con la noche debemos comportarnos como con el día», dijo Carlito. Fuimos muy afortunados. Acababa de salir la luna llena. Y los almendros en flor reflejaban y multiplicaban el brillo de la luna. El mundo parecía una gran estrella caída y ahogada. Y los ojos de los búhos, luceros.

Carlito y yo nos enamoramos de la noche. Pasamos muchos días sin tenerle miedo. Logramos incluso convencer a Ignasi para que nos llevase a ver los pájaros nocturnos con una lámpara de acetileno. Y una noche, mientras Carlitos dormía y yo, como de costumbre, seguía despierta, me ocurrió un milagro. Tenía los ojos cerrados y logré entrar en la vasta y misteriosa noche de mi cuerpo e iluminarla, como una lámpara ilumina una gruta oscura o una mina.

Poco después se reanudaron los bombardeos. El contraste entre luces y oscuridad, silencio y fragor era excesivo. Así, Carlito y yo volvimos a tener miedo, a escondernos debajo de las mantas; y una

vez más nos vimos obligados a pensar que las cosas del día estaban llenas de «¡hiii, hiii!», alegres como el relincho del caballo, y que la noche estaba poblada de cosas tremendas, de «¡uuuh, uuuh!» y de «¡urruuu!». Entonces recordé que, cuando había explorado con Ignasi y Carlito el cuerpo de la noche con una lámpara, había encontrado una salida, aunque bloqueada por una roca inmensa. Sin embargo no le había dado importancia, pensando que siempre podría pedir a alguien que me ayudara a apartarla. En el curso de un bombardeo me di cuenta de que solo una bomba conseguiría hacer saltar por los aires aquella roca y que yo misma me vería en un gran peligro; así perdí toda esperanza de poder apartarla y siempre tuve miedo de lo que se escondía detrás.

Un día Ignasi se presentó con un mochuelo dentro de una jaula grande. Llevábamos meses suplicando tener uno. «¿Qué te cuesta? ¡Al fin y al cabo tú nunca duermes!», le decíamos con petulancia. De hecho Ignasi siempre nos respondía, «Me queda poco tiempo de vida, cuanto más duermo, más muero».

El mochuelo tenía un aire perplejo; quizás para él era hora de dormir y no podía. Ignasi le dio de comer un ratón, en esos días había puesto muchas trampas. El mochuelo y el ratón se quedaron un rato inmóviles en la jaula. A Ignasi le brillaban los ojos. Llevaba en la cabeza su gorro rojo de siempre, una especie de sombrero de juglar sin cascabeles, cuya punta se agitaba alegre y cruel como la guindilla picante en su tallo. Estaba inquieto, excitado, se movía a saltos, la punta de la lengua asomaba palpitante entre sus labios. Se apaciguó solo cuando en la pelambre gris del ratón asomó aquella gotita de sangre.

Había veces en las que Ignasi hablaba de pájaros lejanos porque eran de colores raros, como el rabilargo azul, los papagayos de todo tipo, los canarios, el pato mandarín y otras aves variopintas. O lejanos porque solo se encontraban en los jardines más lujosos de la isla, como la grulla coronada. O lejanos porque vivían únicamente en el mar, como el albatros. O lejanos porque se iban lejos. De hecho una vez nos hizo asistir al paso de las grullas.

Nunca nos hablaba de pájaros fabulosos.

Papito, por su parte, no se ocupaba de cosas vivas como Pedrón ni hablaba de cosas vivas como Ignasi. No trepaba a los árboles ni hablaba de seres que vivían en los árboles. Por eso Carlito nunca lo seguía. Era papito quien lo reclamaba siempre a su lado, y era como si lo llamase a capítulo. Nunca lo llamaba para jugar, como hacía a veces conmigo y siempre con Anita. Y cuando le hablaba era como si considerase a Carlito demasiado pequeño y, por ello, culpable por no haber crecido más deprisa.

En fin, que Carlito era completamente distinto a mí. Por ejemplo, en el jardín desaparecía cual mago que sabe volverse invisible. Pero incluso en ese caso no quería decir en modo alguno que se confundiera con las cosas o que se mezclara con ellas. A mí, como cuando besaba a mamita o a Dida, me pasaba que ya no estaba —porque me transformaba en otra cosa— o más bien me sentía mediocre, guardiana de un yo mezquino y petulante. De forma que yo estaba siempre dividida entre el aburrimiento y el miedo a perderme. Entonces, al comprobar que eso no le pasaba a Carlito, llegué a pensar que era de otro mundo. Por eso me dediqué a espiarlo para comprender cómo era ese mundo suyo.

Me escondía detrás de un árbol, un arbusto o un murete y lo observaba. Así lo sorprendía, por ejemplo, sentado en el suelo, absorto en seguir una procesión de orugas. Paco y yo también hacíamos lo mismo a veces. Pero tarde o temprano nos cansábamos y, al no aceptar que las orugas siguieran su camino o su plegaria, interrumpíamos con un palito la procesión, obligándolas a desviarse; o bien levantábamos una oruga con una ramita y observábamos cómo se enroscaba a ella. Había también algún amigo de Paco que las aplastaba con unas piedrecitas y las ponía a secar sobre trozos de caña; y había uno en especial al que no le daban asco y llegaba incluso a aplastarlas con el dedo.

Carlito no hacía nada de todo esto. Se quedaba quieto, embelesado, y al final daba la impresión de que era él, con su mirada, quien hacía avanzar a las orugas o, directamente, el artífice de su existencia. En

ocasiones hacía unas extrañas señales con los dedos, como si contara números o impartiera órdenes. A veces hasta acercaba la cara a las orugas, yo creía que estaba a punto de soplar, pero tenía la boca cerrada, casi como si contuviera la respiración.

Ahora bien, lo que más amaba Carlito era pasar horas en el invernadero hablando con los gorriones. Había allí dentro dos gorriones sueltos, que no se marchaban a causa de los encantamientos de Carlito. Ellos también parecían obedecerle. Por ejemplo, los dos gorriones nunca se disputaban la comida. Carlito esparcía unas semillas en el suelo y, mientras uno comía, el otro miraba. Y observándolo en el invernadero descubrí, en verdad, muchos secretos de Carlito.

Lo mismo me sucedió una vez cuando descubrí al otro Don Felipe, un gato muy distinto del habitual. Las cosas ocurrieron así. Una mañana me quedé jugando en mi cuarto. Siguiendo el consejo de Ignasi había esparcido maíz en el alféizar para atraer a las palomas, y mientras hablaba con mis muñecas, esperaba que las aves llegaran. Don Felipe rara vez maullaba de hambre, porque, como en todas las casas de la gente rica, delante de la cocina había muchos desechos y sobras. Don Felipe solo maullaba cuando se peleaba o imploraba un bocado exquisito, o incluso cuando permanecía encerrado mucho rato. Yo conocía muy bien sus distintas formas de maullar. De todos modos no maullaba con frecuencia, era un gato muy circunspecto. De repente, mientras yo esperaba asomada a la ventana, de detrás de la cortina me llegó un sonido extraño y pavoroso; parecía una mezcla de soplo, arañazo, lamento ronco y estridente, que expresaba un ansia infinita. Corrí a mirar y lo que vi fue a un Don Felipe desconocido, con la boca abierta y árida, los ojos como resecos; y aquel maullido suyo era como el lamento salvaje de un cuerpo sin piel y sin pelambre, sin orejas, ni cola, ni ojos, ni vísceras, ni sangre, el lamento de una tráquea desnuda, de un pobre ser desmañado, ansioso e impotente. Hasta las palomas, que acababan de posarse en el alféizar, al oírlo huyeron estremecidas por la indignación.

El secreto de Carlito que descubrí un día observándolo en el invernadero fue el siguiente: a diferencia de lo que ocurría con todas

las otras cosas, Carlito no quería diferenciarse de los gorriones; más bien deseaba ser como ellos. De hecho lo sorprendí con unas alas coloridas atadas a las axilas mientras intentaba volar imitando a los pájaros. Y a pesar de que se esforzaba en copiarlos en todo, solo conseguía la caricatura de su delicada ligereza. Había de hecho algo demasiado estridente en su trino, algo demasiado amanerado en el movimiento de sus alas, algo demasiado encendido en el color de sus plumas. Aquel Carlitogorrión era mucho más animalesco que los auténticos gorriones; en él todo era indecoroso, no en el sentido de que no estuviera bien comportarse de ese modo, sino en el sentido de una especie de inadecuación, por lo que su intento resultaba una extravagancia gratuita, una mutilación del gesto originario, la expresión, en fin, de una insuficiencia.

«*S'ha tornat boig!*»,* me dije como para tranquilizarme, así de turbada me sentía, mientras Carlito, que perseveraba en sus esfuerzos, lloraba, con su obstinado trino transformado en sollozo. «¿Por qué no vuela con la cabeza alta? ¿Por qué no inventa una voz a medio camino entre la de los hombres y los pájaros?», me preguntaba.

Como no podía soportar aquel sollozo triste, salí de mi escondite, me abalancé sobre Carlito, le arranqué las alas, me las puse yo y me metí entre los dientes y los labios una hoja que había agujerado en el centro con la uña. Después, como una posesa, me puse a imitar a los pájaros en vuelo.

—¡Pareces un títere, un espantapájaros! —exclamó Carlito, indignado—. Déjame solo. Tarde o temprano lograré convertirme en gorrión. ¡No me gustan estas payasadas!

Pero yo volví a abalanzarme sobre él; rodamos por el suelo, empezamos a pelear. En esa ocasión me habría gustado ser un ángel para llevarme a mi hermano.

Desde entonces me dio por temer encontrarme en cualquier momento asistiendo a los penosos intentos de Carlito por transformarse en gorrión. Hasta en la mesa me asaltaba ese temor. Carlito se sentaba frente al plato de cerámica con los dos pastorcillos —o frente al calientaplatos con los ositos—, frente a la copa de plata, frente al servilletero de rafia y, de repente, comprobaba avergonzada

que debajo de la mesa le había crecido un cuerpo de gorrión; de hecho una pata unguiculada me había rozado la pierna. La vergüenza se convertía en angustia. «¡Ahora va a hacer algo indecoroso!», pensaba. «¡Arrancará pajitas del bajoplato y se las meterá en el bolsillo para construir su nido! ¡O bien, después de beber, levantará en el aire la barbilla y el cuello para tragar el agua!»

Así que dejé de espiar a Carlito. Solo sentía lástima por él y una preocupación maternal, casi como si se hubiese sublimado en mí una parte de mamita, no los pechos sino las pestañas, con su temblor, y las manos, con su estremecimiento.

De modo que evitaba entrar en el invernadero cuando él estaba allí. Pero, atraída aún por los gorriones, iba todas las veces que él los traicionaba, pese a no soportar la comparación.

Me quedaba callada, contenía incluso el aliento, pero los gorriones se percataban puntualmente de mi presencia, que para ellos debía ser como un fastidio o un peligro.

A veces, a fuerza de quedarme quieta y callada caía en una especie de duermevela y me olvidaba, por fin, de la imagen que de los gorriones daba mi libro de lectura en el capítulo «Los gorriones construyen su nido». Era entonces cuando entraba realmente en la vida de aquellos pájaros, y mis miradas oblicuas se perdían en sus pequeñas miradas fugaces y agudas, en su profunda inconsistencia. De no haber ido siempre alguien a buscarme nunca me habría marchado de allí. Al fin y al cabo ¿había acaso un lugar al que valiera la pena ir? Pero no berreaba cuando me sacaban de allí, como solía hacer si me impedían seguir jugando, por no asustar a los gorriones. Seguía dócil a mamita o a Dida, tranquila, con aire absorto; comía en silencio, sin berrinches; sin protestar, me dejaba lavar y meter en la cama. Y quizás soñaba incluso con aquellos gorriones, o al dormirme me daba la impresión de ser soñada por ellos.

A fuerza de observarlos me di cuenta de que salían del invernadero de tanto en tanto. A veces regresaban enseguida, a veces al cabo de días. La imprevisibilidad de su comportamiento me angustiaba, mamita también aparecía y desaparecía, ataviada con su sombrero de plumas. Regresaban con hojas de hierba y pajitas en el pico; y también

mamita traía sus obsequios, que eran como mensajes amorosos y fúnebres a un tiempo. Entre la partida y la llegada había entrado la muerte, arrolladora, que todos aquellos objetos no conseguían mitigar. Por su parte los gorriones, como hacía mamita, se marchaban atareados, con un deseo de aventuras y de aire en las plumas y en los ojos, mientras yo me quedaba allí a esperarlos, sin nada que mereciera la pena hacer.

Un día les supliqué que llevasen en mi nombre un mensaje al bosque. «Decidle a alguien que venga a ayudarme», imploré. «Decidlo en voz alta, de modo que todos puedan oírlo. ¡Entre tantos seres, sin duda, alguien habrá!» Nunca vino nadie.

Cuando me encontraba con el invernadero vacío salía de allí desconsolada. Y había ocasiones en que alrededor de los cipreses veía volar bandadas de gorriones que cruzaban el cielo con temblores circulares, oscureciéndolo. Aquella manera suya de multiplicarse se me antojaba monstruosa, me daba una sensación de vértigo y de desorden. «Del mismo modo», pensaba, «¡me podrían salir otras manos, tres o cuatro piernas y muchos ojos! ¡Un ojo en cada dedo, ojos en la nuca, entre el pelo!». Y salía corriendo.

Entretanto Carlito tal vez se había aburrido de escuchar cuentos de pájaros lejanos; y de pájaros cercanos pero a la vez lejanos porque solo eran materia de cuentos. Prefería sus orugas. Y el asno de Pedrón. Pedrón, por su parte, le había prometido llevarlo a ver un borrico recién nacido. La cuestión es que un día ocurrió algo raro.

Tal vez Ignasi lo hizo porque tenía celos de Pedrón, con el que ya una vez había llegado a las manos exigiendo para sí el cuidado de Carlito. En fin, que de repente Ignasi decidió no contar más cuentos y dedicarse a criar decenas de pájaros. Lo hizo a escondidas. De hecho Ignasi se alojaba en un cuarto apartado, donde por orden de la señora de Son Batle —que había puesto esta única condición a la concesión del alquiler— todo debía quedar tal como ella lo había dejado, al punto de que incluso le había ordenado a Ignasi que de vez en cuando pusiera en marcha su tocadiscos. Y puntualmente Ignasi así lo hacía.

Entonces, sin que nadie se enterara salvo nosotros, Ignasi amontonó los muebles de la señora de Son Batle en un rincón y los tapó con tela de arpillera. Quitó de en medio hasta el tocadiscos, sosteniendo que la música asustaba a los pájaros e impedía incubar a las hembras. Día tras día aumentó el número de jaulas y pájaros. Acabó por trasladar también la cama de su casa, un somier metálico con un colchón repleto de bultos, relleno de hojas de maíz. «¿Qué diría mamita?», nos preguntábamos Carlito y yo. «¡Si llegara a enterarse seguro que lo echa!» Por eso estábamos firmemente decididos a guardar el secreto.

Pasaba en aquel cuarto cada vez más horas. Mamita y Antònia me regañaban, «¿Qué haces todo el tiempo en el jardín? ¿Se puede saber por qué hueles a estiércol de pájaros?». La única que no decía nada era Dida, y yo tenía la impresión de que en realidad estaba al corriente de todo, pero prefería callar.

En el cuarto de Ignasi había todo tipo de pájaros. Algunos tenían un aire secreto y arrogante, otros imprimían a sus gestos una urgencia ordenada, otros tenían una expresión de empedernida avaricia, otros, en cambio, un aspecto sumiso y perplejo, otros una mirada como miope y se mostraban incómodos cuando se posaban sobre las patas, otros, en fin, lucían un aire docto y otros, burlón.

Sus nidos eran de todo tipo y formas: redondos, planos, de embudo, de cesta, hechos de paja, de hierba, de hojas, de barro. En un nido llegué a encontrar copos de una preciosa y rara guata celeste, como esa que en un cofre protegía los anillos de mamita y que yo le robaba para mis juegos. Me llenó de felicidad que los pájaros hubiesen robado aquella guata de algún lugar; era como si le hubiesen devuelto su esencia. De hecho la del cofre de mamita, cortada en un cuadrado, gruesa y casi brillante, parecía aplastada por el peso de las joyas.

Me di cuenta de que los pájaros hacían exactamente lo mismo que los seres humanos: comían, se besaban, construían su nido, daban de comer a sus hijos, desaparecían con destinos desconocidos, daban fiestas y recepciones, sangraban. Pero con una ligereza distinta, y siguiendo el destino, como si fuese una ley. «¿Por qué yo no soy como ellos?», me preguntaba. «¿Por qué soy un monstruo y no una gorriona?»

Un día en el teatro de Ciutat hubo un ballet. Mamita y papito decidieron llevarnos a Carlito y a mí a una función. Vi así por primera vez un ser humano semejante a los pájaros. «Yo también quiero ser así», les dije a mis padres. Papito contestó, «¡No! Tú de mayor serás bibliotecaria».

De hecho papito quería que Carlito y yo fuésemos personas instruidas. Como se había percatado, por ejemplo, de que nos gustaba observar a los pájaros, nos compró libros y empezó a enseñarnos los principios elementales de las clasificaciones ornitológicas. Pero ¡qué aburrimiento! Los pájaros de aquellos libros parecían muertos, de una muerte especial que nosotros todavía desconocíamos. No estaban ensangrentados ni se habían convertido en fantasmas, y ni siquiera habían sido raptados al mundo, como algunas de las princesas de los cuentos de las *Rondaies mallorquines*, representadas detrás de una nube, bajo el agua o en un ataúd de cristal. La suya era una muerte que se diferenciaba incluso de la de los personajes del álbum de fotografías. Estaban dibujados con precisión analítica y, a menudo, al lado de las partes del cuerpo o dentro de ellas se veían unos números encerrados en un círculo. «¡Los han metido en una jaula de palabras!», dije en cuanto los vi. Carlito, por su parte, callaba: mientras papito explicaba las ilustraciones miraba de vez en cuando la ventana abierta con nostalgia. Y en una ocasión en que no pudo contenerse gritó, «¡Mirad esas dos moscas montadas una encima de la otra!». Pero papito las ahuyentó con un gesto de la mano y las separó.

Sin embargo un día papito trajo un libro hermosísimo. Un libro precioso. Carlito y yo no debíamos tocarlo. Se llamaba «incunable». Solo él podía pasar sus páginas. En aquel libro suyo estaban representados unos seres anfibios, a medio camino entre los hombres y los pájaros. Así era, según papito, como imaginaban los habitantes del Medievo a los habitantes del otro hemisferio.

Daba la impresión de que los aspectos extraños de los hombres y las bestias se exaltaran mutuamente en aquellas figuras. La ropa de los hombres, por ejemplo, que indicaba su rango social y su oficio, los emblemas y los ornamentos parecían ridículos o como fuera de lugar o, por el contrario, cargados de significados ocultos. Las formas

exageradas de los picos y los cuellos de los pájaros parecían caprichos, errores o excesos de la naturaleza. Ciertos collares de plumas, en cambio, recordaban cuellos de abrigos de pieles y otorgaban aún más perplejidad a la expresión de los ojos, que estaban como ensimismados en fatigosas elucubraciones; algunos cuellos eran además tan largos que parecían alambiques o trozos de intestino y hacían presagiar oscuros y fatigosos procesamientos de bolos alimenticios y espíritus o vapores vitales; de hecho sus rostros transparentaban un esfuerzo lento y doloroso, una sensación de sorda gestación. El extremo inferior de los cuerpos remataba a menudo en pies de cerdo o pezuñas de caballo, los primeros adaptados a un matar ciego y a excavar en las vísceras de la tierra, los segundos, en cambio, a cabalgar el tiempo enloquecido del mundo. Aquellos seres no solo parecían vivir en otro lugar, sino estar además orientados a otro lugar, hacia ignotas maravillas y horrores, diferentes torpezas e inteligencias. No tenían nada que ver con las representaciones de los ángeles y los demonios, sus colores eran demasiado vivaces y estaban demasiado mezclados; más bien era como si viviesen fuera de los dominios del Bien y del Mal, en un reino de ensueño, donde quedaba suspendido todo juicio.

Después de aquel bestiario, papito nos enseñó otro libro, de un siglo posterior, en el que los ilustradores y escritores que acompañaban las expediciones españolas al Nuevo Mundo, en lugar de recrearse en imaginar a los habitantes del otro hemisferio como sus colegas de la antigüedad, los habían representado lo más fielmente posible. «Los salvajes seguramente debían de ser más inteligentes que nosotros», comentaba yo mirando aquellas imágenes. En efecto, nuestros antiguos dibujantes de pájaros solo se habían cuidado de dibujar cuellos, picos y patas, mientras que los salvajes habían tomado las plumas de los pájaros y se las habían puesto en la cabeza. Entonces, ¿qué era un pájaro sin sus plumas?

Papito sonreía complacido, pero añadía, «¡Te olvidas de que todos nuestros maestros se imaginaron a los ángeles con alas hechas de plumas!». Pero yo replicaba, «¡Los ángeles son un engaño, porque nosotros no podemos volar! Pero los salvajes se pusieron las plumas en la cabeza como una señal, casi como queriendo decir, “Nos gustaría

volar, pero no podemos y no queremos fingir”». Papito callaba, avergonzado. Y yo insistía, «¡Mira qué caras sombrías y severas tienen! No como los ángeles, que siempre tienen esas sonrisas bobaliconas». Y mi cara también se ponía sombría y severa. Bajaba los ojos pensando, «No quiero mirar al cielo, sino al campo de trigo».

A pesar de todo seguía pasando horas con los pájaros. De hecho me tenían tan fascinada que todas las personas de la casa se me aparecían en forma de aves y con facciones que eran una mezcla de las dos especies. Mamita era una paloma o una pájara del paraíso; papito, un mirlo burlón o un pingüino, porque a menudo vestía de frac, o incluso un triste buitre negro, porque a veces daba la impresión de alimentarse de carroña, era como si ya le hubiese ocurrido de todo y los vivos que lo rodeaban fuesen para él solo cadáveres y fantasmas; Consol y Serafina, las sobrinas de Dida, eran dos patos mandarines; Dida, una gran gallina de Guinea; Carlito, un gorrión deforme, cojo y estridente; la pequeña Anita empezaba a convertirse en una gallineta. Entre los seres que me rodeaban buscaba en vano un carbonero. En cuanto a mí, tenía la sensación de ser aún más infeliz que Carlito: una mona con alas de ángel. No es que mi cuerpo se transformara, pero era como si ya no lograse mantener los pies en el suelo. No es que volara, era más bien un pájaro que se quedaba posado en un árbol.

Eso de estar en los árboles comenzó así: me gustaba sentarme sobre los talones como hacían los gitanos en el barrio del puerto de Ciutat, cuando descansaban tras haber pasado el día entero mendigando o robando. Fue fácil el tránsito de esa postura a estar posada en un árbol. La única diferencia entre los gitanos y mi yo de pájara era la siguiente: los gitanos se quedaban obstinadamente posados muy abajo en un mundo desconocido, mientras que yo me quedaba posada en lo alto, encima de ellos. Pero si un día hubiese tenido que elegir entre esos dos mundos, seguramente habría preferido que me raptaran los gitanos y no los pájaros. De hecho siempre se podía huir del submundo de los gitanos para regresar al mundo normal, o al menos a aquel que por entonces me lo parecía; con los pájaros no hubiese

habido nada que hacer: yo habría acabado en otros mundos, lejanos, y no quería separarme para siempre del mío.

De modo que me quedaba en el árbol, esforzándome por mirar siempre hacia abajo.

A veces me conformaba solo con imaginarme posada en un árbol, aunque estuviera sentada o de pie como todo el mundo. Y al verme nadie habría podido pensar jamás que en realidad yo estuviese posada en ese árbol mío. Otras veces lo imaginaba a medias: en efecto, me gustaba sentarme en un lugar más elevado que los demás, en una mesa, en el respaldo de un sillón, en un barril, en lo alto de una escalera; y desde ese lugar, dentro de mí me imaginaba como pájara. Todos me regañaban por mi manía de situarme como en la cima de las cosas. Ahora bien, bastaba con que alguien me dijera, «¡Ven a darme un beso!», para que bajara rauda de mi percha.

La mayoría de las veces, sin embargo, me subía realmente a los árboles. En el jardín había muchos donde posarse. Tenía gran habilidad para trepar, contrariamente a lo que creía el tonto de Pedrón.

En una ocasión, después de estar largo rato posada en una higuera, me quité las bragas e hice caca desde ahí. ¿Por qué no debería haberlo hecho, si era una pájara?

—¿Quién hace caca en el jardín? —me preguntó un día Dida, clavando sus ojos en los míos.

—Habrán sido los hijos de los campesinos o de los gitanos —dije, atrevida, devolviéndole la mirada. Dida se puso colorada y dio la impresión de estar haciendo un gran esfuerzo por no pegarme.

Fue después de aquella respuesta, de aquella traición, cuando comprendí que no podía fiarme de mí misma. Empecé a despreciarme. De mí decía, «*M'he tornat folla*!».*

Lo ocurrido con Dida hizo que me hartase de estudiar a las aves. Seguramente dos hechos más contribuyeron a alimentar mi extrañeza. El segundo de ellos fue haber descubierto que existían pájaros mecánicos terribles llamados «Cóndores, Halcones y Murciélagos de Les Illes».

Todas las mañanas pasaban tronando sobre la casa para ir a

bombardear Valencia. «No quiero convertirme en pájaro», pensaba. «¡Mira lo que les ocurre a los hombres cuando quieren convertirse en pájaros! ¡Cagan mierda y bombas! ¡Y mienten!» De hecho la abuela me había dicho, «Cuando te dicen cosas bonitas de la guerra, mienten».

El tercer motivo fue el siguiente: echaron a Ignasi de casa.

Su mujer ya había venido varias veces a cuchichear con la servidumbre en las cocinas, y luego arriba, en el dormitorio, con mamita. Quería recuperar a su marido, decía. «*S'ha tornat foll*!»,* exclamaba, alzando los brazos. Yo oía hablar, sin entender bien, de ciertos acuerdos adoptados con papito, con la señora de Son Batle, con el arzobispo. Papito y mamita insistían en que no era posible echar a Ignasi. Pero su mujer amenazaba con escribirle a la dueña de casa. «¡Le escribiré que los pájaros cagan incluso sobre los discos!», decía. Mamita no sabía qué hacer; se quedaba de pie sobre sus altos tacones y no invitaba a sentarse a la mujer de Ignasi. Daba largas. Y por la noche se pasaba horas hablando con papito; papito también daba largas.

Sin embargo la situación se precipitó cuando Ignasi dijo que si llegaban a echarlo quemaría la casa. Se formaron entonces dos bandos. El de quienes decían, «¡Ignasi ha enloquecido!». Y el de quienes decían, «¡La mala es su mujer porque no lo deja en paz!».

Después, una mañana, se encontraron con las jaulas y la puerta de la habitación abiertas. Y fuera, en el jardín, con el jergón de maíz quemado. Ignasi había huido junto con todos sus pájaros.

Lo encontraron tras haber rastreado unos días la *sierra*. En estado febril. Su mujer lo acogió en casa para curarlo.

Clausuraron la habitación. Poco a poco se fue transformando en trastero. Carlito se llevó unas cuantas jaulas al invernadero y empezó a criar gorriones. Parecía un viejecito. Ya no se empeñaba en volar, se limitaba a darles de comer y a limpiar las jaulas. Mientras tanto papito le enseñaba juegos serios, como el de las damas y el ajedrez.

Por mi parte dejé de posarme, feliz y desmañada, en los árboles, fingiendo ser pájara. Solo cuando estaba desesperada imitaba la voz del mochuelo, llenando el mundo de «¡uuuh, uuuh!» y de «¡urruuu!».

Me sorprendía a veces al verme en el espejo y se me antojaba que tenía una expresión aturdida, como de quien aún no se ha recuperado de un garrotazo. «¡Pobrecilla!», pensaba. O se me antojaba también que tenía una sonrisa bobalicona y misteriosa como la de un ángel. «¡Qué engaño!», pensaba. Entonces me echaba el pelo sobre los ojos y envuelta en aquel manto negro cerraba con fuerza los párpados hasta que los colores estallaban y volaban a mi alrededor como bandadas de pájaros.

Historia del niño de Guernica

La puerta de la cocina daba a la parte de atrás de la casa y era, efectivamente, el ojo del culo de la casa.

—¿Te limpias el culo? —le preguntaba a Paco ahí sentada, delante de la puerta, donde tenía ocasión de verlo a veces.

—Sí —decía Paco—, con un periódico o una hoja de higuera. Pero son mejores las hojas de vid. No rascan.

—Fíjate que yo tengo que lavármelo con agua y jabón —le decía—. Dida haría la vista gorda, pero mamita chilla si se entera de que no me lo he lavado.

Paco se echaba a reír y decía:

—¡Si tuviera que lavármelo como tú, cada vez que cago tendría que ir al pozo a sacar agua!

—¿Y a ti de qué color te sale la mierda? —le preguntaba.

—¿De qué color quieres que me salga? —decía Paco—. ¡Del color de la mierda!

—A la mía le miran siempre el color —decía yo—. Se fijan si es verde, si es marrón, si es amarilla. ¿Y sabías que también la hay blanca?

—Yo cuando hago caca —decía Paco—, ¡desde lejos le tiro encima una piedra y hace chaf!

Pero nuestras conversaciones, como ya he dicho, eran raras. De hecho mamita no quería que frecuentara al sobrino de la *madona*,* la guardiana de nuestra *finca*, y por eso siempre mandaba que lo echasen. Él venía igual a escondidas y, cuando no me encontraba, siempre me dejaba en nuestra piedra, debajo de una macolla de malvavisco, un regalo: unas veces un poco de pan moreno con ajo y aceite envuelto en papel encerado, porque sabía que me gustaba y que en casa no me lo daban; otras unas nueces; otras una lagartija en una jaulita. De mí él solo quería lápices y sobre todo tizas (una vez que fui a su patio y vi todas las paredes escritas y dibujadas de rosa, amarillo,

rojo, no sé por qué pero me puse contenta). No quería juguetes, decía que no sabía qué hacer con ellos; no quería caramelos, decía que no le gustaban demasiado y al final se los encontraba siempre llenos de hormigas o derretidos por el sol.

Paco y yo intercambiábamos miradas y comentarios a escondidas de los demás. Por eso la parte de atrás de la cocina era para nosotros un lugar de encuentros furtivos.

Allí también se mataban pavos, gallinas, gansos, pichones y conejos. Al cerdo, sin embargo, lo mataban más lejos, en el patio de la *madona*, pero su sangre la hervían aquí en un caldero. Y los trapos ensangrentados se sumergían en agua y se dejaban mucho rato en grandes palanganas blancas dispuestas a la sombra. Allí acudían los campesinos de los alrededores a que Dida los curase. Por eso aquel lugar era también un lugar de sangre.

Allí era donde, el último viernes del mes, Dida distribuía equitativamente las limosnas entre los mendigos. De allí echaban a los sirvientes ladrones o desobedientes. Allí, sentada encima de una tela de arpillera, Dida resolvía las disputas entre los criados. Allí se repartían las propinas después de las recepciones. Por eso era el lugar de la justicia.

Allí, en varios bidones, se recogía la basura. Allí, en grandes cubos, se conservaba la comida de los distintos animales. Allí se ponían a secar las bragas de mamita, los calzoncillos de papito y los de Pedrón, que eran siempre de lana —porque, decía, tenía dolor de espalda—, y las bragas de Dida, que eran tan grandes y anchas que parecían las de la reina del Carnaval. Por eso era también el lugar de la verdad.

Allí acudía todos los meses a hacer colecta un monje del convento de Andratx. Iba siempre acompañado de un niño que llevaba a hombros una bolsa más pequeña. Llegaban siempre el mismo día de la semana y todos los de la cocina los esperaban ansiosos. Aquellas mañanas no había juego que me impidiera ir a la cocina.

El monje dejaba nuestra casa para el final; allí comía, allí descansaba debajo del algarrobo, y mientras tanto nos entretenía con sus historias, y después regresaba a Inca con un carretero.

El fraile se llamaba Gerónimo.

—¿Por qué te pusiste un nombre tan feo cuando te ordenaste fraile? —le preguntó una vez Antònia—. ¿No habría sido mejor que te llamaras Juliano o Alonso o Jaime, como el rey?

—Aunque mi orden es la de los franciscanos —contestó el fraile—, elegí este nombre porque lo llevó un buen jesuita, nacido en Mallorca, que se llamaba precisamente Gerónimo Moranta. Un día se fue a América y fue masacrado por los indios tepehuanes; era el 19 de noviembre de 1616… ¡Mejor un jesuita muerto por los paganos —añadió— que un jesuita victorioso con la espada! —Luego refunfuñó en voz baja, socarrón—: ¡De todos modos siempre es mejor un jesuita muerto que un jesuita vivo!

—A ti te gusta mucho comer —le tomaba el pelo Antònia—. ¡Y estoy segura de que te gustan muchas otras cosas que me callo! ¿Cómo es que te has metido a fraile?

Y un día él respondió esa pregunta y nos contó su historia.

—A los ocho años empecé a trabajar de vidriero con mi padre en una fábrica de Guernica, mi ciudad natal. Hacíamos cálices para las iglesias, vasijas para el santo óleo y el vino de misa, clepsidras… Para estos objetos frágiles el soplo de los niños era el más indicado. Pero ¡no os podéis imaginar el infierno que era aquella fábrica, toda de fuego, viento y sudor!

»Con quince años me dio por enamorarme de todas las mujeres. Pero las adultas querían de mí dinero, que yo no tenía, y las jóvenes me decían, “¡Si fueras cartero o policía entonces sí que me casaba contigo!”. Una primavera me ocurrió algo terrible. Me enamoré de una vecina que iba a hacer la colada a nuestro pozo. Era mucho mayor que yo, tenía seis hijos, ¡no os podéis imaginar qué hermosa era! Tenía dos trenzas rubias que le daban siete vueltas alrededor de la cabeza. Aquellas trenzas eran su antiguo adorno. De hecho vestía con modestia y tenía los ojos orgullosos pero fatigados. Cuando me miraba me entraba el desespero, porque me parecía que me veía como a un hijo. Cuando iba a nuestro pozo yo le llevaba manzanas, almendras, incluso naranjas y turrones; ella los aceptaba, creía que eran regalos para sus mocosos, y enseguida los repartía entre ellos y me daba las gracias. Y me decía, “¡Por qué te privas por ellos, tú también eres un

muchacho!”. No conseguía que entendiera mis sentimientos. Un día, por Pascua, noté dentro de mí una gran intrepidez y decidí arriesgar el todo por el todo. Me hubiera gustado pedirle a un orfebre que le hiciese un corazón de oro para que lo llevara colgado al cuello, pero con mis ahorros jamás lo habría conseguido; por eso le compré un corazoncito de terciopelo rojo. Se lo deslicé, furtivo, en la mano y al oído… encontré el valor de hablarle al oído…, le dije, “¡No es para tus hijos!”. Se ruborizó. Cuando volví a verla pasadas las fiestas estaba pálida, con gesto severo, y tenía los ojos aún más orgullosos y más tristes. Me dijo, “Ven, acompáñame a tender la colada”. Y me llevó detrás de los arbustos de moras sobre los que la ponía a secar. Se quedó erguida delante de mí; había dejado el cesto en el suelo. Después, de repente, echó una ojeada veloz a su alrededor, con un gesto decidido se desabrochó el corsé y me enseñó los pechos al aire. ¡Los tenía llagados, devorados por el cáncer! Bajó los ojos mientras volvía a abrocharse. Hui por los campos. Y yo, que nunca iba a misa, no pude evitarlo, tuve que recurrir a un confesor. Este pregonó el milagro, me dijo que mi experiencia era exactamente igual que la del fraile Ramon Llull. De hecho el tal Ramon Llull estaba casado con la noble Blanca Picany, era senescal en el palacio del rey Jaime II. Enamorado locamente de una mujer que no parecía comprender sus sentimientos, un día, para demostrarle su loca pasión, con gran intrepidez y descaro entró a caballo en la iglesia de Santa Eulalia decidido a seguir a la señora; no descabalgó para arrodillarse, no obligó a arrodillarse a su corcel. Este comportamiento escandaloso atrajo sobre él la atención de la señora, que lo mandó llamar a su palacio y, como la mujer de mi caso, se desnudó ante él enseñándole el espectáculo con estas palabras, “*Mira lo que amas*”…

»En fin, que por entonces yo era un joven todavía lleno de vigor y vida, y aquel trágico episodio no habría sido en sí determinante de no haberle seguido otro. Acababa de cumplir dieciocho años cuando empecé a escupir sangre: había pasado demasiado tiempo soplando vidrio con demasiado ímpetu. O tal vez la sangre y la podredumbre que había visto en aquellos pechos me habían contaminado no solo el alma sino también el cuerpo… En resumidas cuentas, que decidí

ordenarme franciscano.

—¡Qué de cuentos te inventas! —se escandalizaba Dida cuando él terminaba sus historias—. ¿No te da vergüenza? ¡Son todas pesadillas que tienes por las noches!

Y fingía alejarse indignada. Pero regresaba enseguida con el pretexto de retirar alguna prenda o coger un cubo. Antònia, por su parte, se lo tomaba a risa.

—Dida tiene razón —dijo aquella vez en que él contó su historia—, ¡la verdad es que te metiste a monje porque no te gustaba trabajar!

—*Por Nuestra Señora de la Leche*, juro que es verdad —contestó el monje, fingiendo que se echaba a llorar.

—Te he visto arrodillado ante *Nuestra Señora de la Leche* delante de la iglesia de San Francisco —lo azuzó Antònia—, pero, que la Virgen me perdone por lo que voy a decir, ¡tus ojos no tenían la mirada de quien reza!

Todos los presentes se carcajearon; el monje estuvo un rato con la cabeza oculta entre las manos. No se sabía bien si reía o lloraba.

Sentado a su lado, el niño vestido de monje no le soltaba ni un instante el dobladillo del sayo. Si alguien intentaba agarrarlo de un brazo y apartarlo se aferraba con más fuerza. Era hermosísimo: tenía el pelo abundante y rizado, la piel morena, rasgos delicados, labios turgentes y unos ojos grandes siempre muy abiertos, cuyo color oscilaba entre el verde y el gris; además estaba lleno de unos hoyuelos que provocaban en todos esas ganas de tocarlo que tanto lo alarmaban. Parecía un amorcillo pero alelado. Debía de tener cinco o seis años. Era mudo.

Dida le daba confites, trozos de pastel, vasos de limonada. Pero él nunca los aceptaba directamente de sus manos; se volvía hacia el monje y esperaba que este se los ofreciera. Solo aceptaba aquellos obsequios de manos del fraile Gerónimo. Era como si temiera que a cambio de aquellas cosas quisieran separarlo del monje, y también de un pensamiento suyo secreto.

—Cuéntanos la historia del *nin* —le pedía siempre Dida a fray Gerónimo.

El *nin* se apretaba al monje y abría todavía más los ojos. Se notaba

que ponía suma atención.

Y un buen día el fraile refirió con detalle su historia y la del *nin*.

—Debéis saber —comenzó— que nuestra orden y las órdenes religiosas en general prefieren enviar lejos de su tierra a los monjes que acaban de tomar los hábitos, especialmente a los más jóvenes, para poner así a prueba su carácter e impedir que los parientes y amigos los hagan caer en la tentación. De modo que en cuanto tomé los hábitos, tenía entonces veinte años, me enviaron aquí, a esta bella isla, donde llevo cuarenta años, y nunca he vuelto a Guernica. Y eso es porque como soy un fraile pobre y poco influyente no he tenido dinero suficiente para hacerlo. El año pasado me invadió una melancolía sin remedio. De nada sirvieron para curarla las plegarias, las vigilias ni los bocados deliciosos que el cocinero me reservaba a escondidas. Fue así como mis superiores cumplieron con mi deseo de regresar a Guernica. Pero como había un bloqueo naval partí en un buque de guerra, con uniforme de soldado, y después cambié otra vez de traje para vestir de civil. Tenía que cruzar España entera y sabía que en ciertas zonas no eran bien vistos algunos uniformes y todo tipo de sayos…

—Bonito pretexto —lo interrumpió Antònia— para visitar todas las tabernas y las casas de mala fama, ¡serás tramposo!

El monje reía, pero no hacía comentarios. Y siguió así con su historia:

—Llegué a Guernica de noche y, pese a estar exhausto por el viaje, no quise retirarme enseguida al convento, preferí dar un paseo por la ciudad. No os lo vais a creer, pero fui a besar los muros de mi casa, los rincones de la plaza donde jugaba de niño, incluso la verja de la fábrica. Me reencontré con todo. De repente un perro empezó a seguirme por las calles vacías. No se iba nunca. Gañía lastimeramente. Me detuve para comprobar si estaba herido. Le palpé el cuello, el vientre, las patas, incluso le metí una mano en la boca para ver si sangraba por ahí; no tenía señales de heridas. Aun así no dejaba de seguirme, gañendo todo el tiempo. «¡A lo mejor tiene hambre!», pensé. No llevaba yo nada para darle. Pero el suyo no me parecía un lamento de hambre; era más bien algo que le salía de dentro. Como ya no soportaba aquel quejido, antes de doblar la esquina de una plaza le

pegué una patada y casi eché a correr. Pero el animal no dejó de seguirme. No opuse resistencia.

»En Guernica ya no me quedaban parientes, habían muerto o se habían marchado de allí. Eso sí, en el convento me esperaban. No obstante quise continuar mi paseo nocturno. Que Dios me perdone, pero fui tres veces al lugar donde mi amada se había desnudado para enseñarme la voluntad de Dios y hacerme comprender la verdadera ley del mundo; tres veces, como un asesino que regresa al lugar del crimen. Que Dios me perdone por lo que digo, pero era realmente el lugar del crimen, y aquel crimen lo había cometido Dios en persona. Los arbustos de moras habían desaparecido, la ciudad se extendía también en esa dirección; en aquel lugar, convertido en descampado, habían comenzado a construir barracas de madera, tal vez unos almacenes, donde habían depositado troncos verdes de abeto. Tuve nostalgia de los bosques que hay por encima de Guernica, donde mis amigos y yo íbamos los domingos a buscar setas o caracoles, y donde entablábamos batallas con las setas venenosas y nos las tirábamos los unos a los otros. Me acordé de una vez en que mi mejor amigo y yo nos dormimos abrazados sobre el musgo y nos despertaron los cuervos, intrigados quizás por nuestra insólita presencia, o tal vez confundiéndonos con carroña. “Mañana subiré al bosque”, pensé. Y reconfortado por esta idea me dirigí al centro de la ciudad. Recordé que en la zona de la estación había antaño unas tascas que abrían por la mañana temprano para los obreros que regresaban del turno de noche. Encontré una; estaba llena de gente. Los obreros no comían, tomaban café y hablaban; parecían estar en una reunión. Sentí un hambre voraz. El perro me había seguido, pero en cuanto entró dejó de quejarse, quizás porque temía que lo echaran o quizás porque su lamento solo iba dirigido a mí, como si se tratara de un secreto íntimo. Pedí una jarra de vino, como cuando era muchacho, y una tortilla grande. Después mandé que me pusieran unas anchoas de Santander y queso de los Pirineos; hacía cuarenta años que no los probaba…

—¡Cualquier excusa es buena! —bromeó Antònia.

—Por cierto, ¿cuándo se almuerza? —preguntó el fraile.

—Dentro de poco —dijo Antònia—. En cuanto Pedrón termine de servir a los señores.

—¿Y qué hay de comer? —la azuzó el fraile.

—Para los señores —dijo Francesca—, minestrone a la italiana y filetes de ternera con puré de patatas. Para vosotros he preparado algo especial. Sé muy bien lo que os gusta. Pero es una sorpresa. No os lo digo.

—Dame unas aceitunas y un poco de vino; que de tanto contar historias tengo la garganta seca. Ahora más que nunca, porque voy a necesitar de todo mi aliento. ¡Haría falta un acompañamiento de trompetas y platillos para esta última parte de la historia!

Le dio a beber un sorbo de vino al *nin*, luego vació el vaso de un trago y siguió contando:

—Era mediodía y yo seguía paseando por calles y plazas, no me decidía a ir al convento. Tenía la sensación de ser un colegial que hacía novillos. Pues bien, ¡os juro que de haber tenido la ocasión habría cometido una tremenda locura! No me preguntéis de qué tipo… ¡de cualquiera! Me sentía de veras un muchachito, me parecía contar con apenas trece o catorce años y que todo el tiempo pasado desde entonces había sido un sueño o una pesadilla. Bebí en una fuente, puse la mano debajo del agua que caía y pensé, «¡Estos años han pasado así, no he entendido nada!». Llegué a la zona de la plaza principal. En el callejón, antes de girar, me rozaron las sábanas tendidas en un balcón. ¡Qué promesa la de aquel blanco! «Estoy entrando en la vida por primera vez», pensé mientras enfilaba en dirección a la plaza. Allí las mesitas de los cafés lucían manteles blancos y, en el centro, unos claveles rojos en floreros de cristal. El sol me deslumbraba y yo jugaba a desafiarlo con la mirada.

»¡Y de repente aquello fue el infierno! El cielo rugió. Y ese ruido me heló la sangre; conocía bien ese fragor. En Mallorca todos lo conocen bien. Pero no eran uno ni dos aviones, ni siquiera una escuadrilla de cinco. Eran centenares, oscurecían el cielo, resplandecían, escupían fuego y llamas. No sabía si huir o lanzarme cuerpo a tierra, o acuclillarme y taparme la cara con las manos. “Ni en sueños. ¡Quiero ver a Dios cara a cara!”, me dije. Y seguí de pie con los ojos clavados

en el cielo…

—¡Oye, monje, que estás blasfemando! —exclamó Dida.

—Déjame que os lo siga contando —pidió el monje, y se sirvió otro vaso de vino de la jarra.

Pedrón se asomó un instante a la puerta de la cocina, llevaba la bandeja de plata con el puré y los filetes de ternera. Haciendo uno de sus habituales y veloces gestos de bufón se llevó la mano a la cabeza como queriendo decir, «¡Está loco!». Y se metió para dentro con una pirueta. Por suerte Dida no se dio cuenta.

—La ciudad era un montón de escombros, de sangre, de lamentos; ¡era en todo similar a los pechos que me había enseñado mi amada! Todo podredumbre y llagas.

»Pero yo seguía vivo, y como los demás hombres que salieron ilesos, me pasé tres días dando vueltas entre los escombros para ayudar a los heridos y los moribundos. Encontré al *nin* en una plazoleta debajo de un árbol arrancado de cuajo. Parecía dormido; estaba en coma, gravemente herido; y como queriendo mofarse de él, una pelota había ido a parar al hueco de su brazo… Nuestro convento se encontraba en las afueras de la ciudad, por eso no lo destruyeron. Hasta allí llevé al *nin*. Lo curamos durante tres meses. Y aquí lo tenéis.

»¿Pensáis que es corto de alcances? No tiene un pelo de tonto. Lo entiende todo y lo oye todo, lo único es que no habla. Pero veréis, poco a poco le voy a enseñar. Si no habla no es tanto por el miedo que pasó, sino por el horror que se vería obligado a contar al mundo si hablara.

Todos se conmovieron con aquella historia, aunque en realidad no la creyeron, pese a tener allí delante a aquel niño vestido de monje, sin padres, mudo; pues nada aseguraba que de verdad fuese de Guernica.

—¿Y sus padres, monje? —quiso saber Dida, enternecida.

El niño ocultaba la cabeza en el sayo del fraile, que se llevó un dedo a los labios como queriendo decir, «¡Silencio!», y prosiguió:

—Nuestro convento en Guernica sigue buscándolos y también los están buscando los nuestros de Tolosa y Perpiñán. No tardarán en dar con ellos y él podrá volver con su mamá —y con una mano acarició

los rizos del niño, mientras con la otra, tras guiñarnos el ojo, hacía en el aire dos veces la señal de la cruz.

—¡Están muertos! —me susurró al oído Paco.

—Qué bonitos rizos tiene el *nin* —dijo Dida, y se los acarició.

—¡Son tan bonitos que se los robaría! —dijo Antònia, a la que tanto gustaban los peluqueros y que siempre se hacía la permanente.

Para desechar la idea de aquellos padres muertos me concentré en nuestros rizos. Yo también los tenía, y Antònia también me decía a menudo que eran tan bonitos que le hubiera gustado robármelos. Y Paco también tenía rizos, pero no eran suaves como los míos, sino fuertes y ásperos.

—¿Por qué será que los mayores siempre quieren robarnos los rizos? —le susurré a Paco al oído.

Los números

En un principio no existía el número uno. O tal vez el número uno era eso: la mezcla. Mis pies, me parecía recordar, tocaban a menudo la boca, y la boca se prolongaba en la tetina del biberón. Las luces y las sombras no estaban separadas; el arco-íris vino después. El mundo era un caleidoscopio. El orden y el desorden nacían el uno del otro. La ausencia y la presencia estaban separadas por distancias imperceptibles que de repente se hacían inmensas, para volver a ser otra vez imperceptibles. El tiempo era como una goma elástica. Los sonidos y los colores tampoco estaban separados: el frufrú de la cola del pavo real formaba una unidad con el abrirse de la cola irisada. Y, mezclando las percepciones, también oía los sonidos de las cosas que veía, percibía sus sabores y sus olores, aunque no los tuviesen, aunque fueran mudas. Contemplaba las cosas o bien oía sus sonidos apoyada en mamita o en Dida. Por otra parte, ¿dónde terminaba mamita y empezaba Dida? Mis brazos las unían en un solo cuerpo, yo misma estaba unida a ellas; no era un abrazo, sino una maraña.

Papito fue quien me enseñó los números. Aquella noche mamita y él estaban sentados frente a mí en un sofá. Tenían las caras serias, los ojos melancólicos y profundos, casi como si los uniera un secreto tenebroso. Quizás era invierno; vestían prendas oscuras. La cadena del reloj de papito salía del bolsillo y ascendía hacia un ojal, como si fuese una serpiente; el anillo de brillantes de mamita era frío y luminoso, así me imaginaba sus pensamientos más íntimos; los apoyabrazos a los lados del sofá encerraban sus cuerpos, como los bordes de un cofre o el marco de un cuadro; y detrás de ellos, en la pared, colgaba un cuadro con flores y frutas, pero estaba tan ennegrecido que aquellas flores y aquellas frutas parecían una promesa incumplida. Los ojos de mamita brillaban inmóviles en el vacío; recordaban los de vidrio de un tigre triste de Carlito que perdía serrín por todas las costuras. Los de papito estaban preñados de unas sombras que transportaban lejos, en

una cosa que se llamaba «la guerra», su expresión cariñosa.

¿Yo estaba sentada o de pie? Vacilaba entre las dos posiciones y entre dos mundos, buscando a tientas el equilibrio; no sabía si un minuto después caería al suelo, atónita, sorprendida por la derrota, o más bien si seguiría de pie, firme, sorprendida por la victoria. No lo sé, recuerdo aquel oscilar, aquella incertidumbre, como si estuviese en una barca, en un tapete volador. De hecho me encontraba sobre la *alfombra* del salón, sobre la que camina y vuela, por completo distinta de las alfombrillas y los tapetes, como llamaban a las de un solo color colocadas al pie de mi cama, la de papito y la de Carlito. En la alfombra del salón una se hundía y el ojo, perdido en aquel laberinto de colores, no encontraba nunca fin a su navegar. La alfombrilla, por su parte, solo era servicial: plof, se notaba un calor blando bajo los pies y nada más. De modo que, sobre aquella mágica superficie, yo me balanceaba, me demoraba, me tambaleaba, y con vagas risitas invitaba al mundo de alrededor a hacer lo mismo, a salir de aquel terrible cuadro fijo que tenía ante mí y que contenía, precisamente, también a papito y a mamita.

—¡Comencemos! —dijo papito y, plof, caí sobre la alfombra, o si ya estaba allí sentada me sentí clavada a ella, y así seguí. Los cuatro ojos fijos en mí, los suyos y los de mamita, se me antojaron un único ojo grande que se hubiese escindido y buscase la unidad perdida. Había algo de ameboide y tentacular en aquellas cuatro diminutas pupilas que parecían sonrientes y que, sin embargo, eran tan melancólicas.

—Uno —dijo papito levantando un dedo y señalándose a sí mismo. Apuntó luego a mamita—: Dos. —Por último me señaló a mí y riendo dijo—: ¡Y tres!

Repitió varias veces, «¡Uno, dos y tres!», y reía, como si fuese una máscara.

Me habría gustado reír cuando decía, «¡Tres!», y me tocaba la barriga con el índice. Pero el llanto me oscureció los ojos; comprendí que a mí también me habían metido en un cuadro y que ya no podía salir de su marco, vacilando, balanceándome, demorándome, meciéndome.

«¿Qué quieren de mí esos dos?», me preguntaba, y al hacerme esta

pregunta demostraba haber aprendido la lección de papito: que yo era el número tres, que ellos eran el uno y el dos, que yo podía muy bien no estar, pero de todos modos estaba, y a saber en qué me convertiría. Porque tras haber entrado en los números yo dejaba de *ser* algo o alguien, debía *convertirme* en algo o alguien.

—La niña está cansada —dijo mamita, y me envolvió entre sus brazos. Intentó acunarme un rato, abrazarme, pero después se cansó y llamó a Dida para que me llevase a la cama.

Estábamos a finales de enero, pero el aire era tan templado que la fiesta pudo hacerse en el jardín. Además el olor de las primeras mimosas florecidas precozmente tapaba el del arzobispo. Iba vestido de azul, de seda y damascos, y su pelo de plata se teñía de reflejos amarillentos. Olía a vainilla y a bizcocho relleno. Repartió confites entre todos, pero a mí me dio galletas de almendras amargas y bolitas de azúcar blanco envueltas en papel de seda celeste. Mientras me las ofrecía le vi los brazos morenos, llenos de arrugas y arterias endurecidas. Además el olor del papel de seda y el que emanaba de su cuerpo era rancio, casi como si aquellos dulces hubiesen permanecido encerrados durante decenios en los cajones de su sacristía y de ellos hubiese quedado solo la quintaesencia. Tal vez por eso, al dar el primer mordisco tuve la sensación de estar mordiendo reliquias. Fue como si de un momento a otro el mundo fuera a deshacerse. Sin embargo, entre tanta antigualla, el arzobispo parecía una presencia joven, tal vez por la desmedida perversidad concentrada en sus negras pupilas, estrechas y brillantes. Por lo tanto, estaba bien que entre sus brazos apergaminados tuviera a Carlito, el recién nacido, al que el arzobispo mantenía en el aire como si fuera una flor, también celeste y rara pero fresca, mojada de lágrimas y sacudida por los vagidos porque no le habían gustado ni la sal ni el agua; y junto al cuerpo mantenía los puños apretados cual almendras jóvenes a la rama.

—¡Uno, dos, tres, cuatro! —dije yo, y seguí contando hasta diez. Quise afirmar que era mayor, dado que no podían mimarme como a Carlito. Antes no lo había conseguido nunca: aquellos números, que a

veces me parecían insectos molestos dispuestos a posarse sobre las cosas y otras, alegres tintineos emitidos por los objetos que los dotaba de luz —el cinco era además el número más cristalino, porque cinco eran las pelotas de colores que la hermana mayor de Paco jugaba a lanzar contra la pared sin que se le cayera ni una—, esos números, decía, salieron de pronto del caos en el que vagaban como estrellas y se pusieron en orden. Los recité todos de corrido.

—¡Qué prodigio! —exclamaron a mi alrededor los señores, quitando el dedo del bolsillo del chaleco para tocarme—. ¡Ya sabe contar hasta diez!—. Las señoras, sin embargo, no prestaron demasiada atención, parecían indiferentes a los números, se limitaron a acariciarme los rizos, como queriendo consolarme.

Tras aquella fiesta, durante mucho tiempo no hubo manera de hacerme contar más allá del diez. Nosotros éramos cinco y cinco los criados que quedaban en nuestra casa. Dos círculos que se tocaban con circunspección. Los números más allá del diez eran hostiles, estaban situados fuera de la casa y el jardín, eran casi monstruos y seres deformes al acecho. El trece era un cojo malvado del que a nosotras, las niñas, nos habían enseñado a desconfiar, ¡y ay si nos sentaban a la mesa con él! El catorce era uno de esos aviadores que frecuentaban nuestra casa y que a mí no me gustaban porque hablaban siempre de su «escuadrilla» de bombarderos. El doce era una pobrecilla que una vez al mes venía a mendigar a nuestra casa; de hecho quien tuviera doce hijos solo podía ser pobre. El once era un fuego fatuo, de esos que se ven cerca del cementerio, porque el verdadero fuego era el diez. El dieciséis era una nube solitaria en el cielo, que daba miedo porque anunciaba el temporal del diecisiete. El dieciocho era la familia de Dida porque me contó que una vez, por la *nit de cap d'any*,* en su casa se reunieron sus dieciocho parientes. El diecinueve era la oficina de papito —a la que él iba todos los días por motivos importantes levantando el polvo de la avenida al volante de su Balilla —, porque decía siempre que de nuestra casa lo separaban diecinueve kilómetros. Solo el quince era bonito: era la hija de Dida, a la que tanto le gustaba bailar; de hecho se había escapado de casa a los quince años.

Gracias a mi amistad con Paco pude superar el escollo del diez. Me llevaba tres años, y cuando ocurrió aquello él ya iba a la escuela desde hacía unos meses. De hecho de vez en cuando llevaba el anillo de hierro en el dedo. Y eso era porque el primer día de la semana, cuando un niño de la clase decía una palabra en lengua mallorquina, el maestro le ponía un anillo en el dedo y, cuando el niño oía a su vez a un compañero utilizar una palabra en mallorquín, se lo pasaba enseguida, y así sucesivamente; al llegar el sábado, el último en quedarse con el anillo era castigado.

Ese invierno Pedrón había amontonado todas las hojas secas en una de las terrazas para hacer abono. Yo descubrí el montón y me divertía saltando encima de él desde la terraza de arriba. Las hojas de abajo ya fermentaban, y cuando me hundía en el montón salía un olor a descomposición por completo distinto de ese otro dulzón de las flores marchitas, que me embriagaba y me daba nuevas alas para el siguiente salto. Paco estaba sentado a horcajadas encima de una piedra y mascaba un palito de regaliz; mejor dicho, según supe después, no era regaliz, sino un tallo seco de hinojo, de esos que Dida echaba al guiso de caracoles.

—Ven conmigo. Haré que des unos saltos mucho más bonitos en mi pajar —dijo. Se levantó y esperó a que yo me bajara. Parecía no albergar la menor duda de que lo seguiría. Así fue, me bajé enseguida del montón de hojas en el que acababa de hundirme y me encaramé, circunspecta, a un muro de piedra seca. Paco me observaba. No acudió en mi ayuda. Cuando me bajé echó a andar enseguida y lo seguí.

—Dame un poco de regaliz —le dije. Él se sacó del bolsillo uno de esos palitos de hinojo y me lo tendió.

No dijo una palabra en todo el trayecto. En los bordes del último campo antes de la casa recogió unos tallos de ajo y, cuando llegamos, cogió una hogaza de pan, cortó dos rebanadas sosteniéndola con fuerza contra la cadera, les echó sal y aceite, colocó encima los tallos de ajo, me dio una y la otra se la quedó él. Nos sentamos en el escalón frente a la casa. Paco comía despacio, yo, con avidez. Bebió de una jarra y me la pasó.

—Ahora vamos a pegar saltos —dijo. Subimos al pajar por una escalera de madera y nos pasamos toda la tarde saltando encima del heno; su perrito también saltó con nosotros.

—*Verge Maria*! ¡Los he encontrado! —así nos despertó la *madona*.

Nos dormimos abrazados en el heno, con el perro en medio, que se había hecho sitio entre nuestros vientres. Caía la tarde. Contra la última luz violeta, la *madona* parecía una ogresa. Llevaba toda la tarde buscándonos. En la mano sostenía un candil de aceite que temblaba entre sus dedos. Al oír su grito Dida también entró en el pajar; había ido a buscarme hasta allí tras haber recorrido el jardín entero.

Cuchicheaban a toda velocidad, no se entendía nada, sus voces resonaban como fuegos artificiales; pero se alcanzaba a oír la muletilla: «*Que dirà la mestressa*?».

De repente Dida se abalanzó sobre mí con ganas de pegarme; pero al verme llena de heno, primero con furia y luego con dulzura, se dedicó a quitármelo de la ropa y del pelo. Me llevaron a casa. Dida me hizo sentar encima de la mesa y siguió quitándome briznas de heno del pelo; luego me peinó con un peine desgastado.

Paco solo recibió dos bofetones, aunque, para que pareciesen más, la *madona* se llenó la boca enumerando todas las *bofetades* que todavía debía darle por haberla obligado a revisar la casa de arriba abajo y las que le daría si se atrevía a volver a acercarse a nosotros. Yo la miraba asustada y vi bien que la última de las dos *bofetades* se había transformado en una especie de caricia.

Paco se mantuvo lejos de nosotros, en la sombra, fingiendo tener los ojos bajos. Cuando Dida se daba la vuelta, él me miraba y reía.

—Dida, ¿quién es la *mestressa*? —le pregunté de repente, volviendo a pensar en sus palabras de antes.

—Es la *senyora*, tu madre. ¡Pobre de mí, a saber qué dirá! ¡Porque seré yo quien se lleve la regañina!

—Pero ¡nosotras le diremos una mentira! —sugerí.

La *madona* se acercó, tenía el pelo alborotado, le olía a humo. Dida, en cambio, lo llevaba peinado y le olía a limón. Paco también se acercó. El pelo le olía a heno.

—¿Qué mentira podríamos decir? —nos preguntamos los cuatro al

unísono.

A la *madona* se le ocurrió la idea y dijo:

—Diremos que fuiste a catecismo con mi hija Isabel, que Dida te trajo hasta aquí y que después yo os llevé a la sacristía. Que tú gritabas porque querías volver a casa con Isabel y que para que te calmaras Dida accedió. —Y añadió—: ¿Sabes rezar el avemaría? Debes enseñarle a la señora que hoy has aprendido algo.

—Lo sé en italiano porque me enseñó mi abuela.

—Ahora te lo enseño yo —dijo la *madona*, y me lo repitió varias veces hasta que lo aprendí.

—Y ahora yo —dijo Paco a su vez— te enseño a contar hasta veinte. Así le demuestras a tu madre que en catecismo también has aprendido los números.

Me hizo sentar en un escabel de paja y se acuclilló delante de mí.

—Los maestros no se sientan así —objeté.

—Pero a mí me gusta sentarme así.

—¿No te gustan las sillas?

—No —contestó—. ¿Y a ti?

—No lo sé —contesté—. Me siento en las sillas porque hay que sentarse en ellas.

—Cada cual se sienta donde le gusta —dijo Paco.

—Pero yo no sé si me gusta o no —rebatí—. ¿Me enseñas a sentarme de un modo que me guste?

—No, ahora te enseño los números —contestó Paco.

Fue precisamente entonces cuando los números salieron de su maraña monstruosa y se ordenaron en fila como soldaditos de plomo. Con cada número que yo repetía Paco hacía el saludo militar. En su mirada se encendía entonces una lucecita con forma redonda que rodaba como mercurio de un rincón a otro de los ojos. Y pensé, «Solo los hombres pueden tener en los ojos una luz así».

De hecho aquella luz nunca se dejaba atrapar, te pinchaba y huía.

Al terminar la lección Dida me mandó ponerme el vestido que mientras tanto había planchado. La *madona*, por su parte, me regaló una mantilla de Isabel y una imagen del Cristo de Lepanto, que estaba inclinado porque tuvo que esquivar una bala de cañón. Después Dida

y yo nos marchamos agarradas de la mano. Yo iba bien compuesta y compungida, olía bien, la *madona* me había rociado con un perfume que le había regalado su novio cuando era joven.

A las lecciones de papito y de Paco siguieron las de la maestra.

El cielo llevaba tres días de color gris. La arena de África llegaba a nosotros traída por un viento loco y calmado, y yo tenía la sensación de que soplaba desde las trompetas de los hibiscos que, a centenares, asomaban por encima del parapeto de la terraza en casa de la maestra de italiano. De hecho a su casita la llamaban *El racó dels hibiscs.* *

«¡Entremos un rato! ¡Salgamos un poco!», no cesaba de repetir la maestra de italiano, que por las tardes nos enseñaba a leer y a hacer cuentas. Pero cuando estábamos fuera arreciaban las ráfagas de viento y la arena se nos metía en los ojos. Y dentro hacía mucho calor, era como si las paredes ardiesen. Por otra parte, si estábamos fuera las páginas de los cuadernos se agitaban cuando el soplo regular del viento se irritaba, tal vez más aburrido de la clase que nosotros, con todas aquellas *gn* de gnomo y aquellas *ghi* de *ghiro*.* Y si nos quedábamos dentro el sudor casi goteaba sobre las páginas. No había sosiego.

Esa tarde la maestra no lograba explicarme qué era el cero. Yo insistía con petulancia:

—Pero si el primer número es el uno, ¿cómo puede venir antes el cero? ¿Qué es ese cero?

—Apréndetelo y ya está —decía la maestra, exasperada—. Apréndetelo y repite que es una cosa que viene antes que el uno.

—Pero ¿es una cosa o es un número? —insistía yo—. ¿Acaso es una cosa que se come? ¿Qué cosa es? ¿Es una cosa toda negra por dentro, como en la pizarra, o es una cosa toda vacía por dentro?

La maestra me miraba perpleja e irritada.

—¿Acaso es un huevo con un pollito dentro? —le sugería, porque en mi fuero interno esa me parecía la respuesta. Y de hecho ese pollito se convertía luego en el uno. Cada número del silabario ¿no venía acaso acompañado por una fila de pollitos?

—Basta de fantasías —decía la maestra—. El cero es el cero. Así como la hache es la hache, la o es la o, la eme es la eme… Y ya está —añadió en un arranque de genialidad—. Sirve para formar el diez. Luego aprenderás que sirve para formar el veinte, el treinta, el cien…

Dejé de preguntar. Cuando una cosa servía para hacer otra ya no había manera de conseguir explicaciones.

«¿Qué es el sol?», le pregunté un día a papito y a mamita, y ellos me contestaron, «Sirve para calentarnos».

De repente los cuadernos echaron a volar y a caer al suelo; incluso se volcó el vaso de agua que había encima de la mesa, del que la maestra no paraba de beber. En el cielo resplandecieron los relámpagos. Enloquecidos, los hibiscos se inclinaron hacia nosotros, casi como queriendo huir del vendaval. Corrimos todos a la casa. Desde el umbral contemplamos la lluvia que formaba una cortina, como la de lata delante de la puerta de Dida.

—¿Sabes? —le dije a la maestra todavía con mayor perversidad, mirando el vendaval—. El diez es el número de la lluvia y el cero es el número que transforma las nubes en lluvia.

Pero la maestra ni siquiera me prestó atención. Se notaba que lo lamentaba por los hibiscos azotados por el vendaval, y además parecía preocupada por nosotros, los niños, apiñados a su alrededor bajo los truenos y relámpagos. Parecía una gallina clueca. Fue a buscar unos caramelos y nos dio tres a cada uno.

El vendaval amainó. La maestra ocultó las manos cerradas detrás de la espalda, me tendió una y me preguntó burlona y paciente:

—¿Qué hay aquí dentro?

Le abrí la mano.

—¿Lo ves? —me dijo—. No hay nada. Hay cero caramelos.

—No es verdad que el cero quiera decir nada —rebatí, obstinada.

—Me vas a volver loca —murmuró la maestra.

No hablamos más. Esa tarde dejamos de dar clase. Quedamos como extenuados por el vendaval y el juego de los ceros.

Seguíamos en el umbral con los brazos colgando, y yo tenía la impresión de disolverme y caer como la lluvia. El viento ya no soplaba. Y las trompetas de los hibiscos estaban cerradas y lacias. En

el suelo, la arena llegada de África se había convertido en barro. Un barro especial, resplandeciente.

La culebra en el campo

Era agosto.

A primera hora de la tarde, la hora de la siesta, la casa, con los postigos cerrados, era una fuga de planos de varias gradaciones de blanco si la atravesaba un juego de corrientes. Me levantaba entonces de la cama, donde me obligaban a estar —los vuelos mismos de la mosquitera, mecida por el viento, parecían invitar al movimiento—, seguía las trayectorias del aire y me colaba entre los bastidores blancos de aquel teatro desierto. A veces iba hasta una puerta que daba al campo —había quedado abierta de par en par por distracción— y allí me demoraba un momento, embelesada, en el umbral; me asustaba aquel silencio soleado. Me atraía el juego del aire y el blanco de la casa como una melodía quejumbrosa, y a veces corriendo, otras de puntillas, me paseaba por sus cuartos. En aquel vagabundeo sonámbulo me encontraba en ocasiones un cuerpo dormido; olfateaba y escuchaba, el sudor y la respiración se mezclaban. Y si oía una voz me pegaba a la pared o la franqueaba.

Otras veces ni una sola brisa cortaba el bochorno. El cuarto parecía entonces un cofre forrado de damasco y, a causa del bochorno, pesada como el oro en él guardado, yo no podía moverme hasta que, empapada en sudor, me quedaba dormida con la mirada enredada en la mosquitera.

Aquella tarde de agosto, sin embargo, mi mirada perezosa se detuvo más allá del velo de la mosquitera y se posó en un sombrero de paja colgado de un gancho de la pared frente a la cama. Fue verlo y pensar, «Quiero recorrer los campos».

En el centro del campo elegido de antemano había una higuera. Me tendí a su sombra. Para protegerse de los rastrojos punzantes los campesinos habían esparcido allí un poco de paja.

—Este es mi sitio —dije en voz alta, y dirigiéndome orgullosa a un público imaginario añadí—: Para que lo sepan, no soy un confite ni un

pendiente de oro que deba permanecer encerrado en una cajita.

Las rocas, recortadas detrás de las villas del barrio de Gènova, destellaban entre los lentiscos como dientes de cabra. El mar, a lo lejos, emitía resplandores. Un casco de vidrio entre los rastrojos parecía una lente incendiaria. Los terrones estaban tan resecos que ni siquiera se deshacían bajo los pies. Todo humor se evaporaba. Posaba la palma de la mano en los tallos de heno cortados casi a ras del suelo, pinchaban, eran tan duros que no podía doblarlos. Toda la humedad parecía encerrada en la higuera que, ávida, la retenía en sus hojas ásperas, en su perfume irritante, para repartirla después, elaborada y condensada en la dulzura de sus frutos.

El árbol era tan bajo que, aun tendida, me bastó con alargar la mano para arrancar un higo, tentada por su grieta, que dejaba entrever la pulpa roja.

El aire temblaba de tanto calor. Unos rostros de figuras primigenias y rústicas, benignas, aparecían y desaparecían en él, como detrás de una cortina de agua.

Me quedé dormida con la vista clavada en aquellas figuras huidizas, atada a aquella yacija de heno por los hilos invisibles del bochorno, colmada de dulzura.

Comenzó en los pies, luego subió por la pierna. Una presión imperceptible, la sorda sensación de otro ser. Levanté la cabeza y aquel ser hizo otro tanto, irguiéndose sobre mi vientre. Sus ojos estaban separados, su sonrisa era enigmática. Como para expresar su enfermedad, aquella criatura carecía de brazos y piernas.

Para acercarla a mí le ofrecí la palma de mi mano y se la puse debajo de la cabeza. Se deslizó a lo largo del dorso, su cola serpenteó, le tendí la otra mano más abajo para que descendiera y avanzara. Al cabo de un rato se enroscó a lo largo de mi brazo rumbo a la axila. Subió un poco más y lamió el azúcar del higo alrededor de mis labios, después volvió a mirarme. Los dientes blancos tenían el mismo destello que las rocas entre los lentiscos. Era el destello de la vida, a la que nada distrae. Sacó la lengüita roja en señal de amistad.

—No te tengo miedo como los demás niños —le dije.

Se deslizó por mi cuerpo en dirección a los rastrojos, pero a medio

camino se volvió hacia mí, levantando la cabeza como para llamarme, y saltó al campo. La seguí.

Me llevó entre las piedras a su nido, a sus crías, que no me inspiraron ternura como otros animales recién nacidos. Ni ganas de jugar. Eran un desnudo culebreo de existencia. Casi un producto exclusivo, debido a un exceso de plenitud, de las piedras y el calor.

La culebra levantó de nuevo la cabeza hacia mí, expectante.

—Ahora te llevo a mi casa. Métete aquí —le dije. Asiéndola con delicadeza por el centro del cuerpo la deposité sobre mi pecho y añadí —: Te escondo porque si no te matan.

Entré en la cocina de puntillas. Seguía siendo la hora de la siesta. Dida y Francesca dormían tendidas en el suelo sobre un jergón, despatarradas, y roncaban. Busqué en la encimera, en los hornillos, en la nevera. No encontré nada vivo que ofrecerle. Cogí una escudilla, la llené de leche y me la llevé a mi cuarto.

Dejé la culebra encima de la cama. Desde luego con ella no podía jugar a acostar a la muñeca, como había hecho a veces con gatos y perros, no podía embozarla con la manta, mantenerla con la cabeza sobre la almohada. Vi que trataba de bajar y tendí la sábana hasta el suelo para que se deslizara por ella.

—Este es mi cuarto —le dije.

La criatura comenzó a pasearse entre mis juguetes y se encaramó a la pelota grande de color rojo. La pelota echó a rodar y la culebra rodó con ella.

Entró mamita. Iba a decirme algo, pero se quedó boquiabierta, con los ojos aterrados. Se desmayó.

Dejé a mamita en el suelo, inconsciente. Hui al campo con la culebra escondida en mi pecho. Temía que me la matasen.

El pájaro de la guerra

Seguramente me encontraba en un campo. No veía dónde terminaba, pero terminaba. No es que estuviese vallado. Un campo terminaba allí donde empezaba otro. Cierto campo había sido trabajado por ciertas manos, otro por otras manos. Este era el límite entre los campos. El cuadrado, en cuyo centro me encontraba, me parecía la reproducción en la tierra del cuadrado que formaban las cuatro estrellas del carro de la Osa Mayor, que me había enseñado la noche antes en el tejado de nuestra casa el jesuita don Luis de Cacaredo.

A medianoche, como una sonámbula, había bajado al salón iluminado, que olía a tabaco y a helado de vainilla. Mamita tenía una expresión indefinida: no sabía si reñirme o abrazarme; de todos modos quiso llevarme de vuelta a la cama. «¡No!», respondí a su primer intento, y ella comprendió que me disponía a gritar, algo que habría sido muy inconveniente. Don Luis de Cacaredo, de pie a su lado, le sonreía y, sin dejar de sonreír, me levantó en brazos, me depositó en el sofá, donde me hundí, se sentó con elegancia a mi lado, sobre el apoyabrazos, y cruzó las piernas.

—*¿Qué pasa, niña*? —me preguntó.

—He visto una estrella que caía en el puerto —le dije—. El agua salía despedida lejos, inundaba Ciutat y llegaba hasta nuestra casa. ¡Todo hervía y se incendiaba!

—Dime la verdad —me pidió don Luis—. ¿Has mojado la cama?

—No —respondí—, la ha mojado el agua de mar.

—Ahora te llevo al tejado, hace una noche espléndida, y te mostraré que las estrellas están tan bien atadas entre sí que no se pueden caer.

Y eso hizo. Me llevó al tejado y me mostró cómo las estrellas estaban «bien atadas» en constelaciones…

Había como algo reseco y crepitante en aquel campo, una luz seca, y al contemplarlo se tenía la sensación de que estaba como

abarrotado. No olía a agua y tampoco a tierra; de modo que no era un campo de legumbres ni de verduras, sino de cereales; pero no de maíz, que tiene un vigor turgente y húmedo, ni de avena, que es aérea, ligera, estelar. Era un campo de grano. Pero yo por entonces no usaba esa palabra italiana, sino que decía *trigo*, y ese sonido agudo, estridente y al mismo tiempo contenido transmitía mejor la idea de la espiga.

No podría decir que fuese feliz en ese campo, la felicidad presupone la presencia de vacíos a través de los que circular, es un elemento aeriforme; tampoco que me sintiese alegre. Más bien era lo contrario de la efervescencia; me sentía como un todo lleno; pero no estaba harta, porque la saciedad supone a su vez un vacío. Era más bien como una piedra, que nunca ha estado vacía.

Me había sentado en aquel campo, sin fijarme demasiado, un instante antes. Había salido de casa fingiendo para mí misma que huía. Había descubierto ya la pereza o la impotencia del ser que consiste en preferir las quimeras a la acción. Me prohibía dos fantasías que eran unos auténticos planes de fuga con los que, por lo tanto, no quería jugar: la de unirme a los gitanos y la de marcharme con Carlito, una vez hubiésemos reunido dinero suficiente para comprar los caballos, siguiendo el ejemplo de los caballeros andantes. Me abandonaba a otras pueriles fantasías de fuga de este mundo. Imaginaba por ejemplo que salía disparada de un cañón en lugar de la bala, como le había ocurrido al barón de Münchhausen en su viaje a la luna; se levantaba una polvareda y yo entraba en un mundo subterráneo compuesto de telescopios y sextantes, mapamundis y otros mapas geográficos, cartas de vientos y brújulas, de ancianos venerables y flacos aprendices; o bien fantaseaba con que un día ventoso me aferraba a un paraguas y me elevaba en el aire como Pedro Melenas, o volaba hasta una casita en la colina toda para mí y, obviamente, con el tejado rojo, donde no me imaginaba que era Blancanieves, sino uno de los siete enanitos. Llegaba a la casita y enseguida iba a reunirme con los demás en la mina, donde se

deslizaban poleas, cubos, carretillas, cuerdas; y daba realmente la sensación de que todos los murmullos, los golpes secos y los crujidos nocturnos eran allí disciplinados, arrancados al vano movimiento de las hojas y los animales. En el centro de la galería por la que imaginaba adentrarme sonaba un teléfono para anunciar no a la señora Facchi, sino la llegada de una carretilla. Mientras al final del último pozo habían puesto a trabajar hasta a la señora Muerte, a la que en casa nunca invitaban porque era demasiado vulgar. Utilizaba la larga guadaña como un pico y la vigilaba un perro de tres cabezas, dispuesto a devorarla si intentaba descansar.

Además alimentaba mis fantasías un libro de la colección Scala d'Oro titulado *Leyendas de la antigua Roma*. En él se hablaba de dioses y diosas, de héroes y matronas, de reyes y pueblos, de guerreros a caballo que ya en vida parecían monumentos ecuestres, de animales fatídicos, de campos repletos de ejércitos desplegados para la batalla que parecían recién arados, de civilizaciones que había que sembrar, de leyes que había que labrar en piedra con escalpelo. Pues bien, según contaba ese libro, navegando desde nuestra isla con rumbo a Italia se llegaba a una islita humeante donde estaba la fragua del dios Vulcano, que fabricaba arados y lanzas para todos aquellos guerreros y agricultores. Sentada en el campo imaginé que Carlito y yo partíamos hacia aquella islita. Salíamos de casa por la noche, como malhechores, o mejor dicho como Andreu, el fabricante de papel maché que había escenificado la burla de la mayonesa, sin volver la vista atrás, caminando veloces y seguros pero sin correr, para no alarmar a los perros, y seguíamos el blanco sendero polvoriento, bordeado de agaves, que habíamos recorrido de día con Dida y mamita vestidos con nuestros remilgados peleles y nuestros sombreros de playa. En la orilla vislumbrábamos la barca de Antonio Alou, el pescador; sabíamos que esa noche no salía de casa. De hecho había estado todo el día quejándose de dolor de muelas y se había atado un pañuelo alrededor de la cabeza. Empujábamos la barca al mar. Antes de partir, para armarnos de valor, de una tinaja de barro húmeda y resbaladiza cada uno de nosotros bebía un sorbo de agua, que tenía un leve sabor a pozo y nos hacía añorar nuestra cama.

Comenzábamos así, con aquel largo sorbo que sabía a humedad y a sueño, a adentrarnos en el mundo nocturno. Al cabo de un trecho Carlito se cansaba de remar. Pasaba un delfín. Carlito le echaba un lazo alrededor del lomo y el delfín tiraba de la barca. Llegábamos a la islita en un santiamén. El viejo herrero nos esperaba en la orilla y decía:

—Antes de llevaros al monte debo someteros a una prueba. —Y a mí me ordenaba—: Con estas tenazas agarra esta barra de hierro incandescente y sumérgela en el agua. Aguántala firme, sin temblar ni soltarla.

Así lo hacía: el calor me quemaba los ojos.

—Quietos ahí, no os vayáis —ordenaba luego.

Con una palita reunía un puñado de brasas incandescentes y nos las echaba encima. Miles de chispas se desperdigaban por el cielo y nos caía encima una lluvia ardiente. Pero Carlito y yo no nos movíamos. Finalmente nos hacía entrar, nos ofrecía de beber en un tazón de hierro —el agua sabía a azufre—, nos daba de comer pan y remolachas; las remolachas también tenían un sabor mineral. Después me enseñaba dos camas, también de hierro; en el monte hacía tanto calor que no se necesitaban mantas. Cuando aprendíamos a elaborar astas y anillas nos conminaba a que regresáramos a casa y añadía:

—Id a ver a Melcior Dureta, el carpintero, y ayudadlo a fabricar anillas para los cajones de las arquillas, tachuelas para las sillas de cuero y abrazaderas para sujetar las esquinas de los armarios.

—Pero no me dejarán trabajar en el taller de Melcior Dureta —objetaba yo—. Papito quiere que sea bibliotecaria, la abuela que sea santa y mamita todo aquello que se puede ser.

—¡Qué tonterías! —decía el dios Vulcano—. Dile a tu abuela que a san Lorenzo lo quemaron en una parrilla, a san Sebastián lo atravesaron con flechas y santa Teresa vio un puñal traspasarle el pecho. ¡Se necesita quien sepa forjar parrillas, flechas y puñales, de lo contrario no habría santos! Y a tu padre dile que las máquinas para hacer libros están hechas de hierro y plomo. Y por último dile a tu madre que, si no existiesen quienes fabrican tronos y cetros, ¡no habría reinas ni reyes! De modo que sería imposible que tú te

convirtieses en reina.

Dicho lo cual el dios nos abrazaba con brusquedad y empujaba nuestra barquita.

Cuando estábamos en alta mar, Carlito y yo nos mirábamos a la cara.

—¿Qué hacemos? —nos preguntábamos.

—No vayamos a Mallorca —decía yo—. Vayamos a Nápoles.

Cambiábamos el rumbo de la barca y nos íbamos a Nápoles, donde abríamos un taller en la rua Catalana; de hecho la abuela me había contado que allí todo el mundo trabajaba el latón, el cobre y el hierro.

Todas esas fantasías de evasión a mundos laboriosos habían hecho que me relajara, o tal vez fuese el efecto del aroma del campo. Era un olor limpio, pero no de limpieza, que presupone jabones y lejía. Era un olor cálido y seco, crepitante. Un olor que guardaba un secreto. Pero un secreto modesto, no como algunos secretos al estilo de Barba Azul. Un secreto totalmente vegetal. «¿Cuál será el secreto de este olor?», me preguntaba. Por entonces, para mí cada cosa guardaba secretos, sobre todo los olores. El secreto del olor del mar, por ejemplo, me fue revelado, o eso me pareció a mí, aquella vez en que el doctor Pérez le dijo a mamita, «Señora, haga que la niña respire yodo». Era invierno. Yo había tenido neumonía. «¿Y qué hay que hacer para respirar yodo?», preguntó mamita. El doctor Pérez se echó a reír y le dijo, «Llévela a la playa, sobre todo cuando haga buen tiempo pero el mar esté agitado y en el agua no haya amainado todavía la tempestad. Y que su hija respire profundamente». Y así, mamita empezó a llevarme a la playa. A ella también le hacía bien respirar yodo, decía. Inspirábamos con fuerza. Me daba vueltas la cabeza, tenía la impresión de que el ruido del mar me arrastraba de acá para allá como un guijarro; en el aire flotaba un olor a farmacia.

El yodo era solo uno de los secretos del mar, como no tardé en descubrir un día en que papito me puso en la punta del cubierto de pescado un trocito de seso de mújol.

—Cómetelo, que es todo fósforo —dijo.

Era amargo, como una píldora, pero le pedí que me diera más, porque quería descubrir aquel secreto con el paladar. De hecho uno de

los modos de penetrar el secreto de una cosa era comérsela; en realidad era el más simple y el más tonto. Tanto el fósforo como el yodo tenían una capa impenetrable. Tal vez por eso el frasco de tintura de yodo llevaba una etiqueta con el símbolo de la muerte, casi como si fuese un aviso de no violar ese secreto.

En resumidas cuentas, mientras intentaba en vano penetrar el secreto del olor del campo y olfateaba el aire, atenta y curiosa, como un animal que husmea a su presa, oí un disparo y vi a las codornices alzar el vuelo detrás de un seto de lentisco. Enseguida me vino a la cabeza aquella vez en que Paco me regaló un gorrión. Lo había matado de una pedrada y, con una dulce sonrisa, había depositado en mi mano aquel horror blando y cálido. «Este es el secreto del vuelo del gorrión», me dije entonces. Este recuerdo hizo que desistiera de seguir olfateando el campo. «Mejor lo dejo estar», pensé. Me sentía como aplastada por la fuerza prepotente que emanaba de él. Y se sumaron también las cigarras que, como para burlarse de mí, se pusieron a cantar a mi alrededor. Me esforzaba por no prestar atención al olor del campo y a aquel estruendo que me atormentaban. Y entretanto pensaba, «Parece un olor a familia, pero a familia antigua, a antecesoras de la abuela». Después me pesaron las piernas y los brazos y yo misma me convertí en ese olor.

De repente encima de mi cabeza hubo un fragor terrible. El cielo se oscureció. Toda la vida que se estremecía en el campo salió volando o se aplastó contra la tierra. Los mosquitos cegaron mis ojos. Tuve la impresión de notar un golpe de ala en el cuello: no una vibración, sino un tajo.

Era un avión. Casi había rozado las espigas con un ala.

Se alejó atronando, como había llegado. Vi a un hombre en la carlinga. Se asemejaba a la imagen de una postal.

Me quedé paralizada. No sabía si estaba viva. En la boca del estómago noté una fuente enloquecida que borboteaba sin orden; no lograba encontrar una salida.

En Ciutat confeccionaban por Carnaval unas máscaras de dos caras: una de ellas era bondadosa y sonriente. Pero, de pronto, el personaje amable que solía preferir a los niños y las muchachas se transformaba

con un movimiento hábil y veloz en un monstruo rencoroso, de risa maliciosa; y de nuevo, siempre rapidísimo, volvía a exhibir su sonrisa tranquilizadora. Y había también un amigo de papito cuyo rostro saludable y cortés se convertía en horrible mueca a causa de un tic. Pues bien, en ese momento tuve la sensación de ver que el cielo adoptaba la misma mueca horrible.

El retumbo lejano del avión al perderse en el horizonte simulaba ser entretanto un ruido doméstico para confundirse con los habituales del aeropuerto militar. El cielo, por su parte, simulaba ser jovial y sonriente. Pero yo había visto aquella horrible mueca. No podía fingir que no había existido, aunque el cielo seguía mirándome amable con sus mejillas pintadas con el colorete de las nubes. «Ahora vuelve la mueca», pensé, y me puse a gritar.

Pese a haberme escapado de casa con el plan de fugarme, era evidente que no había llegado demasiado lejos. La gente acudió enseguida al oír mis gritos. Me tomaron en brazos, me preguntaron qué me había pasado, me hicieron beber agua.

Me brillaban los ojos, me ardía la frente, la voz se me ahogaba en la garganta. Mamita había salido. Dida también había salido. Inés me llevó a mi cuarto. Como no sabía qué hacer se mecía junto a mi cama en la mecedora. Aquel balanceo suyo me calmó. Finalmente pude hablar.

—A veces los pilotos bromean —me explicó Inés—. Me lo ha dicho mi hermano, que todas las mañanas lleva la leche al aeropuerto. Cuando ven gente en un campo los pilotos se divierten pasando en vuelo rasante para asustarlos. También lo hacen aunque no haya gente; entre ellos se desafían a ver quién roza el trigo con un ala. Ya sabes, tienen que ejercitarse con la muerte.

Llegó mamita, se inclinó sobre mi cama y me abrazó, pero se tambaleaba sobre los tacones. Los zapatos le hacían daño, se le habían hinchado los pies, había caminado demasiado haciendo recados. Se sentó en la silla, quiso quitarse el zapato. No lo consiguió. Le pidió ayuda a Inés.

—Pobre niña. El caso es que el piloto bromeaba, no quería disgustarte; quizás ni siquiera te vio, ahí, entre los rastrojos del trigo.

Ya sabes que esos pilotos son amigos nuestros —decía.

Tras quitarse los zapatos se sentó a mi lado en la cama y me acarició la cara.

Llegó el médico y le dijo a mamita:

—No se preocupe, señora, no es nada, solo una fiebre provocada por el susto. Le daré un calmante.

«¡Qué tontería!», pensé. «No entienden nada. La fiebre no me vino por el susto. Ni siquiera tuve tiempo de asustarme. Me vino porque comprendí que no se puede huir a ninguna parte, ni en la luna ni en la tierra. ¿Casitas e islitas? ¡Lo que faltaba! ¡Y mucho menos se puede huir dentro de un olor!»

Tenía la impresión de que en todas partes el rostro amable del mundo podía transformarse en mueca. A partir de entonces renuncié a mis fantasías de fuga.

Al día siguiente me encontré mejor, aunque por precaución me obligaron a guardar cama. Le di a Antònia —ese era su día libre e iba a la ciudad— las tres pesetas que había escondido en un calcetín para comprar los caballos. Le dije que me trajera caramelos.

Me los trajo por la tarde, a escondidas, cuando en el cuarto ya no quedaba nadie. Teníamos prohibido comer caramelos después de habernos lavado los dientes. Los esparció en la cama, como para una fiesta. Y ella también estaba de fiesta, toda perfumada y recién salida de la peluquería, con el pelo rizado; parecía preparada para una representación teatral.

Los caramelos venían envueltos en papeles brillantes. «¡Qué bonitos son! ¡Y qué bonito era mi caballo!», pensé. Pero los dejé ahí, tirados encima de la manta. No tenía ganas de comérmelos.

Paco

Paco y yo nos escondíamos en alguna parte.

—¿A qué animal queremos jugar? —decía uno.

—Al perro —decía el otro.

Nos alejábamos en direcciones opuestas, después echábamos a andar decididos a cuatro patas, fingiendo indiferencia. Entonces Paco se contoneaba entero, del cuello a las nalgas. Y yo no me quedaba atrás. Hasta las nubecillas más bajas formaban rizos y volutas para imitarnos. Teníamos varias maneras de enfrentarnos. O nos dábamos golpes de hombro y apretábamos mejilla contra mejilla con las caras levantadas, o nos estudiábamos por detrás: nos olíamos, nos lamíamos. ¡Y qué manera de reír! También sabíamos ladrar. Pero Paco lo hacía mejor.

Otras veces jugábamos a que éramos gatos; nos arañábamos, bufábamos. Paco me hundía las uñas en el cuello, yo, en su mejilla. Nos restregábamos por el suelo con amorosos quejidos. Hacíamos un hoyo en la tierra, cagábamos y meábamos y lo tapábamos todo. Y en el intento de imitar la ondulación de las colas al levantarse, estirábamos el cuello y emitíamos un sonido especial, «¡Vvvvv!», que daba escalofríos, una sensación de electricidad y vértigo. Cuando jugábamos a los gatos y queríamos tocar las cosas, nunca nos acercábamos del todo a ellas; sabíamos que teníamos bigotes sensibles.

Jugábamos a la muerte y a la vida.

A la muerte se jugaba así: restregábamos con mucha fuerza una palma de la mano contra la otra hasta que se ponían amarillas. Después había que olerlas enseguida, antes de que recuperasen el color rojo; olían a cadáver. A la vida, en cambio, se jugaba quedándose tendidos en el suelo con la boca abierta hasta que se te metía una mosca o un mosquito. Debíamos permanecer inmóviles cerca del estiércol, la basura o el agua estancada y esperar mucho rato, sin hablar, sin reír, sin soplar. En cuanto el insecto caía en la

trampa había que cerrar los labios a toda prisa para percibir su aleteo apagado; y así ese revoloteo, ese temblor de vida apresado en nosotros mientras conteníamos la respiración nos hacía partícipes de un terrible secreto.

Un día Paco no pudo resistir la tentación y le pegó un mordisco a la mosca que había capturado.

—Has hecho trampas, has jugado a la muerte —le dije yo.

Cuando se la quitó de la boca, en el montoncito negro y rojo seguían palpitando las alas. Las tocó, dejaron de moverse.

—No tiene el mismo sabor que las hormigas, sabe casi a carne —dijo Paco tranquilamente.

También jugábamos a mirarnos a los ojos sin reírnos. Nos agachábamos frente a frente, con las manos en la espalda, porque no había que temer más agresión que la de la mirada. Yo aguantaba más rato. Abría los ojos de par en par, no parpadeaba, fijaba la vista en el centro de las pupilas de Paco; imaginaba que había allí una estrella. Paco, en cambio, me clavaba los ojos en la cara, con descaro, y casi siempre era el primero en reírse.

—Me das miedo cuando me miras así —me decía a veces.

—Es porque conozco el secreto —respondía yo.

—¡Entonces dímelo! —me pedía Paco.

—No, te daría miedo… —decía yo—. Tienes miedo, por eso estás siempre de broma.

Paco insistía, pero yo no se lo decía. Porque la verdad era que yo tampoco sabía cuál era el secreto. Solo sabía que existía y que no había que tener miedo de él. Aunque, en general, no utilizaba ese poder mío. Prefería reír, y de las carcajadas pasar a las cosquillas y a dar volteretas en el suelo.

—¿Me das fuego? —le pedía a veces a Paco. Y él me metía la mano en las bragas y me restregaba.

—¿Me das fuego? —pedía él a veces, y yo le metía la mano en el calzoncillo y se la tironeaba.

O bien preguntaba Paco:

—¿Te doy fuego?

Y yo le decía:

—¿Te doy fuego?

Después nos quedábamos serios un momento. Pero al poco rato, como en el juego de mirarnos a los ojos sin reírnos, ya no aguantábamos y nos entregábamos a las cosquillas y las carcajadas.

—¿Jugamos a Don Quijote y a Sancho? —preguntaba uno de nosotros. Y todas las veces nos peleábamos para decidir quién hacía de quién.

—Yo tengo que ser Don Quijote porque soy hombre —decía Paco.

—¿Y eso por qué, o es que Sancho es mujer? —objetaba yo.

—Pero Don Quijote es más hombre —contestaba Paco sin dar más explicaciones.

—Si es por eso —rebatía yo— entonces Sancho es mucho más hombre. Tiene mujer y un montón de hijos; en cambio Don Quijote lleva vida de cura.

—Pero ¡Don Quijote tiene a Dulcinea! —exclamaba Paco.

—Por fuerza yo tengo que ser Don Quijote, porque hablo castellano —decía yo—. Tú casi no hablas más que mallorquín. Y además yo conozco el secreto. ¡Y además mi padre es rico y un día me comprará un caballo!

—¡Déjate de caballos! —estallaba Paco—. ¡Tu padre solo sabe comprar coches! ¡Como mucho te comprará un avión!

Ninguno de los dos conseguía salirse con la suya. Teníamos que pactar. Nos tocaría alternarnos en los papeles.

Habíamos inventado decenas de variantes de la historia.

—¡Vamos a luchar contra el capitán Bayo! —proponía Paco.

Caminábamos erguidos, con los brazos rígidos, como si lleváramos unas riendas, y con la boca imitábamos el sonido del trote; íbamos a Manacor, con la merienda en bandolera.

O bien modificábamos la historia en función de lo que él había oído decir a los ancianos la noche antes. Y así Paco decía:

—¡Vamos a luchar contra el conde Rossi! —Y nos marchábamos pavoneándonos del mismo modo, pero esta vez en dirección a Son Batle.

O incluso íbamos a atacar a los moros: los innumerables espantapájaros desperdigados por los campos.

Sin embargo la mejor de todas era la batalla contra los ogros: con palos afilados ensartábamos los agaves y las chumberas. Y cuando pasaban los aviones les arrojábamos piedras con hondas.

Y una vez le dije a Paco:

—Tengo que decirte la verdad. Incluso cuando hago de Sancho me siento más Don Quijote. Hago de Sancho solo por darte el gusto. Y porque es tu turno.

—Y yo, cuando hago de Don Quijote, ¡no me creo que soy él, me siento mucho más Sancho! —dijo Paco.

A partir de entonces yo hice siempre de Don Quijote y Paco, de Sancho. Y también desde entonces Paco empezó a hacerme muchas trastadas. Por ejemplo, cuando veía una mierda en el suelo no me avisaba y yo, invariablemente, la pisaba. Después, mientras me limpiaba, él se carcajeaba, o mejor dicho se descoyuntaba de risa.

El patio de Dida

El domingo por la tarde Dida libraba y se marchaba a su casa. Me gustaba ir a su patio. Mamita no quería. Entonces me ponía a chillar, me agarraba a la pierna de Dida, mordía a mamita si intentaba sujetarme, le bufaba en la cara como un gato enfurecido. Ella palidecía, no sabía qué hacer. Dida me levantaba del suelo con un solo brazo, me llevaba a la fuente y me lavaba la cara, me hacía beber un sorbo de agua para que me calmara, me daba golpecitos en la espalda para que se me pasara el hipo y luego, en su tribunal del amor, sentenciaba, «*Els nins no ploren*».* Y añadía, «*Al meu pati hi ha lloc per a tots*».* Una vez que me calmaba, sentada en su brazo como en un trono, segura de que me llevaría con ella, aceptaba su invitación, «*Ara demana perdó a ta mare*».* Mamita me abrazaba, sus manos en mi cara parecían frágiles y temblorosas como alas de insecto. Posaba en ellas las mías para apretarlas más contra mis mejillas, y como para comprobar su fuerza metía los dedos entre los suyos. Luego me iba triunfante en brazos de Dida. Entretanto mamita se extasiaba en el patio, qué sé yo, delante de las fucsias recién brotadas. Yo le decía a Dida, «*Ma mare és una nina*».*

Dida me bajaba enseguida de su trono de amor, pero yo no protestaba, segura de que ya nadie me raptaría. Después, a mitad de camino, yo me soltaba de su mano e iba dando saltitos de acá para allá. Dida se detenía de vez en cuando, se secaba el sudor con un pañuelo y me decía, «*Sembles un grill. Tu no sues mai*».* Yo me olía las axilas y tenía la sensación de que nunca me haría mayor.

Entraba en el patio de Dida y me sentía aturdida, como en una feria o en una fiesta. El olor a guiso de alubias que emanaba a través de los flecos de lata de la cortina era el mismo que el que despedía el cuerpo de Dida. Me sentaba en un escalón con una escudilla en la mano. No perdía de vista una rebanada de pan y aceite con tallos de ajo fresco o tomate apoyada a mi lado en el suelo, por miedo a que me la quitaran.

Dida llegaba con un plato lleno de mazorcas de maíz cocidas. Mientras comía me defendía de los perros. Los gatos, en cambio, balanceaban desdeñosos la cola delante del maíz, pero seguían rondando a mi alrededor, presagiando, como yo misma, que tal vez también me fueran a dar pan con sobrasada. Y en efecto, poco después Dida salía de la cortina tintineante con una rebanada de pan untada de rojo en la mano. Y rojo como la sobrasada era el pañuelo que llevaba al cuello Pedrón, que se asomaba por la cortina y acompañaba el obsequio con una sonrisa. En esa casa Pedrón solo era dueño de la sobrasada. Era el único que sabía hacerla, ponerla a curar en el lugar adecuado, custodiarla. Y cuando yo iba allí, a ese patio, él se subía a la escalera, descolgaba la sobrasada de un clavo en lo alto y desataba el cordel que la sujetaba por ambos lados. Yo me la comía con la cabeza entre las rodillas y el pelo colgando. Apartaba a codazos a los perros y a los gatos, y entraba en el paraíso grasiento y picante del Lazarillo. El Lazarillo habría vendido su alma por aquel bocado, como había hecho *el doctor Faust d'Alemanya*; pero «*Els pobres no tenen ànima*»,* me había dicho Dida un día, después de pelearse en su patio con un borracho que había dejado morir a su mujer sola en casa.

Pedrón aguardaba inmóvil en el umbral. Tal vez esperaba un gracias, una sonrisa. Yo lo sabía, pero no levantaba la cabeza, inmersa como estaba en la sensual comunión con la comida y en oscuros pensamientos sobre el alma y su comercio. Con la boca llena pensaba, «Dejadme en paz, por favor. ¡A saber cuándo volveré a estar tan harta!». Pero me entraba una especie de angustia. En los codos notaba cómo se erizaba la pelambre de los gatos y de vez en cuando me rozaba, áspera y fugaz, la lengua de un perro. «Ahora me comen», pensaba, tras haber aprendido en nuestro jardín que tarde o temprano quien come acaba siendo comido. Entonces me levantaba y me refugiaba al lado de Pedrón, que, en absoluto asustado, reía y me decía, «*No has de donar-li ni una sola mossegada*!».* Cuando terminaba de comerme la rebanada de pan con sobrasada, antes de volver a colgarla —como si quisiera ceder al principio que establece que es mejor el exceso que la abstinencia y la privación y hay que disfrutar de la vida mientras se pueda—, con la punta del cuchillo Pedrón me

untaba una porción abundante en otro minúsculo trocito de pan, que servía solo para sostenerla. Y yo me atiborraba. Dida insistía en darme un vaso de agua. Yo decía, «*No tenc set*».[*] Era como si Dida quisiese borrar una culpa. De hecho suplicaba, «*No diguis a ta mare que t'he donat sobrassada*!».[*] Luego, para refrescar el suelo, lanzaba a chorros el agua que yo había rechazado. Me llegaba un olor a polvo húmedo.

Después de las lluvias de otoño las sobrinas de Dida regresaban del campo con caracoles. Entonces a ella le brillaban los ojos. Se ponía manos a la obra: soplaba el fuego, aferraba la cesta, le daba la vuelta con tanta fuerza que los caracoles sonaban pero no se caían al suelo, ponía a dorar los ajos, dejaba la salsa hacer chup-chup a fuego lento y luego removía los caparazones con la cuchara de madera haciéndolos tintinear. Esperaba sentada a la mesa; y el perejil, picado encima de la tabla delante de ella, también esperaba el momento en que lo echarían a la cazuela. El vapor estiraba las espirales de papel insecticida que colgaban del techo; relucían las moscas pegadas.

Más que una comida el guiso de caracoles era para mí un universo por explorar. Los caracoles sabían a tierra, los masticaba, curiosa, con una leve aprensión. Solo en guisos y en esa casa toleraba los dientes de ajo; dejaba que se me deshicieran en la boca. Esos ajos, primero dorados y luego cocidos largo rato en el caldero, parecían trocitos de carne, pero de un animal fantasma, quizás de un caracol muerto. Pese a mi recelo seguía pidiendo más. Y pensaba, «Si no me como los caracoles y el ajo ¡Dida dejará de quererme!». De modo que no debía comérmelos porque fuesen buenos para la salud, como me exhortaba mamita en la mesa, o porque me harían crecer, sino únicamente porque a Dida le encantaban. Miraba a Dida a los ojos y le decía, «*Aquest cargol sembla la teva orella*».[*]

Entretanto Dida chupaba y masticaba con voracidad, luego, dejando a un lado la cuchara, pescaba con los dedos en la salsa. Al terminarse el guiso alejaba el plato, como queriendo decir que después de los caracoles no merecía la pena comer nada más. Y pedía, «*Pedrón, cerca'm qualque fulla de tabac*!».[*] Pedrón abría el cajón de la cómoda, ponía unas hojas en la mesa, las liaba y fumaba con ella. Dida volvía a pedir, «*Pedrón, ara frega'm els peus*!».[*] Y los ponía en su regazo. Pedrón

fumaba con una mano y con la otra masajeaba.

El caso era que tanto por su patio como por su casa Dida siempre iba descalza. En cuanto llegaba al patio se quitaba los zapatos, los ponía a orear junto con las medias en una cuerda tendida en la fachada de la casa y, antes de entrar, se secaba el sudor frotándose los pies en la tierra.

Las piernas de Dida eran rojas y violáceas, lustrosas e hinchadas, parecían berenjenas y granadas, y en ellas se veía algún pelo ralo, fuerte y rubio, que se le rizaba en forma de cuerno de carnero. Y así, cuando Pedrón se cansaba de masajearle los pies se dedicaba a arrancarle esos pelos. «*Deixa'm*!»,[*] imploraba Dida, agotada por la comida y el sueño. Pedrón la ayudaba a levantarse, la sostenía y la llevaba a la cama. Cerraba el postigo del ventanuco en lo alto de la pared, entornaba la puerta, quitaba la cortina de lata, la metía en el cubo, la enjuagaba y la colgaba otra vez. Después salíamos juntos en silencio e íbamos a ver al asno.

Más tarde, sentada de nuevo en los escalones, yo contemplaba el patio. Mientras, Dida preparaba las trampas para los ratones. Me contaba que los ratones les comían las orejas a los niños de pecho y que solo las madres desnaturalizadas como las del patio podían dejar a los pequeños en la cuna sin vigilancia alguna. Siempre tenía siete u ocho trampas por preparar. Las alineaba en la mesa con un trocito de queso dentro y luego las llevaba a las casas de las vecinas que tenían niños pequeños. También repartía pastillas de quinina. Con algodón y agua hervida quitaba a los niños el pus de los ojos y de vez en cuando ponía inyecciones. Eso le daba derecho a regañar a todo el mundo. «*Per què embenes el nin tan estret*?», le gritaba a una. «*Me jug el que vulguis que fas això per a no ensumar la seva merda*!»,[*] añadía. Agarraba al niño con dulce furia, lo desfajaba, mandaba que le trajesen un poco de agua, lo lavaba y lo depositaba en la cama; el niño pataleaba feliz. Le colocaba entre las piernas un pañal en triángulo, se quitaba del pecho un imperdible, prendía el paño y decía, «*Així es tenen els nins*!».[*] Entraba en otra casa y gritaba, «*On és aquell gall d'en Josep*?».[*] Y a un muchacho que fumaba en el umbral, sentado a horcajadas en la silla, le decía, «*Estàs enfadat perquè fas feina per primera vegada*!»[*]. Insultaba

a los hombres como en nombre de todas las mujeres, que entretanto se escondían avergonzadas en sus casas. Pedrón se iba callandito del patio para demostrar que con él no iba la cosa y por miedo a ser insultado a su vez. Al final Dida se quedaba gritando sola; los niños eran los únicos que seguían allí mirándola. Y sus gritos se transformaban en un lamento, «*Pega'm si no tenc raó! Vejam si goses a fer-ho! Vejam si dic mentides*!».* A veces quedaba también algún muchacho insolente que miraba con ostentación su nuevo reloj, como queriendo decir que se marcharía cuando fuera la hora. Al levantarse dejaba que la silla cayera al suelo. Y entonces Dida gritaba, «*Alça la cadira en nom de la Verge Maria*!».* El joven la levantaba con aire chulesco y al alejarse mascullaba, «*Que et fotin*!». Pero Dida, que lo había oído, le gritaba, «*Gandul*!».

Y ese mismo muchacho —que además era amigo de su hijo, el que había huido al monte— cierta vez que en una casa del patio había un muerto, sacó a relucir una historia que inquietó mucho a Dida. El muerto era el viejo pescador Bartomeu Miró. Antes de entrar y salir del cuarto del finado la gente vacilaba un momento en el umbral de la puerta, que por un lado, el que daba a la parte de fuera, llevaba escrito en lo alto lo siguiente: «*Entrada consentida por don Bartomeu Miró*», y por el otro, el que daba a la parte interior, rezaba: «*Salida consentida por don Bartomeu Miró*». Le pregunté a Dida:

—¿Por qué los muertos deben dar permiso para entrar o salir si ya no pueden moverse ni hablar?

—Porque han entrado en otro reino que les pertenece a ellos y no a nosotros, los vivos —respondió Dida.

—Don Bartomeu era pobre como todos los de nuestro patio —comentó un anciano—. Y su habitación tiene una sola entrada. En las de los ricos hay al menos dos, y entonces se entra por una puerta y se sale por otra si el muerto te autoriza.

Entonces el muchacho insolente contó la historia de un hombre de Barcelona, paladín de los pobres, al que habían expuesto en una gran sala con siete puertas y que había allí tanta gente que el muerto no pudo dejarla entrar ni salir. Toda Barcelona había acompañado el féretro por las calles. «*S'anomenava…*».* «*Calla*», lo conminó Dida con

un codazo, «*que si no el dimoni te tallarà la llengua*».* Y otro muchacho lo apartó del corrillo y se lo llevó fuera.

Sentada en esos escalones, yo reflexionaba a menudo sobre historias como esta que había oído, y después seguía observando el patio, donde un anciano se pasaba todo el día sentado frente a mí con las manos agarradas al borde de un cubo lleno de hojas de col cruda y cebollas. De vez en cuando cogía una y la comía masticando despacio. Lo llamaban «*el boig*».* No hacía otra cosa en todo el día; solo si alguno de los niños o de los perros pasaba corriendo delante de él aferraba temeroso y furtivo el cubo, se lo acercaba más y lo estrechaba entre las piernas. Después seguía con la mirada perdida y los labios apretados y una expresión desafiante.

Mientras tanto, acabada la ronda, Dida se metía de nuevo en su casa. La sonora cortina de lata se cerraba detrás de su culo grande, y daba la sensación de seguir estremeciéndose de amor y de ira; tintineaba después muy muy despacio antes de volver a su sitio. Ese dulce tintineo me parecía el ruido de los besos imaginarios que le mandaba a Dida y que ella espantaba como mosquitos.

Y como Dida guardaba en el cajón de su cómoda decenas de imágenes de la Virgen, un día le dibujé una con una boca enorme abierta de par en par, pendientes de medialuna, siete manos a cada lado, y le dije, «*Aquesta és una Verge que no tens, és la Verge del Pati, ets tu*!».*

A continuación Dida se ponía a ordenar el cuarto. De pronto pero puntualmente, la oía gritar y quejarse, «*On és aquell colló d'en Pedrón? Tira els calcetins davall el llit*!».* O bien, «*Les castanyetes! Les castanyetes! Vet aquí el que em queda d'una filla*!».*

Me sabía de memoria la historia de su hija. Era morena, delgada, de baja estatura, en fin, todo lo contrario a su madre. Su pelo rizado y largo no se sometía al peine ni a las trenzas. A ella no le gustaba trabajar, solo le gustaban los hombres y el baile. Un domingo llegó a casa con un chal de seda amarillo con flores rojas y verdes, pero Dida no se dio cuenta porque la muchacha lo había hecho un ovillo. El

domingo siguiente, creyendo que su madre regresaba tarde, se dedicó a peinarse y a pavonearse delante del espejo con el chal. Dida la sorprendió así, frente al espejo, y le gritó, «*Qui t'ha donat aquest mocador, bagassa*?».[*] La muchacha echó a correr. Y ella la persiguió con el peine que le había quitado del pelo en la mano. El chal se enredó en los dientes del peine y se rasgó. La muchacha pataleó, lloró y se desesperó tirada en la cama, con la cara oculta en el pelo, mientras Dida se ensañaba con su hija, que parecía no notar los golpes y las injurias. Pero cuando Dida se fue al retrete, un cuartito blanco detrás de la casa, su hija huyó, sin llevarse ni un alfiler, para no regresar. Desde aquella noche Dida no volvió a verla, a diferencia de Pedrón, que seguía encontrándose con ella; de hecho me contó que su hija servía en casa de un anciano comerciante, un *xueta.*[*]

Dida terminaba siempre su historia diciendo, «*I bevia vinagre! Perquè volia estar magra como una canya… Volia que li poguessin estrènyer la cintura amb una sola mà quan giràs en el ball*!»,[*] y en su voz resonaba como una nota de nostalgia.

A veces Dida se acuclillaba a mi lado en la puerta de su casa. La falda de lana de un celeste desteñido se le estiraba entre los muslos. Bajaba la cabeza, los pechos le caían sobre el plato. Estaba concentrada en limpiar las lentejas. En el patio los niños jugaban a la guerra. Jugaban a matar a los *rojos* y a los *sense Déu.*[*] Si alguna madre los llamaba para que le echaran una mano contestaban con insolencia, «*Calla o et denunciaré a la Guardia Civil*!».[*] Entonces, con calma, Dida depositaba el plato de lentejas a su lado y, apoyando las manos en el suelo con todas sus fuerzas, se levantaba. Se quedaba quieta un instante con los puños a los lados, como para calmar su ira. (Tanto en la ira como en el amor Dida era tremenda. A menudo me percataba de su energía infinita: a veces rompía platos y vasos con las manos, y en más de una ocasión, mientras se peinaba, entre los cabellos se le habían partido los peines de hueso. Hubiera hecho falta el cuerpo y el movimiento universal de un planeta para contener y desahogar su energía). Bajaba en silencio aquellos tres escalones, se detenía en el

centro del patio. Ensimismados en el juego, los niños no se enteraban. Cuando el insolente se encontraba al alcance de su mano, lo agarraba del brazo —solo lo detenía, no le hacía nada—, le decía en voz baja, casi un susurro, «*Veste'n a ca ta mare i fes el que ella vulgui*!».[*] Luego levantaba el brazo, señalaba amenazante el patio en toda su extensión y se quejaba a gritos, «*Vet aquí el temps en què els fills degollen les seves mares*!».[*] Se dirigía luego a los niños que, mientras tanto, habían dejado de jugar, y con tono imperioso ordenaba, «*Anau a jugar*!». Y se sentaba de nuevo tranquilamente en los escalones y seguía limpiando las lentejas. Los niños parecían vacilar. «*Anau a jugar*!», repetía Dida. Y ellos, como si de los deberes del colegio se tratara, se ponían otra vez a jugar. Antes de volver a ocultarse detrás de las cortinas tintineantes, las madres reían y le guiñaban el ojo a Dida. «*Au! Anau a caçar rojos*!»,[*] las incitaba Dida, irónica.

Un día, en el patio de Dida se organizó la matanza del cerdo. Los niños corrían delante del animal con paños rojos, lo agarraban de la cola, se le montaban en el lomo y seguían saltándole por encima incluso después de degollado, pero sobre la panza. Antolí y Abel eran los expertos en despiezar al cerdo. Pero los habían fusilado junto al cementerio. De modo que Pedrón, guiado por Dida, los sustituyó. El cerdo pertenecía a cinco familias que, una vez finalizado el trabajo, le regalaron a Pedrón unas cuantas chuletitas; y como Pedrón ya no tenía hijos en casa, por la noche preparó las brasas en medio del patio y convidó a sus amigos. Desde ese día en que vi a Pedrón degollar al cerdo, las chuletas y la sobrasada me repugnaron. Ya no pude comerlas, ni siquiera por amor a Dida; pensaba con tristeza, «He vendido mi alma al diablo».

Un domingo ocurrió algo especial: a la casa de una de las familias del patio llegó un gramófono de manivela y enseguida lo colocaron en medio del patio para que todos pudieran escuchar música. Dida me hizo sentar en una sillita de paja al lado del gramófono. Solo había

dos discos. Mientras uno daba vueltas, a mí me correspondía vigilar el otro. Lo aferraba con ambas manos por miedo a que se me cayera y observaba con atención todos aquellos surcos negros en los que estaba grabada la música. Miraba los poros de mis manos y me decía, «Si fuesen negras y redondas, ¡quién sabe lo que se oiría!». También me venía a la cabeza que cuando pasaba el lápiz por la hoja de dibujo allí quedaban grabados muchos puntitos negros. Y como la mina del lápiz y el disco parecían hechos del mismo material, pensaba, «Quiero ser como la punta del lápiz, como el disco, no como el dibujo y la música». La gente reía, sudaba, se abrazaba escuchando la música y bailando. Sin embargo yo percibía como un peligro el hecho de que dentro de mí bulleran ruidos, sensaciones e inquietudes. Miraba el disco fijamente con la mirada baja.

Uno de los discos tenía un alma roja en el centro, el otro, amarilla. Había allí escritas unas palabras misteriosas. Pero su verdadera alma era, al menos a mí me lo parecía, un pequeño círculo vacío mediante el cual, al insertarlo en el perno del plato, el disco daba la sensación de cobrar vida. Yo sabía que en el centro de mí misma había un pequeño vacío similar.

Solo cuando bailaba Martí, el vago, el ocioso que se sentaba en la silla a horcajadas y fumaba, no me rebelaba contra la música que salía del disco y provocaba en mí tanta agitación. De hecho Martí no se deshacía en humores y sudores, lágrimas y risas; bailaba severo y exacto, y no se sabía si era la música la que mandaba sobre él o él sobre la música. Se volvía duro y negro como la ebonita del disco. Algo intentaba engatusarlo con formas fugaces y vanas, atraparlo con súbitas garras, pegarlo con jugos rezumantes, aspirarlo otra vez con remolinos de viento, disolverlo con sorpresivas llamaradas. Pero él afrontaba con precisión todos los peligros, centrándose en el agujero que llevaba dentro. Socarrón, invitaba a Dida a bailar. Dida al principio dudaba y los ojos le brillaban como estrellas grandes y puras; después se mostraba esquiva, le daba un fuerte golpe en el culo, como si fuera un niño, y lo rechazaba con fuerza, hasta tal punto que Martí casi se caía sentado. Y se quejaba con quienes tenía a su alrededor, «*Si jo ballàs, el cel cauria damunt la terra y aquest món de*

merda rebentaria en trossos!».[*]

Un día Martí se puso a trabajar y se casó con una muchacha, casi una chiquilina. Se fue a vivir con ella a un cuarto en lo alto de una escalera de piedra apenas fuera del patio. Así, un domingo, Dida me llevó a ver a la recién casada. Pero a su casa no se podía subir. La llamó desde abajo, «¡Estel! ¡Estel!». La recién casada salió a la terracita; había vuelto a peinarse con trenzas como las niñas. Iba en pantuflas y bata, de hecho durante una semana no debía salir de su casa, recibir visitas ni vestirse.

—*Crida Martí*![*]—le pidió Dida. Pero detrás de la cortina de yute Martí no aparecía. Entonces Dida se alejó y le gritó con crueldad—: *Ara ja no ballaràs mai més com abans, Martí*![*]

Mientras tanto la recién casada saludaba agitando la mano. Cuando Dida terminó de saludar a su vez, me volví de nuevo para mirarla. La recién casada se mordisqueaba la punta de una trenza. Le dije a Dida que seguramente la pobrecilla debía de aburrirse, encerrada en casa todo el día.

—*Que ho ets de beneita*! —me respondió Dida—. *De cap manera! No s'avorreixen! Es xuclen l'ànima… Demà els duré dos coloms sofregits*.[*]

En aquellos tiempos, de hecho, todos los amigos y parientes llevaban comida a los recién casados; la dejaban al pie de la escalera, como si estuviese destinada a dos animalillos. Al día siguiente Dida mantuvo la promesa.

Dida tenía un palomar en el tejado, y allí subía al caer el sol para limpiarlo y echarle maíz a las palomas. Pero Pedrón y ella nunca se comían sus palomas. Solo las usaban para regalar: al médico, al enterrador, al dueño del pozo, al cura, a los guardias. Además al cura Dida se las daba guisadas, porque la criada solo se ocupaba de limpiarle la casa. Se ponía en marcha llevando en la cabeza un hatillo de tres niveles. En el primero iba el guiso de caracoles, en el segundo las palomas en salsa, en el tercero la coca de albaricoques. Envolvía los platos colocados uno encima del otro con un pañuelo grande anudado. A mí aquel trofeo me daba la sensación de contener un pastel preparado en la cocina de la Bella Durmiente y sustraído poco antes de que el palacio encantado despertara. Yo corría alegre delante

de Dida y con un palo apartaba a su paso las ramas espinosas de las moras. «*Deixau passar! Deixau passar*!», gritaba a una multitud imaginaria. «*Passa Dida de Pedrón, passa la Verge del Torró*!».*

Había otro sitio al que Dida acudía llevando sus ollas en la cabeza, una botella de vino en la mano y un hatillo oculto en el pecho con fósforos y hojas de tabaco. Yo debía andar a su lado en silencio; durante todo el trayecto la oía rezar y blasfemar por lo bajo. Desde hacía más de tres años Dida tenía un hijo escondido en los bosques, tras las matanzas de agosto no se fiaba de que regresara al pueblo. Me había contado que era pastor. Pero mamita, que sabía la verdad, me dijo que era un «forajido». El muchacho bajaba del monte en un asno y esperaba en un lugar acordado de la maquia, en las lindes del bosque. Un perro salía a nuestro encuentro antes que el muchacho. «*Vés a cercar-lo! Vés a cercar-lo*!»,* lo incitaba Dida. El perro desaparecía en la maquia. Dida se sentaba en una piedra a esperar. Poco después el perro y el muchacho reaparecían juntos. «*Asseu-te*!», le decía Dida tras abrazarlo. «*Perquè et tenc que esplugar*!».* Él obedecía, dócil, apoyaba la cabeza en su regazo y ella ahora lo acariciaba, ahora lo espulgaba susurrándole palabras tiernas o feroces. Le decía: «*T'engreixaràs de tanta ganduleria*!».* O bien, «*Et quedaràs en els ossos per les penes i la fatiga*!».* Mientras tanto yo trataba de jugar con el perro que, amaestrado para montar guardia, daba largas vueltas en círculo alrededor de la madre y el muchacho, olfateando el aire.

En el camino de regreso Dida paraba en la placita de la aldea vecina a hacer unas compras en una tienda, compraba sosa, jabón, aceite y sal. Después se entretenía charlando con las mujeres. Soñolienta, me sentaba en un banco. En el mostrador de aquella tienda había un bote de vidrio lleno de grandes caramelos envueltos en un papel rojo y brillante. Una vez entró una pareja de enamorados. Él compró cigarrillos, después pidió que le diesen dos de esos caramelos para su novia. La novia se guardó uno en el pecho, el otro se lo quedó en la mano. Cuando salieron ella lo seguía desenvolviendo. Una vez fuera, antes de ponerse en marcha, ella se metió el caramelo en la boca mirando a los ojos al novio. No tiró el papel al suelo, lo alisó bien alisado, lo dobló en cuatro y también se lo guardó en el pecho. Con

aquellos papeles yo jugaba a las gafas, a ver el mundo todo rojo traslúcido y envuelto en un olor dulzón. Y cuando uno de los papeles se me caía al suelo, antes de recuperarlo pensaba, «¡Quién sabe si algún novio me regalará caramelos tan bonitos!».

En la tienda había un continuo trajín, similar al tintineo continuo de monedas sueltas en el patio de Dida y a la sucesión de órdenes dirigidas a los niños, «*Vés a comprar això...! Vés a comprar allò*!». De hecho, por falta de dinero todos hacían las compras poco a poco. Por ejemplo, se compraban tres cigarrillos por la mañana, luego dos por la tarde, luego quizás otros dos por la noche. Y el azúcar se vendía en paquetitos de distintas medidas, de dos cucharadas a medio kilo. Además, por la mañana, muchos adquirían un medidor de aceite, que apenas cubría el fondo de la botella, y otro más por la tarde. Durante mucho tiempo estuve convencida de que las vinajeras de la misa contenían aceite de gran valor. De todos modos a mí aquel tintineo interrumpido de dinero se me antojaba el ruido de la abundancia.

A Dida no le gustaban mis hermanos menores, quizás porque le daban más trabajo; el hecho es que los trataba como cosas a las que tener respeto, pero no con amor. A mí en cambio me amaba; y creo que no solo porque me gustaba pasar el domingo en su patio. «*Per què ta mare ha comanat altres nins! No en tenia prou amb tu*?»,* decía. O bien, mientras me subía los calcetines gruesos, me susurraba, «*Només tu ets la meva nina*!».*

Un día le di una bofetada porque no quería irme a la cama. La mano me ardió durante horas, no pude dormirme por el dolor. Al pie de la cama Dida lloraba con este lamento, «*Aquesta és la segona bufetada que no retorn; també la meva filla me'n donà una a la teva edat*!».*Y seguía llorando mientras yo le acariciaba el pelo.

«*Un dia pariràs*», se quejaba a veces Dida. «*Oblidaràs la llengua que t'he ensenyat*!».* Y yo le respondía, «*Mai t'oblidaré! ¡I quan sigui gran, tornaré a veure't*!».* Pero Dida insistía: «*M'oblidaràs*!».* Y al no poder oponerme a ese terrible futuro que sonaba como una campana de alarma, decía, «*El vaixell que m'endurà d'aquí s'enfonsarà*!».* Y Dida

gritaba, «*Déu me'n guard*!».* Así nos atormentábamos por la noche cada vez que nos peleábamos.

En el cuarto de baño principal, donde Dida exigía que me lavase ahora esta parte del cuerpo, ahora esa otra, había un extraño utensilio que formaba parte de un juego de aseo de plata de mamita; servía para calzarse los zapatos que por detrás, en el medio del talón, llevaban una lengüeta de cuero. El gancho en que remataba aquel calzador especial debía, en efecto, introducirse en aquella lengüeta para luego tirar de él y que el zapato subiera y cubriese el talón. El mango era de metal compacto, pero de un metal más vulgar, como el de algunos cuchillos, recubierto de láminas de plata ligeramente abultadas que daban sensación de blandura y parecían encajar con la yema del pulgar cuando este, con una ligera presión, se hundía en ellas. El gancho, además, no era puntiagudo ni aguzado, sino que tenía forma redondeada y suave, como la medialuna de una caracola. A saber por qué motivo, sugestionada tal vez por la forma del utensilio, semejante a la de un cubierto fantasioso y barroco — de hecho poseía el mango de un cuchillo, la curvatura de una cuchara y el diente de un tenedor—, mientras estaba sentada ociosamente en el bidet, que Dida me había llenado de agua jabonosa y almidón, yo utilizaba ese utensilio para restregarme suavemente la vulva. Imaginaba que me la comía a cucharadas, casi como si fuese un helado o un postre, y trataba de cosquillearla, como hacía a veces con los caracoles; y tal como me ocurría con ellos, que, indóciles, se retraían, la notaba retraerse también y dejar asomar dos blandos cuernos babosos. Con la cara agachada y el pelo caído, como las cortinas negras de una cámara oscura, observaba atentamente el ir y venir del gancho.

«*Mare de Déu! Què dirà ta mare*?».* Aquella vez Dida se presentó ante mí de pronto y se interpuso entre la ventana y yo. El gancho se me cayó de la mano y se perdió en el agua. La miré con ojos atónitos. Tenía los brazos levantados, el piqué blanco se estiró debajo de las axilas y se le hinchó en el pecho. Después sus manos rojas cerradas en un puño se volvieron contra mí. Ese gesto fue acompañado por

incalificables insultos y ruegos a la Virgen. No supe qué pensar. No podía tratarse solamente de la reprimenda habitual por mi holgazaneo en el bidet, por mi renuencia a asearme. Guiada como los animales por un olfato seguro, y conociendo ya bien las leyes de las transformaciones, la primera de todas aquella según la que a cada comienzo le sigue un final y al placer su falta, así como a la presencia la ausencia, relacionando esta ley con la situación concreta —a causa del gusto que me había producido aquel juego y la dureza de la reprimenda—, comprendí cuál era mi falta. Con el tiempo, sin embargo, esa falta no tuvo unos límites definidos, se confundió con la pereza, el ocio, mi renuencia a asearme; tampoco me quedaba del todo claro si esa era también una falta a ojos de Dida o solo para mamita. Sabía, por ejemplo, que a ojos de Dida comer con las manos no era una falta y que me regañaba solo cuando yo lo hacía fuera de su patio para no incurrir en las iras de mi madre. En aquella ocasión, sin embargo, en sus delirantes insultos Dida habló de delito contra la Virgen, de modo que a partir de entonces para mí mamita no solo compartió la naturaleza de las reinas y las hadas, sino también esa otra más severa, la de las vírgenes. En efecto, las vírgenes de Dida no eran redondas, rollizas y sonrientes como las italianas, de las que la abuela me traía imágenes, sino morenas y severas, pálidas y mustias. Incluso la Madre Anarquía, venerada en Andalucía, en cuya cabeza se apoyaba una torre, esa virgen de rostro blanco, nariz recta como una proa, con una fresita en cada mejilla, envuelta en su vestido escarlata bajo el manto negro y con una espada llameante en la mano, se guardaba mucho de sonreír, más bien tenía los labios apretados como para ocultar un tenebroso secreto.

Una buena mañana Dida no fue a mi cuarto a despertarme. Pregunté a mamita por ella; me contestó que estaba enferma. Le rogué que me llevase a verla. «Mañana», dijo. «Mañana», siguió diciendo toda la semana. Pasados trece días, a escondidas de todos, una mañana decidí enfilar sola el sendero que conocía bien. Caminé media hora. Cuando entré en el patio la vi sentada en los escalones de su

casa. Limpiaba lentejas.

—*Dida, va bé*? —dije—. *Per què no tornes a ca nostra*?*

Dida me estrechó contra su pecho; entre lágrimas me confesó:

—*Ta mare m'ha engegat.**

Regresé a casa furiosa. Me hubiera gustado tener el cuerpo grande de Dida para que pudiera contener mi ira. En el jardín todos me buscaban. Fui directa a mamita, evitando que Antònia me agarrase, y le pregunté:

—¿Por qué la has echado?

Mamita me llevó a su dormitorio, me hizo sentar junto a su secreter y me explicó:

—Dida nos ha robado, por eso la he echado.

Mirándola con firmeza le dije:

—Cuando sea mayor te devolveré el dinero que te ha robado y le daré todo el que consiga ganar. ¡Y ahora hazla volver!

—No es posible —dijo mamita—. Es un peligro y en ello me juego la dignidad.

No entendí aquella palabra, solo entendí que la decisión de mamita era irrevocable. De hecho apretaba los labios y en sus ojos brillaba una luz helada. No le hablé el resto del día.

Por la noche mamita entró en mi dormitorio, me embozó con las mantas. Me senté en la cama y le dije:

—Podéis llevarme al internado.

Mamita se tumbó al pie de la cama llorando. Pero como no prometió readmitir a Dida, me volví para el otro lado y no la consolé.

A partir de entonces a los criados de la casa que se reían de mi desesperación y criticaban a Dida nunca más les hablé en lengua mallorquina, sino en castellano.

Anita se ata sola los zapatos

Quizás porque yo era muy delgada, papito nunca tenía ganas de comerme. Nunca decía, «¡Ahora te como un brazo!». «¡Ahora te como este muslito!» Nunca me soltaba un «¡Ñam!», saliendo de detrás de una puerta. A Anita, sin embargo, siempre quería comerle un trocito.

En general papito era muy glotón. Le gustaban la mayonesa, las carnes en gelatina, la ternera con salsa de atún, el *risotto*. Y en cuanto llegaba la primavera se daba atracones de arroz con guisantes, sobre los que echaba el parmesano que le había regalado el señor Facchi. Pero no era de esos glotones que comen con voracidad. Más bien comía con la punta del tenedor y, más que comer, le gustaba probar. Entraba en la cocina de vez en cuando, destapaba una cacerola o un plato y con una expresión de niño glotón, fingiendo esconderse de la cocinera, se servía un trocito de cualquier vianda o probaba una salsa con la punta de una cuchara, o incluso robaba una aceituna puesta sobre la mayonesa que recubría la ensaladilla rusa. Esto, sumado a las propinas generosas que repartía a espaldas de mamita, lo hacía muy popular en las cocinas. Después siempre nos hablaba del caviar que había saboreado en Rusia, de los nidos de golondrinas que le habían servido en China. Y a menudo concluía estos recuerdos culinarios con un comentario que en cierto modo era una moraleja: en la vida nada le había parecido tan delicioso como las patatas fritas que le preparaba su madre cuando era niño.

No era de comer dulces, a menos que se los presentaran en forma de niñas.

A Anita le cantaba una canción napolitana y le decía que para hacerle la boca utilizaron azúcar y canela, que para hacerle las mejillas exprimieron unas fresas.

A veces, además, sacaba una revista o un libro, lo desplegaba encima de la mesa y se ponía a hojear las páginas despacio; a Anita la sentaba a su lado, a Carlito y a mí, enfrente. Aquellos libros y revistas

contenían dibujos y fotos de platos suculentos, que nosotros mirábamos un tanto decepcionados. Sobre todo Anita. Pero de él siempre había que esperar alguna sorpresa, alguna broma. Por ello, aunque perplejos, nos manteníamos en temerosa espera.

Tras pasar las páginas ante nuestros ojos, se detenía, por ejemplo, en una galantina de pollo o en un pollito al horno que, acompañado de patatas nuevas, con los muslos vueltos hacia arriba, parecía un niño de pecho al que fueran a limpiarle el culo; o en una langosta que, ovillada en sus numerosas patas, parecía dispuesta a saltar fuera del plato; o en una fuente de codornices guisadas que por debajo de la grasa, a la altura del ala y la extremidad de las patas mutiladas, dejaban entrever la delicada osamenta; o en una cacerola de barro con forma de lechón en la que, según nos explicaba, los suizos solían preparar las aves al horno.

Pasaba las páginas y se preguntaba, «¿Cómo vamos a prepararla?». Sentada a su lado, en posición privilegiada, al principio Anita reía y la boca manchada de azúcar le temblaba un poco; las pestañas también le temblaban un poco. «A lo mejor tiene miedo», pensaba yo. Y de hecho se echaba a llorar sin falta.

Desde luego el suyo no era un llanto caprichoso. Era repentino, profundo, liberado muy a su pesar tras haberlo contenido largo rato. Además llegaba todavía mezclado con la risa del principio.

Ella se esperaba un libro de cuentos. Después, una vez abierto y hojeado el libro, y tras contemplar aquella sucesión de platos, creía que papito elegiría una rica tarta para que la preparasen en la cocina. Pero no. Era ella a la que iban a comer. Echaba un vistazo a su alrededor como pidiendo auxilio; Carlito y yo nos divertíamos mirándola como si fuese algo comestible. De hecho teníamos la certeza de que, en ese sentido, a nosotros no podía pasarnos nada. Nos lo habían dicho muchas veces: que no éramos idénticos a Hansel en la jaula, sino al huesecito que este le enseñaba a la bruja. Con nosotros a lo sumo se podía preparar un caldo muy ligero, un caldito para enfermos.

Anita lloraba. Y su llanto parecía provenir como de una casita en su interior, toda emperifollada y abandonada de repente. O como de un

pozo sin fondo al que ella hubiese caído en pos de sus angustiosas maravillas. Ese llanto era una llave terrible que cerraba la puerta de aquella íntima casita suya, pulcra y ordenada, donde a mí me habría gustado vivir.

Aquella casita estaba cerrada con llave y abandonada a sí misma. Como en un vacío de tiempo y espacio, en ella se había apagado el tic tac del reloj y de ella se habían apartado los árboles, la calle, incluso la nube encima del tejado. Caía la noche, la casita se iluminaba en vano, porque con las prisas se habían dejado las luces encendidas; a su alrededor no quedaba nada, solo un árbol negro, sin frutos ni hojas, coronado por una luna creciente; y daba la impresión de que si te acercabas para entrar y la tocabas con un dedo, de tan acartonada como estaba se habría deshecho en polvo.

O bien aquel llanto de Anita se parecía al crujido de una caída vertiginosa y lenta; sin duda, mientras se deslizaba por las paredes de aquel pozo suyo, ella hubiera querido aferrarse a algún asidero, pero no podía; al caer rodaba sin cesar sobre sí misma. A mí me hubiera gustado bajar por aquel pozo, aunque con la esperanza de encontrar unas aberturas laterales. El fondo, sin embargo, me daba miedo porque tenía la impresión de que terminaba en un precipicio aún más vertiginoso. En cambio las aberturas laterales que yo imaginaba en todas las paredes conducían a varios cuartos y cuartitos; algunos contenían cosas bonitas, otros, cosas inquietantes.

Había un cuarto cubierto de cristalitos de colores que brillaban como desde el fondo de un caleidoscopio, y si querías apoderarte de alguno te hacías daño. Luego, poco a poco, entre todos esos colores dominaba el rojo de la sangre, y esos cristalitos ya no eran brillantes sino opacos, ya no eran lisos sino afilados.

Había un cuarto lleno de caramelos, como una tiendecita de golosinas. Y había allí una antigua balanza de dos platos que solo se utilizaba de mentirijillas; de hecho podías servirte de todo, cuando y cuanto quisieras.

Había un cuarto vacío con una forma rara, ovalada; al fondo solo se veía un sofá con el respaldo también ovalado, y en él estaba sentada una muñeca enorme. Se parecía a Anita, pero no se movía: no me

rechazaba. Podía peinarla a mi antojo, incluso podía atreverme a acariciarla, ponerle lazos en la cabeza, anudarle los cordones de los zapatos. Y sobre todo mirarla. De hecho Anita ni siquiera se dejaba mirar por mí de buen grado. La muñeca hacía cuanto yo le decía. Pero en realidad no le pedía que hiciese demasiadas cosas. La miraba y le musitaba que era guapa. De vez en cuando la peinaba un rato. Sus cabellos eran lacios y rubios, el peine se deslizaba entre ellos como entre rayos de sol. Pero me desagradaba lo siguiente: cuando, al peinarla, los nudillos de mis dedos rozaban su cabeza, no me llegaba la más mínima ola de calor. Y claro, me habría gustado percibir un poco de calor, de lo contrario significaba que entre nosotras no había afinidad. Y la verdad, entre Anita y yo no había un vínculo formado por todas esas cosas que hay bajo la piel. De modo que yo no podía pensar siquiera que podría llegar a ser como ella. Inexorablemente, Anita seguía siendo otra cosa. Una cosa con la que había hecho una jugada imprudente.

Había una sala donde vivía una reina bella y cariñosa, que guardaba cierto parecido con mamita. Tal vez por una sosegada opulencia que mamita tenía a veces, pero muy raramente, en el rostro, casi como si un filtro mágico la hubiese dejado así de embelesada. Pero aquella reina recordaba a una mamita más joven, más gorda y rubia. Aquella reina era la verdadera mamá de Anita. Pero había que mantenerse alerta cuando te daba la espalda. De hecho, en cuanto volvía a girarse, la falda brillante que llevaba se inflaba en torno a ella desde las caderas. A veces daba miedo: podía presentarse convertida en bruja, y entonces el celeste de la falda mutaba en un gris parecido al de los ropajes de ciertas santas decrépitas y donde estaba el pecho henchido se creaba un vacío; la tela caía formando feos pliegues.

Y había un cuarto muy pero muy pequeño, en ese pozo sin fondo, al que se accedía a través de un ventanuco. Era oscuro, casi una despensa, cubierto de huesecillos desparramados; los de Anita tras haber sido comida.

Y había un cuarto lleno de bayas, cestas de flores, hojitas, ramitos verdes cortados con arte simulando espárragos, pequeñas frutas y flores de granada, semillas de todo tipo, piedrecillas, donde Anita

jugaba al mercado. Y estaba por completo absorta en sus sensatos intercambios. Aquí podía vender, no solo comprar como cuando jugaba con nosotros.

Y había un cuarto en cuyo centro se veía una mesa y encima de esta una gran manzana roja que parecía la cara de Anita, o un culo. De hecho todo el mundo le decía a Anita que parecía una manzana. Pero en su interior había un gusano. O el gusano ya no estaba, pero la manzana de todos modos estaba podrida.

Sin duda había además otros cuartos y cuartitos, pero había que armarse de valor y bajar más para encontrarlos; y existía el peligro de que en realidad ya no quedaran cuartos, que en las paredes solo hubiese grietas con telarañas polvorientas y murciélagos.

Por lo general yo no tenía tantas ganas de comerme a Anita como papito. Más bien deseaba ver cómo era por dentro. O al menos contemplarla sin que me molestase su mirada, que me alejaba y enseguida creaba un límite. Pero cuando papito jugaba a comerse a Anita a mí también me daban ganas de comérmela. Y dado que papito solo quería comérsela a ella y no a mí, la única manera de sentir que él y yo formábamos un todo era que yo también deseara comérmela. Al menos así papito y yo nos convertiríamos en cómplices. Quedaría reconstruido de otro modo nuestro antiguo vínculo privilegiado, anterior a la ruptura del noviazgo.

Mamita, por su parte, no quería comérsela. Y en general no parecía que tuviese muchas ganas de comer personas. Carlito tampoco tenía muchas ganas de comérsela, prefería preparar trampas. Tampoco la abuela. En la cocina, en cambio, todos querían comérsela. «Ahora te doy un *petó*[*]», le decían, y le estampaban en la mejilla un beso que parecía un mordisco jugoso. Papito, que era el único de la familia al que le gustaba comérsela, por otra parte no parecía tener ningunas ganas de ver cómo era Anita por dentro. Daba incluso la impresión de asustarse un poco cuando por casualidad la veía desnuda, recién salida del baño. Por eso siempre le alababa mucho los vestidos, el pelo rubio —que en cierto modo también era un vestido—, los calcetines, los zapatitos. Anita desnuda, recién salida del baño, era toda de rosa y oro. Pero papito se alejaba de ella deprisa, aduciendo que temía

mancharse de talco.

Anita llevaba dentro todas esas cosas: pozos, cuartos, casitas, porque a ella le parecía que la casa, mamita, Dida y el jardín, Don Felipe, en fin, todo lo demás, era mío. Y cuando se servía un trocito de cada una de estas cosas era como si lo robase, y por eso debía esconderlo enseguida dentro de ella, en alguna parte, para que nadie lo notara.

Nunca le daban berrinches. Los berrinches también eran todos míos. Como si ella no tuviera derecho. Se sentaba junto a mamita y no se movía. Pero mamita no le prestaba atención, casi como si a su lado tuviera un bonito ramo de cinias o cualquier otro adorno de la habitación. Si mamita tejía, Anita le recogía el ovillo de lana cuando se le caía y echaba a Don Felipe, que quería jugar con el hilo, y si Don Felipe conseguía deshacerlo, ella volvía a ovillarlo. No intentaba, como yo, cosas que todavía no podía hacer. Como cuando en vez de pasteles hacía un mazacote de huevo y harina, o costuras torcidas en vez de rectas, insistiéndole a mamita para que me diera aguja e hilo. Anita se quedaba quieta y en calma y miraba el mundo con ojos quietos y en calma, observando las cosas largo rato. Un día le pidió a mamita —era la primera vez que intentaba coser— que le diese una aguja enhebrada con hilo y un retalito de tela. Mamita le enseñó las primeras puntadas, y en esos meses había observado tanto a mamita que ya le salían bien, muy muy rectas, muy muy pequeñas, bien pegadas. Y en general ponía atención en hacerlo todo bien, en no derramar el agua, en no mancharse.

No charlaba incesantemente con mamita como hacía yo; no le daba besos especiales, como Carlito; no se atrevía a tocarla, al parecer, ni siquiera con la voz. Y mientras yo hablaba sin pausa como una locuela, ella me observaba con ojos quietos y en calma, casi como si deseara interrumpirme. Los notaba en mí y, molesta, me volvía hacia todos lados, buscando la causa de aquella molestia. Encontraba finalmente aquellos ojos y me preguntaba, «Pero ¿por qué tienen que mirarme de ese modo?».

Mamita dijo en una ocasión que Anita era como el esqueje de geranio, que arraiga en cualquier parte y no da trabajo, mientras que yo era como el esqueje de adelfa, que es una planta venenosa y

amarga pero con bonitas flores perfumadas. Entonces Anita se echó a llorar. Exclamó que ella también quería ser como la adelfa.

—¿Por qué? —le preguntó mamita—. ¡El geranio da una flor preciosa!

—Porque la adelfa es venenosa y nadie puede comérsela —contestó.

Mamita solía encargarle a la modista los mismos vestidos para mí y Anita, pero a diferencia de los míos, los suyos estaban siempre impecables. No los ensuciaba ni los rompía, porque no se subía a los árboles; no se bajaba de las tapias; no se salpicaba con agua en la fuente; no le gustaba embadurnarse de arena, de tierra, de arcilla, de barro; no partía las ramas de plantas lechosas; no cortaba con una hoz o un cuchillo robados las pencas de las chumberas ni se untaba las piernas con el jugo; no iba a recoger moras y cerezas; no se metía los dedos en la nariz y se los limpiaba luego en los pliegues de la falda; no jugaba a segregar saliva y dejarla escurrirse por la barbilla; no hacía rollitos de mierda envueltos en papel de periódico, no le gustaba notar ese calor y esa blandura; no se manchaba de sangre (de hecho nunca se hacía daño, por lo que su cuerpo estaba intacto): no se despellejaba los codos y las rodillas; no tenía chichones en la frente; no se arañaba las mejillas ella sola ni dejaba que se las arañasen los arbustos de moras o el gato; no se chupaba un trozo de antebrazo o el dorso de la mano hasta que bajo la piel asomaba una mancha de sangre y se notaba su sabor.

Esos vestidos iguales que nos ponían a menudo se me antojaban una trampa, un engaño. ¡Además no éramos gemelas! Anita tampoco era mi eco ni mi reflejo; no era mi imagen en el pozo o en el espejo y ni siquiera la mía en miniatura. De hecho éramos lo opuesto en todo: yo era morena, ella era rubia; yo era cetrina, ella era rosada; ella tenía el pelo lacio y suave como la seda, yo tenía rizos caprichosos; ella era sumisa, yo era obstinada; ella estaba rica para comérsela asada, yo solo servía para un caldito que debía enriquecerse con mucho perejil y apio para que al menos tuviese algo de sabor; ella era dulce, yo era amarga; ella era leal, yo, desleal; ella era limpia, yo, sucia.

Esos vestidos iguales parecían más bien un recurso para ocultar esta gran diferencia, para hacernos más amigas o, en cualquier caso, ahuyentar toda preocupación que pudiera derivarse de nuestros contrastes. Servían además para destacar el hecho de que las dos éramos niñas y que eso era lo más importante, y no, desde luego, que una era dulce y la otra amarga.

Esos vestidos iguales se me antojaban una duplicación innecesaria, un doble monstruoso.

Pero a veces, considerando a Anita como miniatura de mí misma —casi como si ella fuese la pieza de una matrioska o una de esas cajas de tamaño decreciente que encajan las unas en las otras—, yo lucía aquellas prendas dócilmente. Por ello, a veces le tenía horror a Anita y le hacía daño —y más que me hubiera gustado hacerle, de haber sabido o podido, porque no tenía derecho a existir—, y a veces la mimaba un poco, como a una hija. Y ella, puntualmente, me rechazaba; quizás la asustaba la arrogancia de mi primogenitura. O quizás no quería ser mi eco y mi reflejo, y se oponía a mí con la misma obstinación con la que había nacido. De hecho siempre le decían, «Has nacido por error y justo al estallar la guerra». O quizás, más que obstinación, la suya era como la fuerza con que estalla un pequeño incendio. De vez en cuando en su mirada mansa ardía una flecha incendiaria.

Pero más tarde, una vez en que vino a verme al internado, comprendí que no era posible hacerle daño. No obstante, allí dentro aprendí muchas maneras distintas y más taimadas de hacer daño que antes desconocía.

En el jardín de Son Batle la proximidad entre el Bien y el Mal era posible, pero en el internado, aparentemente, era como si al Mal lo hubiesen dejado fuera. Allí todo era blanco, del enlucido de las paredes externas a los mármoles de las escalinatas y a nuestros delantales. Blancos eran los camisones, blancos los baños, blanca la cubierta de nácar del misal que me había regalado la abuela para la ocasión, blancas las cuentas del rosario. Las monjas vestían de negro, pero era un negro que aspiraba al blanco. Solo las imágenes de los santos estaban repletas de colores, pero claro, ellos eran santos;

también eran de colores las flores de la capilla, pero estaban destinadas a los santos. No se podía gritar jamás, había que hablar siempre en voz baja; y no se podía mirar directo a los ojos ni a las cosas, sino mantener la mirada gacha. Y las comidas también eran blancas, solo el olor del caldo era ligeramente amarillento, como un olor a campo propagado en el refectorio por las monjas encargadas de las cocinas. Tal vez por eso, cuando aquel día durante el recreo una monja condujo a Anita al patio donde yo estaba y nos puso la una al lado de la otra, nos miró juntas como para medirnos y, escrutando finalmente a Anita de pies a cabeza, dijo:

—Lleva los zapatos desatados.

Me apiadé de ella; de hecho tuve la impresión de que era una pobre huerfanita.

Esa pena también era ambigua. Dentro de mí había una especie de júbilo, como si pensara, «Ahora sí la tendré en mi poder».

—Ya se los ato yo —le dije a la monja, e hice ademán de agacharme.

Pero Anita nos lanzó a la monja y a mí una mirada firme y fría y dijo:

—Sé atármelos sola.

Fue entonces cuando dentro de mí noté una especie de vergüenza, como por una humillación sufrida, y una amargura, una sensación de impotencia, casi como si mi lugar en el mundo se hubiese estrechado de repente porque Anita ocupaba una buena parte de él y estaba muy decidida a conservarla. De hecho el nudo le quedó perfecto y lo hizo doble.

—¿Ha visto qué aplicada es? —le dije a la monja.

En ese instante los ojos de Anita lanzaron una flecha de fuego.

«¡Esta incendiará el convento! ¡Y si pudiera incendiaría el mundo!», pensé.

La tapia

El jardín no contaba con un auténtico vallado. Delimitaba la propiedad el invisible y subterráneo foso de agua. Pero muy arriba, casi debajo de las rocas donde habitaban los ogros, inmediatamente después del pequeño robledal, había una tapia que separaba el jardín del camino.

No era un murete de piedra seca, las piedras estaban unidas con cemento. No estaban vivas, no tenían temblores. Pero en lo alto no había cascos de vidrio, al menos al principio.

Para nosotros, los niños, aquel murete era un lugar prohibido. En efecto, al otro lado pasaba el camino.

En un punto había un frondoso algarrobo que daba mucha sombra. Por ello era casi una etapa obligada para los caminantes.

En las horas de calor canicular, cuando me escapaba de la cama, veía allí a un anciano; dejaba en el suelo su haz de ramas y lo oía exclamar, «*Lloat sigui Déu*!».*

Al caer la tarde, cuando había refrescado, era el lugar de encuentro de los hijos de los campesinos, las muchachas, las criadas de las villas.

Una vez, al otro lado del murete oí a tres niñas hablando de don Bartomeu.

—Al regresar del campo he vuelto a cruzarme con don Bartomeu —decía una—. Pero estoy segura de que no me crucé con él por casualidad, que estaba apostado detrás de la cuadra. «Ana», me llamó, «acércate, que te bendigo… Aineta, Aineta, ven que te doy caramelos». Me acerqué, aunque dispuesta a escurrirme y a escapar. Se puso a acariciarme el pelo, y yo sonreía con una cara tan tonta que él no podía sospechar nada. Esperé a que sacara los caramelos… tenía las manos metidas en el hábito… me aparté un poco y le pedí, «Anda, dame los caramelos». Sacó un puñado; me dio tiempo a arrancárselos de la mano y salir corriendo. Trepé a un montón de heno, miré a mi alrededor, vi que no venía nadie, me subí la falda. «¡Toma, acaríciame

esto!», dije, le hice los cuernos y me escapé por el otro lado.

—A mí no me ha ido tan bien —dijo otra.

Desde abajo del murete entreveía su brazo delgado y moreno y el borde de un vestido azul.

—En lugar de caramelos, del hábito se sacó la cosa, toda peluda y roja, parecía el tentáculo de un pulpo aferrado a un rizo. Y para que lo sepáis, me tenía agarrada del brazo. «Espere, don Bartomeu, ¡que se la chupo!», le dije. Babeaba de contento y me soltó el brazo. Se la agarré con las dos manos y tiré de ella con tanta fuerza que casi se la arranco. Salí corriendo y él se puso a gritarme. ¡Tendríais que haber oído los insultos que soltaba, mezclándolos de vez en cuando con apodos cariñosos para que yo regresara!

—A mi hermana le dijo que si lo dejaba entrar en ella —intervino la tercera niña— le encontraría una buena colocación en casas de ricos, aviadores italianos o alemanes. No me lo contó a mí, pero la oí cuando se lo contaba a una amiga suya. Y su amiga le decía, «¡Ni se te ocurra chupársela y tampoco le permitas entrar en ti, déjalo estar o tendrás que chupársela a todos los aviadores!».

Una tarde se sentaron en el murete dos muchachos.

—Benet, ¿mañana me prestas tu honda? —preguntaba uno.

—¿Para qué la quieres? —decía el otro.

—Quiero hacerme una igual, que con tu honda es más fácil acertarle a los pájaros.

—Nunca vas a entender el secreto de mi honda. Me la hizo mi abuelo. Me la regaló por mi confirmación. A mí tampoco quiere contarme el secreto. Para descubrirlo tendría que pasar días enteros a su lado, pero no tengo paciencia para eso.

—En cambio yo seguiría a tu abuelo día tras día. ¿Por qué no vamos juntos? Ya sé cómo es tu abuelo. Debe de ser como ese tío mío que construye flautas y pífanos. No quieren enseñar su secreto, quieren que se lo robes. Y para robárselo debes pasar día tras día a su lado, satisfacer todos sus caprichos, escuchar con atención su cháchara… Si vienes conmigo no te aburrirás. ¿Vamos mañana?

—De acuerdo. Nos encontramos aquí, cuando empiezan a pasar las carretas.

Junto a ese murete se detenían todas las tardes, en cuanto terminaban de servir en nuestra casa, Consol y Serafina. Las otras muchachas de las villas próximas se reunían allí con ellas. Hablaban todas a la vez, de un modo agitado. Por encima de mi cabeza, sus voces sonaban como una bandada desordenada y alegre de aves migratorias que se disponen a ordenarse para el viaje. De hecho las muchachas se ponían a menudo de acuerdo para ir juntas a las fiestas de una aldea vecina.

Cuando Consol y Serafina salían de nuestra casa y se reunían con sus amigas en el murete, puntualmente eran recibidas con un canto burlón que seguía el motivo de *Giovinezza*:

Mallorquinetas, mallorquinetas,
anau alerta en ets italians,
que vendrà dia
que se girarà sa truita
i amb sa partida
dets italians
*vos quedareu amb sos infants.**

O bien con este sonsonete:

Botifarra catalana
i formatge de Maó
i truites a la francesa
no en porem sentir s'olor.
També s'ensalada russa
que és un plat de lo millor.
No hi haurà dins tota Espanya
*que la tasti cap senyor.**

Papito sentía mucha curiosidad por las cosas mallorquinas. Con frecuencia preguntaba a los criados qué significaban, a veces incluso a nosotros, los niños, o bien consultaba el diccionario. Por eso, cuando volvía de la oficina a última hora de la tarde, yo le cantaba o recitaba rimas y canciones. «Así es como cantan *Giovinezza* en mallorquín», anuncié al repetirle el canto burlón que había oído entonar a las amigas de Consol y Serafina. Y papito se echó a reír, pero no dijo por

qué. O bien, a propósito de la rima infantil, le decía, «Ves, nos critican porque comemos todas estas cosas raras, distintas de las suyas. ¿Por qué no comemos como ellos?». Papito sonrió malicioso y, condescendiente, me explicó que la rima aludía a otra cosa. La «*botifarra catalana*», dijo, eran los rojos de Barcelona, y el «*formatge de Maó*», los rojos de Mahón, las «*truites*» eran los tontos de los franceses y la ensaladilla rusa, los comunistas rusos. Yo, evidentemente, no entendí qué significaban todas esas cosas. Después, dirigiéndose a mamita, papito añadió, «Como verás, no necesito hacer como Harún, el califa de Bagdad, que por las noches se disfrazaba de pobre y se paseaba por la ciudad para escuchar la opinión de sus súbditos. Basta con que pregunte a nuestros hijos para enterarme de lo que piensa la gente de nosotros, los italianos». Y una vez, antes de cerrar una plica con lacre, papito quiso gastarme una broma. Sacó la carta del sobre.

—Lee esto —me pidió.

Obedecí, «*Botifarra catalana…*». Se la devolví. Él la metió otra vez en el sobre, que selló con lacre, le puso unos timbres y unos sellos, y dijo:

—Me has ayudado en mi informe al ministro.

Me sentí muy orgullosa de haberle echado una mano a papito, y a partir de ese momento me las ingenié para aprender bien rimas y canciones.

Al muro iba de vez en cuando una anciana. Se llamaba Catalina. Todos le llevaban algo, unos una moneda, otros un poco de pan, otros un trozo de queso, otros un poco de azúcar, y ella, a cambio, contaba cuentos. Así fue como escuché las historias de *La mare baleneta*,[*] *El rei Tortuga* y *Es mèl·loro rosso*.[*] Casi todos los cuentos mallorquines terminaban así, «*Visqueren fins que se moriren, i al cel mos vegem tots plegats*».[*] O bien, «*I, si no són morts, són vius; i, si no són vius, són morts*».[*] O bien: «*Sa rondaia ja està acabada. Si vos agrada, mengeu-vos-la fregida, mengeu-vos-la torrada. Si no vos ha agradat, anau damunt es Puig Pelat i agafau un gat vell, i bones fregades per sa pell!*».[*]

Estas fórmulas de cierre de las rondallas mallorquinas me gustaban mucho más que el «y vivieron felices y contentos» de los cuentos italianos. De hecho tenía la impresión de que en esos cierres el cuento seguía, mientras que después de aquel «y vivieron felices y contentos» ya no podía ocurrir nada más. Y esa idea me dejaba helada.

En una ocasión no pude resistir las ganas de reunirme con los demás al otro lado del murete y escuchar los cuentos de Catalina. Fui al dormitorio de mamita —sabía dónde guardaba el dinero— y robé unas monedas del primer cajón de la cómoda. Me fui a la sombra del algarrobo, me acerqué a Catalina, deposité en su regazo el dinero envuelto en un pañuelo anudado y le dije:

—Por los cuentos de hoy y por los otros que hasta ahora he escuchado a escondidas.

—¿Dónde te metías? —preguntó la anciana.

—Aquí, debajo del murete. Tengo prohibido saltarlo.

Consol, que estaba allí junto con los demás, le explicó quién era yo. Y la vieja sentenció:

—*Per la mar hi corren les llebres, i per la muntanya les sardines*!* A nosotras nos gustaría estar en el fresco de tu jardín, ¿y tú, en cambio, quieres estar con nosotras en el polvo del camino?

—No me eches —le supliqué, y dirigiéndome a Serafina le rogué—: No me delates. ¡Dejad que me quede con vosotras! — imploré.

Y a partir de ese día regresé puntualmente al algarrobo a escuchar los cuentos en compañía de los demás. Pero Serafina empezó a tener miedo y se lo contó a Dida. Ella no le dijo nada a mamita, pero cada vez que yo iba se desesperaba. Resolvió el problema así: cuando podía, ella también iba al camino a escuchar los cuentos, cuando no podía, me tenía cerca a su lado mientras nos planchaba la ropa, y era ella, sudada y exhausta, la que me contaba cuentos mientras trabajaba. Pero los de Dida no eran cuentos, solo historias de su patio. Por eso a veces volvía a esconderme debajo del murete. Me quedaba allí triste, con la cabeza gacha, pero a menudo las rondallas de Catalina eran tan apasionantes que me olvidaba de que estaba allí. Me sentía lejos, en una alfombra voladora, o entre los moros, o incluso en el Puig Pelat.

Cuando los gitanos acampaban cerca de Gènova, sus hijos también iban a reunirse a ese punto del murete. Incluso lo saltaban. Habrían podido entrar con más facilidad por otras partes, pero tal vez preferían las cosas prohibidas, o lo hacían para mantenerse en forma. Una vez nos llamaron para que fuéramos al murete; era la hora del almuerzo.

—Dejad aquí vuestros juguetes —nos dijeron—. Nosotros os los cuidaremos.

Regresamos después de la siesta; ahí no quedaba nada. Ni la cocinita de cobre, ni las ollas, ni la muñeca llamada Mariposa, ni el caleidoscopio, ni el elefante de Carlito ni sus trenecitos. Experimenté dos sentimientos igualmente violentos: uno negro y uno blanco. El negro era por la traición. El blanco, por la angustia. ¡Los amigos con los que jugábamos nos habían engañado! Y me di cuenta de que aquellos juguetes, que hasta entonces creía que formaban parte de la casa, en realidad eran parte de mí. De hecho era como si me faltara un pedazo de mí misma. Pensé, «¡O sea que yo no soy yo, sino que estoy hecha de muchas cosas distintas!». Entretanto me miraba el cuerpo, casi como si hubiese perdido un brazo o una pierna.

A partir de ese momento la tapia no volvió a ser la misma. Incluso porque en la parte superior colocaron cascos de vidrio y por eso la gente ya no pudo sentarse. De modo que, además de los juguetes y la amistad, me robaron las voces que allí se alternaban. La gente acabó por reunirse a charlar debajo de otro algarrobo, al que me resultaba imposible llegar; el acceso a él estaba protegido por un ejército de agaves puntiagudos, siempre en formación de batalla.

Me quedaba al pie del muro, en el antiguo lugar, postrada, con el pelo en los ojos, escuchando a escondidas en todas direcciones. Y el espacio me parecía como una trompeta enorme que se hubiese tragado el sonido que solía emitir en el pasado. Con un guijarro tocaba en todas las piedras para oír los ruidos de todos los huecos ocultos. Y al tocar decía, «¡*Mar y mundo, ábrete, ábrete, bitzoc*!».*

Atónitos y siempre imprevistos, asomaban los ojos de las lagartijas. No las había creado el dios de todos los animales, sino un dios herrero con fuego, fundiendo extraños metales. Pero en una ocasión alguien aplastó una con una piedra y se vio un poco de sangre, y en sus

retorcimientos el ser inmortal se hizo criatura. A partir de ese momento empecé a llevarles un cuenco de agua: bebían levantando el cuello, como los pájaros.

También me pasaba el tiempo observando las hormigas en la tapia: su mundo se me antojaba una miniatura del nuestro; pero a veces había tantas que me molestaban, el suyo me parecía un bullir inútil.

Un día oí a papito decirle a mamita:

—¡He aquí el verdadero inconveniente de la democracia! ¡Todos deberíamos vivir como las hormigas!

Yo sabía lo que eran las hormigas, pero no lo que era la democracia, y tenía curiosidad por saberlo y también por conocer la relación entre esa palabra difícil y las hormigas. Iba a preguntárselo a papito, pero recordé que a una pregunta mía sobre una palabra parecida, plutocracia, me había contestado con una larga explicación de la que no entendí nada. Por ello, en lugar de preguntarle qué era la democracia le pedí que me hablara de las hormigas. Y papito me contestó:

—Son precisamente la imagen de la democracia. —Al ver mis ojos interrogantes añadió—: Quiero decir que son todas iguales, todas llevan cargas pesadas, viven todas juntas en una especie de falansterios como los pobres en la antigua ciudad de Ostia, y cuando una hormiga muere a nadie le importa.

—Entonces ¿no tienen obispos, no tienen reyes, no tienen cementerios, no tienen criadas? —pregunté.

—¡No, no tienen obispos, no tienen reyes, no tienen cementerios, no tienen criadas! —repitió papito riendo.

—Pero papito, ¿quién hace de criada a nuestras criadas? —pregunté.

Papito me miró con cara rara y luego contestó:

—Hay quien se ocupa de sus intereses generales.

Yo no sabía lo que eran esos intereses generales, pero no pude preguntárselo, porque papito se puso a leer el periódico.

¿Por quién tomar partido? ¿Por la mosca o por la araña? La tapia estaba llena de telarañas. Sin duda la telaraña me fascinaba. Pero ¿para qué servía? Solo para atrapar moscas. En el cerebro de Dios seguro que había más tubos retorcidos, más incluso de los que había en el del cuerpo humano. Entonces tomaba partido por el más débil, la mosca, que al ser toda negra seguro que era una pobre viuda necesitada de ayuda. «Yo estoy de tu parte, pero que sepas que no sirve de nada», le decía a la mosca, y sacudía la cabeza, como había visto hacer a un anciano. Habría podido romper la telaraña, pero me parecía temerario.

A fuerza de mirar el murete ya no pensaba más que en tapias.

El murete se mantenía unido gracias al cemento, mientras que los muros de los cultivos en terraza eran de piedras sueltas que se aguantaban entre ellas. El muro de nuestra casa era una joya, en el enlucido llevaba grabadas caracolas; por otra parte, el muro que me separaba de mamita era todo transparente, de perfume. Y el muro que me separaba de papito, bueno, desde el día en que me dijo lo de las hormigas y la democracia y las criadas lo llamé el «muro de los intereses generales».

¿Y qué tesoro era yo que debían protegerme tantos muros? ¿No sabían papito, mamita y todo el mundo que yo no era nada, postrada debajo del murete que podía aplastarme de un momento a otro?

Pero entre las piedras de la tapia había una que cambiaba de color y profetizaba. Pasaba del rosa al celeste y al blanco —los colores del cielo mallorquín— y al mudar de tono, decía:

Camina, caminaràs
*Del jardí agambaràs!**

TERCERA PARTE

El palacio

Llegamos en coche. No conducía papito. Simulaba hacerlo. Lo conducía más bien, adelantándose a él, una paloma, y yo veía su sombra en la extensión de aguas tranquilas, extrañas, sobre las que el automóvil parecía deslizarse.

Los adioses en el locutorio fueron rápidos. Entregaron mi maletita a una monja. Le di un beso en la mejilla a papito y otro a mamita. Ellos esperaban dos besos por cabeza, uno de un lado y uno del otro, y se quedaron perplejos, con la cara vuelta, esperando. Pero, por lo que a mí respectaba, con aquellos dos únicos besos los había unido en una sola persona.

En los pasillos, en los salones, en los dormitorios, todas las paredes eran brillantes hasta arriba; toda mancha debía lavarse enseguida. Los suelos eran de mármol, los lustraban continuamente, pero no había peligro de resbalar porque de hecho no se podía correr ni caminar a buen paso; las monjas planeaban sobre ellos, como levitando apenas por encima del suelo; nosotras, en cambio, los recorríamos con pasitos mesurados.

Las puertas eran de vidrio y a menudo detrás del vidrio había una monja que vigilaba, de pie, muda, como un reproche.

El blanco, semejante al grito ahogado de algunos sueños, se multiplicaba en los platos, en los cuencos, en las servilletas, en las toallas, en los delantales. El uniforme borraba todos nuestros colores pasados para dar a entender que no éramos nada, que todo estaba aún por cumplirse y, por ello, éramos todas iguales. Y para indicar la dificultad de aquel comienzo, en ocasiones del delantal asomaban, peligrosamente tentadores, a veces el dobladillo de una falda demasiado larga, a veces el puño de un jersey de lana. El delantal nos vendaba como un molde de arcilla; con su cuellito almidonado nos entorpecía incluso los movimientos de la cabeza. ¡Y mucho cuidado con manchar aquel blanco! Al final de la semana debía cubrirlo

apenas un velo uniforme de gris o amarillo; debía verse afectado lo menos posible por las imperfecciones del mundo.

Estábamos destinadas a convertirnos, como las monjas, en pájaros negros con el pecho blanco. Ese blanco era, en efecto, una promesa solemne y un compromiso de virar al negro en el futuro, de cubrirnos de negro.

Nosotras todavía teníamos un cuerpo, del que se veían el pelo, las piernas. Las caras no contaban, no formaban parte del cuerpo, y eso porque nunca podíamos verlas: en el internado no había espejos. Las monjas, por su parte, habían dejado su cuerpo en la puerta del convento, o bien lo habían enterrado debajo del hábito, y allí inhumado se iba pudriendo poco a poco. Tal vez por eso en general las monjas no despedían buen olor. Pero un día, como premio, en lugar de sus cofias aparecería un halo, o una aureola, como me explicó una de ellas en cierta ocasión.

El gris era el tercer color dominante. El color de las sombras. En todas esas superficies blancas y brillantes, por un juego de luces y reflejos, afloraba nuestra imagen; pero como carecían de la despiadada decisión de los espejos, nuestra imagen se mostraba en reflejos débiles, desenfocados, grises; así, más que multiplicarla, aquellas superficies parecían contribuir también a borrarla.

Pero el gris era además el color del trabajo. De gris iban vestidas las fámulas más humildes, que solo habían hecho votos simples. Por lo tanto era el color del trabajo subordinado, subterráneo, el color de los topos, y de hecho como topos desaparecían en los lavaderos, en los cuartos de planchar, en las cocinas, en los sótanos.

Variados eran los tipos de rojo, a los que correspondían naturalezas variadas.

Truculento, entrometido, lujoso, dotado de un tenebroso secreto era el de las alfombras rojas del locutorio, del pasillo que conducía a las estancias de la superiora y de la capilla; el de los sofás de terciopelo en el saloncito de recepción; el de los ricos flecos de las cortinas en los lugares solemnes; el de las innumerables imágenes del Sagrado Corazón.

Brillante, ceremonial, ordenadamente alegre era el de las

escarapelas que nos prendían al pecho todas las semanas como premio por buena conducta o aprovechamiento, de las que colgaba una medallita de la Virgen; el de la cinta roja atada al cuello de los corderos del belén, cada uno de los cuales representaba a una alumna: las mejores estaban al lado de la gruta de Jesús; las malas, al lado de la guarida del lobo.

Conmovedores como un arrepentimiento o una frágil esperanza eran los números rojos bordados en mi ropa interior; mi número, el setenta y cinco, se me antojaba lleno de un sentido consumado, proclamaba que el tiempo de Son Batle había llegado a su fin. De hecho, cuando mis padres iban a visitarme me repetían que pronto me convertiría en externa porque pensaban mudarse a una casa más cerca del internado. «Son Batle, Son Batlita mía», decía ese número. Y en sueños veía la casa de Son Batle vacía, sin nada: recorría sus habitaciones llamando a mis seres queridos, pero no contestaban, ni siquiera un eco o una sombra me reconfortaban.

Los números en la ropa interior de mis compañeras, también bordados en rojo, tenían en cambio para mí una connotación distinta; sugerían algo oprimente, carcelario, abstracto. Eran números y punto. En algunas ocasiones solo la variedad de los tipos de bordado —los había, por ejemplo, sumamente barrocos— me parecía un indicio misterioso de familias extravagantes y afectuosas.

Rojas eran también las rayas a lo largo de los bordes de las mantas de lana natural de nuestras camas. Y como las mantas de mi cama en Son Batle eran iguales —tal vez porque ese dibujo era frecuente en las mantas catalanas o solo porque la manta del internado también formaba parte de mi ajuar—, aquellas rayas representaban para mí los bordes de la carretera transitable por la que papito iría a buscarme en coche; me daban además una sensación de velocidad alegre que con sus giros vertiginosos me recordaba las vueltas de la peonza antes de que sus dibujos de rayas desaparecieran.

Rojo vivo era el borde de los misales. El olor del misal se parecía al de las alfombras, los sofás de terciopelo, los cordones, las imágenes del Sagrado Corazón, los flecos. Pero la característica de ese rojo de convertirse, al hojear el libro, casi en imperceptible y efímero —y eso

sumado a la calidad finísima del grano del papel—, lo hacía similar a ciertos juegos sutiles y mágicos como los palitos chinos o el mikado.

Allí, en el internado, todo era frío y liso al tacto: los platos, los cuencos, las superficies de los pupitres, de las mesas, la pluma, los reclinatorios de la capilla, las paredes, los picaportes; todo estaba barnizado o lustrado o solo muy limpio. Así, con rabioso júbilo, yo arrugaba la servilleta, retorcía la toalla, ajaba las cintas del delantal, hacía una bola en el bolsillo con el pañuelo usado, no con el que guardaba de reserva en el otro bolsillo para mi amiga Conchita. Sin embargo, dos eran los contactos más emocionantes: el de la manta por la noche y, de día, el fugaz de una mano, ya fuera la de Úrsula, la fámula que me cuidaba, o la de Conchita, cuando en silencio, al pasar mi fila junto a la de ella, con un gesto veloz y sofocado lograba rozarla.

Tres eran, además, los sonidos dominantes: el bisbiseo, el canto y el tintineo.

El bisbiseo era humano; el canto, celeste; el tintineo, en fin, era el sonido del orden y del tiempo, y del paso de un orden y de un tiempo a otro.

El ruido de la vajilla, el de una silla al caer o el de un estornudo eran en cambio sonidos de alarma, de alteración. El más inconveniente de todos era el ruido producido al sonarse la nariz, ¡de hecho recordaba que teníamos humores en el cuerpo!

En el internado, además, todo era cuadrado o rectangular, lineal, paralelo, simétrico.

Había que formar fila, peinarse con raya, llevar los pliegues del delantal bien tiesos, hacer un cuadrado perfecto con la servilleta antes de dejarla en su sitio, colocar la toalla en el respaldo de la silla de modo que cayera a plomo, doblar la ropa en cuatro antes de acostarse y en cuatro el camisón que, por la mañana, debía depositarse debajo de la almohada, dejar caer los extremos del embozo de la sábana en

forma de dos rectas paralelas; en definitiva, los objetos debían colocarse respetando siempre un orden ternario: el cepillo de dientes debía estar en el centro del vaso, a su derecha iba la jabonera y a la izquierda, el cepillo de uñas; la cuchara y el cuchillo debían estar a su vez a la derecha del plato, el tenedor a la izquierda y la cucharita arriba, en el centro. En fin, todo debía quedar alineado como en el fresco de la capilla, donde Jesús ocupaba el centro, flanqueado por dos santos. Había que obrar rectamente, seguir el camino adecuado, mantener la espalda erguida, no tener pensamientos tortuosos, no confundir el derecho con el revés.

En Son Batle las puertas siempre estaban abiertas o entornadas. En el internado, en cambio, siempre permanecían cerradas; solo se abrían para indicar el paso de una parte de la jornada a la otra, marcando así su ritmo.

La puerta del locutorio era la de la presencia y la ausencia; la de la superiora, la de la inocencia o la culpa. Y de hecho un día la superiora me mandó llamar y me pidió que dejara de incordiar a Conchita.

Las raras veces en que las puertas se abrían parecían ofrecer una nueva perspectiva a través de la que ver el mundo; pero al final la visión era siempre la misma. Los cambios también estaban regulados: los jueves el refectorio olía a carne, los viernes, a pescado; y eso ocurría sin falta todas las semanas.

Únicamente en el jardín detrás del refectorio no había puertas cerradas. Y allí se podía romper filas, trazar círculos en vez de rectas.

Allí jugábamos al corro o girábamos sobre nosotras mismas, hinchábamos las faldas formando una campana.

Fue precisamente en el centro del corro de las pequeñas cuando se me apareció Conchita por primera vez. Era como si todos esos círculos a su alrededor —el de los muros altos que rodeaban el jardín, el del horizonte que yo imaginaba detrás del muro, el de la isla misma— hubiesen sido trazados para que ella ocupase el lugar de honor.

Conchita tenía una cara redonda y pálida, con grandes ojos atónitos —solo más tarde descubrí su malicia—, sombreados por el pelo del

largo flequillo que le caía sobre la frente. Rodeaba sus ojos un halo azul que los agrandaba. No era negro de hollín, sino el manchurrón de un colirio que las monjas usaban en su enfermería, inconscientes de la fascinación que durante algunos días provocaba en las alumnas, de lo que las más maliciosas se aprovechaban.

A partir de entonces ella fue mi verdadero altar en el internado, el objeto de todas mis plegarias, la dispensadora de todas las gracias.

A las monjas no les gustaban los colores. Por eso en el jardín casi no había flores, ni árboles frutales ni plantas de hojas caducas que, en otoño con sus rojizos y amarillos resultan tan bonitas; solo plantas siempreverdes, como pinos y cipreses, y palmeras, mirtos y lentiscos, ficus y rododendros, y también agaves y varios tipos de cactus. Estas plantas perennes me atemorizaban y angustiaban: ¿entonces nada cambiaría jamás ni en el edificio del internado ni en ese jardín? No me gustaba la eternidad. Me gustaba lo efímero.

Completamente distinto del jardín era el claustro de las monjas, que se entreveía desde una verja detrás del bosquecillo de ficus. En su centro el agua brotaba alegre, los cuatro caminos que lo cruzaban gozaban de la sombra de una vid emparrada, los arriates estaban llenos de tomateras, pimientos, lechugas, dalias, cinias, claveles y rosas. Frente a aquella verja pasaba a veces parte del recreo fantaseando, como transportada a otro mundo; me gustaba ese apartarse con reserva, esa soledad relativa, tocada por el alegre murmullo de las compañeras sin participar en él.

Pero el jardín, con sus corros de juegos y de faldas, con la visión colorida y dulce del claustro, con las difíciles citas amorosas, estaba reservado únicamente al recreo, a esa inevitable caída en lo efímero. En las otras horas del día siempre nos encontrábamos encerradas entre paredes: en el refectorio, en el aula, en la sala de estudio, en el locutorio, en la enfermería, en el saloncito de la superiora, en el dormitorio. Todas estas cárceles donde me condenaban a estar se mantenían en una perenne penumbra (si se excluyen el aula y la sala de estudio, iluminadas para evitar que nos estropeáramos la vista leyendo o escribiendo); tal vez porque la penumbra favorecía la concentración y el silencio, o tal vez porque había que abolir por

todos los medios los colores del mundo.

A las siete y media el dormitorio olía a leche y a cebada: un aroma dulce y emoliente en cuyo fondo se notaba apenas una sombra inquietante al acecho. Con el sabor del pan con mermelada de albaricoques mojado en la taza se mezclaba el del jabón que aún impregnaba mis manos. La misma mermelada de albaricoques, además, se parecía al jabón blando, del que había un cuenco en cada baño por si se nos terminaban nuestras pastillas perfumadas y modernas. Allí, en el refectorio, sentadas en orden y desayunando, no podíamos hablar aún; solo se oía el ruido de los sorbos y los bostezos. Después, concluido el desayuno, la monja de guardia daba un toque seco con las castañuelas y podíamos hablar.

A mediodía se percibía siempre un olor dominante e inconfundible: o el del arroz con caldo de pescado, o el de las albóndigas —en cuyo fondo se percibía un tufillo imperceptible a carne podrida—, o incluso el de bacalao, cuyo rasgo decidido me gustaba tanto; los olores de los demás alimentos, incluso el de las espinacas, quedaban ahogados por ese otro dominante. «¿Qué habrá de primer plato? ¿Qué habrá de segundo plato?», pensábamos, o si la monja estaba de espaldas, nos susurrábamos la una a la otra. Pero era una pregunta retórica. Casi como si con aquella curiosidad fingida quisiéramos reavivar una realidad monótona. En efecto, también el menú de la semana era fijo y, según me había contado Úrsula, lo comentaban la superiora y un médico en una larga conversación. Los lunes había *sopa de garbanzos*. Después de los excesos y los goces dominicales con la familia, los garbanzos, modestos, trabajosos —por ser ricos en proteínas de laboriosa asimilación—, de cocción lenta y gentilmente perfumados, acompañados en el caldito por trocitos de patata y ajo, resultaban adecuados para el difícil inicio de la semana, y había que comérselos de uno en uno, como quien desgrana las cuentas del rosario, para que llevaran a la reflexión y condujeran humildemente a un éxtasis distinto de ese otro dominical, tan pagano. Los martes había sopa de pasta. Se masticaba fácilmente, se tomaba a cucharadas: la vida del

internado no era tan difícil como se había imaginado el día anterior; hasta ofrecía pequeñas fantasías: pasta en forma de estrellitas, de caracolillos, de semillas de cebada e incluso de letras del alfabeto. ¡Qué gusto comerse esas letras! ¡Se volvía una más sabia! Los miércoles había tapioca, y gracias a ella te iniciaban en otro concepto, la transparencia y la ascesis. Los jueves había lentejas, que eran como una admonición. Sugerían que la ascesis no era tan fácil de alcanzar: hacían falta años de sayo, había que cargar muchos pesos, se exigía un minucioso ejercicio. En definitiva, la ascesis se parecía a la vida de las hormigas que, si las pruebas, también tienen un sabor muy concentrado. Los viernes había arroz con caldo de pescado. Penitencial. En el mar, a saber por qué, se pecaba menos que en la tierra; y sin embargo la superiora me había puesto en guardia contra las sirenas. Por último los sábados había guiso de patatas. Sin duda las monjas sabían que a los niños les gustan mucho las patatas, razón por la cual era el guiso de despedida, como queriendo decir: por la tarde os iréis a vuestras casas, pero aquí, al fin y al cabo, ni se come ni se está tan mal; sin duda no podemos llegar al punto, a la complacencia de haceros patatas fritas y crujientes, la vida no es, como os gustaría, una fiesta continua, pero quedaréis igualmente satisfechas, de un modo distinto, más grave. Y tal vez pensaran malignamente que la bola de almidón en el estómago combatía el antojo de helados.

A los segundos platos se aplicaba el mismo criterio.

Por la noche se terminaba siempre con manzanas cocidas. Un olor silvestre y dulce, como el de las manzanas cuando se cuecen en su punto y la pulpa queda firme y diáfana, no deshecha. Pero, inconscientes quizás de sus poderes, las monjas cocineras las preparaban con canela en rama, que era como pimienta dulce, o más bien una especie de pensamiento capaz de penetrarte los sentidos. Yo no separaba los fragmentos que flotaban en el líquido como hacía el resto. Pero había que navegar mucho con la cuchara en el cuenco para conseguir más, no solo un pequeño bocado. Sentía que ese país de especias no se encontraba tan lejos, sino más bien a la vuelta de la esquina. Pero me daba miedo. ¿Quién sabe lo que hay a la vuelta de la esquina? ¿Quizás un cuerpo semicarbonizado, que sigue en pie de

puro milagro y puede desintegrarse de un soplo? De hecho me habían contado que las momias se conservaban con varias especias, entre ellas la canela. Y de canela se alimentaban pueblos lejanos, que vivían en países exóticos, hermosísimos.

Entre un plato y el siguiente, un toque de castañuelas, arbitrario y perentorio, autorizaba la charla e imponía el silencio. Cuando, tras una pausa forzada, el arabesco de voces se reanudaba, si el entramado era demasiado tupido las castañuelas sonaban de nuevo, las voces se atenuaban en un bisbiseo, las carcajadas desaparecían como engullidas e incluso los ojos miraban al suelo.

Las alumnas que adoraban reír, bromear, dar pellizcos y patadas debajo de la mesa comían deprisa y vorazmente. Las pensativas, en cambio, siempre dispuestas a perseguir sus fantasías, eran inapetentes, comían despacio y se dejaban sin falta algo en el plato, contraviniendo la norma no escrita pero igualmente férrea según la cual había que acabárselo todo. Mi sitio estaba debajo de una de las columnas del refectorio al que trepaban plantas siempreverdes que me ocultaban un poco, de modo que conseguía echar porciones de viandas al plato de mi vecina, siempre hambrienta. Renuncié también a este privilegio por amor a Conchita. Desde ese sitio no podía verla; así, un día en que mi otra vecina se encontraba en la enfermería, ocupé su lugar —la monja de guardia no se dio cuenta—, y allí me quedé incluso tras el regreso de la alumna ya curada, que no protestó, encantada con aquel cambio, pues al no ser vista a su vez podía echar porciones de viandas al plato de su nueva vecina.

Después de la comida había que formar fila delante de un fregadero y cada una debía lavar sus cubiertos. Los míos eran de plata, de finísima factura, delante llevaban las iniciales de mi nombre y mi fecha de nacimiento entrelazadas en un bonito arabesco y detrás, el número setenta y cinco, grabado muy pero muy pequeño; esas letras, esa fecha y esa plata formaban parte del mundo de Son Batle; el número setenta y cinco pertenecía al del convento. El servilletero también tenía la misma factura, y para indicar que pertenecía a una niña, en el centro, debajo del nombre y la fecha, llevaba grabada una ardilla, emblema de mí misma y, además, del cuarto de juegos que

había dejado en Son Batle. Esos objetos de plata evocaban también el recuerdo de aquel fotógrafo de moda al que mamita había encargado que nos retratara con encajes y objetos de plata de fondo. «¡Parecéis unos principitos!», había dicho en cierta ocasión, y no me había gustado. Los príncipes que yo conocía no comían compuestos y sentados a la mesa, sino que cabalgaban por los bosques, vivían en el fondo del mar disfrazados de mujer, luchaban contra los dragones, bailaban el minué en salones de cristal.

Las monjas, por su parte, me retrataron con una planta al fondo, sentada a una mesita en la que descansaban una estatuilla de la Virgen, un tintero, un libro abierto; yo llevaba el delantal de ceremonia, igual que los otros pero de piqué; y ya no tenía rizos, sino el pelo lacio, atado severamente con una cinta; la mirada ya no era sonriente y pícara, sino tímida y embelesada. Debajo de la foto destacaba la sobria leyenda: «*Recuerdo de mis estudios*».

«¡Cuántos yos míos hay ya en el mundo!», me decía, pensando en esos mundos lejanos, mientras lavaba mis cubiertos en el fregadero. «¡Quién sabe cuántos más habrá si vivo!». Y entretanto la angustia se ahogaba en aquel olor persistente a manzanas cocidas que flotaba en el refectorio, mientras seguía pensativa restregándome las manos con jabón, como para consolarme y tranquilizarme con aquel resbaladizo placer, hasta que la monja de guardia o la alumna que tenía detrás me indicaba por señas que me apartase.

Los miércoles por la tarde mamita y papito venían a visitarme. Al entrar en el locutorio los encontraba de pie, impacientes por verme, con los ojos vueltos hacia la puerta donde yo me detenía. No corría alegre a su encuentro para abrazarlos. Estaba como amarrada por un hechizo. La monja que me acompañaba sonreía a mi lado, en el umbral, espeluznante. Eran ellos quienes acudían a mi encuentro y me abrazaban. La monja cerraba entonces la puerta, librándome del hechizo. Me relajaba, pero con una pequeña reserva. ¿Cuál era mi verdadero papel? ¿Interpretaba aquí, con papito y mamita, o allá en los cuartos detrás de la puerta del locutorio, entre las alumnas y las

monjas?

Siempre me traían un obsequio. Me lo enseñaban; yo jugaba con él un poco, lo contemplaba, después se lo devolvía y ellos lo envolvían de nuevo en el papel. No podían dejármelo, el reglamento no lo permitía. Pero me aseguraban que todos aquellos obsequios me esperaban en mi dormitorio de Son Batle y que Carlito y Anita tenían prohibido jugar con ellos. Siempre les pedía que me trajesen imágenes sagradas, rosarios, medallitas, crucifijos. De esas cosas se podían tener a voluntad. Papito en parte se burlaba, en parte se preocupaba por mi devoción. «Aquí estás para aprender, no para hacerte monja. ¡Esto no es un convento, sino un internado!», decía. Ignoraba que lo mío no era devoción; esos regalos estaban destinados a Conchita, para comprarla.

Me preguntaban si me encontraba bien. Sí, me encontraba bien. Si estaba contenta. Sí, estaba contenta. Mamita me preguntaba, hablándome al oído, si «hacía de vientre» con regularidad. Sí, cagaba. Para la abuela también era importante si una «hacía de vientre» o no. A papito, en cambio, no le importaba. También me preguntaban si tomaba vitaminas. Sí, las tomaba. Si me cansaba demasiado de estar arrodillada en la capilla. No, no me cansaba. Si las monjas eran buenas. Sí, lo eran. Para asegurarse de mis progresos, papito me mandaba leer el periódico italiano. Y los artículos empezaban casi siempre así, «Hoy las tropas italianas…».

En una ocasión papito y mamita me llevaron un helado. Corrieron como locos en el automóvil para que no se les derritiera. Yo reía imaginándolos tan juguetones y alocados por las calles de Ciutat, y tenía la sensación de que los niños eran ellos, no yo. Además, notaba en ellos colores, objetos y aspectos que tenían algo de pueril: el paquete con su cinta que contenía mi regalo; un clavel blanco en el ojal de papito, que para hacerme reír se colocaba detrás de la oreja; el sombrero de plumas y las joyas de mamita; el taconeo de sus zapatos sobre el suelo reluciente.

En el locutorio solía haber otras alumnas con sus padres. De modo que toda la estancia era un murmullo de voces, una mezcla de perfumes de golosinas y cosméticos. Y una vez, por la puerta que yo acababa de cruzar entró Conchita. La esperaban su padre y su tía.

Llevé de la mano a papito y a mamita al rincón donde se encontraba Conchita. Quería que nuestros parientes entablasen amistad. Conchita me observaba con una sonrisita desdeñosa. Tenía delante una bandejita de golosinas, que iba comiendo poco a poco, de una en una. No me convidó. Tomé de las mías y las puse en su bandeja. No dio las gracias (Conchita nunca me daba las gracias, más bien se mostraba casi ofendida y molesta por mis obsequios). Siguió comiendo. Y yo me di por contenta. Pero su padre la reprendió, y entonces, condescendiente, me ofreció una de sus golosinas y, como para demostrarme que lo suyo no había sido mala educación sino desdén, se levantó y con una reverencia cortés convidó también a papito y a mamita. Yo estreché en mis manos las imágenes sagradas y las medallitas que mis padres me habían obsequiado en esa ocasión. Con ellas compraría a Conchita toda la semana.

El cuerpo, cotidianamente reprimido y olvidado, adquiría en la enfermería una presencia inquietante y casi soberana.

Cuando mi cuerpo febril temblaba y sudaba, la monja enfermera lo secaba, lo frotaba con talco, me cambiaba de continuo el camisón y la camiseta. No empleaba artificios para no desnudarme del todo —allí el pudor no contaba—, solo procuraba darse la mayor prisa posible para que no me enfriara. De hecho solo había que avergonzarse del cuerpo triunfal. Las monjas solo podían amar los cuerpos enfermos; por ello la enfermera me acariciaba a veces la frente, me acomodaba el pelo detrás de las orejas, vacilando un poco, y, como mamita, quería ver de qué color eran mi caca, mi pis.

En el dormitorio reinaba una honda penumbra. La lámpara de noche permanecía siempre encendida, como el ojo soñoliento de un ángel. La monja de guardia dormía al fondo de la estancia, detrás de una cortina cerrada; la ocultaba justo por debajo de la barbilla, así podía vernos, mientras que nosotras no podíamos ver sus metamorfosis. ¿Se desvestía, se acostaba, en qué se transformaba? De

repente, en el lugar de las grandes alas blancas que le adornaban la cabeza aparecía una cofia, y de ave majestuosa que había sido se convertía en pollito mojado. No utilizaba ni campanillas ni castañuelas para acallar las llamadas bisbiseadas de una cama a la otra. Silbaba levemente y luego, imperiosa, levantaba la barbilla. Pero la penumbra le impedía adivinar dónde estaban las culpables de los susurros, de los bisbiseos, de las carcajadas ahogadas, de los ruidos extraños y silvestres: gritos de patos, de mochuelos, croar de ranas, cantos de cigarras y, a veces, hasta pedorretas.

Cuando sus silbidos no bastaban para imponer silencio en el dormitorio encendía la luz de golpe y, envuelta en un manto negro, recorría las camas en busca de indicios: bastaban un brazo colgando, un pliegue de la sábana, una imitación demasiado perfecta de una pose del sueño para despertar sus sospechas; pero sobre todo cierta expresión o vibración de la cara. De hecho en los rostros de las culpables persistían un temblor, una luz demasiado vívida, el brillo de una carcajada no del todo ahogada; en los ojos cerrados las pestañas seguían estremeciéndose; y a veces bajo su mirada estallaba irrefrenable un gorgoteo, la carcajada reprimida se transformaba en hipo. La monja guardaba silencio. Sacaba del bolsillo un cuadernito negro, apuntaba el nombre, la culpa y el castigo: diez minutos o media hora menos de recreo, o sin recreo, incluso sin postre el jueves. Hasta que reinaba el silencio.

Yo era tal vez la última en dormirme. Poco a poco, a mi alrededor, me iban arrebatando todos los cuerpos; la respiración crecía como un capullo en cuyo interior estaban las almas de mis compañeras. Entretanto, mi cuerpo se transformaba en árbol; pero para ser perfecto debía librarse de ese destello de vida animal de más. Entonces se planteaba el siguiente problema: ¿debía salir por abajo, a través de las raíces, o por arriba, a través de la copa? A veces el destello salía por arriba y entonces yo empezaba a soñar: veía mi sueño extenderse por la almohada en forma de hojas y ramas. Otras veces, en cambio, había que obligarlo a salir por abajo, y así, me frotaba poco a poco todo el cuerpo; o bien empujaba aquel destello hacia abajo, manteniendo las palmas de las manos en el vientre. Hasta que me precipitaba, como

arrastrada por un torbellino.

Pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo en el aula y en la sala de estudio. Pero ese tiempo no contaba, estaba como encerrado entre corchetes. En esos cuartos querían que nos convirtiésemos en marionetas mecánicas, despojadas de palabras propias, obedientes a todas las órdenes.

Además, en esos dos lugares nada guardaba relación con mi cuerpo, lo único que me había quedado de Son Batle. Se percibía, sin embargo, un olor estimulante. El de las alumnas externas. De hecho, ellas no olían a encierro, a manzanas cocidas, a leche y cebada, a incienso y tintura de yodo. Eran una bocanada de mundo fresca y violenta. Y en invierno, cuando entraban en el aula poco después de nosotras, tenían las manos vivas y heladas, no tibiecillas como las nuestras. Además sus ojos resplandecían, mientras los nuestros casi se habían apagado a fuerza de tenerlos bajos.

La capilla era el centro del palacio. Allí convergían todos los significados, de allí irradiaban todas las explicaciones.

No era antigua, al contrario: la habían terminado hacía apenas unos meses. Tampoco era blanca como el resto del internado; para pintarla habían usado profusión de colores pastel: rosas, grises, ocres. Las paredes, ni lisas ni desnudas, estaban recubiertas de estucos. Parecía una bonita tarta decorada con crema de mantequilla. Despedía olor a nuevo: a madera fresca, a estuco, con el que se mezclaban los efluvios del incienso y las azucenas. Y los crujidos de asentamiento de la madera desentonaban con la idea de eternidad sugerida por el incienso. En el centro de aquella tarta descollaba el Sagrado Corazón de Jesús, oculto en la custodia, como el haba o el anillo en el roscón de Reyes.

Jesús era adorable, amable, comestible. De hecho las monjas decían, «La capilla es vuestro verdadero refectorio, Cristo es vuestro verdadero alimento».

Allí yo también hacía lo imposible por distinguirme entre las demás. Por eso no cantaba, no mezclaba mi aliento con el de Dios, no respondía «Amén» con sucesiones de arsis y de tesis. Permanecía inmóvil, vigilante, con la boca cerrada, con los ojos penetrantes; feísima, lo sabía, mientras las otras alumnas, perdidas en el canto, con los labios entreabiertos y los ojos embelesados, eran tan hermosas. Y mala, y triste. Y sola en el mundo, porque no invocaba a Dios para que atendiera mis plegarias. La mía no era perversidad como la del diablo, que desafía a Dios, yo solo quería que me dejaran en paz, estar fuera de aquella mezcla de cielo y llamas. Sin embargo me gustaba rezar el rosario balanceándome, puesto que en el internado no había mecedoras ni columpios. Además, era como si aquella cadena de cuentas quisiera atar no solo las palabras de los rezos, sino también los pensamientos, para que no se convirtieran en fantasías peligrosas. Me tranquilizaba el orden ineluctable de esa sucesión de rezos: tantas avemarías, tantos padrenuestros, tantos glorias. Desgranar las cuentas entre los dedos me daba una sensación de infinito que, sin embargo, no amenazaba con avasallarme, como las infinitas procesiones de hormigas. Y tras haber terminado, cuando estrechaba el rosario en mi mano, era como si acabara de hacer un largo viaje.

No podíamos confesarnos y comulgar todavía. Aunque una vez al mes, como penitencia, las monjas nos obligaban a recorrer de rodillas el laberinto representado en el suelo de la capilla. Aquello también era para mí una especie de viaje, y así, las orlas geométricas de mármol rosa y blanco que interrumpían el recorrido gris se convertían en ciudades, iglesias y castillos.

En la capilla, además, solían ocurrir cosas indecorosas o inquietantes. A Conchita, por ejemplo, un día Dios le hizo cosquillas en la nariz para extraer toda la maldad de su cuerpo y la obligó a soltar un estornudo estruendoso justo durante la elevación. En cambio a mí, en una ocasión se me rompió el rosario; y en cierto modo también fue por culpa de Conchita. Ella era algo menor que yo, y se sentaba dos bancos más adelante. Durante la ceremonia siempre había un momento en que se volvía, no para sonreírme, no para mirarme, sino únicamente como para decirme, «Sé que esperabas esto. ¡Ya me

he esforzado por hacerte esta concesión!». Y enseguida miraba al frente. Pero esa vez olvidó volverse, o tal vez lo hiciera para fastidiarme. Concluida la ceremonia su fila pasó por mi banco; ella siguió sin volverse. Así fue como rompí o como se rompió el rosario.

Cuando venía el cura a decir misa, además, la capilla se transformaba en teatro. El cura no solo era el empresario teatral, sino también el único actor en escena: inmóvil en el centro del altar le cubría la cabeza el solideo, que por su semejanza con la tonsura se me antojaba agujereado, quizás para permitir que Dios entrase mejor. Alzaba las manos y comenzaban los disfraces y los cambios: lo que no era pan, sino hostia, se transformaba en carne; el vino que, sin embargo, no daban a beber se convertía en sangre; el Corazón de Jesús goteaba; Cristo en la cruz lagrimeaba. Un gesto suyo suscitaba palabras, hacía caer el silencio o elevar el canto. A una señal suya nos levantábamos, nos arrodillábamos, nos sentábamos.

Pero cuando me daba la impresión de que sus ojos se clavaban en Conchita, cual bailarina imprudente, ella entraba en escena. Y la cera, que mientras tanto se derretía, se transformaba en llama.

Solo el cura bebía el vino, a las monjas que comulgaban les daba un trocito de pan. «¡Yo de mayor también beberé vino! ¡No me conformaré con el pan!», pensaba yo.

Sin embargo el espectáculo siempre era más o menos el mismo. Nunca subían al escenario ni la madre superiora, ni las otras monjas, ni papito, ni mamita —y eso que mamita lucía unos trajes tan bonitos, algunos con muchos más colores que los del cura—, ni Paco, ni el gato Don Felipe, ni nuestra pava, la *senyora* Isabel, —¡con su cola espectacular!—, ni las almunas ni yo. Tampoco subían saltimbanquis, ni demonios, ni los habitantes ya exterminados de mundos exóticos que yo desconocía, ni los músicos con sus *flabiols** y sus *simbombes de S'Estaca*. ¡Qué aburrimiento!

Por eso prefería fantasear clavando la vista en el gran crucifijo reluciente que había detrás del altar mayor, al fondo del ábside.

Aquella cruz era muchas cosas:

la cruz habitada por todos los lugares, las cosas y las personas que yo amaba, encerradas en sus brazos como en una cárcel subterránea y

paradisiaca;

la cruz de cristal que un novio le había regalado a Antònia;

la cruz de la abuela, que no era otra cosa que la abuela crucificada. «¡Siempre me están crucificando!», solía decir;

la cruz de las monjas, que era una cruz constituida por muchas cruces;

la cruz que formaban las alas de los pájaros cuando planeaban en el cielo;

la cruz amputada, cuando se le despega un brazo;

la cruz torcida.

De la cruz torcida resultaba fácil pasar a la cruz pelota. Bastaba con trazar alguna diagonal más y cerrar los ojos con fuerza para que se me apareciera mi pelota de Son Batle, la de rayos de colores. Y así, fingiendo escuchar misa, yo jugaba. ¡Y la de veces que esa pelota fue a golpear la cabeza del cura! ¡La de Conchita no, porque se habría enfadado conmigo para siempre!

Pero llegó un día en que el espectáculo cambió. Nosotras también subimos al escenario. Era la fiesta de la Primera Comunión. Yo caminaba con los ojos bajos, compungida, aunque ya sabía que todos me miraban. De vez en cuando veía brillar esa misma vanidad en los ojos de mis compañeras: destacaba entre todo aquel blanco como el vergonzoso pistilo en el centro de la azucena. El perfume de las azucenas que llevábamos en la mano, además, me traía a la memoria las palabras que el día anterior me había dicho Conchita: que su vestido no era más que un pálido anticipo del que sería su traje de novia. Yo le dije que en absoluto me veía vestida de novia, que ese vestido duraba solo un día y después una se convertía en esposa. De mayor, antes preferiría disfrazarme de otras cosas: de marinero, de príncipe y de Don Quijote.

—Yo me pondré esos trajes únicamente por Carnaval —dijo Conchita.

—¡Y yo me los pondré todo el año! —repliqué.

La hostia fue una decepción, por lo exigua. Úrsula siempre me regalaba montones de recortes de hostia. Apenas pude notar un vago sabor a almidón.

Tras la ceremonia, en la sacristía nos esperaban pasteles enormes recubiertos de cristales de azúcar dorados. Las madres nos admiraban, los fotógrafos nos retrataban, las monjas se felicitaban mientras iban repartiendo chocolate humeante. Escapando a toda metáfora, se habían fusionado pastel y teatro. Pero no me regalaron un rosario de oro y marfil, ni un misal de nácar, ni una cadenita con medallita doble. De esas cosas se ocupaba la abuela. Y no había podido venir por la guerra. Mamita ni siquiera sabía que para la Comunión se hacían regalos. Pero papito me dijo:

—Te traeré una pulserita de plata de Ibiza. Y ahora —añadió— ¡vayamos al Café de la Unión a tomar un helado!

Y entretuvo a las monjas con sus ocurrencias: a todas, como si fuesen damas, las saludó con un besamanos. La superiora le pidió noticias de la guerra.

—No— dijo papito—. Quédese tranquila. ¡No bombardearán el Vaticano!

Para aquella ocasión nos iniciaron, además, en los retiros espirituales. Pero dada nuestra edad fueron breves. Solo media tarde. La monja decía una frase, la comentaba y nosotras debíamos meditarla en silencio. A veces me ejercitaba con distintos problemas de nuestra vida cotidiana:

por ejemplo, cómo hacer que una frase entrara por un oído y saliera por el otro (adoptar un aire compungido, simular atención, permanecer en silencio, bajar la mirada, decir que sí, guardar otra vez silencio, prestar atención solo a las frases con signos de interrogación, levantar la vista con cara de boba para que las repitieran. Y mientras pensar en otra cosa);

cómo seguir fantaseando libremente a cada nueva orden (seguir con el rabillo del ojo los gestos de las demás para imitarlos);

cómo callar cuando fuera necesario hablar (simular el movimiento de los labios; en clase decir únicamente, «No lo sé»);

cómo hablar cuando había que callar (refinar las artes del susurro y el bisbiseo; aprender el alfabeto de los sordomudos; perfeccionar el lenguaje de los ojos y los gestos);

cómo estar más tiempo en el retrete, el único y auténtico retiro

(aguantarse lo más posible las ganas de ir; pero ¡ay, pasar después unos cuantos días en la enfermería y tragarse el aceite de ricino!);

cómo no pasar miedo en la cama por las noches (fantasear con dar miedo a los demás; por ejemplo, tener el valor de hacerse la sonámbula y así poder pasearse tan tranquila por todos los dormitorios, llegar, quizás, a la cama de Conchita, o detrás de las cortinas, donde descansaban o a saber qué hacían las monjas);

cómo no estar sola en la cama —mamita no había podido dejarme mi muñeca— (mantener las manos en el vientre);

cómo no mearse encima en algunas situaciones (tensar con fuerza los muslos; respirar a pleno pulmón; pensar en otra cosa; ni en ángeles ni en pájaros, ni en el fuego ni en el agua);

cómo no estallar en carcajadas en determinadas ocasiones (toser. Pero ¡el encuentro entre la risa que entraba y la tos que salía se transformaba en hipo! Ahora bien, aunque el hipo era recibido con impaciencia y fastidio, no se castigaba; pero la risa sí);

cómo quitarse la ropa y volver a ponérsela sin jamás desnudarse del todo (desprenderse del vestido, porque, total, debajo quedaban las bragas y la camiseta; quitarse una manga de la camiseta; colocar el camisón en la cabeza sin pasar aún las mangas ni el cuello; allí, debajo de esa especie de capuchón, quitarse la otra manga de la camiseta; inclinarse doblada en dos; subir la camiseta hasta deslizarla por la cabeza a través del escote del camisón y si el escote de la camiseta era lo bastante ancho quitársela también por debajo; por último, meter los brazos en las mangas del camisón; no quitarse nunca las bragas).

Conversación con la superiora frente a unas bandejas con galletas

—*Parlez-vous français, mademoiselle*?

La superiora se estaba dirigiendo a mí, sin duda, en esa extraña lengua de los franceses, que habitaban en grutas adornadas con salones, y que yo ya había tenido ocasión de oír hablar a la institutriz del marqués de Albuquerque.

Me sentía pletórica de valor, curiosa por conocer ese nuevo mundo, y estaba entusiasmada, como si en vez de entrar en un internado me hubiese subido a un buque.

—*Non*! —contesté, acentuando mucho la nasal.

—Al menos a usted —dijo la superiora— le salen muy bien las nasales. ¡Hay quien ha estudiado el francés y no puede pronunciarlas!

La superiora se disculpó por no hablar conmigo en italiano y, una vez restablecida nuestra igualdad en la ignorancia de las lenguas, siguió diciendo en castellano:

—¿Ha lamentado mucho dejar a su madre?

—No —contesté—, sencillamente esta vez tuve la impresión de que era yo quien me despedía de ella antes de asistir a un baile.

La superiora me observó con atención. Con la mano regordeta y rosada me acercó uno de los platitos dispuestos en la mesa a la que estaba sentada: contenía unas galletas en forma de letras del alfabeto; en el otro había galletas hechas a mano, gruesas, mantecosas, adornadas con cráteres de azúcar.

—Sírvete las letras de tu nombre —me pidió, pasando a tutearme. Yo las elegí entre todas y las alineé sobre el mantelito bordado.

—¡Así que tu nombre se escribe con zeta y no con ce! —exclamó la superiora.

—Sí —contesté—. Y también sé escribirlo en la lengua de Nápoles.

—¿Y cómo se escribe?

Compuse mi nombre con una metátesis inicial y duplicando luego

todas las demás consonantes.

—¡Qué gracioso! —dijo la superiora, y me observó otra vez con atención—. Entonces ya sabes escribir. ¿Quién te ha enseñado?

—La maestra de italiano y papito.

—Ahora intenta escribir «*Sagrado Corazón*».

Lo escribí.

—Falta la tilde —dijo, severa, la superiora—. Pero por desgracia no hay una galleta en forma de tilde. Intenta ponerla con este confite.

Pero de su bolsillo solo salían llaves, lápices; por fin sacó un caramelo. El sonido indicaba tan bien el acento que enseguida puse la tilde en su sitio.

—¡Hay que ver, con las tildes también vas lanzada! —dijo la superiora—. Pero ¡no te creas que es tan fácil! Y en francés ya ni te cuento, es dificilísimo. Escucha, de pequeña me decían lo siguiente:

Fête, bête, pêche
Ont un chapeau sur la tête.
Si tu pêches à l'asticot
Garde le chapeau
Si tu pèches par gourmandise
La moitié du chapeau s'enlise. *

»¡Tampoco vayas a creer que en castellano es tan sencillo! A ver, por ejemplo, ponle tú la tilde a *horripilar*.

Yo caí en la trampa. La puse sobre la a y, para colmo, se me olvidó la hache. En realidad no sabía bien qué quería decir.

La superiora me reprendió.

—¿Quieres saber qué significa? —me miraba con aire cada vez más severo—. Significa… significa… Te voy a dar un ejemplo. La uso siempre, que lo sepas —y puso ojos de mala y cerró la boca—. Escucha, «¡*Estoy horripilada de su ignorancia, señorita*!». O este otro ejemplo, llama a la puerta la monja despensera, entra y yo le digo, «¡*Estoy horripilada de la dilapidación de nuestras finanzas! ¿Quién come tanto azúcar aquí*?». Dímelo tú, vamos, ¿quién come tanto azúcar?

—No lo sé —contesté tímidamente.

—*Je suis horrifiée, horrifiée, mademoiselle* —y soplaba, soplaba en la

efe, y abría mucho la boca en la o—. En fin, quiere decir *No me gusta*. Pero volvamos a nosotras. ¿Sabes qué significa Sagrado Corazón? —y me miró con mucho recelo.

—Es el nombre de nuestro internado.

—Eh, eh, que no es tan sencillo. ¿Y por qué se llama así el internado?

—No lo sé —contesté, pero enseguida me corregí al recordar una plegaria que me había enseñado mi abuela—. ¡A lo mejor es por el Sagrado Corazón de Jesús!

—Por supuesto —dijo la superiora—, ¿qué te pensabas, que era por el corazón de un petimetre? Y ahora presta mucha atención —añadió, pero no dijo nada más.

Una tras otra se comió todas las galletas y le quedó un poco de azúcar en la barbilla; de hecho daba la sensación de que las sorbiera teniéndolas medio inclinadas. Después siguió hablando, cambiando de voz, con un tono como inspirado pero dulce y embaucador:

—Jesús es el único Dios que se hizo hombre, dispuesto a inmolarse por nosotros a diario, que quiere que nos lo comamos a diario, que desea estar el día entero encerrado en un tabernáculo, como en una cárcel; ¡y fíjate los milagros que hace! El pan se convierte en carne sin dejar de parecer pan; su cuerpo se encuentra al mismo tiempo en distintos lugares; puede permanecer encerrado en un espacio casi invisible. ¿Tú serías capaz?

—No —dije—. Lo he intentado, pero no lo consigo.

—¿Qué quieres decir con que lo has intentado?

—Todas esas cosas, no, pero sí he intentado hacerme muy muy pequeñita.

Y también estar en varios lugares a la vez. Dejarme comer, eso no, a mí nadie quiere comerme.

—Está bien —dijo la superiora, yendo al grano—. ¡En cambio él sí lo conseguía! Pero sigamos. Como ya sabes, de Jesús se veneran las sagradas llagas, las de los pies, las manos y el costado; se venera su rostro, cuya imagen quedó grabada en el Santo Sudario, que se guarda en vuestra ciudad de Turín… la única ciudad italiana donde se habla bien el francés… de Él se veneran el cuerpo entero, la preciada sangre

que derramó por nosotros, pero nunca se había pensado en crear el culto a su Sagrado Corazón. Y, sin embargo, al corazón se suelen atribuir los más tiernos sentimientos del alma. El culto al sagrado corazón no se reduce, pues, a amar solo ese corazón de carne, similar al nuestro, que forma parte del cuerpo adorado de Jesucristo… no se trata solo de adorar esa víscera de carne, porque, que lo sepas, lo que adoramos no es un resto anatómico, sino el símbolo mismo del amor. En efecto, el corazón se encuentra en el centro del cuerpo, y en la iglesia, que tiene la forma del cuerpo de Cristo en la cruz, corresponde al altar, y eso es para que el corazón de piedra del hombre se convierta en carne…

Cuando veía la imagen del Sagrado Corazón en el locutorio donde había saludado a mi madre, en los pasillos que había recorrido y ahora, colgado en la pared, detrás de la mesa de la superiora, al verlo así estilizado y adornado, no había pensado en modo alguno en una víscera de carne; me parecía más bien el anuncio de un saltimbanqui en una barraca de feria. De hecho con frecuencia fijaban en las paredes carteles donde se representaba a hombres que dormían en camas de clavos, o caminaban sobre llamas, o incluso hombres como crucificados a los que lanzaban puñales. Y todo eso aparecía siempre envuelto en festones, flores de colores, imágenes de fuegos artificiales y luminarias, con la palabra «¡*Atracción*!» en letras grandes, entre dos signos de admiración, también de colores.

Mientras fantaseaba de este modo, impulsada por la vista de la imagen y las palabras de la superiora, esta hizo una pausa y se comió dos galletas más. «¿Puedo o no servirme de las que tienen los cráteres de azúcar?», iba yo pensando. ¿Y podía, sin que me las ofrecieran de una en una, comerme por lo menos las letras de mi nombre? Me decidí y empecé por la última: así el nombre no se desvanecía del todo; al deletrear había aprendido que a veces bastaba con leer las primeras letras para adivinar las restantes.

La superiora continuó; seguía teniendo un trocito de galleta en la boca y pronunció la palabra «corazón» toda embarullada.

—El Corazón se le apareció a santa Matilde. Y ella lo cuenta así, «Un día vi al hijo de Dios que llevaba en sus manos su propio Corazón,

era más luminoso que el sol y esparcía rayos de luz por doquier». Y a santa Margarita se le apareció así, «Este Divino Corazón me fue revelado como en un trono todo de fuego y llamas, despidiendo rayos por doquier, más brillante que el sol y transparente como un cristal».

Levanté los ojos; justo encima de mi cabeza había una gran araña de cristal: los artesanos mallorquines habían imitado las formas y la factura de los vidrios de Murano.

—… santa Gertrudis, en el momento de morir, voló al cielo y se retiró en el santuario de la divinidad, es decir, en el Adorado Corazón de Jesús, que este Divino Esposo había abierto por un exceso de amor. Santa Catalina de Siena, por su parte, entregó su corazón a su Esposo Divino y a cambio obtuvo el Corazón de Jesús. Y a la gran sierva de Dios, Armella Nicolas, Jesús le mostraba su Corazón abierto para que ella se ocultase en él.

Tal vez parpadeé un poco a causa del sueño. La superiora dijo:

—Seguiremos mañana. Te hablaré de otros prodigios. ¡Basta por hoy!

Se puso de pie, me acarició la cabeza, me acompañó a la puerta y antes de entregarme a la monja, a la que acababa de llamar tocando una campanilla, me dijo con otra voz, chillona:

—Y si antes de mañana necesitaras algo, no tienes más que venir a verme a este cuarto. ¡Ni siquiera aquí, en el Corazón de Jesús, soy digna de él!

Me hizo un arrumaco en la mejilla y sacó del bolsillo un caramelo. Después noté que una sombra me agarraba de la mano. La puerta se cerró sin ruido.

Al día siguiente en el cuarto de la superiora no había dos platitos de galletas, sino una bandeja enorme repleta de melindros, unos bizcochos que conocía bien porque mamita los preparaba personalmente en la cocina, encargándome a mí la tarea de cascar decenas de huevos: era este un placer mucho mayor que el de romper un cristal a pedradas. Junto a la bandeja había un bote de miel en el que la superiora mojaba los melindros. Me ofreció los bizcochos, pero

no la miel.

—Ahora te voy a contar —comenzó— la historia del padre La Colombière y de la beata Margarita María Alacoque que, como yo, era francesa, nacida, como yo, en un castillo.

—¿Ustedes, los franceses, viven siempre en palacios y castillos? —pregunté—. Por cómo suena su lengua tenía más bien la impresión de que vivían en grutas.

La superiora se echó a reír, se atragantó con un bocado, tuvo que beber a toda prisa. Por suerte frente a ella había un vaso y una jarra.

—Cierto —dijo—. Las costumbres en la corte solo comenzaron a refinarse con Francisco I. Pero ¡luego hemos dado al mundo infinidad de lecciones! *Savoir-faire*… *bienséances*… *bonnes manières*… Imagínate, yo entré algo tarde en la orden; de joven tuve un pretendiente… De haberme casado con él ahora estaría sentado frente a mí, en tu sitio, y si yo estornudara, él me diría, *À vos souhaits*![*] No me desearía buena salud, como tienen por costumbre hacer aquí… Pero volvamos a la historia de nuestro culto. El padre de La Colombière, de la Compañía de Jesús, fue uno de los primeros de los que Dios se sirvió para conducir a los fieles a esta devoción. Él era predicador de la duquesa de York. A él abrió su corazón la gran sierva de Dios, Margarita María Alacoque, a quien se le había revelado el Corazón de Jesús en repetidas ocasiones, y así fue iniciado en ese culto por la firme piedad y por la firme virtud de la religiosa, que le hablaba…

«Un huevo *à la coque* no es, desde luego, un huevo duro sino pasado por agua», pensé. Y veía a un señor y a una señora emperejilados con largos trajes grises, sentados a la mesa del desayuno, golpeando con la cucharita un huevecillo gris de paloma; ambos me ofrecían un poco para que me transformara en otra niña. Y a la superiora también la invitaban a probar ese huevecillo gris en aquel convento lejano, donde germinaban las virtudes de los discursos que me dedicaba.

Entretanto, reconfortada por aquella cucharadita de huevo misterioso, la superiora seguía hablando.

—El viaje del siervo de Dios a Inglaterra, su encarcelamiento y el poco tiempo que sobrevivió tras regresar a Francia no le permitieron difundir y afianzar a fondo este culto entre la gente. Pero Dios no dejó

su obra inacabada. Y así, en menos de un año, esta devoción quedó felizmente establecida. Se construyeron algunas capillas en honor al Sagrado Corazón de Jesús, se le erigieron altares, de modo que el culto se difundió por casi toda Francia, y, tras pasar a los reinos extranjeros, incluso llegó al otro lado de los mares, se estableció en Quebec y en Malta, y tengo motivos para creer que por obra de los misioneros se ha difundido ya, además de en la India, no sé, en Siria y hasta en la China.

En este punto, la superiora desplegó una hoja y leyó:

—«Mil altares en Francia, cuatrocientos en Canadá, quinientos veintisiete en Italia, ochenta en la India». Y aquí en España, gracias a nuestra orden, son ya seiscientos cuarenta, ¡de los que los rojos destruyeron más de setenta! En Nápoles, en cambio, —y me señaló con un dedo acusador—, tu abuela me contó que todavía hay pocos. El culto no se ha difundido allí como debería, pues prefieren erigir altares a san Genaro, a san Miguel, a san Antonio Abad, imagínate, ¡un santo a cuyos pies se recuesta un cerdo! Por otra parte, al parecer, no se cuentan los altares de las almas del purgatorio, así de estrechos son los vínculos entre parientes incluso después de muertos. A ti te corresponderá —me miró con ojos terribles—, cuando vuelvas a Nápoles, difundir allí el culto. Piensa que en París hay un artista que, aunque blasfemo, creó para la Casa Madre un Corazón de Jesús que palpita de verdad. Es del tamaño de mi mano y está cubierto de diamantes y rubíes. ¡Mis hermanos solo quisieron sufragar la obra con una cantidad irrisoria! Aunque, en su descargo, debo decir que financian a La Croix-de-Feu,* y con gran riesgo, te diré, porque la han declarado ilegal.

—Pero en Nápoles están las sirenas que embrujan a los marineros —observé yo.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó airada la superiora—. ¡No me dirás que queréis erigir altares a las sirenas! —Y de la rabia se sirvió tres melindros, los aplastó entre sí y se los comió en dos bocados. Me metió otros dos en el bolsillo diciendo—: ¡Bueno, por hoy basta!

Al día siguiente me mandó llamar otra vez.

«Quién sabe qué galletas habrá hoy», me dije. Pero no hubo galletas.

—Solo podemos mascar un poco de regaliz —dijo en cuanto yo entré, y me ofreció un palito—. Hoy te toca escuchar la historia de la gran sierva de Dios, Margarita María Alacoque. Y ayunaremos en su honor. Presta atención… Sor Margarita María Alacoque era una religiosa de la orden de la Visitación de Santa María en el monasterio de Paray-le-Monial, ciudad del ducado de Borgoña. Hasta los dos o tres años le causaba horror incluso la sombra del pecado. Todo su placer consistía en pasar los días rezando, y cuando no la encontraban de rodillas en algún rincón de la casa había que ir a buscarla a la iglesia, donde permanecía horas y horas inmóvil, delante del Santísimo Sacramento.

»Ya de muy joven hizo voto perpetuo de virginidad. Pasó casi cuatro años afectada por una parálisis. Todos los remedios resultaron inútiles. Pero en cuanto se consagró al servicio de la Virgen con un voto secreto, se curó milagrosamente.

»Concibió tal odio contra sí misma y un amor tan grande por la Cruz que sufrir fue su único propósito en la vida. Pasaba días enteros sin comer, y cuando lo hacía, tomaba los alimentos menos buenos.

»Para mortificar su cuerpo utilizaba instrumentos que habrían dado miedo incluso a los penitentes más austeros. Por ejemplo, se envolvía los brazos con unas cadenitas de hierro a las que la carne se iba pegando a medida que ella, niña, iba creciendo, y resultaba imposible quitárselas sin arrancarle algún trozo.

»Desde los diez o doce años dormía sobre la tierra desnuda y a menudo dedicaba parte de la noche a la oración.

»Ese ardiente amor por Jesucristo, origen de sus penitencias, le inspiró una compasión y un amor inconmensurables por los pobres. Sentía por ellos tanto respeto y veneración que con frecuencia se postraba a sus pies. Su caridad congregó a su alrededor una multitud de indigentes, por quienes a menudo se privaba de alimento, y solo después de haberles enseñado los principios de la fe los dejaba marchar.

»Esta muchacha virtuosa pasó así los años que se vio obligada a

vivir en este mundo. Y su mayor pecado, que expiaba con muchas lágrimas y penitencias, fue el poner demasiado esmero en vestirse, cosa que hacía solo por acceder al deseo de su madre, que se lo mandaba. El caso es que, guiada por el Señor, esta alma anhelaba desde hacía tiempo la soledad. Y como no había nada que la alegrase más que la plegaria, mientras que las diversiones de la sociedad eran para ella un verdadero suplicio, decidió, precisamente, ingresar en un convento. Su familia, sin embargo, no se resignaba a perderla. Solo después de mucho rezar consiguió la muchacha aquello que tan fervientemente deseaba. Con estas bellas cualidades y admirables virtudes ingresó en la orden de la Visitación de Santa María. Convencida de que la observancia de las normas era el medio más seguro para alcanzar la alta perfección a la que Dios la llamaba, se impuso una ley inviolable: observarlas con absoluta fidelidad.

»Como tenía una gran intolerancia hacia ciertos alimentos, cuando entró en el convento sus parientes hicieron prometer a las monjas que jamás le prepararían determinadas viandas. Hacia el final de su noviciado, sin embargo, habiéndole servido una monja por error uno de aquellos platos, ella consideró llegado el momento de hacer un gran sacrificio. Decidió así que a partir de entonces vencería su natural repugnancia. Los atroces dolores de estómago que siguieron a esta victoria fueron la señal tangible del gran esfuerzo que le había costado aquella prueba.

»Sus hermanas no la comprendieron, ni entonces ni nunca. Condenaban la inclinación, a sus ojos excesiva, que ella tenía por la plegaria, la trataban de visionaria. Imagínate qué suplicio sería para una persona de finísimo discernimiento comprobar que sus superiores se engañaban respecto de ella y cultivar, a la vez, la gran virtud de la obediencia; qué suplicio, digo, puede resultar el querer obedecer, aun sabiendo que se ha sido mal juzgada. Durante muchos años soportó esta dura prueba, que consideraba el más doloroso de todos los sufrimientos padecidos en su vida. Pero el Hijo de Dios, al que ella confiaba su temor de haberse engañado, le dijo que para reconfortarla pronto le mandaría a uno de sus siervos más fieles. Y ese gran siervo de Dios fue precisamente el padre de La Colombière, enviado como

superior al convento de los jesuitas de Paray-le-Monial.

»Bajo la guía de este gran hombre, su alma llena de gracias extraordinarias experimentó un maravilloso progreso en el camino de la piedad. Imagínate, solía decir que sufría incluso por miedo a permanecer un instante sin sufrir. Por ejemplo, un día en que recordó que Jesús se había quejado en la cruz de la sed que lo atormentaba, deseosa de inventar nuevas maneras de imitar los sufrimientos de su Divino Maestro, resolvió que todas las semanas pasaría sin beber del jueves por la noche al sábado siguiente. Por difícil que resultara esta abstinencia la practicó durante mucho tiempo, hasta que se enteró la superiora y le prohibió continuar con ella. Y para poner a prueba su virtud le ordenó más bien que en esos dos días bebiese dos o tres veces fuera de las comidas. Obedeció, pero pronto encontró una nueva manera de mortificarse. Supuso que beber agua insalubre no se consideraría un acto de desobediencia, y pese a su delicada salud así lo hizo durante muchos meses con grandes padecimientos para su cuerpo. Hasta que un día oyó la voz del amable Salvador que le decía, “¡Lo que has hecho hasta ahora lo has hecho por mí, pero lo que te dispones a hacer es por el diablo!”. Dejó de inmediato de observar esa penitencia, y a partir de ese momento decidió morir antes que faltar al voto de obediencia. En una palabra, si la obediencia no hubiese frenado un deseo tan poderoso seguramente habría cometido ciertos excesos.

»Cuentan, además, que fue la única en manifestar un deseo tan grande de morir. Quienes la visitaron durante la enfermedad admiraron la extraordinaria alegría que en ella despertaba la idea de la muerte. Pero el Señor quiso de pronto alejar la felicidad de esta alma devota y le infundió tal temor a la justicia divina que en sus últimos meses de vida la asaltaron extraños terrores. Eligió este medio para purificarse. Se la veía temblar, humillarse, postrarse ante el crucifijo, repitiendo con profundos suspiros,“¡Misericordia! ¡Misericordia!”. Al cabo de un tiempo, sin embargo, esos terrores se disiparon y su espíritu recuperó una gran calma. En sus últimos días la alegría y la tranquilidad de su corazón se reflejaron sin sombra alguna en su rostro.

»Con los ojos vueltos al crucifijo y pronunciando el santo nombre de Jesús, mientras recibía la extremaunción, el 17 de octubre del año 1690, a la edad de cuarenta y dos años, entregó su espíritu en manos del Creador, en olor de santidad.

La superiora había hablado casi sin coger aire, vocalizando cada palabra, sin beber, sin chupar regaliz, sin mirarme a la cara, sino con la vista clavada en un lugar por encima de mi cabeza, sin presionarse la mejilla con el dedo, sin poner la mano en el bolsillo para coger el pañuelo o algún caramelo, sin apartar ni una sola vez el barboquejo de su cuello sudado, sin desenrollar papeles, sin apartar con la uña las migajas de la mesa, sin golpear con los nudillos el crucifijo que colgaba sobre su pecho.

—¿Había nacido para morir? —pregunté.

La superiora no pareció oírme; quizás el sonido de mi voz solo la había molestado, como un mosquito. Su mirada descendió a mi altura.

—¿Había nacido para morir? —repetí.

—Por supuesto —dijo—. Todos nacemos para morir. Pero hay que ver cómo se pasa el tiempo que se vive. «*Mais c'est la vie qui est un passe-temps*!»,* le decía siempre mi abuela a mi madre cuando esta me regañaba por mis frívolos pasatiempos… Eres demasiado petulante y redicha; ya sabes escribir, sabes de filosofía… Y dime, ¿quién te ha enseñado filosofía?

—No sé lo que es —dije.

—Eres de veras un bicharraco. Anda, chupa un poco de regaliz. Y no te lo creas demasiado, que no eres tan aplicada. De hecho no sabes francés. *Tu n'as pas une éducation accomplie.** Para que lo sepas, de mayor no te quedará otro remedio que hacerte monja o aprender francés… Y ahora dime, ¿te ha gustado o no esta historia?

Después de tres días en el internado yo ya no tenía el mismo valor que el primer día. Por eso no me atreví a decir que no.

—Pero prefiero la historia de un santo chino que me contó papito —dije.

—¿Un santo chino? No conozco ningún santo chino, pero a saber… hoy con las misiones quizás haya alguno. ¿Y cómo es esa historia?

—Había un príncipe, hijo de rey, que vivía en un palacio, rodeado

de lujos y maravillas. Un día se quedó dormido en el jardín, debajo de una higuera, soñó, vio que el palacio se quemaba, todo se convertía en horror y cenizas. Huyó a caballo, se despojó de sus ricas vestimentas, vistió un sayo anaranjado y se retiró a vivir en una gruta, donde se entregó a la oración.

—¿Y cómo se llamaba ese santo?

—Se llamaba san Buda.

—Pero ¡qué santo ni qué ocho cuartos! ¡Era un pagano! — exclamó la superiora, colérica.

—Me lo contó papito —susurré, bajando los ojos.

En efecto, en esos tres días ya había aprendido que había que mantener los ojos bajos lo más posible.

El reloj

Medían el tiempo relojes, clepsidras, campanas, castañuelas y campanillas, palmas. Además, en todas partes colgaban calendarios.

El tiempo del internado no era el mismo que el de Son Batle; allí dentro no contaban el sol y la luna, la lluvia y el viento, el calor y el frío. El tiempo de Son Batle se mezclaba con el espacio, no tenía como el del internado una autonomía propia e inquietante; estaba ligado a las transformaciones, no a las elevaciones y a las sucesiones; era como una goma elástica, a veces más largo, a veces más corto; a menudo quedaba abolido por completo: a saber cómo y cuándo, por ejemplo, había empezado un día determinado; a veces era como si días enteros hubiesen sido raptados o como si hubiesen alzado el vuelo en una alfombra mágica. El tiempo de Son Batle, además, no tenía una finalidad: no existía nada que debiera suceder; nadie nos decía, por ejemplo, que debíamos crecer, tal vez porque las guerras disuaden a los adultos de decir a los niños cosas por el estilo. Sin duda la terrible guerra que de repente comenzó a extenderse por el mundo, y de la que nuestro país lejano era un protagonista importante, no afectaba a Mallorca y Son Batle. La guerra de Mallorca y Son Batle ya había terminado, y la isla llevaba una vida retirada y soñolienta, de modo que quizás nuestros padres de verdad no pudieran pensar que nos esperaba un futuro más feliz que la vida que ya llevábamos; por ello nunca se hablaba del futuro. En cambio el tiempo del internado, pautado según el ciclo de actividades y funciones —escolares, religiosas, corporales—, tenía como objetivo avanzar y elevarse. Marcaba nuestro crecimiento espiritual; mientras que el metro dibujado en una pared de la enfermería medía nuestro crecimiento físico.

El tiempo pequeño, indicado en el reloj por la manecilla de los minutos, que señalaba nuestra exacta organización cotidiana, servía únicamente para poner en marcha el tiempo grande, el de las horas y

el calendario, metáfora del verdadero Tiempo Grande posterior al liberarse el alma de las cadenas del cuerpo y del mundo, posterior a la muerte; en fin, repleto de amenazas y esperanzas.

La familia de Paco, de Dida y las demás familias del patio de Dida y del campo también tenían siempre colgado un calendario en un rincón de la cocina; pero ese calendario estaba ligado sobre todo a los meses, que, a su vez, no eran otra cosa que una distribución más exacta del ritmo de las estaciones. El calendario de las monjas, en cambio, solo se basaba en la semana; era una repetición continua, una maceración de la vida, un soberbio saboreo de lo cotidiano, un mortificante y humilde ejercicio espiritual. Y solo una fuerza mágica, como esas que en los cuentos de hadas se llevan volando a princesas y castillos, conseguía al menos por un rato sustraernos de este orden meticuloso: ¡las vacaciones! Y así, las vacaciones se convertían en vacaciones del tiempo: vastos territorios felices, liberados de su terrible curso y recorridos por ráfagas caprichosas capaces de arrastrar los acontecimientos de acá para allá, con indiferencia, o de levantarlos en el aire en vertiginosas espirales, trastornándolo todo; o a veces las vacaciones se asemejaban más a una bonanza estival, prolongada y agotadora, que mantiene inertes las velas del tiempo.

Pero esto ocurría únicamente durante breves periodos. La mayor parte del año mi tiempo era el del internado, con su variedad de campanas y campanillas.

A las seis y media, en el dormitorio, una monja pasaba entre las camas agitando una campanilla cuyo sonido era tan cristalino que por un instante se podía incluso imaginar que no se estaba allí, en el dormitorio, sino en la casa de los siete enanitos. Ese sonido, sin embargo, continuaba, iba y venía por el pasillo, solícito, insistente; impedía entrelazar arabescos entre el sueño y la vigilia, conminaba a levantarse. Y aquella que, al segundo, al tercer vaivén de la monja entre las camas no se había levantado todavía no solo era culpable de pereza; de hecho aquella campanilla pretendía, además, alejar las influencias nefastas de los sueños, purificarnos de la mezcla nocturna con el cuerpo.

En la capilla, sin embargo, el sonido de la campanilla era distinto;

una repercusión grave o imperiosa de una orden o de una voluntad superiores. Su veloz extinción me angustiaba: todo resultaba así efímero, separado de Dios y de su vibración, reconducido al silencio. Los mundos subterráneos y celestiales que evocaba eran todos universos cuyo dominio correspondía al cura y a Cristo. De manera que me quedaba con una mano en el bolsillo arrugando con ternura mi pañuelo ya ajado, mientras en el otro bolsillo guardaba con cuidado el pañuelito recién planchado para prestárselo a Conchita, a quien siempre se le olvidaba el suyo. Lo había elegido entre los más primorosos, de esos que no solo llevaban una vainica, sino también un bordado de colores en punto de cruz. Fueron precisamente esos dos pañuelitos y las reflexiones afectuosas sobre ellos los que me salvaron de las quimeras de esa campanilla, guardiana de la eternidad, y arraigaron en lo más íntimo de mi ser la firme convicción de que a mí no me correspondía ocuparme ni del paraíso ni del infierno.

Luego estaba la gran campana del convento, que sonaba por su cuenta. Los toques no iban dirigidos a nosotras, las alumnas, sino a un misterioso interlocutor y a las monjas, llamadas a sus funciones y deberes específicos. Era un sonido solemne, lejano, melancólico, demasiado alto para tocarme; permanecía allá arriba, malhumorado, esperando su turno sin júbilo, como el invierno, que vacila sentado en un rincón de su gruta en la *sierra*, sin impaciencia por empuñar el bastón y bajar.

Las castañuelas, que en el patio de Dida acompañaban los bailes, en el internado eran imperiosas y arrogantes, como al arbitrio de un señor incapaz de dar una orden razonable. De hecho en el refectorio se encargaban de las charlas y el silencio, según el capricho de la monja que vigilaba. A veces, como una especie de castigo general, no se permitía hablar entre plato y plato; otras veces, en cambio, las castañuelas callaban. Pero esto ocurría solo con ocasión de alguna solemnidad: el cumpleaños o el natalicio de la superiora; el cincuentenario de los votos de una monja; la celebración de la victoria de algún soldado de Cristo o guerrero de la Virgen en el continente. Y nuestras chácharas, nuestro recoger con la yema del dedo hasta la última miga dulce del plato desentonaban con la solemnidad de estos

aniversarios.

La monja maestra no empleaba ni castañuelas ni campanillas, solo las palmas, indecisa entre elegir el ritmo militar del «un, dos» o el del «un, dos, tres» de los maestros de baile. Pero cuando entrábamos en el aula seguía, decidida, el ritmo de «un, dos, tres, cuatro»: al «uno» avanzábamos hacia el pupitre, al «dos» entrábamos en el asiento, al «tres» nos sentábamos y al «cuatro» abríamos el libro y esperábamos. Además, golpeteaba impaciente con una regla sobre su mesa cuando consideraba que se había concluido el tiempo para terminar un ejercicio.

Y un jueves, durante una visita, papito y mamita me trajeron de regalo una escuadra y un compás guardados en una caja negra forrada de damasco rojo. ¡Justo lo que me faltaba! ¡Además de ordenar el tiempo también había que ordenar el espacio! No bastaba el hecho de que a la hora de dibujo nos mandaran trazar formas geométricas que servirían después como modelo para nuestros futuros bordados. Nos enseñaron incluso a trazar líneas serpentinas con el compás, poniendo especial atención en el centro de qué cuadradito había que clavar la punta. En fin, todo debía estar en perfecto orden.

Había, pues, campanas y campanillas, castañuelas y palmas para marcar el tiempo. Y escuadras y compases para marcar el espacio.

Pero en el centro de todo ese orden estaba el reloj. Era grande, redondo y blanco, con cifras y manecillas negras, y destacaba en el campanario en el centro del convento. Al entrar en el internado yo ya sabía muchas cosas: sabía hablar italiano, castellano y mallorquín; sabía leer, escribir y hacer algunas cuentas; sabía incluso, como había dicho la superiora, de filosofía. Pero todavía no sabía leer la hora. En Son Batle nadie consideró que debía enseñarme, ni a mí se me había ocurrido pedirlo. Pero en el internado, según descubrí enseguida, era importante saber hacerlo. En el recreo intentaba robarle alguna información a las monjas y a las alumnas mayores. Resultó fácil entender la manecilla grande. Pero en clase me vi obligada a preguntarle a la maestra qué eran los números romanos. Lo de la manecilla pequeña, sin embargo, no pude resolverlo; notaba un límite lógico, una resistencia mental. Los matices, que me resultaban tan

familiares en el ámbito de las sensaciones, se convertían en obstáculos insuperables cuando se trataba de enfrentarse a la lógica: ¿cómo podían ser las diez menos veinte o las diez y diez si la manecilla grande marcaba una vez las nueve y otra las diez?

La comparación con un pastel que me hizo una monja me embarulló más las ideas. Las diez y diez eran un pastel entero más un trozo de otro pastel y las diez menos diez, un pastel al que le faltaba un trozo. Pero mientras que los pasteles al principio enteros en general disminuyen, este pastel menos un trozo que eran las diez menos diez tenía la particularidad de aumentar a medida que el tiempo se lo comía. Ante estas observaciones, la monja me invitó entonces a comparar las diez menos diez con un plato de profiteroles, cuyo número aumentaba a medida que quien los preparaba iba añadiendo otros. A las diez el plato estaba completo. Después, este cocinero previsor añadía otros y eran, por ejemplo, las diez y cinco, hasta que ya no cabían en el plato y era necesario uno más grande que se llamaba «las once». Las doce era, en definitiva, el plato más grande de todos; pero venía un horrible ogro que devoraba los profiteroles y había que volver a empezar.

O bien, me explicaba la monja, las diez era yo al nacer. Y las once era yo al morirme. Pero ¿qué eran estas once que, a su vez, se convertían en doce? Eran la vida del alma no nacida que nacía de nuevo de un modo distinto. Y era justamente ese volver a empezar lo que yo no entendía.

Después, en una ocasión, papito me mostró el cronómetro, la loca carrera de la manecilla de los segundos, y me dijo que cada manecilla era un animal que participaba en una competición: la de los segundos era un pájaro, la de los minutos, un perro, y la de las horas, una tortuga; y me explicó que esos animales tardaban tiempos distintos en dar la vuelta al cuadrante. Así entendí que cuando el perro había completado una vuelta la tortuga solo había dado un pasito.

De todos modos seguía siendo inexplicable por qué el cocinero, el ogro, la tortuga, el pájaro y el perro repetían siempre lo mismo. La manecilla de los segundos parecía insensatamente excitada, la de las horas, en cambio, tenía un punto maniaco, con su salto al acecho. La

de los minutos, más ponderada, era aburrida.

Entretanto, a las diez que se convertirían en once, yo había tenido una vaga promesa de exactas metamorfosis. No se podía pedir al reloj que revelase más secretos, debía conformarme con esas explicaciones.

Así pues, aprendí a leer la hora, pero con muchas reservas mentales. Al momento experimenté estupefacción y orgullo. Pero me sentí como quien no ha descubierto la verdad, sino un truco.

A partir de ese día mejoré extraordinariamente en los estudios y recibí muchas medallas. Durante la semana parecía un general multicondecorado; oficiales como ese solían aparecer en las recepciones de Son Batle. Sin embargo, no podía disponer de todas aquellas medallas a mi antojo. No podía regalárselas a Conchita, como me habría gustado. Entre otras cosas porque todos los sábados me las quitaban y me las devolvían a lo largo de la semana: las mismas u otras nuevas.

En cualquier caso, Conchita siempre quería probárselas. Un día me dijo:

—¡Si no me das una no vuelvo a hablarte ni a mirarte a la cara!

Vacilé, pero fue más fuerte que yo y se la di. Enseguida nos descubrieron. Ella mencionó mi nombre, dijo que yo se la había prendido al pecho por orden de la superiora, o que al menos eso le había dado a entender. De inmediato nos convocaron al saloncito de la superiora. Conchita se quejó de que yo la importunaba, dijo que era peor que una *xueta* de la calle de la Platería o una gitana del barrio del puerto. Yo me quedé en silencio. Como era menor que yo, la creyeron. Yo solita me busqué el castigo. Tras cruzar el umbral, en cuanto la monja nos dio la espalda, Conchita me miró y me sacó la lengua. Sin embargo, ese episodio no fue la causa de mi desamor. Sino otro que ocurrió mucho después.

La superiora, a quien tal vez había divertido la historia, o tal vez porque sentía remordimientos respecto a mí, nos mandó llamar de nuevo al día siguiente. Antes de cruzar la puerta Conchita volvió a sacarme la lengua.

En cuanto entramos en la estancia la superiora me preguntó:

—¿Por qué te dieron la medalla?

—Por aritmética —dije.

Puso una hoja delante de Conchita y le pidió que hiciese una suma. Conchita supo hacerla. Después le puso una resta. Conchita se equivocó. Le puso luego una división. Conchita no supo por dónde empezar. La superiora se dirigió a mí y dijo:

—¿Lo ves? Le diste la medalla de aritmética, pero no la aritmética. Por eso es una tontería regalar medallas. En mi familia —añadió—, los títulos nobiliarios se transmitían de padre a hijo, como hacen los *botifarres*[*] de Ciutat con el dinero. En cambio, en nuestra Iglesia, que yo elegí en vez del mundo, no cuenta lo que tú eres de nacimiento, sino aquello en lo que te conviertes. El título de superiora hay que merecérselo del mismo modo que hay que merecerse las medallas.

Se dirigió luego a Conchita y dijo:

—Solo se te dan bien las sumas, porque siempre quieres recibirlo todo y no dar nada.

—Pero eso es porque es más pequeña —me atreví a objetar.

—¡No digas bobadas! Las maestras del internado conocen los métodos modernos, ¡enseñan a sumar y a restar a la vez! — me contestó, airada, y luego nos dijo que podíamos marcharnos.

Conchita estuvo de morros conmigo solo unos cuantos días. Volví a ganármela con una medallita, en una de cuyas caras se representaba la catedral de Santiago de Compostela y en la otra, una concha. El obsequio le gustó mucho, porque esa concha, dijo, era su nombre.

En cuanto Conchita empezó a aceptar mis regalos yo salí del tiempo tedioso de las monjas. Las medallas al mérito, transformadas en medallas del juego amoroso, me devolvieron de hecho a mi verdadero tiempo, el de Son Batle.

Conchita pertenecía, pues, a ese otro tiempo que, entretanto, yo me había creado allí, en el internado, un tiempo solo mío, marcado no por manecillas, palmas y toques de campanillas, sino por miradas, palabras y caricias furtivas —jamás recibidas, solo dadas—: el tiempo de las citas con ella. Este tiempo no transcurría paralelo al otro, sino que lo abolía. En el intervalo entre las citas, fijadas siempre para la hora del recreo, no transcurría un día, sencillamente no pasaba nada.

De modo que fue terrible cuando me desenamoré de Conchita. Mi

corazón dejó de ser un latido vivo, se transformó en manecilla. Quedaba sin embargo en alguna parte, detrás de mi esternón, un poco de carne afligida e inerme, como un insecto atrapado en una telaraña.

Seguramente fue por eso que me dio muchísima fiebre. Pasé unos cuantos días en la enfermería. Incluso permitieron que mamita viniera a acompañarme.

Cuando estaba a solas mordía las almohadas, evocaba la fiesta de las citas, mis gestos galantes y despreocupados. Veía ese tiempo como cuando durante el crepúsculo se contempla el destello del mar, que invita a aventuras y viajes, y se debe permanecer en la orilla. Revivía con nostalgia la pena que me invadía cuando ella no me correspondía. No amarla era mucho peor que no ser amada por ella.

Y un buen día la fiebre remitió de golpe, dejándome muy debilitada. Ni siquiera podía levantar el brazo; me costaba sonreír.

Era junio, el último mes de clases.

—Debes curarte —me incitaba la superiora— para volver a clase por lo menos la última semana y ganar muchas medallas… Si te curas serás la primera en subir al escenario donde se entregan los premios.

Pero ni siquiera eso me tentaba.

Me salvaron las cigarras. La ventana de la enfermería daba a las copas de los pinos que sombreaban la explanada frente a las cocinas. Al atardecer, allá abajo se oía el gañido de un perro encadenado. Y su sufrimiento se hacía eco del mío, de modo que acabé por apiadarme de él y dejar de hacerlo por mí; o quizás simplemente nos fundimos. Durante el día, sin embargo, el perro callaba. Tal vez lo desataban. En su lugar las cigarras cantaban desde la copa de los pinos. Ellas eran mi única y verdadera compañía; y me molestaban las voces que me distraían, la de la monja, la de mamita. Por suerte mi indiferencia hacia los demás podía pasar por debilidad. Y así, con los ojos cerrados, me abandonaba al vaivén de aquel canto. El tiempo y el espacio se abrían y cerraban como un acordeón. Y ya no sabía decir si seguía estando en la enfermería o en Son Batle, cuando me empecinaba en querer dormir la siesta no en mi cama, sino en la hamaca del patio exterior y Dida o mamita cedían.

Papito también fue a verme. Me llevó una muñeca y una bolsa de

caramelos. Me preguntó qué quería de regalo para el día siguiente. Expresé un deseo que a todos les resultó extraño:

—Una clepsidra.

Había visto muchas en casa del marqués de Albuquerque, aquella villa donde las colas de los pavos reales y el abanico de la marquesa con su despliegue de colores mantenían el tiempo a distancia. El marqués llegó incluso a elegir una y a darle la vuelta tres veces para mí —las tenía más lentas y más veloces— y yo, fascinada, le pedía:

—¡Más! ¡Más!

—¿Sabes una cosa? —me dijo de repente—. ¡Quien gusta de los incunables y las bailarinas es capaz de pasarse horas dándole la vuelta al tiempo!

Pero mamita llegó para separarnos, temía que molestara al marqués con mi petulancia.

Me pasaba horas dándole la vuelta a la clepsidra que papito me había regalado. El cristal era delgadísimo, pero mis dedos estaban tan débiles que no había peligro de que lo rompiese.

Para jugar mejor pedí que me pusieran más almohadas en la espalda. Así, distraída con esa manera distinta de medir el tiempo, tragaba una tras otra las cucharadas de caldo o de zumo de manzanas cocidas que la monja me daba. Y se me antojó que como la clepsidra yo también tenía una exigua abertura a través de la cual, derramándose, la vida podía pasar de nuevo.

El baño

—¡Cómo han cambiado los tiempos! —estalló la monja—. San Agustín lo autorizaba solo una vez al mes. Los santos ermitaños, además, no lo tomaban nunca; solo se sumergían en las aguas heladas de los torrentes para apagar el ardor de los sentidos. Vosotras, en cambio, a causa de esta manía moderna de la higiene ¡a toda costa debéis hacerlo una vez por semana!

Era un viernes por la tarde. Yo estaba metida en una bañera llena de agua tibia con el camisón utilizado durante la semana, que a la altura de los hombros y los brazos se pegaba a la piel, mientras por abajo flotaba entre la pelvis y las piernas. Por arriba, aquel contacto era desagradable, por abajo, en cambio, ese flotar era bonito y lo contemplaba con abandono, moviendo las piernas muy pero que muy despacio. Luego me sumergía por completo, incluso la cara. Pero la monja no quería. No sabía que en Illetes yo nadaba muy bien. Debía darme prisa. No podía quedarme sumergida hasta notar que me ahogaba. Me gustaba mucho el juego de aguantar sin aire hasta sentir que me ahogaba. En Son Batle, Carlito y yo siempre jugábamos a eso utilizando un arquibanco que, además, contenía naftalina. Era el juego del muerto que resucita. Nos poníamos muy pero que muy rojos. ¡Y cuidado si mamita o Dida llegaban a enterarse!

Estaba otra vez sentada con medio cuerpo fuera y traté de levantar pequeñas olas con las manos. Pero poquito a poco, para que el agua no cayera al suelo. Entretanto, la monja sacaba la ropa interior del armario. Con tanto chapoteo confiaba en que yo ya estuviese lista. Ignoraba que yo trataba de imitar el mar. Se volvió, me quedé inmóvil, respondí a su mirada con ojos atónitos.

—¡Todavía no te has enjabonado!

No dejaba de mirarme fijamente. Empecé a enjabonarme la cara y el cuello. En cuanto al resto, con el camisón puesto, no sabía bien cómo proceder. Me quedé así sentada, sumergida en el agua, con la gruesa

barra de jabón en la mano. La monja se arremangó. Tenía brazos flacos, dedos delgados. Qué extraños los brazos de monja; ¡no había forma de imaginarlos debajo de tanto negro! Agarró el jabón y se puso a frotarme con él debajo del camisón.

Me quedé paralizada por el pánico y la vergüenza.

Quise que mi cuerpo desapareciera, sentí cada zona aún por enjabonar como una superabundancia inútil y culpable.

Además, aquella mano oculta debajo del camisón me la imaginaba descarnada y encogida, similar a la de una bruja, y el contacto jabonoso con ella era como la confirmación de que mi piel no era humana, sino de sapo, de anguila o de babosa…

El baño había terminado. Pero yo seguía inmóvil en el agua. La monja fue al armario, sacó el bote de talco, lo abrió. Se había acabado, quizás. Salió en silencio del cuarto a buscar otro, a saber dónde. Yo miraba fijamente el agua gris. Allí donde su superficie discurría por las paredes de la bañera comenzaba a formarse una línea negra y untuosa. Sabía que si juntaba un poco con la punta del dedo y lo restregaba en el borde de la bañera se habría transformado en diminutos fragmentos de arcilla negra, por completo similares a los que quedaban siempre pegados a la toalla cuando nos secábamos después del baño.

No me apetecía salir del agua. Me sentía como una santa que se atormenta, envuelta en un sudario.

Regresó la monja y me dijo:

—Sal, no hay que holgazanear en el agua.

Puse los pies en la estera de listoncillos de madera. Temblaba, con aquel camisón pegado al cuerpo.

—Quítate el camisón —dijo la monja.

No era una operación sencilla, la tela empapada no se deslizaba, se me atascaba en las axilas. La monja, de pie frente a mí con la toalla dispuesta, la depositó en la silla y me ayudó a quitármelo, tirando bruscamente hacia arriba mientras yo mantenía los brazos levantados. Fue lo más horrible que podía ocurrirme: no veía nada y sabía que ahí abajo, en alguna parte, se encontraba mi cuerpo desnudo sin que mis ojos pudiesen siquiera defenderlo; como si me hubiesen decapitado,

estaba partida en dos mitades independientes.

La monja me envolvió en la toalla, luego se dedicó a sus otras tareas diciendo:

—Date prisa y vístete, que estar desnudos es estar sin Cristo. Cuando ya me había puesto las bragas y la camiseta ella vino a comprobar si me había secado bien las orejas y las axilas. Con el dedo envuelto en la punta de la toalla hurgó rudamente en todas las curvas del pabellón auricular y después, con un algodón me restregó hasta el fondo.

Solo cuando quedé cubierta de talco —me lo esparcí debajo de las bragas y la camiseta— me sentí a salvo. Y con gran alivio cogí el cepillo y el dentífrico, las únicas cosas mías.

—¡Qué manía con estos dentífricos! —rezongó la monja—. Parecen perfumes y caramelos. Está claro que dañan los dientes y además estropean el gusto. Pican en la lengua y excitan, por eso tenéis tantas ganas de charlar y ponéis tantos morritos delante de la comida. Los dientes deben lavarse con hojas de salvia. Y no se te olvide —añadió amenazándome con el dedo— que no hay que dedicar excesivos cuidados al cuerpo. ¡Ojo con estimular los sentidos!

Tuve que terminar de lavarme los dientes a toda prisa. Salí del cuarto de baño con el pelo todavía húmedo, recogido en la nuca con un lazo, llevando en la mano, como una bandeja, el camisón planchado de la nueva semana, que la monja me había entregado para que fuese a dejarlo debajo de mi almohada.

El dormitorio estaba desierto y en penumbra; los postigos, entornados.

Las camas eran todas iguales, pero en el cajón de cada mesa de noche quedaban encerrados los secretos y las maravillas de cada una. Me puse a abrirlos deprisa, uno detrás de otro. Eché un vistazo rápido. Y en el fondo de los ojos, como en un caleidoscopio, reuní aquellos fragmentos de mundos distintos: una galleta mordisqueada; una cajita metálica con un toro dibujado; un rosario que parecía todo de oro; un acerico en forma de conejo; la foto de un señor con bigotes en un marco de plata; caramelos en forma de gajos de limón y naranja.

Como las mariposas de sus crisálidas, cada una de mis compañeras

salió del uniforme y un instante después regresó a la sombra.

En una ocasión, mientras hurgaba en los cajones de mis compañeras, en el de una recién llegada encontré un fragmento de espejo y se lo robé. Pero por temor a que me sorprendieran su dueña o una monja nunca pude utilizarlo, es más, al cabo de unos días, en el recreo, oculta detrás de un pino, después de sacármelo del bolsillo del delantal, lo tiré al suelo y lo pisoteé con todas mis fuerzas. De vez en cuando regresaba a ese lugar y miraba con nostalgia los cristalitos brillantes que asomaban entre la pinaza.

Dos eran los inconvenientes de la absoluta falta de espejos. Al no poder ver nunca el propio rostro, inevitablemente nos reflejábamos en el de las otras, arriesgándonos a identificarnos con ellas. Además, privadas del propio rostro, se tendía a hacer coincidir el resto del cuerpo con una misma. Y así el rostro seguía siendo misterioso, etéreo y abstracto como el alma. Solo un orzuelo o, no sé, los labios agrietados por el frío podían diferenciarlo de aquella.

Por supuesto, incluso antes, cuando estaba en Son Batle, solía mirar mis heces. Pero ahora las observaba largo rato en la taza del váter. En lugar de reflejarme en un espejo me contemplaba en ellas.

No pensaba que fuesen como pecados que el organismo expulsa todavía vivos, tan humeantes y cargados de olor, es decir, que la comida fuera la luz y los excrementos, la oscuridad. Tampoco pensaba haber creado o al menos producido algo. Esa cosa en el fondo de la taza era yo y solo yo, reflejada en el óvalo del retrete. Y eso no me producía ningún asco. Sentía que formaba parte de un cuerpo cósmico, esos excrementos se parecían a la superficie de la luna, como me la había mostrado una noche don Luis de Cacaredo a través del telescopio. Éramos una sola cosa, yo, la tierra, la mierda y la luna. Nadie nos separaría. Quizás por eso, al bajar las escaleras empecé a sentir vértigos; sobre todo cuando descendía por la escalinata exterior que llevaba al jardín. Casi esperaba que tras el último escalón de mármol estuviese el vacío. Con precaución y angustia posaba el pie, convencida de caerme. Sin embargo, puntualmente, seguía tocando el

suelo. Y cuanto más me reflejaba en mis excrementos, más sentía que estaba de paso en aquel internado, que debía marcharme lo antes posible.

Conchita

El problema era: ¿cómo captar su mirada maquillada con negro de hollín?

En la capilla, al pasar nuestra fila, dejé caer el pañuelo justo al lado de ella, que ya estaba sentada en el banco.

Al día siguiente me abordó en el recreo.

—Ayer perdiste este pañuelo.

«Ah, gracias. Sí, es mío, lleva bordado mi número, el setenta y cinco. ¡No sabía dónde lo había dejado!» Eso debí haberle dicho. Pero no sucumbí a la hipocresía. Lo acepté en silencio.

—Mira lo que tengo —dijo Conchita. Y sacó del bolsillo un puñado de maravillas que esparció en el banco: medallas, imágenes sagradas, un crucifijo, dos rosarios. Y añadió—: Los colecciono.

—Mañana te traeré algunas cosas —le prometí.

—Entonces aquí me encontrarás a la hora del recreo —dijo.

Ese «entonces» marcó el comienzo de nuestros tratos. A diario, cerca de aquel mismo banco, yo le daba algo.

Una vez, reuniendo las medallas que acababa de entregarle, me dijo:

—¿*Crees que te quiero? Yo no te quiero*.

Pero antes de soltarme aquello había accedido a entretenerse conversando conmigo en varias ocasiones.

Conversación sobre los nombres:

—¿Cómo te llamas?

Se lo dije.

—Nunca había oído semejante nombre. Por casualidad, ¿no serás *xueta*?

—¿Eso que quiere decir?

—Están malditos. Viven en la calle de la Platería y son como cerdos; siempre comen *chuletas* de cerdo y se convierten en cerdos.

—No, no soy *xueta* —dije—. Soy italiana.

—Eres forastera. Por casualidad, ¿no vivirás en Gènova, donde están

los forasteros corruptos?

—Sí, vivo en Gènova —dije—. Pero la gente malvada se ha marchado. Antes de que llegáramos nosotros echaron al conde Arconovaldo y también a los americanos y a los ingleses.

Silencio.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Conchita.

—¿Y qué más?

—Conchita Cohen.

—Nunca había oído semejante nombre.

Silencio.

—¿Y dónde vives?

—En la calle de la Platería y en Es Graner. En la calle de la Platería tenemos el apartamento de la ciudad y en Es Graner, la finca.

—Además eres *xueta*.

—Solo los pobres son *xuetas*. Mi padre es rico. Tiene más perlas que el mar. Para que sepas, mi primer nombre es Perla. Todos mis nombres quieren decir: *la Perla en la Concha es el consuelo de Rafael*. Rafael es el nombre de mi padre.

—¿Por qué te llaman Concha si tu primer nombre es Perla?

—Así se llamaba mi tía que murió ahogada. El barco en el que viajaba con su ajuar de perlas y encajes para reunirse con su marido en Marruecos se hundió y ella se ahogó.

Conversación sobre qué vas a hacer de mayor:

—¿Qué vas a hacer de mayor?

—Me casaré con un hombre rico. Mi nodriza, *na* Aineta, me leyó el futuro en los posos del café; siempre salía un rombo. ¿Y sabes qué quiere decir? Que seré feliz en el amor, que seré muy amada.

—¿Y si tu marido fuera pobre?

—¡Nunca permitiría que un pobre me amara! ¿Qué marido sería si no me regalara joyas y no me abriera una cartilla de ahorro postal como mi padre?

Silencio.

—¿Y no quieres saber qué haré yo?

—¡Dímelo!

—No me haré mayor.

—¿Te vas a morir?

—No.

—¿Y entonces cómo vas a hacer?

—Voy a pedir que tracen un círculo mágico a mi alrededor. Mi abuela me dijo que cerca de Nápoles hay una aldea de brujas muy poderosas.

—¡Qué bobadas! Más te valdría pensar en conseguirte un marido. ¿Ya tienes tu ajuar?

—No.

—Yo sí. Mi tía empezó a hacérmelo cuando nací. Y ahora irá a Valencia a comprar encajes.

Conversación sobre a qué se dedica tu padre y quién tiene el padre más rico:

—¿A qué se dedica tu padre?

—Es comerciante de oro y perlas. Es riquísimo. Todos van a querer casarse conmigo; pero mi padre ha dicho que mi novio deberá ser aún más rico que yo o no me querrá. ¿Y tu padre a qué se dedica?

—Es funcionario.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No lo sé muy bien. Una vez me dijo que era como un mandarín de la antigua China.

—¿Como la fruta?

—La fruta se llama mandarina. Mandarín quiere decir otra cosa… El amo de la China era el emperador, pero como su país era muy grande no podía hacerlo todo él solo y mandaba a estos mandarines, a estos señores ayudantes, a las provincias lejanas… Pues eso, mi padre es un mandarín del rey de Italia en esta lejana provincia que es Mallorca… Escribe informes, sella las cartas y los despachos con lacre.

—¿Es rico?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Tiene perlas, oro? ¿Cuántas casas tiene? ¿Cuántas tierras tiene?

—Me parece que no tiene ninguna de esas cosas. Puede que tenga una casa en Nápoles. Eso sí, tiene muchos libros.

—Pero ¿la casa donde vives ahora es tuya o de alquiler? Solo los pobres viven de alquiler.

—No lo sé. ¿Qué quiere decir «de alquiler»?

—Pero ¡qué poco sabes de todas estas cosas! Si no las sabes quiere decir que es pobre.

—No es pobre. Pobres son los hijos de los gitanos.

—¿Qué tendrán que ver? ¡Esos no cuentan!

—Espera, ahora recuerdo cómo es la historia. Una vez mi padre me dijo, «Si ganamos la guerra seremos ricos; si la perdemos seremos pobres».

Conversación sobre las madres:

—¿Por qué tu mamá nunca viene al locutorio?

—Porque está enferma y tiene que quedarse en Valencia.

—¿Qué enfermedad tiene?

—Una enfermedad que se pega y no puede verme. Pero una vez vino y me vio a escondidas.

—¿Por qué a escondidas?

—Porque mi padre no quiere. Se enteró y desde entonces le impide volver.

—¿Quién se lo contó?

—La urraca. Mi padre tiene una urraca que le lleva todas las cosas que brillan y también le refiere todos los chismes que se cuentan y los pensamientos ocultos. Fue la urraca la que le dijo, por ejemplo, que mi madre estaba enferma. Y él la mandó a Valencia para que se curase, y también le dijo a la tía que no quería una adúltera en casa. Y a mí, «No hagas nada malo, si no la urraca me lo cuenta».

—A Son Batle también va una urraca algunas veces. Me ha robado las canicas de vidrio.

—De todos modos, mi madre es mucho más guapa que la tuya. ¡La tuya es vieja!

—¡Mamita no es vieja! ¡Tu padre es viejo!

—¡Mi padre no es viejo! ¡Es rico!

Conversación sobre Nápoles y Mallorca:

—Estoy triste. Dentro de poco mis padres dejarán Son Batle y se irán a otra casa.

—Pero ¡seguro que será una casa más grande!

—No lo sé. Está más cerca del colegio. Y tarde o temprano deberemos irnos de Mallorca y volver a Nápoles.

—¿Por eso también estás triste?

—Sí. Sería bonito que vinieras conmigo a Nápoles. ¿Por qué no vienes?

—Porque no.

—Nápoles es más grande y más bonita. Te buscaré un marido riquísimo.

—Bueno, cuando lo encuentres me mandas llamar y voy.

—Me convertiré en papisa. Te voy a regalar como dote todo el tesoro de san Genaro, que llevaron a Roma en medio de un gran secreto.

—¿Y hoy qué me has traído?

Pero llegó un momento en que nuestras conversaciones se fueron espaciando y abreviando.

Yo me sumía en prolongados silencios y Conchita se encerraba en el mutismo. Quería que ella traspasara mi silencio, que entrara en mi bonito jardín. Pero con su mutismo ella sellaba las puertas. Después, de repente, decía, «Tengo que irme. Tengo que ir a la enfermería». Y me dejaba.

Los medicamentos nos los administraban, de hecho, a la hora del recreo.

Por una parte me daba pena, porque estaba enferma; pero por otra no le creía. Y la enfermedad era para mí como un desprecio suyo, una maldad, no solo porque me la arrebataba, sino también porque yo sospechaba que era mentira.

Un día la sorprendí. Fue por casualidad. Me había tocado a mí ir a buscar la pelota entre las ramas de un seto. La vi detrás de un pino, al lado de otro banco, con una compañera de su clase. Me había hablado de ella una vez, señalándomela me dijo, «Esa es Maria Antònia Torresauro, la hija de un barón».

María Antònia no me gustaba. Tenía una cara equina, ojos saltones,

una sonrisa que le torcía la boca. El lazo le caía sobre la frente sin ninguna gracia. Y en los juegos siempre hacía daño a las demás.

Pues bien, Conchita estaba apartada justamente con ella, y yo, sin ser vista, las sorprendí conversando. Lo que más me hirió fue que hablaban en mallorquín, mi lengua secreta, mientras que Conchita siempre se dirigía a mí en castellano.

—¡*Que llemuga,** cuánto me has hecho esperar!

—No podía librarme de la italiana. ¡Es que tarda mucho en darme las medallas!

¡Era mentira! ¡Aquella mañana no había acudido a su cita conmigo!

—¡De acuerdo! ¿Y cuántos sapos has comido hoy, *bruixa*?* Pero no eres una *bruixa*, eres más bien una *xueta*, ¿no es así?

Conchita asintió con una sonrisa complaciente.

—Pero ¡hoy tengo ganas de comerme una *chuleta*! ¡Si no dejas que te dé un bocado no me llevo tus medallas!

A Conchita le temblaron los labios, palideció.

—¡Date prisa!

Conchita se volvió, obediente, se subió la falda y se bajó las bragas. Maria Antònia se arrodilló y le pegó un fuerte mordisco en el culo.

Después se quedó con mis medallas.

La abeja y la mariposa

Enseguida se corrió la voz: ¡habían llegado los trajes! Tal vez esa misma tarde nos llevarían a verlos y a probárnoslos. Y así fue. Estaban todos amontonados en las butacas del salón de actos. Trajes de abeja y de mariposa, de dalia, de violeta y de orquídea, de rosa y de clavel. La monja encargada del vestuario, que había diseñado y mandado confeccionar aquellos trajes, se recreó mezclando los colores más llamativos, las combinaciones más locas y estridentes, todas las fiestas de Carnaval jamás soñadas. Hizo preparar incluso unos claveles celestes. Solo el traje de abeja consistía en un uniforme idéntico para todas, a rayas negras y doradas.

De una en una nos hicieron probar los trajes detrás de una cortina. Luego nos mandaron sentar en una fila de butacas. Estábamos con el pecho erguido, no nos atrevíamos a movernos, las alas de las mariposas y de las abejas no temblaban siquiera, así, inmóviles, y las inmensas antenas negras descendían hasta los ojos de quienes las llevaban.

De pie frente a nosotras, la monja poetisa y coreógrafa nos explicó el guion. Era una mujer pálida y tímida, pero ese día parecía transfigurada; se le tiñeron de rojo las mejillas, le brillaban los ojos y hacía unos gestos que jamás habíamos visto en una monja: creaba flores e insectos moviendo el pecho y las manos, insinuaba pasos de danza, llevaba el compás con el pie.

Comenzó a recitar el papel del Prólogo, que interpretaría después una alumna vestida de paje.

> *Jardín de bellas muchachas.*
> ¡*Oh, primavera rosada*!
> *Ya está la tierra adobada*
> *y traen flores las matas.*
> ¡*Qué bellas mariposas*!
> ¡*Qué abejas atildadas*!

Que vuelan o están posadas
sobre claveles y rosas.

En ese momento se iniciaba entre las flores un baile de abejas y mariposas. Después volvía a escena el Prólogo a explicar cómo son las mariposas.

Las mariposas se parecían a nosotras, las niñas, que tras salir de la crisálida debíamos convertirnos en mujeres. Después, las mariposas bailaban en parejas para representar la felicidad conyugal; y para el baile de la felicidad conyugal, nos explicó la monja, deberíamos aprender el *pas de deux*. A continuación cuatro mariposas, dos más grandes y dos más pequeñas, danzaban juntas para representar una familia armoniosa con dos hijos; eso exigía que aprendiéramos el *pas de quatre*. Acto seguido regresaba el Prólogo y hablaba de las abejas.

Las abejas no eran despreocupadas, no pensaban solo en volar de flor en flor, en casarse y tener hijos; producían algo valioso para los hombres, la miel, y vivían en una especie de convento, que era la colmena. Representaban, en efecto, la vocación por la vida monástica.

Por último, el Prólogo concluía:

Hermosa mariposa,
dura un día tu belleza.
La palabra de Dios
es como la miel de la abeja.

En el convento habían encontrado, pues, una monja poetisa, una monja coreógrafa y una monja diseñadora de vestuario; encontraron, además, una monja pianista. Pero no hubo manera de dar con una monja bailarina. Fue necesario buscar una profesora de danza en Ciutat. Pero las profesoras de danza de Ciutat no tenían fama de honradas; ¡en su juventud todas habían estado en Barcelona! Se recurrió entonces a un profesor de danza —el único admitido en casa de las buenas familias del Casco Antiguo—, una persona respetable, con esposa e hijos.

Era delgado, entrecano, elegante, llevaba una chaqueta blanca de lino y zapatos de goma. En un mes, de un modo u otro, tuvo que

convertirnos en bailarinas, enseñarnos los *plié*, *demiplié*, *grand-plié*, los *battement tendu, battement tendu jeté*, el *port de bras*, el *pas de deux* y el *pas de quatre*. Y no paraba de repetirnos que fuéramos más ligeras:

—*Du ballon, mesdemoiselles*!*

A mí me dieron el papel de mariposa, tal vez porque sabían que a papito no le gustaba que se me empujara a hacerme monja. Y como era morena, me eligieron un traje rojo, salpicado apenas de amarillo. Con aquel traje puesto sentía en mí el mismo tipo de felicidad que las mariposas: ligera, inconstante, voluble, inconsciente, planeando en el aire sin cuerpo ni objetivo, tan libre de todo cálculo y de toda prudencia como para quemarme en la llama.

Pero ocurrió algo terrible. Aunque se me daban muy bien los distintos ejercicios y las distintas figuras —mi *battement tendu jeté* era el más tenso y el más alto—, me resultaba del todo imposible bailar durante los ensayos, tal vez porque ya me sentía juzgada por un público imaginario, o más bien porque me paralizaban la envidia y los celos, que, como geniecillos malvados, circulaban invisibles entre nuestros vestidos de colores. En vano intentaba alcanzar a la orquídea, la flor por la que debía sentirme atraída, y que, turbia y jaspeada de violeta, me tendía los brazos desde el otro extremo del salón. Me sentía como en ese sueño recurrente en que la voz se ahoga en la garganta: cuando una grita y grita con la boca abierta de par en par y se da cuenta de que el sonido no sale. Dentro de mí tenía claro el ritmo de la danza, y lo había asimilado hasta el punto de anticiparlo mentalmente; sabía qué se debía hacer hasta el final y cómo hacerlo y sin embargo, no podía. Era la misma e idéntica sensación que me invadía en la capilla, donde nunca cantaba y donde la única vez que lo había intentado me salieron de la garganta unos sonidos estridentes. De modo que me movía, desmañada o impúdica como un mono, esforzándome en vano por perseguir el ritmo; o bien me anticipaba a él perversamente. Yo, que tan bien cantaba y bailaba con el pensamiento, de tal modo que descubría hasta el mínimo error en las otras, cualquier empañamiento de la gracia, parecía una de esas aves tan hábiles en vuelo como torpes en tierra. Odié mi cuerpo para siempre.

El profesor se impacientaba. La monja coreógrafa me animaba en vano:

—¡Venga, vamos, mueve mejor el piececito! ¡Venga, ánimo! —me decía con el mismo tono de voz, melifluo e imperioso, con el que la monja enfermera me invitaba a tomarme el aceite de ricino o el de hígado de bacalao.

Pero yo me sentía aferrada e inmovilizada por una mano misteriosa e invisible, por un mandato oscuro y severo como del destino mismo, que no me quería despreocupada y feliz, flotando en un vuelo de seducción. Y oía la voz perentoria de papito cuando, tras llevarme al teatro a ver el ballet, dijo: «No, no serás bailarina. ¡Serás bibliotecaria!». Y esa biblioteca a la que aludía mi padre se me antojaba como una espaciosa tumba regia en la que querían enterrarme viva, para que custodiase lo que quedaba una vez que dejaban de resonar las charlas alegres, el canto y la música, el frufrú de las danzas.

Al no poder sacar nada de mí, la monja coreógrafa decidió darme el papel de abeja. En efecto, las abejas, salvo por un pequeño enjambre al principio, no debían bailar, sino imitar con gestos cadenciosos la vida de la colmena y avanzar a un ritmo fácil de pasacalle.

Yo me opuse y dije:

—No quiero hacer de abeja.

—¿Quieres hacer de alguna flor? —insinuó la monja.

—No —contesté—. No quiero hacer nada.

Y estuve un buen rato muda, conteniendo las lágrimas.

Me llevaron a ver a la superiora para que me convenciese.

—No vayas a creer que yo —dijo la superiora—, aunque me veas encerrada aquí dentro, no estoy al corriente de vuestras cosas. Nunca te he visto bien como mariposa, no tienes el tipo, te iría mejor el papel de abeja. Pero cómo no tener en cuenta el discursito de tu padre, que no quiere que te animemos a meterte a monja. Por otra parte, nosotras no animamos a nadie, las verdaderas vocaciones no necesitan de estímulos. Pero a él le preocupa tu devoción. Por ello, en contra de mi intuición, aconsejé a la monja coreógrafa que te diera el papel de mariposa. Pero ¡yo tenía razón! Algo en ti se rebela contra la idea de

interpretar el papel de mariposa. Ahora dime, ¿por qué no quieres hacer de abeja?

Yo seguía ahí, con los ojos bajos, muda.

—Las abejas —continuó la superiora— representan nuestras comunidades monásticas. ¿Tienes algo contra nosotras? Pero no es lo único, ¿sabes? También representan el don de la elocuencia y la inteligencia. Cuando nacen, las abejas se posan en los labios de filósofos y poetas.

Mientras la superiora hablaba, yo lloraba.

—¿Quieres hacer de abeja reina? —añadió.

Yo seguía llorando.

—¡Algún papel tendrás que interpretar! —soltó, exasperada—. Todas tus compañeras de clase tienen un papel en esta representación. ¡No puedes quedarte fuera!

Yo seguía llorando.

—A quién se le habrá ocurrido traer el vestuario antes de repartir los papeles y de haberlos ensayado… ¡Eso no se hace nunca en el teatro! ¡Te han seducido los colores de la mariposa! Pero ¿sabías que en italiano a las mujeres perdidas las llaman «mariposas»? ¿Cómo es posible que una de mis monjas haya creído oportuno —pensó en voz alta— vestir de mariposas a mis alumnas? Sabes, cuando yo era jovencita, mis padres tuvieron que enviar a mi hermano mayor a Indochina porque se había encaprichado de una *papillon de Bavière*, una mujerzuela, por la que se endeudaba sin cesar.

Tocó la campanilla para que me trajeran un calmante.

Las atenciones de la superiora y la bebida tibia y muy azucarada me dieron un poco de consuelo. Me soné la nariz.

—Y ahora —dijo la superiora—, ¿te apetecería explicarme por qué no quieres hacer de abeja?

—No quiero ser monja —dije— y tampoco bibliotecaria.

—¡No querrás por casualidad ser una mujerzuela! De todos modos, no es obligatorio ser monja y tampoco bibliotecaria… Pero ¿quién te ha metido en la cabeza la idea peregrina de que de mayor debes ser bibliotecaria?

—Papito siempre me lo dice.

—¡Vaya ideas! ¿De dónde las saca? En general los bibliotecarios son hijos de campesinos que han estudiado en el seminario y no quieren ser curas, o bien viejos filósofos, o incluso escritores fracasados. No es trabajo de mujeres. ¡Qué tendrá que ver con una muchacha!

—Él quiere que yo estudie cuando sea mayor.

—¡Y estudiarás! Por ejemplo, tú también puedes ser poetisa, como *sœur* Elisabeth, y producir la «miel de la poesía». Eso mismo me dijo *sœur* Elisabeth, la monja que escribió el Prólogo, cuando la llamé —y la superiora siguió diciendo con voz chillona—, «Madre, habitualmente la miel de la poesía la dedico a alabar a Dios, pero si usted quiere me enfrentaré a un tema profano…». Ahora bien —añadió recuperando su tono de voz normal—, hay mejores poetas y poetisas, que lo sepas. ¡Lamartine, Vigny! Y Louise Labé, la gran poetisa de Lyon, mi ciudad… Pero ¡a esa tenía que leerla a escondidas! En fin, volviendo a lo nuestro, ¿quieres o no quieres hacer de abeja?

Me había aturdido de tal modo con su charla que le contesté:

—Está bien, haré de abeja.

Úrsula

El sábado por la tarde venían las familias a llevarse a las internas. A las cuatro todas se habían marchado. Papito llegaba más tarde, en aquel entonces andaba muy ocupado con los asuntos de la guerra.

En esas horas de solitaria espera yo gozaba de una gran libertad. El internado parecía vacío sin las alumnas. A veces se me antojaba angustiante, similar al limbo del que me hablaba la abuela, porque seguramente las almas de las alumnas habían preferido quedarse ahí dentro en vez de seguirlas entre las seducciones del mundo. A veces, por el contrario, lo veía como un universo por explorar. Les ponía nombres a las distintas estancias vacías: el dormitorio era la estancia de los fantasmas; las aulas eran las estancias de los esqueletos; el refectorio, la estancia de las brujas; el locutorio, la estancia de los espíritus; el saloncito de recepción, con sus sofás y sus cortinas rojas, la estancia de las intrigas. Pero en lugar de estas silenciosas estancias encantadas, que se pasarían dos días durmiendo, prefería las lavanderías, los cuartos de planchar, las cocinas, las despensas, a donde me llevaba Úrsula, la monja que me cuidaba.

No era una monja auténtica, de hecho vestía de gris. Era pequeña, apenas un palmo más alta que yo, muy muy delgada; el labio leporino y los ojos siempre alerta le daban un aire de animalillo alegre. Se encargaba del guardarropa. Pero en esas horas, si no quería quedarme con ella en la guardarropía le permitían acompañarme a recorrer el internado.

Íbamos a menudo a la lavandería, donde las monjas me elogiaban. Decían que la ropa interior de la setenta y cinco estaba en orden y nunca demasiado sucia. La de la ochenta y ocho, por el contrario, era algo terrible: ¡desgarrones y manchas para dar y tomar! Pero no querían decirme quién era la ochenta y ocho. En el suelo había montañas de sábanas. Los chorros de la fuente eran muy rumorosos; unas mujeres vestidas de gris sacudían con fuerza la ropa. Úrsula me

esperaba en el umbral; decía que le molestaban los vapores del agua y la ceniza en la que ponían a remojo la ropa para que se blanqueara. A contraluz, en el umbral, sonreía, tentadora, se la notaba ávida de saltar en el prado como un animal joven. Su sonrisa, que le dejaba las encías al aire, se parecía a la de Conchita. Quizás era también por eso que su invitación resultaba irresistible. Volvía con ella al jardín, a jugar a la pelota o a la rayuela; parecía una niña.

Renqueaba ligeramente y una vez, cuando una interna más mayor se puso a cojear para burlarse de ella —o quizás porque renquear es tan contagioso—, la monja de guardia la agarró de los hombros, nos reunió en círculo y, tras colocar a la culpable en el centro, dijo, «Si lo vuelves a hacer el ángel de la guarda te dejará coja». Úrsula vestía de gris y no llevaba cofia porque solo había recibido las órdenes menores: se ponía un paño blanco atado a la nuca como las campesinas. Era muy pálida y sus ojos se le hundían en las ojeras de un violeta rosado; su mirada era alucinada e intensa, como si estuviese siempre a punto de comunicarte algo de importancia capital, que callaba porque podía parecer impropio o inoportuno. Su mano, que yo imaginaba helada, era, por el contrario, tibia y acariciadora, como descubrí esa vez en que aferró la mía y me llevó al huerto. Allí le hablaba con palabras afectuosas a las coles, a las patatas, a las zanahorias y a los nabos y me hizo acariciar los tallos brillantes de las cebollas; casi como si se tratase de sus hijos, me explicaba su carácter, sus cualidades, sus defectos, enumeraba fechorías y enfermedades, vicios y virtudes. Después me llevó a la cocina, donde se puso a pelar patatas mientras charlaba y me hacía preguntas. Allí todo era más grande y multiplicado respecto de las cocinas de casa, y las ollas enormes me infundían miedo. Ella notó quizás mi ansiedad, porque interrumpió su trabajo, cogió una patata pelada ovalada, con la punta del cuchillo excavó unos ojos y la tiñó con un poco de hollín, talló el hueco de la boca, clavó en el centro del óvalo la cabeza de un fósforo como nariz y eligió una larga piel para el pelo.

—Aquí tienes tu muñeca —me dijo, tendiéndomela, pero al relacionar con sus ojeras el negro del hollín en los dos ojos huecos de la patata, pensé que la muñeca se le parecía y retrocedí.

Sin embargo, como yo acababa de decirle que era italiana, me preguntó:

—¿Eres realmente italiana? —Y como sucumbiendo a un impulso se puso de pie y, tras abandonar el trabajo, me pidió exaltada—: Ven, que te enseño una cosa. Nadie se dará cuenta de que nos hemos alejado; todas las hermanas están reunidas en la capilla.

Me condujo por largos pasillos, cada vez más estrechos y para mí más y más desconocidos, hasta llegar a una puertecita. Bajamos por una escalerita de piedra, ella delante, apoyándose en la pared con una mano, yo detrás, sujetándome de la suya. Llegamos, por fin, a la cripta de la capilla, donde aún se sepultaba a las monjas fallecidas. En el suelo, cubiertas de flores, estaban las tumbas recientes, mientras que a lo largo de las paredes se veían nichos de mármol sobre los que se habían realizado unas aberturas en forma de tibias cruzadas a través de las cuales se entreveían los cráneos.

—Mira bien —me pidió—, porque así seremos todos cuando nos hayamos muerto. Huesos y polvo y nada más. Por eso, como tú perteneces a una familia poderosa del país del papa, procura no acabar como yo cavando en el huerto y pelando patatas. Haz lo imposible por convertirte en abadesa.

Era la primera vez que veía huesos de muertos, porque hasta entonces siempre había relacionado los huesos con elementos vitales: un blancor pequeño y duro engarzado en la sangre de la rodilla herida; el diente arrancado con un hilo, en el que la sangre que lo acompañaba hacía creíble la promesa de que asomaría otro; también los omóplatos debajo de la piel que, por diversión, yo sacaba y metía, móviles como pies y manos, y encima cómicos y por tanto, particularmente vivos. Pero desde que vi aquellos huesos supe que llevaba la muerte oculta en mi cuerpo. El crucifijo, que en esa época tenía siempre ante mis ojos —en el aula, en la cama, en el refectorio—, se convirtió en el esqueleto de Cristo; y en las imágenes sagradas en las que Cristo cargaba con la cruz sobre sus hombros, yo lo veía doblado bajo el peso de su propio esqueleto.

Fue más tarde cuando comprendí el mensaje laico de Úrsula: que todo se jugaba en esta tierra. Sin embargo, no lo interpreté como una

invitación a conseguir riquezas y poder, sino que, tal vez a causa de esa primera y fuerte impresión visual, consideré más bien que sugería una especie de desplazamiento geográfico del más allá, que ya no estaba ni bajo tierra ni en el cielo, sino dentro de mí.

De todos modos, en aquella época rumié por mucho tiempo el sentido de sus palabras, sin poder entender cómo Úrsula era capaz de anteponer a su huerto alegre y mágico las severas estancias en las que de vez en cuando me recibía la abadesa, ella también pálida y con párpados y ojeras violáceos que, de un modo inconsciente, entonces me producían repulsión, mientras que ahora, en cambio, creo conocer el motivo, suponiendo que sea legítimo superponer a una borrosa percepción infantil una imagen surgida en la edad adulta: aquellos párpados y aquellas ojeras me recordaban el color de los labios de una vulva, que a esa edad ya conocía bien. Había visto las de las perras y las monas, y había notado que aquellas vulvas se parecían a la mía, que yo conocía al tacto.

Ese día, cuando papito fue a buscarme, estaba muy decidida a hablarle seriamente de mi futuro.

—¿Me prometes —le pedí en el coche al final de una larga conversación sobre por qué no quería ser abadesa— que nunca me llevarás a Roma sino solo a Nápoles?

Papito se rio y contestó:

—Te prometo que en Roma no te llevaré a ver al papa, sino a piazza Navona, donde hay una fuente que parece un barco.

Al no sentirme del todo tranquila, le pregunté:

—Pero ¿en ese barco te puedes ir de Roma?

—En barco —dijo medio serio— puedes ir todavía más lejos… —Y añadió—: Yo me fui a la China en barco…

Y me pareció ver que de sus ojos caía una lágrima. Porque de vez en cuando ocurría que papito me trataba como a una persona mayor y lloraba, aunque fuese un poco.

CUARTA PARTE

Historia de *La traviata* y de otras *males dones*

Aquellas vacaciones estuvieron marcadas por el desorden. Era como si cada cual, personas animales cosas, pudiese campar a su aire en casa y fuera. ¡A saber qué pensaba la cruz, clavada en el tejado de Son Batle! Todo era un revuelo, porque había que encontrar otra casa y mudarse. Si pedíamos permiso para algo nos decían, «Ya sois bastante mayorcitos para…». «¡Venga, largo!»

Papito y mamita salían juntos todas las mañanas a buscar casa. Por la noche hablaban así de las que habían visto:

—Los únicos lugares donde podemos encontrar algo adecuado para nosotros son el Casco Antiguo, que es muy señorial pero tétrico, y la zona de villas de la playa —decía mamita.

—Si eligiéramos casa en el Casco Antiguo —decía papito—, haríamos muy buen papel. Allí están los palacios más antiguos de Ciutat, claro que no podemos aspirar a casa Oleza, pero con tantos señores venidos a menos y cargados de deudas algo digno encontraremos…

—Pero ¡son tan tétricos! —insistía mamita—. Sabes que adoro la naturaleza. Allí me pondría triste. Dejar Son Batle ya supone para mí un gran dolor.

—¿Qué es la naturaleza? —los interrumpí una vez.

—¿Cómo, no sabes qué es la naturaleza? Es donde no hay casas sino únicamente campos, el mar o la montaña. Donde no hay hombres.

—¿Entonces quieres buscar una casa donde no hay casas?

Mamita se echó a reír.

—Es muy sencillo —dijo—. Busco una casa como esta, donde no se ven casas alrededor.

—¿Y los campos cultivados son naturaleza?

—Claro que sí.

—Pero antes has dicho que la naturaleza era donde no hay hombres.

Mamita empezaba a impacientarse. Yo insistía, algo no me cuadraba

en su razonamiento. Zanjó así la cuestión:

—¡Basta! Quiero una villa con un bonito jardín. Y en Ciutat no las hay.

Pero una noche, por fin, papito dijo que había encontrado una casa.

—¡Es de mal gusto! —exclamó mamita—. No puedo vivir en un lugar con muebles modernos. Tendría la sensación de estar en una oficina. Sillones de cuero, ¡qué horror! Y qué horror esa cómoda con cajones escuadrados. Algo como eso no es un mueble, es un contenedor.

Papito encontró después una de estilo modernista.

—¡Qué indecencia! —dijo mamita—. Sabes que los insectos me dan miedo. En esa casa no hay barandilla, cristal o luz que no parezcan una oruga, una flor, una mariposa. Enloquecería. ¿Quieres que enferme de los nervios?

Papito propuso entonces otra de estilo gótico, con cristales historiados, pesadas rejas, almenas y torres de guardia en piedra gris.

—¡Es una tumba! —exclamó mamita—. ¡Cómo se te ocurre llevarme a vivir ahí dentro! Las casas que me propones son adecuadas para las secretarias, las lesbianas o las locas. ¿Es que no me conoces, soy para ti una extraña? Quiero una casa mediterránea —dijo apretando, obstinada, los labios—, blanca por dentro y por fuera, con postigos verdes, balaustradas, arcos y soportales, y muebles antiguos pero rústicos.

Esa noche había acudido a nuestra casa un señor apuesto, vestido de lino blanco, que con imperiosa dulzura dijo:

—Entonces sé dónde irá a vivir usted.

Y al día siguiente la llevó a Portopí, un barrio de Ciutat a orillas del mar, donde visitó la casa del Tejado Verde, que fue nuestra segunda residencia en Mallorca.

Poco después empezaron a embalar las cosas y se hicieron varios preparativos para la mudanza.

Un día en que estaba ayudando a mamita a colocar las *fiche* de la misma medida en su compartimento, llegó un empleado del

aeropuerto con una carta de la abuela y un paquete. Eran para mí. Aprovechando un vuelo militar, la abuela me había enviado por adelantado un regalo para mi cumpleaños.

Había escrito la carta en papel cuadriculado, con una letra recta, grande y clara, para facilitarme la lectura, pero las mayúsculas llevaban muchos adornos, no había podido renunciar a esa coquetería en detrimento de la claridad. La tinta era violeta, el color mágico de la abuela. La leí en voz alta, sentada en una caja de madera, mientras mamita vaciaba los cajones de la arquilla.

Querida luciérnaga mía:

Bombardean Nápoles sin parar. De las paredes reventadas huyen en tropel las ratas. Ayer visité las casas del barrio de Pendino; uno tras otro se veían desde fuera los apartamentos y los pisitos, cada cual con su enlucido, con su zócalo de colores, con su papel pintado. En algunos los cuadros o los armarios seguían colgados de las paredes. Desde la calle frente a uno de los edificios alcancé a ver, como si hubiesen descorrido un telón enorme, el interior de los cuartos, del mismo modo que de niños imaginamos ver la intimidad de cada casa sin ser vistos. Entre los escombros había una infinidad de muñecas destrozadas. Las mujeres napolitanas están enamoradas de las muñecas, las tienen de gran tamaño, ricamente adornadas, encima de la cama, se las llevan con el ajuar a sus casas de casadas. Y aquellas muñecas casi recordaban y representaban a todos los muertos hallados entre los escombros y retirados al amanecer.

Rezo con los sintecho en el túnel de la Vittoria. Rezamos para que la guerra termine pronto, y espero que quieras unir tus oraciones a las nuestras. Los rezos de los inocentes son más gratos a Dios. ¡Yo, en cambio, soy una pecadora! Imagínate, entre tanta ruina siento nostalgia de la ópera. A veces me pregunto qué diría ante semejantes estragos el gran maestro Giuseppe Verdi, que con su *Aida* quiso representar los ideales de la Unidad de Italia.

Conmovido por mi nostalgia por la ópera, mi yerno me ha regalado unos discos. No tengo gramófono, y voy a escucharlos a casa de mi sobrino Chinchino, pero a menudo no puedo terminar de escucharlos porque suena la sirena de alarma y debemos salir corriendo para el sótano. Antes de bajar miro el mar y pienso, «¡Quién sabe si volveré a verlo!». Y te imagino en tu islita lejana, al otro lado del mar en llamas, y bendigo a Dios porque estás a salvo.

Por tu cumpleaños te mando *La traviata*, de la que te canté alguna aria, ¿lo recuerdas? Es la ópera más bonita de Verdi, una auténtica historia de amor, de esas que el teatro italiano nunca ha sabido contar; por no hablar de las novelas modernas. Solo la canción napolitana y la ópera conocen el amor.

La traviata era una pecadora como María Magdalena, pero el amor la redimió.

Quiero que aprendas a no condenar a nadie. «Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra», dijo Cristo al pueblo que quería lapidar a la adúltera…

—Qué ideas más extrañas tiene tu abuela —comentó mamita—. ¡Vaya cosas que escribirle a una niña! Me temo que tu abuela está un poco exaltada. Siempre lo ha estado, pero con los años empeora. Será la arterioesclerosis o la impresión causada por los bombardeos.

Yo quería abrir el paquete.

—Déjalo estar —dijo—. Que ya hay bastante desorden. Lleva el paquete al salón, escucharemos el disco esta noche.

Y entre todas esas cosas embaladas mi paquete me dio pena, no parecía nuevo sino ya gastado.

Además, sentía planear sobre el cuarto una difusa sensación de muerte, tal vez a causa de las noticias que la abuela me había dado sobre la guerra.

Mamita estaba embalando las copas de Bohemia, las de cáliz rojo y pie verde. No se fiaba de nadie para esa delicada operación, aquellas copas eran el regalo de bodas que le había hecho uno de sus pretendientes no correspondidos. Mientras ella trabajaba con cuidado, se puso a explicarme cómo hacer una mudanza.

—Los platos —dijo— se separan entre sí con papel de periódico; para las copas delicadas como estas se necesitan cajas de cartón compartimentadas, así se evita que choquen entre sí; las copas más corrientes, en cambio, solo se envuelven en papel de periódico y se meten en una caja con paja; para los cubiertos de plata que no dispongan de su propia caja hacen falta unos paños ligeros de franela; los cajones deben atarse al mueble con bramante, de lo contrario pueden abrirse durante el traslado; pero no hay que colocar demasiadas cosas en su interior, si no, al transportarlos, los porteadores estropearán el mueble golpeándolo aquí y allá por ser demasiado pesado; si el mueble ya es de por sí muy pesado, los cajones deben quedar vacíos, o bien se deben quitar y usar individualmente como contenedores; las sillas se colocan una encima de otra y se atan juntas, así —y me lo enseñó—. Pero hay que envolver todos sus extremos, las patas, los respaldos, con paja y tela

para que no se estropeen; en cuanto a los cuadros y los espejos, hay que hacer confeccionar unas cajas de madera adecuadas, que después se llenan de paja; y para los libros conviene usar cajas de cartón no muy voluminosas, porque el papel pesa mucho.

Mamita cerraba ahora con unos nudos complicados y bien prietos la caja que contenía las copas de Bohemia.

—¿Qué quiere decir *traviata*? —le pregunté.

—Una mujer que se acuesta con todos —dijo mamita cortando el bramante.

La expresión «acostarse con todos», que desconocía, unida a aquella situación de trasladar, desmontar y arrancar de su orden todas las cosas, me hizo pensar en algo animado, que evocaba volteretas, aventuras y viajes. Y a mí, la verdad, me gustaba mucho acostarme con todos, de hecho me habría gustado que durmiéramos todos juntos, papito, mamita, Dida, Pedrón, Don Felipe, Paco y su perro. Pero no podías acostarte con todos.

El salón, en particular, con todas sus cosas separadas, arrancadas de su orden habitual, parecía una planta desarraigada con las raíces al aire. Debajo de las alfombras que poco a poco iban enrollando seguramente no tardaría en crecer la hierba, pensaba yo.

Todo estaba envuelto en papel de embalaje o de periódico y atado con cordel. Todo estaba como mutilado o vendado: las patas de las sillas puestas del revés y arrebujadas en su tela parecían muñones; las estatuas, momias; los sofás y los sillones, en cambio, iban cubiertos con sus fundas blancas, similares a las batas de los enfermeros.

Encima de una mesita, sin embargo, habían dejado la radio todavía sin embalar, para mantenerse informados sobre los hechos de la guerra.

Del desván, además, habían mandado bajar al salón el gramófono, ese que en otros tiempos se encontraba en el dormitorio de Christian y que Ignasi, cuando enloqueció, había dejado que ensuciaran los pájaros. Así, por la noche, al finalizar el boletín de noticias, papito enroscó la bocina de cobre y nos sentamos a escuchar el disco que me

había enviado la abuela.

Papito me quiso a su lado, para que siguiera el libreto con él.

Reinaba una gran solemnidad. De hecho en aquellos días era raro que por la noche nos reuniésemos todos en el salón. La enorme bocina del gramófono, a la que le habían sacado brillo, era lo único reluciente entre todos aquellos objetos embalados. Para mí era como si anunciara un acontecimiento. Para Anita, un hechizo. Papito estaba simplemente contento de que me acercara «a la lengua y la cultura italianas». Por eso, dijo, disculpaba la «extravagancia» de la abuela. Por su parte a mamita no le gustaban ni Verdi ni la cultura italiana. Pero sentía nostalgia de Nápoles, y estaba preocupada por los parientes bajo las bombas. Carlito se quedó embelesado mirando la luna que, en el recuadro de la ventana abierta de par en par, estaba casi llena. Era como si la luna y la bocina del gramófono se dispusieran a decirse algo. De hecho, cuando comenzó la ópera enseguida quedó claro que aquella música no iba dirigida a nosotros. Allí todo era demasiado estrecho para contenerla.

Como si fuera un animal que hasta ese momento se había expresado con gritos inarticulados y de pronto descubriese la palabra, así, escuchando las arias de *La traviata* y siguiéndolas en el libreto descubrí la forma de mis sentimientos inarticulados. Todo lo que yo sentía no era, pues, un afán confuso, podía expresarse y contarse. Y me preguntaba, «¿Cómo habrá hecho Verdi para saber lo que yo siento?». Y como si fuera un animal que una vez descubierto el sentido maravilloso de la palabra no pudiera articular sonido alguno y, pese a sus esfuerzos, solo emitiera gritos guturales y gemidos, la tristeza me consumía.

Si en el internado, al no poder hacer de bailarina, había descubierto un anhelo y un límite de mi cuerpo, al escuchar *La traviata* descubrí un anhelo y un límite de mi alma.

Vi y sentí cosas maravillosas y terribles.

Libiam ne' lieti calici
*Che la belleza infiora.** …

…E imaginaba flores y mariposas besándose, tal como de niña había

visto hacer a las flores y a las mariposas en el jardín, y observándolas comprendí que no se comían, sino que se besaban. De hecho, a causa de mi conocimiento inadecuado de la lengua italiana los cálices eran para mí los de las flores y no las copas para beber. De modo que la fiesta que se evocaba no se asemejaba a una de las recepciones de mamita, sino más bien a una fiesta en el jardín. Desde luego también veía la ceremonia de los besos y los vuelos de los animalillos y las flores traducida a formas humanas, pero sentía aquello como el anhelo de cada uno por trascender su condición dentro del orden del universo.

Un dì, felice, eterea,
Mi balenaste innante,
E da quel dì tremante
Vissi d'ignoto amor.
Di quell'amor ch'è palpito
Dell'universo intero,
Misterioso, altero,
Croce e delizia al cor.[*]

…

…Y ahora se me aparecían Conchita en el círculo de compañeras, ahora Isabel, la pava real, en el sendero, ahora el fantasma de la señora de Son Batle, ahora el papito de nuestro noviazgo, cuando por las tardes llegaba con un regalo, ahora Paco como lo vi por primera vez, ahora la culebra que reía junto a mi cara. Temblé con aquel «tembloroso». Reviví el temblor de todas aquellas apariciones.

Pura siccome un angelo
Iddio mi die' una figlia;[*] …

…No era yo esa hija. Por lo tanto, era la *traviata*. Siempre lo había sabido.

Gran Dio, morir sì giovane…[*]

…La muerte, la guerra de la abuela formaban un todo con la visión del culo de Conchita mordido por Maria Antònia. La muerte era

codiciosa como la guerra y, como Maria Antònia, tenía dientes de caballo…

La música cesó.

—¿Cómo se la inventó? —pregunté—. ¡Venga, decidme cómo se la inventó! —grité. Pero no obtuve respuesta.

—La copió de *La dama de las camelias*… la historia de Margarita Gautier… un novelón de Dumas, un folletín —dijo mamita.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

Mamita se disponía a explicarme qué era un folletín (ponía mucho cuidado en aclarar con precisión todas las cuestiones de gusto; de hecho para ella el mundo se dividía en cosas de buen gusto y de mal gusto), pero papito, que consideraba irracional y arbitrario el límite entre el buen gusto y el mal gusto, la interrumpió y dijo:

—Ahora os cuento la historia de *La dama de las camelias*… La dama recibía a diario un ramo de camelias rosas…

—¿Por qué ha dicho mamita que es un novelón? —pregunté cuando terminó.

Fue entonces cuando mamita no se contuvo más y soltó:

—Un novelón es una historia inventada que no parece verídica. O bien es una historia verídica que parece falsa. Presenta la vida de un modo truculento o edulcorado, en rosa, como la novela rosa, en negro, como la literatura de crímenes, en amarillo, como la novela policiaca…

Papito sonreía ante la petulancia de mamita.

Renuncié a comprender, me dediqué más bien a imaginar a las dos mujeres arrastradas por el mismo destino, de un lado la dama de las camelias y del otro, Violetta, con sus flores tristes, que cantaba:

Di quell'amor ch'è palpito
Dell'universo intero,
Misterioso, altero,
Croce e delizia al cor.
…

…Y después Violetta y la abuela, tras aparecer a su lado, cantaban juntas aquella aria.

Así fue como el violeta se convirtió para mí en el color de la vida, de la vida tal como es realmente, y de las historias verídicas. El rosa, en cambio, era el color de las historias falsas y, por asociación con ese gracioso término empleado por mamita, folletín, también sería el color de Linda Facchi, que tenía una toalla de felpa rosa —en la que se envolvía el pelo tras lavárselo—, y que, precisamente, un día se operó de apendicitis; de modo que mamita, cuando algún conocido debía someterse a una operación grave decía siempre, «Esta es una operación seria, no como la apendicitis de Lidia Facchi». Así las operaciones de apendicitis también fueron de color rosa, incidentes que les ocurrían a muchachas despreocupadas que pasaban el tiempo entre el teléfono y el secador de pelo.

Al día siguiente mamita comenzó a embalar los objetos de plata de diario. Envolvía cada pieza en franela y, de vez en cuando, me explicaba que la mudanza de Son Batle a la casa del Tejado Verde solo era un ensayo general de la gran mudanza que tarde o temprano deberíamos hacer de Mallorca a Italia. Y me habló también de una gran mudanza que hacían los egipcios cuando se iban al otro mundo y a sus nuevas casas en forma de pirámide llevaban consigo todo el mobiliario. Y que ella había visitado esas casas.

—Cuando embalemos los libros, si aparece el álbum de fotografías, vete a saber dónde lo habré metido, te las enseño —dijo.

Pero yo estaba liada con otro tipo muy distinto de mudanzas, las de una cama a otra. Y así le pregunté:

—¿Y tú conoces alguna mujer *traviata*?

—Sí —contestó—. En Nápoles, por ejemplo, estaba Gipsy, hija de una conocida de tu abuela.

—¿Cómo era? —inquirí.

—Su madre, la señora Winspeare, era hija de unos banqueros venidos a menos, de origen inglés. En otros tiempos hubo en Nápoles muchos capitales extranjeros. Su marido murió y dejó a la pobrecilla con seis hijos. Gipsy era la mayor. Al morir su padre tenía dieciocho años. Era bellísima. La recuerdo erguida, esbelta, un lirio, llevaba un

vestidito violeta con pasamanería verde y amarilla en el cuello y los puños, que conferían a la prenda un refinado misterio… ¿Sabes esos lirios violetas junto al pozo? Así era Gipsy. Entonces estaba de moda el pelo corto, y ella llevaba una melena de rizos dorados que agitaba al reír, casi como una costumbre. Su cara era perfecta, rosada, como aterciopelada por una leve pelusilla rubia. Parecía un ángel de Gozzoli. Era ella quien ocupaba de sus hermanos: los inscribía en la escuela, los llevaba al médico o al colegio, organizaba sus vacaciones. También se ocupaba de administrar el poco dinero que les quedaba. Se enamoró de un joven de la buena sociedad, que ya estaba casado. ¿Sabes?, hay hombres a los que les gusta consumir mujeres casi como si fueran prendas. Pues bien, terminaron acostándose. Quedó encinta. Desesperada, no sabía qué hacer. Se cambió de ciudad y se empleó de institutriz en casa de un industrial viudo que se encaprichó de ella. Era feo, viejo, redondo como una pelota; de interesante solo tenía los ojos, un par de ojos de halcón. Compró a Gipsy. La envió a Suiza a que tuviese a su hijo, entregó al niño a un orfanato, acogió de nuevo a Gipsy en su casa y la hizo vivir en el lujo. Gipsy, que aspiraba al menos a casarse, se enfadó. Se hinchó y se estropeó a causa del alcohol, casi como si quisiera desvalorizar la mercancía que él había comprado. Pero lo soportaba todo, y mientras tanto ayudaba a estudiar a sus hermanos, hasta que crecieron y se independizaron. Y un buen día el industrial va y se muere sin haberse casado con ella. De hecho estaba convencido de que es más difícil que una mantenida engañe a su amante que una esposa a su marido. Y la persiguió con sus celos mezquinos incluso después de muerto: le dejó una renta vitalicia con la condición de que no se casara. Pero a la pobre Gipsy ni se le pasó por la cabeza. Volvió a vivir con su madre, que para evitar que se emborrachase le escondía las botellas de whisky. De vez en cuando viajaba a Suiza. Se enteró de qué familia había adoptado a su hijo e iba a espiarlo desde la verja de un parque.

Yo escuchaba, estupefacta, aquella historia, como clavada por aquellas palabras terribles a la caja donde estaba sentada: «engaño», «acostarse con», «amante», «orfanato», «se hinchó por el alcohol». Mamita había hablado con énfasis y dureza.

—¿Y conoces otras descarriadas? —pregunté.

Creía que acumulando detalles lo comprendería mejor.

—Sí —dijo mamita, que estaba envolviendo con papel de seda blanco los cuencos chinos lacados—, sí, había muchas. Sabes, la guerra anterior a esta alteró las costumbres. Estaba, por ejemplo, Liza, la sobrina de una vecina de tu tía Ada. Era de Arezzo, pero a saber cómo terminó viuda en Capri. Vivía al margen de la buena sociedad, era amante de príncipes, duques, aventureros. De vieja la seguía manteniendo un conde que le había dado una de sus villas, y no estaba muy claro si era su amante o su ama de llaves… Te diré que de ese conde se rumoreaba algo muy distinto…

—¿Quiénes eran esa Gipsy y la tal Liza? —le pregunté al día siguiente.

—Ya te lo he dicho, eran conocidas de vecinas o de amigos de la familia.

—Pero ¡la abuela una vez me dijo que yo tenía una tía que se llamaba Liza y una prima que se llamaba Gipsy!

—Es que en Nápoles esos nombres son frecuentes.

—Pues la abuela no me dijo eso, sino que Nápoles está llena de chicas que se llaman Concetta, Immacolata, Rosa o Assunta.

—Tu abuela no entiende nada. No se codea más que con mendigos, pescadores, inválidos o desempleados. ¿Cómo quieres que sepa los nombres de la gente?

—¿Y conoces otras historias de mujeres descarriadas?

—Sí, la de una tal Marinella, amiga de Gipsy. ¡Siempre salía en taxi con su novio! Un día este la abandonó y al cabo de un mes se casó con una muchacha muy rica, con la que llevaba prometido desde hacía un año. Imagínate, el banquete de bodas se organizó en el hotel Excelsior, el más lujoso de Nápoles. Marinella siguió frecuentando los salones, pero había adelgazado tanto que la ropa le colgaba, y cuando encendía el cigarrillo le temblaba la mano… ¡Nunca vayas en taxi con un hombre, que lo sepas! —sentenció mamita.

—Pero ¡tú vas en taxi con papito!

—¿Y eso qué tiene que ver? ¡Estamos casados! A decir verdad —y se echó a reír—, fui una vez en taxi con él cuando aún éramos novios.

Claro que entonces no se acostumbraba, pero yo ya tenía una edad, no era una muchacha frívola e insensata. Fuimos al parque Margherita, hasta el final del Corso… Pero ¡qué historias te estoy contando! Aunque quizás sea mejor así, tienes que aprender desde ahora cómo funciona el mundo.

—¿Y cómo se dice «*traviata*» en castellano?

—¿Cómo se dirá? No me viene a la cabeza… ¡bueno, se puede decir «*puta*»!

Entretanto, Antònia estaba en la antecocina embalando los platos de diario. Me acerqué a ella y le pregunté:

—¿Me cuentas la historia de alguna *puta*?

Antònia se echó a reír y contestó:

—¡Qué dirá tu madre si te cuento historias de *putas*!

—Pero mamita me ha contado unas cuantas, todas sobre *putas* de Nápoles.

—Y dime, ¿qué historias son esas?

Se las conté. Fue tal su asombro que se le cayó un plato.

—Ahora cuéntame alguna historia de *putas* de Ciutat.

—Pero es que son todas iguales —dijo. Y en tono sibilino añadió—: Las *putas* son mujeres a las que antes de casarse se les ha roto un plato.

—¿Cómo se dice *puta* en mallorquín? —le pregunté antes de irme.

—Se dice «*males dones*».

—¿Y cómo son las *males dones*? —le pregunté a Paco al día siguiente.

—¿Qué quieres decir con eso de cómo son? —respondió—. Todas las mujeres son *males dones*. Lo dice siempre mi tío, el comerciante de *simbombes*, que va a vender por las fiestas. Dice, «A las mujeres hay que casarlas a los diez años, cuando todavía son niñas, y tenerlas encerradas en casa. Eso hacían antes los reyes, y los pobres como nosotros debemos tomar ejemplo de los reyes».

Así fue como para evitar el riesgo de convertirme en *traviata* decidí no convertirme en mujer.

Vida con los monos

Éramos completamente libres de ir donde quisiéramos, incluso de salir del jardín. En previsión de la mudanza despidieron a algunos criados, de modo que teníamos menos vigilantes.

Hicimos amistad con la señora Chotxco, una brasileña.

La conocimos así:

Carlito y yo fuimos a un jardín a robar uva. Nos tendimos debajo de un emparrado con la boca abierta y, apuntando bien, lanzábamos desde arriba un grano de uva a la boca. De repente oímos un quejido, «¡Fuhiií! ¡Fuhiií!», y ante nosotros apareció una señora vestida de blanco, toda desgreñada.

—¿La habéis visto? ¿Habéis visto a Fuhí, mi monita? —preguntó con tono ansioso.

—No —contestamos, pero nos pusimos de pie y buscamos en los emparrados a nuestro alrededor.

—Es muy importante, es muy importante encontrarla —dijo la señora Chotxco—. La vida de Milagros está en juego. Fuhí se escapó el mismo día en que hospitalizaron a Milagros. ¡No os podéis imaginar qué horror! Vinieron a llevársela en una ambulancia, blanca como la angustia, con una cruz de sangre pintada. Si Fuhí no aparece estoy segura de que Milagros se va a morir. Sus destinos están entrelazados.

La buscamos durante días y días. Íbamos a preguntar de casa en casa. Algunos habían visto un zorro, otros una liebre, otros un papagayo, hasta al hombre lobo habían visto, y a un cerdo de Catalina, huido hacía muchos meses. Pero de Fuhí no había rastro.

La encontramos semanas después. Muerta en una acequia, con un agujerito en el vientre. Le habían disparado porque robaba uva. Es más, alguien sostuvo haber oído comentar a la gente que a la mona le gustaba destrozar la uva, que se divertía arrancando los racimos y espachurrándolos contra el suelo.

No tuvimos valor para contarle a la señora Chotxco lo ocurrido. Le

dijimos:

—Mañana reanudamos la búsqueda.

—¡Daos prisa! —nos pidió—. ¡Milagros se muere!

Cavamos un hoyo y enterramos a Fuhí. Nos preguntamos si debíamos ponerle o no una cruz. Decidimos colocarle encima una cestita llena de cacahuetes: los cacahuetes los llevábamos en el bolsillo, la cestita la confeccionamos con hojas de vid sujetas con palitos que recogimos del suelo.

Milagros murió. Era una vieja india que la señora Chotxco había traído consigo desde Manaos.

Nos encontrábamos en su casa cuando llegó la noticia. Habíamos ido a contarle la enésima mentira sobre la monita, que la habíamos visto pero que no habíamos podido atraparla. Aunque tal vez las nuestras ya no fuesen mentiras. Nos las creíamos un poco; a veces me había parecido verla desaparecer realmente entre los sarmientos de las vides o las glicinas.

La señora Chotxco estaba alimentando a una gatita abandonada con un cuentagotas. Sonó el teléfono. Llamaban del hospital.

En cuanto cogió el auricular levantó los brazos al cielo y soltando un extraño quejido, «¡Mué, mueeé!», corrió por toda la casa, mientras los animales se agitaban a su paso. Acudió enseguida la mujer del jardinero. La señora Chotxco quería tirarse por la ventana y la mujer del jardinero la sujetaba de la falda. Se dejó convencer, nos pidió que siguiéramos dándole leche a la gatita, alpiste a los canarios, y se fue en coche con el jardinero directamente al hospital.

Milagros había sido su nodriza. Un día la señora Chotxco nos contó, «Ella fue la que al alimentarme me infundió este amor por los animales y las plantas. Para Milagros solo son criaturas las cosas del campo».

Habían vivido juntas. Después de casarse, al trasladarse a la casa de su marido, la señora Chotxco no se llevó a la madre, sino a Milagros, precisamente.

Y un buen día el marido la echó de casa porque le llenaba la finca de niños indios, animales y enfermos.

«Estoy harto. O ellos o yo», le dijo. «¡No quiero acabar como la

señora Tolstói! Mientras tú juegas a hacer de su marido» Así, la señora Chotxco se instaló en Mallorca, la isla de su viaje de bodas.

Cuando se enteró de que su esposa se había ido a vivir a la isla de sus amores, él se emocionó y fue a Mallorca a llevársela de vuelta. Pero ella no quiso regresar. Le dijo que viviría recordando aquella luna de miel. Se escribían largas cartas. Cada dos años él iba a visitarla. Y todos los meses le enviaba monos, papagayos, semillas de cilantro y frijoles negros.

Al funeral de Milagros asistió un niño con un mirlo al que ella había sanado. La señora Chotxco iba toda vestida de blanco y sostenida por dos mujeres. Seguían al féretro los campesinos, cuyas mulas había curado Milagros: les enderezaba los huesos de las patas solo con un gesto hábil y un tirón fuerte y rápido; las mulas solían tener malas caídas a causa del excesivo peso. Cuando el cura bendijo el ataúd, antes de que lo bajaran al hoyo la señora Chotxco cogió la jaula del mirlo y la puso encima. Bendijeron también al mirlo. Ella no rezó con los demás la oración por los difuntos. «¡Mué, mué!», murmuraba entre sollozos.

Tras la muerte de Milagros nos instalamos en casa de la señora Chotxco. Son Batle, donde seguían los preparativos para la mudanza, para nosotros no era más que un dormitorio.

Toda la organización de aquella casa estaba en función de los animales. Le llevaban gatos callejeros, perros tullidos, vacas enfermas. Se había difundido la fama de las dotes veterinarias de la señora Chotxco y, sobre todo, de Milagros.

La señora Chotxco se nos presentaba como una enfermera, una maga, una bruja, un hada, una profetisa, una nodriza, una médica. A veces aparecía tan de repente y tan ligera que parecía un fantasma. Era, además, una abuela de los animales, mientras que mi abuela de Nápoles era una abuela de los hombres. Y yo me preguntaba a qué especie pertenecía yo.

De hecho la señora Chotxco se ocupaba de los animales como si fuesen seres humanos y decía cosas raras. Decía, por ejemplo, «Cuando los burros dejen de llevar cargas, los hombres también dejarán de llevarlas». O bien, «Cuando ya no golpeen a los perros, tampoco golpearán a las mujeres y a los niños».

Un día le conté a la señora Chotxco que Don Felipe había matado un gorrión. Ocurrió así. En la casa había un lugar consagrado por mí a una de mis costumbres: el rellano al final del pasillo que separaba los dormitorios de la primera planta. Disponía de una ventanita en arco con vistas al campo, y delante de aquella ventanita había una sillita. No había nada más en aquel rellano. Ni una alfombra de colores sobre el suelo de terracota, ni un cuadro, ni un grabado, ni un tapiz. Parecía una celda. No había ninguna decoración, ningún estorbo que me recordase que nos encontrábamos entre las «naciones extranjeras». Por la mañana, cuando me despertaba antes que los demás, me gustaba sentarme en aquella sillita. Iba al baño, hacía pis, medio dormida, y esa orina era un río sulfúreo y subterráneo por el que la noche se alejaba, dejándome vacía como una «tierra de nadie», esperando la entrada del día; de hecho, un tiempo antes papito me había explicado que entre Alemania y Polonia había una tierra de nadie, y yo me sentía justamente como esa tierra. De modo que, a la espera de que llegase el día, me acurrucaba en la sillita y contemplaba el campo. Una mañana el día llegó enseguida. Y fue tremendo. En el suelo vi plumas blancas y grises, mullidas e impalpables, y plumas negras más grandes: casi como si en su huida la noche hubiese quedado atrapada y dejado atrás flecos de su traje o mechones de su pelo. Debajo de la sillita noté unos temblores y un silencio al acecho. Don Felipe estaba allí escondido con un gorrión entre los dientes y me miraba inmóvil, temiendo que se lo arrebatara. Empecé a perseguirlo a gritos. Sujetaba con firmeza el gorrión en la boca. Acudieron mamita, papito, Anita y Carlito. Mis padres, de pie en el umbral de su dormitorio, sonreían. Pero Carlito me siguió.

Los encontramos en el patio. El gorrión estaba muerto, Don Felipe

lo sacudía de acá para allá con la zarpa, como si jugara con una ramita.

Tras escuchar mi historia la señora Chotxco dijo que la ferocidad de los animales era inocente. Y que si había malicia en sus comportamientos seguramente lo habían aprendido de los hombres. Después recitó un conjuro o algún tipo de fórmula mágica:

> *Homo homini lupus*.
> ¡Mentira!
> ¡Mentira!
> Malo es el hombre.
> Repitan conmigo:
> *¡Lupus lupo homo!*
> *¡Lupus lupo homo!*

Parecía enloquecida, enredada en los versos de la rima infantil; era como si no consiguiera salirse de ella. Después se calmó y me dijo:

—Los habitantes de Gubbio eran peores que los lobos, por eso el lobo los temía. San Francisco, que era un hombre bueno, se hizo amigo del lobo, y el lobo, al que Francisco acompañó a Gubbio, vivió con los habitantes de la ciudad, e imagínate, comía de la mano de los niños.

Así, mi abuela, que era también la abuela de los hombres, y la señora Chotxco, que era la abuela de los animales, por el hecho de que ambas hablaban de san Francisco, se fundieron en mis fantasías en una sola imagen.

—Los animales —añadió la señora Chotxco— están por debajo del umbral de la conciencia. Conocen una sorda felicidad y un sordo dolor. Verás, el gorrión que Don Felipe mató no sufrió una maldad intencional, es como si le hubiese caído una teja en la cabeza o como si un cometa hubiese pasado a su lado. —Se acercó a la estantería, me señaló dos libros y dijo—: «De mayor deberás leer lo que escribieron el príncipe Kropotkin y Francisco de Asís sobre los animales.

Inclinada sobre los libros, el pelo le caía en la cara.

—¡Señora Chotxco! ¡El pelo! ¡El pelo! ¡Se le ha vuelto blanco! —grité.

—Ahora te das cuenta. ¡Mi pelo se ha vuelto blanco desde la muerte de Milagros! —dijo.

Los monos de la señora Chotxco vivían en semicautividad. Había mandado cercar con una red larga y alta casi la mitad de su jardín y el invernadero completo. Se había gastado un dineral en aquella red inmensa. De hecho, los monos no podían vivir del todo libres porque dañaban los campos, y por ello los campesinos los mataban y a veces incluso los robaban para venderlos luego en el barrio del puerto. En efecto, había mujeres que como recuerdo de algunos marineros se compraban una monita.

Los primeros días, perdidos tras sus juegos, nos volvimos como esos monitos, salvajes, desvergonzados y vagabundos. Los imitábamos en todo. Hacíamos mil muecas; pasábamos de un juego a otro; inquietos y muy veloces, nos colgábamos de las ramas y corríamos. Pero en cuanto a ser coléricos y lascivos, no lo éramos de veras, fingíamos. Además no podíamos babear como ellos.

Así, poco a poco, empezamos a diferenciarnos de ellos. Los tratábamos como hermanos menores. E intentábamos amaestrarlos. Precisamente a través de este desapego, en su forma de ser descubrí un aspecto inquietante. Eran nuestra caricatura, me preguntaba por qué no sabían hacer las cosas como nosotros y lo intentaban en vano. O quizás no se tomaran suficientemente en serio lo que hacíamos nosotros porque eran más sabios. De hecho, a veces parecían saber mucho más que nosotros. Sin embargo, una cosa era cierta: los monos se comportaban tal como lo hacíamos nosotros en el colegio: cuando la maestra nos daba la espalda la imitábamos. Pero ¿quién era mejor, nosotros o la maestra?

Un día decidimos irnos a vivir a los árboles. ¿Para imitar a los monos? ¿O para diferenciarnos de ellos? ¿Para afirmar nuestra plena dignidad de hombres?

En el fondo del jardín de la señora Chotxco crecía un roble. Una robusta rama se bifurcaba en V. Allí construimos nuestra cabaña. Melcior Dureta, el carpintero, nos dio clavos y unas tablas de madera,

y nos prestó el martillo. Pero como seguíamos equivocándonos al poner los clavos tuvo que prestarnos también una tenaza. Clavamos las tablas, cubrimos el tejado con ramas; trabajábamos en ropa interior. Al final del día la camiseta estaba muy sucia y las bragas o los calzoncillos, de color hierba y tierra. Comíamos *pa amb oli*,* bebíamos agua fresca de un botijo de barro. Con cuatro ladrillos nos construimos un horno debajo del árbol. Al principio nos preparábamos té únicamente, porque era lo más fácil. Pero estábamos decididos a hacerlo todo nosotros solos. Ya no queríamos pedir *pa amb oli* a la señora Chotxco. Nos llevamos a la cabaña una botella de aceite, algo de pan, un cuchillo, unos tomates y un balde para lavarlos. Pero los hinojos, que cogíamos en el momento, nos los comíamos así, sin lavar. Conseguimos una cacerola y empezamos a cocinar. Comíamos con deleite unos calduchos increíbles. No sabíamos cuánta sal poner. Ante la duda prescindíamos de ella. O bien cada uno decidía por sí mismo.

Imaginábamos que éramos campesinos, carpinteros, herreros. Pero yo notaba en nuestras fantasías algo que no cuadraba, su razonamiento tenía un defecto o algo oscuro que debilitaba el bonito velo de imágenes recién entretejidas. Eso que no cuadraba y que impedía que me identificase por completo con campesinos, herreros y carpinteros se correspondía exactamente a la grieta entre las tablas de la pared de la cabaña a través de la cual vi, una vez en que estaba acurrucada, más allá del jardín de la señora Chotxco, a los campesinos en el campo, dedicados a escardar.

La luz que de repente se filtró en mi razonamiento era del todo igual al haz de luz de aquella grieta, por la que se vislumbraba el campo soleado y a los campesinos como quietos, inmovilizados en aquel gesto suyo.

«Ellos trabajan, no juegan», me dije.

Y como por arte de magia aquel juego mío cesó. En la cabaña ya no me divertía.

La compañía de teatro amateur Cata Cata Pum

Mamita ocultaba su intimidad o la convertía en algo preciado. Envuelta en su resplandeciente salto de cama con mangas kimono, sentada y cruzada de piernas, las uñas de los pies ya pintadas, empuñando una elegante tijerita de punta curvada, con la cabeza llena de bigudíes y crema Pond's en la cara, era como una diosa o una reina. Por el mero hecho de que fuera ella quien lo hacía, nada podía parecer feo o ridículo.

En la intimidad de la maestra de italiano había, sin embargo, una especie de mezquindad e indecencia. Sus ojos, por lo general chispeantes, como capturados en una visión, revelaban por momentos un pánico irresistible que la obligaba a pestañear. Debajo de los bigudíes envueltos en una redecilla que le rizaban el cabello teñido de rojo, la nariz, reluciente de crema, parecía desproporcionada y, por un curso irresistible del pensamiento, hasta la maestra misma se me antojaba desproporcionada, pese a que abultara tan poco: era muy muy pequeña y redonda, como una bolita destinada a rodar de acá para allá, de África a las Marcas y a Mallorca.

Ella no cruzaba las piernas, las mantenía juntas, los pies metidos en sus pantuflas de felpa amarillo canario como en dos camitas, casi como si saborease el suave calorcillo del lecho en el que se metería poco después, todo dispuesto, con la sábana doblada en triángulo debajo de las mantas, muchas almohadas una encima de la otra, un cubrepiés de punto y una novela de Virgilio Brocchi encima de la mesita de noche, al lado de una pantalla velada con un pañuelo rosa, amarillento en algunos sitios, del que según decía jamás se separaba.

Y así llegó a Son Batle, adonde se trasladó con tres maletas llenas de objetos de los que, precisamente, jamás se separaba. Nuestros padres habían decidido pasar un mes solos en Ibiza y rogaron a la maestra de italiano que, en su ausencia, dirigiese la casa.

Mamita era una señora: señora de Nápoles, señora de Son Batle,

señora de la vida y de la muerte. Las campesinas también eran señoras, señoras del campo y de la casa, y ellas también señoras de la vida y de la muerte. Dida, además, era señora de todo, señora de la tierra, de las estrellas y los planetas. La maestra de italiano era, en cambio, una mujercita. Por eso su mirada se debatía entre el encanto y el terror; pero en ella anidaba a veces un loco sarcasmo. Y con sarcasmo los bigudíes que se ponía en el pelo por la noche evocaban los miserables rizos ondeantes de la mañana.

Se apartaba rápidamente un biombo y mamita aparecía como una mona. A las campesinas les pasaba lo mismo, aunque en su caso no se apartaba un biombo, sino una cortina. Pero a la maestra no. Incluso en la penumbra de su dormitorio, incluso en su cuerpo desnudo era una mujercita. Pero en el pliegue del doble mentón, en los anillos de grasa alrededor de las muñecas, en las bolsas debajo de los ojos antes del colorete, en las arrugas de la frente, en el temblor de su sonrisa que se inclinaba ante nosotros, los niños, «mis colegiales», y ante papito, «el comendador», se ocultaba ese loco sarcasmo, por lo que daba la impresión de estar actuando, decidida con sorda obstinación a no abandonar ese papel. También en la señora Facchi advertí un sarcasmo y una obstinación similares: cuando me mostraba los cuadros que adornaban su casa y me decía que eran de grandes pintores, mientras mamita comentaba, maliciosa, que eran todos falsos o de pintores de mal gusto. Era el sarcasmo, lo comprendí después, de los arribistas, cuyo esfuerzo les agudiza el ingenio, o el de quien sabe que debe estar en su sitio pero ha intentado moverse y, en cuanto puede, vuelve a intentarlo.

Además, la Italia de la maestra de italiano era completamente distinta de las Italias que yo conocía. La del señor Facchi, que era una especie de país de jauja de donde llegaban las piezas de parmesano y de Bel Paese y las bolsas de caramelos. La de los soldados sicilianos, que era una tierra de mujeres que rezaban para que la guerra acabase. La de los aviadores, que era una patria sedienta de una guerra aún más grande. La Italia de la abuela, que era una tierra recorrida por un bandolero bueno, que la cruzaba entera al galope, con la capa al viento, abriendo las puertas de cárceles y conventos, mientras las

hordas de soldados con uniformes anticuados y ridículos huían a la vista de aquel Liberador de Italia y en las ciudades era recibido por mujeres y niños que agitaban ramas de olivo y pañuelos rojos. Y en esta Italia estaba Nápoles, la capital del mundo conocido por la abuela, con sus astilleros, sus cúpulas de azulejos, sus calles dinámicas, su teatro de la ópera, la multitud de sus pobres, la ciudad predilecta de Dios por su miseria y por ser enemiga de la guerra.

La Italia de papito era una Italia hecha de mayúsculas —Nuestra Italia, Nuestro País— y de citas de versos altisonantes: «¡Ay, sierva Italia, asilo eres del duelo, / y, en la tormenta, nave sin barquero, / y burdel, mas no reina de más suelo…!»*. «Italia mía, aunque el hablar sea vano / a las llagas mortales / de que tan lleno está tu cuerpo hermoso…».* «Blanca cruz de Saboya / Dios te salve y salve al rey…».*

Pero era también una Italia que viajaba, que iba al extranjero en transatlánticos o buques de guerra, a la China, a América, a África, a Australia. Y era además la Italia de la abuela Anna y de la hermana de papito, dos pobres mujeres a las que él amaba tiernamente y que vivían en ese país de mayúsculas y aventuras, de miseria, de diplomacia y guerra.

La Italia de mamita era una corte de elegidos, señores y artistas, que intercambiaban visitas y ponían a los pobres y vagabundos que merodeaban a su alrededor al mismo nivel que las moscas pesadas y los saltamontes. En esta corte de elegidos napolitana no se hablaba italiano sino francés, y resultaba muy difícil entrar a formar parte de ella.

La Italia de la maestra era, en cambio, la Italia de los lamparillas. La asociación de los lamparillas había sido fundada por los padres de la maestra y otros exlectores del *Corriere dei Piccoli*. Los lamparillas se reunían una vez al año en una ciudad de Italia, donde organizaban grandes banquetes, cantaban canciones alpinas y de taberna y enviaban postales con vistas características a los lamparillas que no habían podido asistir. Una de sus canciones preferidas era *La famiglia dei gobbon.**

Los lamparillas no disponían de salones, sino de saloncitos. No

viajaban en transatlánticos, sino en trenecitos. Para desayunar no tomaban té, ni sopa de leche, ni chocolate, ni pan con tomate, sino café con leche. No ofrecían bailes de gala y recepciones, sino que meneaban el esqueleto en familia. No conocían el francés ni el latín, sino el inglés y el alemán, y sabían de máquinas, de contabilidad, del sistema Babelsberg y de electrónica. Leían *Los miserables* y las novelas de Sibilla Aleramo. La tapicería era para ellos muy importante, como la pechera de la camisa. Además estaban inscritos en asociaciones de cazadores y practicaban el alpinismo. Sus mesas de comedor eran redondas, así cabía más gente. Y a menudo llevaban apellidos cómicos, por los que se tomaban el pelo unos a otros. Una compañera de colegio de la maestra, por ejemplo, se llamaba Sederino Rosa.[*] Si un joven lamparilla estudiaba un instrumento musical con pasión pero se daba cuenta de que no poseía suficiente talento, lo dejaba y se ponía a trabajar de dependiente en una tienda. «Sabia decisión», decía cuando era viejo sin asomo de arrepentimiento en la voz.

De joven la maestra había formado parte de una compañía de teatro *amateur*. Y así en esos días fundamos con ella la compañía de teatro *amateur* Cata Cata Pum, cuyo nombre derivaba de la rima infantil que cantábamos jugando en la cama de mamita, mientras la maestra de italiano, con la cabeza llena de bigudíes y la nariz reluciente, intentaba en vano que parásemos.

Cata Cata Catalina.
¡Cata Cata Pum!

Tendimos una cortina en el salón. En aquel clima de mudanza podíamos usar muebles y enseres varios para nuestras escenografías.

La maestra escribió dos guiones teatrales, uno basado en *La ciega de Sorrento* y el otro en *La ferrería de Pont-Avesnes*.

Pasábamos días enteros ensayando los papeles y disfrazándonos. La maestra se disfrazaba siempre de hombre y ejercía de empresario, yo era la actriz principal, Carlito interpretaba varios papeles secundarios, alternándose con Cioffo, el hijo gordo de un técnico italiano.

Un día le pedí a la maestra que me ayudase a escribir el guion de la

vida de Margarita María Alacoque.

Yo interpretaba a la beata, de niña y de adulta; la maestra, a la madre de la beata o a su superiora; Carlito, al padre La Colombière; Cioffo, a la monja enfermera.

He aquí el guion teatral:

ESCENA I

La madre de Margarita María y Margarita María de niña.

—¿Quieres comer?

—No.

—¿Tampoco los plátanos fritos que te he preparado? ¿Ni las croquetas de patata, ni las bolitas de arroz que te
ha hecho la abuela?

—No.

—¿Tampoco la pasta con alubias que te ha hecho Dida? —No.

—¿Y qué quieres?

—Nada.

—¿Quieres al menos un trozo de pan negro?

—Sí.

—¿Y puedo ponerle un poco de mantequilla y azúcar? —Sí, eso sí, de lo contrario no lo hago por Jesús, sino por el diablo.

ESCENA II

El padre La Colombière y la beata están sentados a la mesa delante de un huevo *à la coque*. Toman educada-mente una cucharadita cada uno.

—¿Es dura tu devoción?

—Durísima.

—Pero el huevo pasado por agua que me ofreces no es duro. —Llegará a serlo al fortalecerse mi devoción. ¿Qué te parece si establecemos el culto al Sagrado Corazón?

—¡Hagámoslo!

En este punto todos nos poníamos manos a la obra, y en el centro del escenario construíamos un pequeño altar al Sagrado Corazón, con damascos, encajes, velas y una imagen del Sagrado Corazón dibujada por la maestra de italiano, que Carlito y Cioffo utilizaron después

como diana para flechas.

En esos días la maestra de italiano parecía un cómico empresario con cola roja, vestía una chaqueta roja que se le empinaba en el culo. Daba vueltas por el salón llevando una carpeta debajo del brazo con los guiones teatrales y su *réticule** en la otra mano —ella lo llamaba «mi *ridicule*»—, del que sacaba dinero a puñados que le daba a Pedrón para que le comprase en Ciutat papel pintado, cola y colores en polvo. Dejó de ponerse bigudíes; en todo momento debía cambiar de personaje y peinado. Y ya no nos trataba como colegiales sino como colegas.

Tras el éxito de la puesta en escena de la vida de Margarita María Alacoque, decidió escribir un guion teatral de su invención, *El secreto de las maestras y los profesores*. La primera parte se titulaba «Luisa y el profesor».

A continuación el guion teatral:

PROFESOR

Ha hecho un buen examen, abandonará la escuela…

LUISA

Si supiera cuánto lo siento, profesor…

PROFESOR

Claro, siempre se siente… Uno quiere volver a la infancia… Pero, verá, la universidad… o el novio… Se olvidará de la escuela y de su profesor…

LUISA

¡No, jamás me olvidaré de usted!

El diálogo se produce mientras el profesor estrecha la mano de la alumna para saludarla, pero tarda en soltársela y cuando ella le dice, «¡No, jamás me olvidaré de usted!», se la estrecha aún más llevándosela al pecho, ella le sonríe, él entonces exclama, «Pero ¡entonces usted también me ama!».

Y así los dos se casan. Se convierten en una familia feliz.

Para interpretar este guion teatral era muy importante, nos dijo la maestra, aprender el significado de los puntos suspensivos y expresarlos tanto con la voz como con la mímica.

La segunda parte del drama se titulaba «Margarita y el alumno».

PROFESORA

Señor Rossi, ha hecho un buen examen, ha obtenido un buen diploma, dejará mis clases…

ALUMNO

¡Si supiera, señorita, cuánto lo siento!

PROFESORA

Claro, siempre se siente… Uno querría seguir aprendiendo, no abandonar nunca los pupitres… Pero verá, su nuevo trabajo, su promoción… su novia… Se olvidará de la escuela y de su profesora…

ALUMNO

¡No! ¡Nunca la olvidaré!

PROFESORA

¿Por qué…? Sí que lo hará, ya lo verá… se echará una novia guapa…

ALUMNO

¡Jamás!

PROFESORA

¿Jamás?

ALUMNO

¡Un amor sin esperanza embarga mi corazón!

PROFESORA

¿Por qué…? ¿Acaso ama a una mujer casada?

ALUMNO

¡Es un secreto!

PROFESORA

¿Y no quiere contárselo a su profesora…?

ALUMNO

Usted lo ha hecho todo por mí. Sin usted no habría conseguido el diploma… ha convertido en diplomado a un autodidacta. Pero ¡ya no puede hacer más, no, no, no puede darme consuelo!

PROFESORA

Podría intentarlo… En estos años he aprendido a conocerlo, le tengo mucho cariño…

ALUMNO

¿Cómo, podría…?

PROFESORA

¡Es que lo amo!

ALUMNO

¡Me ama! Ay, ¿qué oigo? ¡Estoy confundido! ¡Disculpe, volveré esta noche! (*Sale precipitadamente*).

Baja el telón. Vuelve a subir el telón. En el cuarto de la profesora hay una lámpara encendida; un pañuelo rosa cubre la pantalla; la profesora se pasea por el cuarto, lleva un ajustado vestido negro con una flor en el escote, ahora deja en una repisa una bandeja con unas jarras, ahora dispone sobre una mesita un jarrón de cristal lleno de agua, como a la espera de un ramo de flores. O bien se recuesta en el sofá donde ensaya varias poses y suspira. O incluso abre la ventana como para espiar.

De pronto se oye un gran vocerío debajo de la ventana, como de borrachos. Son el alumno de la profesora y sus amigos. Cantan esta canción:

Los ojos de la profesora.
El pelo de la profesora.
La boca de la profesora.
Las tetas de la profesora.
El culo de la profesora.
¡El ramillete, el ramillete,
el ramillete de la profesora!

La profesora cierra la ventana con un golpe brusco. Se arrebuja en la mañanita con la cabeza entre los brazos. La luz se atenúa poco a poco, operación de la que se ocupaba Cioffo entre bastidores, lanzando uno tras otro pañuelos oscuros sobre la pantalla.

Baja el telón. A lo lejos se oye el vocerío mezclado a ratos con las

últimas palabras de la canción. Éramos Carlito y yo, que entretanto nos habíamos trasladado de la habitación —donde, detrás de un biombo, fingíamos vocear debajo de la ventana de la profesora— al pasillo del fondo.

Muebles y bibelots desordenados

«¡*Nogosó piguisienguesésagasán enguesé eguesellogosó*!», significaba, «¡No piensan en ello!».

«Nogosó nogosós quiegueséreguesén magasás», significaba *«No nos quieren más»*.

Papito y mamita regresaron de Ibiza con un secreto. Se les notaba a la legua que guardaban un secreto. Interrumpían la conversación en cuanto entraba uno de nosotros. O bien, cuando aparecíamos, papito apartaba la mano que tenía, por ejemplo, en la rodilla de mamita. A veces, en la mesa, sus miradas se encontraban; se observaban largo rato sin hablar con los ojos chispeantes. Desde su regreso mamita tenía la mirada embelesada y estaba antojadiza. Papito solo le gastaba bromas afectuosas; por ejemplo, la hacía tropezar para sujetarla después. Y se olvidaba de jugar con nosotros.

Por eso nosotros también nos inventamos una lengua secreta, el gasagués. Carlito y yo la hablábamos muy deprisa, mientras que Anita la silabeaba con diligencia, aunque siempre se equivocaba. Pero nosotros, unidos a ella por el secreto, no nos impacientábamos, no la hacíamos llorar. A veces la sorprendíamos practicando en un rincón. Decía, por ejemplo, «*Agasániguisitagasá esguesé agasamagasábleguesé*», que significaba, «Anita es amable». Solo le impedíamos hablar así delante de los demás, porque de lo contrario se habrían enterado del secreto.

Un día el secreto de papito y mamita pasó de bonito a feo. Dejaron de charlar, discutían animadamente. Sus miradas se cruzaban con preocupación y angustia. En una ocasión papito se exasperó y llegó incluso a dar un portazo. Y en otra ocasión mamita sollozó tendida en la cama. Por la noche, cuando se sentaban en el sofá, papito ya no le acariciaba la rodilla a mamita, sino que apoyaba, protector, la mano sobre su hombro. Mamita ya no vestía trajes tan coloridos, y papito, por su parte, olvidaba ponerse, como tenía por costumbre, una flor del

jardín en el ojal.

Fue entonces cuando Carlito, Anita y yo empezamos a hablarnos mediante criptogramas.

—¡Ha vuelto a decir *mercería*! —susurraba uno de nosotros a los otros, ocultos en el fondo del pasillo, tras escuchar a escondidas.

«Mercería» quería decir «estoy encinta», porque una vez en una mercería mamita había comprado una cinta de colores.

—¡Han vuelto a decir cruz! —bisbiseaba otro.

«Cruz» significaba «¿Cómo vamos a tener otro hijo con la guerra?», porque, según propuse yo, si hay guerra, ese se muere y se le pone una cruz encima.

Frente a aquel intruso los tres nos sentíamos solidarios, como si estuviésemos ante un hecho terrible.

Además yo organicé contra él un complot en toda regla, compuesto de conjuros y otras fórmulas mágicas. De modo que una mañana mamita tuvo que ir a devolverlo al mercado, que estaba cerca de una clínica.

En esos días, además, mientras nosotros, los niños, inventábamos nuestra lengua secreta, a los adultos también les dio por inventarse una lengua propia para indicar qué muebles y fruslerías embalar y cuáles dejar.

Era una Babel.

En primer lugar empezaron a decir puntillosamente: «¡Son mías!» y «¡Son suyas!».

«¡Son mías!» indicaba las cosas de mamita. «¡Son suyas!» indicaba las cosas de la señora de Son Batle o del nuevo propietario.

Así fue como se me reveló el concepto de propiedad. La idea que había tenido hasta entonces era muy distinta. Un juguete era mío porque yo jugaba con él, un vestido era mío porque yo me lo ponía, un caramelo era mío porque yo debía comérmelo. El nuevo propietario de Son Batle, en cambio, no usaría sus cosas; en realidad, estas no existían. Por otra parte, ni la hermosa señora que recorría el mundo ni el triste fantasma que vagaba por Son Batle podían ocuparse

de decirle a ese propietario desconocido, «¡Son mías!». ¿Quién establecía entonces a quién pertenecían las cosas? Mamita articulaba con seguridad esa nueva lengua de las cosas. Y cuando las distinguía y las separaba adoptaba un aire contrariado o codicioso.

Del mismo modo, me decía yo, debía existir un terrible dueño del mundo que en todo momento podía echarte del paraíso. «¿Puedo al menos llevarme una manzana?», preguntaba Eva. «No. ¡Es mía!», decía el dueño.

Además las cosas empezaron a separarse de la casa y del jardín, a los que habían estado unidas hasta ese momento. Daba la impresión de que cada una de ellas dijera, «¡Soy yo, yo de verdad!». Y de repente se volvía monstruosa y molesta o seductora e inquietante.

Los objetos, arrancados así de su orden, nos inducían a nosotros, los niños, a utilizarlos de un modo extravagante. El arquibanco, por ejemplo, ya no servía para guardar con naftalina mantas y adornos varios, entre ellos la bandera italiana, sino que se convirtió en el cajón con el que jugábamos a la muerte por asfixia. La gran pantalla de la lámpara, desatornillada de su alto pedestal de madera torneada y apoyada en una caja de cartón, para nosotros no era más que una monstruosa flor de colores que nos llevaba a temer que unas mariposas de las mismas proporciones pudieran entrar en el jardín. Por otra parte, el pedestal iluminado con su bombilla desnuda en lo alto me lo imaginaba como una enorme luciérnaga. Unos cojines atados entre sí y abandonados en un rincón eran, en cambio, el fardo de un gigante pordiosero. Poníamos un florero cubierto con un sombrero de paja delante del espejo de una consola y para nosotros ese florero se convertía en la señora Gopio, la esposa del secretario de papito, que venía a visitarnos. Un día colocamos la bandera de Italia en la jamba de una puerta e imaginamos que colgaba sobre un campo de batalla en el que nos habían derrotado, porque papito nos había dicho que cuando en el periódico escribían «Las tropas italianas se han desplazado a posiciones más favorables», significaba que estaban huyendo. Así, separados de sus funciones, algunos objetos se volvían inútiles y gratuitos, pero a veces revelaban también cualidades insospechadas. Descubría, por ejemplo, la gracia del hierro curvado

que discurría debajo de la mesa donde descansaba la arquilla; se parecía a algunos tallos bífidos de las campánulas. Los signos del zodíaco taraceados en los cajoncitos de la arquilla adquirían así un significado mágico. Y los monjes de carne y hueso esculpidos en los cajoncitos de otra arquilla para mí no eran otra cosa que unos monjes atónitos adorando a Dios. La Virgen del Toro dejó de ser un simple cuadro para revelarse como la auténtica encarnación de la Virgen protectora de los toreros.

Además, poco a poco empecé a no sentirme segura entre aquellos objetos que me resultaban cada vez menos familiares. Advertía, de hecho, que nosotros también estábamos a punto de convertirnos en fantasmas como Christian y la señora de Son Batle. En ese nuevo y casual hacinamiento de cosas, en ese desorden, ocurría a veces que un objeto adquiría la propiedad de emitir una gran luz capaz de abrirse paso en la atmósfera polvorienta. Esa luz era un destello de memoria, la súbita aparición de un hecho, de una imagen vinculada a ese objeto. Son Batle no constituía, pues, como yo pensaba cuando estaba en el internado, un simple paréntesis en mi vida.

Apoyada por casualidad en un mueble vislumbraba, por ejemplo, una pequeña regadera con rayas de un rojo alegre, un tanto desvaídas, y me preguntaba, «¿Quién la habrá cogido del jardín y la habrá puesto ahí?». Y me decía que tal vez la había puesto ahí un duendecillo familiar, amigo de los niños y guardián de su infancia. De hecho me veía de pronto con esa regadera en la mano —más pequeña, muy muy redondita, todavía con rizos— al lado del pozo; no sabía aguantarla bien, la sostenía un poco torcida, el agua se me escurría sobre los pies. Me notaba los dedos mojados dentro de los zapatos y oía un paf, paf paralizante. Era la primera vez que notaba esa sensación, y el estupor me mantenía clavada en mi sitio, como por encanto. Y había en todo ello algo aterrador. Esta nueva sensación era tan vasta que no lograba contenerla, al contrario, era ella la que me contenía, me succionaba y me expandía: era como si el mundo entero hiciese paf, paf.

Sin embargo, cuando en una pared entreví las manchas más claras dejadas por los muebles y los cuadros descolgados, y con el recuerdo volví a una época en que toda la pared era más clara y más nueva,

entonces me di cuenta de que el tiempo como mancha y desgarro también había irrumpido en el universo compacto de Son Batle, aunque se tratara, sin duda, de un desgarro distinto del experimentado en el internado, donde el tiempo era marcado y destrozado por relojes y calendarios.

Comprendí que mudarse no solo era separarse de un lugar. Estaba a punto de morir.

Y al final, la gracia y la inocencia abandonaron por completo las cosas.

Los moldes para las tartas, con forma de pescados, pájaros, flores, se me antojaron de repente unos juguetes perversos para adultos, que resultaban todavía más inquietantes por el hecho de que nadie había jugado con ellos jamás. Nuestra casa estaba llena de juguetes semejantes: los candiles de latón colgados de las paredes y nunca encendidos; los libros encuadernados en pergamino y oro de la biblioteca que nadie había hojeado jamás, parecidos a esos otros en miniatura alineados en la estantería de mi casa de muñecas; las pequeñas cúpulas de iglesia en donde estaban encerrados los dos tinteros de cristal nunca usados; los collares africanos que mamita nunca se puso porque, según decía, eran demasiado pesados. Y en el cajón de papito la pistola, que no utilizaba jamás, quizás porque todos sus enemigos ya estaban muertos.

Noticias de la guerra

Inés barrió, quitó el polvo, fregó el suelo. Pero se olvidó de limpiar el rincón entre el pie del arquibanco y la pared, y allí quedó un rebujo de hojas de periódico (las utilizaba para limpiar los vidrios: preparaba con ellas un montoncito, las ponía en el alféizar, las mojaba poco a poco con agua y frotaba). El viento había llevado el rebujo hasta ahí abajo. A mí me gustaba meter las manos en esos rincones ocultos. Siempre se encontraba algo. Polvo, plumas, hilos enredados. Además esos eran los lugares donde se agazapaban las brujas cuando se ordenaba la casa. La maraña de cosas allí anidadas pertenecía al Otro Lado de la vida, casi el revés de una pizarra, ese en el que yo creía que se revelaban todos los secretos que me ocultaban los adultos, pero de los que, cuando me asomaba a ellos para descifrarlos, solo encontraba pistas confusas, indicios efímeros, pruebas engañosas.

Me parecía que aquel rebujo de periódicos, precisamente por aparecer en ese lugar —y también porque yo solía esconder en papeles arrugados los caramelos robados a Carlito— contenía la revelación de un secreto, algo que desde luego no podía haber en las hojas del periódico dejado por papito o mamita en la mesita o el sofá, al alcance de todos. Por eso, tendida panza abajo, una vez deshecho el rebujo me puse a silabear, «Zona de operaciones… en los hospitales, tras prestar gran apoyo a los heridos, el *duce* acude a la cabecera de las puérperas, y con paternal dulzura se inclina sobre las cunas… El asalto a Gran Bretaña es inminente… Causas biológicas de la derrota francesa: alcoholismo, descenso de la natalidad, uso de estupefacientes… Celebrado el 4 de noviembre con ritual de guerra…».

Un día en que se rompió la cometa y no teníamos papel de seda de colores usamos una hoja de periódico y la encolamos; en la cometa apareció el siguiente texto: «Por las sendas de la victoria».

La maestra de italiano nos enseñó a confeccionar máscaras de papel maché; en una ocasión, en la última capa de papel de periódico, de la

frente a la nariz y de oreja a oreja se leía: «Bombas sobre la flota inglesa refugiada en el puerto de Alejandría… Tanquetas enemigas incendiadas en el frente cirenaico… Aeronaves inglesas abatidas en Massawa… El rey emperador pasa revista a una heroica tropa de pilotos de torpederos… Las unidades blindadas inglesas ametralladas repetidamente en Marmárica…». Lo cubrimos todo con papel blanco y lo pintamos.

Mamita no quería que papito leyese el periódico en el cuarto de baño, pero él no le hacía caso, y una mañana encontré un diario olvidado en el lavabo, un poco salpicado de agua. Olía a cigarrillo. Me senté en la taza, cogí el diario y leí: «El secreto de Génova… el cinismo británico… Con fervorosa fe… Otros veintiséis buques enemigos hundidos en el Mar Glacial… Inglaterra ya no domina el mar ni los vientos ni las arenas… Gibraltar violada una vez más por los medios de asalto de nuestra Marina… Desórdenes en toda la India…».

La guerra era una retahíla de términos metálicos: destructores, cruceros; vehículos blindados, columnas de tropas, convoyes enemigos; bombas antitanque, aeronaves, fortalezas volantes, cazas; sondas, submarinos; bombarderos, proyectiles trazadores incendiarios.

O era una acumulación de nombres de ciudades y tierras jamás oídos: Marmárica, Basora, Tokio, Cirenaica; Bizerta, Alagir, Orán; El Alamein; Stalingrado. Melilla, Gibraltar.

Pero la guerra era sobre todo una voz.

O mejor dicho, una voz que hablaba por la radio: «Habéis doblegado hasta la más ardiente humillación el orgullo de la que un día fue la dominadora de los mares, habéis disminuido su prestigio y su poder. El pueblo italiano está orgulloso de vosotros…».

O era la voz de papito que, sentado en el sofá debajo de la enorme pantalla de la lámpara —en aquellas noches estivales las polillas entraban a centenares y se aplanaban sobre la pared iluminada, formando una tapicería de temblores, un mapa móvil y agitado—, leía en voz alta los titulares de la primera plana del periódico, mientras

mamita, sentada con las piernas cruzadas en el rincón opuesto del salón, lejos de la luz porque le tenía miedo a las polillas, fumaba y miraba el vacío.

«Stalingrado, bombardeada hasta la noche, consumida por numerosos incendios… Poderosa presión alemana sobre Stalingrado… Las tropas alemanas a veinticinco kilómetros de Stalingrado… Combates en las calles y las casas de Stalingrado… La férrea resistencia ofrecida por los bolcheviques en Stalingrado retrasa la caída de la ciudad… Eclipse de luna y de sol… El dictador rojo manda destruir los puentes sobre el Volga… Siguen incesantes los combates para aplastar la fanática resistencia de los bolcheviques, que han hecho de cada calle y de cada casa un reducto fortificado… Combates cuerpo a cuerpo entre las ruinas de la ciudad… Sangrientos enfrentamientos en la ciudad arrasada… La espantosa agonía de la gran ciudad industrial…»

Mallorca, como encerrada en una pompa de jabón, estaba fuera de la guerra. Estaba fuera del tiempo. La guerra de Mallorca había terminado. Pero en cualquier momento podían obligar a nuestra familia a trasladarse donde había guerra. Entonces comprendí lo que significaban expresiones como «nuestra patria» y «nuestra familia».

«¡Qué suerte! ¡Dios se ha olvidado de nosotros y nos ha dejado aquí!», pensé.

La guerra de Mallorca ya era un recuerdo. Un recuerdo de cosas inmundas: un dedo en el culo; los aviadores italianos que se divertían asustando a las campesinas y ejercitándose con la muerte en vuelos rasantes; un dedo en el enchufe; el avión que casi me había aplastado; Maria Antònia que le mordía el culo a Conchita; el bombardeo del cementerio.

Pero también era el recuerdo de cosas resplandecientes y animadas: los desfiles militares; las llegadas de los buques al puerto; los uniformes; las medallas; el retumbar de los aviones; el ulular de las sirenas.

Y era como si nosotros estuviéramos fuera de ese juego.

Fuera de esa voz.

Fuera de esos nombres que la evocaban.

«Temblaron todos los cristales de la ciudad», escribía la abuela. O bien, «Nápoles tiembla».

La guerra era Nápoles temblando, un estremecimiento de aguas y cristales, de sirenas y delfines enloquecidos que relucían al saltar fuera del agua, y también de mujeres arrodilladas que rezaban o imprecaban en los callejones.

«Stalingrado se defiende con los dientes», había comentado papito.

La guerra era una fiera metálica que se retorcía en la nieve y el barro y a la que Carlito y yo llamábamos «Stranguladientes». Y así nos disfrazábamos de Tiembla Bruja y de Ogro Stranguladientes y combatíamos armados con ramas de árboles y tapaderas de bidones.

QUINTA PARTE

Los enigmas de Malaquías

Carlito y yo no subíamos de la playa hasta el atardecer. Pero en vez de regresar por la escalerita privada de la casa del Tejado Verde, a la que nos habíamos mudado hacía unos meses, preferíamos ir por la escalera que llevaba al mirador, frente a la iglesia de San Pedro Claver, donde se sentaba Malaquías.

Se quedaba allí encorvado, con el pelo blanco tapándole la cara, y contemplaba el mar con una mirada aviesa y pasmada. Ahora cerraba los ojos, ahora los abría, ahora permanecía inmóvil, ahora se agitaba. A veces le entraban ganas de comer algo, y entonces nos mandaba a comprar higos —que devoraba uno tras otro— o uva, o media botella de vino y un poco de pan seco. «El vino ayuda a que la sangre circule», decía.

Tenía la piel oscura, las venas de las muñecas y de las manos, duras y protuberantes. Se parecía a su perro Alí, que descansaba echado a sus pies, y a veces tenía la mirada socarrona y adormilada, otras vigilante. El perro también tenía la pelambre blanca.

Malaquías vestía con descuido, no se aseaba. Estaba lleno de rencor y malicia, de secretos y maravillas, de desprecios y sonrisas bondadosas pero poco fiables. Hablaba mediante enigmas.

Decía, «“¡Arriba España!”, había exclamado él. ¡Y ya llegamos!». O bien, «Alí me hace de esposa, de padre y de hijo». O bien, «El asesino del padre es el hijo». O también, «Yo quería caminar, pero siempre me faltó el pie». O incluso, «A los gatos hay que darles comida tibia, si no, no cazan ratones vivos y calientes».

Para nosotros casi todos los enigmas de Malaquías quedaban sin resolver. Siempre ocurría que una sola palabra, al reemplazar a las otras, adquiría para nosotros un significado que considerábamos decisivo. Por ejemplo, «él» o «el Generalísimo» era un mago malvado que había sometido a Malaquías, pero en vez de atarlo con cadenas le había provocado artritis, y de ese modo lo tenía prisionero. El «pie»

era un pie enorme y mágico, como el embutido en la bota de siete leguas. El «asesino», además, llevaba turbante y cinturones de seda en los que ocultaba puñales y venenos. Y no era él quien mataba al padre, más bien el criado a sueldo del padre.

Una noche, sin embargo, mientras intentaba dormirme, se me reveló el enigma de darle comida tibia a los gatos. Y la revelación fue estremecedora. Los hombres también comían cosas calientes para acostumbrarse a atrapar hombres vivos, todavía calientes.

«Y Adán», decía Malaquías, «se alegra de su ruina».

Malaquías había sido marinero durante muchos años. A veces decía, «No tengo nada que contar». Otras veces, sin embargo, nos contaba anécdotas.

—Llegué a Barcelona con dieciocho años. La ciudad era un hervidero de obras. Fui a visitar los astilleros donde se fabricaban los barcos y los nuevos barrios surgidos al final de las Ramblas. Jamás había visto tantos comercios, tantas tiendas, tantos almacenes; me fascinaban especialmente los artículos para barcas y buques. Encontré trabajo de grumete en un barco. Antes de zarpar mis compañeros me dijeron que debía peregrinar a Montserrat, cuya Virgen protege a los marineros. Pero yo no quise ir. Preferí subir a Montjuic. Desde allá arriba se veía toda Barcelona. La ciudad estaba como postrada a mis pies, como presagiando mis empresas.

»Llegamos a Casablanca. Mis compañeros y yo nos fuimos corriendo al bazar. Cuántos intercambios y contrataciones, cuántas mercancías, visibles e invisibles. Las mujeres iban cubiertas. El velo era similar al que protegía las mercancías de mis manos que querían aferrarlas. Y los ojos de las mujeres parecían parpadear como monedas, invitando a comprarlas y a robarlas. Una de ellas se quitó el velo por mí. Y mientras la consumía me daba cuenta de que tenía un sabor doméstico, el de mi casa, el de mi madre, el de mi hermana. Y yo la hurgaba, hurgaba en busca de la moneda brillante, pero no la encontraba. La habría desgarrado, como un ladrón desgarra una vestidura donde cree que se oculta un tesoro. Y para encontrar esa moneda mis compañeros y yo desembarcábamos en cada puerto y nos dejábamos, en cambio, nuestra salud, nuestro dinero, nuestro

semen….

—Malaquías, ¿por qué dices que el asesino del padre es el hijo? —le preguntábamos a veces.

—Porque es así —contestaba. O bien decía—: Porque mi hijo fue en realidad un asesino. En cambio yo nunca he matado a nadie en mi vida. Ese hijo mío se alistó en la Falange. La culpa la tuvieron también los desórdenes de la época. Entonces no se entendía nada, a un joven le resultaba fácil equivocarse. Imaginaos que había dos generales Franco, uno rojo y otro blanco, y encima el rojo iba disfrazado de blanco,* y casi por coherencia con este juego de máscaras murió en circunstancias misteriosas no lejos de aquí. Si nadie podía distinguir bien un general de otro, si en una familia había dos hermanos tan distintos y, sin embargo, tan poco reconocibles, ¿cómo se podía pretender que un pobre muchacho, criado sin su padre, entendiera algo? Yo también tuve la culpa. Qué queréis, nunca veía a mi mujer y a mis dos hijos. Siempre estaba navegando. Y cuando regresaba me ocupaba poco de ellos; total, ahí estaban, como estaba siempre ahí el muelle, con su catedral al fondo. ¿Para qué me casé entonces? ¡A saber! Quizás porque era lo que había que hacer, porque era lo que hacían todos, porque mi madre había muerto, porque mi esposa tenía algo de dinero, porque todos los marineros tenían una mujer en alguna parte, una esposa, una madre, una hermana. Hasta los curas tienen una mujer, yo qué sé, una monja, una criada… Por eso mi hijo se convirtió en asesino, porque yo a casa llevaba solo tedio y tristeza, o furia. Mi vida no era fácil y yo me desahogaba ensañándome con mi esposa. Y ella, pobrecilla, un buen día se metió en la cama. Se había cansado de vivir, estaba harta de mis atropellos… para las mujeres enfermar es la única manera de hacer huelga. Y al principio de la agonía me echó. No quiso perdonarme. «Decidle que se vaya», pidió a los parientes, incorporándose en la cama. «¡Dejadme morir en paz!». Y así, al menos al borde de la muerte, encontró su liberación. Nuestros dos hijos fueron fruto de toda esta miseria. Qué vergüenza: imaginaos, una vez le pegué y me fui dando un portazo. Al día siguiente la puerta tenía el cerrojo echado. Recurrí a un ardid. «Abre», le rogué, falseando la voz, haciéndola dulce y meliflua. La pobrecilla abrió. Y en cuanto

entré le pegué un mordisco en la boca. Tenía celos, con razón o sin ella, no lo sé. Las *males dones* y las mujeres honestas son las dos caras de la misma moneda. La culpa la tenemos nosotros, los hombres. En vez de abrir con cuidado esa conchilla que es la mujer, procurando no separar las dos valvas, no romper los frágiles ligamentos que las mantienen unidas, las partimos en dos enseguida, bruscamente. Mañana, en la playa, tratad de sacar del fondo arenoso una de estas conchillas, abridla, vaciadla, pulidla sin separar sus dos partes. Veréis qué difícil es.

—¿Y qué ha sido de tu hija?

—Continúa la triste suerte de su madre, a saber dónde, no lo recuerdo.

—¡Malaquías, cuéntanos los hechos de la guerra! —le pedíamos de vez en cuando.

Algunas veces no contestaba nada. En ocasiones decía:

—Como ocurre con las mujeres, la guerra y la paz son las dos caras de una misma moneda. Cuando hay guerra, hay tierras y personas que se mantienen alejadas de la lucha. Y en tiempos de paz, los ricos y los pobres se hacen la guerra.

Cuando estaba en vena, sin embargo, nos contaba algunos hechos y por ejemplo decía:

—En el Grand Hotel de Palma se alojaban aviadores y mecánicos italianos. Al caer la noche vagaban como amos por el puerto, de un modo parecido a nosotros, los marineros, cuando desembarcábamos en puertos lejanos. Y como nosotros allá lejos engatusábamos a las mujeres… a nuestras mujeres…

O también nos contaba:

—En el puerto había entonces un hidroavión de madera que servía para distraer al enemigo… Y en el aeropuerto tapaban los aviones con lonas y ramas… Las guerras no son solo sangre, sino también astucias, timos y engaños…

O incluso nos decía:

—Imaginaos, en una ocasión hicieron desfilar por las calles de Ciutat a los catorce cadáveres del buque *Almirante Cervera*, que había sido bombardeado; parecía la procesión del viernes santo. Querían

inculcar en la gente el odio a los republicanos; sin embargo, la gente se estaba acostumbrando más y más a la guerra…

Y en otra ocasión, entre otras cosas, nos contó:

—Cuando todo terminó, los hombres que habían sido enrolados como soldados en el continente y que salieron bien librados iban en peregrinación a Lluch; al llegar allí, del santuario a la montaña hacían todo el recorrido del Via Crucis de rodillas, que previamente se envolvían en coronas de espinas… entre ellos estaba también mi hijo, y reunidos en la misma persona vi a la víctima y al verdugo… —y como para desdramatizar, añadió—: Como aquí no todos saben que odio a mi hijo, alguien me dijo un día riendo que vive con una mujer que le pone los cuernos y todas las mañanas le planta el café en la mesa de tan malos modos que se desborda en el platito, y cuando él se lo toma, le chorrea en la camisa. De modo que ella, sin falta, le grita: «¡Siempre te manchas todo!».

Nos gustaba mucho ir a la casa de Malaquías. Cuando llamábamos a la puerta él nos decía a veces, «¡Marchaos!». Pero otras veces nos dejaba entrar. Su casa, que constaba de un cuartito, estaba construida encima de la roca y sostenida sobre dos barbacanas, porque, según nos explicó, su abuelo se había equivocado al edificarla: debido al excesivo peso de la bóveda y a la humedad que rezumaba en las paredes a través de la cisterna de abajo, estaba a punto de derrumbarse, pero a él se le ocurrió la idea de las barbacanas. En su interior todo se amontonaba en un gran desorden. Para dormir había dispuesto un camastro en el suelo. Aunque a veces, si no le dolían los huesos, dormía en una hamaca. Decía, «Cuando consigo descansar aquí, pienso que sigo siendo joven, que tengo los huesos elásticos, capaces de adaptarse a cualquier forma y movimiento».

Daba la sensación, además, de que no supiera bien para qué servían los objetos. De hecho los utilizaba de las formas más raras. Todo en su casa parecía fortuito e improvisado, provisorio. Para que no se le volara la ropa que lavaba de vez en cuando utilizaba, por ejemplo, tenedores, y cuando comía cogía los bocados con las manos y los

ensartaba con un cuchillo. En los cajones de la cómoda guardaba mil cachivaches; la ropa, en cambio, la acumulaba en una silla. En una barra de jabón había esculpido un adorno con forma de cara. La azada estaba siempre apoyada dentro de una palangana llena de agua, de la que bebía Alí. Era como si todas las cosas de aquella casa preguntaran sin cesar, «¿Quién soy? ¿Para qué sirvo?». Muchos objetos no solo daban la sensación de estar vivos, sino de tener varias vidas simultáneas. Otros, en cambio, parecían muertos para siempre. Como el despertador, que no funcionaba.

Una de las muchas veces en que Malaquías nos mandó a comprar uva, el vendedor nos sirvió un único racimo enorme pegado a un sarmiento leñoso. Por eso, después de regañarnos diciendo, «¡Vaya, dejáis que os pesen también el sarmiento!», nos enseñó cómo nos tenían que pesar los alimentos: el jamón y la sobrasada solo con el papel encerado; los higos sin las hojas de vid; el pan, por su parte, debía estar bien horneado, sin miga apelotonada, llena de agua; y la carne sin grasa ni tendones; a las cebollas debían cortarles los tallos. «¡Si no, os hacen pagar hasta la paja!», exclamó.

Dejó un tiempo el racimo colgado por el sarmiento en un gancho. Días después dijo de pronto, «Pero ¡esta se parece a la uva esculpida de la catedral!». Y no se comió el racimo, lo dejó colgado de aquel gancho.

En cierta ocasión nos mostró los hombrecillos que se podían ver al observar una semilla de caqui partida exactamente por la mitad. Y dijo, «¡Uno quisiera olvidarse de los hombres pero, como veis, todo conspira para recordárnoslos!». Escupió en el suelo y añadió, «¡Y para recordar a las mujeres basta con partir un erizo de mar!».

Cangrejos, pescados y rocas

En la casa del Techo Verde nuestra jornada comenzaba por la mañana temprano, justo después del desayuno. A veces incluso nos zambullíamos directamente en el mar desde la ventana de la cocina. Era más bonito dejar la casa de este modo. Pero papito y mamita, la cocinera y Antònia nunca lo hacían. Don Felipe, por su parte, había envejecido: nos miraba con envidia y pena. A Anita le hubiera gustado imitarnos, pero no se atrevía; aún no sabía nadar.

Como cada mañana partíamos a la aventura, nos cambiamos el nombre. Yo me llamaba Bastiana y Carlito, Alichucu. Bastiana era un nombre corso, y por entonces creíamos que corsos y corsarios eran lo mismo. En cambio Alichucu se originó así: al principio Carlito eligió llamarse Alí porque le gustaban los piratas. Pero como también le gustaban las locomotoras y, a menudo, con un trozo de madera en la mano en vez de jugar a los barcos jugaba al tren repitiendo, «¡Chucu, chucu!», lo apodé precisamente «Alichucu». Y a él no le disgustó el nuevo nombre.

A nado o a pie, íbamos a diario de cala en cala. Una vez en que nos dirigíamos hacia el norte, fuimos más allá del barrio de El Terreno, hasta las atarazanas; mientras que en otra ocasión, cuando nos dirigíamos al sur, llegamos al barrio de Sant Agustí.

Durante estas salidas nuestras ocurría a menudo que las cosas se nos antojaban como inscritas en un círculo mágico. Nosotros nos encontrábamos en sus bordes, o dentro. Veíamos, por ejemplo, un pescador en cuclillas, absorto, y nos quedábamos inmóviles, no podíamos movernos de las rocas donde estábamos hasta que el hombre se levantaba, o bien, al descubrirnos, nos saludaba. Nos resultaba imposible continuar, sentíamos que cualquier gesto habría sobrado. Podía darse cuenta uno solo de nosotros o los dos, y entonces exclamábamos al unísono, «¡*Mira*! ¡Ahí está el círculo!».

Cuando llegábamos a una cala, antes de meternos en el agua

debíamos detenernos un instante. El semicírculo de la cala trazaba, de hecho, los límites del hechizo. El agua estaba tan inmóvil que había realmente dos mares, uno fuera y uno dentro del semicírculo. «¡Zambullámonos!», decíamos tras demorarnos un rato en los márgenes de aquel hechizo, y nos adentrábamos a nado en la cala. Nos quedábamos debajo del agua, no nos atrevíamos a aflorar a la superficie, y así estábamos allí y al mismo tiempo no estábamos. Y era como si nos preguntásemos, «¿Esta cala nos quiere, así tan de repente, en su centro?». Emergíamos tímidos; sentíamos que habíamos nacido a otra vida. «¿Y ahora qué nos pasará?», pensaba yo, ya en la orilla, sentados en la arena. La cala se transformaba entonces en la costa recién alcanzada y jamás explorada de un nuevo mundo. Nos volvíamos para mirar hacia arriba, a nuestra espalda; se veían unas casas. Sus habitantes, fantaseábamos, eran de otra raza. Y en las rocas que las rodeaban crecía el ajenjo. Era el perfume de otros tiempos. «Tal vez entre esas casas haya un palacio real», nos decíamos el uno al otro, «y a lo mejor hay también un rey al que le gustaremos». Y decidíamos presentarnos ante él y pedirle que nos dejara participar en sus empresas. No sabíamos cómo vestirnos. «¡Hay muchas conchillas! ¡Lástima que no tengamos un clavo para perforarlas y un poco de hilo para ensartarlas!» Entonces, con algas nos hacíamos rizos postizos, colgantes, aretes. Después, por rocas y senderos llegábamos a las casas. Vislumbrábamos un campito de tomates muy muy pequeños… seguramente los cultivaban unos gnomos. Encontrábamos una caja herrumbrada… sin duda en su interior habían habitado unos hombres. Y después había un montón de alcaparras. Quién sabe cuánto se habría alegrado Rosa, una vendedora ambulante que todas las mañanas, a las cinco, iba a robarlas a los campos de los vecinos. Y también había rocas que imitaban escalones. «Aquí se podría construir una casa», decíamos, «la escalera ya está hecha». Después, puntualmente, se alzaban ante nosotros dos pinos a los que apodábamos «los dos enemigos», porque sus copas se inclinaban hacia lados opuestos, como si quisieran alejarse, desdeñosos. O ahí estaba la casa de Xim, o la torre de Vallcarca, o incluso la villa del Nabab. Y entonces nos mirábamos avergonzados. Allí no había nada que

explorar. Nos reíamos a carcajadas. Regresábamos. Y todo volvía a empezar en una nueva cala.

Un día estábamos pescando. Anita también pescaba. Sobre una roca, con sedales. Teníamos ya cuatro o cinco pescados. Los freiríamos nosotros mismos en la cocina. Nos lo permitían. Anita ya había aprendido bien; tiró rápida del sedal. Pero el pez estaba lleno de vida. Se arqueó con fuerza, dio un brinco y mordió a Anita en el brazo, cerca del hoyuelo del codo. Todo fue tan rápido, terrible y alegre que nos quedamos atónitos. Anita ni siquiera gritó por el mordisco. Ni nosotros, Carlito y yo, corrimos a ayudarla. Solo cuando el pez cayó de nuevo, Anita lanzó un grito. Entonces acudimos a su lado. El pez abría la boca con dificultad. A lo mejor era un pez encantado.

—¿Vamos hasta las boyas?

Las boyas parecían vasijas de magos y artefactos de guerra al mismo tiempo. Su nombre, además, recordaba objetos de goma y de aire. Eran anaranjadas y rojas, como estrellas y tomates de mar gigantes. Nadábamos con fuerza. Parecían inalcanzables. Pero ¡eran la tierra prometida, la salvación, la meta! Nos quedábamos sin aliento. Descasábamos haciendo el muerto. ¿Y si nosotros también nos transformábamos en boyas? Seguíamos nadando. Perdíamos la noción del espacio y el tiempo. Las boyas se convertían en espejismo, pero en espejismo inquietante. ¿Eran higos chumbos o muñecas de goma decapitadas, como esas que se encontraban en las playas, sin ojos y con colores desvaídos? Y entonces llegábamos. Bastaba con alargar un poco el brazo. Nos apoyábamos en la boya. Y a veces ocurría que lo hacíamos los dos en el mismo instante, nuestras manos incluso se tocaban. Entonces tenía siempre la sensación de que esa mano que yo rozaba era un animal marino. La boya se hundía ligeramente. Pero una fuerza la impulsaba a flotar. No se podía navegar lejos con la boya, sus posibilidades de movimiento eran limitadas. De hecho una fuerza le impedía la libertad de la que gozaban otros cuerpos flotantes.

Bajábamos al fondo siguiendo la cuerda. Después la soltábamos bruscamente. Nos dejábamos arrastrar más abajo y volvíamos a flotar. Jamás dejaríamos de jugar con la boya. Las yemas de los dedos se arrugaban, los labios se ponían morados. Había que marcharse. ¿Si no hubiese estado conmigo Carlito, más morado que yo y con los dedos más arrugados que los míos, habría regresado a la orilla al cabo de tan poco tiempo? Pero si no hubiese estado conmigo Carlito ¿acaso habría ido hasta las boyas?

Había, en efecto, círculos mágicos en los que se entraba de a dos, otros en los que se entraba en grupo, otros en los que se entraba a solas.

Y después estaban los cangrejos. Los cangrejos normales, blancos por dentro como los miembros de un príncipe. Y los gigantes y peludos, que se aplanaban inmóviles entre las algas para ocultarse o que avanzaban amenazantes. En una ocasión papito apagó el cigarrillo en el caparazón de un cangrejo que habíamos limpiado a conciencia. Desde entonces les decíamos, «Os dejamos en paz, no queremos que os convirtáis en ceniceros».

Las caracolas, en cambio, eran orejas que sonaban. Los erizos limpios, sin sus espinas, eran los huevos del mundo. Los amontonábamos en nuestros cuartos, donde un ídolo gigantesco, que habíamos apodado «el Mamitón», los incubaba envolviéndolos en un largo pene a modo de nido. Pero cuando Mamitón se enfadaba lanzaba un grito y el pene se empinaba. ¡Pobres huevos! ¡Pobre mundo!

Las medusas se fundían en la roca. «¡Os lo tenéis merecido!», exclamábamos Carlito y yo. Pero ¿dónde había ido a parar, nos preguntábamos, su veneno? ¿Al día siguiente podríamos tocar esa roca? ¿Se podría posar allí el pie? No, nunca más, nos decíamos. Hasta que nos olvidábamos de ellas, hasta que la roca dejaba de brillar, maligna y violeta.

Por otra parte la obstinación de las sepias en querer parecerse al profesor Pardo, un vecino, no podía tacharse de encomiable. El profesor Pardo tenía ojos penetrantes y lascivos. «Tened cuidado», nos

advertía mamita. «Se dicen cosas muy feas sobre él. Dicen que le gustan las niñas» En cualquier caso la sepia era mejor que él con diferencia. En vez de pensar en atrapar a las niñas se escabullía para no dejarse atrapar por ellas. ¿A qué profesor Pardo del mar debía parecerme yo, pues, a ojos de la sepia?

Para no ser apresadas trataban de parecerse a los fantasmas. E incluso cocinadas hacían lo imposible por semejar otra cosa distinta de lo que en realidad eran. De hecho tenían aspecto de objetos no comestibles, como servilleteros o anillos de goma.

Las estrellas de mar, según descubrí, eran sumamente voraces. Se alimentaban de peces, pulpos, conchillas; y cuando una lapa se abría apenas y se distraía, enseguida la chupaban. Me empleaba a fondo para no dejarme engañar por su bonita forma. Por otra parte las estrellas del cielo también eran voraces. Consumían todo el fuego del mundo. «Cuando el sol haya terminado de quemarse el mundo entero morirá de frío», había oído decir a mamita.

Al menos las lapas se conformaban con poco; eran como la pobre Miseria. A ellas les bastaba apenas un sorbo de agua. Nosotros, en cambio, comíamos mucha de aquella carne de Miseria.

Los más fascinantes, de todos modos, eran los peces. Eran tan móviles y veloces que no podían parecerse a nada. De hecho, pensaba yo, las cosas se parecían a otras cuando se aburrían de sí mismas, cuando empezaban a morirse. En cambio a ellos les ocurrían cosas terribles sin cesar. Solo para respirar tenían que mantenerse en constante agitación, por no hablar de comer o cualquier otra cosa. Por eso se mimetizaban. Tenían el vientre plateado, me decía yo, para camuflarse con el cielo, y el dorso oscuro para camuflarse con el mar.

Una mañana en la mesa de la cocina vi un pescado grande que la cocinera estaba destripando. Estaba lleno de huevas y pescaditos. Los pececitos no nacidos se mezclaban con los pescados muertos, comidos. En ese preciso momento me di cuenta de que yo también había estado en una barriga, en la de mamita. ¿Como cosa comida, me pregunté de inmediato, o que debía nacer? Sin duda mamita también había comido algo, como el pescado.

—Pero mamita tiene sus vestidos, sus perfumes, sus libros, sus

cigarrillos, ofrece recepciones, se cruza de piernas, mira el mar, fuma. ¡Ella y yo no tenemos absolutamente nada en común!—le dije al pescado.

Me fui corriendo al dormitorio, tiré el traje de baño al suelo, me vestí de punta en blanco. Me puse las sandalias, los calcetines e incluso una camiseta debajo del vestido —que era escotado con tirantes—; por último, me adorné el pelo con una cinta. Me senté en el salón con un libro de la colección Scala d'Oro. Me olfateé las manos, olían a jabón. No apestaban para nada a pescado.

Me pasé tres días sin bajar a la playa. Carlito estaba de morros conmigo. «Pero cómo, ¿no quieres venir?» Y se iba solo. De vez en cuando me llamaba desde abajo, para tentarme me enseñaba cangrejos, que sostenía con dos dedos, cestitas con pescados, pulpos ensartados en palitos, medusas, estrellas, caracolas gigantes. Mamita aprovechaba para enseñarme a coser, y mientras tanto me pedía que le contara los libros que leía para comprobar si los había entendido; un día incluso me enseñó a poner la mesa como es debido.

Y así, todavía no habían transcurrido tres días desde la historia del pescado cuando volví a bajar a la playa.

—¿Vamos a pescar? —le pregunté a Carlito—. ¡Hoy pescaremos tanto que esta noche freiremos pescado para toda la familia!

Resultaba de veras tedioso ser mujeres y hombres en las casas, casi tan tedioso como hacer de Dios en el cielo. «Menos mal que entre los hombres y el cielo está el mar», pensaba yo, sentada en la orilla.

Desde entonces, en señal de alianza con el mar, todas las tardes llevábamos a casa nuestros talismanes: piedras extrañas; cristalitos pulidos; collares de conchillas, en los que la conchilla más bonita era «el alma» de la abuela, que en Nápoles sufría por nosotros «aflicciones del alma»; conchillas bivalvas, que pulíamos con piedra pómez, procurando que no se partieran en dos; estrellas de mar, que apestaban durante días colgadas de clavos en la entrada de casa; ceniceros confeccionados con caparazones de cangrejos, que le regalábamos a papito; y también muchos caparazones de erizo.

Además, una tarde, Carlito le llevó a mamita una gran caracola rosa. Mamita se la puso junto a la oreja, Carlito acercó la boca y

empezó a hablar, mientras ella fingía escucharlo a través del caparazón; después intercambiaron los papeles.

El espejo roto

Por aquel entonces en casa siempre ocurrían desgracias. Primero se rompió el espejo. Carlito y yo jugábamos a saltar en la cama de mamita.

—Ahora voy a saltar tan alto que llegaré al armario— anuncié.

Y juntos brincamos hasta el armario y nos agarramos. El armario se nos cayó encima y se rompió el espejo.

—Hemos tenido siete años de felicidad —dijo mamita—. Ahora empezarán siete años de desgracias.

¡Cómo chillaba!

Esto ocurrió justo al principio, cuando acabábamos de llegar a la nueva casa. Aquellos saltos en la cama, causa de la mala suerte que según mamá se abatiría poco después sobre nosotros, podía decirse que formaban parte de las aventuras de la mudanza. En efecto, nuestras camas todavía no estaban montadas.

La casa del Tejado Verde no tenía nada que la asemejase a Son Batle. En primer lugar era una casa propiamente dicha, no se parecía a una iglesia ni a un convento. Y su tejado de tejas de mayólica verdes y relucientes era un tejado auténtico. Por su precisión recordaba los tejados ilustrados en los silabarios; pero como los señores eran excéntricos —no sencillos como los campesinos de la «granja»—, en vez de ser rojas las tejas eran verdes, como las escamas de un dragón que quisiera mimetizarse entre las copas de los pinos.

Cada ambiente estaba destinado de modo inequívoco a un uso específico; de hecho los cuartos no se comunicaban entre sí como en Son Batle.

La cocina se parecía a la del internado, con encimeras de mármol, armarios blancos, sillas barnizadas, fogones eléctricos y de gas. Los utensilios, además, permanecían ocultos. No se veían por ahí ollas, platos, cucharones, tinas; no tintineaban los cubos; el agua solo fluía de los grifos. En una palabra, aquella cocina parecía más bien una

nevera. Y desde luego no era un lugar donde se reunieran los sirvientes. Y eso ocurría, tal vez, porque había rivalidad entre los venidos de Son Batle y los contratados allí, de modo que cada uno, al terminar el trabajo, se retiraba a su propia habitación, que era muy pero que muy pequeña y con litera, o regresaba a Ciutat. La cocinera, además, ponía sumo cuidado en que todo quedase reluciente y guardado en su sitio en cuanto terminaba el servicio. Así, cuando entrabas no se notaba olor al humo de leña, sino a sosa y lejía. Ni siquiera echando mano de la fantasía se podía imaginar en aquella cocina pilas de leña amontonada en los rincones, manzanas esparcidas en la paja, sacos donde apoyar a Anita cuando tenía sueño. Ahí dentro ni siquiera las patatas fritas eran una fiesta. La cocinera, además, era muy severa; ¡cuidadito con servirte una recién hecha! Por eso siempre acabábamos comiéndolas reblandecidas. Ahora bien, a mamita no le disgustaba todo eso. A veces se sentaba en la cocina, complacida con tanta limpieza, con un libro de cocina abierto sobre la mesa, *Il talismano della felicità*, donde constaba una única fotografía, antes del prólogo: el busto en mármol blanco de una mujer con un niño colgado del cuello.

El salón era estrecho y largo. No era un lugar de paso como el de Son Batle, sino que se encontraba en la planta baja y permanecía siempre cerrado. Por eso nosotros no entrábamos nunca y mamita iba solo cuando recibía visitas. No había patio. Había más bien un vestíbulo oscuro que recibía luz a través de unos vidrios historiados verdes, amarillos y azules, y estaba lleno de plantas siempreverdes, tristes de tanto permanecer en penumbra, severas como las del internado. En el suelo rechinaba sin cesar bajo los pies la arena que traíamos de la playa, y mamita no hacía más que gritar. Y siempre, como queriendo sumar fastidio al fastidio, añadía, «¡Tampoco soporto estas plantas! Tiene una la sensación de estar en el recibidor de una modista. Tarde o temprano haré que se las lleven».

El comedor quedaba como relegado en un rincón de la casa y tenía una sorprendente forma triangular. «Los arquitectos modernos», se quejaba mamita, «no entienden nada. Aquí nos obligan a comer en un rincón, e imaginaos, en una casa llegué a ver una mesa arrimada a un

muro, de modo que los comensales se veían forzados a comer de cara a la pared. ¡Ni siquiera en el comedor de una fábrica se come así! ¿Qué sentido tienen mis amorcillos de Capodimonte en semejante cuartucho? Será mejor que los embale antes de que se rompan». Después se iba al balcón y se consolaba, «¡Por suerte se ve el mar!».

En el extremo del pasillo al que daban los dormitorios había una galería, una especie de falso salón que daba al mar. A mamita le gustaba precisamente por las vistas. Allí tenía sus libros, sus trabajos, sus flores: clavelones, cinias, caléndulas. Esas eran las flores preferidas de mamita; las rosas y los gladiolos, en cambio, no le gustaban nada. Decía, «Ya no son flores; es como si las confeccionaran en una fábrica de regalos». Y con tono sardónico, añadía, «Hay que resignarse. ¡El mundo se parece cada vez más al sueño de los *midinettes*!* Yo intentaba provocar su irritación, reavivar su rivalidad con la abuela. Le decía, «A la abuela le gustan las rosas y los gladiolos». Hasta que un día mamita me dio una respuesta que me asombró, no despotricó contra la abuela, como yo esperaba. Dijo, «Tu abuela es una señora de otra época. Puede incluso permitirse que le gusten los gladiolos. Y si le diera por ahí, hasta puede vestirse de lamé».

A cada mueble, adorno o bibelot le faltaba algo; había siempre una pieza que había quedado para la señora de Son Batle; y algunos objetos habían perdido hasta el alma. El arca sin el tapiz de colores, por ejemplo, parecía un ataúd. Mamita le puso encima un paño de damasco color burdeos y en el centro una cajita de madera cuya tapa llevaba taraceado el nombre del bi-sabuelo, y así el arca acabó por parecerse aún más a un catafalco. Los monjes esculpidos en los cajones de la arquilla, además, miraban todos hacia la puerta del baño, como si se hubiesen transformado en vigilantes, igual que las monjas del internado. Y la cama con las cortinas, colocada en el minúsculo cuarto de invitados, parecía nada menos que una especie de regalo metido en su paquete, listo para entregárselo a la hija de un gigante. Hasta el Buda de jade de papito adquirió allí un aire muy inquietante; se reflejaba en el cristal ahumado del tablero de la cómoda, y ya no parecía un santo, sino un gordinflón que acostumbrara a perseguir mujeres en un sórdido local del puerto.

En la biblioteca faltaban los diez volúmenes de piel y oro de *Las mil y una noches*. Cuando vivíamos en Son Batle de vez en cuando mamita me leía un cuento; y yo sabía en qué se transformaba la bella Zainab, la tramposa: en el ratoncito que chillaba detrás de los libros de la biblioteca de papito. Y también faltaban las obras de Rommel, un califa alemán que había entregado media ciudad a un italiano para que la gobernase. Desaparecieron también los abanicos venecianos con sus ilustraciones de cuentos, comedias y *traviatas*.

—Aquí nos encontramos cerca de los pescadores y el puerto; en esta casa se puede entrar a robar por cualquier ventana —dijo mamita.

Y los había metido en la caja fuerte con otros «objetos de valor». Los sacaba para adornar las hornacinas solo cuando recibía visitas, y volvía a guardarlos en cuanto se marchaba el último invitado. Así, esas bellas damas todas de crinolina, esas pastorcillas, esas fiestas en la plaza de San Marcos, esas flores, esos caballeros pensativos a la sombra de hayas y robles empezaron a parecerse a las figuras dibujadas en filigrana de los billetes. «Este abanico está recubierto de oro de tíbar», decía mamita. Entonces yo le preguntaba cuánto podía valer ese polvo de oro recogido en un montoncito.

En aquella casa había, por el contrario, muchas cosas de más que pertenecían a los dueños. Decenas de marcos de plata, cuadrados, rectangulares, ovalados, con un soporte de cuero o de cartón por detrás, que contenían retratos de aquellos caballeros cuando eran niños, adultos, viejos, fotografiados a solas, reunidos en una fiesta, vestidos o en traje de baño, a lomos de un burro durante una excursión o de un caballo con ocasión de algún desfile. Mamita no las soportaba, las consideraba una especie de entrometimiento. Decía: «¡Estas hay que quitarlas de en medio como sea!», y nunca lo hacía. Pero un buen día las quitó realmente y las amontonó en una caja dentro de un arca.

—¡Nuevos ricos, gentuza! —dijo lanzando un suspiro de alivio—. ¡Con sus mejillas muy infladas o muy demacradas, de quien en vez de comer se atiborra y después se pone a hacer dietas para adelgazar! Nuestras abuelas adelgazaban por amor y nosotras, las muchachas, finalmente libres de salir, adelgazábamos por los largos paseos. ¡No

como estos advenedizos, que hacen lo imposible por parecerse a los señores!

Había, además, demasiados espejos. Espejos en las puertas de los armarios, tanto por dentro como por fuera; espejos en el lavabo y frente al lavabo; espejos con y sin ahumado; espejos enmarcados en las zonas solemnes y espejos a secas en los servicios; espejos rectos y espejos inclinados. «¡Solo nos faltaba un espejo grande delante del lecho de matrimonio!», exclamaba mamita, y añadía, «¡Y fíjate, con todo este mar! No les bastaba con reflejar su estupidez en el mar. El mar lo acoge todo, hasta la estupidez. Pero ¡los espejos son implacables y la multiplican!». En momentos así mamita hablaba con énfasis.

—Te sale la misma voz que la abuela —le dije una vez.

Se enfadó.

—¡Y un día a ti te saldrá la mía! —replicó con rabia. Y no quedó claro si hablaba conmigo o consigo misma. Se alejó y, al pasar delante de un espejo, se volvió, desdeñosa, hacia el otro lado.

Aunque llevábamos en aquella casa muy poco tiempo, a veces daba la impresión de que estuviésemos a punto de marcharnos. Todo dependía, según había oído decir a papito, de la Voz que salía de la radio. En cualquier caso, Italia estaba perdiendo la guerra.

Mientras tanto, papito, que tenía un pequeño Balilla, iba a recogerme al colegio al salir de la oficina, y al llegar al Terreno, donde estaba la curva para Gènova que llevaba a Son Batle, siempre fingía equivocarse y giraba por un instante a la derecha. La cantera, el torrente siempre seco, el puente próximo a aquella curva tenían un aire de desolación, de precariedad, era como si invitasen a aventuras sórdidas o peligrosas o a citas turbias con personas de poco fiar. Aquel lugar que llevaba a la cantera semiabandonada y al torrente seco producía, sin embargo, una sensación de cosas en transformación, de cosas que habrían podido ser distintas de lo que eran, y tenía además bien marcada la huella de obras humanas. El puente indicaba, de hecho, la presencia de ese torrente y el posible peligro que este

representaba, y era como una señal de la previsión de los hombres. La curva polvorienta que conducía a Son Batle, engullida de inmediato por un alto terraplén, era para mí la imagen de la felicidad perdida —la carretera era de color blanco—, de la ilusoria invitación a buscarla. ¿Es posible que una curva que lleva hacia atrás permanezca grabada en el alma durante toda la vida?

Yo ya tenía más de siete años y, aunque notaba confusamente dentro de mí este malestar, debía reír con papito, que bromeaba con el volante y en el último momento giraba bruscamente y enfilaba la carretera marítima, flanqueada de villas, casas de pescadores y tiendas. En el tráfico de otros automóviles, vendedores ambulantes, empleados, amas de casa, carretas, papito y yo hablábamos más o menos de esto y de lo otro, porque todo era algo más respecto a ese imposible regreso y todo era algo menos respecto a la curiosidad que suscitaba en mí aquel variado y colorido tráfico *callejero*, que, visto fugazmente desde la ventanilla, no conseguía satisfacer mi deseo de meterme en él.

La casa del Tejado Verde, como nos dimos cuenta solo al cabo de un tiempo, estaba llena de ratones. Una mañana, en cuanto terminamos de desayunar y papito se disponía a salir, mamita lanzó un grito.

—Hay un ratón. ¡Hay un ratón debajo del carrito!— exclamó, y huyó en dirección a la puerta.

Por toda respuesta papito se echó a reír. Carlito y yo lo imitamos.

—Cerrad la puerta —dijo luego papito, y se puso a perseguir al ratón que, tras escabullirse en dirección a la ventana, trepó por los cristales. ¡A lo mejor creía que ahí estaría a salvo! Con gesto decidido, papito cerró el postigo y lo aplastó con fuerza. Y durante un rato. En un rincón, mamita agitaba las manos asustada. Temblaba, soltaba grititos. Nosotros, sin embargo, esperábamos en silencio a que todo concluyera. Papito seguía apretando. Ya no tenía ese aire alegre y retozón, sino el ceño fruncido. Y, lo noté por primera vez, le colgaba la barbilla. Abrió con decisión el postigo. El cristal estaba manchado de sangre y de algo negro. El ratón aplastado cayó al suelo. Entonces comprendí lo que significaba la frase que había oído en la radio, «Todos nuestros enemigos han sido aplastados».

En la nueva casa había además una caja fuerte donde papito guardaba su revólver. Y junto al revólver también vi una vez billetes grandes y títulos. Eran unos papeles bonitos llenos de arabescos en tonos pastel, sobre todo rosa y ocre. Parecían mapas de las tierras del oro o de algún país de jauja.

Un día vi a papito abrir la caja fuerte y me puse a observarlo; mamita se encontraba a su lado. La ventana estaba completamente abierta al mar. En la habitación había un gran silencio, como si por un instante todas las cosas se hubiesen puesto de acuerdo para callar. Mamita llevaba ropa oscura y un collar de perlas, que brillaban también silenciosas. Sin duda teníamos invitados a comer.

—Hemos perdido la guerra —dijo papito.

—No, todavía no —replicó mamita.

—No seas infantil —dijo papito, y repitió—: Italia ha perdido la guerra. Dentro de poco este dinero y estos títulos no valdrán nada. Hay que comprar libras esterlinas. Pero ¿quién va a querer estos papeles? Tendremos que conformarnos con un cambio desfavorable. —Se los metió todos en el bolsillo y dijo—: Voy al banco o a casa de algún judío.

Después, por la noche, alguien nos trajo las libras esterlinas de oro. Los invitados se habían marchado hacía rato. Papito le dijo a mamita:

—Ven a ver el oro.

Yo también me levanté de la cama y los seguí de puntillas hasta el cuarto de estar. Escuché a escondidas como un ladrón. Papito cogió un puñado de libras esterlinas, las dejó caer; tintinearon. Rio. Se puso serio y dijo:

—De todos modos, el cambio ha sido pésimo. El único posible. En cualquier caso, mejor estas que los trozos de papel. Podremos contar con cierta seguridad durante un año. La guerra ha sido un pésimo negocio.

(También en la mesa, cuando una comida le desagradaba, papito decía, «Está pésimo». Y a mí no me gustaba esa palabra. Me parecía vacía. Decía demasiado y demasiado poco. Como «¡excelente!», por otra parte).

Yo solo había visto monedas de oro en los libros de cuentos.

¡También existen, me repetía con estupor, fuera de los cuentos! Y servían para dar eso que papito había denominado «seguridad»; yo no entendía bien qué era, pero en el lenguaje de los cuentos daba a entender no ser pobres. Así, a través de aquel destello vislumbrado por el ojo de la cerradura y de aquel tintineo, recordando las monedas de oro de los cuentos y su falta en *Historia de Miseria*, comprendí lo que significaba ser ricos y ser pobres. Los chicos de Sant Agustí, a los que frecuentábamos a escondidas y con los que entrábamos en no sé cuántos círculos mágicos, sin duda eran pobres, me dije. Y no era justo que nosotros fuéramos ricos y ellos pobres, puesto que, al fin y al cabo, entrábamos juntos en los círculos mágicos.

Mamita también tenía en su dormitorio un cajón donde guardaba dinero, claro que en pesetas, nada más, no en monedas extranjeras. Pero no estaba cerrado con llave. Era indispensable conseguir un poco y dárselo a los chicos de Sant Agustí. Además, nos lo habían pedido varias veces. Pero nosotros pensábamos que no teníamos, que nos lo habíamos gastado todo en la mudanza. Pero cuando descubrí que sí teníamos le propuse a Carlito, «Ven, vamos a robar algo de dinero». Y para mí pensar que teníamos dinero y robarlo fue todo uno. Al fin y al cabo, él también entraba en el círculo mágico con los chicos de Sant Agustí.

¡Qué placer daba manejar esas pesetas! Todos los sábados nuestra banda se dirigía a Ciutat a hacer compras. Había que comprar donde nadie nos conociese. Caramelos, chocolate, turrones, castañas, avellanas. Una tarde llegamos con la banda hasta el paseo del Borne. El Café de la Unión, donde mamita nos llevaba a comprar helados, parecía pertenecer a otro mundo, ni se nos ocurría acercarnos por allí. Pero en las callejuelas del puerto compramos *Las fábulas de Esopo*, *El bautizo de Cristo*, un estuche de latón para barras de labios, una gansa de papel maché con ruedas, un tiovivo de madera y muchas manzanas confitadas, dos por cabeza, que comimos sentados en el murete del paseo, cada uno con su palito de madera en la mano, tan ligero que antes de acabar flotando en el agua vacilaba suspendido en el aire, dudando entre el mar y el viento.

Quería, además, comprar helados para todos a un vendedor

ambulante. «Cuidado con este vendedor. Es un *embullador de pagesos*[*]», me decía una niña. «¡Ten cuidado! ¡Te acaban de enredar, has pagado de más!», me advertía otro. «Ten cuidado. ¡Tienes un agujero en el bolsillo y pierdes el dinero!», decía otro más.

Por eso Carlito y yo decidimos entregar siempre el dinero robado al jefe de la banda, que tenía el encargo de comprar y distribuir la mercancía. A nosotros nos daban migajas, así que amenazábamos con no llevar más dinero. Nunca quedaba nada para Anita. Se enfadó y se lo contó a mamita. Así se descubrió el pastel.

En eso de robar dinero teníamos una competidora. Nos habíamos dado cuenta apostados detrás de la cortina del dormitorio a la espera de que no pasara nadie. Era Antònia. Ella también entraba de puntillas en el dormitorio, miraba sigilosa a su alrededor, abría el cajón y arramblaba con el dinero. ¡Y largo! Pero Antònia, me decía yo, no tenía derecho a hacerlo, ella no tenía nada que ver con la banda; además, solo los niños y la vieja Miseria eran pobres. Para que la cosa saliera a la luz de una vez por todas recurrimos a esta estratagema: entrábamos en el dormitorio y dibujábamos con lápiz una estrella de seis puntas en los billetes de mamita. Nos habíamos enterado de que se trataba de una marca de reconocimiento que se les ponía a algunas personas.

Así, en una ocasión acompañé a Antònia a comprar peinetas y horquillas. Pagó con un billete marcado.

—¡Qué marca más rara! —observé, mirándola con descaro. Antònia se sonrojó.

—Sí, las personas suelen dibujar o escribir en los billetes… —dijo—. ¿Nunca has visto escrito «Amo a María, o Consol, o Felipe…»?

—No, nunca lo he visto —respondí. Pero no me atreví a decirle la verdad.

Sin embargo, cuando Anita nos acusó, intentamos echarle la culpa a Antònia. Mamita no nos creyó, más bien creyó a Anita.

Papito nos tumbó por turnos sobre su regazo y nos dio unos azotes

en el culo. Era la primera vez que lo hacía. No sentí dolor, sino vergüenza. Entonces comprendí el significado del verbo «azotar»; antes era una palabra como cualquier otra. A partir de ese momento procuré conocer el verdadero significado de cada vocablo. Así, aquel culo desnudo coincidió con el desnudamiento de las palabras. En efecto, papito le dijo a mamita:

—¡Les he impartido una lección!

Pero ¿quién era este papito que ya no jugaba y se había puesto a impartir lecciones? «¿Quién ha escrito en las paredes?», preguntaba, señalando los garabatos que habíamos dejado en la pared del salón. Entrábamos a escondidas y, vete a saber por qué, escribíamos en las paredes. O, la verdad sea dicha, quizás elegíamos justamente el salón porque, para que nos acordásemos de las tablas de multiplicar, papito nos había enseñado una rima que decía así

> Seis por ocho
> cuarenta y ocho, al salón
> se va Pinocho.

Además papito se metía los dedos en la nariz. Pero cuidadito con que lo hiciéramos nosotros. Él quería ser el dueño de las bromas. Al fin y al cabo fue él quien nos enseñó a robarle a mamita. Le quitaba la billetera del bolso como un consumado carterista para enseñarnos lo distraída que era ella y lo hábil que era él. Fue él también quien nos enseñó a escribir en las paredes. En una ocasión en que se quedó sin papel, de su puño y letra apuntó en la pared una charada: «No es cama ni es león y desaparece en cualquier rincón. Es el…». La adiviné yo, y donde estaban los puntos suspensivos dibujé, precisamente, un camaleón. Me complació ver su letra y la mía mezcladas en la pared. Pero entonces pidió brusco:

—Traed una goma, que si no mamita lo verá.

Y ahora también quería ser el dueño de las reglas. ¡Como si con mamita no tuviéramos suficiente! Al menos ella cumplía realmente todas las reglas, no gastaba bromas ni hacía excepciones. ¿Por qué a papito le divertía entonces tratarla como a una niña?

Una tarde se organizó en nuestra casa una recepción. Hacía un día templado y el refrigerio se sirvió en el jardín. Mamita estaba asomada a la barandilla en compañía de un señor vestido de lino blanco, el mismo que le había buscado la casa nueva. El señor iba sin corbata, pero llevaba al cuello un pañuelo de seda azul con pequeños rombos blancos, como si le doliese la garganta. Era flaco e iba ligeramente encorvado. No llevaba alianza en el dedo, sino un anillo como un sello. Además, lucía como siempre una florecita en el ojal, un jazmín o tal vez un nomeolvides o una margarita silvestre. Desde luego no llevaba un clavel, ni una camelia, ni un pensamiento enorme, como papito cuando bromeaba y nos cantaba una canción en dialecto napolitano y bailaba la tarantela. Además, aquel señor escuchaba a todos con mucha atención, incluso se inclinaba hacia nosotros con deferencia, pero al mismo tiempo esa atención suya tenía algo de ostentoso, a tal punto que yo sospechaba que tal vez sus interlocutores en realidad le importaban muy poco. Pero con mamita era distinto; para empezar, mientras charlaban asomados a la barandilla no se inclinaba hacia ella, sino que la tenía del brazo; no se les veía la cara.

La fiesta terminó al anochecer. Papito propuso continuarla hasta tarde y encender farolillos del papel en el jardín. Mamita dijo:

—¡Qué chabacanería! ¡Las fiestas así déjalas para el Greco!

Ahora bien, antes de la cena, mamita y papito estaban asomados a la barandilla, como mamita por la tarde con aquel señor elegante. Papito gesticulaba, hablaba en voz baja, con tono exaltado. Mamita permanecía inmóvil, inclinada hacia delante, no estaba vuelta hacia él, sino que miraba el mar. Papito la agarró del brazo, la giro hacia él. Se miraron en silencio. Después le dijo algo. Y a saber qué le respondió mamita. Él le dio una bofetada, una bofetada fuerte. Mamita se tambaleó. Después se llevó la mano a la oreja. Se le había caído un pendiente. Se inclinó a buscarlo. Papito se alejó, desapareció en su dormitorio. Cenamos en silencio.

Después del postre, papito lanzó la servilleta encima de la mesa y salió. Tal vez mamita quiso aprovechar la atmósfera que se había creado.

—Os vais ahora mismo a la cama —nos dijo a Carlito y a mí—. ¡Y

os lo digo de una vez por todas, no quiero que os juntéis más con los chicos de Sant Agustí!

—¿Y por qué? —repliqué yo, desafiante.

Al fin y al cabo, poco antes la habían abofeteado a ella, no a mí, desde luego.

—Porque son sucios y maleducados.

—Hasta ahora hemos pasado todo el tiempo con Dida, con Pedrón, con Inés, con Francesca, con Antònia. ¡Los chicos de Sant Agustí son como ellos cuando eran niños! —le dije, mirándola con descaro, sorprendida de mi propio razonamiento.

Pero mamita contestó dando una patada en el suelo:

—¡Basta!

En fin, la vida en la casa del Tejado Verde se había vuelto difícil. Y todo eso no podía durar. Como siempre, tal como solía decir la abuela, acudió en nuestro auxilio la divina Providencia. Italia perdió la guerra. Y nosotros, Carlito y yo, nos alegramos de que se acabase aquella guerra lejana que había conseguido entrar en nuestra casa. Por otra parte, no había que volver al colegio, sino hacer las maletas y partir para Italia. Pero papito y mamita no parecían alegrarse en absoluto de que hubiese terminado la guerra. De manera que Carlito y yo no podíamos repetírnoslo, felices, delante de ellos. Nos inventamos entonces un nombre secreto para decir «Ha terminado la guerra». Gritábamos: «¡Terlagué, Terlagué!», y corríamos por toda la casa entre maletas y bultos.

Los almuerzos y las cenas parecían siempre una fiesta. En aquellos días dimos cuenta deprisa de todos los pollos y los pichones. Una noche, durante la cena, cortando alegremente el enésimo pollo, papito dijo:

—Me acuerdo de una anécdota que me sucedió de pequeño. Todavía estábamos en Mesina, yo tendría unos seis o siete años, o sea que fue antes del terremoto. Murió mi abuelo. Estaba en Calabria, así que nos marchamos todos para Vibo. Nos vistieron de negro, debíamos parecer tristes. La casa del abuelo estaba llena de viejas que se tiraban del pelo y gritaban. Después se terminaron los llantos y los lamentos. Empezó a entrar gente en la casa con bandejas de exquisiteces. Nos

sentamos todos a la mesa a comer. ¡Qué fiesta! ¡Carne, timbales, tortas, salchichas!

Papito estaba cada vez más alegre. Esa noche incluso hizo que le subieran del sótano una botella de buen vino.

—Y mañana —le dijo a mamita—, ¡experimentaremos con algo nuevo! Trata de que preparen los pichones *en lit de cure*, como hiciste una vez con las codornices.

—Pero ¡la carne de los pichones no es lo bastante grasa! —dijo mamita.

—No importa, veamos qué tal quedan —rebatió papito—. Es así, probando, como se crean los platos.

—Maldito cuervo —dijo mamita la mañana siguiente, mientras consultaba en la cocina *Il talismano della felicità* y el cuervo graznaba impertérrito en el jardín—. ¡Maldito! ¡Ha llegado incluso a construir su nido en el pino! Si me hubiese dado cuenta a tiempo no habríamos venido a esta casa… Ay, pero ¿qué digo? —añadió—. De todos modos estamos a punto de marcharnos para siempre. No es el cuervo lo que nos trae mala suerte.

Se encendió un cigarrillo y fumando nerviosa se sumergió de nuevo en el libro de cocina.

Mamita tira las llaves al mar

La última noche dormimos en el Grand Hotel de Palma. Por la tarde vinieron a despedirnos muchos señores y señoras. Nos trajeron a nosotros, los niños, paquetes de caramelos y galletas. Papito daba vueltas entre ellos besando la mano a las señoras y dando las gracias, como en una recepción. El *pare* Alcover le regaló un libro de la biblioteca de Ramon Llull y el duque de Vilafranca, un antiguo mapa que representaba el Nuevo Mundo. La maestra de italiano tenía lágrimas en los ojos. Con los brazos cargados de paquetes de galletas y caramelos que habíamos recibido de regalo nos acompañó a nuestra habitación.

«¡Cata Cata Catalina / Cata Cata Pum!», gritábamos saltando de una cama a la otra, sin verdadera alegría, como si estuviésemos obligados, igual que los señores en el salón del hotel, a hacer el ensayo general de una obra no por representar, sino ya representada, que todos conocíamos de memoria y que nos aburría.

Para tranquilizarnos, la maestra nos contó las historias que ya conocíamos: *La ciega de Sorrento*, *La ferrería de Pont-Avesnes*, *Las dos huérfanas*. Anita y Carlito se durmieron enseguida. La maestra salió de puntillas de la habitación. Oí el taconeo de sus pasos en el suelo y un suspiro, no sabría decir si de pena o de alivio.

Me levanté, fui a la habitación contigua, en la que se alojaban papito y mamita, y me acurruqué en un sillón. A mi izquierda, el ventilador apagado me miraba con insistencia; inmóvil contra los cristales ligeramente velados de humedad parecía un insecto monstruoso.

De repente Mallorca se soltó de sus raíces subterráneas y salió navegando a la deriva, dejándome sola en el sillón. Me puse de pie para recorrer la isla. Fui abajo, quería gritar, «¡Mallorca se ha soltado! ¡Corred!». Pero la voz se detuvo en mi garganta. Olía a puerto y a tabaco. El *pare* Alcover me aupó, intercedió por mí ante mamita. Me

pidió que le explicara qué había ocurrido. Después, teniéndome siempre en brazos, le dijo a mamita:

—Lea el libro que le regalé a su marido, *La mentalité primitive*, de Lévy-Bruhl. Comprenderá el comportamiento de la niña. Los primitivos, como los niños, confunden la causa con el efecto, el sujeto con el objeto. La niña sabe que está a punto de dejar Mallorca, pero le parece que es Mallorca la que la deja a ella.

Después, el *pare* Alcover se dirigió de nuevo a mí y me preguntó:

—Pero, cuando Mallorca se iba, ¿tú dónde crees que iba?

—Al país del que no se vuelve.

—¿Y cuál es ese país?

—Es el país donde te haces mayor.

—¿Y por qué querías ir allí? —preguntó el *pare* Alcover.

—Porque si no me quedo sola.

—¿Y tú qué crees, yo soy mayor o estoy solo? —preguntó.

—No lo sé.

—Pues bien, soy mayor y estoy solo.

Y esa frase del *pare* Alcover permitió que mi partida de Mallorca no tuviera únicamente aroma a caramelos, a barquillos, a agua de colonia, a puerto, a tabaco y a polvo de viejos escenarios. Hizo que me dieran ganas de partir, de conocer eso tan terrible que era el mundo, donde te hacías mayor y te quedabas sola.

—Yo conozco a alguien que también es mayor y está solo — le dije de pronto al *pare* Alcover. Y le hablé de Malaquías.

Al día siguiente fue al muelle a despedirnos, jadeante, la señora Facchi. Llevaba en la mano un ramo de rosas, una serie de paquetes y paquetitos y, por último, un *brioche* inmenso, que ella misma había preparado y decorado con trocitos de azúcar caramelizado que lo hacían parecerse a la catedral del final del puerto.

El pañuelo se agitó largo rato en el muelle mientras el barco se alejaba, hasta que se transformó en paloma y echó a volar hacia nosotros. «Entonces nos quiere de verdad», pensé.

El barco había empezado apenas a moverse cuando Anita y Carlito

tuvieron que hacer pis.

—Acompáñalos tú abajo —le pidió mamita a papito—. Quiero verlo todo hasta el final.

No podía apartarse de la borda, ya lo notaba yo. Miraba a lo lejos. Pero después volvió en sí. Abrió con decisión el bolso. De un estuche sacó una llave. Yo la recordaba bien. Era la llave grande y antigua del portón de madera de Son Batle. Y mientras el barco salía del puerto, mamita mantuvo la llave apretada un rato en el puño y luego la lanzó al mar. Después, dirigiéndose a mí me dijo:

—¡Nunca volveremos a ser felices como lo fuimos aquí!

Se volvió, me aferró bruscamente de la mano y se encaminó con paso decidido, a pesar de los altos tacones y el balanceo del barco, hacia la escalerilla que conducía a los camarotes.

Pero Carlito y yo enseguida subimos otra vez a cubierta.

—¡*Mira la catedral*! —dije.

Se alzaba ya en lontananza y era a la vez catedral, fortaleza y antiguo palacio de califas. Seguía allí, custodiando la cristiandad y el puerto, toda de piedra rosa, contra un cielo tan alto y azul que parecía realmente inalcanzable. Y la catedral, que lo sabía, se atormentaba, se esforzaba por hacerse más ligera, casi transparente, como una visión.

—¡*Mira*! ¿Se ve la casa del Tejado Verde?

—¡*Mira*! ¡Se ve el castillo de Bellver, y detrás, caminando, caminando, está Son Batle!

—¡*Mira*! ¡Ahí está la iglesia de San Pedro Claver! ¡Quién sabe si Malaquías nos estará viendo!

El barco mientras tanto seguía costeando la isla, no se decidía a hacerse a la mar. ¡Cuántas calas que no habíamos visto nunca, que no habíamos explorado!

—¡*Mira* qué grande es esa gruta! ¡Y *mira* esa otra! ¡Y *mira* ahí, parece una puerta, parece la puerta de Alí Babá y los cuarenta ladrones! ¡Y *mira* cuántos higos chumbos! Parecen racimos, parecen arbustos de rosas. Si estuviéramos ahí, qué atracón nos daríamos, y llenaríamos cestas para venderlos por las calles de Ciutat. ¡Nos haríamos ricos! ¡Nada de quedarnos en casa!

Las gaviotas estaban posadas en las rocas. Venían hacia el barco,

luego regresaban. Y graznaban. Nos llamaban.

—¡No podemos ir! —gritábamos—. *Ciao*, *ciao*! ¡Adiós! *Adeu*!

La boca se nos llenó de gritos y de sal. De haber seguido aullando, seguramente los gritos se habrían transformado en plumas y la sal, a fuerza de incrustarse, se habría transformado en picos. ¡Entonces sí que nada de barcos, nada de aviones, habríamos echado a volar!

El Puig Major fue lo último que vimos. Era igual que la catedral de piedra rosa, pero suspendido entre las nubes, una catedral más alta pero siempre inadecuada.

—¡*Mira*! De las nubes salen unos rayos muy muy derechitos. ¡Parece Dios!

Ya no había nada más que ver, solo mar.

Las nubes rosas, que se deshacían las unas en las otras, formaban en el horizonte centenares de Mallorcas, de catedrales, de montañas Puig Major.

Había en el mar crestas muy pero muy pequeñas, como un bramido de fiesta.

—Quiero ver los motores —dijo Carlito.

Fuimos a buscarlos y dimos con ellos enseguida mirando en el fondo de una escotilla, guiados por el fragor de las calderas hirvientes. Le gritamos a un marinero:

—¿Necesita ayuda?

Animales exóticos, siluros y otras maravillas

El barco tenía una cola de pez que surcaba el mar vigorosa. El pez era Mallorca, y nosotros navegábamos en la panza de ese pez, que se alejaba de España para ir a Italia. Era un pez mágico. Desde Valencia, variando su aspecto, tomando ahora forma de tren, ahora de taxi, ahora de autobús, llegó a Madrid, de Madrid a Toledo, de Toledo a Sevilla, y fue bajando hasta Gibraltar. Gibraltar estaba al final del mundo. Pero nuestro pez no cruzó las Columnas de Hércules; ya no estaban. De Gibraltar, con un solo coletazo, el barco recobró su aspecto y cruzó a África. Y después, navegando despacio, paciente, llegó a Tarento. Divisamos Malta. Dejamos atrás a Escila y Caribdis. Pero no los vimos. Ellos tampoco estaban. Tarento no era nada del otro mundo, solo tenía un puente giratorio. Que, en cualquier caso, sí estaba.

Sin embargo, antes de llegar cubrimos muchas etapas, pernoctamos en varios hoteles, corrimos muchos riesgos y en varias ocasiones estuvimos a punto de ver desaparecer las cosas que sabíamos que debían existir y de descubrir, en cambio, cosas que sin duda no podían existir…

La vidriera giratoria de un hotel: cristales en los que se refractaba la luz de las arañas, madera de cerezo pulida de reflejos rojizos; fuera había niebla, dentro, un resplandor continuo y un olor a caldo. Las sillas, las arañas, los cuadros, los sofás y los altos espejos del vestíbulo —que daba al restaurante iluminado— parecían hechos de niebla. El hombre con librea de la entrada debía de ser un mago; había soplado en la niebla, la había modelado un poco con las manos y la había transformado, precisamente, en sillas, arañas, cuadros, sofás. Cuanto tocaba yo esa noche carecía de consistencia, me daba la sensación de que podía atravesarlo. «Parecen muebles de verdad», pensaba yo.

«Parece terciopelo, parece espejo.»

Entramos en el hotel por separado. Mamita se metió en un compartimento de la puerta giratoria. Yo iba agarrada de su mano. De repente advertí que algo me aplastaba los dedos. Quedé separada de ella en otro compartimento. Cada uno de nosotros entró así, solo. Enseguida me di cuenta de que la puerta separaba el interior del exterior. Pero también mamita, en el centro del vestíbulo, estaba hecha de niebla. La acababa de modelar el hombre con librea mientras hacía una reverencia. Ella accedió, de hecho respondió inclinando ligeramente la cabeza.

Pero ¿quién era mamita? ¿Solo una figura incierta y temblorosa fabricada de un soplo por un hombre?

A mi paso, el hombre con librea inclinó de nuevo la cabeza. «¡Ahora me está fabricando!», pensé. Y caminé erguida, procurando no cometer errores, no debía hacer nada inconveniente. A mi espalda, Anita y Carlito reían alegres, hacían comentarios sobre la puerta giratoria, algo que nunca habían visto. Su alboroto era el ruido de la vida, el ruido de Mallorca, el de la cola del pez que navegaba. Yo era otra cosa.

La puerta seguía girando, entraba y salía mucha gente. Un señor con impermeable se detuvo un momento —tenía un aire abatido— deslumbrado. Pero de inmediato, el hombre con librea hizo un gesto imperioso con la mano y lo puso en su sitio indicándole el mostrador de la recepción.

—¿Lo ves? Ese señor tiene la típica nariz de judío —dijo mamita.

—No existe una nariz típica de judío —replicó papito. Y dirigiéndose a mí, añadió—: Pero sí existe el arco románico, que no es tan ancho como el arco catalán que te mostré en Valencia.

Por la noche, en el restaurante del hotel me sirvieron un *vol-au-vent* grande como la náusea, recalentado, dispuesto en el centro de un plato blanco de porcelana ribeteado apenas de oro. «Hay quien sostiene que a los judíos los queman en los hornos», acababa de comentar mamita. Pero enseguida alguien replicó que no era cierto. A

alguien más se le escapó un guiño, una sonrisita. Se dejó de lado el tema. Pero el *vol-au-vent* siguió en su sitio, delante de mí, repugnante. El secreto del *vol-au-vent*, dulzón y grasiento sin límites, era el olor a grasa quemada.

El equipaje, que dejamos en el vestíbulo —entre el que estaba también la maleta de cuero rojo con mis efectos personales—, era nuestra casa y nuestra familia de gitanos de lujo. En su maleta, papito llevaba entre otras cosas un cepillo para el pelo ovalado, de plata historiada, en el que se representaban ramas de bambú y unos hombrecitos muy muy pequeños; las cerdas eran levemente aceitosas y olían a brillantina. Mamita, por su parte, tenía un pulverizador de agua de colonia también de plata. A la menor contrariedad se rociaba un poco de esa colonia; así se dispersaban en el aire «los pensamientos» y la migraña.

Mamita estaba ahora de pie, junto al equipaje, erguida debajo de su sombrero de plumas. Supervisaba su transporte, contaba las piezas. En cada maleta iban pegadas muchas etiquetas con ilustraciones de barcos de vapor, fachadas de hoteles, localidades típicas: playas con palmeras, pirámides, una esfinge, la isla de Capri, Venecia, un palacio gótico de Dresde, el Kremlin… Papito y mamita habían viajado mucho, conocían todas las lenguas, en cada país, en cada hotel, se sentían como en su propia casa. Y me di cuenta de que en su casa vivían como en un hotel.

El dinero y el pasaporte eran, pues, muy importantes. Servían para transformar el mundo en un *touring club*, para borrar los restos de orina, de sudor y de sangre. «Y tened cuidado», nos había advertido mamita cuando aún estábamos en el barco. «Durante el viaje no hay que enfermar» Y yo apretaba los dientes y respiraba hondo para no enfermar. Porque me entraban ganas de sepultarme en un lecho, allí donde hacía más calor, en el centro de la barriga del pez que nos transportaba.

En nuestro viaje a Italia, cuando paramos en Madrid una viuda con un trajecito verde botella y un sombrerito color burdeos, semejante a una barca del revés, se encargó de llevarnos al parque a nosotros, los niños. Nuestra acompañante realizaba varios trabajillos para el hotel: zurcía los tapetes bordados con quemaduras de cigarrillo; traducía para los turistas franceses que no sabían castellano; acompañaba a los niños a recorrer la ciudad, cuando las clientas salían de compras o visitaban los museos. Tenía el pelo gris y gris el corazón, desteñido por las penas, por penas pequeñas y cotidianas que no habían logrado arrancárselo de un mordisco. En una ocasión nos llevó a ver el zoo de Madrid. Un hotel para animales de otros países, cada uno con su traje: a rayas el de las cebras; moteado el del leopardo; con su aparato para comer el del elefante, que recordaba a un amigo de papito al que habían operado de un cáncer de garganta; y vestidos como nosotros en Carnaval algunos monos, que me recordaban a esos otros bailando delante del rey que había visto en un libro de cuentos. Pero en aquel lugar había un olor penetrante, a serrín y arena impregnados de excrementos y de una especie de sudor, similar a la caseta de la mujer de Don Felipe cuando parió a sus gatitos debajo del arco del patio, cerca de la entrada de servicio. También en un hotel malo donde fuimos a parar por casualidad había olor a serrín y orina en el inodoro a la turca, pero era ácido y seco, no cálido y dulzón. Tal vez por eso no llegaba, como el del zoo, a las puertas de mi sangre. Pero yo cerré esas puertas con brusquedad; ¡no quería que entraran también los animales! Hubiera sido mejor que todos esos animales regresaran a sus países, como tarde o temprano haríamos nosotros.

Durante nuestra breve estancia en Madrid vi también el Escorial, pero no reconocí su forma de parrilla. Entramos en la alcoba real, allí donde tendidos en la cama con dosel, apoyados en almohadas altas, apartando apenas la cortina, los monarcas podían asistir a misa. Me preguntaba si en la mesilla de noche estaría o no el orinal.

En el museo del Prado vi el cuadro de una niña que miraba perpleja sus muñecas. «¿Cuál querrán que sea yo?», me preguntaba. La más bonita, la rechoncha, la segura aunque no desvergonzada (o quizás lo habría sido de estar desnuda). La de la falda abultada se parecía a

Anita. En el umbral, el padre, irónico, dejaba a la niña librada a sus pensamientos, convencido de que tarde o temprano haría lo que él quería. Mientras miraba ese cuadro tuve la misma sensación que había notado al escuchar *La traviata*. «¿Cómo ha podido este pintor saber lo que yo siento?», pensé.

Al Prado fui yo sola con papito y mamita. A la salida del museo, mientras esperábamos el tranvía, papito fue a comprar el periódico. Regresó con un libro de cubiertas de colores titulado *La historia de Miseria*.

—Pero si ya me lo regalaste en Son Batle —dije cuando me lo tendió—, cuando estuve enferma.

—Es otro relato —aclaró papito—. Hay muchas variantes de *La historia de Miseria*.

—Solo los pueblos felices carecen de historia —bromeó mamita—. Y ahora que hemos perdido la guerra, nosotros también viviremos nuestras *historias de Miseria*.

Subimos al tranvía, que era un puro tintineo. Yo miraba las bonitas ilustraciones de colores y, de vez en cuando, los zapatitos rojos nuevos que brillaban.

—¿Cuándo empezará nuestra *historia de Miseria*? —le pregunté a mamita.

—No lo sé, pero funciona siempre así, después de cada guerra viene la devaluación.

Papito soltó un discurso complicado para explicarme la devaluación. No lo entendí.

—Bueno —dijo mamita—, después de la primera guerra mundial, en Berlín la gente iba a hacer la compra con una maleta llena de billetes y volvía a su casa con un kilo de patatas y dos cebollas. —Y dirigiéndose a papito, añadió—: ¡Y tú deja de derrochar dinero, deja de comprar tantos helados y tantos juguetes!

Papito puso cara de afligido, pero en cuanto mamita se volvió a observar el panorama me guiñó el ojo, como para decirme que no me preocupase.

Volvimos a pasar la Navidad en un hotel. Estaba desierto. Toda la fiesta se celebraba alrededor de nuestra mesa redonda, puesta con un mantel inmaculado y velas rojas en el centro. Al final de la comida, papito fue a la habitación y regresó con una cesta repleta de turrones, uvas pasas, nueces e higos secos. Mamita se lo reprochó, pero él le pidió al camarero una botella de champán y lo invitó a brindar con nosotros junto con el director del hotel. Esa noche permitió que nosotros, los niños, bebiésemos una de las más famosas marcas de champán.

—Tu padre está loco —me susurró al oído mamita—. ¡Es un Veuve Clicquot!

Mientras brindaba, papito se puso a declamar:

Qué hermosa es la juventud
y qué pronto se termina,
sé feliz si así lo quieres
no hay certeza en el mañana.

—Y como no sabemos —añadió—, dónde ni cómo vamos a celebrar la Befana, ni si lo haremos, ¡la celebramos ahora!

Regresó a la habitación y se presentó en el comedor disfrazado de Befana, con una falda larga de mamita y un pañuelo en la cabeza. Apoyado en una escoba, renqueaba y avanzaba dando pasitos, con un hatillo a la espalda hecho con la funda de una almohada. Al llegar a la mesa, derramó ante nosotros decenas de juguetes y sorpresas.

Papito había pensado incluso en el director del hotel y en el camarero: al primero le regaló un pañuelo de seda, al segundo, una pipa.

—¿Y dónde está, dónde está —le preguntó luego al director—, la magnífica cocinera?

El director se mostró esquivo, dijo que la cocinera era impresentable de tan fea. Pero papito insistió. Al cabo de un rato entró en el comedor una mujer alta como una torre, que había perdido mechones de pelo enteros y tenía bigotes; se quedó ahí, pasmada, delante de nuestra mesa, erguida sobre sus piernas peludas que los calcetines cortos dejaban al desnudo. Papito le puso en la mano un paquete de

turrones. Ella abrió los ojos de par en par; no sabía qué hacer. Papito la tomó del brazo, galante, le dio una copa de vino espumoso. Ella se la bebió de un trago y tendió la copa para que papito se la volviese a llenar. Lo hizo varias veces. Pero el director la agarró del brazo y la conminó a retirarse a la cocina.

—Me he permitido alejarla —dijo luego—, porque nuestra cocinera tiene un vicio, sabe usted: empina un poco el codo.

El día en que nos marchamos de ese hotel, cuando ya nos habíamos apretujado en el taxi —estaban cargando el equipaje—, la cocinera corrió jadeante hacia el coche y gritó:

—¡Un momento, un momento! —Abrió la portezuela, nos entregó unas cestitas de paja llenas de caramelos envueltos en celofán y nos deseó—: ¡Buen viaje!

Le besó la mano a mamita. Y estuvo a punto de besar la de papito.

—¡Que no soy un obispo! —exclamó él, y, galante, le aferró la mano, se la besó y le dijo—: ¡Feliz año! ¡Y por favor, no se olvide de mi *risotto*!

Papito le había enseñado a preparar el *risotto* a la milanesa. Después, mientras el taxi se alejaba veloz, le comentó a mamita:

—¡No te preocupes por el futuro! Como verás, siempre voy a encontrar trabajo. Puedo hacer de cocinero.

—¡Payaso! —le soltó mamita, y se quedó muda el resto del trayecto.

Llegamos a Toledo, donde un pintor levantino había pintado unos cuadros cuyos cielos se asemejaban a los cuchillos de acero fabricados en la ciudad y que brillaban cuando los comerciantes los inclinaban a contraluz en señal de amenaza o para incitar a un cliente a que los comprase. Y mamita me contó que en Nápoles había una calle que se llamaba Toledo a la que le habían cambiado el nombre, de modo que ahora se llamaba via Roma.

—¡Un nombre horrendo! —comentó.

Pero ella, añadió, a esa calle no iba porque nunca pasaba del puente de Chiaia; solo una vez un amigo suyo «muy inteligente aunque más bien tosco» —se dedicaba al cine— la convenció para que fuera y la

llevó allí, a la Galleria Umberto I, para enseñarle cómo se contrataba a los actores.

En Toledo tomamos un autobús que bajaba al sur e iba lleno de italianos. Nunca habíamos visto tantos italianos juntos. De modo que la lengua que hasta entonces habíamos oído hablar únicamente en nuestra familia, casi una jerga afectuosa de pertenencia y reconocimiento, ¡era la lengua de mucha más gente!

Cruzamos una vasta campiña soleada. «¡*Cuánto trigo*!», exclamábamos Carlito y yo. En Mallorca nunca habíamos visto unos campos de trigo tan vastos.

—En Italia tenemos mucho más trigo —dijo un muchacho gordo, que quería enseñarnos cómo estaba hecho el mundo, y también añadió —: De mayor seré general. Y desde luego no me comportaré como ese generalucho que es Badoglio.

Y como era gordo y nos daba pellizcos, Carlito y yo decidimos llamarlo «Badogliones». Y él nos contestaba, «¡No me toquéis los cojones!». Por eso le cambiamos el apodo y lo llamamos «el Bacojones»; de hecho, en compañía de aquellos italianos aprendimos muchas palabras nuevas: *coglione*; *buzzurro*; *torta*; *tinello*, *bàule* y no *baùle*; *magazzéno* y no *magazzino*; *ostia* y *madosca*; *babbo*; *nonnetto*; *pioviggina*; *solicello*; *ossobuco*; *metronotte*.*

Miré otra vez el trigo. Por un instante me perdí. Yo era ese trigo, ligeramente inclinado a un lado por el viento; las espigas, también inclinadas las unas sobre las otras, se estremecían, y al entrechocar los granos sonaban. Por la noche, además, el campo de trigo terrestre se reflejaría en el campo de trigo celeste, sembrado de estrellas. Al volver en mí, sentí un gran vacío. «Tengo hambre», le dije a mamita, y ella me dio un bocadillo de jamón mordisqueado que yo apenas había probado al mediodía. Sobre el campo descendieron sombras violeta.

Al día siguiente, en un campo delante de una finca vimos un árbol de caquis despojado de hojas y de frutos. De las ramas colgaban los trozos de un cerdo descuartizado: la cabeza, las patas, los largos lomos; debajo hervía un caldero, sin duda para disolver la manteca.

Luego en una *carretera* escarpada, envuelta en una nube de polvo, apareció Miseria con su hatillo, vestida de negro y apoyada en un bastón. Se detuvo al borde del camino, como paralizada, y cruzó los brazos sobre el pecho por el terror. Cuando la dejamos atrás, se persignó. El Bacojones le hizo los cuernos y dijo:

—¡Imaginaos, podíamos haberla aplastado sin darnos cuenta!

«Pero incluso un insecto, cuando lo aplastan, suelta un ruidito seco, un chisporroteo imperceptible…», pensé. Vete a saber el ruido que habría hecho la pobre Miseria. ¡Seguramente a todos nosotros y al Bacojones se nos habrían roto los oídos!

Pero ¡cuántas torres, cuántos palacios, cuántos jardines, cuántos castillos tal vez bordados para mí por la señora de Son Batle en el curso de sus viajes!

Debíamos de estar ya en Córdoba.

En una callejuela repleta de relojeros y orfebres vi en el mostrador de un viejo relojero —había entrado en la tienda con mamita— un frasco de vidrio lleno de relojes rotos; todos los engranajes estaban al descubierto y se asemejaban a frutos extraños conservados en aguardiente, producidos por el árbol del cerebro.

En el restaurante de un hotel comimos en una mesa junto al ventanal que daba a la calle. Entre las plantas siempreverdes que la ornamentaban, vimos de repente, pegados a los vidrios, a unos chicos de la calle que nos miraban fijamente; aplastaban la nariz contra el cristal, sus orificios nasales se veían vivos y misteriosos. Nosotros, los niños, sonreímos. Se apartaron del vidrio. Solo uno de ellos respondió a nuestra sonrisa. Sus encías quedaron al descubierto.

—¡Corra las cortinas! —le pidió mamita al camarero.

—¡Y aquí están las Columnas de Hércules! —nos dijeron cuando llegamos a Gibraltar.

Unos fuertes bastiones rocosos guardaban el estrecho, pero no había un solo bastión con forma de columna. Aunque, en compensación, Gibraltar estaba llena de macacos, que se vendían en el puerto a los turistas. Se dejaban acariciar. Iban vestidos con calzones y camisetas a

rayas, y llevaban collares al cuello, pulseras en tobillos y muñecas, cascabelitos. Sabían hacer de todo: patinar, jugar a la pelota, fumar en pipa, pelar plátanos y caramelos y, sobre todo, sabían meterse dinero en el bolsillo. Pero mamita no quiso comprarnos uno.

—¡Solo nos faltaba que en Nápoles vayamos a casa de los demás acompañados de un macaco! —dijo.

El barco, tras abandonar sus metamorfosis —ya no era autobús, tranvía, tren ni hotel—, dejó una vez más la tierra firme y se hizo a la mar. Llegamos al puerto de Tánger, donde hizo escala un par de días. Dos chalupas se acercaron a nuestro barco, desplegaron una escalerilla y subieron a bordo unos elegantes oficiales. El capitán y los marineros formados en cubierta hicieron el saludo militar. Los oficiales, que eran ingleses, fueron conducidos por nuestro capitán al salón, donde, sentados en los sillones, estaban papito y los demás pasajeros italianos del barco. Uno de los oficiales ingleses cruzó el salón en medio del silencio general. Los caballeros sentados en los sillones fueron escoltados de uno en uno al camarote de nuestro capitán para el «interrogatorio». Detrás de una mesa, frente a unos registros, los esperaba otro de los oficiales.

Le tocó el turno a papito. Vestía traje oscuro, corbata a rayas azules y plateadas. Mamita y yo esperamos de pie, temerosas, frente a la puerta, que quedó entornada. Papito tenía aire severo, pero antes de entrar nos hizo un guiño. «¿Qué le harán?», pensé. Se lo pregunté a mamita.

—Nada. Ya lo verás, ahora le pedirán el pasaporte.

Mientras el oficial inglés hojeaba el pasaporte, papito escribía en uno de los registros.

El pasaporte de papito tenía las páginas muy pegadas plagadas de timbres y sellos cuadrados y redondos, de firmas y fechas. Y yo no sabía si eso era bueno o malo. Le pedí a mamita que me lo tradujese todo. Dijeron:

—Estuvo usted mucho tiempo en la China.

—Sí, pasé allí trece años, toda mi juventud. En la concesión de

Tianjin, después en la legación de Shanghái y por último en Pequín, porque enfermé de pleuresía y no podía vivir en ese clima tan húmedo.

—En Tianjin, el jefe de la legación inglesa era mi tío, sabe usted —observó uno de los oficiales.

—¡Ah, sí! Nos veíamos a menudo. Le gustaba jugar al ajedrez. Se pasaba noches enteras jugando y no le resultaba fácil encontrar compañía. Así que de vez en cuando él y yo echábamos una partida. Bebíamos oporto. En el silencio nocturno solo se oía el runrún del ventilador y el zumbido de los mosquitos. Para protegernos de ellos jugábamos debajo de una enorme mosquitera. Casi siempre yo salía de ahí derrotado, aunque de un modo honorable, para darle satisfacción. Pero los juegos de ese tipo no se adecúan a nosotros, los latinos; el clima nos distrae de ese tipo de concentración.

El oficial inglés se quedó un momento pensativo. Después leyó las declaraciones del registro. Alzó los ojos azules.

—Lo lamento —dijo—, tengo que detenerlo. Es una mera formalidad, sabe usted. Debemos hacerlo con todos los altos funcionarios en el extranjero. Pero no se preocupe, durará poco, el Gobierno de Badoglio y los Aliados ya han llegado a algunos acuerdos. Usted, como yo, se ha limitado a servir a su país. Entretanto, podrá jugar al ajedrez con mi primo, que dirige el campo de concentración de Tánger. Se lo presentaré lo antes posible.

Papito sonrió inclinando la cabeza y sin dejar de sonreír añadió:

—*Vae victis*.

—No vaya a creer —dijo el oficial inglés— que Inglaterra sale del todo victoriosa de la guerra. Aparte de las ciudades destruidas, perderemos nuestras colonias, ya lo verá. Son muchas las señales premonitorias. Hay rebelión en la India. Ya verá usted cómo se cumplirán mis previsiones.

Se levantaron a la vez y se estrecharon la mano.

—Envíele mis saludos a su tío —dijo al fin papito.

—Por desgracia no podré complacerlo —contestó el oficial.

Papito salió y se limitó a decirle a mamita:

—Ayúdame a preparar la maleta.

Todas las mujeres y los niños subieron a cubierta para presenciar la partida de los hombres. De uno en uno bajaron por la escalerilla, con sus trajes oscuros, el sobretodo y el paraguas colgados de un brazo y la maleta en la otra mano. Allí, en cubierta, muchos lloraban. Nosotros no. Papito nos dio un beso ligero y después, sonriendo y amenazándome con el dedo, nos pidió que no hiciéramos enfadar a mamita. Mamita tuvo un momento de desconcierto, se agarró a él, frágil, muy frágil. Papito la apartó, le dijo sin dejar de sonreír:

—En cuanto vuelva te llevo a Capri —y bajó rápidamente la escalerilla.

—Me duele la cabeza —me dijo mamita en cuanto papito se alejó—. Cuida de Anita. Voy un rato al camarote.

Y allí siguió, con paños embebidos en vinagre sobre la frente, hasta el final del viaje.

En el barco había dos mundos: el de las familias de los empleados y los funcionarios italianos, hechos prisioneros como papito en Tánger, y el de los marineros. Los miembros de las familias apestaban a objetos y a casas. Además vomitaban sin parar. Tenían miedo de todo, no solo de los siluros. Llevaban a los niños y a los muchachos pegados a las faldas… Carlito y yo nos decantamos enseguida por el mundo de los marineros.

Para empezar, estos seres mágicos tenían la piel de dos colores: marrón oscuro de los dedos de las manos hasta la mitad del brazo, de los pies hasta la rodilla, el cuello y la cara, y blanquísima en el resto del cuerpo. Además, para indicar que pertenecían a otra raza y a otro pueblo, y lo alejados que estaban de las mezquindades de nuestro mundo, iban cubiertos de tatuajes que los ponían en sintonía con las fuerzas marinas y celestiales. Por otra parte, los protegían de los peligros sus talismanes, que eran caracolas perforadas, trozos de coral, cajas con carillones, esferas de cristal en cuyo interior había unos santuarios sobre los que caía la nieve, botellas que contenían embarcaciones, cadenillas con cruces y medallas que desaparecían entre el vello del pecho.

Corríamos detrás de ellos, de babor a estribor, de la bodega a la cubierta, compitiendo por acercarles esponjas, escobas, baldes, lámparas de acetileno, cestas de patatas, destornilladores, martillos, seguidos por sus monos y papagayos —habían traído muchos de África — y por un perro llamado Stella, que, a decir verdad, no era un perro sino un zorro.

Aquel zorro lo había subido a bordo Totonno. Y un día nos contó con todo lujo de detalles cómo había sido la cosa. Durante el embarque se encontraba en el muelle, acompañado de su mujer, que llevaba un bebé en brazos; en brazos él llevaba precisamente a Stella. Lloraba. El capitán subía a bordo justo en ese momento. Le hizo una caricia afectuosa al niño y con tono arisco le dijo a Totonno: «No me seas flojo. Venga, pronto volverás a casa. Dentro de nada acabará la guerra. Tu mujer es una buena muchacha, sabrá criar al niño y cuando regreses lo encontrarás más fuerte y más grande». «No lloro solo por ella y por el niño», dijo Totonno. «También por Stella. Al niño lo alimentó mi mujer, pero a Stella la alimenté yo.»

«¿Y cómo has criado a este zorro?» «Mi casa», contestó Totonno «que se encuentra en Vietri, está en las afueras del pueblo. En los terrenos debajo de mi ventana, entre marzo y abril, en la época de celo, se reúnen los zorros. Un año me dieron ganas de coger uno. Desde entonces ha vivido siempre con nosotros, en realidad parece un perro. Pero a mi mujer le sigue dando miedo. Al principio le dije que era un perro, pero mi hermana se chivó, le dijo que era un zorro. “¡Ten cuidado que muerde, morderá al niño!”, le dijo. En cuanto me vaya estoy seguro de que hará lo imposible por que se pierda en el bosque».

«¡Entonces que suba a bordo!», exclamó el capitán.

Según los marineros, el capitán era muy bueno y dispuesto. «Total», decía, «la vida ya es de por sí muy dura y, por si no bastara con eso, hay guerra».

De noche el barco navegaba con las luces apagadas, no se podía encender siquiera un candil. Además, de día y de noche —cuando había luna—, cubrían las estructuras metálicas con lonas de camuflaje para que los aviones no nos avistaran.

Sin embargo, un avión con su retumbo jamás habría podido oír un acordeón. Por eso, por las noches, los marineros tocaban y cantaban. Pero también nos mostraban estrellas y constelaciones. Nos enseñaban a diferenciar a los aviones amigos de los enemigos. Por suerte casi todos los aviones que pasaban eran amigos. Y nosotros, Anita, Carlito y yo, nos quedábamos en cubierta escuchándolos. Después, a cierta hora, Totonno nos acompañaba al camarote. «¡Aquí están!», anunciaba desde la puerta, y nosotros entrábamos callados, muy callados, en el camarote que olía a vinagre.

Una mañana, sobre la toldilla se desplomó extenuada una paloma mensajera. Los marineros se la llevaron al capitán. Pero el mensaje que le habían confiado ya no tenía valor. La radio había sido más veloz. La colocaron en una cesta, entre paños de lana; le dieron de comer. No aceptó nada. Murió poco después. Los marineros le ataron al cuello una botella llena de agua y la lanzaron al mar. No querían que siguiera allí, flotando en el agua. «Una paloma que lleva mensajes es como un hombre», dijeron. El agua era transparente, la paloma se hundió arrastrada por la botella, como un pez que hubiese mordido el anzuelo de un sedal del que alguien tirara desde el fondo.

Eran las siete de la mañana. La toldilla seguía húmeda. De la cocina emanaba aroma a café de cebada con leche condensada. El cocinero dijo:

—Esta noche nos hemos librado por los pelos. Estuvimos a punto de chocar con dos siluros.

—¿Qué son los siluros? —le preguntamos a Totonno.

—Los siluros son unas bombas ocultas a flor de agua. Si el barco los toca, salta por los aires. Las sirenas de otros tiempos eran mejores. Morías igual, pero al menos antes te hechizaban. Los siluros no se ven ni se oyen, no se anuncian con cantos y bellos cuerpos de mujer. Son una muerte repentina y traicionera, a la que no le ves la cara. Así es la guerra de hoy.

—¿Y tú has visto sirenas?

—No —dijo Totonno, y se echó a reír—. Una vez vi una tromba

marina. Nosotros las llamamos «tifones».

»La que yo vi era como una mujer toda cubierta de velos. Mis amigos y yo huimos remando los cuatro. Por suerte estábamos cerca del puerto. Me volví un instante para comprobar si nos seguía. Se deslizaba en el agua hacia nosotros, pero ya no parecía una mujer; más bien parecía un pulpo enorme flotando en el agua, con los ojitos redondos y malvados.

Cerca del puerto de Tarento, el barco esperó a que girara el puente. Los marineros estaban contentos, se restregaban las manos. Para ellos la guerra había terminado, el barco sería desmantelado.

En el muelle esperamos el equipaje que, poco después, cargaron en un desvencijado autobús militar color verde. Nos rodeaba una multitud de militares y civiles que hablaban mil lenguas distintas. Había ingleses, norteamericanos, soldados italianos, blancos, negros; llevaban monos de camuflaje, los pies vendados, y algunos iban descalzos; atadas a las manos llevaban cajas de cartón, bolsos, maletitas, hatillos. Había también muchos vendedores de cabello negro y rizado que ofrecían todo tipo de mercancías: requesones, mariscos, limones.

—¡Ay, la mozzarella! —exclamó mamita, y se dirigió alegre hasta el vendedor—. ¡Hace siete años que no me como una y vosotros nunca la habéis probado!

Regateó con el vendedor y volvió con un paquete que goteaba, pero ya no estaba alegre, tenía los ojos sombríos.

—¡Cómo vamos a hacer! —exclamó, mientras se encaramaba al estribo del autobús con sus altos tacones—. ¡Cómo vamos a hacer! ¡La mozzarella cuesta sesenta liras!

Los tres mosqueteros y los tres hermanos Karamázov, Gigi y Eugenia Grandet, Claudine y Anna Karenina, el conde de Montecristo y el príncipe Myshkin, la princesa de Clèves y *mademoiselle* de Mapuin, el capitán Fracassa y el capitán Ahab; y también piratas de Malasia, prímulas rojas, corsarios negros, negros del *Narciso*, monjas en fuga de los conventos, alegres comadres, cigarreras gitanas, doncellas guerreras, pecadoras impenitentes deportadas a Virginia o Luisiana; y muchos niños: Pelo de Zanahoria y Gavroche, Mowgli y Kim, David y Tristram, Alicia y Naná, Cosette y Nelly, Ombretta y Sophie; y también el asno de oro parlante, la malvada ballena blanca, el cerdo Napoleón, el albatros torpe y desmañado, la serpiente emplumada, un cuervo rarísimo, dandi y blasfemo, melancólico y desesperado, funesto y fatal, que recita un fúnebre estribillo: «*Nevermore, nervermore*!»; y también el barco fantasma y el ebrio, la corte de los milagros y la del rey Arturo, un piano en los Alpes, la carta oculta pero a la vista de todos y la letra A, escarlata y marcada en el pecho, molinos de viento armados y bosques en movimiento; ¡y cuántas islas! La de Pablo y Virginia y la de Robinson, la isla del tesoro, la de las hadas y la de las voces, las islas misteriosas y las benditas, la isla de las mujeres y la de los hombres.

Estos son mis más queridos amigos de la adolescencia, animados e inanimados, con quienes he viajado a tierras lejanas y cuyas vicisitudes he seguido con pasión.

Años después sentí la urgencia de inventar yo misma otros amigos similares y presentarlos en sociedad.

Pero para narrar sus vicisitudes en lengua italiana fue preciso someterme a un rito de paso: la lectura, primero paciente y después apasionada, de Dante y de dos diccionarios, el Tommaseo y el Zanichelli. Y en los últimos años mi veneración por los diccionarios ha llegado a ser tan grande que de vez en cuando me sumerjo en los etimológicos de Giovanni Semerano, fundados en el origen semítico de las lenguas indoeuropeas. Un viaje fascinante en compañía del más audaz aventurero moderno por los espacios infinitos de las palabras.

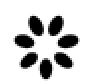
FABRIZIA RAMONDINO

«Tal vez la infancia es más larga que la vida.»
ANA MARÍA MATUTE

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Guerra de infancia y de España*.
Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.
Le esperamos.



Nota biográfica

Fabrizia Ramondino (Nápoles, Italia, 1936 - Gaeta, Italia, 2008) fue una escritora italiana. Desde niña viajó mucho debido a la profesión de su padre, que era diplomático. Recibió una educación cosmopolita que se plasmaría en obras como *Guerra de infancia y de España* (2001; Libros del Asteroide, 2024), novela inspirada en su niñez en Mallorca durante la guerra civil. En la década de los sesenta volvió a su ciudad natal y allí se volcó intensamente en la enseñanza y el compromiso social. Su eclecticismo la llevó a explorar los campos de la narrativa y el reportaje, la autobiografía y la poesía. Consiguió varios reconocimientos desde su ópera prima, Althénopis, publicada en 1981 gracias al apoyo de Elsa Morante y Natalia Ginzburg, admiradoras de la obra. Entre sus libros destacan *Historias de patio* (1983), *In viaggio* (1995) y *L'isola riflessa* (1998).

Daniel Capó es columnista en los periódicos del grupo Prensa Ibérica y en el digital The Objective, y ejerce la crítica literaria en La Lectura de El Mundo. Sus ensayos han aparecido en medios como Letras Libres, ABC Cultural, Ahora Semanal y Turia, entre otros. Sus últimos libros publicados son *José Carlos Llop: una conversación* (2020) y *Florecer* (2023).

* Los mallorquines se refieren así a Palma de Mallorca, capital de la isla. (*Todas las notas son de la autora salvo que se indique lo contrario*.)
* Las expresiones y términos en español en el original se marcarán en cursiva. Se hará lo mismo con las expresiones y términos en otras lenguas, que se traducirán cuando se considere necesario. *(N. de la T.)*
* En catalán, «dida» significa «nodriza». *(N. de la T.)*
* Befana («bruja» en italiano), figura folclórica cuya festividad se celebra el 6 de enero, día de la Epifanía, cuando los niños reciben regalos en recuerdo de los ofrecidos al Niño Jesús por los Reyes Magos. *(N. de la T.)*
* Alcalde. Antiguamente, oficial encargado de administrar justicia en nombre del rey o del señor feudal en aldeas o ciudades. *(N. de la T.)*
* Típico mueble mallorquín compuesto por una mesita estrecha y larga sobre la que se apoya una cajonera.
* «¡Y no se lo cuentes a nadie o te lo haré otra vez!»
* «Si yo fuera pájaro / como trigo te comería los ojos»
* «¡Tus hijos te llaman!»
* «¡Oye! ¡Tu madre te llama!»
* «¡Qué pelo tan bonito tienes!»
* «¡Mirad al gallo! ¡Mirad al pavo!»
* «¡Escóndela al menos, si no la patrona dirá que no trabajas nunca!»
* «¡Y se jactaba de que sabía montar y domar caballos salvajes! ¡Cuando ni siquiera el asno lo obedece!»
* «¡Mariquita!»
* «Si clavas la tijera, no te harás nada.»
* «Tu pelo parece de seda.»
* «Tu pelo no es de seda, sino de terciopelo.»
* «Tengo sangre azul.»
* «Me falta el aliento.»
* «¡Dida, cósele la boca con el imperdible!»
* «¡Qué niña más mala!»
* «Ahora te desabrocho.»
* «¡Déjame, déjame, que me haces cosquillas!»
* «Esos dedos tan fríos me parecen huevos de pájaro sin madre.»
* «¡Delante de todo el mundo eres de Anita [...], pero por detrás eres

toda mía!»
* «¡Qué calor! [...] Se le pega la falda al culo, la niña está toda sudada.»
* «Me parece una rosa cubierta de rocío.»
* «Mira cómo le cuelga la cabeza.»
* «¡Es una lástima!»
* «¡Ven a ayudarme, niña, con tus dedos!»
* Pera, manzana, membrillo, frambuesa. (*N. de la T.*)
* «¡Qué malos! ¡Qué malos!»
* «¡Qué loca!»
* «¡Qué bonitos!»
* «¡Holgazanas, vagas! [...] ¡Todavía no habéis hecho las camas ni limpiado el cuarto!»
* «Señorita, hija mía [...], elija un vestido.»
* «¡Mira qué bracitos más bonitos tiene la niña!»
* El verbo italiano *avere* significa haber y tener. Yo he/tengo, tú has/tienes, él ha/tiene. La lección que describe el texto se refiere al verbo *tener*. (*N. de la T.*)
* «Tenemos, tenéis, hemos, habéis.» (*N. de la T.*)
* «Han/tienen.» (*N. de la T.*)
* «Año.» (*N. de la T.*)
* «Loco.»
* «¡Sinvergüenza!»
* «¡Ni tengo poca vergüenza ni soy nada!»
* «No es que no seas nada, tienes tu conciencia de cristiana. Te han bautizado.»
* «¡Se ha vuelto loco!»
* «¡Me he vuelto loca!»
* «¡Se ha vuelto loco!»
* «Masovera.»
* «Nochevieja.»
* «El rincón de los hibiscos.»
* «Lirón.» (*N. de la T.*)
* «Los niños no lloran.»
* «En mi patio hay sitio para todos.»

* «Ahora pide perdón a tu madre.»
* «Mi madre es una niña.»
* «Pareces un grillo. No sudas nunca.»
* «Los pobres no tienen alma.»
* «¡No debes darles ni un solo mordisco!»
* «No tengo sed.»
* «¡No le digas a tu madre que te he dado sobrasada!»
* «Este caracol parece tu oreja.»
* «¡Pedrón, tráeme alguna hoja de tabaco!»
* «¡Pedrón, ahora frótame los pies!»
* «¡Déjame!»
* «¿Por qué fajas al niño tan apretado? […] ¡Me juego lo que quieras a que lo haces para no oler su mierda!»
* «¡Así hay que tener a los niños!»
* «¿Dónde está el borracho de Josep?»
* «¡Estás enfadado porque es la primera vez que trabajas!»
* «¡Pégame si me equivoco! ¡A ver si te atreves! ¡A ver si miento!»
* «¡En nombre de la Virgen María, levanta la silla!»
* «Se llamaba…»
* «Cállate […] que si no el diablo te cortará la lengua.»
* «El loco.»
* «Esta es una Virgen que no tienes, es la Virgen del Patio, ¡eres tú!»
* «¿Dónde está ese capullo de Pedrón? ¡Tira los calcetines debajo de la cama!»
* «¡Las castañuelas! ¡Las castañuelas! ¡He aquí lo que me queda de una hija!»
* «¿Quién te ha dado ese pañuelo, ramera?»
* Atributo despectivo con el que se designaba a los judíos conversos en Mallorca.
* «¡Y tomaba vinagre! Porque quería estar delgada como un junco… ¡Quería que al dar vueltas en el baile los muchachos pudieran estrecharle la cintura con una sola mano!»
* «Sin Dios.»
* ¡Calla o te denunciaré a la Guardia Civil!
* «¡Vete a casa de tu madre y haz lo que ella quiera!»

* «¡Es el tiempo en que los hijos degüellan a sus madres!»
* «¡Venga! ¡Id a cazar rojos!»
* «¡Si yo bailara, el cielo caería sobre la tierra y este mundo de mierda reventaría en pedazos!»
* «¡Llama a Martí!»
* «¡Ahora nunca más bailarás como antes, Martí!»
* «¡Qué boba eres! [...] ¡De ninguna manera! ¡No se aburren! Se chupan el alma... Mañana les llevaré dos palomos fritos.»
* «¡Dejad pasar! ¡Dejad pasar! [...] ¡Pasa Dida de Pedrón, pasa la Virgen del Turrón!»
* «¡Ve a buscarlo! ¡Ve a buscarlo!»
* «¡Siéntate! [...] Que tengo que espulgarte.»
* «¡Engordarás con tanta holgazanería!»
* «¡Te quedarás en los huesos por las penas y el cansancio!»
* «¡Por qué tu madre ha encargado otros niños! ¿No le bastaba contigo?»
* ¡Solo tú eres mi niña!
* «Esta es la segunda bofetada que no devuelvo; ¡mi hija también me dio una cuando tenía tu edad!»
* «Un día parirás [...]. ¡Olvidarás la lengua que te he enseñado!»
* «¡Nunca te olvidaré! ¡Y cuando sea mayor, vendré a verte!»
* «¡Me olvidarás!»
* «¡El barco que me llevará de aquí se hundirá!»
* «¡Dios me libre!»
* «¡Madre de Dios! ¿Qué dirá tu madre?»
* «Dida, estás bien. [...] ¿Por qué no vuelves a nuestra casa?»
* «Tu madre me ha echado.»
* «Beso.»
* «¡Alabado sea Dios!»
* «Mallorquinas, mallorquinas, / cuidaos de los italianos, / que llegará un día / en que se volverá la tortilla / y tras la partida / de los italianos / os quedaréis con sus niños.»
* «Butifarra catalana / y quesos de Mahón / y tortillas a la francesa / no podremos ni olerlas. / Tampoco la ensaladilla rusa / que es uno de los mejores platos. / No habrá en toda España / un solo señor que la

pruebe.»
* »La madre ballena.»
* «El mirlo rojo.»
* «Vivieron hasta que se murieron, y en el cielo nos veremos todos juntos.»
* «Y, si no están muertos, están vivos; y, si no están vivos, están muertos.»
* «La rondalla se ha acabado. Si os gusta, comedla frita, comedla asada. Si no os ha gustado, subid al Puig Pelat, atrapad un gato viejo y restregaos con su pellejo.»
* «¡Por el mar corren las liebres y por el monte, las sardinas!»
* *Bitzoc*, palabra de una rondalla mallorquina contenida en una fórmula para abrir y cerrar la puerta de la cueva de unos gigantes. (*N. de la T.*)
* «¡Camina, que te caminarás / del jardín te escaparás!»
* «Flautines.»
* «Fiesta, bestia, pesca / llevan un sombrero en la cabeza. / Si pescas con gusano, / no le quites el sombrero, / pero si pecas de gula, / la mitad del sombrero desaparece.»
* «¡Jesús!»
* Organización francesa de extrema derecha.
* «Pero ¡la vida es un pasatiempo!»
* «No tienes una educación completa.»
* «Nobles.»
* «Qué lenta.»
* «Bruja.»
* «¡Más ligereza, señoritas!»
* «Bebamos en los gozosos cálices / que de las flores la belleza adorna.»
* «Un día, feliz, etérea, / pasaste como un destello ante mí, / y, tembloroso, desde ese día, / viví un desconocido amor. / Un amor que es el latido / del universo entero, / misterioso y altivo, / cruz y delicia del corazón.»
* «Pura como un ángel / Dios me dio una hija.»
* «Dios mío, morir tan joven.»

* Pan con aceite.

* *Divina comedia* (*Purgatorio*, canto VI, vv. 76-78), Dante Alighieri, trad. Ángel Crespo, Barcelona, Círculo de Lectores, 2003, p. 45. (*N. de la T.)*

* *Cancionero* (Canción CXXVIII), Francesco Petrarca, trad. Ángel Crespo, Barcelona, Bruguera, 1983, p. 177. (*N. de la T.)*

* *Juvenilia* (Libro VI), Giosuè Carducci. (*N. de la T.)*

* «La familia de los jorobados», canción popular italiana. (*N. de la T.*)

* Sederino Rosa, apellido y nombre, en italiano significa «traserillo rosa». (*N. de la T.*)

* «Bolsito.»

* El general Francisco Franco Bahamonde tenía un hermano, Ramón. En 1936, Ramón era funcionario de la embajada de España en Washington y simpatizaba con la izquierda (llegaron incluso a tacharlo de comunista). Al estallar la guerra civil, Ramón Franco, que además era un famoso aviador, asumió el mando (teórico, porque quienes mandaban eran los italianos) de la pequeña flotilla aérea de Mallorca. Ambiguo en sus simpatías políticas, murió el 28 de octubre de 1938 en un misterioso accidente aéreo en la zona de Formentor, en Mallorca.

* «Donnadies.»

* «Estafador de campesinos.»

* «Capullo; patán; giro; tinelo; baúl; almacén; hostia y cagüendiez; papá; abuelito; lluviecita; solecito; osobuco; vigilante nocturno.» *(N. de la T.)*

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Guerra de infancia y de España*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Lejos de Egipto, André Aciman

Cuaderno de memorias coloniales, Isabela Figueiredo

La catedral y el niño, Eduardo Blanco Amor